



Antología de discursos de presentación de académicos antioqueños a la Academia Colombiana de la Lengua

**José María Bravo Betancur
Recopilador**

**Edición extraordinaria con motivo del
XIII Congreso de la Asociación
de Académicos de la Lengua Española**

Medellín 22 al 24 de marzo de 2007

La Academia Antioqueña de Historia agradece la colaboración de los Académicos de la Lengua Otto Morales Benítez y Jaime Bernal Leongómez, de la profesora Marta Elena Bravo de Hermelin y del economista Jesús Ochoa Gutiérrez.

Contenido

	Pág
Presentación	15
Cómo se fundó la Academia Colombiana	
Marco Fidel Suárez	19
I El lenguaje como expresión de la historia de Antioquia	
Betancur Belisario	27
II Interpretación de la ley	
Betancur Campuzano Cayetano	59
III En la Diestra de Dios Padre	
Carrasquilla Tomás	79
IV Alrededor del diccionario	
García Julio César	99
V La muerte del libro	
Gómez Martínez Fernando	111
VI Gramática, legislación y economía	
Jaramillo Esteban	121
VII La sociedad: misión de la evolución espiritual	
López de Mesa Luis	149
VIII Semblanza y elogio del R. P. Félix Restrepo	
Mesa Carlos E. C. M. F.	175
IX El castellano filosófico	
Naranjo Villegas Abel	201
X La cultura popular griega a través de la lengua castellana	
Restrepo Félix S. J.	239
XI La elocuencia	
Restrepo Jaramillo Gonzalo	265
XII La palabra	
Restrepo Mejía Martín	273
XIII Leyendo a Cervantes	
Robledo Emilio	287
XIV El curso de las ideas y de las formas literarias en la época moderna	
Sanín Cano Baldomero	313

XV	Recuerdo de Juan Lozano y Lozano	
	Sanín Echeverri Jaime	341
XVI	Sobre la gramática castellana de don Andrés Bello	
	Suárez Marco Fidel	357
XVII	La autoridad y el lenguaje	
	Tobón Betancur Julio, Fray	425
XVIII	De la exageración y otros recursos literarios que alteran el sentido de las palabras	
	Vélez de Piedrahita Rocío.....	437
	Los autores	447

Presentación

Como hecho histórico de mucha importancia, la ciudad de Medellín fue escogida como sede para el *XIII Congreso de la Asociación de Academias de la Lengua Española* entre el 21 y el 24 de marzo de 2007.

La Academia Antioqueña de Historia decidió vincularse a este evento con la realización de una idea propuesta por la profesora Marta Elena Bravo de Hermelin: la edición de un *Repertorio* extraordinario con los discursos de presentación de ingreso a la Academia Colombiana de la Lengua de académicos de origen antioqueño.

Con ese propósito se adelantó la investigación y elaboración necesaria para cumplir con dicho propósito; para ello contó la Academia con la valiosa colaboración de los académicos Otto Morales Benítez y Jaime Bernal Leongómez, de la profesora Marta Elena Bravo de Hermelin y del economista Jesús Ochoa Gutiérrez.

Se logró recopilar y presentar deciocho discursos de recepción de Académicos; se presenta un trabajo de don Marco Fidel Suárez sobre el *Origen de la Academia Colombiana de la Lengua*; se incluye el trabajo de don Marco Fidel Suárez ganador del concurso que abrió la Academia de la Lengua para conmemorar el primer centenario del nacimiento de don Andrés Bello, trabajo que lo llevó a ser reconocido como miembro de la Academia de la Lengua.

Además, del maestro Tomás Carrasquilla se presenta su cuento: *En la Diestra de Dios Padre*. Toda su obra mereció ser tenida en cuenta para llegar a ser miembro muy distinguido de la Academia Colombiana de la Lengua. Se destaca haber sido el ganador de la primera versión del *Premio Vergara y Vergara*, premio creado por una ley del congreso, que quiso honrar de esta manera al benemérito literato don José María Vergara y Vergara con motivo del primer centenario de su nacimiento. El jurado calificador integrado por don Jorge Zalamea, don Baldomero Sanín Cano y don Antonio Gómez Restrepo, otorgó el premio a don Tomás Carrasquilla por su última y extensa obra *Hace Tiempos*. Fue, según el informe: *escrita*

en el estilo típico de la Montaña, en donde consignó preciosos recuerdos de su infancia y que es como el coronamiento de su abundante y originalísima producción novelesca.

A propósito de este evento, del libro *Escritos Literarios de Rufino José Cuervo*, compilados por Nicolás Bayona Posada, (9-10) son los siguientes apartes del título *La Lengua*:

Es el bien hablar una de las más claras señales de la gente culta y bien nacida, y condición indispensable de cuantos aspiren a utilizar en pro de sus semejantes, ora sea hablando, ora escribiendo, los talentos con que la naturaleza los ha favorecido: de ahí el empeño con que se recomienda el estudio de la gramática. Pero siendo esta materia sobremanera abstrusa en la forma en que se explica en las obras relativas a ella y según se enseña en los colegios, tal que debe mirarse como ramo de alta filosofía, y siendo además obras insuficientes para lo que promete su definición por cuanto nada o casi nada nos dicen sobre la propiedad y pureza de las voces, acontece que los alumnos muy escaso provecho sacan de las aulas, y fuera de ellas pocos tienen el valor suficiente para consagrarse a aprenderla. Un libro, pues, escrito no en el estilo grave y estirado que demandan los tratados didácticos, ni repleto de aquella balumba de reglas, generalmente inútiles en la vida práctica por versar en su mayor parte sobre puntos en que nadie yerra; antes bien amenizado con todos los tonos y en el cual se contengan y señalen, digámoslo así, con el dedo las incorrecciones a que más frecuentemente nos deslizamos al hablar y al escribir, debe sin duda ser útil a los que no pueden vacar a estas especulaciones, de poca monta en apariencia, pero en realidad inaccesibles a la generalidad por la aplicación y muchos libros necesarios para ellas.

(...)

Nada, en nuestro sentir, simboliza tan cumplidamente a la Patria como la lengua: en ella se encarna cuanto hay de más dulce y caro para el individuo y la familia, desde la oración aprendida del labio materno y los cuentos referidos al amor de la lumbre hasta la desolación que traen la muerte de los padres y el apagamiento del hogar; un cantorcillo popular evoca la imagen de alegres fiestas, y un himno guerrero, la de gloriosas victorias; en una tierra extraña aunque halláramos campos iguales a aquellos en que jugábamos de

niños, y viéramos allí casas iguales a donde se columpió nuestra cuna, nos dice el corazón que, si no oyéramos los acentos de la lengua nativa, deshecha toda ilusión, siempre nos reputaríamos extranjeros y suspiraríamos por las auras de la Patria. De suerte que mirar por la lengua vale para nosotros tanto como cuidar los recuerdos de nuestros mayores, las tradiciones de nuestro pueblo y las glorias de nuestros héroes; y cuando varios pueblos gozan del beneficio de un idioma común, propender a su uniformidad es avigorar sus simpatías y relaciones, hacerlos uno solo. Por eso, después de quienes trabajan por conservar la unidad de creencias religiosas, nadie hace tanto por el hermanamiento de las naciones hispano-americanas, como los fomentadores de aquellos estudios que tienden a conservar la pureza de su idioma, destruyendo las barreras que las diferencias dialécticas oponen al comercio de las ideas.

Para lograr la edición de este *Repertorio* extraordinario de la Academia Antioqueña de Historia correspondiente al mes de marzo de 2007, que contiene los discursos de presentación de ingreso a la Academia Colombiana de la Lengua de deciocho académicos de la lengua de origen antioqueño y de trabajos de don Marco Fidel Suárez y Tomás Carrasquilla, la Academia contó con la colaboración del doctor Aníbal Gaviria Correa Gobernador de Antioquia, del Instituto para el Desarrollo de Antioquia – IDEA – y de la Caja de Compensación Familiar Comfenalco Antioquia.

Cómo se fundó la Academia Colombiana

Marco Fidel Suárez

Cómo se fundó la Academia Colombiana

Marco Fidel Suárez

En 1825 salía en Bogotá un periódico llamado *La miscelánea*, redactado por don Alejandro Vélez y don Pedro Acevedo, con la colaboración de don Juan de Dios Aranzazu y del célebre Vargas Tejada. Una de sus principales publicaciones fue la que tuvo por objeto demostrar la necesidad de una *academia americana* que atendiera a la unidad de lenguaje entre diversas naciones latinas emancipadas de España, pensamiento apoyado en razones tan claras como oportunas.

Desde los tiempos del rey Felipe V había sido fundada, a principios del siglo dieciocho, la Real Academia Española, a imitación del grande instituto creado en Francia por Richelieu. El primer resultado de la fundación del monarca español fue el gran diccionario llamado comúnmente *de autoridades*, que apareció algunos años después, monumento de erudición y de trabajo, llevado a cabo por la colaboración de muchos académicos, y que brilla para siempre, no tanto por la perfección, que era imposible entonces a causa del estado en que se hallaban esos estudios y a causa de los términos en que se encontraba la literatura nacional, pero sí por la extensión y exactitud que ostenta cada artículo del gran léxico español. Desde entonces fue el diccionario de autoridades base y simiente de las ediciones posteriores, que se han continuado con más o menos acierto, hasta la última, es decir, la décima quinta, perfectísima sin duda. A la Real Academia han pertenecido, durante dos siglos los literatos más señalados de España, sin que faltaran algunos americanos al tiempo de la independencia de las naciones que habían sido sus colonias.

En ese momento, rotos los vínculos políticos entre América y España, ese quebranto se extendió a las demás relaciones. De modo que *La Miscelánea* hizo bien en contemplar la nueva situación como desfavorable a la unidad del lenguaje de los diversos pueblos emancipados, y como remediable solo en virtud de un instituto propio de ellos y destinado a mantener la unidad de su idioma común.

Es verdad que antes de la independencia la Real Academia había comprobado amplitud de espíritu y previsión, abriendo sus puertas a literatos occidentales, v. gr. los señores Reina Ceballos, mejicano, admitido como académico en 1739, y el conde Del Puerto, peruano de nación, admitido en 1773. Respecto de nosotros también es verdad que aquí no lució la

literatura, como sí se ostentaron los estudios de ciencias naturales según lo reconoció el autor del *Cosmos*, al afirmar que las colonias, cuando él visitó a América, florecían mucho en mineralogía, botánica y otras ciencias. Pero a pesar del ponderado atraso literario, el Nuevo Reino sí habría podido, durante dos siglos, señalar a España plumas dignas de aprecio y capaces de figurar entre las autoridades del diccionario académico.

Como ejemplo citemos a Castellanos, español de origen pero cuyo numen recibió en Tunja la mayor suma de sus inspiraciones, provenientes de sus recuerdos y de sus estudios; Castellanos, que con Oviedo forma el par de historiadores primitivos más autorizados del nuevo mundo; Castellanos, calificado por sir Arturo Helps como autor del libro más notable en cierto aspecto de la literatura universal, por ser una historia expuesta en un número de versos que supera al número empleado por todos los autores de todos los tiempos; Castellanos, cuyo estilo tiene que cansar, pero cuya lengua es tan castiza como la del ejemplar Oviedo. Citemos también al bogotano Rodríguez Freile, autor de la crónica llamada *El carnero*, cuyas condiciones de idioma no desdicen del siglo XVI en que escribió. Al dominicano Zamora también citémoslo, no como narrador de buen criterio pero sí como autor que escribió en puro castellano. Y en último término pongamos *El secular religioso*, obra de otro bogotano, don Juan Bautista de Toro, nombre digno de veneración por sus virtudes, por sus luces y por el lenguaje de su libro, que debería enseñar a los jóvenes a ser buenos cristianos y buenos hablistas. De suerte que el Nueve Reino habría podido ofrecer al real instituto español larga ofrenda de autoridades para su diccionario, si el tiempo lo hubiera permitido.

Así estaban las cosas cuando hablo *La Miscelánea* para proveer a la necesidad causada por la ruptura con España, aunque a esa necesidad no acudió el expediente propuesto, que no tuvo resultado, pero sí la intervención espontánea del primero de los literatos americanos. El fue don Andrés Bello, cuya práctica y cuyo criterio no pudieron ser más eficaces ni más independientes. Junto con García del Río propuso, en los días de la independencia, y en parte llevó a cabo, la reforma ortográfica consistente en el uso de la i, de la jota y de otras letras, de acuerdo con el sonido, más bien que con los orígenes; su sistema se denominó *ortografía americana*, y en parte prevaleció mucho tiempo en todas estas naciones, incluso Chile, que todavía la practica; hasta que al fin las academias correspondientes de la española han restaurado la ortografía tradicional señalada por esta.

Parecía natural que siendo Bello innovador, hubiera fomentado y apoyado la empresa de una academia americana, desligada de la española;

pero no fue así. Innovador fue también como gramático, una vez que su texto expuso por primera vez un sistema gramatical de la lengua castellana tan exacto, que iluminó la materia por medio de principios establecidos por los modernos, en contraposición de los antiguos, y en parte adivinados por él. Sirviéronle de guías, aunque no dictatoriales, Condillac y Stuar Mill, en vez de los tradicionales Donato y Prisciano; y de su propio Marte adivinó analogías y accidentes que habían o han sido expuestos por Bopp y Federico Díez.

La gramática de don Andrés es difícil por su profundidad, pero no es oscura, porque eso querría decir que carece de método. Pero así difícil y profunda se apoderó de América, donde, especialmente en Colombia, se convirtió en pasto de entendimientos señalados, con la circunstancia de que ellos, a imitación del maestro, han sido humanistas y hombres de república. Ahí van como muestras los Caros y los Cuervos, los Pérez y Marroquines, los Manriques y Escobares, los Isazas y los Álvarez, los Marulandas y Carvalhos, los Ireguis y Ochoas. Todos estos maestros son hijos del primero, en cuyas lucubraciones profundas supieron penetrar, comprobando así el acierto y la ciencia de Bello.

Pero al lado de esta profundidad y de esta que pudiera llamarse metafísica del idioma, la obra del gran reformador contiene también la parte práctica, que es el uso gramatical conforme a los ejemplos de los escritores clásicos, esto es, de acuerdo con la literatura española. en virtud de este segundo criterio, don Andrés fue conservador del idioma y reconoció a la Academia Española su autoridad, como instituto que expone el uso clásico y que depura, fija y abriga la lengua de España y de las naciones que hablan ese mismo idioma, idioma no provincial ni nacional, sino imperial por consiguiente. El rindió homenaje a la Real Academia y esta lo consideró a él como nato académico y como su académico correspondiente.

Digamos entre paréntesis que de esta manera don Andrés Bello se nos ofrece, aquí en este hemisferio que ilustra Véspero brillante, como lumínico que discurre desde los tibios valles de Caracas hasta las playas ubérrimas de Chile; que ata con el vínculo sagrado e internacional del idioma a la madre patria con las hijas republicanas de la América; que une a estas para la libertad, con el código civil; y que sobre las cimas de los Andes y por la extensión de las pampas, hace resonar la libra de oro que despiden los acentos de la *Poesía* y de la *Agricultura de la zona tórrida*.

A mediados del siglo pasado volvió a bullir en esta ciudad la idea de una academia de la lengua, pero granadina solamente, esto es, nacional, sin relaciones con las demás repúblicas, a lo menos en un principio, ni

tampoco con la Academia Española. Así lo propuso el primero de febrero de 1860 *El Mosaico*, célebre periódico de ese tiempo, que indicó para la corporación el personal siguiente: *Presidente, señor José Joaquín Ortiz; individuos, señores Pedro Fernández Madrid, Mariano Ospina, Ignacio Gutiérrez Vergara, Manuel Ancízar, Venancio Restrepo, Sergio Arboleda, Joaquín Valencia, Manuel Pombo, Juan Francisco Ortiz, Manuel Murillo, Juan de Dios Restrepo, Lino de Pombo, Manuel María Madiedo.*

Y el 9 de septiembre de 1865 decía el escritor Cama al doctor Ortiz, redactor de *La Caridad*:

Usted está llamado a tomar la iniciativa y a tentar un nuevo esfuerzo, ya que fue inútil la tentativa que con los miembros del Liceo hizo en 1856. Como es necesario determinar las personas que deben formar por ahora la Sociedad o Academia Granadina, me tomo la libertad de indicar algunas: José Joaquín Ortiz, Manuel Marroquín, Salvador Camacho Roldán, Manuel Pombo, Carlos Holguín, J. J. Borda, Miguel A. Caro, Ricardo Carrasquilla, Germán Malo, José María Samper, José Caicedo Rojas, Santiago Pérez, José María Vergara y Vergara, José María Quijano Otero y Manuel María Madiedo. Debemos ocurrir al único medio que se presenta, al que han empleado las naciones más civilizadas, a saber, crear una fuente, sociedad o academia que conserve el depósito de la lengua, que corrija los yerros y que decida de las controversias. Inútil sería por cierto, si la que hay en Madrid correspondiera a los objetos de su institución; pero lejos de eso, solo se sabe que existe por las listas de sus miembros, que se publican de vez en cuando.

Estas últimas palabras indican que el propósito de la Academia Granadina no se relacionaba con la española. Sin embargo, el 24 de noviembre de 1870, cinco años después de la queja o cargo que acabamos de copiar, expidió la Crusca un acuerdo en que dispuso que cuando tres o más académicos correspondientes, que residieran en un mismo punto de cualquiera de las repúblicas o estados americanos cuyo idioma vulgar fuese el español, lo propusieran expresamente, la Academia Española podría autorizar allí el establecimiento de otra academia correspondiente de la Española misma.

Estando ya nombrados académicos correspondientes colombianos los señores don Miguel Antonio Caro, don José Manuel Marroquín y don José María Vergara y Vergara, quien fue parte decisiva para esas designaciones

cuando estuvo en España y se relacionó con varios individuos de la real corporación, aquellos tres académicos llevaron a efecto, el 10 de mayo de 1871, el pensamiento del acuerdo referido. Al efecto, citados los señores Caro, Marroquín y Vergara, se declararon reunidos en junta preparatoria, dieron a la Real Academia las debidas gracias y procedieron a echar las bases del nuevo instituto.

Se organizó la junta preparatoria y se acordó que el número de individuos de la Academia Colombiana fuera el de doce, en recuerdo de las doce casas que los conquistadores levantaron en esta llanura como núcleo de la futura ciudad. Se procedió a designar los nueve candidatos que debían proponerse a la Academia Española para completar, con los tres que actuaban, el número de doce señalado, y resultaron los nombres de los señores don Pedro Fernández Madrid, don José Joaquín Ortiz, don José Caicedo Rojas, don Santiago Pérez, don Rufino José Cuervo, don Manuel María Mallarino, don Venancio González Manrique, don Felipe Zapata y don Joaquín Pedro Vergara, presbítero.

Desde entonces, es decir, hace cincuenta y cinco años, ha venido moviéndose la Academia Colombiana en pos de los fines de su instituto. Su personal directivo naturalmente ha experimentado varias mudanzas, por falta de sus miembros o por el término de los respectivos períodos de cada cargo. Los señores Caro, Marroquín y Caicedo Rojas fueron en distintas ocasiones presidentes de la corporación, cargo desempeñado desde hace muchos años por monseñor Rafael María Carrasquilla. La secretaría tuvo durante largo tiempo en los señores don Rafael Pombo y don Diego Rafael de Guzmán, y tiene ahora en el señor don Antonio Gómez Restrepo, una cooperación que le ha dado tanto brillo como provecho.

Han consistido los trabajos académicos en concursos y premiaciones, que varias veces se han llevado a efecto, para estímulo de la literatura patria; en muchos trabajos que bajo forma de discurso o conferencias se han leído en el seno del instituto, con provecho de las letras españolas y nacionales; en estudios sobre lenguaje presentados pública o privadamente como temas de calificaciones; en la celebración de fechas memorables para la historia y para la literatura; en las festividades correspondientes a recepciones, oraciones fúnebres o elogios de los respectivos individuos; en el reparto de estudios proyectados de provincialismos colombianos, y en los demás objetos y tareas prescritos o permitidos por los estatutos. El *Anuario*, periódico oficial de la Academia, se publica de tarde en tarde, como es natural en corporaciones de esta clase, cuyos pasos tienen que ser muy pensados.

Sin embargo, es tal vez de notar que la Academia Colombiana (no Academia de la lengua, como suele alterarse malamente su nombre), podría buscar creces a su actividad y aprovechar más diariamente las luces de sus miembros, si acostumbrara en mayor grado los concursos literarios para premiar ciertos trabajos, de suerte que dichas justas o juegos honrosísimos no faltaran cada año. También podría convenir, de parte de la república, un delicado estímulo bajo forma de honorarios, cual se práctica en la Academia de España, y que consiste en llevar un cuadro de asistencias para sacar al fin del mes o del año la cuenta de aquellos modestos honorarios, que apenas montarían una corta suma al multiplicar las breves dietas por el número de días y de individuos. Esto es de recibo en todas partes y se justificaría con agrado a los ojos del público.

Para recordar bien los fines del instituto y acomodar a ellos las ocupaciones y los métodos, serviría de mucho la carta que dirigió a la Academia Española don Juan de Iriarte. Este humanista y literato, decoro de dicha corporación y florón de las letras europeas modernas y clásicas; este modelo de sabiduría, de piedad y patriotismo, expuso en esa carta observaciones tan atinadas, que pueden considerarse como advertencia perpetua para los cuerpos o academias que guardan el tesoro de la lengua nacional y que cultivan una de las dos más nobles plantas de la civilización, que son el idioma y el amor patrio. La carta, o más bien discurso, del señor Iriarte, está publicada desde la página 327 del tomo II de sus obras, edición de 1774.

Además de los señores director y secretario, indicados arriba, componen hoy el personal de la Academia Colombia los señores don Emiliano Isaza, don Eduardo Zuleta, don Martín Restrepo Mejía, don Guillermo Camacho Carrizosa, don José Joaquín Casas, don Miguel Abadía Méndez, don Víctor Eduardo Caro, don Luis María Mora y el suscrito.

1927

I

El lenguaje como expresión de la historia de Antioquia

Belisario Betancur Cuartas

El antioqueño es romántico por naturaleza, pero su romanticismo no está hecho de sueños y melancolía; es el sentimental que se aferra a sus tradiciones, elevando un exaltado canto a su tierra.

Belisario Betancur Cuartas

El lenguaje como expresión de la historia de Antioquia

Belisario Betancur Cuartas

*El lenguaje es la casa del ser; en ella ha
establecido su morada.*

Heidegger

- Adiós, compradre (...)
- Adiós, compradre –fue la respuesta con la melancolía del *alabao*.
- Compadre – preguntó nuestro boga al otro, ¿pa'ónde va con esa gente?
- La respuesta fue:
- ¡No compradre, si ésta no es gente,
- éstos son unos paisas (...)!

(Diálogo entre bogas en el río San Juan, Chocó).¹

1. Introducción.- La docta Academia

El saber desinteresado de la Academia y de la Universidad hizo siempre amigos pero ganó también enemigos: es explicable que el campo se partiera y que se despertaran sentimientos encontrados sobre un saber que, al buscar el conocimiento y deleitarse en él sin censura, reemplaza el dogmatismo cerrado por la duda abierta y convierte la enseñanza magistral en debate libre. Seguidores y contradictores se medían así en la misma contienda del pensamiento, los unos a veces en la fortaleza apodíctica del *magíster dixit*; los otros en ocasiones en la irreverencia *a priori*, surgida más de jactancia que de discernimiento, que tal era mi situación.

Fue grande, por eso, mi perplejidad en la mañana del 12 de febrero de 1991: el padre Manuel Briceño Jáuregui, presidente de la Academia Colombiana de la Lengua; el académico Ignacio Chaves Cuevas, director del Instituto Caro y Cuervo; y el académico Horacio Bejarano Díaz,

¹ Conferencia del autor en el *Foro de Antioquia*, Auditorio Skandia, Bogotá, 1987. (Inédita)

secretario, me informaron que la víspera, en la primera junta ordinaria de 1991, la corporación había tenido a bien elegirme unánimemente como Académico Honorario, *habida cuenta de sus méritos como periodista y ensayista de pluma ágil y estilo correcto, lo mismo que del mecenazgo que para las letras ejerció durante su período presidencial*. En forma solemne, el padre Briceño leyó una breve recordación de Manuel Fernández Pacheco, Marqués de Villena, quien, en el Madrid de comienzos del siglo XVIII, tuvo la primera idea de fundar la Real Academia Española; cómo se discurió en convocar personas que compusiesen este cuerpo y cómo la grandeza, autoridad y respeto del Marqués, halló quien se ofreciese al trabajo, *por honra propia y lustre de la patria*. Como si fueran pocos los motivos para mi estupor, leyó el artículo 9º de los Estatutos acerca de los miembros honorarios, los cuales *en este supremo grado de la Institución gozarán de todos los derechos de los académicos de número y no estarán obligados a aceptar comisiones o encargos onerosos*. No habían sido óbice mis irreverencias adolescentes, ni mis jactancias sin discernimiento, ni el desaliño de mis escritos, para otorgarme honor tan señalado; de donde las perplejidades y los asombros, aliviados por lo que dice don Alfonso Reyes en un ensayo sobre Elio Antonio de Lebrija, considerado el verdadero artífice de la lengua castellana, y quien publicó en 1492 la primera *Gramática Española*, dedicada a Isabel la Católica. Indica don Alfonso:

(...) y como a cada edad toca su verdad, Gracián propone la repartición de la vida de modo que a una época corresponda hablar con los muertos: los libros y el estudio, los años de aprendizaje; a otra toque hablar con los vivos: la experiencia de las cosas del mundo, el trato, los años de viaje; a otra, finalmente, el hablar a solas consigo mismo, los años de meditación y recuerdo, la época de escribir de los griegos (...)

En un añejo volumen de discursos académicos dí con los orígenes de la Academia Colombiana, en 1872, por iniciativa de don José María Vergara y Vergara, narrados de mano maestra por don Antonio Gómez Restrepo y don José Caicedo Rojas, quien recuerda que se declaró como fecha clásica de la institución el 6 de agosto, aniversario de la fundación de Santa Fe por el adelantado don Gonzalo Jiménez de Quesada en la tercera década del siglo XVI; y que se fijó en doce el número de sus miembros (ahora son 29 de número y 80 correspondientes), en memoria de las doce edificaciones pajizas levantadas en la ciudad primigenia, de

Casas de paredes sólidas, templos y edificios públicos, con los cuales se formaban calles bastante rectas aunque no muy anchas².

Heme ahora recogiendo las expresiones de mi reluctant juvenil frente a las academias y a los académicos. Y heme, asimismo, expresando a la docta institución y a sus miembros mi reconocimiento por haber querido exaltar en la persona de quien solo ha usado el lenguaje escrito para expresarse con defectos en la actividad pública, a los libros que ha amado y al periodismo que ha ejercido desde los días estudiantiles. En aquel entonces la tolerancia de los maestros del oficio autorizaba márgenes que más de una vez me llevaron sin fortuna a la lírica y al relato costumbrista. Cada tarde habían de ser llenados espacios en un periódico ortodoxo que vivía en la inopia, e improvisarse en temas y estilos al conjuro de la necesidad, lo que condujo a que hiciera de cronista de policía, editorialista, armador de titulares y aún *señorita redactora de la información social*. Confío en que de aquellas enseñanzas y de las hablas de mi tierra que recogieron tantos como don Tomás Carrasquilla, don Efe Gómez y Manuel Mejía Vallejo; que enalteciera Suárez, y estudiaran el padre Félix Restrepo, Emilio Robledo, Nito Restrepo, Julio César García y Luis Flórez, entre otros, algo haya quedado para discurrir en torno al lenguaje y modos de ser del antioqueño. Sobre el cual, me cuanta Kart Levy, especialista –si los hay– en Carrasquilla, que le oyó decir al maestro Baldomero Sanín Cano: *En Bogotá hay casi más antioqueños que gente*.

2. La duda sobre el origen judío de los antioqueños

Nada he encontrado en mis andanzas tan semejante como el castellano levantino y el castellano hablado por los campesinos de Antioquia, los de Caldas, Risaralda, el Quindío, el norte del Valle del Cauca, el norte del Tolima y el oriente del Chocó. En pláticas con ancianos humildes de Jerusalén, en Israel, entre ellos un vendedor ambulante de empaques de papel que contenían tierra, *Tierra Santa* para que los peregrinos la trajéramos como recuerdo, no sabía si mi interlocutor era un montañero de Sonsón o un mendigo de la corte de los milagros. Son los descendientes de los judíos desterrados de España en el siglo XVI por Fernando e Isabel. Pregunté al fachendoso traficante con objetos tan sagrados como la tierra

²Caicedo Rojas, José. *Fundación de Bogotá y de la Academia Colombia*, en *Discursos Académicos*, Bogotá, 1955, Editorial ABC, pág. 177.

que Cristo pisara, dónde había aprendido castellano, y me respondió que no conocía tal lengua. De nuevo interrogué sobre el idioma español y me contestó que tampoco lo conocía. *Solamente hablo el ladino, que es la lengua de mis mayores: lo aprendí en Salónica*. Era el mismo hablar terso de Jacobo García, el conductor de taxi en Estambul, que para él seguía siendo Constantinopla. Cuando en el muelle nos avisaron que el barco tardaría cuatro horas, me dijo: *Esta demora va por cuenta mía. Quiero convidarlo a merendar en mi casa, para que sepan mis nietos que también en América hablan ladino*. En su hogar me leyó noticias y chascarrillos escritos en el lenguaje vulgar del cierre de la Edad Media, no ya el del vulgo sino el de Mingo Repulgo: Jacobo y yo sabíamos de memoria aquello de *non vale el açor menos / porque en vil nido siga / nin los ensiemplos buenos / porque judío los diga*. Al zarpar el barco, alborozado por este tope y agradecido con mis anfitriones, alguno de los cuales vistió por la cabeza una prenda no tan ancha como la ruana ni tan angosta como la mulera, percibí que no hacían falta más probanzas sobre el origen hebraico del pueblo antioqueño.

La *antioqueñóloga* –tremendo neologismo, llama a este término el gran historiador Jaime Jaramillo Uribe, nacido en Abejorral³– Ann Twinam trae la siguiente anécdota del médico Eduardo Zuleta:

Un día al llegar a Bayona entró al tren en que iba yo hacia Madrid una señora de un parecido extraordinario a una amiga mía de Medellín. Como la señora notó mi sorpresa, me miró con atención y al cabo de algunos minutos me dijo: *Creo que nosotros somos hermanos en religión, pues me parece que usted es israelita*. Díjele que había nacido en un pueblo de Colombia cuyos habitantes se creía que eran de origen judío, pero que nada había podido demostrarse de cierto a este respecto.

Cuando usted regrese de Madrid, entre a Bayona y visite el barrio judío que quizá puede interesarle. Así lo hice y cuál sería mi sorpresa cuando noté la increíble semejanza de estos judíos con los antioqueños y cuando supe que muchos de ellos tenían los mismos apellidos que hay en Antioquia⁴.

Más tarde he ponderado tales pruebas indiciarias y no las hallo concluyentes por sí solas. Ni las hallaron concluyentes don Marco Fidel Suárez en los *Sueños de Luciano Pulgar*, aunque el señor Suárez no fuera un científico en estas materias; ni don Emilio Robledo, ni otros estudiosos

³ Jaramillo Uribe, Jaime. *Los estudios regionales en Colombia*. FAES, 1982, pág. 3

⁴ Twinam, Ann. *Mineros, comerciantes y labradores: las raíces del espíritu empresarial en Antioquia*. FAES. Medellín 1985. pág. 27.

de profundo calado intelectual. En todo caso y con lo que se ha visto y se está viendo por estas calendas en Europa, Asia, África y Norteamérica, que sugiere amagos de retorno al tribalismo, nos hallamos ante un tema cuyos ingredientes pueden desencadenar dañinos condicionantes; tema que no tendría sentido en países que apenas se forman, como Colombia.

Pero quiero reconocer que no había fenecido la generación de los Reyes Católicos cuando ya, en nombre de su nieto Carlos I de Castilla y V del Imperio, en mi tierra se habían fundado y prosperaban Santa Fe de Antioquia, Santiago de Arma, Santana de los Caballeros, Zaragoza y Cáceres, sin contar con los reales de minas y los hatos de vaquerías que con celeridad fueron asentándose por los extremos de aquellas montañas grandes y esos valles pequeños, *cañones* que llamamos en el habla de cada momento. Los vocablos y giros que trujeron –como se dice en Antioquia, en Jerusalén y en las coplas de pie quebrado de don Jorge Manrique–, eran los mismos que la judería desterrada llevó hasta los confines de la diáspora. No encontraron aquellos fundadores, poblaciones indígenas abundantes que hicieran el mestizaje de sus dialectos con la lengua imperial. Quedaron alejados de la corte virreinal, del mar de Cartagena de Indias y de la gobernación de Popayán; y así, encerrados en sus cordilleras y en sus quehaceres mineros, conservaron como en una alacena bien cerrada, las voces y su trama sintáctica, tal como las habían recibido de Castilla y Andalucía, un poco agrias por los vascuences que las habían aprendido, pero también dulcificadas en sus formas y tonalidades por los gallegos.

3. La lengua es el tesoro

Si se aplica el rigor de la metodología a nuestro lenguaje, se halla doctrina bastante en los estudios de dialectología de Luis Flórez y en el Atlas Lingüístico de Colombia, publicado en buena hora por el Instituto Caro y Cuervo: en 1952, 1953 y 1954, de pueblo en pueblo por veredas de Antioquia, fueron elaborando papeletas lexicográficas los expedicionarios pacienzudos como benedictinos de estas investigaciones. Y se valieron ya de nuevos instrumentos como la grabación magnética para la fonología, el cinematógrafo y la fotografía para los elementos folclóricos del contorno, y la cinta fonóptica para el tono y el gesto, que pertenecen también al idioma.

Ocurre, con todo, que los mapas y los diccionarios, la televisión y el cine, los millares de apuntes y la memoria de las computadoras

aportan acopios gigantescos de datos, pero no recogen la armonía estética del panorama. Los horizontes son fotografiables con dificultad. No hay cámaras fotográficas que abarquen como la retina, aunque sean enfocadas al infinito. Los pintores capaces de sugerencias llegan adonde las técnicas no alcanzan, como en el óleo memorable del maestro Cano. Pero el paisaje, lo mismo el físico que el lingüístico, es para ser vivido, contemplado e interiorizado, hasta convertirlo en sangre, más que para ser retratado, filmado o descrito.

Lo anterior da pie para reflexionar sobre *lengua y habla*, conceptos dicotómicos que tienen como base –según Saussure⁵–, la naturaleza multiforme y heteróclita del lenguaje, la cual a primera vista se revela como realidad inclasificable, al mismo tiempo física, fisiológica, síquica, individual y social. El *habla* representa, entonces, la parte puramente individual del lenguaje (fonación, realización de reglas y combinaciones contingentes de signos). La *lengua* es el lenguaje menos el habla: una institución social y un sistema de valores. La lengua es la parte social del lenguaje. El habla es esencialmente un acto individual de selección y de actualización. Pero no hay lengua sin habla y no hay habla que esté fuera de la lengua; en este intercambio estriba la auténtica praxis lingüística, como ha indicado Merleau-Ponty⁶. La lengua es un conjunto de tipos esenciales que el habla realiza en modos infinitamente variables. *La lengua es el tesoro depositado por la práctica del habla en los sujetos que pertenecen a una misma comunidad*; y puesto que es suma colectiva de huellas individuales, a nivel del individuo aislado, o puede por menos que estar incompleta: la *lengua* no existe perfectamente sino en la *masa hablante*; y es posible tan solo a partir del habla, pues históricamente, los hechos del habla preceden siempre a los hechos de la lengua (el habla es lo que hace evolucionar la lengua). En definitiva: la lengua es a la vez el producto y el instrumento del habla.

Detengámonos primero en el modo de ser, para llegar después al modo de hablar.

⁵ Saussure, Fernand. *Curso de Lingüística General*, Barcelona, 1916.

⁶ Merleau-Ponty, Maurice. *Fenomenología de la percepción*, 1945; *Elogio de la filosofía*, 1953; *Signos*, 1956.

4. El modo de ser del antioqueño

Porque hay un *modo de ser del antioqueño*: con él tuvo que ver en gran manera la minería para darle paciencia en la concepción, persistencia en la acción, constancia en la asociación, certeza en la acumulación. Fueron primero la pereza y la desgana: así lo advirtió en las últimas décadas del siglo XVIII el gobernador Francisco Silvestre en su *Relación sobre Antioquia y métodos para mejorarla*⁷. Y lo convirtió en pedagogía el moralizante oidor Mon y Velarde, quien informaba a la corona sobre *el concierto de mujeres libertinas en el Medellín de entonces; sobre la vida de las mujeres estragadas, de las mujeres mal entretenidas, de las mujeres que hayan dado mala nota, o mujeres perdidas, a todas las cuales se deberá instruir en la doctrina cristiana, enseñándoles todos aquellos ministerios propios del sexo mujeril, manteniéndolas con honestidad y recato*. Era grande la obstinación del oidor en la misa dominical, ya que no querían salir del monte para nada; su preocupación por la compostura durante los oficios religiosos, al punto de establecer penas de dos meses de cárcel a los de color humilde, libres o esclavos, y de diez pesos de oro a los nobles que concurran al atrio de la iglesia *a las horas en que se celebran los oficios divinos y están abiertas las puertas del templo, formando corrillos, haciendo tertulia, manteniéndose con el sombrero puesto en escandalosa irreverencia en la casa del señor*⁸.

Lo que Silvestre y Mon encontraron fueron pobreza, pereza, falta de educación, desocupación, vagancia, desgreño administrativo. En 1729, don Antonio Manso y Maldonado informaba a la corona *que la provincia de Antioquia estaba en los últimos términos de aniquilarse*. En 1783 decía Silvestre *que estaba en las últimas agonías de su vida*; y Mon: *de aquí resulta que ni para el rey son útiles estos vasallos y muy perniciosos a la sociedad común, pues siendo ellos unos vagabundos, sin destino ni ocupación, no cuidan darle a sus hijos y dentro de poco tiempo será un enjambre de gente sin Dios, sin rey ni religión*. Silvestre empezó el cambio de rumbo. Mon, destinado el 2 de agosto de 1782 por el arzobispo virrey Antonio Caballero y Góngora, a hacer una visita que se prolongó por más de dos años, enderezó más aún las costumbres con medidas para dar la tierra a quienes sí la explotaran: *No parece irregular que habiendo muchos*

⁷ Silvestre, Francisco. *Relación de la Provincia de Antioquia y formas de mejorarla* (1786-1797). Profesor David Robinsón, Universidad de Syracuse. (Copia a máquina).

⁸ Robledo, Emilio. Bosquejo biográfico del señor oidor Mon y Velarde, visitador de Antioquia, Bogotá, Banco de la República, 1954, Tomo I, págs. 44 y sigs.; Tomo II, págs. 113, 124 y 163.

pobres que quieren cultivar estas tierras, escribía, haciéndoseles oposición por alguno que hace años las tiene abandonadas y acaso jamás se acordó de que las tenía, se le obligue a éste a que a lo menos manifieste el título en que funda su intención, para saber lo que comprende y remediar al miserable en lo restante. Estanislao Zuleta observa que en la posición anterior está la clave de la tarea regeneradora de Mon y de los ataques de que se le hizo víctima⁹.

Y se regeneró la provincia: las costumbres se tornaron austeras alrededor del hogar que mantenía su unidad mediante la dirección de la madre, quien con astucia discreta hacía que pareciera como que todo se movía bajo la férula del patriarca, entre sobriedad y conflictos, virtudes y rigor. Ha sido esta del hogar, constante de aquella historia, de su dinamismo; y no es para sorprenderse de que ahora, con tantas reconstrucciones como se emprenden, por ejemplo en Europa, los censos para medir las posibilidades de éxito sean formulados no sobre individuos sino sobre familias.

La conformación geográfica de Antioquia, su lento desarrollo y su aislamiento de las demás regiones de Colombia, fueron determinando un particular crecimiento y una singular forma de vida. Su visión del mundo se fue estructurando a partir de la lucha de gentes que, obligadas por el medio, se abrieron paso a través de la maraña de una región inhóspita. Tales condiciones se convirtieron en el terreno apropiado para que se configuraran los rasgos característicos del pueblo antioqueño: el amor a la libertad e independencia, el sentido práctico y positivo, los hábitos de ahorro y previsión, que han estimulado el sentimiento de altivez propio de las gentes de la montaña, resueltas a vivir solo de sí mismas.

5. El pragmatismo naturalista

La muralla que la naturaleza impuso entre el pueblo antioqueño y las demás regiones de Colombia, le atenuó los efectos devastadores de

⁹ Zuleta, Estanislao. *Conferencias sobre Historia Económica de Colombia*, tercera edición, Editorial La Carreta, Medellín, 1977, págs. 131 a 155. Sobre este tema hay literatura abundante, partiendo de *El oidor Mon y Velarde, regenerador de Antioquia*, de don Tulios Ospina (Medellín, 1991), pasando por *La Colonización antioqueña en el occidente colombiano*, de James P. Parsons (1961), *las Relaciones de mando en la Biblioteca de Historia Nacional*, volumen VIII, hasta *La colonización antioqueña* de Roberto Luis Jaramillo en la obra *Historia de Antioquia* publicada en 1988 por el periódico *El Colombiano*, de Medellín, y por las empresas Suramericana de Seguros, Compañía de Cementos Argos y el banco Industrial Colombiano. Esta es obra de consulta obligada para los estudiosos sobre Antioquia, porque, bajo la dirección del historiador Jorge Orlando Melo, recoge 50 estudios de otros tantos especialistas.

las guerras civiles y los levantamientos de nuestro siglo XIX; dio perfiles menos duros a la lucha política y suministró base a una visión afanosa del desarrollo económico, sin que ello permita hablar de un nuevo paraíso terrenal: no por nada se produjeron las grandes migraciones originadas en la pobreza y en la presión demográfica; y por algo, más que todo como referencia a la epopeya de la colonización, habló don Alejandro López de *la batalla entre el hacha y el papel sellado*.

El padre en la aventura de climas cálidos malsanos, pero la prole en las alturas a cargo de mujeres virtuosas, emprendedoras, fecundas y sanas, así se hizo, hace 200 años, la colonización. Roger Brew pone los movimientos demográficos como catalizadores de la riqueza minera¹⁰. Octavio Arizmendi Posada advierte que el crecimiento de la población y la insuficiencia de la economía minera para brindar subsistencia a las familias numerosas, estuvieron en las raíces de las motivaciones migratorias¹¹, porque la familia era siempre un reto a la creatividad a fin de sacarla adelante, como se decía. Para Álvaro López Toro, en cambio, la familia numerosa fue más que causa, efecto, consecuencia de la colonización¹². Y sobre esta última fórmula la novedosa hipótesis, según Jaramillo Uribe, *del desarrollo desequilibrado entre sector agrícola y sector minero, fenómeno que crea un verdadero cuello de botella en el desarrollo económico de la región y que el grupo resuelve con la expansión colonizadora del occidente colombiano (...)*¹³. A tiempo que Eugene Havens, en un riguroso trabajo sobre la estructura de la sociedad en Támesis, sostiene que las corrientes inmigratorias tuvieron como causaciones los excedentes poblacionales¹⁴.

En Antioquia se desarrolló un pragmatismo naturalista que asumió un carácter pseudo-étnico, manifiesto no solo en las características del industrial, sino también en sus manifestaciones culturales, entre ellas, el comportamiento rutinario. La razón de ser de esta gente es palpable en su historia y su folclor, en el alma de los campesinos, en las leyendas que estructuran sus mitos y en la cultura ancestral que cuentan sus trovadores.

¹⁰ Brew, Roger. *Aspectos de la política en Antioquia 1850-1865*, Medellín, FAES, 1984, copia mecanográfica, págs. 4, 193 y sigs.

¹¹ Arizmendi Posada, Octavio. *Rasgos del pueblo antioqueño*, Medellín, 1967, pág. 16.

¹² López Toro, Álvaro. *Migración y cambio social en Antioquia*, Ediciones Hombre Nuevo, Medellín, Banco de la República, 1979, pág. 23.

¹³ Jaramillo Uribe, Jaime, op. cit.

¹⁴ Havens, Eugene. *Támesis, estructura y cambio*, Bogotá, Ediciones Tercer Mundo, 1966, págs. 68 y sigs.

El antioqueño es romántico por naturaleza, pero su romanticismo no está hecho de sueños y melancolía; es el sentimental que se aferra a sus tradiciones, elevando un exaltado canto a su tierra.

En este momento del discurso, permítaseme precisar que esta ojeada sobre Antioquia no constituye alarde provinciano. Inclusive con manifestaciones aterradoras como en los Balcanes, las regiones se han vuelto a expresar en el mundo entero. Y no me refiero a los caminos que abrió la reforma constitucional de 1991. Y dondequiera se oye la pregunta sobre el futuro del Estado Nación, ya sea a la luz de bloques como el de la Comunidad Económica Europea y los esfuerzos que se hacen en las tres Américas, o por consideraciones culturales y económicas más localizadas, que buscan rectificar caprichosas fronteras políticas de tiempos lejanos o recientes. Lo que quiero destacar es la gran sorpresa que se experimenta al ver cómo, a propósito de un tema que en 1991 es de actualidad prioritaria, ya en 1979, es decir, hace doce años, el universal historiador Jaramillo Uribe escribía:

Uno de los rasgos sorprendentes del momento histórico contemporáneo parece ser el renacimiento de la idea de región. De región como concepto histórico, político y cultural. Tras el siglo del nacionalismo y de la nación como objetivo de la historia, parece resurgir en numerosos países la idea de identificar el patriotismo con la defensa de las regiones y con la lealtad hacia ellas: escoceses y galeses en Gran Bretaña; bretones y occitanos en Francia; vascos, catalanes y andaluces en España. Para la historia y para el historiador el fenómeno no puede pasar desapercibido. Parece como si, aparte de la constelación de intereses políticos y económicos que pueden estar operando para producirlo, el hombre contemporáneo, fatigado de abstracciones sociales como la nación, el estado, la clase, el partido, buscara su identificación con algo existencialmente más inmediato y este algo parece ser la región. Ahora bien, sin que podamos decir que la historiografía moderna ha sido indiferente ante las realidades regionales, sin embargo, es evidente que según las alternancias del interés real o de la moda, el foco de su atención ha estado en las naciones, los estados, las épocas, las generaciones, las clases, los partidos y las culturas en un sentido muy amplio y relativamente abstracto (...)¹⁵

¹⁵ Jaramillo Uribe, Jaime. *op. cit.*

Tal es el centro alrededor del cual se estructuran estas páginas, que pretenden esclarecer la relación existente entre el pueblo antioqueño y su creación cultural: así como el medio agreste de las montañas forjó un tipo humano diferente del que habita en el resto del país, de igual modo dicho pueblo fue moldeando una literatura, una música, una danza, unas costumbres, unas leyendas con vida propia, con matices singulares y con una identidad que no le impide integrarse en el gran óleo de la cultura colombiana.

6. La lectura unidimensional

Siempre que se ha hablado o escrito del modo de ser del antioqueño –a favor o en contra-, el énfasis se pone con sesgo en el *homo economicus*, que trataba de no depender de nadie distinto de sí mismo. En aquellas descripciones parecería que el antioqueño no pudiera caracterizarse más que en función del dinero. En unas ocasiones, las más pretensiosas –puesto que se figuran en sí mismas como conclusiones objetivas y científicas-, la observación se presume neutral: ahí está este pueblo, que por su aislamiento durante siglos se convierte en conejo de laboratorio perfecto. Otras veces, las descripciones se insuflan de pasión, ya el entusiasmo por la raza emprendedora y arriesgada, ya el recelo de los propios pobladores frente a lo que ven como envidia o como instinto de defensa, y que llevó a decir al ingenio popular que *la vida es la lucha del hombre contra el antioqueño*.

Naturales o sesgadas por un sentimiento, hemos visto cómo desde los informes coloniales son abundantes estas corografías, diseñadas con los lenguajes de cada época. Acaso demasiado abundantes porque, en definitiva, ciertos modos de vida, ciertas migraciones hacia fuera y hacia adentro, y ese aislamiento inicial –privilegiado para el investigador-, confirieron a este pueblo características marcadas y diferenciadas. Condiciones de laboratorio, se diría, que eliminan variables y se enuncian para explicar el misterio aparente de por qué una provincia atrasada en el siglo XVIII, se convierte desde comienzos del siglo XIX en poder financiero, y desde los inicios del siglo XX en epicentro de la industria colombiana.

El libreto del tema está compuesto por el encadenamiento entre la minería del oro, el comercio, el café y la industria manufacturera; y el protagonista resulta creando aquella riqueza gracias a su espíritu de competencia para superar su marginamiento, a su laboriosidad, a su hábil manejo de las transacciones, a la persistencia ante condiciones hostiles,

a su perfeccionismo; y a unos valores éticos que conferían a la religión, mientras fue una sociedad campesina, el poder de controlar las conductas. Y también gracias a su amor al dinero como compensación calvinista y puritana para el esfuerzo –si se le quiere ver como virtud- o gracias a su codicia, si se lee el fenómeno con la óptica desde la cual lo vieron Carrasquilla y Fernando González, León de Greiff y Gonzalo Arango. Esta lectura corresponde al peso específico del determinismo económico inherente a la teoría marxista que no se aplicó a la evolución histórica del pueblo antioqueño y se aplica a su naturaleza, como si el país, por el hecho de participar de un conjunto de características y valores, tan solo poseyera dimensión crematística del mundo.

Una de las peculiaridades de Antioquia ha sido la comunicación positiva y descomplicada entre las clases altas y la gente llana. La verdad es que al formarse la idiosincrasia de este pueblo, el dueño de la hacienda o de la mina era campesino como el peón, con quien compartía madrugadas y fatigas sin contemplaciones ni privilegios como un jornalero más con responsabilidades diferentes. Sus inflexiones dialectales eran las mismas. El labrador de aparcería logró hacerse dueño de la hacienda, como el cañero o metalagómez¹⁶ o fanfarrón en *Que pase el aserrador*, el cuento de Jesús del Corral. Y el mazamorrero o barequero, en un golpe de suerte había sacado tal *oral* que compró varias veinticuatravas de la mina. La ruptura que está padeciendo Antioquia vino más tarde, cuando se estableció el ausentismo y los señores empezaron a vivir en la ciudad: se crearon entonces dos subculturas, la citadina y la campesina, que en tanto que no se hermanen, producen violencia. Pero durante muchos años la gente de la llamada buena sociedad se ufanaba de ser descendiente de los arrieros y tenía a honor su raigambre campesina, la casa siempre abierta y el *bien pueda proseguir* que oían los caminantes al entrar y el *bueno, que mi Dios la tenga aliviadita, pues, ¿oye?* que también se lee en Calderón de la Barca¹⁷. Un arriero en su juventud, don Alejandro Ángel, llegó a ser el primer magnate del café. El carpintero de la mina de *El Zancudo* en Titiribí, don Alejandro Echavarría, fue el fundador y primer propietario de Coltejer; y su sobrino don Ramón fundó a Fabricato en Hatoviejo, más tarde llamada Bello en memoria de don Andrés, estudiado con profundidad por don Marco Fidel

¹⁶ Metalagómez: adjetivo. –Que hace alarde de algo que no tiene; fanfarrón y cañero, en *Diccionario de hablas populares de Antioquia*, por Carlos García y César Muñoz. Centro de Investigaciones de la Facultad de Comunicaciones. Medellín, Universidad de Antioquia, 1991. Copia de computador, pág. 35.

¹⁷ Flórez, Luis. *Habla y cultura popular en Antioquia*, Instituto Caro y Cuervo, Bogotá, 1957, pág. 368

Suárez, nacido allí en el hogar de una lavandera. A don Pepe Sierra le convenía –en el sentido ambivalente de fatalidad y de ventura-, comprar haciendas en la carrera séptima de Bogotá que, según él, empezaba en la Plaza de Bolívar y terminaba en la del mismo nombre en Tunja.

El origen agrario, artesano, arrieril y minero de los modernos empresarios industriales de Antioquia, es indudable. Y el telón de fondo de su creatividad es el modo de ser del antioqueño, estudiado por sus propios y ajenos.

Sin embargo, si se examina el repertorio de artistas que han nacido en esa región –pintores, novelistas, poetas, escultores, humanistas-, los hombres refutan la lectura unidimensional. Se diría, en beneficio de aquella tesis, que este grupo ateniense fue siempre la disidencia en su medio fenicio, a la cabeza su filósofo Fernando González y su poeta Gonzalo Arango. La interpretación que propongo es bien distinta: consiste en que, en el fondo, polos positivo y negativo, blanco y negro, tanto ese espíritu perfeccionista y emprendedor como aquella disposición para emigrar o asimilar novedades, esa persistencia y sobre todo el sentido de identidad con su origen, han servido para estimular una creación de valor estético significativo.

7. La aspérrima antioqueña.

Acaso Porfirio Barba-Jacob con su imagen de bohemio, perdido y marihuana, con su auto-fomentada máscara de amoral, observado por la superficie pueda mirarse como antítesis de la austeridad y la religiosidad de sus mayores. La antítesis comienza a disolverse cuando Barba se identifica con el espíritu antioqueño, que llevó a los paisas a colonizar más al sur de las selvas del Quindío; a las llanuras vírgenes circundantes de sus montañas hacia el Magdalena, el Cauca y Urabá; y aún más al norte, desde los cincuenta, a colonizar el Queens, en Nueva York. Con la diferencia de que el paisa coloniza y se instala, y Barba-Jacob trashumaba con el sino del prófugo más que con la esperanza del peregrino. Esa antítesis que la superficie señalaba, se disuelve cuando se examina la manera como Barba-Jacob asumió su vocación poética, su oficio con las palabras, más allá de la fachada escandalizante. Entonces, cuando, cual fantasma que viaja a través del tiempo, alguien penetra en el cuarto solitario del poeta, en La Habana o en Barranquilla, en México o en Lima, en ese momento en que Barba trabaja sus poemas, se podrá reunir una obra breve, pulida por el paso de los años y los insomnios. Se cuenta que el poeta fijaba en la

pared sus poemas para vigilarlos durante sus encierros y, en iluminaciones sucesivas cambiar una palabra hoy, otra cuando pasen los años, siempre con persistencia vigilante, fuera del escenario, en el taller artesanal de un obsesivo perfeccionista.

Existe otro ángulo por donde se concretan las cualidades del comerciante, del vendedor y el perfil del poeta, más allá de la habilidad con las palabras que a los primeros les sirve como medio de persuasión, y al poeta, como instrumento para el éxtasis. Es el modo de vida vagabundo; el vivir del cuento a costa de viejos o nuevos conocidos, protagonizando, más que al poeta maldito que pretendía, al pícaro –el vivo que llaman-, arquetipo de una sociedad semi-rural, subproducto del ingenio y del arte laborioso de vivir sin trabajar, en disfrute de los dividendos o de la quimera. En el fondo, recogiendo con su huída un repertorio de antivalores que tienen la utilidad de producir escándalo –es decir, resonancia- y de exhibirse lejos del escenario donde el poeta creció, *la aspérrima Antioquia*; y guardando en su corazón el temor que sintió cuando –casi adolescente, maestro en Angostura- el padre Mariano le quemó rugosos manuscritos; y cuando, a la hora de la muerte en México, el sacerdote académico Méndez Plancarte lo invitó a confesión.

8. Los disidentes

En algún trayecto de su vida, Barba-Jacob se encontró en La Habana con un paisano suyo, el escultor Marco Tobón Mejía. Es el momento de abandonar al poeta de *Acuarimántima*, para saludar al escultor que aprendió en Francia el oficio de fundir bronce y medallas, y perfeccionó la maestría en el tallado de la piedra. Al contrario del poeta que no puede vivir de sus versos, el escultor era un artesano que derivaba la subsistencia de su quehacer. Tobón Mejía es el primer ejemplo, el fundador de una tradición entre los artistas antioqueños que salen a asimilar las sutiles perfecciones del oficio en el lugar donde más saben de él. Y en esto no existe distancia con los que, al principio por el comercio del oro, salieron a asimilar técnicas que fueron aplicando de manera gradual y sabia con la colaboración inteligente de técnicos ingleses, suecos y alemanes, afincados en sus montañas. Así viajaron a estudiar ingeniería de minas en California los primeros empresarios paisas de la minería moderna, los mismos que al regreso fundarían la brillante Escuela de Minas de Medellín, como continuación de la obra visionaria del gobernador Berrío. Y así fueron a estudiar la metodología del beneficio del café en Centroamérica, bajo los

auspicios de don Mariano Ospina, lo que les ayudó a inventos ingeniosos, como la despulpadora, que impulsaron aún más dicha industria.

Como Tobón Mejía, más tarde Fernando Botero saldría del escenario local en persecución de las formas de Uccello: entre los artistas antioqueños, es el arquetipo de valores como persistencia y perfeccionismo. Después de la emoción pictórica, primera percepción ante un cuadro de Botero, lo que sigue es el estupor ante la ejecución técnica de sus obras: son cuadros realizados por un maestro que domina, a fuerza de investigación y de trabajo, los secretos del quehacer. Desde otro ángulo, el reconocimiento universal del arte de Botero, cuya apoteosis está constituida por sus esculturas en Florencia y Montecarlo, ha contado de parte del artista –más de la maestría, la laboriosidad y perfeccionismo–, con la sensatez del antioqueño para gobernar el éxito. Es lo que ha hecho también Rodrigo Arenas Betancourt, desde cuando, solo con el fuego de su talento, partió hacia México en 1945, a estudiar con los muralistas.

Es aconsejable volver a los disidentes para observar en sus comportamientos, como en un espejo, la proyección de valores que tienen ellos la virtud de hacer evolucionar.

Imbuido en el universo verbal del antioqueño, inmerso y a la vez distanciado de los valores paisas, Carrasquilla es el escritor arquetípico de la montaña y el que repudia la codicia de su gente. El más excelso cronista y, por ello, el mejor testigo de esa cultura material que ya para su tiempo alcanzaba refinamientos en la culinaria, en la jardinería, en la arquitectura autóctona, signos materiales de una instancia establecida y próspera. Crítico acerbo de la *gente local*, *chata* y *roma*, descendiente librepensador de un inmigrante sueco. También León de Greiff pertenece a ese territorio de disidentes que participan, a la vez, de las más perfiladas características del modo de ser antioqueño. Pocas obras poéticas más laboriosas, eruditas y vastas en el contexto colombiano, y con esa verbalidad del que juega con las palabras o que se deleita en la ironía; y que, arriesgado, aventurero, pone a Stepansky a jugarse todo –hasta la vida– y a Beremundo el Lelo a surcar los mares.

Hay una especie de dinastía de herejes que reflejan los mismos valores e idénticas tradiciones que el universo por ellos criticado, como en *Los Teólogos* de Borges, que se pasan la vida disputando y resultan ser uno solo en la mente de Dios: herejes que forman parte de una tradición siempre vibrante, receptiva a los aires nuevos con la renovación que traen estos críticos. A dicha estirpe pertenecen los *nadaístas*, quienes comienzan también escandalizando, poniéndole el dedo en la llaga a una Antioquia

que quedaba en los físicos cueros en textos como *Medellín, a solas contigo*, de Gonzalo Arango, en los cuales rescataba la religiosidad más entrañable y más cristiana que pueda imaginarse en la puritana montaña. Igual puede decirse de la vida ascética de un creador como Jaime Jaramillo Escobar, X-504 para la poesía, autor de uno de los libros más memorables del decenio de los sesenta y el texto capital de la poesía dadaísta: *Los poemas de la ofensa*.

9. Los extremos de la axiología

Hasta ahora, mirando al trasluz de lo paradójico, hemos indagado por la trama que une los extremos de la axiología y del carácter antioqueños, con el modo de ser de su disidencia estética, laboriosa, perfeccionista, tan arriesgada e innovadora y con tanto sentido de la identidad como existe al frente del espejo, en la sociedad antioqueña.

Cuánto más claras se ven estas correspondencias en ese otro arquetipo que alimenta la acción con la contemplación, aquel abogado y senador campesino que dedicó sus insomnios a crear los poemas —entre ellos la Memoria Científica del Cultivo del Maíz en Antioquia-¹⁸, que lo convirtieron en el más popular de los poetas colombianos del siglo pasado: Gregorio Gutiérrez González; quien, en mitad del federalismo consagrado por la Constitución de Rionegro en 1863, dice —con ingenua petulancia, según el P. Félix Restrepo-¹⁹ que *como solo para Antioquia escribo, yo no escribo español sino antioqueño*.

Al poeta Epifanio Mejía le ganó la locura que lo sumergió en melancolía después de haberles cantado a los amores, las tórtolas y las montañas, en particular en el poema adoptado como *Himno Antioqueño*, en cuyas cadencias el paisa se pone de pie con unción, lo canta y llora: *¡Oh libertad que perfumas / las montañas de mi tierra, / deja que aspiren mis hijos / tus olorosas esencias!* Cadencias del maestro Gonzalo Vidal que hicieron decir a Luis López de mesa:

Este Himno que Antioquia ha adoptado como insignia feliz de su índole, merece una nueva interpretación musical, que lo deje en la augusta

¹⁸ Gutiérrez, Benigno A. *De todo el maíz*, Colección de Autores Antioqueños, Volumen 6, Medellín, 1984, Apéndice.

¹⁹ Restrepo, Félix. *El castellano naciente y otros estudios filológicos*, Instituto Caro y Cuervo, Bogotá, 1978, pág. 125

sencillez de las dos estrofas fundamentales y tome para el coro dos versos apenas, asordinadamente acompañados contra todo lo usual en tal materia por un leve murmullo de tambores, por que así estallen como en actitud de decisión y no cual un altisonante reto vanidoso²⁰.

Colocar en una misma lista a Berrío, Rafael Uribe Uribe, Carlos E. Restrepo, Suárez, el general Pedro Nel Ospina, Luis López de Mesa, Antonio José Restrepo, Alejandro López, don Fidel Cano, Gonzalo Restrepo Jaramillo y Fernando González –el disidente por antonomasia-, significa hallar en estos espíritus disímiles el rasero común de que, a la vez, fueron hombres de acción y contemplativos, individuos esforzados que dedicaron sus viglias a la administración pública o privada, al periodismo, a la política o al foro; y que –persistentes- robaron horas a la oscuridad del sueño para dejar el testimonio escrito de las luces que encontraron. Orientadores por excelencia de su sociedad, encarnación de sus valores más íntimos, estos próceres aúnan las posibilidades de la laboriosidad, de la constancia, del riesgo, de la austeridad y su mezcla fructífera con la imaginación y el espíritu.

10. Los príncipes del espíritu

He hablado de los disidentes, pero sin desfigurar su propio contexto, ni menos presentar al pensador, a quien se mueve en el medio de las ideas, como un cuerpo extraño en la vida de Antioquia. Ya me he referido a esa supuesta contradicción entre el ideal de lo práctico y la contemplación intelectual, como algo que no resiste el menor análisis. A los nombres ya mencionados, habría que agregar, en visión somera, otros no menos ilustres: el padre Félix Restrepo, Sanín Cano, Gerardo Molina, Carlos Mazo, Alberto Gil Sánchez, Emiro Kastos, el Indio Uribe, Rendón, Fernando Gómez Martínez, Castro Saavedra, Alberto Jaramillo Sánchez, Pedro Nel Gómez, Francisco Cano, Tartarín Moreira, Carlos Vieco, Mario Ribero, Jorge Robledo Ortiz, Gracialiano Arcila, en fin, me haría interminable.

La conjunción con los valores antioqueños y la virtual distancia crítica, se hacen verbo y carne en los más connotados poetas del presente. Acreedor del premio *reconocimiento* otorgado por la Universidad de Antioquia, admirado por los poetas jóvenes, el discreto José Manuel

²⁰ Gutiérrez, Benigno, *op. cit.*, Apéndice.

Arango ha producido en los últimos 20 años una de las obras iluminantes de la poesía colombiana. Igual austeridad y constancia, idéntica lucidez, pueden predicarse de otro hombre que, atendiendo más de cinco lustros la cátedra, ha escrito entretanto una obra poética rigurosa: Elkin Restrepo. Ambos laboriosos y anónimos profesores, habitantes de la clase media, han dejado el cálido testimonio poético de una nueva sociedad sacudida por bruscas olas de violencia, sociedad ya urbana que encuentra, en palabras de José Manuel Arango, que *la ciudad es un texto*: una ciudad donde *la sombra del soldado se refleja sobre los adoquines*. Y mientras Arango ha creado con sus poemas breves una obra lúcida, Elkin Restrepo ha edificado la mitología de la infancia feliz del niño ciudadano, rescatando héroes entrañables del cine y realizando algo que expresa hermosamente en uno de sus versos: *esta vida reclama lo que el sueño hace silencio*.

Otro tanto puede decirse de Darío Jaramillo Agudelo, testimonio de lealtad a la poesía, esa *batalla de palabras cansadas; nombre de cosas que el ruido escamotea*, según describe el oficio de poeta al cual da pruebas constantes de fidelidad. Para el escogimiento de ese oficio, sucumbieron en él compromisos y tentaciones familiares de carácter mercantil, a las voces que lo llamaban desde las esferas de la creatividad, tal como De Greiff prefiriera en su momento la *belleza de ver fugarse los crepúsculos*, al frenesí febril de las chimeneas manufactureras. Y de Juan Manuel Roca, cuyo esotérico lirismo pinta con pincel impresionista las situaciones amorosas de cada instancia: *tal vez el misterio de la poesía consista en convertir flores en fuego, fundar el mito, atrapar el imposible*.

Por consiguiente, también hay en Antioquia sitio acogedor para los peregrinos del intelecto, príncipes del espíritu, sin sede permanente. Lo pondera, además, el hecho hermoso de que quizá el poeta de más prestigio y popularidad en el torbellino industrial, sea Raúl Gómez Jattin, llegado de la costa atlántica, y quien canta así: *Va catalina / viene Catalina / llegó Catalina / junto a mi pecho como un gorrión / como una hermana, una abuela o una amiga / su melena calienta mi corazón / no quiero que se vaya / si es tan tierna / si parece que tuviera en vez de huesos / plumas / en vez de voz puro aliento / en vez de amistad un pleno amor. / Catalina vale un millón de besos en poemas / Catalina es un corazón al viento / y el viento quisiera serlo yo*.

11. El romancero

En el prólogo a la primera edición de las obras completas de don Tomás Carrasquilla, advierte el español don Federico de Onís²¹ que la lengua de Antioquia, la lengua y el estilo de Carrasquilla (el gran Carrasco, como coloquialmente se le decía), es sin duda el castellano, como lo es de toda la América española, y aun podríamos añadir que es uno de los sitios (incluyendo a España) donde mejor se habla; agrega que esto no quiere decir, como ha pensado Cejador, que dicha mejoría se deba a que en esa región se haya conservado el español más puro a causa del aislamiento y el apego a la tradición. Y que si es verdad que el español de Carrasquilla y de Antioquia sorprende y maravilla por su riqueza en palabras y giros que fueron clásicos y ahora sobreviven, también entre los campesinos de Castilla y Andalucía se destaca por su capacidad de innovación, de lo cual nace su encanto. Años antes lo observaron así Caro y Cuervo, y lo hizo más de una vez el señor Suárez en varios de los Sueños. Todos con Bello a la cabeza, trabajaron aquende el mar por la unidad de la lengua, como allende el mar los Reyes Católicos lo hicieron por la unidad de la Península, donde ni entonces ni ahora se alcanza la mismidad del idioma de que gozamos en nuestra América. En contraste con Alberdi en la Argentina, quien había querido *varios españoles* individualizados, en el resto de América la constante ha sido la lucha esforzada por el mantenimiento de la unidad de la lengua, con las innovaciones refrescantes y las modulaciones de cada región. Así en Antioquia, donde afirma Flórez que *por el apego a formas y significados antiguos las hablas antioqueñas tienen un sello muy español, y por la tendencia renovadora son al mismo tiempo muy americanas*²².

El puente de transferencia del romancero del Siglo de Oro a América, fue el romancero de las Islas Canarias, recurso esencial para explicar la más antigua tradición al mundo recién descubierto, según don Ramón Menéndez Pidal, citado por la hispanista alemana Gisela Beutler²³, quien durante tres años de estudios en Colombia recogió textos religiosos y novelescos en la costa atlántica, en el interior, en Nariño, en el Chocó, en la Catedral Primada de Bogotá, y en Antioquia, con similitudes con el romancero español. Del gongorista Hernando Domínguez es éste:

²¹ Onís, Federico de. *Obras completas de Tomás Carrasquilla*, Medellín, Tomo II, 1958, pág. 7.

²² Flórez, Luis, *op. cit.*, pág. 368.

²³ Beutler, Gisela. *Estudios sobre el romancero español en Colombia*, Instituto Caro y Cuervo, Bogotá, 1977, pág. XIII

En dos cruzados maderos,
nudosos monstruos del bosque,
que aún para leños son rudos,
si para troncos disformes;
con más heridas que miembros,
vinculado miro a un hombre
víctima que si pénsil muere
porque vivan Absalones.

De Cáceres, población del norte de Antioquia, transcribe éste:

-Barquero, ¿quieres cruzarme
a las otra orilla de la mar?
-Si te paso, niña hermosa,
si te paso, ¿Qué me das?

-Te doy mil alhajas de oro,
mi pulsera y mi collar.
-Eso no, niñita hermosa,
lo que pido, vale más.

La niña le dio el besito
y el barquero la cruzó.
-¡Adiós, niña pasajera!
-¡Adiós, barquerito, adiós!

Y de Cocorná, al oriente de Antioquia, viene este romance:

La Virgen se está peinando
debajo de una palmera,
sus peines eran de plata,
su cinta de primavera.
Por aquí pasó José
me dijo de esta manera:
-¿Por qué no canta la Virgen,
por qué no canta la reina?

12. Los lenguajes

Queda claro que la coyuntura tradicional de clases, que bien pudiera entenderse como clase única campesina, palpable hasta bien

avanzado el siglo XX, desde mediados del siglo pasado tuvo su repercusión literaria. En pocas partes dentro de los amplios dominios de la lengua puede advertirse tanta cercanía entre la lengua escrita por sus mejores cultores y la lengua hablada por el común en los hogares y mercados, en los cafetales y en los socavones.

Si algo identifica al antioqueño en cualquier lugar, es su expresión lingüística. Luis Flórez destaca como características suyas una *entonación de giros altos, de ese sibilantes, voseo corriente, con un uso frecuente de pues, hopa, querida, ave maría, conversación rápida, empleo de muchos y frecuentes diminutivos signo de afectividad, exageraciones gráficas, ingeniosas y expresivas junto al uso del misiá y el don*²⁴. Al lado de esto, se debe destacar el ingenio del paisa que brota en todas las situaciones y espacios, a través de refranes trabados y juegos verbales: Emilio Robledo recogió en mil papeletas lexicográficas²⁵ otras tantas expresiones que iremos dejando a la vera del camino de este trabajo. En seguimiento de una lógica del lenguaje que no siempre prevalece, en la Antioquia del golfo de Urabá, transida de costeñismos, se oyen adverbios de modo terminados en mente, como la respuesta que se da a quien pregunta por la circunstancia del interlocutor: *graciasadiosmente bien, doctor: sindudamente, doctor*. O testimonio de lógica inusitada, en una fonda campesina: *Ni se fía, ni se presta plata, ni se me suba al mostrador*.

Hay estudios bien acabados sobre el voseo familiar de los antioqueños, similar al de los argentinos. Muy distinto del vos mayestático, este trato a la segunda persona del singular, reemplazando el *tú* por el respetuoso *usted*, y *ustedes* (se usa aún el *vusté, vustedes*), tiene su conjugación propia en todos los verbos con prescindencia de la *i* del plural *vosotros* y del solemne *vos* en la última sílaba²⁶. *Vos sos, vos amás, vos sabés, vos fuiste, vos influís*. En la confidencia del amor entre antioqueño y antioqueña, resulta artificial y postizo el *tú*, lejano y frío el *usted*, y profundamente tierno el *vos*. Y es frecuente que el lustrabotas o el vecino ocasional en el estadio lo trate de *vos* con la espontaneidad surgida del hecho de sentirse igual.

Se usa todavía el *mi amo* y el *ño* y *ña*, como en esta copla:

²⁴ Flórez, Luis. *op. cit.* Pág. 129.

²⁵ Robledo, Emilio. *Un millar de papeletas lexicográficas sobre Antioquia y Caldas*, Imprenta Oficial, Medellín, 1934.

²⁶ Flórez, Luis, *op. cit.*, págs. 20 y 21

Buenas noches, ña María,
celebro que esté alentada,
y después de haberla visto,
vengo a que me dé posada.
(Restrepo, Cancionero, CCXXXVIII)

13. Música y folclor

El folclor antioqueño es producto de un largo proceso de transculturación, en el que tuvieron parte activa y creativa tanto las comunidades indígenas que habitaron la región antes del Descubrimiento, como los españoles y los esclavos negros, cada uno de estos grupos con una visión del mundo y con una cultura diferente. Esta mezcla originó una música, una coreografía, unos usos y costumbres determinados y un habla popular que incluye mitos y narraciones.

Sobre la evolución de la música y el baile popular en Antioquia, poco se sabe. A través de *La marquesa de Yolombó*, don Tomás Carrasquilla ofrece datos expresivos sobre este rasgo esencial en la vida de los pueblos. Merece mencionarse la guabina, nacida en Antioquia hacia el siglo XVIII como una danza popular que se realizaba en parejas. El bambuco llega a la región por el año de 1852, y a pesar de no ser parte de la tradición se convirtió en uno de los aires más populares, al igual que el pasillo, en general melancólico: este hecho implica el predominio de la música de cuerda sobre los instrumentos de viento y percusión.

El contacto con el mundo que había más allá de las montañas suscitó cambios: los bailes populares, como el mapalé y el currulao, propios de las zonas de influencia negra, en el golfo de Urabá, empiezan a perder fuerza y el bambuco deja de ser una danza para convertirse en la canción de serenata, siempre con doloridas declaraciones de amor y con añoranzas. A pesar de los cambios impuestos con el paso del tiempo, subsisten pueblos y veredas que conservan estas danzas con las cuales se mantienen unidos a un pasado de esfuerzo y lucha. Entre las más expresivas están *Tierra labrantía* que exalta la parcela y la esperanza, pero al tiempo la nostalgia de la ausencia; y *Las acacias*, en la cual se establece el gobierno de la ausencia y la tristeza por la soledad en la vieja casa familiar. La que se conoce como música *guasca* o *de carrilera* (por su predominio en las estaciones del ferrocarril), tiene igual acopio de nostalgia o *despecho* para el reclamo del paisa, que los tangos y milongas que se oyen en Medellín quizá más que en Buenos Aires.

La riqueza lingüística y el ingenio se manifiestan en la poesía popular, unida a la música y la danza, cuya más pura materialización es la copla que se convierte en la voz del pueblo, en el espacio por donde rezuman sus anhelos, esperanzas y dolores. La copla toma la forma de seguidillas, o de corridos. En cuanto a la temática, toca desde las guerras civiles, la politiquería, los enfrentamientos entre clases sociales, hasta los amores fáciles, el amor hondo, el amor a la madre, a la casa paterna y al pueblo natal. En las coplas es palpable la herencia española: en ellas están presentes el tono satírico y el jocoso de la picaresca, al lado del tema anticlerical.

En el *Cancionero Antioqueño* de Antonio (Ñito) José Restrepo²⁷, el autor recoge esta Copla que le trae el recuerdo de un epígrafe en *El doncel de don Enrique*, de Larra:

¿Cúyo es aquel caballo
que allá abajo relinchó?
¿Cúyas son aquellas armas
que están en el corredor?

Y ésta, considerada por Restrepo como *de estirpe calderoniana*, y que él oyó a un negro zahorí en los socavones de las minas de *El Zancudo* en Titiribí:

Precipitado me siento
a aborrecer lo que adoro,
pero al mismo instante lloro
mi propio aborrecimiento.

En *La puerta de Mantible* de Calderón de la barca, se inspira ésta:

Soy la puerta de mantible
y los brazos de monroy,
los Siete Infantes de Lara
y lo que te digo soy.

Dice Ñito que la copla que sigue debió escribirla algún seductor jactancioso, escapado por milagro al puñal y al revólver de las seguras vendetas:

²⁷ Restrepo, Antonio José. *El cancionero de Antioquia*, Medellín, Editorial Bedout, 1955.

Una niña me dijo
en Salamina:
¿Cuándo va por el niño
que ya camina?

Y ésta inequívocamente antioqueña:

De las peñas sale el agua,
de la leche los quesitos,
de los caratejos grandes
salen los caratejitos.

Dos más del *Cancionero*:

Del limón cogí la flor,
del naranjo los azahares;
de tu corazón y el mío
lo que cojo son pesares.

Decís que te vas mañana,
yo también me voy, lleváme;
si no me querés llevar,
sacá cuchillo y matáme.

Y sobre la extensión de la copla:

Ningún autor la escribió,
más cuando alguien lo está oyendo
el corazón va diciendo:
Eso lo compuse yo.

En el sur de Antioquia era legendario el patriarca colonizador don Lorenzo Jaramillo. De él se decía:

Por do pasa don Lorenzo
todo es regocijo y canto.
Ángeles y Jaramillos
dicen Santo, Santo, Santo.

Y ésta, de la cosecha de Manuel Mejía Vallejo, quizá advertida por el novelista en el *Cancionero* de Restrepo:

Ya se murieron mis perros,
ya mi rancho quedó solo.
Ahora me muero yo
para que se acabe todo.

Pertenece a la realidad o a la leyenda el que Ñito Restrepo salía los viernes del senado de enfrentarse con el maestro Guillermo Valencia en debates sobre la pena de muerte, viajaba a Antioquia y, sin detenerse en Medellín, seguía a Titiribí a cumplirles la cita semanal al aguardiente, a la tertulia de los funcionarios de las minas de oro de *El Zancudo*, y al legendario trovero campesino Salvo Ruiz. Un día, Ñito le espetó ésta:

Óigame usted, Salvo Ruiz,
yo le vengo a preguntar:
¿cómo pariendo la Virgen,
doncella pudo quedar?

Dicen que Salvo apuró un inmenso aguardiente de contrabando, *tapetusa* como se le llama, rasgó el tiple de doce cuerdas y respondió:

Oiga usted, doctor Restrepo,
yo le vengo a contestar:
tire usted una piedra al agua,
abre aquí, vuelve a cerrar.
Así, pariendo la Virgen,
doncella pudo quedar.

Otra manifestación del alma colectiva la constituyen las narraciones a través de mitos y leyendas, producto del enfrentamiento y fusión parcial de las tradiciones españolas con las creencias indígenas y africanas.

Parte de la tradición narrativa antioqueña se encuentra en los cuentos de Pedro Rinales, Sebastián de las Gracias y Tío Conejo, junto a los cuales crecieron también la Patasola, el Patetarro, la Madremonte, el Gritón, el Mohán, el Hojarasquín, el Ánima Sola, el Diablo, todos provocadores de males y tragedias, contra los cuales el pueblo ha creado sus conjuros, contras y ensoñaciones, como la certeza, cuando rumba la candela en el fogón de tres piedras, de que viene visita que trae regalos: Agustín Jaramillo Londoño ha recogido en *El testamento paisa*, un tesoro de instancias populares, como rezos, exorcismos, cuentos, exageraciones.

14. El refranero

Si la música, la danza y la expresión lingüística constituyen la manifestación del pueblo, el refranero se erige como la materialización más elemental y franca de la posición que el hombre asume frente a la vida.

Los refraneros representan rasgos locales típicos, ya que la experiencia que los sustenta cambia, de acuerdo con las circunstancias geográficas, raciales y psicológicas peculiares de cada época y región. Antioquia es un territorio particularmente rico en dichos y refranes que manifiestan las experiencias y sufrimientos de sus gentes, al igual que su siempre optimista sentido de la vida. En conjunto, esta cultura popular muestra la historia del colonizador y sus peones, del arriero que abrió los caminos por el fragoso y vasto territorio, del minero y las personas que hoy —como antes— se muestran capaces de darle a su historia un rumbo marcado por el coraje, que don Benito Restrepo, hermano de Nito, ponía en boca de los colonizadores, así: *A un lado serpientes, alacranes y avispas, tarántulas, cientopíes y hormigas rondadoras, trasgos y fantasmas, diablos y demonios, que aquí va un hombre con hambre*²⁸.

Hay una teoría del refrán como simbiosis de vivencias y síntesis de modo de ser. Se dice que sus orígenes se remontan a los del ser humano. Sus huellas aparecen en los clásicos griegos, en filósofos como Platón, Aristóteles y Sócrates, en cuyo diálogo sobre Protágoras se explica que contienen la más antigua filosofía. Emilio Robledo²⁹ recuerda que fue tal la autoridad que dieron los griegos al refrán, que para dirimir un litigio entre Atenas y Megara sobre la isla de Salamina, se alegó a favor de los atenienses un refrán extraído de los poemas de Homero. Es rico manantial el *Libro de Buen Amor* del Arcipreste de Hita con 221 refranes o *retráeres* de fines del siglo XIV; lo son el Marqués de Santillana, Juan de Mena, y el *Diálogo de la lengua* de Juan de Valdés. Pero sobre todo, *Don Quijote*, con 3.500 refranes y una filosofía paremiológica inagotable. Gonzalo Correas³⁰ fue el primero en acometer, en 1627, la tarea de un *Vocabulario de refranes y frases proverbiales*; y Sbardi, a fines del siglo XIX, compiló diez volúmenes de refranes españoles de referencia obligada. Para el señor Suárez,

²⁸ Morales Benítez, Otto. *Testimonio de un pueblo*, Bogotá, Antares, 1951, pág. 41.

²⁹ Robledo, Emilio. *Del refranero antioqueño*, Universidad de Antioquia, Medellín, 1942, págs. 294, 301 y sigs.

³⁰ Correas, Gonzalo. *Vocabulario de refranes y frases proverbiales*, Universidad de Bordeaux, Institute d'Etudes Ibériques et Ibero-Americaines, 1967.

Las frases hechas, modismos, refranes, cantares y cuentos, todo lo que forma lo que ahora se dice *folk-lore*, o vida nacional reflejada en el lenguaje, es en Antioquia caudal cristalino de amalgamiento español.³¹

De ese caudal de amalgamiento español hay numerosos ejemplos, algunos desaparecidos, como la *Autobiografía de un antioqueño rico* sobre un paisa de apellido Córdoba, que empezó a publicarse en Medellín en 1898; pero su familia entró en pánico por las confidencias audaces, y la suspendió. El profesor Jaime Sierra García trae, en las setecientas páginas de *El refrán antioqueño en los clásicos*³², refranes y expresiones de *Don Quijote* que se oyen en Antioquia. Por ejemplo, *cada uno es como Dios lo hizo y a veces peor; cuando una puerta se cierra, cientos se abren; el buey solo bien se lame; el muerto al hoyo y el vivo a la olla*. Y las expresiones ultimadamente (*Oh mi señora Dulcinea del Toboso, extremo de toda hermosura, fin y remate de la discreción, archivo del mejor donaire, depósito de la honestidad y, ultimadamente, idea de todo lo provechoso, honesto y deleitable que hay en el mundo*. *Don Quijote*, Parte primera, capítulo XLIII, página 258), que aparece de continuo en Carrasquilla; suplicar con lágrimas en los ojos; no llega a la suela de mi zapato; llorar lágrimas de sangre el corazón; hacer pucheros; estar enamorado hasta los hígados; comprar el bastimento; acosar más que mula bastimentera; madurarse biche; así se estrega pa' que blanquíe; paga más un retrato en el fondo de un baúl; no te puchés; no me dejes marraniar; calláte esos ojos, querida.

Y estos refranes de circulación cotidiana, recogidos también en el *Diccionario filosófico del paisa* por Luis Lalinde Botero³³.

Según el marrano es la horqueta; en cojera de perro y en llanto de mujer no hay que creer; meter chucha por guagua; las cosas valen lo que den por ellas; gozar más que un boquinetito chupando caña; el día de la quema se ve el humo; el primer maíz es de los pájaros; en la peluquería, como pagás quedás; cada hijo al nacer trae su arepa debajo del brazo; antioqueño no se vara; tiene más costuras que un carriel envigadeño; la cáscara guarda al palo y el mico come chumbimba en caso de necesidad; perro viejo late sentado; a un bagazo poco caso, a un cagajón poca atención.

³¹ Suárez, Marco Fidel. *Sueños de Luciano Pulgar*, Tomo V, Bogotá, 1974, pág. 193.

³² Sierra García, Jaime. *El refrán antioqueño en los clásicos*, Colección de Autores Antioqueños, volumen 56, Medellín, 1990.

³³ Lalinde Botero, Luis. *Diccionario filosófico del paisa*, Editorial Bedout, Medellín, 1966.

Y éste, de obvio parentesco:

Más vale ponerse colorado una vez,
que descolorido toda la vida.

El Arcipreste de Hita dice:

Más vale vergüenza en faz,
que en corazón mancilla.

15. Reflexiones últimas

Ya al final de esta grato recorrido por los escenarios espirituales básicos de lo que sigue siendo *Antioquia, la grande* aun para los miembros de la joven generación actual dispersos por el mundo, y con un lejano antepasado paisa en la historia familiar, ya al final quiero rendir homenaje a quienes, propios y extraños, con sus investigaciones nos enseñaron a definir los rasgos de nuestra identidad cultural. Gracias a ellos podemos concluir que el pueblo antioqueño forjó sus características en un proceso lento, con esfuerzos, sudores y lágrimas. La población inmigrante andaluza se asentó en los núcleos urbanos de Santa Fe, Rionegro, Marinilla, La Ceja del Tambo, Sonsón, Abejorral y las poblaciones del Valle de Aburra, como en los campos circunvecinos. Los forjadores se consagraron al cultivo de una tierra empobrecida y casi inhóspita, para hacer de ella el hábitat familiar, hermoñado por el culto comunitario y el trajín colectivo. El laboreo de las minas introdujo, asimismo, el trabajo del indio y la inmigración de origen africano, concentrada en las zonas bajas del río Nechí, Remedios, Segovia y Zaragoza. El aislamiento durante más de trescientos años, confinado entre sus riscos y hondonadas, contribuyó a acendrar las singularidades étnicas que distinguen al antioqueño de los habitantes de las otras provincias, y a vincularlo emocionalmente al terruño. De ahí que la cultura tenga allí tan arraigado sabor telúrico, y que las costumbres patriarcales hayan trascendido de generación en generación, como nota específica del montañés.

Por esas circunstancias y por el continuado hacerse a lo largo del tiempo, el pueblo antioqueño se distingue en la historia de Colombia como conglomerado diferente de los demás pobladores del territorio, aislado y desconocido en los primeros siglos del itinerario nacional, para ser luego admirado por sus valores específicos. Sus costumbres,

su desarrollo progresivo y su quehacer histórico le fueron tejiendo los rasgos de esa fisonomía propia, fundida en buena parte en la forja en la cual se mezclaron etnias diferentes y aportes culturales varios; y en el confinamiento geográfico que registró durante tres siglos. Lo han registrado así los analistas que se han asomado a ese modo de ser y a su lenguaje: el lingüista general Rafael Uribe Uribe recogió en 1887, en el prólogo de su fascinante *Diccionario abreviado de galicismos, provincialismos y correcciones del lenguaje*, el pensamiento de Bello, Cuervo y Caro sobre el significado dinámico de estas hablas regionales³⁴.

Su religiosidad y la vivencia de la familia han permanecido en la base de la población, a pesar del influjo cambiante del tiempo, del imperio distorsionador de muchas violencias y del apremio exigente de la modernidad. Tanto es así, que aún en el mundo del delito los protagonistas tratan con afecto esos valores, acomodándolos desde luego a sus propias nociones de la vida y de la muerte. Su amor por las costumbres particulares y por el folclor se conserva y enriquece con los aportes que brotan de continuo del alma popular; y cada vez se hace mayor el número de sus poetas, pintores, músicos y narradores. El pueblo antioqueño tiene hondo sentimiento romántico, por lo cual sigue siendo gente de trovas y canciones, de himnos y esperanzas, enraizadas en la tierra y en la tradición.

Después de cuatrocientos años de actividad rural, de *guaquería* y laboreo de minas y de arriería, la industrialización le abrió nuevos horizontes para la evolución y el desarrollo. La industria antioqueña compite en los mercados internacionales sin perder su identidad.

La realidad sociocultural de Antioquia tiene caracteres propios. La axiología de la gente, entendida por tal la que le da fisonomía al pueblo antioqueño, exalta a quienes fueron forjadores de esa sociedad, cuyos valores humanos sobreviven como nervio de las generaciones actuales. Entre esas características acaso sobresalga una, como la de mayor fuerza cohesiva: la del amor entrañable a la tierra, que lleva a la desmesura en su ponderación. Así, la catedral más grande del mundo es la de Villanueva en Medellín; el túnel más largo del plantea, el de *La Quiebra* en el ferrocarril de Medellín-Puerto Berrío, que construyera el cubano Cisneros; el puente colgante más largo, el de *Occidente* sobre el río Cauca construido por don José María Villa. Sobre ese rasgo tan representativo del modo de ser del antioqueño, versa el hermoso discurso de ingreso a la Academia Colombiana

³⁴ Uribe Uribe, Rafael. *Diccionario abreviado de galicismos, provincialismos y correcciones del lenguaje*, 1ª edición, Medellín, Imprenta del Departamento, 1987.

de la Lengua, de la antioqueña Rocío Vélez de Piedrahíta³⁵. Y versan los relatos de los *culebreros* en los mercados pueblerinos³⁶. Las exageraciones frecuentes, gráficas, ingeniosas y expresivas —dice Flórez³⁷— referentes a la inteligencia, la malicia, la audacia, la fuerza, el valor, el poder, el amor, la riqueza, etc. (para los antioqueños las cosas mejores y las más grandes están en Antioquia, real o imaginariamente). El adjetivo enorme es sinónimo de grande en Carrasquilla: (...) esa era un laberinto de casa lo más grande, lo más asiao, lo más precioso y más enorme. Y el superlativo en ísimo se usa así, también en Carrasquilla: (...) una arboleda muy grandísima; y los comparativos mejor, peor, superior, inferior, se toman como positivos: allá se trabaja más mejor, mientras más peor, mejor, mi don.

Entre los campesinos, el diminutivo constante es testimonio de afecto y de ternura, como en esa despedida que trae Flórez³⁸: *Adiosito, pues, y que la Virgen me los lleve con bien. Hago mío este adiosito, agradeciéndoles, una vez más, el que me hayan dispensado uno de los honores más gratos de mi vida, honor que recibo con la modestia de quien sabe que sus reales destinatarios son los libros que ha amado y amará hasta el fin de sus días.*

11 de octubre de 1991

³⁵ Vélez de Piedrahíta, Rocío. Boletín de la Academia Colombiana, núm. 163, 1959, pág. 27.

³⁶ Villegas, Jorge. *El culebrero*, Nueva Biblioteca Colombiana de Cultura, Bogotá, 1986. he aquí el comienzo de la venta de la pomada indostánica: *Ustedes no saben cómo es mi nombre, porque mi nombre solo está escrito en nuestra madre: la Naturaleza, que es lo más hermoso, lo más querido. La que me ha enseñado a internarme en las grandes selvas del Putumayo y el Carare. Mire usted, ahora dicen muchas personas: que la culebra. No se preocupen que ya casito la saco. Está escondida, me la fueron a traer. Pero, yo no conozco la culebra más grande que la lengua que les está hablando, mi estimado amigo. Espérenme un momentito para que vea usted lo que es secreto y lo que es ventaja. Lo que es irradiarse uno con los espíritus divinos para principiar a trabajar aquí en estos sitios, donde todos llegan, miran, se van y nadie paga. Porque ninguno tiene que pagar por la dentrada y mucho menos por la salida, mi estimado compañero. Póngale mucho cuidado. Eso sí, la persona que no haya dejado el burro amarrado, de pronto puede que corcovee y le derrame la mazamorra. Voy a clavar la rodilla en tierra y voy a presentarles una serpiente que ustedes no conocen. ¿Saben cuál es el serpiente que ustedes no conocen? El que van a ver aquí dentro de poquísimos instantes, pero no creo en él, que si hay secretos y que si hay ventajas, y que ustedes lo van a ver así con sus propios ojos, que es lo que se llama el inotismo práctico y moderno. Hace muy poquito rato que concursé en el Congreso de Brujería de Bogotá, si señor, y fui uno de esos que con la mirada seduje lo que quise y obtuve un premio, un galardón bastante delicado en eso de ser botánico naturalista, mi estimado amigo. ¿Y qué voy a hacer? Lo que les prometí por la prensa, la radio y la televisión hace poquito. ¡No se retire nadie! Pacho Correa, el mago de los culebreros, va a comenzar a demostrarles lo que es el poder de nuestra madre, la Naturaleza, lo que es la verdadera botánica. Señores, el orgullo personal mío es tener el gusto, la satisfacción de presentarles a ustedes al gran culebrero de Antioquia, Francisco Correa, un hombre de misterios y secretos, hombre de verdá verdá, que va a demostrarles para qué sirve la baba del Sapo con el extrato de curare (...)*

³⁷ Flórez, Luis, op. cit., pág. 101.

³⁸ Flórez, Luis, op. cit., pág. 101.

II

Interpretación de la ley

Cayetano Betancur Campuzano

Sin embargo, en Colombia y buena parte de Hispanoamérica, a pesar del existencialismo de post-guerra, seguíamos alimentando la lámpara votiva en honor del saber y la cultura. López de Mesa fue el último sacerdote de ese rito y también el último honrado con sus ceremonias.

Cayetano Betancur Campuzano

II

Interpretación de la ley

Cayetano Betancur Campuzano

Señores Académicos:

Me cumple el grave honor de presentarme ante esta ilustre corporación y en un día destinado a conmemorar la muerte de Cervantes, a tomar posesión de la silla académica para la cual fui escogido en un alarde de generosidad intelectual.

La carga es visiblemente onerosa porque de este asiento fueron titulares, mi inmediato antecesor el doctor Luis López de Mesa y, sin llegar a posesionarme, el doctor José Concha, esclarecido presidente de Colombia quien honró la letra Q que le da nombre a este sillón, como el primer investido con tal alta dignidad.

Kart Löwith escribió hace unos quince años un libro titulado: *Heidegger, pensador de un tiempo indigente*. Esta obra, muy discutida, destacaba las posibles contradicciones en el pensamiento heideggeriano, desde sus orígenes en *Ser y Tiempo* hasta las últimas conferencias y ensayos interpretativos de textos de otros filósofos.

Pero cualquiera que sea el concepto que merezca el trabajo de Kart Löwith, resulta sin embargo, su título muy iluminador. No es tanto que la filosofía de Heidegger aparezca en un tiempo indigente, sino que ella misma es la filosofía de la indigencia, de la limitación humana; por ella queda abatida la soberbia y reducida a un estrecho horizonte la tarea especulativa del pensamiento.

López de Mesa fue en Colombia el último representante de esa manera altiva de pensar que ha reducido a escasas proporciones el filósofo alemán. Perteneció al linaje de los pensadores imperiales, tal como vio Ortega y Gasset a Hegel, y tal como a mi juicio es también el autor de *La Rebelión de las Masas*.

Y son imperiales, no ya tanto por lo que en ellos haya de voluntad de dominio, cuanto por lo que ostentan de garbo y de esplendor en sus temas y en su estilo literario.

López de Mesa se adelantó a su tiempo, es decir, al tiempo cultural colombiano, en muchas tesis filosóficas que él fue el primero en enunciar entre nosotros. Si no como creación suya, sí como divulgación y más aún, apropiación educadora dentro de nuestro panorama intelectual. No es el caso de establecer ahora qué porción de autenticidad y qué de interpretación pudo haber en tan amplio despliegue ideológico.

Más lo que no puede ocultarse es la jerarquía que López de Mesa conquistó para la obra intelectual y para sí mismo, justamente en cuanto se estimaba como un hombre de espíritu. Tenía plena conciencia del papel que desempeñaba en la sociedad colombiana, y jamás pensó atribuirlo ni a sus riquezas (y era rico) ni a su cuna (y era de clara estirpe), sino al escueto hecho de que movilizaba un inmenso caudal cultural.

López de Mesa impuso su nombre a la opinión pública en razón y sólo en razón de ser un hombre de cultura. La prensa periódica, aunque lo aprovechara para jocosos comentarios, descubrió siempre en sus palabras un acontecimiento. Llegó a ser *noticia* lo que decía, como tal vez antes ni después de él nadie haya logrado esta hazaña. Y era porque López de Mesa nunca habló trivialidades y nunca habló en forma trivial. Sus palabras eran sacrales. Las pronunciaba con la unción del que oficia en un rito. Esa era quizás su manera de decirnos, parafraseando a Goethe: *Quien tiene cultura tiene religión; quien no tenga religión, tenga cultura.*

Pero esta forma sacral de la cultura correspondía a una etapa ya muerta en las viejas sociedades de Europa. La última guerra mundial dejó un acre sabor de ceniza en los mejores paladares de la civilización euroasiática. El existencialismo y todos los movimientos que de él han derivado (el teatro del absurdo, el arte pop, etc., y ahora los hippies), son miserabilistas. Se mira como feria de vanidades todo el esplendor con que antes se solía rodear en Europa las manifestaciones de la inteligencia.

Sin embargo, en Colombia y buena parte de Hispanoamérica, a pesar del existencialismo de post-guerra, seguimos alimentando la lámpara votiva en honor del saber y la cultura. López de Mesa fue el último sacerdote de ese rito y también el último honrado con sus ceremonias.

Sin embargo, en Colombia y buena parte de Hispanoamérica, a pesar del existencialismo de post-guerra, seguimos alimentando la lámpara votiva en honor del saber y la cultura. López de Mesa fue el último sacerdote de ese rito y también el último honrado con sus ceremonias.

Después ha llegado lo que sabemos: los técnicos, los especialistas, los estadistas, los científicos, instrumentos indispensables en toda sociedad para salir de su etapa colonial y advenir a la edad materialmente creadora. ¡Bienvenidos! No hay que pedir a ellos que dogmatizen, que hablen elocuentemente, que se muestren intelectualmente opulentos. Son discretos, silenciosos y eficaces. Pero cuando fracase la técnica o cuando ésta se denote insuficiente, habrá que clamar porque retornen los grandes señores del pensamiento y de la palabra, dueños de un saber riguroso pero no exacto, porque no es un saber matemático, y dotados de un esbelto carácter moral, para que de su boca volvamos a escuchar el mensaje del hombre que no solo dice otra verdad, sino en quien resuena la verdad total.

Estoy seguro que en ese retorno de los próceres de la inteligencia, Luis López de Mesa estará con ellos y nos dará su presencia, su *parousía*.

No es sin un meditado propósito como he escogido para hablar en esta ocasión, el tema de la interpretación de la ley. A la Academia llegan incontables mensajes solicitando su concepto sabio y discreto sobre el sentido de multitud de textos legales, y son muchas las gentes que se ilusionan creyendo que la lingüística y la gramática les resolverán sus conflictos judiciales y administrativos. Lo que aquí se va a expresar refleja la actitud que la Academia ha asumido siempre ante consultas de este orden. Ella ha mantenido el criterio de que la gramática no lo hace todo. En esto, ha pensado como nos aconseja el viejo Hegel: *El saber no solamente se conoce a sí mismo, sino que conoce también lo negativo de sí mismo o su límite. Saber su límite quiere decir saber inmolarse.*

Poco o nada nos interesamos por el origen etimológico de la palabra *interpretación*, quizás porque nos parece demasiado obvio. Sin embargo, esto es un engaño. En este vocablo hay un componente de todos conocido y que interviene en muchas otras expresiones, como es *inter* y que significa *entre*. Más aquí tal vez no tenga esta significación sino la de *algo que está en relación con*. La otra parte del vocablo contiene la raíz arcaica *pre*, que da la idea de tráfico o comercio, y entra como componente en palabras como *precio*, *precioso*. Por esto muchos han querido ver en la interpretación un descubrimiento de valores, un desentrañar algo valioso que estuviera oculto.

En forma más estricta, la interpretación consiste en la aprehensión del sentido de una expresión. Max Sheler habla de que comprender, como acto interpersonal, es la *captación del sentido ajeno*. Podría afirmarse que

esta comprensión, ya no referida a las personas sino a las expresiones, es igualmente una captación de sentido. En realidad, cuando comprendemos un texto escrito, lo que en realidad hacemos es captar su sentido.

Pero el interpretar tiene una connotación más rica. Interpretar no es solo aprehender el sentido de un texto o de un signo, sino también el darle u otorgarle un sentido. Por esto el que interpreta hace algo más que el que simplemente comprende. Solo que falta por determinar si ese sentido que se da u otorga al texto interpretado lo es arbitrariamente u obedece a criterios objetivos, ajenos a nuestro capricho y a nuestra voluntad.

Sentido, entonces, es una palabra equívoca. Hablamos del *sentido de la historia*, del *sentido del hombre*, del *sentido ajeno* para referirnos al prójimo a quien comprendemos. En este caso, *sentido* significa dirección, tendencia, meta u objetivo a que un ser se dirige. Pero cuando hablamos del sentido de una expresión, entonces ya la palabra significa lo mismo que *concepto* o *pensamiento*, o sea lo pensado en la expresión, lo concebido tras ella, como acto espiritual.

La expresión puede ser hablada o escrita. Y en una u otra forma, la expresión es un signo. Los signos son de muchas clases y todos ellos son en general portadores de sentido. Así no solo interpretamos un texto escrito, sino también las señales de un agente de tránsito, o la mímica de un sordomudo, o los ademanes de un artista de teatro.

Hay que distinguir en tal caso, la *expresión*, el *sentido* o *significación*, el *objeto formal mentado por el sentido* y el *objeto material* en que el objeto formal se encuentra como en su concreción.

Puede haber expresiones habladas iguales que no se correspondan con las respectivas expresiones escritas, como la palabra *sínico* que, en nuestro seseo, suena lo mismo si la escribimos con c o con s. En este caso el sonido es único y la grafía es doble. En el mismo caso, las significaciones son también dos, pues *cínico* significa desvergonzado, y *sínico* denota lo relativo a la China. Los objetos formales son igualmente distintos, pero puede ser uno solo el objeto material, ya que un hombre de China puede a la vez que es *sínico*, ser también *cínico*. Las significaciones, en este otro caso, del mismo modo, pueden ser distintas apuntando a la vez a distintos objetos formales, pero señalando en último término un mismo objeto material. Tal el ejemplo que ha hecho célebre Edmundo Husserl: *El vencedor de Jena* y *El vencido de Waterloo*, dos expresiones distintas, dos significaciones diversas y dos objetos formales también diversos, y un solo objeto material: Napoleón Bonaparte.

Hemos dicho que en general, los signos son portadores de sentido o significación. Pero puede ocurrir que haya signos y más aún expresiones, sin sentido alguno. El ejemplo más conocido es el de la palabra *abracadabra* y otras muchas palabras mágicas. Las usamos en la misma medida en que no significan nada. El hombre mágico cree que su virtud está en la palabra y nunca en lo que pueda significar. Hay no solo palabras sino proposiciones sin sentido, frente a otras que revelan un contrasentido. Entre las primeras estaría, por ejemplo, ésta: *El huérfano es hijo del oxígeno*; y entre las segundas: *Pedro es tan huérfano que lo dio a luz una tía*. Esto último tiene sentido, aunque contradictorio.

En todo caso, cuando hablamos de la interpretación de la ley, nos referimos, o bien a la interpretación de los conceptos que la ley emplea, o a la interpretación de los pensamientos que la ley expresa. Rigurosamente (lo sabe todo estudiante de lógica), hay distinción entre concepto y pensamiento. Pero para el problema que ahora nos ocupa, no hay diferencia entre la interpretación de los conceptos y la interpretación de los pensamientos. Por ello, cuando hablamos aquí de expresiones, nos referimos a aquellas con las cuales se denotan o bien los conceptos o bien los pensamientos, como los juicios, los mandatos, las preguntas, etc.

¿Por qué existe y se plantea el problema de la interpretación de la ley? ¿Es que, acaso, toda ley no tiene en sí misma un sentido y un solo sentido? ¿Es que, acaso, no es obligatorio a la ley ser clara y, por lo tanto, no poseer expresiones equívocas? ¿Acaso pueden obligar las leyes oscuras o cuyos sentidos no son fácilmente advertibles?

Todas estas graves cuestiones que cualquiera se puede formular, están revelando tras de ellas un problema de valor. Ese problema de valor es el de la seguridad jurídica. Con el valor de la seguridad jurídica estamos denotando que la ley es cierta, que toda ley que se nos imponga debe ser exacta y precisa, y que nosotros respecto de ella, debemos saber muy bien a que atenernos. ¿Toda ley, ciertamente debe poseer estas condiciones?

Uno de los supuestos de toda ley, es la de su obligatoriedad. La ley de que habla la filosofía del derecho no es que convenga ser obedecida, ni que deba ser obedecida por ser buena o justa o recta. La ley es obedecible y tiene que ser obedecida. Ese es el supuesto más radical de todo derecho frente a otras formas del deber ser. La ley jurídica obliga sin más y postula que al que la desobedezca le debe venir una sanción. Pero nos importa saber que, si hay ley, esta ley puede en un momento regir alguno de nuestros actos y a ella debemos someter nuestra conducta. Acéptese o no el ámbito pleno del derecho, admítase incluso que hay campos de

la acción humana fuera de la imperatividad del derecho, desde el punto de vista práctico y siendo inmensa la zona de nuestra actividad que el derecho puede comprender, con esto solo resulta evidente que el derecho puede comprender, con esto solo resulta evidente cómo toda ley debe ser clara para ser obedecida, y si no lo es, forzoso es encontrar instrumentos para que esta claridad se vierta sobre el texto legal.

Ya Aristóteles desde hace dos mil cuatrocientos años afirmaba que uno de los ideales a que debe aspirar toda ley es a la de ser duradera. Expresaba con esto el gran filósofo que una ley que dura acaba por ser más fácilmente obedecida, precisamente porque así se sabe mejor lo que ordena. El tiempo como que la hace más clara y más precisa.

De suerte que parece que el a priori de toda concepción sobre la expresión de la ley es el de que ésta es clara y por consiguiente señala muy bien lo que establece u ordena, define o clasifica, distingue o excepciona, etc. Es a esta característica de la ley a la que se le denomina *literalidad legal*. Y la doctrina correspondiente sobre su interpretación se conoce con el de *interpretación literal de la ley*.

Como se deduce de lo expuesto, la interpretación es una cuestión que interesa no solo al juez sino a toda persona que está obligada a cumplir la ley. Sin embargo, la mayoría de las dificultades a que da lugar el tema de la interpretación de la ley, conciernen, ciertamente, a la misión del juez o del funcionario que aplica la ley. Y es en el caso del juez, principalmente, cuando se sostienen doctrinas distintas, reducibles a dos grupos principales: Las que limitan la función del juez a la simple aplicación de la ley, y las que otorgan al juez una función creadora en esa misma aplicación, función que depende en mucho de los sistemas de interpretación que se acojan.

Por otra parte, hay que dividir los sistemas de interpretación de la ley, según diversos criterios: hay sistemas objetivistas y sistemas subjetivistas. Hay sistemas filológicos y sistemas históricos, sistemas exegéticos o sistemas lógico-estructurales. Vamos a enunciar algunas ideas en torno de estos distintos sistemas, sin pretender, desde luego, cubrir la totalidad de los problemas que esta cuestión suscita.

Sistemas subjetivistas

Por sistemas subjetivistas de interpretación de la ley podemos entender dos cosas bien distintas: o aquellos sistemas que aspiran a hallar

el sentido de la ley escudriñando en la voluntad del legislador, o aquellos sistemas que pretenden que este sentido se halla otorgándose al mismo juez o funcionario que la interpreta. El primero es el subjetivismo del legislador, y el segundo es el subjetivismo del juzgador.

Cuando se dice que una ley se interpreta mediante la averiguación de la voluntad del legislador, se alude también a un criterio histórico. En este caso, lo histórico de la interpretación está en apelar a un momento del pasado en que la ley fue dictada y en los pensamientos y motivaciones que asistieron a sus creadores.

Esta teoría ha sufrido fuertes críticas en los últimos decenios, pero todas ellas se inician como una reacción del siglo XX contra las concepciones hermenéuticas del siglo XIX. La voluntad del legislador, se dice, es algo totalmente incantable, inaprensible. Si se trata de saber cuál es esa voluntad en un cuerpo colegiado, como un parlamento, por ejemplo, bien se ve que esa voluntad como acto psíquico no cuenta para nada. Los reglamentos de todos los parlamentos del mundo determinan que una ley ha sido votada cuando la votación reúne ciertos requisitos formales, es decir, cuando se adopta por un cierto número de parlamentarios y en ciertas condiciones objetivas en la reunión y en la deliberación. Para nada se inquiere aquí si el parlamentario que votó la ley tuvo conciencia del acto que llevaba a cabo o qué finalidad concibió cuando le dio su aprobación. Puede que ese parlamentario y también todos los parlamentarios que le dieron vida a la ley, estuvieran pensando en otra cosa muy distinta al emitir su voto o que hicieran esto mecánicamente. De suerte que hablar de una voluntad del legislador como criterio para escudriñar el sentido o significación de la ley es tarea poco menos que imposible.

Pero no hay que confundir esta teoría que apela a la voluntad del legislador, con la que acude a la voluntad o finalidad misma de la ley. La primera tiende a escudriñar el *finis operantis*, el fin del que obra; la segunda busca el *finis operis*, el fin de la obra. De esta nos ocuparemos más adelante, pues este es un sistema objetivista.

En cuanto a la teoría subjetivista en el segundo sentido anotado, es claro que dice relación a las doctrinas del derecho libre, y es prematuro ahora mencionarlas.

Sistemas objetivistas

El primero de los sistemas objetivistas es el conocido con el nombre de sistema exegético del derecho y que defiende la escuela de idéntica

denominación. Esta escuela predominó durante todo el siglo XIX y arranca evidentemente del Código napoleónico.

Un eminente francés, de vasta influencia en todos los pueblos latinos, Baudry-Lacantinerie, expresó en pocas frases los principios fundamentales de la escuela exegetica. Ellos son:

1st. Cuando la ley se expresa claramente, el intérprete debe atenerse a su texto.

2nd. Si el sentido de la ley es dudoso, es necesario, desde luego, recurrir a la interpretación gramatical, que tiene por objeto determinar el sentido de las palabras y las frases por la aplicación de las reglas del lenguaje.

3rd. Hay que aplicar los muy numerosos procedimientos de la interpretación lógica que, por vía de razonamiento, y por encima de las palabras, trata de llegar hasta el centro del pensamiento legislativo.

Literalismo: el orden en la enumeración de estas reglas, como muy bien se ve, expresa también su jerarquía. Por eso esta doctrina es, en principio, la de la literalidad de la ley a que atrás hemos aludido.

La primera regla parece de obvia necesidad y de natural alcance. Un texto como cualquier otro signo, debe entenderse tal como se expresa. Llegar a él con el prejuicio de que significa otra cosa que la vivencia humana. En el caso de la ley, pretender de principio que en ella hay dos sentidos, uno expreso y otro recóndito, es entrar en la más extremosa anarquía.

Pero de hecho ocurre que en una obra tan compleja como es el conjunto de la legislación de un estado, admitir sin esclarecimientos y reservas el principio de la literalidad, es exponerse a caer en el atomismo legal.

Es evidente que la más limpia expresión legislativa, sin asomo de oscuridad, se puede tornar ampliamente oscura y enigmática si se la confronta con otras disposiciones legales. Los árboles pueden no dejar ver el bosque. Y el bosque es la totalidad de la legislación. Si nos atuviéramos por consiguiente al principio enunciado en primer término por el jurista francés, podríamos cometer los mayores errores jurídicos y acaso llegar a lo irrisorio. Pues precisamente el lego en materias de derecho se caracteriza

porque, entendiendo muy bien el sentido de una disposición indubitante, ignora muchas otras que la completan y modifican. El principio enunciado yerra por lo tanto cuando nos exige atender al texto de la ley y no a su contexto.

El primer inciso del artículo 27 de nuestro código civil reproduce este principio del literalismo, al establecer: *Cuando el sentido de la ley es claro, no se desatenderá su tenor literal a pretexto de consultar su espíritu.*

Interpretación gramatical: la interpretación gramatical está mencionada por el autor francés para los casos en que el sentido de la ley es dudoso. Nuestro código civil alude a este caso en forma más discreta y como desarrollo del artículo 27 citado, diciendo simplemente que el sentido de las palabras que emplea la ley es el natural y obvio, conforme al uso común.

En la doctrina de nuestro código, la gramática sirve pues, no para aclarar lo dudoso como en el jurista citado, sino para determinar ese sentido claro de que se habla en primer término.

Es evidente que en la mayoría de las veces, la gramática y el diccionario son expresión de la manera como de hecho se entienden las palabras o las proposiciones en el uso común de un idioma. Ni la gramática ni el diccionario imponen normas para el hablar, sino que recogen el uso más general de cada día. Lo que acontece es que ese uso se torna después en norma del bien hablar, pues quien de él se aleje queda expuesto a que nadie le entienda. Quede aquí sin tocar el caso de los grandes genios literarios, creadores a veces de un lenguaje que desdén el del vulgo y que acaba, sin embargo, por imponerse como lengua común.

Pero bien es cierto que la gramática y el diccionario nos precisan el sentido en que deben tomarse las expresiones de una ley, esto solo ocurre en la mayoría de los casos, pero no es una verdad absoluta. Cuando las cosas se complican, la gramática y la lingüística en general, solo pueden señalar a una expresión las muchas significaciones que puede tener, pero sin que puedan decidir cuál de ellas es la correcta. Hay aquí un límite científico hoy reconocido por todos. La gramática y la lingüística tienen este límite. Es más, la totalidad de las ciencias, incluyendo las matemáticas y la lógica simbólica, llegan a un momento de indecisión ñeque si se las empuja más arriba, ya no saben responder con la verdad. Nuestra misma ciencia del derecho que parte de una primera norma fundamental, como construcción a priori (en el planteamiento de Kelsen esa norma diría: *Hay que obedecer al constituyente primitivo*), tiene por encima no una norma jurídica sino una decisión política. Por eso se ha dicho con mucha razón

que en el estado actual de nuestros conocimientos, *todas las ciencias son de responsabilidad limitada.*

La interpretación lógica: Baudry-Lacantinerie a quien he citado, sienta en tercer lugar, como norma de interpretación, la de que hay que acudir a la exégesis lógica que por vía del razonamiento y por encima de las palabras, trata de llegar hasta el centro del pensamiento legislativo.

También nuestro artículo 30 del C.C. expone un concepto semejante cuando expresa que *el contexto de la ley servirá para ilustrar el sentido de cada una de sus partes, de manera que haya entre todas ellas la debida correspondencia y armonía. Los pasajes oscuros de una ley pueden ser ilustrados por medio de otras leyes, particularmente si versan sobre el mismo asunto.*

Esta interpretación lógica es ya una superación muy avanzada del literalismo jurídico. Ya se mueve el derecho de unos textos a otros y se ve entre ellos una coherencia. Ya con cada acto de interpretación se está estableciendo el sentido de una norma en particular a la luz de todas las normas que componen el sistema. No se piensa entonces que las leyes andan cada una por su parte y que en cada una haya que mirar una voluntad particular del correspondiente legislador que la dictó. La *voluntad del legislador* de que aquí puede hablarse, es un concepto límite en el sentido Kantiano. Es una idea directriz. Es la voluntad total de la legislación que se escucha a través de sus normas singulares. Nótese bien que no se habla aquí de la voluntad del legislador concreto que expidió la ley, sino de la voluntad del legislador en general, como si éste fuera una abstracción. Pero no lo es. Puede construirse toda una disertación sistemática sobre lo que constituye el espíritu de una legislación determinada. Ahora bien. En este caso, no se tendrán en cuenta los distintos momentos históricos en que se dictó una ley, y las motivaciones que hubo para que se acogiera, sino el *espíritu actual* que impera en toda la legislación.

El método histórico filológico: observaremos que el texto transcrito de Baudry-Lacantinerie no habla de la voluntad del legislador en el sentido subjetivista y psicologista que tratamos al comienzo de este estudio. Habla concretamente del *pensamiento legislativo*. Para su obra que culmina a principios de este siglo (1902), la historia de la ley y las motivaciones de la misma no cuenta mucho. Signo es este de que se anuncian tiempos nuevos. Sin embargo, el segundo inciso del artículo 27 de nuestro código civil, si bien tímidamente, ya había establecido: *Pero bien se puede, para interpretar una expresión oscura de la ley, recurrir a su intención o espíritu, claramente manifestados en ella misma o en la historia fidedigna de su establecimiento.*

Ya nuestro código no habla de esa concreta voluntad del legislador que es inalcanzable e incapturable, según establecimos atrás. Habla del *finis operis*, del fin de la ley misma que ella misma refleja o, al menos, del que quedó consignado en la historia fidedigna de su establecimiento.

A este método se le llama histórico porque recurre a la historia de la ley, y se le designa filológico, porque la filología, tiene, entre otras acepciones, la de ser la ciencia que permite la reconstrucción del pasado con la misión de traérnoslo a los ojos con todas las implicaciones valorativas y emocionales de los hombre que vivieron ese mismo pasado.

Con todo, el método lleva en sí su propia limitación. Si la ley posterior tiene obviamente la virtud de derogar las leyes precedentes que se le oponen, por medio de lo que llamamos derogación tácita, con mayor razón el *espíritu que vivifica actualmente una legislación* tiene épocas aunque ellas no hayan sido expresa ni tácitamente derogadas. Es por esto por lo que la ley tiene que interpretarse en la mayoría de los casos, no por su finalidad pasada y sí por su finalidad actual y viviente. El método dicho sirve, sin embargo, en casos particulares cuando, agotadas todas las posibilidades que dan los demás, y no siendo necesario acudir al espíritu de la legislación actual, es menester, con todo, dar solución legal a un problema.

El positivismo jurídico

Los métodos anteriores responden a una pregunta que nos hicimos al comenzar este ensayo, es a saber, si toda legislación debe obedecer al valor de la seguridad jurídica. Los métodos que hemos descrito parten de una respuesta afirmativa a esta pregunta.

Radbruch ha señalado con singular penetración el entreverado conceptual que ha engendrado estos métodos que nos garantizan el valor de la seguridad jurídica. Un primer concepto es el que surge de la teoría de la división de los poderes de Montesquieu, o sea aquel de que al juez no corresponde crear la ley sino aplicarla. El juez no puede poner nada nuevo en la ley, pues el legislador es el que la crea. Pero a su vez, el juez no puede dejar de juzgar, no puede negarse a juzgar. Todo caso que se le someta, tiene que ser decidido por él (claro está en el supuesto de que sea competente).

Ahora bien, si el juez no puede crear derecho ni puede negarse a juzgar, es porque el derecho le da una solución para todos los casos, es decir, que el derecho lleva en sí una plenitud, carece de lagunas. Y

no decimos que sea el derecho abstracto el que carece de lagunas, entendiendo por esta expresión que en el caso de que la ley no considere una determinada situación, siempre podrá ser resuelta conforme al derecho natural o a la moral, etc. Esto sería contradecir el positivismo jurídico que estamos exponiendo. Precisamente de lo que se trata es de afirmar que la ley positiva es plena, que la totalidad de la legislación satisface para resolver todos los casos. En efecto, ante una demanda, si el juez condena al demandado lo hará por causas de una norma de derecho que ha tenido a la vista. Y si lo absuelve por no hallar disposición ninguna que lleve a dictarle condena, también está cumpliendo el derecho legislado, pues la misma legislación es la que le dice que lo absuelva.

Con estos conceptos, se garantizaba la seguridad jurídica y se defendía el presupuesto teórico de la plenitud del derecho positivo.

El movimiento del derecho libre

Basta meditar atentamente en lo que dice el positivismo jurídico que acabamos de exponer sucintamente, para darse cuenta de que su tesis sobre que la legislación comprende todos los casos y no tiene lagunas, es una mera ficción o un artificio para resolver un problema lógico pero no, realmente, un problema jurídico. De aquí nació una corriente que se ha denominado del *derecho libre*.

La tesis central de los partidarios del derecho libre no es, por cierto, la de otorgar al juez un completo arbitrio y una independencia total frente a la ley escrita. Lo que se quiere negar de principio es que el juez sea ese esclavo de la ley que quiso presentarnos la teoría de la división de los poderes. Al juez no le corresponde solamente aplicar la ley como si fuera una humilde y resignada maquinaria deductiva, sino en muchos casos crearla también, complementando el derecho vigente y legislado. Esa complementación lo lleva a llenar las lagunas de derecho. Y afirma la corriente que comentamos, que en verdad existen esas lagunas, si no formalmente, al menos material y axiológicamente. Los enormes descubrimientos de las ciencias y el progreso humano crea, desde luego, nuevas situaciones que es imposible resolver con los sistemas antiguos o con un pretendido sistema lógico formal que es un sofisma. Por otra parte, hay nuevas valoraciones que es necesario aplicar al caso nuevo, aun cuando no están expresamente en la ley escrita.

Por esto el movimiento del derecho libre apela no a algo suprallegal, sino a una concepción que extiende el ámbito de la ley. En unos casos, dirá

lhering que hay que tener en cuenta el fin en el derecho; en otros casos, señalará Heck que hay una jurisprudencia de intereses; Kantorowicz, que fue el verdadero promotor del movimiento, hablará de la facultad judicial para crear conceptos teleológicos. Recientemente Helmut Coing expone que la labor de interpretación del derecho debe apelar a un orden jurídico que no consiste solamente en la legislación escrita, sino en un todo penetrado por sistemas valorativos, concepciones políticas, económicas, teológicas, etc., y a esta misión debe consagrarse el juez, no solo con actos de inteligencia sino con actos de voluntad.

Ya en este campo está superada la interpretación lógica tratada en el capítulo anterior, pues el derecho se mira como integrado en el todo cultural, con todos sus valores e implicaciones espirituales.

De esta stirpe es la doctrina del filósofo del derecho, Luis Recasens Fiches, quien adopta para la interpretación jurídica una derivación de la teoría de la razón vital de Ortega y Gasset. Recasens Fiches dice así que lo que el juez hace al interpretar el derecho no es un ejercicio lógico ni deductivo. El intérprete del derecho no busca lo racional sino *lo razonable*; lo primero es una entidad abstracta e ideal; lo segundo, un instrumento vivo y real.

Hans Kelsen

Resulta interesante señalar que quien mejor ha sistematizado el positivismo jurídico, hasta el punto de poder decir de él que lo ha vuelto a crear, es el filósofo austriaco Hans Kelsen; pero es también él quien más se ha alejado de la vieja concepción según la cual el juez solo tiene por misión aplicar el derecho. La sentencia judicial, dice Kelsen, es ella misma una norma jurídica, solo que es una norma en que se conjugan a la vez las dos funciones: la de crear derecho y la de aplicarlo.

Pero Kelsen también se separa del clásico positivismo cuando considera que el acto de interpretación de la ley no es un acto de conocimiento sino un acto de voluntad. Declara que el texto de una ley, filológica o lingüísticamente hablado, puede tener multitud de interpretaciones, todas válidas. Al jurista, como científico del derecho le corresponde exponerlas todas con plena honestidad. Pero al juez esto sí no le obliga. El juez está colocado donde está, no para conocer y conceptualizar, sino para decidir. Por consiguiente, su misión es política, no jurídica. Aquí llegamos a una forma de irracionalismo en la concepción de la política, y a incluir en esta la propia y sagrada misión del juez que

hasta hace muy poco se le veía tanto más digna cuanto más se ajustaba a la ley que la presidía e inspiraba.

Un caso que ilustra muy cumplidamente la tesis de Kelsen sobre la facultad creadora en la interpretación de la ley lo tenemos en Colombia con el problema suscitado por la ley 68 de 1946. Esta ley interpretó con autoridad, o sea, auténticamente, la ley 28 de 1932 en el sentido de decir que ella no había declarado disueltas las sociedades conyugales contraídas antes del 1º de enero de 1933 (fecha en que empezó a regir esta última ley). Como se sabe, la interpretación auténtica es la que da el propio legislador a sus leyes, y la ley interpretativa, esto es, *la que se limita a declarar el sentido de otra, se entiende incorporada en ésta para todos sus efectos, pero no alterará lo que se haya dispuesto en decisiones ejecutoriadas antes que entre a regir*, tal como se expresa nuestro Código Político y Municipal.

La Corte Suprema de Justicia había venido sosteniendo desde 1937 la tesis contraria, o sea, la de que estaban disueltas todas esas sociedades conyugales precedentes y, por tanto, los actos dispositivos del marido sobre bienes sociales solo eran válidos siempre que llevaran la autorización de la mujer. La doctrina de la corte fue acogida por todos los tribunales y jueces del país y por la mayoría de los comentaristas. No faltaban desde luego quienes se enfilaban en la corriente adversa, o sea la de la no disolución.

Le ley 68 que así interpretó el texto o mejor el contexto de la ley 28, fue acusada de inexequibilidad ante la misma Corte Suprema de Justicia; y la razón aducida era la de que, diciéndose ley interpretativa, resultaba obviamente retroactiva y por tanto vulneraba derechos adquiridos, contra lo estipulado en la propia Constitución. La corte, esta vez en sala plena, la declaró exequible, es decir, constitucional. La tesis de la corte para declararla constitucional no fue hasta decir, como sostuvo el procurador en su visita fiscal, que una interpretación auténtica no exige esfuerzos ningunos de hermenéutica, pues que se justifica por sí misma. No. La corte pensó, en efecto, que si la ley 28 no hubiera sido oscura desde el principio (y para demostrarlo trajo a cuento las tesis contradictorias que en torno de ella se mantuvieron), la nueva ley que le daba sentido o lo declaraba o aclaraba no había podido separarse del que aquella ostentaba. *No puede argüirse (expresa el fallo) que a este respecto la obra del legislador no reconoce límites, y que a él le es dado fijar el sentido y el alcance que mejor le parezcan, pues, entonces, la nueva disposición no sería ya interpretativa sino verdaderamente constitutiva de derecho.*

Sin embargo, antes, la misma corte en su sala de casación civil se atrevió a declarar: *Quizás sea menos desacertado ver en la ley 68 de 1946 el repudio de una tesis jurídica que una interpretación auténtica de la ley.*

¿Qué decir de lo anterior? ¿Habría podido la corte en sala plena, declarar inexecutable la ley, alegando que no era realmente interpretativa? ¿O podría la corte decir que la ley 68 era inconstitucional porque interpretaba mal la ley 28 de 1932? ¿No significaría un fallo en este sentido que la facultad de interpretar auténticamente las leyes pasaba del Congreso a la Corte Suprema de Justicia?

Ya observaban Colin y Capitant que muchas veces el legislador con el fin oculto de hacer una nueva ley retroactiva, se inventa el subterfugio de que solo está interpretando la ley anterior. Y se ha especulado largamente sobre la manera de evitar este abuso. El tratadista Ismael Basaldú enuncia cinco condiciones que debe reunir toda ley que quiera calificarse de verdadera ley interpretativa o aclaratoria, sin que pueda decirse que es retroactiva. Ellas son:

1. *Que la ley que se pretende interpretar sea oscura.*
2. *Que dicha oscuridad sea judicialmente constatada.*
3. *Que existan, por lo tanto, decisiones judiciales contradictorias.*
4. *Que la ley interpretativa exprese el texto oscuro con términos que reproduzcan más claramente la misma idea.*
5. *Que no se aplique a los casos ya juzgados.*

Sin embargo, si bien las tres primeras son condiciones objetivamente controlables, la cuarta deja un margen de indeterminación, por lo que es muy difícil asentar, categóricamente, que si hay en la nueva norma una verdadera interpretación.

Un signo muy claro de esto está en la configuración del delito de prevaricato en cuanto violación directa de la ley. ¿Cómo negar que el juez sindicado de prevaricato lo que realmente hizo fue una interpretación equivocada de la ley? Por esto los tratadistas (y nuestros tribunales los acogen) han reconocido que solo hay prevaricato, cuando se comprueba que el juez ha fallado contra lo que él mismo ha declarado entender por el

claro sentido de la ley (se torna así la cuestión en probar que el juez falló contra su convicción subjetiva).

¿Qué hemos de concluir de todo esto? ¿Habrá que desesperar en la búsqueda de un criterio que distinga la verdadera interpretación, de la que va más allá, otorgando un nuevo sentido a la norma jurídica o creando en su reemplazo una norma nueva?

O se declara resueltamente que todo acto de aplicación de la ley es creación de una norma nueva en que muchas veces no se advierten ni las huellas de la norma aplicada, o se vuelve a afirmar, después de esta crisis de las teorías de la interpretación jurídica, que la única norma objetiva de hermenéutica es la sentada en la primera regla de Beaudry-Lacantinerie trascrita antes o en el artículo 27 de nuestro código civil: *Cuando el sentido de la ley es claro, no se desatenderá su tenor literal a pretexto de consultar su espíritu.*

Pero cuando ese sentido no sea claro, ¿Cómo debe procederse? ¿Será lícito de una vez recurrir al método histórico, o a la voluntad del legislador, o a los principios generales del derecho? Es visible que el mundo actual está de regreso de esa alegre danza de la interpretación en que solo *el texto desaparecía bajo la interpretación* sino en que a la criticada y rechazada generalidad y abstracción de la norma legal se oponía otro sistema jurisprudencial igualmente abstracto y nebuloso. Hoy los jueces se han tornado más circunspectos; ya no se sienten muy ofendidos cuando se les pide que apliquen la ley en el sentido que surge de la expresión, sin montar sobre los textos, laboriosas y artificiales construcciones jurídicas.

Vuelven entonces a operar los aparatos conceptuales de la técnica gramatical y ésta sirve en la mayoría de los casos para esclarecer la significación.

Esta conducta se ha hecho general, al menos entre nosotros por causa principalmente de nuestra casuística, dispendiosa y enrevesada legislación tributaria. Como por esta rama del derecho un gran número de ciudadanos se siente tocado en sus entrañables intereses económicos, cosa que no ocurría en tan crecido nivel con las demás zonas de la legislación, se ha hecho necesario que el texto legal sea claro y preciso y que donde no lo es, no se permita el reglamento ejecutivo esclarecerlo ni al funcionarlo violentarlo, sino que el fisco sufra las consecuencias, mientras una nueva ley no venga a reemplazar la ley oscura, imprecisa o vaga.

Yo veo en esta tendencia de la legislación y de la jurisprudencia una laudable vuelta a criterios objetivos de hermenéutica jurídica.

Y es entonces cuando las Academias de la Lengua adquieren un alto compromiso. Porque son requeridas para que en sus diccionarios sean cada vez más precisas, las acepciones populares más escrupulosamente recogidas y las normas gramaticales más y más rigurosas.

Desde luego, será necesario mantener en discretos límites esta intervención de la gramática en la exégesis legal. Si abusamos de ella, volveremos a caer, por reacción, en el subjetivismo judicial y administrativo que tantos estragos causó en las flamantes décadas iniciales de este siglo, cuando con razón, pero excesiva, se crearon teorías de toda índole para libertar al juez del que se denominó *fetichismo de la ley escrita*.

Concluyo esta superficial disertación sobre un tema vasto y complejo, agradeciendo muy cumplidamente a la Academia el que me haya escogido para esta silla, al distinguido público que me ha honrado con su atención y su presencia, y a nuestro ilustre director, doctor Eduardo Guzmán Esponda, por haber aceptado responder a mi discurso de ingreso. Nadie mejor que él para sucederme en el uso de la palabra, pues a mi conferencia redactada en un lenguaje obligatoriamente técnico, vendrá la gracia de su estilo, su leve ironía y el ágil manejo de los conceptos como una compensación a esta lectura adusta y escueta.

11 de mayo de 1970

III

En la Diestra de Dios Padre

Tomas Carrasquilla*

Este dizque era un hombre que se llamaba Peralta. Vivía en un pajarate muy grande y muy viejo, en el propio camino real y afuerita de un pueblo donde vivía el rey. No era casao y vivía con una hermana soltera, algo viejona y muy aburrida.

Tomás Carrasquilla

* Nota del Editor: Según el informe de don Antonio Gómez Restrepo, el jurado calificador de la primera ocasión del concurso, otorgó el premio Vergara y Vergara de 1936 a don Tomás Carrasquilla, por su última y extensa obra *Hace tiempos*, escrita en el estilo típico de la montaña, en donde consignó preciosos recuerdos de su infancia y que es como el coronamiento de su abundante y originalísima producción novelesca. Por su extensión se publica otra de sus obras, *En la Diestra de Dios Padre*.



En la Diestra de Dios Padre

Tomas Carrasquilla

Este dizque era un hombre que se llamaba Peralta. Vivía en un pajarate muy grande y muy viejo, en el propio camino real y afuerita de un pueblo donde vivía el rey. No era casao y vivía con una hermana soltera, algo viejona y muy aburrida.

No había en el pueblo quien no conociera a Peralta por sus muchas caridades: él lavaba los llaguentos, él asistía a los enfermos, él enterraba a los muertos, se quitaba el pan de la boca y los trapitos del cuerpo para dárselos a los pobres; y por eso era que estaba en la pura inopia; y a la hermana se la llevaba el diablo con todos los limosneros y leprosos que Peralta mantenía en la casa. ¿Qué te ganás, hombre de Dios, le decía la hermana, con trabajar como un macho, si todo lo que conseguís lo botás jartando y vistiendo a tanto perezoso y holgazán? Casate, hombre, casate para que tengas hijos a quien mantener. Calle la boca, hermanita, y no diga disparates. Yo no necesito de hijos, ni de mujer, ni de nadie, porque tengo mi prójimo a quien servir. Mi familia son los prójimos. ¡Tus prójimos! Será por tanto que te lo agradecen; será por tanto que ti han dao. Ai te veo siempre más hilachento y más infeliz que los limosneros que socorrés. Bien podías comprarte una muda y comprármela a yo, que harto la necesitamos; o tan siquiera traer comida alguna vez pa que llenáramos, ya que pasamos tantos hambres. Pero vos no te afanás por lo tuyo; tenés sangre de gusano.

Esta era siempre la cantaleta de la hermana; pero como si predicara en desierto frío. Peralta seguía más pior; siempre hilachento y zarrapastroso, y el bolsico lámparo, lámparo; con el fogoncito encendido tal cual vez, la despensa en las puras tablas, y una pobrecía, señor, regada por aquella casa desde el chiquero hasta el corredor de afuera. Figúrese que no eran tan solamente los Peraltas, sino todos los lisiaos y leprosos que se habían apoderado de los cuartos y de los corredores de la casa, *convidaos por el sangre de gusano*, como decía la hermana.

Una oracioncita estaba Peralta muy fatigao de las afujias del día, cuando, a tiempo de largarse un aguacero, arriman dos peregrinos a los

portales de la casa y piden posada. *Con todo corazón se las doy, buenos señores, le dijo Peralta muy atencioso, pero lo van a pasar muy mal, porqu'en esta casa no hay ni un grano de sal ni una tabla de cacao con qué hacerles una comidita. Pero prosigan, que la buena voluntá es lo que vale.*

Dentraron los peregrinos; trajo la hermana de Peralta el candil, y pudo desanimarlos a como quiso. Parecían mismamente el taita y el hijo. El uno era un viejito con los cachetes muy sumidos, ojitraste él, de barbitas rucias y cabecipelón. El otro era muchachón, muy buen mozo, medio mono, algo zarco y con una mata de pelo en cahumbos que le caían hasta media espalda. Le lucía mucho la saya y la capita de pelegrino. Todos dos tenían sombreritos de caña, y unos bordones muy gruesos, y albarcas. Se sentaron en una banca, muy cansaos, y se pusieron a hablar una jeringonza tan bonita, que los Peraltas, sin entender jota, no se cansaban di oírla. No sabían por qué sería, pero bien veían que el viejo respetaba más al muchacho que el muchacho al viejo; ni por qué sentían una alegría muy sabrosa por dentro; ni mucho menos de dónde salía un olor que trascendía toda la casa; aquello parecía de flores de naranjo, de albahaca y de romero de Castilla; parecía de incensio y del sahumerio de alhucema que le echan a la ropita de los niños; era un olor que los Peraltas no habían sentido ni en el monte, ni en las jardineras, ni en el santo templo de Dios.

Manque estaba muy embelesao, le dijo Peralta a la herman: *Hija, date una asomadita por la despensa, desculcá por la cocina a ver si hay algoito que darles a estos señores. Miralos qué cansaos están; se les ve la fatiga.* La hermana, sin saberse cómo, salió muy cambiada de genio y se fue derecho a la cocina. No halló más que media arepa tiesa y requemada, por allá en el asiento de una cuyabra. Confundida con la poquedá, determinó que alguna gallina forastera talvez si había colao por un güeco del bahareque y había puesto en algún zurrónviejo di una montonera que había en la despensa; que lo qu'era corotos y porquerías viejas sí había en la dichosa despensa hasta pa tirar pa lo alto, pero de comida, ni hebra. Abrió la puerta y se quedó beleña y paralela: en aquel despensón, por los aparadores, por la escusa, por el granero, por los zurrones, por el suelo, había de cuanto Dios crió pa que coman sus criaturas. Del palo largo colgaban los tasajos de solomo y de falta, el tocino y la empella; de los garabatos colgaban las costillas de vaca y de cochino; las longanizas y los chorizos se gulunguiaban y s'enroscaban que ni culebras; en la escusa había por docenas los quesitos, y las bolas de mantequilla, y las tutumadas de cacao molido con jamaica, y las hojaldras y las carisecas; los zurrones estaban rebosaos de frijol cargamento, de papas, y de revuelto di una y

otra laya; cocos de güevos había por toítas partes; en un rincón había un cerro de capachos de sal de guaca; y por allá, junto al granero, había sobre una horqueta un bongo de arepas de arroz, tan blancas, tan esponjadas y tan bien asaditas, que no parecían hechas de manos de cocinera d'este mundo; y muy sí señor un tercio de dulce que parecía la mismita azúcar. *Por fin le surtió a Peralta, pensó la hermana. Esto es mi Dios pa premiale sus buenas obras. ¡Hasta ay viver! Pues aprovechémonos.*

Y dicho y hecho: trajo el cuchillo cocinero y echó a cortar por lo redondeo; trajo la batea grande y la colmó; y al momentito echó a chirriar la cazuela y a regarse por toda la casa aquella güelentina tan sabrosa. Como dios li ayudó les puso el comistraje. ¡Y nada desganao qu'era el viejo! El mozo sí no comió cosa. A Peralta ya no le quedó ni hebra de duda que aquello era un milagro patente; y con todito aquel contento que le bailaba en el cuerpo, sargentió por todas partes, y con lo menos roto y menos sucio de la casa, les arregló las camitas en las dos puntas de la tarima. Se dieron las buenas noches y cada cual si acostó.

Peralta se levantó oscuro, oscuro, y no topó ni rastros de los güéspedes; pero sí topó una muchila muy grande, requintada de onzas del rey, en la propia cabecera del mocito. Corrió muy asustao a contarle a la hermana, que al momento se levantó de muy buen humor a hacer harto cacao; corrió a contarle a los lleguientos y a los tullidos, y los topó buenos y sanos, y caminando y andando, como si en su vida no hubieran tenido achaque. Salió como loco en busca de los güéspedes pa entregarles la muchila di onzas del rey. Echó a andar y a andar, cuesta arriba, porque puallí dizque era qui habían cogido los peregrinos. Con tamaña lengua afuera se sentó un momentito a la sombra di un árbol, cuando los divisó por allá muy arriba, casi a punto de trastornar el alto. Casi no podía gañir el pobrecito de puro cansao qui estaba, pero ai como pudo les gritó: *¡Hola, señores, espéremen, que les trae cuenta.* Y alzaba la mochila pa que la vieran. Los peregrinos se contuvieron a las voces que les dio Peralta. Al ratico estuvo cerca d'ellos, y desde abajo les decía: Bueno, señores, aquí está su plata. Bajaron ellos al tope y se sentaron en un plancito, en una sombra muy fresca y muy sabrosa, y entonces Peralta les dijo: *¡Caramba qu'el pobre siempre hiede! Miren que dejar este oral por el afán de venirse de mi casa. Cuenten y verán que no les falta ni un medio.*

El mocito lo voltio a ver con tan buen ojo, tan sumamente bueno, que Peralta, aunque estaba muy cansao, volvió a sentir por dentro la cosa sabrosa que había sentido por la noche; y el mocito le dijo: *Sentante, amigo Peralta, en esa piedra, que tengo que hablarte.* Y Peralta se sentó. Nosotros,

dijo el mocito con una calma y una cosa allá muy preciosa, *no somos tales peregrinos; no lo creás. Este, y señaló al viejo, es Pedro, mi discípulo, el que maneja las llaves del cielo; y yo soy Jesús de Nazareno. No hemos venido a la tierra más que a probarte, y en verdá te digo, Peralta, que te lucites en la prueba. Otro, que no fuera tan cristiano como vos, se guarda las onzas y si había quedao muy orondo. Voy a premiarte: los dineros son tuyos, lleváelos; y voy a darte de encima las cinco cosas que me querás pedir. Con que pedí por esa boca.*

Peralta, como era un hombre tan desentendido pa todas las cosas y tan parejo, no le dio mal ni se quedó pasmao, sino que, muy tranquilo, se pudo a pensar a ver qué pedía. Todos tres se quedaron callaos como en misa, y a un rato dice san Pedro: *Hombre, Peralta, fijate bien en lo que vas a pedir, no vas a salir con una buena bobada.* En eso estoy pensando, su mercé, contesto Peralta sin nadito de susto. Es que si pedís una cosa mala, va y el Maestro te la concede; y una vez concedida, te amolaste, porque la palabra del Maestro no puede faltar. *Déjeme pensar bien la cosa, su mercé,* y seguía pensando, con la cara pa otro lao y metiéndole uña a una barranquita. San Pedro le tosía, le aclariaba, y el tal Peralta no le voltiaba a ver. A un ratísimo volteo a ver al señor, y le dice: *Bueno, su divina majestá, lo primerito que le pido es que yo gane al juego siempre que me dé la gana. Concedido,* dijo el Señor. *Lo segundo,* siguió Peralta, *es que cuando me vaya a morir me mande la muerte por delante y no a la traición. Concedido,* dijo el señor. Peralta seguía haciendo la cuenta en los dedos, y a san Pedro se lo llevaba el Judas con las bobadas de ese hombre; él se rascaba la calva, él tosía, él le mataba el ojo, él alzaba el brazo y, con el dedito parao, le señalaba a Peralta el cielo; pero Peralta no se daba cuenta por notificaao. Después de mucho pensar, dice Peralta: *Pues bueno, su divina majestá, lo tercero que mi ha de conceder es que yo pueda detener al que quiera en el puesto que yo le señale y por el tiempo que a yo me parezca. Rara es tu petición, amigo Peralta,* dice el Señor, poniendo en él aquellos ojos tan zarcos y tan lindos que parecía que limpiaban el alma de todo pecao mortal con solamente fijarlos en los cristianos. *En verdá te digo que una petición como la tuya jamás había oído; pero que sea lo que vos querás.* A esto dio un gruñido san Pedro, y acercándose a Peralta lo tiró con disimulo de la ruana, y le dijo al oído, muy sofocao: *¡El cielo, hombre! ¡Pedí el cielo! ¡No sias bestia! Ni an por eso: Peralta no aflojó un pite; y el señor dijo: Concedido. La cuarta cosa,* dijo Peralta sumamente fresco, *es que su divina majestá me dé la virtù de achiquitarme a como a yo me dé la gana, hasta volverme tan chiringo com'una hormiga. Dicen los ejemplos y el misal que*

el Señor no se rio ni una merita vez; pero aquí sí le agarró la risa, y le dijo a Peralta: *Hombre, Peralta, otro como voz no nace, y si nace no se cría. Todos me piden grandor, y vos, con ser un recorte di hombre, me pedís pequeñez. Pues bueno (...)* San Pedro le arrebató la palabra a su maestro, y le dijo en tonito bravo: *¿Pero no ve qu'esti hombre está loco? Pues no me arrepiento de lo pedido*, dijo Peralta muy resuelto. *Lo dicho, dicho. Concedido*, dijo el señor. San Pedro se rascaba la saya muslo arriba, se ventaba con el sombrero, y veía chiquito a Peralta. No pudo contenerse y le dijo: *Mirá, hombre, que no has pedido lo principal y no te falta sino una sola cosa. Por eso lo'stoy pensando, no se apure su mercé.* Y se volvió a quedar calleo otro rato. Por allá, a las mil y quinientas, salió Peralta con esto: *Bueno, su divina majestá, antes de pedirlo lo último, le quiero preguntar una cosa, y usté me dispense, su divina majestá, por si fuera mal preguntao; pero eso sí me ha de dar una constesta bien clara y bien patente. ¡Loco de amarrar!* Grito san Pedro, juntando las manos y volteando a ver al cielo como el que reza el bendito. Va a salir con un disparate gordo. *¡Padre mío, iluminalo!* El Señor, que volvió a ponerse muy sereno, le dijo: *Preguntá hijo, lo que querás, que todo te lo contestaré a tu gusto. Dios se lo pague, su divina majestá. Yo quería saber si el Patas es el que manda en el alma de los condenaos go es busté go el Padre Eterno. Yo, y mi Padre y el Espíritu Santo, juntos y por separao, mandamos en todas partes; pero al diablo l'hemos largao el mando del infierno: él es amo de sus condenaos y manda en sus almas, como mandás vos en las onzas que te he dao. Pues bueno, su divina majestá*, dijo Peralta muy contento, *si asina es, voy a hacerle el último pido: yo quiero, últimamente, que su divina majestá me conceda la gracia de qu'el Patas no mi haga trampa en el juego. Concedido*, dijo el señor. Y él y el viejito se volvieron humo en la región.

Peralta se quedó otro rato sentao en su piedra, sacó yesquero, encendió su tabaco y se puso a bombear muy satisfecho. *¡Valientes cosas las que iba a hacer con aquel platal! No iba a quedar pobre sin su mudita nueva, ni vieja hambrienta sin su buena pulserilla de chocolate de canela. Allá verían los del sitio quién era Peralta.*

Se metió las onzas debajo del brazo, se cantió la ruanita, y echó falda abajo. Parecía mismamente un limosnero: tan chiquito y tan entumido; con aquella carita tan fea, sin pizca de barba, y con aquel ojo tan grande y aquellas pestañotas que parecían de ternero.

Al otro día se fue pal pueblo, y puso monte. *¡Cómo sería la angurria que se li abrió a tanto logrero cuando vieron en aquella mesa aquella montonera di onzas del rey! ¿Onde te sacates ese entierro, hombre, Peralta?,*

le decía uno. *Este se robó el correo*, decían otros en secreto, y Peralta se queda muy desentendido. Se pusieron a jugar. La noticia del platal corrió por todo el pueblo, y aquella sala se llenó de todo el ladroncio y todos los perdidos. Pero eso sí, no les quedó ni un chimbo partido por la mitá: por más trampas qui hacían, por más que cambiaban baraja, por más que le señalaban con la uña, les dio capote, con ser que en el juego estaban toditos los caimanes d'esos laos. Con esta no nos quedamos, dijo el más caliente. A nosotros no nos come este (...) (y ai mentó unas palabras muy feas). Voy a idiar unas suertes, y mañana no le queda ni liendre a este sinverguenza. Y ai salió del garito, echando por esa boca unos reniegos y nos dichos, qui aquello parecía un condenao.

Al otro día, desde antes de almorzar, emprendieron el monte. Hubo cuchillo, hubo barbera, pero Peralta tampoco les dejó un medio. Como no era ningún bobo, se dejaba ganar en ocasiones pa empecinarlos más. Determinaron jugar dao, y monte-dao, y bisbís, y cachimona, y roleta, a ver si con el cambio de juegos se caía Peralta; pero si se caía a raticos, era pa seguir más violento echando por lo negro y acertando en unos y en otros juegos.

Lo más particular era que Peralta, con tantísimo caudal como iba consiguiendo, no se daba nadita de importancia, ni en la ropita, ni en el comida, ni en nada: con su misma ruanita pastusa de listas azules, con sus mismitos calzones fundillirrotos se quedó el hombre, y con su mismita chácara de ratón de agua, pelado y hecha un cochambre. Pero eso sí: lo que era limosnas ni el rey las daba tan grandes. Su casa parecía siempre publicación de bulas, con toda la pobrecía y todos los lambisquiones del pueblo plañendo a toda hora; y no tan solamente los del pueblo, sino que también echó a venir cuanto avistrujo había en todos los pueblos de por ai y en otros del cabo mundo. ¡Hasta de Jamaica y de Jerusalén venían los pedigüeños! Pero Peralta no reparaba: a todos les metía su peseta en la mano; y la cocina era un fogueo parejo, y todo el día se lo pasaba repartiendo tutumadas de mazamorra, los plataos de frijol y las arepas de maíz sancochao. Y mantenía una maletada de plata, la mismita que vaciaba al día.

Siguió siempre lavando sus leprosos, asistiendo sus enfermos, y siempre con su sangre de gusano, como si fuera el más pobrecito y el más arrastrao de la tierra.

Pero lo que no cantó el carro lo canta la carreta: la Peraltona sí supo darse orgullo y meterse a señora de media y zapato. Con todo el platal que le sacó al hermano compró casa de balcón en el pueblo, y

consiguió serviciala y compró ropa muy buena y de usos muy bonitos. Cada rato se ponía en el balcón, apenas veía gente gritaba: *Maruchenga, treme el pañuelón de tripilla, que voy a visitar a la reina. Maruchenga, treme los frascos de perfume pa ruciar por aquí que está jediendo.* Y si veía pasar alguna señora, decía: *No pueden ver a uno de peinetón ni con usos nuevos, porque al momento la imitan estas ñapangas asomadas.* Cuando salía a la calle, era un puro gesto y un puro melindre; y aunque era tan pánfila y tan feróstica, caminaba muy repechada y muy menudito, como sintiéndose muy muchachita y muy preciosa. *Maruchenga, saca la sombrilla, que hace sol; Maruchenga, sacame la crisneja; Maruchenta, componeme el esponje que se me tuerce;* y no dejaba en paz a la pobre Maruchenga con tanto orgullo y tanta jullería.

La caridá de Peralta fue creciendo tanto, que tuvo que conseguir casas pa recoger los enfermos y los lisiaos; y él mismo pagaba las medecinas, y él mismo con su misma mano se las daba a sus enfermos.

Esto llegó a oídos de su sacra rial, y lo mandó llamar. Los amigos de Peralta y la Peraltona le decían que se mudara y se engalanara hartísimo pa ir a casa del rey; pero Peralto no hizo caso, sino que tuvo cara de presentársele con su mismito vestido y a pata limpia, lo mismo que un montañero. El rey y la reina estaban tomando chocolate con bizcochuelos y quesito fresco, y pusieron a Peralta en medio de los dos; y le sirvieron vino en la copa del rey, qu'era de oro; y le echaron un brindé con palabras tan bonitas, que aquello parecía lo mismo que si fuera con el obispo Gómez Plata.

Peralta recorrió muchos pueblos, y en todas partes ganaba, y en todas socorría a los pobres; pero como en este mundo hay tanta gente tan mala y tan causilla, echaron a levantarle testimonios. Unos decían que era ayudao; otros, que ofendía a mi Dios en secreto, con pecaos muy horribles; otros, que era duende y que volaba de noche por los tejaos, y que escupía la imagen de mi Amto y Señor. Toíto esto fue corruto en el pueblo, y los mismos que él protegía, los mismitos que mataron el hambre con su comida, prencipiaron a mormurar. Tan solamente el curita del pueblo lo defendía; pero nadie le creyó, como si fuera algún embustero. Toditico lo sabía Peralta, y nadita que se le daba, sino que seguía el mismito: siempre tan humilde la criatura de mi Dios. El cura le decía que compusiera la casa, que se le estaba cayendo con las goteras y con los ratones y animales que se habían apoderado de ella, y Peralta decía: *¿Pa qué, señor? La palta que he de gastar en eso, la gasto en mis pobres; yo no soy el rey pa tener palacio.*

Estaba un día Peralta solo en grima en dichosa la casa, haciendo los montoncitos de plata pa repartir, cuando itun, tun! En la puerta. Fue a abrir, y imi amo de mi vida, qué escarramán tan horrible! Era la muerte que venía por él. Traía la güesamente muy lavada, y en la mano derecha la desjarretadera encabada en un palo negro muy largo, y tan brillante y cortadora que se enfriaba uno hasta el cuajo de ver aquello. Traía en la otra mano un manojito de pelos que parecían hebritas de bayeta, pa probar el filo de la herramienta. Cada rato sacaba un pelo y lo cortaba en el aire. *Vengo por vos. Le dijo a Peralta. Bueno, le contestó este, pero me tenés que dar un placito pa confesarme y hacer el testamento. Con tal que no sea mucho, contestó la muerte de mal humor, porque ando de afán. Date por ai una güeltecita, le dijo Peralta, mientras yo me arreglo; go, si te parece, entretene aquí viendo el pueblo, que tiene muy bonita divisa. Mirá aquel aguacatillo tan alto; trepate a él pa que divisés a tu gusto.*

La muerte, que es muy ágil, dio un brinco y se montó en una horqueta del aguacatillo; se echó la desjarretadera al hombro y se puso a divisar. *Date descanso, viejita, hasta que a yo me dé la gana, le dijo Peralta, que ni Cristo con toda su pionada te baja de esa horqueta.*

Peralta cerró su puerta y tomó el tole de siempre. Pasaban las semanas, y pasaban los meses, y pasó un año. Vinieron las virgüelas castellanas; sino el sarampión y la tos ferina; sino la culebrilla, el dolor de costao, y el descenso, y el tabardillo, y nadie se moría. Vinieron las pestes en toítos los animales; pues tampoco se murieron.

Al comienzo de la cosa echaron mucha bambolla los doctores con todo lo que sabían; pero luego la gente fue colando en malicia que eso no pendía de los doctores sino de algo otra cosa. El cura, el sacristán y el sepulturero pasaron hambres a lo perro, porque ni un entierrito ni la abierta de una sola sepultura güelieron en esos días. Los hijos de taitas viejos y ricos se los comía la incomodidá de ver a los viejorros comiendo arepa y que no les entraba la muerte por ningún lao. Lo mismito les sucedía a los sobrinos con los tíos solterones y acaudalaos; y los maridos casaos con mujer vieja y fea, se revestían de una injuria, viendo la viejorra tan morocha, habiendo por ai mozas tan bonitas con qué reponerla. De todas partes venían correos a preguntar si en el pueblo se morían los cristianos. Aquello se volvió una batahola y una conjundición tan horrible, como si al mundo le hubiera entrao algún trastorno. Al fin determinaron todos que era que la muerte se había muerto, y ninguno volvió a misa ni a encomendarse a mi Dios.

Mientras tanto, en el cielo y en el infierno estaban ofuscaos y confundidos, sin saber qué sería aquello tan particular. Ni un alma asomaba las narices por esos laos; aquello era la desocupez más triste. El diablo determinó ponerse en cura de la rasquiña que padece, pa ver si mataba el tiempo en algo. San Pedro se moría de la pura aburrición en la puerta del cielo; se lo pasaba por ai sentaíto en un banco, dormido, bostesiando y rezando a raticos en un rosario bendecido en Jerusalén.

Pero viendo que la molienda seguía, cerró la puerta, se coló al cielo y le dijo al Señor: *Maestro: toa la vida le he servido con mucho gusto; pero ai le entrego el destino; sesto sí no lo aguanto yo. Póngame algotro oficio que hacer o saque algún recurso.* Cristico y san Pedro se fueron por allá a un rincón a palabriarse. Después de mucho secreteo, le dijo el Señor: *Pues eso tiene que ser; no hay otra causa. Volvé vos al mundo y tratá a ese hombre con hasta mañita, pa ver si nos presta la muerte, porque si no nos embromamos.*

Se puso san Pedro la muda de pelegrino, se chantó las albarcas y el sombrero y cogió el bordón. Había caminao muy poquito cuando se encontró con un atisba que mandaba el diablo pa que vigiara por los laos del cielo, a ver si era que todas las almas se estaban salvando. *¡Qué salvación ni qué demontres,* le dijo san Pedro, *si esto se está acabando!*

Esa misma noche, casi al amanecer, llovía agua Dios misericordia, y Peralta dormía quieto y sosegado en su cama. De presto se recordó, y oyó que le gritaban desde afuera: *Abrime, Peraltica, por la Virgen, que es de mucha necesidad.* Se levantó Peralta, y al abrir la puerta se topó mano a mano con el viejito, que le dijo: *Hombre, no vengo a que me des posada tan solamente; vengo mandao por el Maestro a que nos largués la muerte unos días, porque vos la tenés de pata y mano en algún encierro. Lo que menos, su mercé,* dijo Peralta, *la tengo muy bien asegurada, pero no encerrada; y se la presto con mucho gusto, con la condición que a yo no me haga nada. Contá conmigo,* le dijo san Pedro.

Apenitas aclaró salieron los dos a descolgar a la muerte. Estaba lastimosa la pobrecita: flacuchenta, flacuchenta; los güesos los tenía toítos mogosos y verdes de tantos soles y aguaceros como había padecido; el telarañero se le enredaba por todas partes, que aquello parecía vestido de andrajos; la pelona la tenía llena de hojas y de porquería de animal que daba asco; la herramienta parecía desenterrada de puro lo tomaína que estaba. Pero lo que más injuria le daba a san Pedro era que parecía tuerta, porque un demontres de avispa había terminao hacer la casa en la cuencia del lao zurdo. Estaba la pobrecita balda, casi tullida de estar horquetiada

tantísimo tiempo. De Dios y su santa ayuda necesitaron Peralta y san Pedro para descolgarla del palo. Agarraron después una escoba y unos trapos, le sacaron el avispero, y ello más quedó medio decente. Apenas se vio andando recobró fuerzas, y en un instantico volvió a amolar la desjarretadera (...) y tomó el mundo. ¡Cómo estaría de hambrienta con el ayuno! En un tris acaba con los cristianos en una semana. Los difuntos parecían gusanos de cosecha, y ni an los enterraban, sino que los hacían una montonera, y ai medio los tapaban con tierra. En las mangas rumbaba la mortecina, porque ni toda la gallinizada del mundo alcanzaba a comérsela, Peralta sí era verdá que parecía ahora un duende de aquí pa acá, en una y en otra casa, amortajando los difuntos y consolando y socorriendo a los vivos.

La muerte se aplacó un poquito; los contaños cristianos que quedaron volvieron a su oficio; y como los vivos heredaron tanto caudal, y el vicio del juego volvió a agarrarlos a todos, consiguió Peralta más plata en esos días que la que había conseguido en tanto tiempo. ¡Hijue pucha si estaba ricachón! Ya no tenía onde acomodarla.

Pero cátetelo ai que un día amanece con una pata hinchada, y le coló una disipela de la mala. Al momentito pidió al cura y arregló los corotos, porque se puso a pensar que ható había vivido y disfrutao, y que lo mismo era morirse hoy que mañana go el otro día. Mandó en su testamento que su mortaja fuera de limosna, que le hicieran bolsico, y que precisadamente le metieran en él la baraja y los daos; y como era tan humilde, quiso que lo enterraran sin ataúd, en la propia puerta del cementerio, onde todos lo pisaran hasto. Asina fue que apenas se le presentó la pelona, cerró el ojo, estiró la pata y le dijo: *Matame pues*. ¡Poquito sería lo duro que le asestó el golpe con el rincor que le tenía!

Peralta se encontró en un paraje muy feito, parecido a una plaza. Voltió a ver por todas partes, y por allá, muy allá, descubrió un caminito muy angosto y muy lóbrego, casi cerraio por las zarzas y los carrascales. Ya sé a onde se va por ese camino, pensó Peralta. El mismito que mentaba el cura en las prédicas. Cojo puel otro lao. Y cogió. Y se fue topando con mucha gente blanca y de agarre que parecían fefes o mandones, y con señoras muy bonitas y muy ricas que parecían principesas. Como nunca fue amigo de meterse entre la gente grande, se medió por un laíto del camino, que se iba anchando y poniéndose plano como las palmas de la mano. ¡María madre si había que ver en aquel camino! Parecía mismamente una jardinera, con tanta rosa y tanta clavellina y con aquel pasto tan bonito. Pero eso sí: ni un afrecherito, ni una chapola de col, ni un abejorro se veía por ninguna parte ni pa remedio. Aquellas flores tan preciosas no güelían, sino que parecían flores muertas.

Peralta seguía a la resolana, con el desentendimiento de toda su vida. Por allá, en la mitad de un llano, alcanzó a divisar una cosa muy grande, muy grandísima, mucho más que la piedra del Peñol. Aquello blanqueaba como un avispero; y como toda la gente se iba colando a la cosa, Peralta se coló también. Comprendió que era el infierno, por el jumero que salía de pa arriba y el candelón que salía de pa abajo. Por allí andaba mucha gente del mundo en conversas y tratos con los agregaos y piones del infierno.

El se dentró por una gulunera muy oscura y muy medrosa que parecía un socavón, y fue a repuntar por allá a unas californias onde había muchas escaleras que ganar y unos zanjones muy horrendos por onde corrían unas aguas muy mugrientas y asquerosas. A tiempo que pasaba por una puertecita, oyó un chillido como de cochinito cuando lo están degollando, y se asomó por una rendija. ¡Virgen! ¡Qué cosa tan horrenda! No era cochino: era una señora de mantellina y saya de merinito algo mono, que la tenían con la lengua tendida en el yunque, con la punta cogida con unas tenazotas muy grandes, y un par de diablos herreros muy macuencos y cachipando le alzaban macho a toda gana. ¡Hijue la cosa tan dura es la carne de condena! Aquella lengua ni se machucaba, ni se partía, ni saltaba en pedazos: ai se quedaba intauta. Y a cada golpe le gritaban los diablos a la señora: *Esto es pa que levantés testimonios, vieja maldita; esto es pa que metás tus mentiras, vieja lambona; esto es pa que enredés a las personas, vieja culebrota*. Y a Peralta le dio tanta lástima, que salió de güida.

De presto se zampó por una puerta muy anchona; y cuando menos acató, se topó en un salón muy grandote y muy altísimo que tenía hornos en todas las paredes, muy pegaos y muy juntitos, como los roticos de las colmenas onde se meten las abejas. No había nadie en el salón, pero por allá en la mitá se veía un trapo colgao a moda de tolda de arriero. Peralta se asomó con mucha mañita, y ai estaba el enemigo malo acostao en un colchón, dormido y como enfermoso y aburridón él. De presto se recordó, se enderezó, y a lo que vio a Peralta le dijo muy fanfarrón y arrogante: *¿Qué venía hacer aquí, culichupao? Vos no sos de aquí; rumbate al momento. Pues como nadie me atajó, yo me fui colando, sin saber que me iba a topar con su mercé*, contesto Peralta con mucha moderación. *¿Quién sos vos?*, le dijo el diablo. *Yo soy un pobrecito del mundo que ando puaquí envolatao. Me dijeron que taba en carrera de salvación, pero a yo no me han recibido indagatoria, ni nadie se ha metido con yo*.

Al momento le comprendió el diablo que era alma del purgatorio o del cielo. ¡Figúrense, no entenderlo él contada la marrulla del monte, y la humildá agrada hasta al mismo diablo, con ser tan soberbio, resultó que Peralta más bien le cayó en gracia, más bien le pareció sabrosito y querido. *¿Su mercé está como enfermoso?*, le pregunto Peralta. *Si, hombre*, contestó Lucifer como muy aplacao. *Se me han alborotao en estos días los achaques, y lo pior es que nadie viene a hacerme compañía, porque el mayordomo, los agregaos y toda la pionada no tienen tiempo ni de comer, con todo el trabajo que nos ha caído en estos días. Pues si yo le puedo servir en algo a su mercé*, dijo Peralta haciéndose el lambón, *mándeme lo que quiera, que el gusto mío es servirle a las personas*.

Y ai se fueron enredando en una conversa muy rasgada, hasta que el diablo dijo que quería entretenerse en algo. Pues si su mercé quiere que juguemos alguna cosita, dijo Peralta muy disimulao, yo sé jugar toda laya de juegos, y en prueba de ello es que mantengo mis útiles en el bolsico, y sacó la baraja y los daos. *Hombre, Peralta*, dijo el diablo, *lo malo es que vos no tenés que ganarte, y yo no juego vicio. ¿Cómo no he de tener*, dijo Peralta, *si yo tengo un alma como la de todos? Yo la juego con su mercé, pues también soy muy vicioso. La juego contra cualquier otra alma de la gente de su mercé*. El enemigo malo, que ya le tenía ganas a esa almita de Peralta, tan linda y tan buenita, le aparó la caña al momentito. Determinaron jugar tute, y le tocó dar al diablo. Barajó muy ligero y con modos muy bonitos; alzó Peralta y comenzaron a jugar. Iba el diablo haciendo bazas muy satisfecho, cuando Peralta tiende sus cartas y dice: *Cuarenta, as y tres, no la perderés por mal que la jugués. Así será*, dijo el diablo bastante picao, *pero sigamos a ver qué resulta*. Pues ¿qué había de resultar? Que Peralta se fue de sobra. Se puso el diablo como la ira mala, y le dijo a Peralta con un tonito muy maluco: *¿Vos sos culebra echada go qué demonios? Tanté culebra, lo que menos, su mercé le contesto* Peralta con su humildá tan grande. *Antes en el mundo decían que yo dizque era un gusano de puro arrastrao y miserable. Pero sigamos, su mercé, que se desquita*.

Siguieron; a la otra mano salió Peralta con tute de reyes. ¡Doblo!, grito Lucifer con un vozachón que retumbó por todo el infierno. La cola se le paró; los cachos se le abrían y se le cerraban como los de un alacrán; los ojos le bailaban que ni un trompo zangarria, de lo más biscornetos y horrendos; y por la boca echaba toda aquella babaza y aquel chispero (...).

*Doblemos, dijo Peralta muy convenido. Ganó Peralta. ¡Doblo!, grito el diablo. Y doblando, doblando, jugaron diez y siete tutes, hasta que el patas dijo: ¡Ya no más! Estaba tan sumamente medroso, daba unos bramidos tan espantosos, que toítica la gente del infierno acudió a ver. ¡Cómo se quedarían de suspensos cuando vieron a su amo y señor llorando a moco tendido! Y aquellas lagrimonas se iban cuajando, cuajando, cachete abajo, que ni granizo. En el suelo iba blanqueando la montonera, y toda la cama del diablo quedo tapadita. Un diablito muy metido y muy chocante, que parecía recién adotarao, dijo con tonito llorón: *¡Nunca me figuré que a mi señor le diera pataleta! ¿Pero por qué no seguimos, su mercé?*, dijo Peralta como suplicando. *Es cierto que le he ganao más de treinta y tres mil millones de almas, pero yo veo que el infierno está sin tocar. Cierto, dijo el enemigo malo haciendo pucheros, pero esas almas no las arriesgo yo: son mis almas queridas, son mi familia, porque son las que más se parecen a yo.* Siguió moqueando, y a un ratico le dijo a uno de sus edecanes: *Andá, hombre, sacale a este calzón sin gente su ganancia, y que se largue de aquí.**

Como lo mandó el Patas, asina mismo se cumplió. Mientras que una vieja ñata se persina, fueron echando toditas las puertas del infierno la churreta de almas. Aquello era churretiar y churretiar, y no se acababa. Lo que a Peralta le parecía más particular era que, a conforme iban saliendo, se iban poniendo más negras, más hediondas y más enjunecidas. Parecía como si a todos los cristianos del mundo les estuvieran sacando las muelas a la vez, según los bramidos y la chillería. Sin nadie mandárselo, aquellas almas endemoniadas fueron haciendo en el aire un caracol que ni un remolino. Los aires se fueron oscureciendo, oscureciendo, con aquella gallinazada, hasta que todo quedó en la pura tiniebla.

Peralta, tan desentendido como si no hubiera hecho nada, se fue yendo muy despacio, hasta que se encontró con los tuneros del caminito del cielo. Aquello era caminar y caminar, y no llegaba. Él tuvo que pasar por puentes de un pelo, que tenían muchas leguas; él tuvo que pasar la hilacha de la eternidá, que tan solamente Nuestro Señor, por ser quien es, la ha podido medir. Pero a Peralta no le dio váguído, sino que siguió serenito, serenito y muy resuelto, hasta que se topó con las puertas del cielo. Estaba eso bastante solo, y por allá divisó a san Pedro recostao en su banco. Apenitas lo vio san Pedro, se le vino a la carrera, se le encaró y le dijo, midiéndole puño: *Quitá de aquí, so vagamundo. ¿Te parece que te has portao muy bien y que nos tenés muy contentos? Si allá en la tierra no te amasé, fue porque no pude, pero aquí sí chupás. No se fije en yo,*

viejito, fíjese en lo que viene por aquel lao. Vaya a ver cómo acomoda esa gentecita, y déjese de nojarse.

Voltió a ver san Pedro, estiró bien la gaita y se puso la manito sobre las cejas, como pa vigiar mejor, y apenas entendió el enredo, pegó patas, abrió la puerta, la volvió a cerrar a la carrera y la trancó por dentro. Ni por esas se agallinó Peralta, ni le coló cobardía, ni cavilosió que en el cielo le fueran a meter macho rucio.

No bien se sintió san Pedro de puertas pa dentro. Corrió muy trabucao y le hizo una seña al Señor. Bajó el Señor de su trono, y se toparon como en la mitá del cielo, y agarraron a conversar en un secreto tan largísimo, que a toda la gente de la corte celestial le pañó la curiosidá. Bien comprendían toditos, por lo que manotiaba san Pedro y por lo desencajao que estaba, que la conversa era sobre cosa gorda, ipero muy gorda! Las santas, que aunque sea en el cielo siempre son mujeres, pusieron los anteojos de larga vista para ver qué sacaban en limpio. Pero ni lo negro de la uña. El Señor, que había estao muy sereno oyéndole las cosas a san Pedro, le dijo muy pasito a lo último: *En bueno nos ha metido este Peralta. Pero eso no se puede de ninguna manera. Los condenaos, condenaos se tienen que quedar por toda la eternidá. Andate a tu puesto, que yo iré a ver cómo arreglamos esto. No abrás la puerta; los que vayan viniendo los entrás por el postigo chiquito.*

Se golvió el señor pa su trono, y a un ratico le hizo señas a un santo, apersonao él, vestido de curita, y con un bonetón muy lindo. El santo se le vino muy respetuoso, y hablaron dos palabras en secreto. Y bastante susto que le dio; se le veía, porque de presto se puso descolorido y principió a meniarle el bonete. A esas le hizo el señor otra seña a una santita que estaba por allá muy lejos, ojo con él, y la santita se vino muy modosa y muy contenta al llamado, y entró en conversa con Cristico y el otro santo. Estaba vestida de carmelitana; también tenía bonete, que le lucía mucho, y en la una mano una pluma de ganso muy grandota.

¡Esto sí que fue lo que más embelecó a las otras santas! Por todos los balcones empezó a oírse una bullita y unos murmullos, que la Virgen tuvo que tocar la campanita pa que se callaran. Pero nada que les valió. Figúresen que en ese momento salió un ángel muy grande con un atril muy lindo, y más detrás un angelito de los guitarristas, con la guitarrita colgada a un lao como carriel, y que llevaba en las dos manitos un tinterón de oro y piedras preciosas; y después salieron dos santicos negros con dos tabretes de plata; y los cuatro arreglaron por allá en un compito de lo más bueno, un puesto como de escribano. El curo y la monjita se fueron derecho a los

tabretes, y cada cual se sentó. El angelito se quedó muy formal teniendo el tintero.

¡Valientes criaturas las de mi Dios! En este angelito sí se esmeró él: tenía la cabecita como una piña de oro; era de lo más gordito y achapao; con los ojos azulitos, azulitos, que ni dos flores de linaza; y sus alitas de garza eran más blancas que una breña. Casi estaba en cueritos; tan solamente llevaba de la cinta pa bajo un faldellín coposo de un gеме de ancho, de un trapo que unas veces era de oro y otras veces era de plata, flequiado de por abajo y con unos caracoles y unas figuras de la pura perlería. Pero lo más lindo de todo, lo que más le lucía al demontres del angelito era la cargadera de la vigüelita, que era todita de topacios y esmeraldas; la guitarrita también era muy linda, toda laboriada y con clavijitas y cuerda de oro. Dizque era el ángel de la guarda de la monjita, y por eso estaba tan confanzudo con ella.

La santita entró como en un alegato con el cura, pero a lo último él se puso a relatar y ella a jalar pluma. Esa sí era escribana: se le veía todo lo baquiana que era en esas cosas de escribanía. Acomodada en su tabrete iba escribiendo, escribiendo sobre el atril; y a conforme escribía, iba colgando por detrás de los trimotiles esos, un papelón muy tieso, ya escrito, que se iba enrollando, enrollando. Solo mi Dios sabe el tiempo que gastó escribiendo, porque en el cielo no hay reló. Por allá al mucho rato, la monja echó una plumada muy larga, y le hizo seña al Señor de que ya había acabado. No bien entendió el Señor, se paró en su trono y dijo: *Toquen bando y que entre Peralta.*

Y principiaron a redoblar todas las tamboras del cielo, y a desgajarse a los trompicones toda la gente de su puesto, para oír aquello nunca oído en ese paraje; porque ni san Joaquín, el agüelito del Señor, había oído nunca leyendas de gaceta en la plaza de la corte celestial. Cuando todos estuvieron sosegaos en sus puestos y Peralta por allá en un rinconcito, mandó Cristo que se asilenciaran los tamboreos, y dijo: *Pongan hasto cuidao, pa que vean que la gloria celestial no es cualquier cosa.* Y después se voltió ponde la monjita, y muy cariñoso le dijo: *Leé vos el escrito, hijita, que tenés tan linda pronuncia.*

¡Caramba si la tenía! Eso era como cuando los mozos montañeros agarran a tocar el capador; como cuando en las faldas echan a gotear los resumideros en los charquitos insolvao. La leyenda comenzaba de esta laya: nos, Tomás de Aquino y Teresa de Jesús, mayores de edad y del vecindario del cielo, por mandato de Nuestro Señor, hemos venido a resolver un punto muy trabajoso (...), tan trabajoso, tan sumamente

trabajoso, que ni an siquiera se pueden contar bien patentes las retajilas tan lindas y tan bien empatadas escritas en la dichosa gaceta, ¡Hasta ai mecha la que tenían esos escribanos!

Últimamente el documento quería decir que era muy cierto que Peralta le había ganao al enemigo malo esa traquilada de almas con mucha legalidá y en juego muy limpio y muy decente; pero que más sin embargo, esas almas no podían colar al cielo ni de chiripa, y que por eso tenían que quedarse afuera. Pero que, al mismo tiempo, como todas las cosas de Dios tenían remedio, esta cosa se podía arreglar sin que Peralta ni el Patas se llamaran a engaño. Y el arreglo era asina: que todas las glorias que debían haber ganao esas almas redimidas por Peralta, se ajuntaran en una floriona grande, y se la metieran enterita a Peralta, que era el que la había ganao con su puño. Y que la cosa del infierno se arreglaba de esa laya: que esos condenaos no volvían a las penas de las llamas, sino a otro infierno de nuevo uso que valía lo mismo que el de candela. Y era este infierno una indormia muy particular que sacaron de su cabeza el cura y la monjita. Esta indormia dizque era de esa moda: que mi Dios echaba al mundo treinta y tres mil millones de cuerpos, y que a esos cuerpos les metían adentro las almas que sacó Peralta de los profundos infiernos; y que estas almas, aunque los taitas de los cuerpos creyeran que eran pa el cielo, ya estaban condenadas desde en vida; y que por eso no les alcanzaba el santo bautismo, porque ya la gracia de mi Dios no les valía, aunque el bautismo fuera de verdá; y que se morían los cuerpos, y volvían las almas a otros, y después a otros, y seguía la misma fiesta hasta el día del juicio; que de ai pendelante las ponían a voltear en rueda en redondo del infierno por *sécula seculórum amén*.

Que por todo esto dizque es que hay en este mundo una gente tan canóniga y tan mala, que goza tanto con el mal de los cristianos: porque ya son gente del Patas; y por eso es que se mantienen tan enjuncidos y padeciendo tantísimos tormentos sin candela. Estos quizque son los envidiosos. Y por eso quizque fue que el enemigo malo no quiso arriesgar las almas aquellas del infierno, porque esas también eran de envidiosos.

Peralta entendió muy bien entendido el relate. Y muy contento que se puso, y muy verdá y muy buena que le pareció la inguandía. Pero era este Peralta tan sumamente parejo, que ni con todo el alegrón que tenía por dentro se le vio mover las pestañas de ternero: ai se quedó en su puesto como si no fuera con él. Pero de golpe se vio solo en la plaza del cielo. ¡Hasta ai placitas!

Aquello era una cosa redonda, enladrillada con diamantes y piedras preciosas de todo color, que hacían unas labores como los dechados de las maestras. En redondo había una ringlera de pilas de oro que chorriaban agua florida y pachulí de la gloria; y cada una de estas pilitas tenía su jardinera de cuantas flores Dios ha criado, pero toditas de oro y de plata. También era de oro y de plata el balconerío de la plaza; y al mismo frente de la entrada, estaba el trono de la Santísima Trinidad. Era a moda de una custodia muy grandota, encaramada en unos escalones muy altos. En el redondel de la custodia estaban el Padre y el Hijo, y allá en la punta de arriba esta prendido el Espíritu Santo, aliabierto y con el piquito de pa bajo. De la punta del piquito le salía un vaho de una luz mucho más alumbradora que la del sol, y esa luz se regaba y se desparpajaba por arriba y por abajo, de frente y por todos los costaos del cielo, y todo relumbraba, y todo se ponía brillante con aquella luminaria.

El Padre Eterno, que en todas las bullas de Peralta no había hablado palabra, se paró y dijo de esta moda: *Peralta, escogé el puesto que querás. Ninguno lo ha ganado tan alto como vos, porque vos sos la humilde, porque vos sos la caridá. Allá abajo fuiste un gusano arrastrao por el suelo; aquí sos el alma gloriosa que más ha ganado. Escogé el puesto. No te humilles más, que ya estás ensalzao.*

Y entonaron todos los coros celestiales el trisagio de Isaías, y Peralta, que todavía no había usado la virtud de achiquitarse, se fue achiquitando, achiquitando, hasta volverse un Peralta de tres pulgadas, y derecho, con la agilidad que tienen los bienaventurados, se brincó al mundo que tiene el Padre en su diestra, se acomodó muy bien y se abrazó con la cruz. Allí está por toda la eternidad.

Botín colorao; perdone lo malo que hubiere estao.

IV

Alrededor del diccionario*

Julio César García

Hay que acatar el tribunal supremo que *limpia, fija y da esplendor* al idioma, como lo dice su lema, pero con beneficio de inventario, pues si a nadie se oculta que la *Gramática de la Academia* es inadecuada para el fin que se propuso, no será raro que lo mismo suceda con el diccionario, del cual decía Larra que *todos lo debemos respetar cuando acierta, es decir, que tiene la misma autoridad de todo el que tiene razón, cuando él la tiene.*

Julio César García

* Nota del Editor: Este artículo, fue un estudio literario encargado por la Academia Colombiana de la Lengua, y tomado como el discurso de recepción.

IV

Alrededor del diccionario

Julio César García

Acabo de releer las importantes observaciones que sobre la necesidad del diccionario trae Toro y Gómez en su recomendable *Arte de escribir*, y una vez por todas he hallado justo todo encarecimiento para conservar limpio nuestro noble idioma, al que ninguno de los modernos supera en armonía y majestad; en concisión y energía solo el latín; en sonoridad el griego.

La lectura es, dice el mismo Toro y Gómez, como riego benéfico que fecunda nuestro entendimiento y lo hace producir frutos sazonados; y nada es tan indispensable para leer en conciencia, como conocer el significado exacto de las palabras, pues de lo contrario tanto nos daría como recorrer las páginas de un libro en árabe, o de uno en decadente o culterano, que a fe mía da lo mismo, porque no he entendido mejor las Soledades de Góngora o las poesías de Mallarmé que los caracteres enrevesados de un periódico chino venido ha poco a mis manos. La palabra es el instrumento de la sociabilidad humana, y así como nos parecería ridículo un artista cualquiera que intentara realizar obra perfecta sin conocer el instrumento que maneja, así mismo es risible la petulancia de quienes se creen señores del idioma porque prodigan términos retumbantes cuyo verdadero significado desconocen.

Pero no quiere esto decir que se tenga por oráculo la voz del diccionario, y debe evitarse la manía desesperante de algunos jovencitos que se lo aprenden de memoria solo para hacerse ininteligibles por medio de voces exóticas que en la conversación familiar producen el efecto de lo traído por los cabellos.

Hay que acatar el tribunal supremo que limpia, fija y da esplendor al idioma, como lo dice su lema, pero con beneficio de inventario, pues si a nadie se oculta que la Gramática de la Academia es inadecuada para el fin que se propuso, no será raro que lo mismo suceda con el diccionario, del cual decía Larra que todos lo debemos respetar cuando acierta, es decir, que tiene la misma autoridad de todo el que tiene razón, cuando él la tiene.

Nada hay tan estéril como la crítica de microscopio, inspirada por el prurito de parecer lince a individuos de estrecha visión, incapaces de abarcar un concepto trascendental; no envidio los lentes ahumados del rabioso Valbuena, y creo que su *Fe de erratas al diccionario de la Academia* es un derrame de bilis; sin embargo pienso fundadas en alguna justicia sus censuras a malaventuradas definiciones académicas.

En castellano, decía un insigne crítico, *no se han compilado léxicos de los grandes autores, ni siquiera de Cervantes, y la autoridad oficial y suprema es un diccionario en que faltan muchas voces viejas y nuevas, en que las definiciones son infructuosísimas y que carece de ejemplos.*

El cuadro de las incorrecciones se agranda como es natural, en los diccionarios enciclopédicos, cuyo peligro es grande para la juventud que se acostumbra a estar satisfecha con ciencia tan rudimentaria y en ocasiones absurda.

El colosal ensayo de la *Enciclopedia Espasa* en su cuaderno sobre Colombia, entre datos que revelan la mano de un erudito, deja asomar la del sectario que menciona entre nuestros hombres ilustres a aprendices de tales en la escuela de la difamación, en tanto que aplica la agresiva conspiración del silencio contra nombres cuya notoriedad es eminente en las ciencias, en las letras o en la política grande.

Diccionarios españoles hay en que se insulta desvergonzadamente a nuestros libertadores. En la famosa *Gaceta de la Nueva Granada* he hallado una recomendación de la *Enciclopedia Británica*, obra notable por más de un concepto, porque al hablar de las desavenencias entre el Libertador y el Hombre de las Leyes, concede a este la razón y a aquel llama con los epítetos de dictador y tirano que le acomodaron los de la nefanda *nox septembrina*.

La lujosa aunque pésima *Enciclopedia Nelson* dice que Panamá fue vendido por Colombia en una infeliz suma de libras esterlinas. *¿Risum teneatis?*

Jorge Isaacs y Emiro Kastos acabaron sus vidas en Ibagué, seguro es que en íntima hermandad espiritual. Isaacs, como Cide Hamete, había colgado tan alto su peñola de novelista, que apenas los ingenios de Rendón, Velásquez o Carrasquilla podrán alcanzarla; Juan de Dios Restrepo, en cambio, no desdeñaba colocar en la misma panoplia las armas de comerciante acaudalado y de primer costumbrista antioqueño, y de tarde en tarde echaba a volar algo con su conocido nombre de guerra, que también lo fue de un escritor venezolano cuyo nombre no recuerdo. Esa circunstancia ha hecho decir al mal avisado González de la Rosa que

Isaacs escribió en sus últimos años con el seudónimo de Emiro Kastos. Y esto lo he oído repetir por jóvenes que se dicen muy versados en achaques de literatura, eruditos en diccionario.

No hace mucho me preguntaba alguien por un buen diccionario de etimología, y, sin intención de decirle una verdad como un templo, le contesté que no había ninguno mejor que el conocimiento del griego y del latín, lenguas de las cuales es la nuestra herencia sagrada; con ligeros rudimentos del habla helénica se habría ahorrado el tal la erudición extravagante de un señor E. de la Barra, formidable etimologista. Conociendo algo de esas lenguas madres podrá apreciarse, doy por caso, la sabia formación de las palabras nuevas que emplea Guillermo Valencia, consumado en humanidades, y se comprenderán los absurdos de ciertos imitadores ignorantes que sin iguales elementos se lanzan por la vía del neologismo y solo llegan al fin de la corrupción del idioma. Razón tendría el señor Caro para decir que *las palabras hacen el diccionario, no el diccionario las palabras*.

Creo importantísima y de necesaria aplicación entre nosotros la idea del periódico de los Estados Unidos que propuso el establecimiento de clases de diccionario en la escuelas, a fin de enseñar a los jóvenes discreción en su uso y horror en su abuso, de suerte que no manejen a tontas el léxico ni menos que se acostumbren a estar satisfechos con la embrionaria ciencia que el diccionario les proporciona, sino que tomen aquel rudimento como base de concienzudo estudio que los lleve al pleno dominio de la materia. A los maestros toca realizar este progreso, *motu proprio*, allí donde la política no deja tiempo a los de arriba para iniciar nada bueno.

Hablé antes de los errores a que da margen la fe en ciertos diccionarios, errores que vienen a constituir la única ciencia de algunos jóvenes que no tienen empacho en decir que Nariño murió en Cádiz en 1822, porque así lo han visto en Larousse, que con todo y disparatar por el estilo, tiene, para lo que toman el rábano por las hojas, la autoridad de un pie de imprenta en París. Y aquí del desdén con que se ha tratado la historia patria en nuestras escuelas y colegios, pues por más de medio siglo de vida independiente fue casi en absoluto excluida, y después se confió su enseñanza a sectarios que volvieron a la que debe ser espejo de la verdad, tribuna de agrias recriminaciones políticas. La historia, tal cual es, sin recriminaciones que requieren un análisis superior a las débiles inteligencias infantiles, debe enseñarse en las escuelas a todas horas, así

como la religión, de suerte que todo esté animado de Dios y de la patria en el sagrado recinto en que se forma la república futura.

También anoté arriba la necesidad que hay de que los padres en la casa y el maestro en la escuela enseñen a los niños el uso discreto del diccionario; pero ya que esto no sea posible, y hacerles aprender un montón de palabras, que íntegramente no han de necesitar en la vida, es absurdo, creo que así como se dan *lecciones de cosas*, y no a una hora determinada, sino cuando y en donde la ocasión se presente, deben enseñarse a los niños los nombres precisos de los objetos que los rodean, pues ningún esfuerzo debemos ahorrar para hacer puro el lenguaje y para justificar la fama que tiene nuestra patria de ser el país en donde más correctamente se habla el castellano. *Quien no ama su lengua no ama su patria*, ha escrito el padre Mir y Noguera.

Acabo de tropezar con unas notables observaciones del hermano Luis Gonzaga (*Pacífico Coral*), gloria de su orden y de Colombia, por desgracia muerto cuando de su consagración y talento esperaban todavía muy maduros frutos la historia y las letras nacionales. *Es preciso, dice, estudiar el diccionario, leer cada día algunas páginas o siquiera consultarlo a menudo; preguntad a los niños cómo se llama el juego que consiste en saltar una cuerda que, movida circularmente, pasa por debajo de los pies y por encima de la cabeza, y no sabrán que se llama comba. Están haciendo bailar un trompo, y si les preguntáis cómo se llama el cordel con qué lo ejecutan, seguramente ignoran que se llama zumbel. Un antioqueño dirá guaral, incorrectamente, aunque algunos diccionarios, con la petulancia de ser los más completos, consignan cuantas voces hallan, aunque bárbaras o de uso arbitrario, sin tener en cuenta que don Rufino José Cuervo anotó ya que es necesario distinguir entre el uso que hace ley y el abuso que merece extirparse. Decir a un zapatero, continúa el hermano Luis, que os venda unas majuelas, y no os entenderá, porque no sabe que así se llaman las correas de atar los zapatos. Preguntad en un almacén por unos cenojiles: el tendero, que no sabe que así se llaman las ligas para atar las medias, se quedará viendo visiones. Todos sabemos que la cerveza hace espuma, pero muchos ignoran que la espuma de la cerveza se llama jiste.*

El maestro debe conocer con alguna extensión el diccionario, representante más o menos exacto del uso, el cual es desde tiempo atrás reconocido como árbitro, juez y norma del lenguaje. En punto de diccionarios, apunta el señor Cuervo, la experiencia no ha probado con los excelentes de que se glorían otras nacionales y aún comarcas europeas, es el de la Academia Española el que reúne mejores condiciones (...) Cuerpos

como la Academia producen sus obras valiéndose de comisiones; no siempre figuran en estas los más competentes, y los trabajos que presentan los mismos tampoco son siempre examinados despacio por la corporación entera, antes muchas veces son aprobados ligeramente por aclamación; de manera que todas las decisiones no presentan la suma de saber de todos los académicos. Solo así puede explicarse que casi en cada edición de la gramática y del diccionario aparezcan cosas notoriamente erróneas que después se corrigen, a lo que es de suponer, con harto sonrojo. Hay en el método de clasificación empleado por el diccionario un defecto que causa grandes tropiezos a los investigadores, y es que el modo de condenar consiste en suprimir; de aquí resulta que una voz que es hoy corriente y descansa en posesión de su legitimidad, desaparece mañana del diccionario (lo que es para muchos, como si dijéramos, dejar de ser castellana), porque así le pareció a la comisión, y queda condenada con más rigor que otras, acaso dudosas o que, usadas en los tiempos pasados, apenas viven en los libros.

Mucho gozarán los niños si al placer del juego se añade el de conocer el nombre apropiado de su entretenimiento, y este será el medio más eficaz de que puede usar el maestro para insensiblemente introducir a sus discípulos en el conocimiento de voces injustamente olvidadas y sustituidas por otras bárbaras o por provincialismos que no tienen derecho a la existencia. y lo que de los objetos de diversión se dice, puede afirmarse con igual motivo de los que son elemento de estudio; usan, por ejemplo, los escolares, para escribir en pizarras de piedra, una barrita de los mismo, que por confusión llaman *jis* en Cundinamarca, pero cuyo verdadero nombre es *pizarrín*. Juegan los muchachos *boliche*, pero en Cundinamarca y en el Tolima lo llaman *coca*, *perinola* en otras partes, aunque esta palabra designa un objeto distinto, y en algunas poblaciones de Antioquia y en otras partes de América *balero*, que en realidad es el molde en que se funden las balas. Lllaman *milete*, que en ningún sentido es palabra castellana, a la *cachada*, y *herrón* llaman el hierro o punta del trompo, cuando lo que esta palabra significa es una rodaja con un agujero en el centro que de lejos se arroja para meterla en un clavo que se hincan en la tierra, juego en realidad más provechoso que el maldito de la llamada *cauchera* o *cuca*, género de honda que en realidad no tiene nombre específico, pues nunca imaginaron los sabios que entre nosotros habría salvajes capaces de gozar con la persecución de animalitos que son la alegría de la naturaleza. No sé por qué motivo llaman *infierno* o *golosa* a un juego cuyo verdadero nombre es *coxcojilla*. Está muy de moda un juego que, aunque de origen italiano, debe su popularidad a los ingleses y es de excelentes resultados

para la educación física, siempre que se proscriban de él las brutalidades; sería de desear que se adoptaran los términos castellanos correspondientes a los ingleses de este juego, como *bolapié* en vez de *foot-ball*, *ángulo* o esquina de *corner*, *fuera por el flanco* o *flanco exterior* por *outside*, *meta* u *objetivo* por *goal*, *partida* o *desafío* que no *match*, y así por el estilo, aunque me han observado muy juiciosamente que entonces no lo jugarían, porque su principal atractivo para algunos está en ser inglés. Bastantes anglicismos tenemos ya con *meeting*, *trust*, *lunch*, *tópico*, cuando se usa como equivalente de *tema*, *sport*, *interview*, *reporter*, *tiquete*, y también el que por una rara anomalía solo usan en Antioquia los viejos: *lucífero*, en vez de *fósforo*, *pajuela* o *cerilla*, que don Rufino Cuerpo señala, aunque bien puede ser que esta palabra nada tenga que ver con el *lucifer* inglés sino con el *lucifer* latino, compuesto de *lux* y *fero*, que lleva la luz, que la da, luciente. Hay sin embargo palabras que en castellano no pueden ser traducidas sino por un largo rodeo, como *linchar*, *boicoteo*, etc., y en tal caso es preferible conservar las extranjeras; lo mismo que pasa en otros idiomas con relación al nuestro, pues, por ejemplo, los franceses no han encontrado traducción exacta y expresiva de términos que, por desgracia, son muy de españoles y americanos, como *guerrilla*, *pronunciamento*. Y ya que de juegos he hablado y se presentó el *sport* inglés y el *sportivo*, hibridación estúpida, será oportuno anotar que no está bien pedir limosna de una palabra a otra lengua, cuando en castellano tenemos y usaron los clásicos con elegancia palabra tan correcta como *deporte*.

Pero aquí también es preciso hacer notar que no toda expresión castellana, por el hecho de tener igual formación en otra lengua, es bárbara, como parece que lo imagina Baralt en su precioso *Diccionario de galicismos*; así pues el *detentar*, que algunos señalan como galicado, no es tal, por más que en francés lo hallemos, pues tanto en esa lengua como en la nuestra corresponde al latino *detentare* (detener injustamente); la locución adverbial *al contrario*, que Montalvo señala como galicismo, por ser exactamente igual a la francesa *au contraire*, se halla en los clásicos de nuestra lengua y parece traducción tan correcta de la latina e o *ex contrario*, como lo sería *por el contrario*; *glabrare* es verbo latino que significa cortar el pelo, rapar, etc.; de ahí han tomado los franceses el adjetivo *glabre*, imberbe, lampiño; ¿*glabro* será galicismo como cree Toro y Gisbert, o será una palabra culta de elegante introducción entre nosotros? Me inclino a pensar lo último. Por supuesto que ningún cuidado será mucho para expurgar nuestro idioma de galicismos y desechar tantos términos que sobran, como *avalancha*, *debut*, *apartamento* (habitación) *finanzas*,

condolencia, *enrolar* (alistarse, sentar plaza), *liana* (bejuco), *planfleto* (libelo o folleto) *premunirse* (precaverse), *rango* (clase o categoría), *revancha*, *peluche* (felpa o veludillo), *apercibir* por notar, traza por huella, etc., para citar los de uso más constante solamente, algunos de los cuales los ha tenido que acoger la Academia, mal de su grado.

Hay que tener en cuenta, además, que no todas las palabras que entre nosotros se tienen por tomadas del francés lo son en realidad, pues al contrario fue el francés el que las tomó de nuestra lengua entre las trescientas y tantas palabras que de ella tiene. La Academia Francesa dice que la voz *laquais* viene del español *lacayo*, mientras que la Española decía que *lacayo* viene del francés. La misma Academia Española dice que *gordo* viene del latín *gurdus*, mientras el gramático latino Laberio daba como hispanismo esta voz (Nota de Toro y Gómez a la *Historia de la literatura francesa* de Leo Claretie).

Todo esto lo debe hacer notar el maestro a sus discípulos, y muchas cosas más que le indiquen las circunstancias; pero no es mi intención hacer un curso de diccionario ni menos de correcciones de lenguaje, que para eso ahí tenemos las monumentales *Apuntaciones críticas*, sino ir consignando algunas observaciones que me sugiera el constante trajín con los libros y el deseo que me anima de que la instrucción pública sea entre nosotros lo que debe ser: preparación para la vida. Y como nada es más importante en el curso de los años que saber expresar con propiedad nuestros pensamientos, nada es más importante tampoco como materia de la enseñanza primaria, que el arte del bien decir.

El conocimiento de la lengua madre del castellano es indispensable para la formación de las palabras nuevas que se desee emplear en fuerza de la necesidad, como cuando se nombran objetos de reciente invención, o en beneficio de la elegancia, como lo hacen algunos poetas y escritores. *Quien quiera estudiar bien el castellano*, decía el señor Caro, *debe empezar por el principio, que es el latín*.

Es claro que hay muchos neologismos motivados por razón de necesidad, como sucede con los nuevos descubrimientos, o por conveniencia, como cuando don Quijote aconsejó a Sancho que no usara el torpe *regoldar* sino el latino *eructar*. *El sabio neologismo*, dice monseñor Carrasquilla, *es riqueza del idioma, sangre joven que le renueva el gastado organismo, condición de vida y adelanto*. No adoptarlo es dejar la lengua un grado abajo en el termómetro de la civilización. Y he aquí dos neologismos que habrían sido inconcebibles novedades hace poco más de dos siglos, cuando ni Celso, Fahrenheit ni Reaumur habían inventado su famoso

aparato que llamaron termómetro, con voz de pura estirpe helénica, y la que hoy es figura trivial a fuerza de manoseada, habría parecido solemne extravagancia.

No es posible, pues, dar una extensión absoluta a las palabras de Ricardo León, el célebre novelista español contemporáneo, *uno de los pocos que en Castilla escriben todavía en castellano*, como él mismo lo dijo de Gabriel y Galán en su discurso sobre la lengua clásica y el espíritu moderno con que se presentó en la Academia, pues si es cierto que en el lenguaje de los clásicos se halla el más rico caudal de voces que es discreto pedir, no podemos sostener el absurdo de que esos maestros se hubieran adelantado a dar los nombres exactos de tantas cosas modernas de que no tuvieron idea, a nos ser por las obras de Rogelio Bacón, que ya en el siglo XIII describe sin nombrarlos los barcos de vapor, los ferrocarriles y los aparatos de navegación aérea. El mismo maestro León, que con el aplauso sabe despertar el cariño de sus lectores, pues como Pereda hace sentir y amar cuanto siente y ama, usa en sus novelas muchos términos que el adelanto de las ciencias ha hecho necesarios y que no usaron ni pudieron usar los escritores de la edad de oro. Y eso que la ciencia española tuvo en los siglos XVI y XVII cultivadores insignes, cuyas revelaciones se han apropiado individuos extranjeros. El famoso médico protestante Miguel Server descubrió la circulación de la sangre, y sin embargo no faltan aún hoy en día eruditos de diccionario que asignan este descubrimiento al inglés Harvey, que vino después, porque así lo dicen Larousse y Calleja, sin que por eso deje Toro y Gómez de anotar en su diccionario que el médico inglés hizo ese descubrimiento al propio tiempo que el español, siendo así que el primero nació 25 años después que Calvino hizo quemar vivo al segundo en Ginebra (1553); Luis Vives es uno de los padres de la filosofía experimental, y con todo será rara la historia de la filosofía que le asigne el lugar que le corresponde; en Gómez Pereira se halla lo fundamental de la filosofía de Descartes, y entre otras cosas su famoso entimema; el derecho internacional moderno tiene su origen en las obras de los teólogos españoles. Lo que sí es razonable es declarar guerra a una invasión de términos extranjeros que no son ni más correctos ni más expresivos y vigorosos que los que en castellano han sido consagrados por el ejemplo de maestros eximios.

Lo único que se pide es que los términos nuevos, necesarios o convenientes, sean sabiamente derivados y acomodados a la índole de nuestro idioma y no nos resulte por ahí un *automóvil* híbrido, que solo en fuerza de la rapidez con que se ha entrado por los dominios del uso

es indispensable adoptar. Por ahí anda también *sicología*, que ya ha sido adoptada por la Academia, aunque a regañadientes por lo que se me alcanza, pues es palabra mal derivada del latín y del griego para designar la ciencia que trata del origen, desarrollo y estabilidad de las agrupaciones sociales, ciencia que en el día ha tomado mucho incremento, no obstante su ineficacia en la práctica, como lo probó ya en su tiempo el sabio francés que pocas semanas antes de la guerra de 1870 publicó un estudio, fundado en, al parecer ineludibles leyes sociológicas, para probar que, conforme a ellas, la paz estaba definitivamente asegurada en Europa, como si se pudiera reducir la suerte de los pueblos a una fórmula abstracta y fuera posible la paz en el mundo cuando la caridad ha huido al cielo o se refugia en contadas naciones que todavía viven según el espíritu. También antes de la guerra de 1914 hubo sociólogos que afirmaron la seguridad de una paz inalterable, cuando las clases proletarias se agitaban hambrientas y sin trabajo, cuando la tan decantada filantropía de los impíos no alcanzaba siquiera a remedar la caridad de los católicos perseguidos, cuando la reacción espiritualista apenas tenía voces aisladas que se perdían en la noche del vicio, cuando era preciso que Dios se manifestara como en el diluvio, en Pentápolis, en la invasión de los bárbaros o en la revolución, para volver la luz o hundir en el abismo a los pueblos que viven según la carne.

Todo lo dicho nada quiere decir en orden a que en la etimología hayamos de buscar la razón de ser de todas las palabras, pues muchos objetos han recibido los nombres que hoy tienen por capricho que se escapa a los lingüistas, por engaño de quienes se los dieron o por antífrasis, y en tal caso es el uso la razón suprema, porque es la única. Para los antiguos, por los vasos de circulación de la sangre solo corría aire, de ahí que los hubieran llamado *arterias* y que ese nombre sea el que todavía se usa y se usará siempre. Primero que en ninguna otra sustancia se observó en el ámbar (*electrón*) ese fluido particular cuya esencia es todavía un misterio, y por eso se llamó *electricidad*, nombre que conserva, aunque ya no se reconoce exclusiva importancia al ámbar en su desarrollo. Según teoría de antiguos fisiólogos, el cuerpo humano está compuesto de cuatro humores: la sangre, la flema, la bilis y el fluido nervioso; creían que el predominio de uno de estos humores determinaba la diversidad de aptitudes o modalidades del carácter que todavía llamamos temperamento *nervioso*, *sanguíneo*, *flemático* y *bilioso*, no obstante que el fundamento de estas denominaciones ha sido desmotivado. Creían los navegantes españoles que haciendo rumbo al occidente hallarían por camino más

corto las tierras de la India, y por tales tomaron las de América; de ahí que hubieran llamado *indios* a los habitantes de este continente, y aunque el error ya no existe, su efecto perdura. Entre otras sabias observaciones de mi eminente profesor don Antonio Gómez Restrepo, me hizo notar que el verdadero sentido de la palabra *estética* es el que le da Balmes en su *Filosofía elemental*, pues aplicada para designar la ciencia de lo bello, supone una concepción materialista de ese concepto que, aunque impenetrable en su esencia, brilla por su idealidad. Con todo, ese ha sido el término empleado por los más espiritualistas de los estetas, y ha llegado, por así decirlo, a oscurecer su sentido verdadero, de suerte que sobre ridícula sería inútil la pretensión de reemplazarlo por *calología* o *caleotecnia*, voces sabias, es verdad, pero a todas luces impotentes para entrar en lucha con el uso universalísimo de la palabra *estética*.

Como se ve, no es muy mollar que se diga esto de limpiar el idioma de términos bárbaros, que han derramado su veneno como una desolación sobre los huertos castellanos, hacer nobles los neologismos y saber hasta dónde sea discreto el uso de provincialismos y de palabras directamente tomadas de las lenguas sabias y acomodadas al genio de la nuestra. Para eso será muy conveniente, no solo que los maestros estudien con asiduidad el diccionario de la Academia y las *Apuntaciones críticas* y obras similares, sino también que en las escuelas normales se les enseñe, ya que no latín, al menos las raíces latinas que trae la gramática de Isaza, a fin de que puedan ser verdaderos profesores de castellano, que no se dejen alucinar por las novedades y sepan distinguir el término clásico que sabiamente introdujeron fray Luis de León y el mismo Herrera, del que usaron Góngora, fray Gerundio y sus discípulos; la palabra de campanillas que usa Guillermo Valencia con medida, de las que forman algunos novatos por ansia de originalidad¹.

1941

¹ Este artículo, publicado hace varios años, es hoy tan oportuno como entonces. Por eso se reproduce en el *Anuario*.

V

La muerte del libro

Fernando Gómez Martínez

Es, opina alguno, lo que nos distingue del resto de los animales, más que la risa y el raciocinio. Claretí sentenció: Dime qué lees y te diré quién eres. Y el redactor del respectivo capítulo de la Espasa comenta: Ningún otro amigo verdadero nos aguarda, como el libro, a todas horas, con los brazos abiertos y sin impacientarse jamás (...) Ni se esconde ni disimula, ni trueca, ni baraja las verdades que contiene: para él no hay estaciones del año más o menos propicias, ni horas intempestivas (...).

Fernando Gómez Martínez

V

La muerte del libro

Fernando Gómez Martínez

Señores académicos:

Estas palabras iban a ser simplemente el trabajo reglamentario que debe presentar cada nueva académico para posesionarse. Pero por disposición muy comprometedora del señor Director de la Academia, se han convertido en el discurso de fondo de esta sesión, dedicada a celebrar el día del idioma.

Ojalá no me resulten muy por debajo de la categoría que se les dio y de esta solemnidad.

Las he anunciado con el título de *La muerte del libro*. Pero me parece natural que antes de hablar de los peligros que se ciernen sobre el libro y de su defunción diga lo que el libro es, hable de su nacimiento y de su plenitud, y diagnostique el mal que lo aqueja.

Viénele el nombre de la corteza segunda e interior de los árboles, que los latinos llamaban *liber* y los griegos *biblos*. Fue esa corteza, pues, el primer papel en que se escribió el libro. Le siguieron el papiro, de origen así mismo vegetal, el pergamino, para el que dieron su piel cabras y carneros y finalmente el papel actual, en que el árbol vuelve a dar la materia prima.

Defínelo el diccionario muy simplemente. Pero ¿qué nos importa etimología, materia de que se ha hecho, y definición filosófica? Impórtanos, si, lo que el libro ha sido y lo que ha hecho.

Alguien ha dicho que el libro es al hombre lo que el hombre a la creación. Otro, que el mundo civilizado se gobierna por unos cuantos libros.

Es, opina alguno, lo que nos distingue del resto de los animales, más que la risa y el raciocinio. Claretí sentenció: Dime qué lees y te diré quién eres. Y el redactor del respectivo capítulo de la Espasa comenta: Ningún otro amigo verdadero nos aguarda, como el libro, a todas horas, con los brazos abiertos y sin impacientarse jamás (...) Ni se esconde ni disimula, ni trueca, ni baraja las verdades que contiene: para él no hay estaciones del año más o menos propicias, ni horas intempestivas (...).

Nació (...) No se sabe dónde. Nació, sí, de la necesidad del hombre de manifestarse. Fue y es lo que ahora se llamaría un mensaje. Fue el primer mensaje. Quiso el hombre culto expresar sus ideas, y quiso mantenerlas presentes y actuales, y creó el libro, memoria del mundo civilizado, depósito del pensamiento culto. Así nació.

Pero ni siquiera fue bautizado. Parece en efecto que solo en 1476, hartos siglos después del nacimiento, apareció el primer libro con título a la moderna.

Pero las ideas debían ser un patrimonio social, digno de extenderse y generalizarse, y entonces ya no fue solo el autor quien hacía el libro, en sentido material, y lo conservaba, sino todos los que pudieran copiarlo.

Vinieron, pues, las copistas. Consta que en los primeros tiempos del libro no existió la propiedad literaria. Era tan difícil escribir y tan reducidos los medios materiales para hacerlo, que cualquiera que tuviese en sus manos un libro podía copiarlo y venderlo. Comercialmente el trabajo de copiar casi valía tanto como el de escribir. Y gran agradecimiento debería sentir el autor por el que lo copiara, porque esa apropiación era la manera de extender su mensaje. Aquello de *Es propiedad*, y *Queda hecho el depósito que manda la Ley*, es cosa nueva.

Se comprende que la difusión del libro era bien reducida y que su valor tenía que ser alto. No podía cumplir entonces su misión cultural. Tener un libro y leerlo era privilegio de castas económicas e intelectuales. ¿Cómo democratizarlo?

Se necesitó que pasaran los siglos y que viniera un hombre que inventara lo que habría de ser verdadero complemento del libro para que el libro fuera vasto elemento de cultura, para que llegara a todos y para que asegurara su permanencia. Este hombre genial fue Gutenberg.

Desde la invención de la imprenta, en efecto, comenzó el dominio del libro, que se difundió por todas las naciones y se puso al alcance de todas las manos. El gran invento fomentó la publicación y estimuló la lectura. Se multiplicaron los autores. Y si en los primeros tiempos se concibe que un hombre estudioso pudiera leer y hubiera leído todos los libros, así como de Erasmo se dijo que había acumulado todos los conocimientos de su tiempo, ya a partir del renacimiento esa lectura era imposible.

Y el libro se perfeccionó, editorialmente, porque la profesión de impresor cobró categoría. Famoso fue Cristóbal Plantin, en Amberes, quien fue favorecido por Felipe II. Famosa hácese también en Holanda la familia de los Elzevirios. Y una de las glorias de la librería española es don Vicente Salvá.

El libro cambia de formato para hacer más fácil y agradable su lectura. Y se embellece. Comienza esa labor artística con toscos grabados en madera que se perfeccionan en el siglo XVI con Alberto Durero. Y como si fuera poco, Holbeín y Tiziano le dan brillo al grabado y en época más reciente Gustavó Doré, cuyos admirables dibujos hemos podido todos ver y admirar.

Ya por esas épocas el libro influye, decide y manda. Tanto, que se ha podido decir que la sociedad democrática es hija del libro. Como del libro es hija también la sociedad comunista. Es porque, según Ortega y Gasset, hacia mediados del siglo pasado se hace de la cultura una *regione di stato*. *El estado oficializa las ciencias y las letras. Reconoce el libro como función pública y esencial organismo político.*

Y el libro crece y se multiplica en tal forma, que el mismo escritor, a quien habré de citar nuevamente, empieza a incomodarse: *La cultura —dice— que había libertado al hombre de la selva primigenia, le arroja de nuevo en la selva de libros no menos inextricable y ahogadora.* Y hablando también del fenómeno Dwight mac Donald, en su ensayo *Mass Culture*, estima que en la vida cultural de nuestro tiempo se presenta una como Ley de Gresham: la producción masiva de libros produce una desvalorización.

¿Cuál es su porvenir? ¿Seguirán los libros aumentando y, sobre todo, conservará el libro su prestigio, su influencia, esa influencia que hace revoluciones y derriba gobiernos, y ese prestigio que hace que el libro simbolice naciones, como se ha dicho: a los árabes el Corán, a los chinos el King, a los griegos la Ilíada y la Odisea, a los persas el Zend Avesta, a los judíos el Talmud, a los escandinavos los Eddas, a Roma el Derecho y a España el Quijote?

Prestigio, en fin, que hizo nacer la bibliomanía y la bibliolatría y que ha hecho mártires y delincuentes.

Los progresos de la técnica han sido antevistos y casi profetizados por distintos escritores como Verne y Weiss. Aviones, submarinos, vehículos automotores, cohetes, viajes espaciales, todo fue adivinado. Pero en el orden de la cultura no ha sido así. En ese campo casi no ha habido visionarios ni profetas. Paréceme que la dificultad estriba en que antever es casi crear. ¿Quién, por ejemplo, pudo indicar que algún día pudiera existir estas computadoras, estos cerebros electrónicos que ahora simplifican el trabajo, y le ahorran al hombre el esfuerzo de calcular?

Solo en una novela de Hugo Wast, juzgaba de muy diversa manera, hay un asomo de predicción en el campo de la cultura. Por cierto que, de cumplirse, sería para retroceder, muy al contrario de lo que supone en el

terreno de la técnica: ¿Quién duda, en efecto, de los progresos futuros de la técnica? En cambio, en lo que toca con la parte moral y cultural del hombre, los presagios son siempre pesimistas.

Pues bien, Wast presenta la escena de cuatro personajes jóvenes que buscan descender de la azotea de un edificio, a la que han llegado por aire, y que encuentran un cartel indicativo que es preciso leer. Uno de ellos dice:

Me parece que aquí nos indican el camino. ¿Alguno de ustedes sabe leer?

¿Por quién nos tomas? –responde otro– ¿Tenemos cara de sirvientes?

El autor supone que para el año 2000 la gente más civilizada ya no sabe leer porque no le hace falta.

El cinematógrafo hablado y los radioteléfonos de bolsillo había reemplazado totalmente los libros y hasta las revistas de crímenes y chistes, postrer refugio de la imprenta (...)

La vida había perdido su hondura.

Se vivía a lo largo de los días, a lo ancho de los placeres o de las pasiones: pero nadie gustaba de quedarse a solas con su pensamiento, ni con su corazón, ni menos con su conciencia.

La primera víctima de aquella mutilación de la vida fue el arte.

La técnica industrial progresaba ciertamente, porque la codicia de lucro estimulaba el ingenio de los inventores.

Pero como el arte o la ciencia pura no son fuentes de ganancia, se iban quedando si devotos.

Se perdió totalmente el gusto por la investigación desinteresada. Había tantas enciclopedias y cuadros sinópticos y diccionarios de fórmulas y recetas, que no valía la pena descubrirlas por cuenta propia.

El desmesurado progreso de la pedagogía, que había hecho demasiado fácil el allegar noticias, ya que no conocimientos, mató la vocación investigadora y acabó con la ciencia y el arte, que imponen sacrificios.

Llegado el caso de necesitar algo de eso, bastaba conectar una de las mil oficinas de información y pedírselo. Algunos pobres diablos, especie de tarados, maniáticos del estudio, todavía parecían capaces de hojear un libro, y ellos eran los que se encargaban de evacuar las consultas, provocando, no la admiración de los que se benefician con su ciencia o su trabajo, sino su lástima. Que hubiera gentes tan infelices que gastaran su vida hojeando papelotes (...) Pero ya eran pocas, y pronto no habría nadie en el mundo apto para leer un libro o tocar un piano o un violín, o manejar una pluma o un pincel.

Bastó una generación de asombrosa técnica para acabar con diarios, libros, bibliotecas e imprentas.

Si recibían una carta manuscrita o a maquina, y tenían curiosidad de enterarse de ella, se la hacían leer por un criado. En caso de apuro, cuando no tenían el criado cerca, pedían por teléfono el auxilio de un lector, a una compañía, como se pide un mecánico o una ayuda al Automóvil Club, si se pincha una goma.

Hasta aquí la desolada visión futurista. ¿Absurdo y extravagante? Tal vez. Pero inquietante.

El hecho es que si ahora se publican más libros, muchos más, y se venden por millones, la gente los busca ligeros e intrascendentes. Son los libros de aventuras, las novelas policíacas, las de amores fáciles de los que más se leen, como en un proceso de tránsito hacia la eliminación total del libro de fondo. Se explica así también la afición por las revistas de síntesis y selecciones y su difusión extraordinaria, como manera de satisfacer aún la necesidad de leer de las clases cultivadas pero carentes de tiempo y perezosas para leer libros profundos, cuando las llaman imperiosamente medios fáciles y agradables, como el cine y la televisión en que ellas creen encontrar una manera de cultivarse o cuando menos informarse.

Ni es impertinente pensar que esta transformación que estamos viendo de los mejores libros –novelas y biografías– en películas, obedece al mismo proceso de abandono del libro. Ello, naturalmente, con pérdida de la emoción estética de la prosa. El libreto va adquiriendo así mayor importancia. Resulta entonces que el autor del gran libro viene trabajando, si bien para algunos pocos lectores de las clases cultivadas, con mayor provecho para los libretistas del cine, la radio y la televisión.

¿No es cierto, entonces, que el libro está amenazado y que, si consideramos los que más se leen, que está enfermo?

Parece extraño, y lo es, que el novelista que anuncia la muerte del libro porque enciclopedias y diccionarios de fórmulas, recetas y cuadros sinópticos lo hacen innecesario para la gente supercivilizada del 2000, coincida con el filósofo –menciono otra vez a Ortega– quien al hablar de la abundancia de libros en su selva inextricable pide que nos abramos camino en ella, o que nos lo abran los bibliotecarios, para quienes habla, seleccionando, condensando, clasificando. Tal es la alta misión que el gran pensador les asigna: reunir para el científico lo que le evite leer muchos libros. Culminar lo que hace tiempo empezó con la catalogación.

Pero no para en esto, que podría ser en cierto modo lo constructivo, sino que enuncia una herejía a la luz de las libertades humanas. Porque hablando de la *Abundancia e inutilidad de muchos libros* les dice a los bibliotecarios: *¿Es demasiado utópico imaginar que en un futuro nada lejano será vuestra profesión encargada por la sociedad de regular la producción del libro a fin de evitar que se publiquen los innecesarios, y que, en cambio, no falten los que el sistema de problemas vivos en cada época reclaman?*

Como veis, algo así como la limitación de la natalidad, la selección racial, o la degollación de los inocentes.

No nos quede duda, entonces, de que el libro está amenazado, que está enfermo, aunque su muerte no la veamos nosotros. Y démonos de esto último por bien servidos.

Lo cierto es que revistas, cine, radio y televisión le van quitando cada día terreno a la lectura y que para el libro se van encontrando sucedáneos. Bien puede ser porque la vida más agitada de los tiempos que corren no permite leer ni concentrarse, o porque la civilización, con sus extraordinarios progresos, va haciendo a los hombres más livianos de alma, o porque, querámoslo o no, los adelantos técnicos hacen innecesario el libro.

Ese día puede llegar, en que leer un buen libro, un libro como nosotros lo entendemos, ya no se haga. Quizás el libro de entonces sea una cinta magnetofónica, o un disco, o un microfilme o una pantalla de televisión.

Y nosotros les daremos lástima a los lectores del libro futuro, tan ligero, tan moderno, tan fácil, tan técnico. Y nos dirán con el poeta: *Siquiera se murieron los abuelos.*

Ello puede ser.

Entonces no habrá quien sienta ese placer táctil, casi sensual, de acariciar un libro empastado en suave piel.

Entonces no habrá quién experimente la emoción estética de repetir un párrafo de noble prosa y descubrir en el estilo la inefable música de las palabras.

No escogerán entonces los pintores, en los retratos, el libro como símbolo ornamental del hombre de pensamiento.

Y entonces no empezará don Juan Donoso Cortés, en ocasión solemne como esta, su discurso sobre el libro de los libros, con aquellas majestuosas palabras: *Hay un libro, tesoro de un pueblo (...) a donde han ido a beber su divina inspiración todos los grandes poetas de las regiones occidentales del mundo. Ese libro es la Biblia.*

Es que, entonces, el libro ha muerto.

23 de abril de 1964.

VI

Gramática, legislación y economía

Esteban Jaramillo

Nada es tan esencial e importante como el perfecto conocimiento y el empleo correcto del lenguaje en todos aquellos que, investidos del augusto mandato que da la soberanía, dictan leyes a los pueblos o decretos y disposiciones con fuerza de leyes. Porque las órdenes o prohibiciones de esas leyes van envueltos los más caros intereses de los asociados: la vida y la libertad, la honra y la fortuna, la organización de la familia y la paz doméstica, los derechos de la esposa y las prerrogativas de los hijos, la situación de los obreros y la seguridad de los empresarios, el orden social y la estabilidad política, los derechos de la cultura y los fueros de la conciencia religiosa; y como esas órdenes y prohibiciones deben ser conocidas y entendidas correctamente por gentes de todas las clases y posiciones de la sociedad, desde los más sabios y prudentes, hasta los más ignorantes y menesterosos, la lengua nacional, la que todos deben conocer, ha de campear en esos textos con limpieza, claridad, exactitud y corrección nunca exageradas, para que todos los entiendan y obedezcan.

Esteban Jaramillo

VI

Gramática, legislación y economía

Esteban Jaramillo

Señores académicos: ¿Habéis observado vosotros, por fortuna, que la vida, esta amante caprichosa y mudable, suele otorgar con mano larga favores que no se le han pedido y rehusar obstinadamente aquellos que son objeto de nuestros mayores anhelos? Se ambiciona la gloria y no se alcanza, pero en cambio, un inesperado golpe de la suerte nos brinda la riqueza con que no habíamos soñado; se suspira por la vida tranquila y reposada, *lejos del mundanal ruido*, en la paz de un hogar iluminado y calentado por la llama de los puros afectos, y un encadenamiento fortuito de sucesos y circunstancias nos envuelve en el torbellino ruidoso de la vida social, de la política y de los negocios, que solo nos suelta, fatigados y maltrechos, en las puertas de la eternidad.

Nunca fueron las palmas académicas objeto predilecto de mis juveniles ambiciones; y sin embargo vuestra infinita bondad me las ha otorgado. Más no vayáis a creer ni por un momento que en mi ánimo obrasen, para no aspirar a esta distinción, motivos de apatía o de desdén por la Academia, como los que suelen expresar, antes de que ingresen a ella, algunos hombres de pensamiento cuya sinceridad a este respecto me ha inspirado siempre una duda invencible. Para mí la Academia era un alto honor que no creía haber merecido por mis esfuerzos y actuaciones a favor del progreso cultural y espiritual de Colombia. La Academia era una culminación, la última consagración de una vida meritoria, y yo no me creía llegado a esa cima, que varones mucho más eminentes no han alcanzado. La Academia era además el reposo casi estático, la tranquilidad bien merecida, cierta inacción plácida y benévola, a que dan derecho los años y la ciencia, y yo deseaba el movimiento y la lucha, la acción constante sobre las realidades de la vida nacional, el esfuerzo fecundo que se traduce en un acto de gobierno, en un estatuto legal, en una obra docente, en una institución de bien público que surge de la nada, en una vía de progreso a través de la selva, en un puente tendido sobre el abismo, en un mandamiento de autoridad soberana impregnado de justicia social y de equidad económica. Era una aspiración. ¿La habré logrado? Quién

sabe. *Componemos cantos –dice Flaubert- para conmover las estrellas, y nos resulta música para hacer bailar los osos.*

Pero si aquella aspiración suprema de mi vida no logró realizarse completamente, en cambio acabo de ver colmado por obra de vuestra noble gentileza, otro deseo que sólo en sueños pude haber acariciado: el de sentarme, honrosa y gratamente acompañado de vosotros, en el muelle sillón de los inmortales. Véome, sin saber cómo, en este hogar de la cultura, donde año tras año, como en los pueblos de la más remota antigüedad, mantienen y conservan el fuego sagrado del espíritu preclaros varones, focos luminosos del pensamiento y de la ciencia, que dominan las ideas y regentan el arte sublime que las viste de formas bellas y atrayentes. Véome inesperadamente en esta casa, donde aún resuena la palabra diserta y elocuente de los grandes muertos: José Manuel Marroquín, Miguel Antonio Caro, Felipe Zapata, Rufino José Cuervo, Rafael Pombo, Diego Rafael de Guzmán, Carlos Martínez Silva, Marco Fidel Suárez, Rafael María Carrasquilla y tantos otros. Ya en la tarde de mi vida, y antes de que llegue para mi el gran silencio, acójome pues a la tranquila, amable y discreta hospitalidad de la Academia, a la que pudiera decir, como dijo Víctor Hugo al amor en el más sentido y sincero, y por lo mismo el más hermoso, de sus cantos poéticos, *La tristeza de Olimpo: Jeune homme, on te maudit; on t'adore, vieillard; joven, se te maldice; anciano, se te adora.*

Si alguna vez he podido lamentar mi imperfecta posesión de los inagotables tesoros de la lengua de Cervantes, es ahora, cuando quisiera expresar en forma elocuente y proporcionada al beneficio recibido, toda la gratitud que embarga mi espíritu por el señalado honor que este cuerpo, por mil títulos ilustre, ha querido discernirme llamándome a su seno; gratitud que sube de punto cuando pienso en la pobreza de mis merecimientos, en las excelsas cualidades de quienes me brindan ese honor, y en la gentil espontaneidad con que han querido escoger mi nombre en la larga lista de los que con mejores títulos y más limpias ejecutorias pueden ambicionar el honor de perteneceros, que es la suprema aspiración de un escritor colombiano.

No vengo, como ocurre casi siempre, a ocupar una silla que la muerte ha dejado vacante, porque en vuestra sabiduría habéis querido aumentar el número de miembros activos de la Academia con el nombre de este devoto servidor vuestro. Tócome pues el privilegio, si así puede llamarse, de empezar la historia de un nuevo sillón en este hogar de la cultura. Quiera Dios que esa historia, por obra de los que me suceden, sea

tan nutrida y brillante como la de los puestos que ya han ilustrado y están ilustrando varones de singular prestancia.

La falta de un antecesor en este puesto, si bien me quita el temor de restarle lustre y renombre, me aumenta la dificultad para salir medianamente airoso en la composición de este discurso. El panegírico del antecesor ofrece siempre a este género de oraciones la ventaja inmensa del tema concreto de un estudio humano, el análisis de una vida y de una obra, algo de contornos muy limitados, que encierra y circunscribe el pensamiento, impidiéndole que se aventure demasiado en los campos de la divagación y la fantasía, que con tanta frecuencia visitan los escritores tropicales. Y al mismo tiempo, por lo demarcado y estricto del cuadro, nos libra de la poderosa tentación del plagio, que en esta clase de empresas literarias, en que se ponen a prueba el talento y la ciencia del escritor, nos lleva a buscar en el cercado ajeno frutos sazonados, dulces y jugosos, para ofrecerlos a los oyentes y lectores, en cambio de los insípidos y desmedrados de nuestro propio huerto. Ese plagio tentador no tiene siempre su origen en un sentimiento de vanidad, que nos mueve a engalanarnos con ajenos y vistosos plumajes, sino que es a veces una obra misericordiosa para los que se ven en la ineludible necesidad de leernos o escucharnos. ¡Cuántas veces no hubiéramos deseado que ciertos poetas y prosadores nos librasen del suplicio de sus propias producciones, dándonos en cambio, aunque sea sin comillas, algo de lo mucho que han escrito en todas las lenguas los rectores del pensamiento y los maestros de la belleza literaria!

Habéis tenido en cuenta, sin duda, al llamarme a formar parte de vuestro sabio instituto, fuera de mis esporádicas incursiones por los campos de la oratoria y la literatura, mis funciones de profesor de ciertas disciplinas científicas y mi larga consagración a la jurisprudencia y a las ciencias políticas, sociales y económicas. Y probablemente os han estimulado en ese para mi honrosísimo empeño, mis esfuerzos por llevar a la expresión de las ideas en los vastos dominios de esas ciencias, un lenguaje claro, sencillo, correcto y sin rebuscamientos, que atenúe la natural aridez de esos estudios y los haga inteligibles al común de las gentes. Habéis comprendido que es esta una labor digna de estímulo y absolutamente necesaria, por tratarse de unas disciplinas que no están llamadas, como la filosofía y la literatura, a obrar únicamente sobre el pensamiento y la imaginación, sino que se encaminan de manera directa a influir sobre la vida política y social de los pueblos, determinando sus formas de gobierno, modelando sus leyes, informando su administración de justicia, fomentando la equitativa distribución de la riqueza, estimulando industrias, dándole alas al comercio, moralizando

el crédito, impulsando el progreso en todas sus formas y asegurándole al trabajo humano una recompensa equitativa, que lo torne de maldición bíblica en bendición alentadora y fecunda. ¿Y cómo pueden alcanzar aquellos estudios su benéfico influjo, si se les presentan a los pueblos, no bajo formas gramaticales e idiomáticas inteligibles, claras, sencillas y hasta donde sea posible amenas, sino en lenguaje oscuro, de sintaxis enrevesada, con palabras técnicas incomprensibles, y con neologismos bárbaros y confusos?

Quizás no sea aventurado decir que lo que se ha llamado impropriamente *legalismo* entre nosotros, para expresar el prestigio de que ha gozado la legalidad en Colombia durante la vida de la república, obedece en mucho a la buena gramática en que está escrita la mayor parte de nuestros estatutos y códigos legales, cualidad que los ha hecho penetrar y arraigarse sin esfuerzo en las inteligencias y los ha librado de correr los azares de la casuística, a que con tanto frecuencia se prestan los textos legales incorrectos y oscuros. No se rinde homenaje de adhesión y respeto a un estatuto que, por su mala forma gramatical, puede interpretarse de distintas maneras y producir en la práctica efectos contradictorios, un estatuto sobre el cual puedan ejercitar su espíritu de litigio y trapisonda los *buitres togados*, que tanto abundan en todos los países, y para los cuales ha adoptado la sabiduría anglosajona, como defensas, o alambrados para cerrarles el paso, aquellas formas de redacción en las leyes y contratos, de abundante fraseología, de sinónimos sin cuento, acabados modelos de casuística, de mallas apretadas, que no dan entrada a la hermenéutica sutil y avisada de los juristas discutidores.

Y tampoco es aventurado decir que aquellas cualidades de nuestras leyes, que no son de simple forma, sino que se van al fondo de los conceptos y mandatos, obedecen a que en Colombia muchos, muchísimos de nuestros hombres públicos que han intervenido en modelar la estructura constitucional y legal del país, han sido y son hombres de letras, versados en la ciencia del lenguaje, y que poseen, como alguna vez se dijo en frase gráfica, la primera condición que debe tener un hombre público en Colombia: saber manejar el gerundio. Desde los tiempos de Camilo Torres, faro luminoso en la vida de la república, nuestros grandes políticos han sido con frecuencia eminentes literatos. El Libertador lo fue en grado sumo, el Hombre de las Leyes poseía una vasta cultura literaria, Nariño y Sucre no le iban en zaga, y después, citando nombres al azar, Castillo y Rada, Joaquín Posada, Vergara y Vergara, Ezequiel Rojas, José María Rojas Garrido, Manuel Murillo Toro, Rafael Núñez, Salvador Camacho Roldán,

Tomás Cipriano de Mosquera, José Manuel Marroquín, Mariano Ospina, Miguel Antonio Caro, Julio Arboleda, Marco Fidel Suárez, Carlos Holguín y Caro, Enrique Olaya Herrera y muchos otros con cuyos nombres se haría esta lista interminable, fueron hombres de letras más o menos eminentes. Las disciplinas literarias han sido patrimonio de la élite colombiana, y puede decirse, repitiendo una frase de Flaubert, que entre nosotros *todo notario lleva dentro de sí los despojos de un poeta*.

De las plumas de aquellos ilustres publicistas han surgido memorables documentos de estado, piezas jurídicas de indiscutible mérito, estatutos legales y constitucionales de excelente fondo y de formas impecables, y algunos de ellos, sobre todo Miguel Antonio Caro, han dejado trabajos literarios en prosa y en verso que harían honor a la literatura de cualquier país mucho más avanzado que el nuestro. Pensadores profundos y consumados artistas de la palabra, han legado a sus sucesores en la rectoría espiritual del país un abundante caudal de ciencia jurídica y legislativa, cuya benéfica influencia se siente cada día en la conformación democrática, cultural y republicana de Colombia.

Nuestro código civil es un monumento imperecedero de aquella gran literatura jurídica y legislativa, como obra que es, en su casi totalidad, de don Andrés Bello, sin disputa el mayor genio literario de América. ¡Qué claridad, qué concisión, qué precisión, qué acierto en el difícil arte de las definiciones, qué empleo más exacto y tinoso de los términos, qué sujeción maravillosa a las reglas del método y del orden en la composición de las materias y en el desarrollo de la doctrina! Y al mismo tiempo, ¡qué abundante y nutrido acervo de ciencia jurídica, sacado de las mejores fuentes de nuestro derecho, desde la más antigua legislación romana hasta el código famoso que perpetuará la gloria de Napoleón, aún después que los hombre hayan olvidado al gran capitán de la epopeya guerrera! Porque si Andrés Bello era un virtuoso del arte literario, pocos rivalizan con él en la ciencia del derecho.

Y es que no basta saber escribir: es preciso ante todo saber pensar. No hay obra literaria que perdure, por hermosa y seductora que sea su vestidura exterior, si de ella no irradian las ideas que le dan vida, color y sentido al arte de la palabra. Y las ideas no se improvisan, como se puede improvisar la forma literaria de ellas. Los repentistas de la tribuna pública, que sin ideas preconcebidas improvisan discursos, sólo pueden ejercitar aquel género de oratoria que consiste en decir sandeces o cosas insignificantes en términos violentos. En cambio, dadme las ideas bien definidas, arraigadas y ordenadas en la inteligencia, y soltadles en

seguida la rienda al sujeto, al verbo y al atributo, que ellos sabrán, en el calor de la improvisación que obedezca a una convicción profunda, sacar airoso al orador cuando éste posee una verdadera cultura literaria. Por eso resultan siempre pésimos legisladores aquellos palabreros atiborrados de términos altisonante, ayunos de licencia y escasos de talento, que han logrado alcanzar una posición política diciendo cosas sin sentido en las reuniones populares y escribiendo en la prensa periódica lugares comunes bajo títulos llamativos.

Pero empiezo a desviarme de mi tema, y vuelvo a él como el zapatero a sus zapatos. Ese tema es: el lenguaje en la legislación y en las ciencias políticas y económicas.

Hay en Colombia un modelo acabado de correcto lenguaje castellano en la constitución política de la república, expedida en 1886 por el consejo nacional de delegatarios, y en las leyes complementarias de ese estatuto dictadas por sus mismos autores. Tuvieron ellos el señalado privilegio de contar en su seno, como delegatario de Panamá, al maestro de los maestros en cuestiones de idioma, al gran pensador y poeta esclarecido, Miguel Antonio Caro, quien a sus dotes excelsas de consumado artista de la palabra, sumaba un caudal inmenso de ciencia política, jurídica y filosófica, y un conocimiento profundo de los problemas nacionales. Una gran parte de la estructura interna de aquella constitución y aquellas leyes fue obra de su luminoso cerebro, y obra suya fue también, con pocas excepciones, la forma literaria de tales estatutos, que vaciaron en moldes nuevos la sustancia informe y caótica de la organización política de Colombia. Obra inmensa, de proyecciones incalculables en la vida política del país, que ha resistido en su fondo y en su forma los embates de la crítica por más de media centuria, y que sigue, y Dios mediante, seguirá siendo en sus principios y bases fundamentales, el alma jurídica y filosófica de nuestra democracia, el punto de apoyo de nuestras libertades y la piedra angular de nuestro progreso espiritual y económico. Obra previsoras y armoniosas que supo conciliar los fueros de la libertad y la conciencia humana con el respeto a la autoridad y las necesarias exigencias del orden público. Obra de sabia y prudente unificación política que acertó a dar la fórmula que, sin entorpecer el progreso de las secciones, les diera a los poderes centrales del gobierno facultades y autonomía bastantes para uniformar la legislación, prevenir la anarquía y salvaguardar el orden social de la república.

El temor de fatigar vuestra atención y de aumentar la aridez y monotonía de este discurso, no me permite presentaros numerosos ejemplos de aquellos pasajes en que la frase, por su precisión y corrección, penetró

en el hondo sentido jurídico o político de los preceptos constitucionales y legales a que vengo refiriéndome. Por otra parte, la mayoría de los académicos ha estudiado esos textos, y con mucho mayor autoridad que yo, puede juzgar de su mérito a la luz de los principios fundamentales de la ciencia del lenguaje, aplicables a la preparación de las leyes.

No fueron siempre igualmente felices los legisladores que se ocuparon repetidas veces en introducirse reformas a la primitiva constitución del 86. La más extensa y trascendental de esas reformas fue la contenida en el acto legislativo número uno de 5 de agosto de 1936, que, sin afectar las bases fundamentales de la organización política del país, introdujo oportunidad y sabiduría en cuanto a su fondo no es mi ánimo ocuparme en esta disertación, de carácter ante todo lingüístico. Por este aspecto de la ciencia del lenguaje, sí me permite, con perdón de los ilustres legisladores que inspiraron, redactaron y decretaron la reforma, hacer notar algunos ejemplos de expresiones y giros poco felices en el texto de ella.

La constitución del 86 dijo: *La soberanía reside esencial y exclusivamente en la nación, y de ella emanan los poderes públicos, que esta constitución establece.* La reforma cambió los términos *poderes públicos* por *órganos del poder público*, con lo cual quedó diciendo el artículo copiado: *La soberanía reside en la nación, y de ella emanan los órganos del poder público.* Los estudiantes de derecho saben que esta redacción es incorrecta, pues no son los órganos del poder, sino el poder mismo, el que emana de la soberanía; es el poder de dictar leyes, es el poder de ejecutarlas, es el poder de aplicarlas, lo que constituye una emanación de la soberanía nacional; no el funcionario o funcionarios que ejercen esos poderes. Igual incorrección se advierte en el cambio que se introdujo al artículo de la constitución que dijo: *Los poderes públicos son limitados*, por la frase *Los órganos del poder público son limitados*. Lo limitado no son los órganos del poder; lo limitado es el poder mismo. Habría sido menos impropio decir: los órganos del poder público son limitados en sus facultades y atribuciones. Este cambio de *poderes públicos* por *órganos del poder público*, que no encuentro en los textos constitucionales ni en el lenguaje corriente de juristas y legisladores en naciones extranjeras, constituye una innovación, a mí juicio poco feliz, traída de teorías científicas más o menos discutibles y que aún no han obtenido carta de ciudadanía en los estatutos de los países más adelantados en la ciencia de las leyes.

Dijo la reforma en el título *Los derechos civiles y garantías sociales*, lo siguiente: *La propiedad es una función social que implica obligaciones.* Error de pensamiento y de dicción, que parece, por lo craso, un error de

amanuense. La propiedad puede tener, desempeñar, cumplir o ejercer una función social, pero no es por sí misma una función social. La función es el ejercicio de un órgano, la acción y ejercicio de un empleo, facultad u oficio. La propiedad es un derecho individual que tiene y debe tener fines sociales. La función es un acto, la propiedad es un hecho y un derecho. Por lo demás, prescindiendo del error gramatical, sin darle el alcance de error ideológico, que no cabe, para este caso, en la mente del legislador, la tesis constitucional es inobjetable. La propiedad ha dejado de ser un derecho absoluto, incondicional e ilimitado, el *jus fruendi, utendi et abutendi* de las antiguas legislaciones, para convertirse en un derecho individual, sujeto a restricciones y límites, marcados por exigencias evidentes de bienestar y progreso sociales, de paz y armonía económica, de equitativa distribución en el peso de la carga que la humanidad soporta a lo largo de la jornada terrestre.

En el mismo título III, el constituyente del 36 autorizó la *intervención del estado en la explotación de industrias o empresas privadas, con el fin de racionalizar la producción, distribución y consumo de las riquezas o de dar al trabajador la justa protección a que tiene derecho*. ¿Pero qué entendió por *racionalizar* los factores económicos de la producción, distribución y consumo de la riqueza, el constituyente que introdujo ese neologismo en un texto de tan vastos alcances como puede tener este sobre la intervención del estado? En ninguna parte dio esa definición indispensable. Pero hay más, en ningún léxico autorizado existe la definición de ese término, en forma que pueda aplicarse a todos y cada uno de los factores esenciales de la riqueza, desde que sale de la tierra o de la fábrica, hasta que se da el consumo en los mercados. ¿Y quién no ve que, en un futuro más o menos lejano, esa palabra *racionalizar*, que expresa el fin primordial y la manera *sine qua non* para que la intervención del estado en las industrias pueda realizarse, dará lugar a graves diferencias de interpretación y a serias ostentaciones sobre la constitucionalidad de preceptos legales que autoricen aquella intervención que cuerda y tinosamente realizada puede ser fuente de progreso y equilibrio económico, y mal pergeñada puede causar grandes disturbios, trastornos y quebrantos a la misma economía que se quiere defender? La palabra *racionalizar*, traducida literalmente del inglés y del francés (*rationalice, rationalicer*) se ha empleado únicamente para expresar un sistema de organización del trabajo que tiende a hacerlo más eficiente y económico, y a evitar el inútil desgaste de energías humanas en la producción y transformación de la riqueza. Por eso se ha hablado solamente de *racionalización del trabajo*. Pero en ninguna parte, que yo

sepa, se ha hablado de racionalizar íntegramente y en todos sus aspectos la producción de la riqueza o la distribución y consumo de ella. Y entonces llegamos por fuerza a este dilema inevitable: o los constituyentes de 1936 no supieron a ciencia cierta el verdadero alcance de aquel neologismo ni lo que con su empleo se proponían, o sí lo supieron con entera precisión. En el primer caso, obraron desacertada e imprudentemente al hacer uso de un término de tanta vaguedad, que puede encerrar un gran peligro para el desarrollo industrial del país; y en el segundo caso, procedieron con poca cordura al no dejar consignado en alguna parte, sin lugar a duda, lo que ellos entendían por racionalizar la producción, la distribución o el consumo de la riqueza. Algún día el lenguaje puede volver por sus fueros e imponer una decisión judicial que declare imposible la intervención del estado, porque la disposición constitucional que quiso autorizarla, o dice demasiado, o no dice nada, lo que en síntesis es la misma cosa. Y basta ya de crítica al lenguaje castellano de los constituyentes del 36.

Nada es tan esencial e importante como el perfecto conocimiento y el empleo correcto del lenguaje en todos aquellos que, investidos del augusto mandato que da la soberanía, dictan leyes a los pueblos o decretos y disposiciones con fuerza de leyes. Porque las órdenes o prohibiciones de esas leyes van envueltos los más caros intereses de los asociados: la vida y la libertad, la honra y la fortuna, la organización de la familia y la paz doméstica, los derechos de la esposa y las prerrogativas de los hijos, la situación de los obreros y la seguridad de los empresarios, el orden social y la estabilidad política, los derechos de la cultura y los fueros de la conciencia religiosa; y como esas órdenes y prohibiciones deben ser conocidas y entendidas correctamente por gentes de todas las clases y posiciones de la sociedad, desde los más sabios y prudentes, hasta los más ignorantes y menesterosos, la lengua nacional, la que todos deben conocer, ha de campear en esos textos con limpieza, claridad, exactitud y corrección nunca exageradas, para que todos los entiendan y obedezcan.

No puedo prescindir, por enemigo que sea de largas citas de autores en piezas literarias como ésta, de recordaros lo que a este respecto dijo, hace más de un siglo y medio, aquel príncipe de las letras, orador,

poeta, literato, jurisconsulto, filósofo y economista, don Gaspar Melchor de Jovellanos:

Y si el magistrado necesita de un profundo conocimiento de nuestra lengua para entender las leyes, cuánto más le habrá menester para corregirlas o formarlas de nuevo, esto es, para ejercer la más noble y augusta de sus funciones. ¿Cómo responderá el príncipe cuando, honrándole con su confianza, le llame para asistirle en la formación de las leyes? Cuando le diga: Yo voy a hablar con mi pueblo y a darle documentos de paz y de justicia para que viva según ellos, ejercite las virtudes públicas y domésticas, y sea conducido a la abundancia y la felicidad. Tu, que debes ser el depositario y el órgano de ellos, sé también quien los forme y publique. Habla el sagrado idioma de la justicia, y explica sus preceptos en unas sentencias que no desdigan de su majestad y su importancia. Haz tú las leyes y yo les inspiraré con mi sanción la fuerza de ligar a tu voluntad los habitantes de dos mundos.

¡Que encargo tan augusto, pero qué encargo tan arduo y peligroso! Prescindamos por un momento de la materia de las leyes, y hablando solo de su forma, ¿quién es el hombre que pueda lisonjearse de que sabe hablar el idioma que les conviene; el idioma de estas leyes, que deben hablar con precisión y claridad a los que rodean el trono y a los que están escondidos en las cabañas; de estas leyes que deben ser entendidas del que ha consagrado toda su vida a la indagación de la sabiduría y del que apenas tiene otra idea que la de su existencia; de estas leyes, que deben servir de norte al navegante en los más remotos climas de la tierra, y de luz al labrador en el retiro de su alquería; de estas leyes, que según el oráculo de nuestro sabio legislador, deben explicar las cosas según son, en el verdadero entendimiento de ellas; que deben contener enseñanza e castigo escrito para que liguen e apremien la vida del hombre; que deben hablar en palabras llenas e paladinas, para que todo hombre las pueda entender e retener; que deben ser sin escatima e sin punto, porque no pueden del derecho sacar razón tortizera por mal entendimiento, ni mostrar la mentira por verdad, ni la verdad por mentira, que deben? (...) Pero acaso estoy abusando ya de la bondad de vuecelencia, a quien no puede esconderse ni la certeza ni la importancia de esta verdad (...) ¡Ojala que todos aquellos a quienes el legislador llame a su lado para formar las leyes, la tengan siempre ante sus ojos! ¡Ojalá que penetrados de su importancia, señalen en la distribución de sus tareas una buena parte al estudio de la lengua en que deben dictar a los pueblos los decretos del soberano.

Si en las ordenaciones de la potestad soberana que trazan las normas jurídicas de las relaciones entre los asociados, es tan conveniente y necesario el conocimiento del idioma por parte de los legisladores, no lo es menos en los llamados por sus funciones públicas o profesionales a ejecutar esas leyes, a aplicarlas como jueces o magistrados y a servirse de ellas como abogados para la defensa de los derechos e intereses confiados a su pericia y sabiduría. Y aquella ciencia, más difícil e intrincada de lo que vulgarmente se piensa, no debería concretarse tan solo al estudio de la lengua en su forma actual y corriente, según la gramática en uso, sino que debería también remontarse a sus orígenes más remotos para buscar en el griego, el latín y en la primitiva lengua castellana, las fuentes y la evolución de términos cuyo significado profundo solo puede conocerse buscando la etimología de vocablos susceptibles de diferentes acepciones. ¿Cómo se ensancha el radio de los conocimientos en esta rama del saber humano, cuando se penetra en el campo inmenso de la legislación romana, desde las leyes de las Doce Tablas, hasta la Instituta y la Pandectas, cuando se estudia la obra portentosa de ciencia jurídica de don Alfonso el Sabio en las leyes de Partida, y se conocen las luminosas interpretaciones que dieron a esos textos inmortales los grandes jurisconsultos de la época! ¡Qué caudal inmenso de erudición le procuran aquellos conocimientos al magistrado, para *dar y compartir a cada uno su derecho igualmente*, al gobernante para cumplir y hacer ejecutar en forma justa y equitativa los preceptos legales, y al abogado para llevar al foro nuevos conceptos y orientaciones nuevas, con sabiduría y elocuencia, a fin de armonizar en la interpretación de los pasajes legales, a veces deficientes y oscuros, el texto literal de esos pasajes con las normas eternas de justicia y con los principios fundamentales y humanos del derecho natural! ¡De cuánto servirán esos conocimientos a un jurista inteligente y de gran imaginación, para darle a la árida y escueta ciencia del derecho formas bellas y atractivas, que hagan de ella un arte en la más amplia, hermosa y seductora acepción de la palabra, ya que ese arte consiste en la belleza literaria puesta al servicio de la justicia!

Pasando ahora de la ciencia de las leyes a la ciencia de la economía y las finanzas, a lo que es lo mismo, a la ciencia de la riqueza, el conocimiento profundo del lenguaje que a estas disciplinas corresponde es asunto de extraordinario momento, por atañer ellas a intereses y derechos vitales de los asociados, sin distinción de edad, sexo, condición social o situación de fortuna. Sin incurrir en la teoría, demolida por la crítica, del materialismo histórico, es un hecho incontestable que el hombre, ha sido siempre un animal económico. Sus necesidades esenciales primero,

después sus gustos, ambiciones y concupiscencias, lo llevan a esforzarse por hallar los medios de satisfacer esas aspiraciones. Por eso produce, compra, vende, transforma la materia, lleva a remotos lugares los productos del suelo, los tesoros de las minas y las manufacturas de las fábricas, organiza empresas, funda bancos y casas de usura, combina negocios y se lanza, en alas de la especulación, a las más atrevidas y audaces corrientes de la veleidosa fortuna. Desde la cuna hasta el sepulcro, como fieles y constantes servidores de esta nuestra señora la necesidad, de que hablaba Cervantes, cuyos mandatos no podemos desobedecer sin peligro de la vida. A ella están subordinados desde los más humildes menesteres de la vivienda, el pan y la indumentaria campesina, hasta las más elevadas y nobles aspiraciones de orden espiritual, de cultura y de progreso, de beneficencia, y hasta de adoración al Ser supremo.

De la expansión inaudita de esas necesidades y del aumento incesante de los medios para satisfacerlas, por obra de este progreso cuantitativo y deslumbrante de las artes y las ciencias, han surgido esas dos divinidades paganas de los tiempos modernos: el placer y el dinero. Ellas rigen y gobiernan la vida en los países más avanzados del orbe, ellas han creado el progreso y multiplicado la riqueza, han fomentado el bienestar y han engendrado la miseria, han labrado la prosperidad de las naciones y las han llevado a la guerra, han elevado el nivel de vida de las clases sociales y las han lanzado unas contra otras en luchas terribles y sangrientas (...).

Y en este campo inmenso de batalla económica, las palabras, algunas palabras, han venido a tener una significación y un alcance cuasi místicos, por los sentimientos y pasiones que despierta la simple pronunciación de ellas. *Finanzas, trust, cartel, consorcio, control, sindicato, déficit, bolsa, balanza de pagos, intervención, valorización, devaluación, estabilización, dividendos, cotizaciones, divisas, cambios*, y muchas otras, son palabras que surgieron multitud de ideas favorables o adversas, en este tumulto de los fenómenos económicos, que se mezclan, se entrelazan, se influyen y se complementan, formando el numeroso enjambre de los factores grandes y pequeños, que contribuyen a formar la riqueza de los pueblos o a fomentar y precipitar su decadencia o su ruina. Mucho es que casi todas esas palabras se pronuncien y escriban en su integridad, sin que les haya llegado el turno de las abreviaturas, hijas de esta época, donde se dice *auto* por *automóvil*, *cine* por *cinematógrafo*, *bus* por *ómnibus*, *foto* por *fotografía*, etc., afán de brevedad y economía de sonidos que ha llegado hasta desfigurar y quitarles sonoridad y armonía a nombres de

importantes centros urbanos de Colombia, como Facatativa, que hoy se dice *Faca*, y Fusagasugá que se pronuncia *Fusa*.

Para usar con propiedad muchas de las palabras empleadas en las ciencias económicas y financieras, no basta ocurrir a los léxicos del lenguaje, sobre todo en castellano, debido al escaso vuelo que en España han alcanzado aquellas ciencias, en términos que muchísimos vocablos de ellas han sido importados del francés y del inglés, recibiendo unos la consagración de las academias y quedando otros sin más pasaporte que el que les ha dado el uso frecuente, en escritos y discursos de carácter económico y financiero. El correcto empleo de esos términos requiere con frecuencia estudios especiales en las obras de los tratadistas de la ciencia o una larga versación en el manejo de negocios y empresas. Muchos de esos términos tienen correctas etimologías, que los hacen aceptables, y esta circunstancia y la necesidad de su empleo, la universalidad de su uso y la dificultad de reemplazarlos, harán que la Academia Española los vaya incorporando paulatinamente en su diccionario, dándole definiciones conformes con el uso más general y correcto.

La palabra *finanzas*, de origen francés, la más usual y también la de mayor prestigio en esta rama de las ciencias políticas, no figura en el diccionario de la Academia, décima sexta edición, y solo aparece en el diccionario manual e ilustrado de la lengua española, con el asterisco que la señala como hija espuria del lenguaje, y con esta definición: *Galicismo por hacienda, negocios, banca, asuntos económicos*. Ahora bien: *finanzas* es eso, o más que eso, según el aspecto por donde el término se considere y el calificativo que se le aplique. Según el concepto de las autoridades en la materia, hay finanzas públicas y finanzas privadas; las primeras fijan reglas y normas y formulan principios para la constitución y la inversión de los caudales de las entidades de derecho público; y las segundas establecen las reglas a que deben ceñirse las empresas privadas industriales y bancarias para la constitución de sus capitales y el empleo de ellos. Las finanzas de la nación, como las de una empresa de tejidos, se califican según la relación que existe entre las entradas y los gastos. Se dice que hay *finanzas sanas* y *finanzas averiadas*. Las primeras son aquellas en que los ingresos alcanzan o superan el monto de los gastos; las segundas son las que muestran un déficit o diferencia entre los recursos y las erogaciones.

Muy fáciles de enunciar y muy sencillos en apariencia son estos principios, que la jerga económica suele expresar en forma complicada, oscura e incomprensible para el común de las gentes, como si la economía política fuera una ciencia esotérica, cuyos secretos solo pudieran penetrar los sacerdotes que tienen el envidiable privilegio de oficiarse en sus altares.

Pero si en verdad es cosa fácil traducir a la lengua castellana aquellos postulados, no es tan trivial y hacedero llevarlos a la práctica en el desarrollo de las actividades económicas, pues alrededor de ellos gira y se mueve todo el complicado mecanismo de la riqueza de las naciones. En este campo de las realizaciones positivas y fecundas, tienen la última palabra el genio, la inventiva, la imaginación y el realismo del verdadero hacendista, que sabe mantener, con medidas adecuadas, el ritmo acompasado y constante de los ingresos y proporcionar a ellos los gastos; crear recurso suficientes y no dejar que se enjuguen con expensas excesivas hasta producir el déficit; apelar al crédito prudentemente cuando se necesita, y poner de lado los fondos que demande el servicio de los empréstitos; cerrar los canales ocultos por donde se escapan los caudales de los asociados; en una palabra, mantener equilibrada, y si fuere posible; inclinada del lado de los ingresos, la delicada balanza que tiene en sus manos, cuyo desequilibrio acarrea el desorden y a veces la ruina de la gran empresa del estado y de las pequeñas empresas de los individuos.

Magna y difícil labor en la que se prueba el verdadero financista, labor penosa e impopular, que a veces requiere vocación de mártir, puesto que se vive entre dos fuegos, a cual más terrible y despiadado: el de los que deben pagar y el de los que se creen con derecho a gastar. Colocado así entre el contribuyente y el burócrata, la vida del gran financista no tiene nada envidiable. Si cumple con sus deberes, el prestigio político y la autoridad en su partido lo abandonan; si corteja la diosa inconstante y veleidosa de la popularidad, todo su imperio financiero se derrumba, como el de Marco Antonio en brazos de la encantadora reina de Egipto, que según Pascal, habría hecho cambiar la faz del mundo si su nariz hubiera sido más corta.

Por eso el hacendista verdadero casi nunca corona la altura de los puestos de mando en el gobierno de los pueblos; hace presidentes, pero nunca preside; consolida gobiernos, pero jamás gobierna; su gloria es opaca, la aureola de su nombre no es la brillante aureola del político y del guerrero; lo prosaico de su obra y los resentimientos que suscita a su paso, impiden que su fama se perpetúe en la memoria y en la imaginación de los pueblos, para quienes solo es verdadera gloria la que deslumbra y conmueve los espíritus. Y rara vez se paran mientes en lo azaroso y expuesto de su ardua tarea: una medida desacertada o imprudente, la incapacidad o la falta de lealtad de un subalterno, una repercusión imprevista de sus providencias, un desorden político, un conflicto internacional, una crisis en los negocios, un cambio desfavorable de las condiciones económicas o

financieras del país, pueden llevarlo al fracaso y cubrirlo para siempre de descrédito y desprestigio.

Más si el mar inmenso de las finanzas públicas está sembrado de escollos y peligros, no lo está menos el de las finanzas privadas. Aquí entran en juego factores distintos de los que obran en la hacienda de los estados, en la que rara vez tienen cabida el afán de lucro y la especulación, que son a menudo características de los negocios particulares. ¡Cuántas veces un juego de bolsa desgraciado, un abuso del crédito, un negocio mal prospectado, un accidente económico imprevisto, una combinación poco honorable, echa por tierra cuantiosas fortunas y empresas industriales que parecían de una solidez inmovible!

El término *financista* no existe en el diccionario de la lengua. Este trae en su reemplazo la palabra *financiero*, para designar la *persona versada en la teoría o en la práctica de la hacienda pública, de las cuestiones bancarias y bursátiles y de los grandes negocios mercantiles*, y el término *hacendista*, que la Academia define *hombre versado en la administración o en la doctrina de la hacienda pública*. Como se ve, el primero es el que reemplaza mejor el término *financista*, puesto que abarca tanto las finanzas públicas como las privadas. Pero en el lenguaje corriente rara vez se usa la palabra *financiero* para designar un individuo versado en aquellas materias, sino para calificar actos o situaciones de esa especie, como cuando se habla de la política financiera del gobierno, del estado financiero del país, del desastre financiero de una empresa o negocio.

En el lenguaje corriente, en la prensa, en los documentos oficiales, en los textos de economía, el hombre que sabe de estos asuntos es el *financista*, no tanto el maestro o profesor, cuando el ejecutor de actos financieros. Gran *financista* en el concepto general no es tanto el que expone y enseña teorías o doctrinas de la ciencia de las finanzas, sino el que maneja, dirige, combina y realiza operaciones financieras de carácter público o privado. Muy a menudo se le confunde con el hombre de negocios, y aún a veces con el negociante.

Mientras el éxito lo acompaña, una especie de aureola rodea en la opinión pública al gran *financista*: sus conceptos son oráculos, sus decisiones son dogmas infalibles, su técnica es algo misterioso, oculto e impenetrable, sus combinaciones y sus números tienen la precisión y exactitud de los cálculos matemáticos; a él acuden cuantos tienen entre manos negocios difíciles y complicados; él maneja la varilla mágica que hace brotar millones, surgir de la nada empresas florecientes y trocar en riqueza y bienestar la penuria y la bancarrota.

De igual prestigio suele gozar, mientras se va a la cárcel o se suicida, otro tipo de financista, que es el que más obra sobre la imaginación de los pueblos, amantes de lo dramático y maravilloso, sobre todo cuando salva los lindes de la moral común o de las leyes penales. Ese financista no sabe nada o sabe muy poco de finanzas, pero sí es experto consumado en el enredo, la maquinación y la intriga. Gran sicólogo, conoce y explota las debilidades humanas y las humanas concupiscencias; el sabe a quiénes tienta Mammón, a cuáles seduce Venus, quiénes ofician en los altares de Baco, quiénes ambicionan las altas posiciones políticas, y a cada uno va ofreciendo el alimento que puede satisfacer sus apetitos. Penetra en las redacciones de los grandes diarios, se insinúa en los consejos de gobierno, tiene influencias en las directivas de los bancos, domina a los fuertes accionistas de las empresas y se introduce en las comisiones parlamentarias cuando quiera que sus intereses exigen intervenciones oportunas y eficaces de los que influyen en la política, en la opinión pública y en los negocios. Para él no tienen secretos la vida doméstica, la vida social ni la vida política. El es el promotor de empresas ficticias, el autor de los grandes golpes de bolsa, el proveedor de los gobiernos, el alimentador del lujo y de las liviandades en el mundo social y político que se le entrega. Ese tipo de financista, asombrosamente pintado en la *Comedia humana* por el genio incomparable de Balzac, es fruto demasiado maduro de civilizaciones refinadas y decadentes. Dios libre a Colombia de llegar algún día a producir esa planta venenosa, que ha inficionado el aire político y social de otros pueblos, hasta convertirlos en fácil presa de conquistadores audaces.

El verbo *financiar* lo ignora la Academia, y sin embargo es uno de los más en boga, y significa allegar recurso, casi siempre a crédito, para negocios y empresas de todo género, aún las de índole familiar y privada: financiar un ferrocarril, financiar una fábrica, financiar un matrimonio. Es una operación que demanda excepcional habilidad y dotes especiales, y en la que a veces suelen traspasarse los linderos, no siempre muy estrechos, de la ética comercial. El que logra acreditarse como experto y honorable *financiador* de negocios, es un valioso auxiliar en la economía de los pueblos.

Tampoco ha querido darle la Academia título de legitimidad a la palabra *control*. Figura en el manual del diccionario con el asterisco de ilegitimidad y con la definición de *galicismo por comprobación, inspección, intervención, registro*. Igual cosa sucede con el infinitivo *contralor*. En el lenguaje corriente económico, administrativo y financiero, la palabra

control es una de las más usadas bajo diversas acepciones, y ha penetrado ya a otros campos, como el de la psicología, cuando decimos *control de sí mismo*, *sin control de las pasiones*, *de la lengua o de los instintos*, *aspiraciones sin control*, equivale a freno o dominio. En economía y en finanzas las aplicaciones de esa palabra son muy variadas. En el manejo de la hacienda significa fiscalización, examen y revisión de las cuentas, vigilancia preventiva sobre los recaudadores y pagadores, intervención directa en la ejecución del presupuesto, registro y autorización de las órdenes a cargo de la tesorería y cooperación en los empréstitos. Esas funciones se ejercen por conducto de las *contralorías*, palabra que sí tiene carta legítima de naturaleza en el lenguaje, bajo el término *contralor*, que la Academia define así: *Oficio honorífico de la casa real, según la etiqueta de la de Borgoña, equivalente a veedor. Intervenía las cuentas, los gastos, las libranzas, los cargos de alhajas y muebles, y ejercía otras funciones importantes.*

En lo político, *control* suele significar supremacía de una entidad pública respecto de otra; en las empresas industriales y comerciales, posición preponderante de los grupos de accionistas que deciden con sus votos lo concerniente al manejo y administración del negocio; en los cambios internacionales y en el comercio del oro, facultad omnímoda para permitirlos o estorbarlos; en la vida doméstica, autoridad, muy a menudo aparente, del marido y del padre de familia.

Pero lo cierto es que en todas las acepciones de *control* hay un fondo inquietante de disminución de la libertad y de la propia autonomía e independencia, algo que cohibe, que estorba, que restringe, que paraliza. Y como es natural, nada de eso es del gusto de los controlados, aunque satisfaga ampliamente a los contralores. Las funciones de estos corresponden a una ineludible necesidad social, político, económico o administrativo, que cuando se trata del control moral o religioso. Pero esos funcionarios no gozan, no pueden gozar de simpatías. Pro eso es difícil proveer los puestos de contralores. Para ello se necesita vocación especial; se nace contralor como se nace poeta. Como Napoleón el genio de la guerra, algunos tienen el don ingénito de fiscalizar a sus semejantes. Pero tampoco se escalan los altos puestos de mando ejerciendo tan desagradables funciones. El fiscal, ese personaje entrometido, inquisidor, acaparador, rapaz y siempre menesteroso, es el menos simpático de cuantos intervienen en los negocios del estado. Más sin él nada puede hacerse en la rectoría y en la administración de los pueblos, porque gobernar es *gastar*, y no puede gastarse si a las cajas del erario no entran cuantiosos caudales,

ni se puede gastar ordenada y prudentemente, si no hay quien supervigile la fuente de los ingresos y controle las erogaciones, previniendo el fraude y conteniendo el derroche. *Per augusta ad augusta*. No hay progreso sin sacrificios.

Los ingresos y los gastos públicos se regulan y computan en el *presupuesto*, ordenación de la potestad soberana que calcula las rentas y decreta las erogaciones necesarias a la administración del estado. De la palabra *presupuesto*, consagrada en el diccionario de la lengua, en forma poco científica se han formando *presupuestal* y *presupuestar*, como cuando se dice *computo presupuestal*, o *presupuestar un ingreso o un gasto*. Estas dos palabras no tienen entrada en el lenguaje castizo, pero son de uso frecuente entre los que manejan los negocios fiscales o intervienen en ellos. En vez de *presupuestal* tiene la Academia el término *presupuestario*, *perteneciente o relativo al presupuesto*. Y en lugar de *presupuestar*, da el verbo *presuponer*.

El presupuesto es el documento público de mayor significación en la vida de los países. El revela la magnitud de su riqueza fiscal y la cuantía de sus gastos, el grado de desarrollo económico de las naciones, la capacidad de tributación de los contribuyentes, el orden o el desorden de las finanzas. En el presupuesto se muestra lo avanzado o atrasado, lo erróneo o acertado de la política general del gobierno, por la distribución de las apropiaciones en los distintos ramos de los negocios públicos; el equilibrio, superávit o del déficit que resulta de la comparación entre los ingresos y los gastos; el monto y carga de la deuda pública; la importancia y magnitud de las prestaciones sociales. Alrededor del presupuesto se congregan incontables apetitos, ambiciones y aspiraciones: el empleado busca su sueldo, que constituye para él y los suyos el pan de cada día; el funcionario cesante, su pensión; el contratista, el precio de su contrato; el municipio, su acueducto; el departamento, su carretera; el hospital, su auxilio; los senadores y representantes, las partidas que consoliden su posición política y les aseguren la reelección en los comicios (...) ¡Cuánta tragedia oculta se agita en torno de esas cifras, que los extraños leen con absoluta indiferencia! ¡Cuánta esperanza realizada o fallida y cuánta ambición fracasado o victoriosa!

Otro término que ha alcanzado singular importancia en los tiempos modernos, saliéndose del cuadro de las definiciones léxicas y usuales de la lengua, es el término *intervención*, aplicado a la acción del gobierno sobre la economía privada de los países. La palabra misma, en sus distintas acepciones, sugiere la idea de que hay algo desordenado, anormal o

peligroso, que demanda el concurso de un poder extraño o la adopción de medidas extraordinarias más o menos dolorosas. Cuando se habla, por ejemplo, de la necesidad de una intervención quirúrgica, el ánimo se sobrecoge al pensar no más en el aparato de las salas de operaciones, en las albas vestiduras y los guantes de caucho de cirujanos y enfermeras, en el arsenal niquelado de los instrumentos de tortura, en la angustia del anestésico y en los riesgos de una intervención desacertada y homicida. Y cuando se menciona la necesidad o conveniencia de la intervención del estado en una determinada actividad económica, los intereses afectados tiemblan y se estremecen al pensar en ese gran cirujano oficial, que es el ministerio de economía, el que, sin uniforme ni guantes, ni pinzas, ni bisturí, y sobre todo, sin anestésico, vestido de burgués y pluma en ristre, opera sobre las leyes eternas de la vida económica, para curar las dolencias de un organismo más delicado y complejo que el organismo humano. Aquí la pericia y habilidad de ese gran cirujano: un golpe de pluma acertado, prudente, sabio y tinoso, puede cambiar radicalmente una situación que parecía desastrosa, creando en la economía enferma corrientes de vida y restauración que transforma en orden y equilibrio lo que la actividad privada sin control habría hecho desordenado y ruinoso. Más si esas condiciones faltan en el funcionario interventor, no solamente no se corrige el mal que trataba de remediarse, sino que se causan otros, a veces irreparables, a intereses sanos y actividades benéficas.

El caos económico del mundo, producido principalmente por las repercusiones de la gran guerra de 1914, y agravado por las consecuencias inmediatas de esta otra apocalíptica en que vamos envueltos, ha hecho cada vez más necesaria la intervención de los gobiernos en varios sectores de la economía individual, para evitar la ruina de esa misma economía, la quiebra de las empresas, o la falta de elementos vitales para los pueblos. La inequitativa distribución de las materias primas, la competencia del hambre, la falta de ritmo acompasado y preciso en el comercio internacional, la clausura de importantes mercados de consumo, las murallas aduaneras, la superproducción y el subconsumo de muchos géneros, la desocupación y la miseria en las clases trabajadoras, son dolencias sociales que no pueden escapar a la atención providente de los hombres de estado conscientes de su misión y de sus deberes hacia los pueblos.

La intervención del estado no va ni puede ir encaminada, como algunos creen, a derogar o a reformar la ley económica de la oferta y la demanda, pues esa ley es eterna e inmodificable como las leyes de la naturaleza. Lo que hace aquella intervención es poner a obrar esa ley

sobre elementos y factores distintos de los que juegan en la economía libre, ensanchando o restringiendo la oferta, aumentando o disminuyendo la demanda, para producir el alza o la baja de los precios. La ley sigue obrando como siempre: a mayor oferta y menor demanda, precios bajos; a mayor demanda y menor oferta, precios elevados. Pero la intervención del gobierno se encamina, según que se proponga hacer subir o bajar los precios, a disminuir o aumentar la oferta, a reducir o ensanchar la demanda. Si la oferta de café sobrepasa a las exigencias del consumo, o sea a la demanda del artículo, produciendo una baja de precios, el gobierno, con su intervención, hace disminuir la oferta, y entonces los precios se elevan sobre los niveles anteriores en beneficio del productor y de la economía en general. Si la demanda supera a la oferta de azúcar, creando precios elevados, el gobierno aumenta la oferta introduciendo azúcar extranjero, lo que hace bajar los precios en beneficio de los consumidores. Si el algodón nacional no alcanza precios favorables para los agricultores, el gobierno, para mermar la oferta, eleva el impuesto de aduanas para la fibra extranjera o señala cupos bajos a la importación, y entonces los fabricantes de hilados y tejidos se ven forzados a comprar el algodón nacional a precios convenientes para los cultivadores. La tarifa de aduanas ha jugado siempre un papel que ha sido reforzado últimamente con el control de los cambios. El fisco, puesto al servicio de la economía, maneja la compuerta en la corriente del comercio internacional, y la sube o baja según las necesidades, más o menos bien interpretadas, de esa economía.

Pero con la intervención ocurre casi siempre lo mismo que con la mayor parte de las medidas restrictivas del estado: ella es solicitada y aplaudida, rara vez agradecida, por aquellos cuyos intereses favorece; rechazada y escarnecida por los que se creen lesionados; mirada con indiferencia por el resto de la comunidad, a menudo más afectada que aquellos a quienes va directamente encaminada la intervención.

La mayor o menor influencia, en el gobierno del estado, de las ideas y principios socialistas, determina el avance, más o menos audaz, efectivo y acelerado de la intervención oficial en la economía privada. Como ya lo hemos visto, la reforma constitucional de Colombia, realizada en 1936 con tendencias socialistas, autorizó por primera vez la intervención del estado en las industrias, que antes no habían contemplado los estatutos constitucionales inspirados en la economía liberal e individualista. Cuando el socialismo integral llega a implantarse, como en la Rusia de los soviets, la acción del estado sobre la economía no es ya una simple intervención,

sino una verdadera confiscación; es el dominio y manejo por el gobierno de todos los factores económicos, las industrias, el comercio, los cambios, la moneda y el crédito, lo que hace del estado un poderoso empresario, que produce, transforma, compra, vende, exporta, importa, distribuye, fija los precios y reglamenta los consumos. Es la máquina oficial económica más fantástica en que haya podido soñarse.

Háblase hoy corrientemente de regímenes *totalitarios*, sin que esta palabra haya sido autorizada, con esa significación, por quienes ejercen la rectoría del lenguaje. Pero no puede negarse que, por su composición, expresa en forma muy gráfica la idea que con ella quiere significarse. Porque esos gobiernos dirigen y manejan a su amañó la totalidad de las actividades nacionales, lo mismo en el campo religioso que en el social y político, en las finanzas públicas y privadas que en la economía individual, en el gobierno interno que en las relaciones con otros pueblos. Discrepan solamente las dos formas conocidas de esos gobiernos totalitarios, la rusa y la alemana, en que esta última reconoce en principio el derecho de propiedad, que no existe en la otra, pero somete en su ejercicio ese derecho a limitaciones, exacciones y trabas de tal naturaleza que lo hacen ilusorio: al individuo le queda la envoltura jurídica de ese derecho, pero el gobierno se apropia la almendra, la parte sustanciosa, el contenido económico, útil y agradable.

¿Hasta dónde puede llegar la intervención del estado, después de esta guerra, sobre la economía de pueblos terriblemente empobrecidos, con agricultura languideciente, industrias postradas, fábricas convertidas en escombros, transportes paralizados, comercio sin vuelo, cargas fiscales imponderables, miseria general, desorden político, social y económico sin precedentes, escombros y ruina por doquiera? ¿Qué medidas se verán forzados a tomar, aún los gobiernos más conservadores, democráticos y respetuosos de la libertad humana, para llevar un poco de luz y de orden a ese caos inmenso, y encauzar nuevamente las fuerzas económicas, sociales y espirituales, llamadas a producir la regeneración de esa humanidad atormentada y enferma? Nadie puede profetizarlo. Pero sí puede admitirse, sin esfuerzo alguno de imaginación, que la economía dirigida y controlada que hasta hoy hemos conocido, solo servirá de introducción o prolegómeno a la gran economía política y oficial del futuro, y que los altos cirujanos del gobierno, que operan hoy sobre las industrias y los negocios privados, resultarán simples aprendices al lado de los grandes profesionales de la cirugía económica, que la posguerra hará indispensables en casi todos los países del orbe.

De esta manera y por estos caminos tortuosos a donde nos ha llevado la guerra, asesina de hombres y destructora de riqueza, cada día se hace más lejana e inaccesible la tierra prometida de la libertad económica, la dulce Arcadia que conoció hace tiempos la humanidad, en que al trabajo no le faltaba ocupación, a los hogares pan, a la agricultura abundantes cosechas, a las industrias productos suficientes y de alta calidad, al comercio mercados abiertos y prósperos, a las manufacturas materias primas inagotables, a los transportes alimento constante, y a los mismos placeres de la vida los codiciados productos del arte y de la industria, que sirven de pábulo a la vanidad y de estimulante a la molicie. Por largos años los pueblos tendrán que sufrir las medidas restrictivas y las ordenaciones económicas de los gobiernos, como se sufre en un naufragio la pérdida de los equipajes para salvar la vida, o en un incendio la demolición de una parte del edificio para aislar el resto de la acción devoradora de las llamas. *Salus populi suprema lex.*

Vivimos en una época astronómicamente lejana de aquella a que los antiguos dieron el nombre de dorada o de oro. Esta que nos ha tocado en suerte, para bien o mal nuestro, es la época del hierro y del petróleo, hijos, como el precioso metal amarillo, de la viva entraña de la madre tierra, pero dotados de un poder fecundante y destructor de magnitud incalculable. Asociados esos toscos y negros minerales al vapor y a la electricidad, han consumado la conquista absoluta del hombre sobre los tres grandes elementos del espacio: los mares, las tierras y los aires. Época febril, agitada, acelerada y tumultuosa, en que durante unos minutos desfila, por la pantalla del cinematógrafo, la vida entera de los hombres y de las mujeres, con sus luchas y sus pasiones, sus goces y sus penas, sus esplendores y sus miserias; en que un hombre colocado tras un motor de explosión, se burla del espacio transportándose en menos de lo que pensamos a los más remotos lugares; en que el pensamiento vuela con rapidez de vértigo por entre las ondas hertzianas, llevando en segundos, a los más apartados rincones del planeta, la noticia del último descubrimiento científico, de la última catástrofe, de la última batalla de la guerra, de la última crisis ministerial y del último divorcio de una estrella de la pantalla; en que las rotativas de los periódicos nos ofrecen cada día, antes de empezar la jornada de trabajo y de darle alimento al cuerpo, otro alimento espiritual, más o menos indigesto y adulterado, la ideas y noticias, válidas solamente por veinticuatro horas. Época esta

de civilización cuantitativa y democrática, en que la antigua producción artística de alta calidad es reemplazada por fábricas colosales que lanzan al mercado, por millares de toneladas, los más variados y extravagantes productos a bajo precio y calidad inferior, que estimulan y alientan los consumos entre todas las clases sociales, para alimentar la máquina, ese monstruo de mil cabezas de la producción industrial moderna. Época esta absurda y extraña, de la que están desterrados los más dulces deleites del espíritu, porque no hay nada que eleve las almas y las transporte hacia regiones luminosas, porque la velocidad de los viajes hace imposible la contemplación de la naturaleza, el follaje de los árboles y de las estrellas del cielo, porque el ruido de los motores embota el pensamiento y paraliza la imaginación, porque el torbellino desatado de las modas, de los negocios, de las exigencias sociales y de las necesidades políticas, hace imposible el recogimiento, la meditación reposada, la lectura tranquila y consciente, y hasta el cultivo de los más puros afectos del corazón (...).

Y el lenguaje, lo que es distintivo precioso del hombre, el delicado instrumento de las ideas y de las pasiones, ha tenido que esforzarse por seguirle el paso precipitado a esta humanidad enloquecida, desbocada hacia la conquista del dinero y los placeres; y ese lenguaje, por su propia índole conservadora y reposada, hace con frecuencia el triste papel de un marido inválido esforzándose por emparejar la marcha de una esposa despabilada, ágil y ligera. Es imposible que a este tropel desordenado y confuso de sucesos e invenciones, de teorías y descubrimientos, de apetitos y pasiones, puedan corresponder, con un lenguaje apropiado, las aculemias, lentas, timoratas, prudentes y celosas de la pureza del idioma. Pero las nuevas cosas y las nuevas ideas necesitan una expresión, y los hombres se la procuran siempre, sin preocuparse poco ni mucho por lo que digan o no digan los diccionarios. Por una simple analogía o relación remota con lo ya conocido, se bautiza longevo, buscando a veces etimologías griegas o latinas, más o menos adecuadas.

Se inventa la locomotora, y al que la maneja se le llama *maquinista*; se descubre el automóvil, y a su gobernante se le denomina *chofer* en todas las lenguas, palabra que antes se usaba para designar al encargado de mantener el fuego en una fragua o en una máquina de vapor; surge la nave aérea, y se da el nombre de *piloto* al técnico que la lanza al espacio; a la fotografía con movimiento se llama *cinematógrafo*, de perfecta etimología clásica, lo mismo que *grafófono*; al aparato que difunde sonidos

por las hondas hertzianas, se le denomina *radiodifusor*, y al que los recibe, simplemente *radio*. Lo mismo sucede en muchos otros campos del arte y de la ciencia, de la vida social y de los negocios. La tendencia onomatopéyica o de armonía imitativa predomina a veces en la escogencia de las nuevas palabras y giros. Un exceso de la moneda circulante en relación con el volumen de los negocios y transacciones, toma el nombre gráfico y expresivo de *inflación*; el estado de la cuenta en el tráfico de las importaciones y exportaciones internacionales, se llama *balanza comercial*; el estado de la cuenta entre lo que el país paga al exterior y lo que de este recibe, toma el nombre de *balanza de pagos internacionales*; al acaparamiento por el estado de las empresas y los negocios, se le denomina *colectivismo*; a la cesación del trabajo en las industrias, decretada por los obreros, se le llama *huelga*; a la que decretan los patronos y empresarios, *lock-out*. Y por ese estilo se podrían citar numerosos ejemplos. En las relaciones sociales, en los deportes, en las modas de las mujeres, en la vida doméstica, surgen a cada paso nuevas formas de expresión, que el uso vulgariza y que las academias van consagrando lentamente, empujadas por el torbellino incesante de la que se ha llamado civilización contemporánea. Por este camino, la Academia de nuestra lengua tendrá que agregar una palabra al lema de su divisa. No será ya solamente *limpia, fija y da esplendor*, sino *limpia, fija, renueva y da esplendor*.

Y como el arte literario es la belleza mirada al través de un temperamento, la expresión estética del modo de pensar y de sentir en cada época de la historia, ese arte divino, ha tenido por fuerza que resentirse de la inquietud, la movilidad, el caos y la anarquía de los tiempos extraordinarios en que vivimos. Faltan el límite, la medida y el método de la época clásica, la inspiración encendida de los tiempos románticos, el manto vaporoso de la fantasía sobre el cuerpo desnudo de la realidad, propio de la escuela naturalista, las filigranas del estilo en la descripción estética del mundo exterior, según la usanza de los parnasianos, el hondo sentido de los conceptos intelectuales y morales del simbolismo literario, y falta, en fin, la poseía, definida por Miguel Antonio Caro como *celeste música de pensamientos, que necesita, para vivir, de la luz de la idea y del calor del sentimiento*. Es la época propicia para los aventureros de la pluma, que libres de trabas, con menosprecio de la gramática, ayunos de retórica, indiferentes a la rima y al ritmo, desdeñosos de la tradición, se echan por los campos de la literatura, sin otras armas y bagajes que una colección de

tropos audaces e incomprensibles, algunas docenas de neologismos mal formados, una sintaxis desarticulada y una puntuación extravagante. De allí ha surgido una literatura, que bien pudiera llamarse el cinematógrafo escrito, el desfile fugaz y cambiante de seres vivos y de cosas inertes, de instintos y pasiones, de dolores y alegrías, de miserias y grandezas, en un tropel confuso y antiestético, que ofusca la vista y que no enseña nada al entendimiento ni deja huellas en el corazón (...).

Pero veo que voy penetrando, como invasor colono, en campos que no me pertenecen de pleno derecho, y advierto, por contera, que este discurso va tomando proporciones que pueden exceder a las muy grandes de nuestra longanimidad.

Al sentirme en medio de vosotros, no puedo menos de remontarme con la imaginación a la academia de los tiempos pretéritos, a la de los hebreos, los egipcios y los árabes, y sobre todo a la academia de Atenas, con su jardín encantado, donde, a la sombra de los olivos y los plátanos, el gran filósofo de *La República* y de los *Diálogos* derramaba ante sus discípulos extasiados los inagotables tesoros de su genio incomparable; foco luminoso de las ideas y de las formas, que alumbró, y seguirá alumbrando mientras el mundo exista, todo el panorama espiritual de la humanidad; escuela inmortal de hombres de estado, cuyas enseñanzas sirven todavía de pasto espiritual a los grandes políticos, a los profundos pensadores, a los exquisitos orfebres de la idea y de la palabra, y a los geniales creadores de belleza plástica; monumento imperecedero de ciencia y de arte, que no han logrado conmover las más tremendas revoluciones ideológicas, ni debilitar las periódicas apariciones de nuevos sistemas y doctrinas, que si a veces perduran, es solo por la savia vigorosa y fecundante de los jardines del Atica (...).

Y al pasar la vista por aquel panorama inmenso, iluminado por el sol de la inteligencia, y fijarla después en las ilustres academias de épocas menos remotas, de esas academias fastuosas, fomentadas, estimulados, auxiliadas y protegidas por sabios gobernantes, y rodeadas del respeto y la admiración de los pueblos, el ánimo se contrista al contemplar la vida languideciente, opaca y sin prestigio que llevan hoy, casi en todas partes, muchos de esos centros de cultura, menospreciados por la opinión y olvidados por los gobiernos. ¡Cuánta luz en aquellos paisajes y cuántas sombras en estos otros! Por eso, al terminar este discurso, y como un testimonio más de mi profunda gratitud hacia este cuerpo que se ha dignado

acogerme en su seno, formulo votos fervorosos por que nuestra Academia Colombiana recupere su antiguo prestigio y su prístino esplendor; porque vuelva a ser ella el altoparlante sonoro y autorizado de la inmortal lengua de Castilla; por que los hombres de letras y de ciencias le rindan el tributo de su adhesión y le presten el concurso de sus luces; por que los gobiernos la protejan y la coloquen en una mansión digna del puesto que ocupa en las instituciones patrias, y por que ella contribuya a hacer digna nuestra ciudad capital del glorioso nombre de Atenas suramericana¹.

16 de septiembre de 1941.

¹Las muchas tareas del señor Director de la Academia, quien dio respuesta a don Esteban Jaramillo, le impidieron reconstruir su discurso, que pronunció esbozado apenas, privándonos así de esa pieza.

VII

La sociedad: misión de la evolución espiritual

Luis López de Mesa

Pasaron los tiempos románticos en que se supuso vanamente que el hombre puede ser honrado y gentil en la miseria.

Y como un pueblo es la resultante histórica del paisaje y de la raza que se han compenetrado en larga convivencia, no hay para qué añadir que el espacio la engendra también.

Luis López de Mesa

VII

La sociedad: misión de la evolución espiritual

Luis López de Mesa

Existen en mí esta noche dos sentimientos muy frecuentemente enlazados en la vida del hombre: el placentero de llegar a la eximia posición en que va a colocarme por gracioso donativo de honra esta Academia ilustre, y el de angustia por el presentimiento indeclinable de que seré inferior a la demanda. Orgullo fue en mí el aceptar tan encumbrada empresa, o vanidad tal vez pecaminosa, más he de decir, en disculpa, que no pude resistir a la tentación de estar cerca de estos varones que tan grandemente han servido a Colombia, por ver de contagiarme, ya que en lo intelectual ello no es posible, al menor moralmente, de su espíritu.

He dicho que se siente angustia al entrar a la Academia Colombiana, sin exagerar en lo mínimo siguiera; para tenerla bastaría el recuerdo de los sabios que ocuparon estos sillones desde aquel día augusto de su creación. Que sus sombras venerandas me perdonen el atrevimiento de entrar a este recinto, en compensación de lo mucho que las quise y que las quiero.

Para encubrir mi deficiencia voy a abrigarme esta noche en un tema de estudio tan seductor y tan grande, que haga olvidar a todo este auditorio selecto lo exiguo del que viene a sustentarlo: concepto y sentimiento de patria.

El pueblo gusta de establecer algunas distinciones muy sutiles en la calificación nominativa de sus representantes, y llama, por ejemplo, doctor Núñez al estadista del Cabrero; señor Caro a don Miguel Antonio; don Rufino y don Marco a nuestros ilustres filólogos Cuervo y Suárez, respectivamente; Antonio José nombra, a secas, al jugoso prosista Restrepo y en diminutivo, contra la lógica de los volúmenes, trata de Santiaguito al simpático cosmopolita Pérez Triana.

He ahí un rasgo de la sicología de los pueblos que debiera detenernos un instante a remediar una tesis demasiado universalmente difundida sobre la estulticia de las colectividades: en este modo de nombrar a sus gentes el pueblo las califica con una sorprendente intuición del carácter, casi casi las circumscribe y como que las enmarca dentro del sino social que cumplen.

A Nariño no estaría bien llamarlo general, aunque lo fuera en dilatadas actuaciones; al general Mosquera no osaríamos llamarlo don Cipriano, ni Francisco de Paula corresponde en manera alguna al organizador de Colombia. Así como la lengua adquiere matices idiomáticos que fotografían la cultura de las naciones en un momento dado, aquellos adjetivos pre-nominales resumen lo esencial de las personas que califican.

No parece sino que el pueblo, mediante el sutilísimo instrumento del idioma, filtrase en algún raro modo las cualidades superfluas de las personas que contempla su interés o su cariño en busca de la esencia que las caracteriza y distingue. De manera que, a la larga, el nombre viene a constituir uno como sustantivo abstracto de la virtud prevaleciente, cual ocurre en la relación que existe entre platónico y Platón, entre Voltaire y volteriano, v. gr. Es una afirmación de esencia, de lo esencial que hay en cada personaje histórico, el simplificar su nombre o su apodo, hasta convertirlo en la denominación de una virtud o potencia: Cristo, Buda, César, por ejemplo.

El pueblo goza de una intuición de los valores, en que puede, como los individuos, equivocarse a veces, pero que mucho le sirve para entender, y mucho más le ampara en la espontánea defensa en sus destinos. El juicio ya popularizado de que la turba tiende a la sensatez, corresponde a la sicología de las pasiones y de los efectos perturbados, y no a la del entendimiento: el ardor de aquellos empeña la diafanidad de este, así en los individuos aisladamente como en la congregación en muchedumbre. El fenómeno de contagio *emocional* aparece en el un caso y en el otro, sino que más destacado en la asociación de las masas por ineludible consecuencia de cuantía. Desde luego nadie intentará confundir pueblo con agrupación popular, y todos gustamos de presuponer en el primero, cuando se le evoca en el sentido de nación y no de clase, eximias condiciones, superación o quintaesencia de las virtudes individuales, depuración suya al menos, y así decimos, v. g., que el pueblo francés procede con orden mental, el inglés con firmeza volitiva, el español con efusión de afectos.

Desligado en susodicha forma el concepto muchedumbre, pueblo de la génesis de una inferioridad ideológica y de conducta que calificamos como cosa aparte la *sicología de las multitudes*, miremos si la agregación espacial, pues que la numérica no resiste el considerando de una excepción peculiar suya, o *sui generis*, como solemos decir, aporta inferioridad al juicio y disminución de alteza. Y digo que no, porque de la misma manera que se contagian y *emocionalmente* se difunden las malas pasiones, las

buenas y hasta las heroicas pueden padecer en el agregado *multitud* saludable efervescencia espiritual, como lo atestiguan en la historia de todos los países los grandes movimientos de la fe religiosa, de la caridad y del patriotismo.

De donde el que pueda yo decir ahora que la *sicología de las multitudes* no es género de la individual, sino modificación suya cuantitativa, tanto para el mal como para el bien. Lo que ocurre es que en la congregación efímera del gentío, los más emocionados, los más apasionados, los más fácilmente embriagables, son los alocados y neuróticos, y los de mentalidad inferior, por otra ley de los *sicología individual* asimismo.

Y algo más hay aún que decir en estas materias, pues he observado que nosotros confundimos algunas veces los conceptos de *opinión pública*, de *sociedad* y de *muchedumbre*. Entre multitud y sociedad hay diferencias fundamentales: la primera es operante, se rige por el afecto, el fervor, la embriaguez ejecutiva; la segunda es deliberante: juzga y prejuzga por tanteos de definición en defensa del grupo. De ahí en gran parte el origen de la murmuración, defecto de la una, y de la intemperancia, defecto de la otra. Podemos decir que la sociedad es eminentemente crítica, y la multitud mística, sobre todo.

La sociedad tiene misión muy noble en la evolución espiritual del hombre, pues lo modela, lo limita o apoya, según índole, si la contemplamos aplicada al individuo; es origen y cauce de las facultades mentales superiores, si la estudiamos desde el aspecto de su valor universal.

Más aún: hay una mudanza perenne, flujo del cosmos, devenir que crea situaciones nuevas, y con ellas nuevas necesidades, nuevos apetitos, nuevos sentimientos, nuevas ideas, diferente sensibilidad afectiva. Es lo que llamamos progreso y novedad de los tiempos. Pues bien, la sociedad percibe esto como una vaga inquietud, como una inconformidad indefinible, sorda rebeldía sentimental que solo el genio, cuando aparece, precisa en fórmulas inteligibles.

Más no se crea que en la multitud solo hay pasión dañosa y torcidos senderos morales: como fuerza ejecutiva que es, y no razonante, tiende toda a la acción, y tanto sacrifica a alguien como se hace ella misma sacrificar con el impulso de su esencia, que es el fervor, cual se ve en las batallas, en las peregrinaciones y aún en el bullicio de unas fiestas sociales.

Por lo que hace a la *opinión pública*, pudiéramos definirla como un cuerpo de juicios que se *forma* en el seno de la sociedad y a veces actúa *ciegamente* en las multitudes.

Así definida mi interpretación de estas materias de estudio de la psicología contemporánea, todavía me preocupa y aún me inquieta otro aspecto suyo: el de la intuición que la sociedad parece poseer en grado mayor y más sutil que la aislada mente individual. Los juicios populares tienen un no sé que de alquitarado que los hace indelebiles. ¿Acaso no ocurre así en los adagios, epifonemas de la conducta o síntesis impecables de una sabiduría de intuición? Y esta es la justísima palabra para nombrar la virtud intelectual más confusa y eficiente que poseen las sociedades: intuición o adivinación cuasi sibilina de lo bueno y de lo malo que atañe a sus intereses. Así se vio entre nosotros varias ocasiones, al apreciar un hecho momentáneamente contradictorio, rumor de guerra, murmullo de mala conducta, estimación de caudillos: muchas de estas veces el proceso intelectual de las sociedades siguió la oscura senda de la intuición y por vagarosa comunicación de simpatía o de antipatía, telepática al parecer, interpretó un hecho o un personaje. Tal ocurrió en la recién pasada contienda internacional que padeció Colombia, pues que diciendo los peritos y buenos sabedores que eran falsas las noticias que el pueblo entreveía y ansiosamente comentaba de continuo, a poco transcurrir del tiempo triunfaba la revelación popular por sobre el mentis infortunado de los conductores. ¿Y por qué no decir de paso que aquello era un error elemental de psicología, bochornoso e ingenuo? Desde la hondonada de mi posición civil, dije muchas veces a los arcontes, por medio de quienes hasta ellos podían hacer llegar su voz: *La palabra de Colombia no se descuenta*. Yo recordaba el ejemplo plausible de aquel último gran rey de las Españas, que tanto cuidó de la veracidad de sus opiniones, que al fin se hizo un adagio europeo el decir: *Si el rey Carlos lo afirma, no se discute*. Yo sabía también que mentir es contraproducente en muchas ocasiones, inútil las más, y siempre desdoloroso. Lo que puede suscitar el entusiasmo de las victorias, lo realiza igualmente el anhelo del desquite. *La palabra de Colombia no se descuenta*, fue mi azorado refrán de aquellos días, y aun pienso que sería un hermoso lema para esta patria de José Félix de Restrepo y de Francisco Javier Zaldúa, quienes así lo enseñaron, practicándolo gloriosamente a la faz del mundo.

Todo me fue necesario decir para mostrar al público cuánta sustancia hay en la manera como el pueblo nombra a sus conductores, que mejor parece que así los define y califica, los mima o defiende. A José Vicente Concha, el distinguido ciudadano a quien reemplazaré especialmente en este sillón académico, ya que mis méritos ante la república no me permiten suponer que le sustituya en su eminencia de conductor, a él,

digo, le llamamos siempre *doctor Concha*, nosotros los de la turbamulta popular.

El representó eminentemente en Colombia algunas de las manifestaciones políticas del siglo XIX, el culto de las normas republicanas, la democracia, digamos, o igualdad de todos los ciudadanos antela ley, los fueros de la persona ante las veleidades posibles de la autoridad civil, y fue, como el siglo en que nació y la nación a que pertenece, un liberal discreto y firme, conceptualmente discreto y volitivamente firme. Por dichas razones, alcanzó a ser un representativo de sus conciudadanos en ciertas horas de la vida patria. Y como lo fuera bajo la especie de un expositor universitario, nuestro pueblo acertadamente lo nombra sin apartar de su nombre el título doctoral. Título este de que abusamos sin duda en el trato social, con un abuso que es igualmente símbolo de la índole de nuestra nación, pues indica que por encima de todas las distinciones y prerrogativas de un ciudadano destacamos la cultura intelectual, y por ello le decimos doctor, con el solo fundamento de la urbanidad y reverencia a veces.

Esta frase incidental de que el doctor Concha fuera un hombre del siglo XIX trae al primer plano de mi discernimiento la necesidad inaplazable de una rectificación: nosotros, los que hemos despertado a los conturbadores problemas sociales del siglo XX, apreciamos despectivamente las actividades de nuestros abuelos en religión, en política y en arte. Es una injusticia ante la cual mi espíritu se revela. La política romántica de nuestros antecesores, cuando el encomio de la individualidad y de la burguesía fue lema encendido, y belicoso varias veces, puede aparecérsenos hoy desmantelada de sus más recios fortines, porque ya vivimos la hora de otras reivindicaciones, pero ellos cumplieron su destino, y con ese cumplimiento acercaron a nosotros el que a nosotros corresponde. De ahí que un personaje como el doctor Concha, aunque hoy parezca a muchos anticuada su ideología, debe ser interpretado y entendido en la plenitud de su valor dentro de la hora en que ese valor fue vivido.

No soy yo, infortunadamente para mí, el hombre dotado de las capacidades indispensables para interpretar su vida en ese instante. El estudio biográfico exige una sutil potencia de análisis sicológica, adecuado conocimiento de la virtud, ciencia o arte en que le cupo en suerte actuar, más una cierta adivinación de los elementos *imponderables* que sin haber entrado en la historia, son, ello no obstante, eficaces modeladores de la vida, supremos tal vez en no raras ocasiones. Mi conocimiento del doctor Concha adolece de la carencia de muchas de tales circunstancias, pues no fui nunca perito en la ciencia del derecho constitucional, a que él consagró

muchos desvelos; fugazmente he transitado por entre la enmarañada urdimbre de los estudios penales, otras de sus actividades preferidas; nunca le oí en las resonantes arengas con que escaló puesto eminente en el parlamento colombiano, y apenas si hasta mi humilde retiro de estudiante llegó el eco de sus obras de magistrado supremo cuando ocupó la sede de Bolívar. Mi deficiencia va más lejos aún, porque no hallo en mis haberes intelectuales aquel recurso de pericia historiográfica que consiste en valuar justicieramente el mérito o el error de los correspondiente de su misión política que dejara de hacer en oportuno tiempo, y que, en tratándose de grandes conductores, constituye porción, no por negativa menos edificante, de una acabada biografía.

Felizmente para ustedes, los que en este instante honran mi discurso con su bondadosa presencia, aquí entre nosotros está quien va a suplir con palabra castiza y claridad de pensamiento, esa precaria situación de mi espíritu: Eduardo Guzmán Esponda ha vivido la vida bogotana en que descolló el doctor José Vicente Concha; le oyó en sus mejores lides parlamentarias; siguióle muy de cerca en su derrotero diplomático; lo vio en la oposición partidaria y en la rectoría suprema de los destinos de esta nación; supo de él y de sus obras cuando fue periodista, profesor universitario, ministro del gabinete ejecutivo, editor y traductor de libros, y hasta pudo observarlo en las faenas de la privada ciudadanía, lo que para formar un juicio biográfico es de insuperable auxilio, ya que nuestra manera íntima de vivir, nuestros amigos, sobre todo, son índice y pauta de indeclinable calificación. Mal puede regocijarse un hombre ilustre en el trato de individuos moral e intelectualmente defectuosos. Los múltiples adagios en que los pueblos han enmarcado esta observación dicen lo que la sicología nos enseña: que todo interés corresponde a un apetito, que toda vocación está condicionada por una facultad.

Y así digo, muy meditadamente, que este Guzmán Esponda, mi amigo dilecto, evocará con leal sabiduría la obra de uno de los conductores políticos de Colombia que más destacadamente captaron la simpatía de sus conciudadanos durante tres largos decenios de intensa labor. El lo dirá bien: su ágil pensamiento atrapa con pasmosa sencillez la esencia de los actos, y su disciplinada erudición le permite concatenarlos en deleitoso estilo. En sus manos, pues, encomiendo mi tarea.

Mas no puede este humilde servidor de ustedes renunciar aína al gozo entrañable de comentar una de las virtudes que aprestigiaron el espíritu de nuestro conciudadano José Vicente Concha: su desvelado amor patrio.

El patriotismo y el nacionalismo, que es incorporación normal, están sujetos en este instante a severas indagaciones conceptuales y aún a enconadas luchas de partido. Siempre fue orientación predilecta de los grandes pensadores, desde el alba misma de las civilizaciones históricas, un Confucio, digamos, abogar por un concepto de patria universal; y en nuestros días escuchamos de parte de los conductores del *proletariado* voces de inconformidad para con la estrechez nacionalista de la cultura contemporánea. Al lado de este idealismo, en su esencia misma irrefutable, asistimos en esta hora angustiada y augusta al encomio de la patria bien delimitada y circunscrita por una nación o por una porción de tierra, como instrumento el más para servir a los intereses de la especie.

Por lo tanto, me excusarán ustedes que me interne un poco, apenas hasta donde mi inadecuada preparación me lo permita, en el análisis de esta concepto de patria y del sentimiento que lo engendró y mantiene.

Tal concepto varía apreciablemente al lento paso de los siglos: no así el sentimiento en que arraiga, tenaz como las hondas estructuras del espíritu humano. Contra él se han alzado a veces la religión y la política, la filosofía y el comercio, y con más frecuencia aún, el amor y el hambre. Lozano perdura, sin embargo, a través de todos aquellos huracanados vaivenes.

Ya en remotas edades fue puesto a dura prueba por la expansión guerrera de algunos pueblos, los de Irán, digamos, y del Eufrates, el griego de Alejandro y el egipciaco de los hicsos, que tan audazmente movieron las naciones en masa para desligar de la tierra el sentimiento de patria y encadenarlo a la noción política de una ciudadanía imperial. Así lo ambicionó la Roma de los césares, cuando concedió las prerrogativas de la urbe a muy diversos pueblos en muy remotos países. Igual pensamiento abrigó el cristianismo de la edad media, y a poco más lo alcanza con la institución del papado, con la empresa batalladora de las cruzadas y el influjo ecuménicamente modelador de las universidades. Bajo la égida de la religión lo combatieron durante un milenio los hijos espirituales de Mahoma; con un suave yugo de lealtad monárquica y algo de teología y de moral lo impusieron los incas en América, y una restricción de conveniencia comercial retiene hoy la comunidad de las naciones británicas.

A estas superestructuras casi convencionales es preciso añadir dos elementos eternamente invictos en la determinación de la conducta humana, que también se enfrentan en ocasiones al patriotismo: el amor y el hambre, cuya acción disyuntiva del suelo patrio es tan fácil de estudiar en los grandes movimientos migratorios del siglo XIX. No se requiere

ninguna pericia histórica para entender que el hambre ha hecho buscar a los humanos, de la misma manera ineluctable que siempre lo hicieron animales y plantas, la soñada Canaán ubérrima. En Australia y los Estados Unidos, en la Argentina y el Brasil, vense los enantes afligidos de escasez contemplar su nueva patria con irrevocable ternura y serle heroicamente adictos.

Y del amor no se dirá lo suficiente en cuanto a su formidable poder de arraigar a un ser humano en determinada región. Oirán ustedes enaltecer con vehementísima exaltación un paisaje o una cultura extraños: pues en verdad les dice mi exigua experiencia de los hombres que detrás de tales panegíricos, cual arbotante de esos palacios de Aladino, hay el roce fugaz de un beso que reseco con ansiedad los labios para siempre.

Y no obstante aquellos artificios y estas tremendas realidades, a través de las centurias, por lo que respecta a las naciones, y al declinar de la vida, por lo que incumbe a los individuos, surge inmoto y puro, dolorido como una caricia frustrada y ensoñador como anhelo juvenil, ese sentimiento indeclinable de la patria.

Y surge siempre nimbado de mágicos poderes, hasta asumir los atributos de la deidad, de una deidad, al menos. Así se reveló en Atenas, que de Atena hubo el nombre, y fue entidad moral tan sagrada para su gente que Sócrates prefirió morir a desobedecer el mandato de sus instituciones, aunque idealmente le amparase la justicia. A los romanos no les satisfizo la consagración heroica de sus vidas a la patria, sino que muy pronto enalbaron aquel homenaje hasta la apoteosis, y le imprimieron tan místicamente en el alma de las generaciones futuras, que el romano nímida Agustín, de ella remoto por la sangre, la geografía y la fe, nunca volvió en sí de la estupefacción al mirar y ver que su poderío feneció un día. Sagrada fue la Meca, y santa asimismo Jerusalén. Sacro llamaron sus rectores al imperio planetario de Carlos V; celeste nombran sus hijos al semicontinental que por milenios recogió la civilización asiática, y Santa Rusia es el cariñoso nombre con que los suyos evocan la patria entidad moscovita, santa y gloriosamente definida y libre, a pesar de todos los mandamientos de redención internacional que proclaman hoy sus conductores. Y ¿qué otra significación entraña el sintoísmo en los dominios del micado? También así se adivina un asunto teomórfico en las bellas denominaciones de Britania, Gاليا, Germania, Iberia, Lusitania, y más reciente aún, en la apocopada noción internacional de América, pues basta con muy somera indagación en la actitud patriótica de sus nacionales para aprehender en ella un halo inconfundible de divino acatamiento, un culto vagaroso de latría.

Inclinado tan natural en todos los pueblos, que aún Colombia a tiempo de nacer se vio ya alzada a lo divino por boca del grande Olmedo, en ese prólogo genial de nuestra epopeya en gestación que tituló *Canto a la batalla de Junín*, en donde se lee que Bolívar fue *hijo de Colombia y Marte*.

En el concepto de patria subentiende de una manera primordial el territorio, aunque la formación del vocablo interpreta una relación con los antepasados. Comprende asimismo un significado de nación, de gente ligada por múltiples relaciones sociales. Estas dos interpretaciones no son igualmente compartidas por todos los pueblos, pues uno observa que los derivados de la raza aria del norte europeo prefieren en sus tierras la noción territorial, como es notorio en las palabras *fatherland* del inglés y *vaterland* del alemán, y en sus correspondientes de las lenguas escandinavas: *födeland* del danés, *fädernesland* del sueco, en que predomina el sentido de *land*, derivado del céltico *lant*, territorio, mientras que los mediterráneos, y nosotros con ellos, usamos de preferencia el término *patria*, dejando a *tierra* el expresar a veces la patria chica o regional (*haimat* de los alemanes), como cuando decimos: *me voy para mi tierra*. Esta inclinación subconsciente es precisa en la influencia que ha cobrado la voz *country* de los ingleses, evolución fonética de la francesa *contrée*, comarca, y lo ocurrido inversamente en la romanización de los francos que usaron hasta el siglo XVI el término *pays*, y más antiguamente, *païs*, del latino *pagus*, región, y por aquella época tomaron del italiano el de *patrie*, que hoy prevalece entre ellos. No deja de ser esto interesante, si se memora el mucho orgullo que de su sangre tienen los pueblos arios de la rama sajona teutónica, y la gran ternura que los otros, franceses e italianos, por ejemplo, acendran en el suelo de su nacionalidad.

En pueblos de múltiple y muy variado origen, como es el caso de nuestra república, el concepto de patria se torna más abstracto aún, y parece hacer hincapié en los lazos sentimentales de una tradición común, puesto que hasta el territorio padece de una cierta indefinición histórica, por haber sido cercenado a veces o modificado en varias ocasiones. En nosotros se rompe, por estas razones quizá, la costumbre de dominar el territorio de las nacionalidades con un derivado abstracto de la tribu que los pobló en su origen, al modo de Media, derivado de Mada, Persia de Parsa, Bactriana de Bajtri, Judea de Judá, Alemania, Francia, Inglaterra, etc., en épocas más recientes, en tanto que Argentina, Brasil, Colombia, digamos, obedecen a otras normas de derivación, a veces de una altísima idealidad.

Y todavía pudiera descubrirse un sentimiento no nada consciente de paternidad en la visión anticipada que tienen los colonos de la patria que emprenden fundar, una ternura que se dilata al futuro y justifica el calificativo de *filia*, con que alguien propuso alguna vez reemplazar el de *patria* como mejor adecuado a la tendencia normal de la vida que encauza siempre nuestras actividades hacia el porvenir, según se revela en la orientación de los sentimientos, el querer más al hijo que al padre, al nieto que al abuelo, etc. Y no se crea que es una novedad de nuestra época el tal concepto de *filia*, porque en la Hélade se vio algo semejante entre los estados peninsulares y algunas colonias lejanas de la Magna Grecia, de la Hesperia o de Marsalia. Ni tampoco sería exagerado interpretar como un concepto y un sentimiento de *filia* el que mueve a Eneas en el poeta virgiliano a conducirse tan poco gentilmente con las reinas africanas. Esto mismo vese entre nosotros durante la época fecunda de la emancipación nacional, cuando los héroes de la epopeya van sin vacilaciones a la plenitud del sacrificio por dar a sus descendientes alma soberana y suelo libre, lo que tanto vale como decir que consagraron cuanto fue necesario para la creación de una *filia*, la que hoy formamos nosotros, y por la cual, en nuestra gratitud, a ellos llamamos, con uno de esos hallazgos felices del subconsciente, *padres de la patria*, y no hijos suyos, cual fue su gentilísimo pensamiento.

Conjugado en presente de indicativo cobra otra interpretación este sentimiento patriótico, al decir, como decimos, en tratando de las generaciones que nos acompañan en la misteriosa y bellísima tarea de vivir, remozando aquella subdivisión que el pueblo griego hizo de la sociedad suya con el nombre de *fratía*. Con lo cual tenemos ya formada una hermosa tríade verbal de *patria*, *fratía* y *filia*, trinitaria deidad de patriotismo que complace la mente de una peculiar inclinación suya en las gentes de nuestra *civilización occidental* a hacer etapa en el número tres, quizá encarrilados en ello por la constitución elemental de la familia de padre, madre e hijo, tan frecuente en la teurgia de las culturas antihistóricas que acaso pueda considerarse como universal, aunque otros números, el siete de los caldeos, de origen astronómico, y el cinco de los chinos, de filosófica procedencia, hayan gozado también de mucho auge.

Sea de ello lo que fuere, una definición de patria es algo tan exigente que no está en mis alcances el ofrecerla a ustedes con la dignidad de una rotunda afirmación. Muchas había de mero valor literario, quizá muy hermosas; pero ello es que hoy día gustan las gentes de una severa fotografía de la realidad, y más desdeñan que encomian las poéticas

divagaciones de antaño; la definiré entonces como *un ambiente de vida jurídico, económico, sentimental y cultural*.

De aquella nebulosa grandiosidad que comúnmente tenemos de patria, a este comedido y restringido vocablo *ambiente* que acabo de emplear, hay aparentemente una enorme diferencia de magnitudes. Lo que ocurre es que lo sentimental es de suyo vagaroso, de cuantía indefinible, engañosamente grande, en tanto que lo conceptual se concentra en límites precisos que lo hacen aparecer menor. Es la diferencia volumétrica que existe entre el vapor y el agua, entre un grano de incienso y la humareda que su combustión produce. Y tal vez es flaco este paralelo, porque hay luenga vía entre aquel sentir la patria como una deidad y este medirla en su valencia de instrumento. Empero, la inconformidad se disipa muy en breve si paramos mientes en las prodigiosas cualidades de tal instrumento del vivir humano.

Un ambiente jurídico, que es lo que técnicamente llamamos el Estado, y con el cual podemos vivir en armonía de justicia dentro de las fronteras del país y ocupar un puesto de dignidad en el concierto universal de las naciones. En este solo plano de la definición caben todas las normas del derecho con su grandiosa estructura, desde sus bases, aún inescrutables en gran porción, o al menos confusamente entrevistas apenas, hasta sus aplicaciones en un volumen de codificación que ya desconcierta el espíritu por su extensión y su complejidad. Lenta adquisición que la humanidad ha venido capitalizando en milenios de lucha, con un esfuerzo espontáneo, pero muy a menudo inconsciente, por hallar el equilibrio de las fuerzas sociales con los menores choques posibles, las menores resistencias, el menor dolor, en suma; prodigioso movimiento que apenas si cabe en los dominios de la historia, de la ética, de la sicología y de la misma religión; que ha dado extenso margen y dolorosísima oportunidad a miles de guerras en centenares de siglos. Con ese don de escrutinio del pasado que tanto acerca a los hombres a la divinidad, podemos hoy medir en breve línea gráfica aquella derrota ideal del humano esfuerzo, esa su accidentada y penosa ruta, y darnos cuenta de lo poco que es en sí como adquisición y de lo cuantioso que resulta el sacrificio que ha demandado de esa especie misteriosa y efímera que formamos los hombres; y así el predominio de un afortunado, que es lo que caracteriza el imperio militar y las dictaduras; el predominio de unos pocos privilegios que asumen la oligarquía monárquica, algunas jerarquías religiosas y no pocas repúblicas de casta feudal; el predominio de una burguesía que por la ciencia, la astucia y el dinero constituyó las democracias liberales; el predominio del número,

que hace de las masas proletarias el advenimiento del *cuarto estado* por que ahora se debate el mundo; y, en fin, el reino utópico de la armonía de todos los valores, que a través de tantas vicisitudes impetra el espíritu atormentado de la sabiduría. Visto así en este escorzo de evolución moral se percibe inmediatamente una primera enseñanza sociológica, la de que lo alcanzado es apenas el logaritmo del esfuerzo, porque a la progresión aritmética del avance moral corresponde la terrible progresión geométrica de las luchas por darle la momentánea estabilidad de un triunfo. Y nada importaría tamaña disparidad de relaciones en esa proporción, si no viniese a conturbar la mente del filósofo de la historia el hecho implacable de que el margen de bondad de todas aquellas instituciones, lo que de suyo es bueno sustancialmente, lo que de suyo es bueno por ingénita virtud, padece de una relación inversa, que va de la progresión aritmética de las realizaciones. Ese margen es muy breve, y sujeto, además a contradicciones aleatorias, a la contradicción sustancial misma. Una de esas contradicciones, dejando de lado a las que corresponden a los infortunios ineluctables que emanan de la naturaleza, es el hombre individuo en quien se encarna momentáneamente la vida de las instituciones. De ahí que considere yo, si ustedes me permiten tanto atrevimiento y tan repetido entrometerme en este mundo prodigioso de la exégesis de las sociedades, que sigue siendo el hombre, la unidad hombre, el problema básico de la cultura, del progreso y de la felicidad de las naciones. De ahí que solo me interese el estadista que prepara prudentemente las generaciones futuras, y tenga cierta enconía por aquellos seudo conductores de nacionalidades que asumen para su persona la finalidad de todos los tiempos y la capacidad de todos sus conciudadanos. De ahí, sobre todo, que ponga un interrogante al frente de la eliminación de los fueros de la personalidad en beneficio inconsulto del Estado. Somos, y yo lo soy cordialmente, hombres que sentimos los deberes sociales en un primer plano de la vida, más no quisiera que extremase mi patria el señuelo de la absorción de la personalidad por el conglomerado demótico o por meras abstracciones.

Un ambiente económico es también la patria. Una capacidad para producir lo que requiere la sustención filosófica de la sociedad y las comodidades propicias al goce moralmente equilibrado de una felicidad material. **Pasaron los tiempos románticos en que se supuso vanamente que el hombre puede ser honrado y gentil en la miseria.** Una buena patria es, pues, un ambiente económico para la holgura de sus hijos. Ya vimos en todas las edades abandonar el hombre su patria nativa por la filia

pródiga del colono, cruzar mares, escalar cumbres, surcar la pampa en busca de alimento. Y fue tan caudaloso este desfile de migraciones en la pasada centuria, que dio pábulo a una revolución humana, la de unificar la civilización, modificar las razas y casi casi universalizar un modelo de cultura.

No pretendo yo, sin embargo, sustentar irrestrictamente la tesis de que los elementos económicos son la base suprema de la historia: en el estudio de la vida nacional colombiana me fue dado discernir cinco poderosos *aglutinantes* de su unidad y perdurabilidad, de los cuales solo uno es fundamentalmente económico.

Más he aquí que es esta una base tan sustancial, que la conducta de los pueblos contemporáneos sobre ella se constituye casi absolutamente, casi despóticamente, habiendo dado ella ocasión y motivo para una impresionante serie de actos políticos internos e internacionales que dejan mucho que desear de la inteligencia humana: pugna de monedas, pugna de aduanas, pugna de mercados coloniales, pugna -no es necesario sonreír- pugna de pasaportes, mediante la cual solo los delincuentes y los aventureros logran hoy día recorrer el mundo sin martirizantes y humillantes ceremonias, que en algunos pueblos, ya prácticamente enloquecidos, llega hasta deprimir el decoro personal y ridiculizar a la especie.

En la exaltación de este fundamento de las naciones se está llegando a la aspiración de una vida económicamente insular, a hacer del mundo civilizado un archipiélago económico de naciones, para lo cual la química y la física, la biología y la ingeniería contribuyen con caudalosa aportación; porque si antes el mundo colonial de las materias primas, o materiales de elaboración industrial, fue una exigencia ineludible de las naciones cultas, hoy gozan de recursos que perfeccionándose día por día prometen una independencia económica absoluta o poco menos.

Por este aspecto, afortunadamente, nuestra patria nada puede temer en un amplio desarrollo del futuro, pues que tiene consigo ambos reinos, el metropolitano y el colonial. Empero, el ánimo se conturba levemente al suponer que la comunicación de los pueblos por el contacto personal de los viajes se estorbe al fin con la creciente dificultad del intercambio económico, acarreando un estancamiento de la cultura por carencia de rivalidad, de excitación mental y aún del apremio de las necesidades, cual ya ocurrió en algunas regiones del planeta. Un poco se conturba, digo, solamente porque luego surgirán oportunas correcciones a esta ingeniosa ilusión de la *economía dirigida*, eficaz talvez en pequeña escala, francamente inoperante en las grandes magnitudes, en las que el

azar recobra pleno dominio, sujetando a su adusta indiferencia las sutiles combinaciones del entendimiento.

Fundamental ciertamente en la vida de las sociedades, el dinero no es la causa más segura de la felicidad del hombre; este sentimiento deriva de tres fuentes principales, porque es sobre todo conceptual, es decir, hijo de una interpretación, como la mayor parte de las fuerzas morales que rigen nuestra sique; porque es, asimismo, resultante de un temperamento, de una manera de sentir alegre o melancólicamente los sucesos de la vida cotidiana; y por último, digo último a sabiendas de lo que pueda sorprender a muchos, debido a los elementos objetivos, a la misma realidad bienhechora. Afirmino estas cosas para que se enmiende nuestra educación familiar y escolar en el sentido de una exaltación del concepto de la vida, de una estimación de ella que la acredite como el tesoro máximo que no cupo nunca en la mente de los hombres, así sean los supremos rectores de la sabiduría. La vida es manifestación de una deidad, y su goce, la alegría inmarcesible de su posesión, debe proclamarse con el grito sagrado de nuestra gratitud. Hombres que la tienen y gimen, que aún la tienen poderosamente juvenil y gimen, que gimen aunque ella vuelque sobre sus cabezas la cornucopia de todos los bienes, belleza, vigor y fama, caricias recónditas, ricos haberes (...) ¡con cuánto gusto ahorcaría yo ante el tribunal de Dios a estos débiles mentales que están afeando el mundo!

Es también la patria un ambiente cultural. En este sentido es un grupo humano que se congrega en torno de una sensibilidad para interpretar los problemas supremos del ser y de la vida. Una cultura es fundamentalmente eso: un cuerpo de doctrina, pues la religión, el derecho y el arte, la misma civilización material, son exégesis de una idea madre de distintas direcciones, mejor dicho todavía, son las ramas de un mismo tronco cultural, cuya simiente primitiva es generalmente una sola idea, la idea que tengamos sobre el origen del hombre.

En esto soy testarudamente exagerado: el hombre tiene la misión suprema de interpretarse, y la vida no es sino la divina oportunidad de una conciencia. La sensibilidad, en el sentido que la estoy empleando, es aquella disposición íntima del temperamento por la cual sentimos, y por ende interpretamos, la realidad de cierto modo. Esa sensibilidad varía un algo con los pueblos y un mucho con las épocas. **Y como un pueblo es la resultante histórica del paisaje y de la raza que se han compenetrado en larga convivencia, no hay para qué añadir que el espacio la engendra también.**

Esta poderosa acción del tiempo nos implica el pleito de las generaciones en religión y en filosofía, en política y en arte, en modas y placeres, en todo, en fin. Muy probablemente la balanza de las fuerzas universales, el estado íntimo de la materia, no es constantemente igual, sino que va variando en inescrutables relaciones, que a su vez producen imperceptible cambio en los seres vivos, y, con él, una diferente constitución, un diferente temperamento y una sensibilidad diferente.

No sabemos, si saber podríamos, que la sensibilidad de una época o de una raza exprese la realidad definitiva, sea la norma indeficiente de la verdad. Cada una de aquellas modalidades de la sensibilidad es ley de su hora y de su espacio. Sobre esto yo no sé más. Pero ello es suficiente para recusar a las nuevas generaciones que asumen una gerontofobia u odio a sus antecesores, y tratan de excomulgarlos del arte y del gobierno en nombre de un irvaluado derecho de auto selección. Amo con efusiva complacencia la obra de la juventud, y anhelante la sigo por ver si surge la alta cumbre que hora tras hora invocamos los de una y los de otra edad, más no aceptó la repudiación airada de los mayores, y la califico de un misonéismo al revés. Hemos presenciado en los últimos años, por ejemplo, la actitud de la crítica literaria que las nuevas generaciones hacen de la producción respectiva de sus padres, juzgándola inexistente por sentimental y desmirriada. Con ocasión de cualquier libro de arte que editan los jóvenes cultivadores de la literatura patria, surge, indefectible, la inconsulta apreciación de sus coetáneos de que esa obra representa la primera aurora del arte colombiano, de que hasta entonces habíamos vivido en el limbo del talento y de la expresión artística. Les advierto con amistosa lealtad que los veo descaminados y en trance de grave error. Cada generación interpreta su hora y sus destinos conforme a su temperamento, más nadie escuchó aún en el universo la campana que fije en un determinado instante la culminación de la humana inteligencia. El primitivo y el clásico, el gótico y el modernista contribuyeron con la interpretación de un aspecto de la realidad a la interpretación sintética de toda realidad. Y ¿quién sabe si en la infinidad un punto cualquiera no expresa todo el infinito? Mientras eso no se ilumine, juzgar con la sensibilidad transitoria de una época la labor de todos los siglos es un estrechamiento del campo visivo que trae a mi memoria el manoseado símil de la miopía.

Un pueblo es histórico cuando ha aportado una interpretación del mundo peculiarmente suya. En el curso de esa interpretación se asocian ciertos grupos humanos en un cuerpo de nación que representa una

modalidad de espíritu; por esa modalidad trabaja y de ella cobra sano orgullo, que lo unifica y mantiene en una patria cultural. Aquel espíritu enlaza una generación con otra mediante el hilo sutil de la simpatía, y es a modo de un fondo o capital común que va creciendo al lento avance de las nuevas aportaciones. A más de un sacro depósito de ideales, es surco que incesantemente nos invita, cordial y promisorio, a que sembremos en él las semillas de nuestro pensamiento. Patria y filia otra vez hallamos en su seno, uno a manera de seno de Abrahán del alma de nuestros mayores a donde iremos nosotros también con la hijuela de otras inquietudes. Sin él ¿quién recogería el leve acento de nuestras voces? Él las acoge y depura, él las asocia y hace perdurables, él es quien dilata nuestra personalidad por el laberinto de las edades venturas. Y no solamente a uno que fuera genial, ni a dos o tres privilegiados, pues con sutil ingenio mete toda una generación en un representante, cual si fuese el piloto de proa, y se la lleva mar adentro sobre la ondulación eterna. Por ello las naciones aman instintivamente a sus conductores espirituales. En eso consiste la patria cultural.

Esa patria es tan objetiva como lo son la raza y el territorio, a las veces más aún, porque aquellos pudieron padecer de alguna indefinición, cual ha ocurrido en Colombia, en tanto que la tradición espiritual sí se destaca inconfundible y permanente. Yo diría que la patria colombiana está hecha de fragmentos de alma: Jiménez de Quesada, José Celestino Mutis, Antonio Nariño, José Félix de Restrepo, Francisco José de Caldas, Camilo Torres, Francisco de Paula Santander, Rufino José Cuervo, Miguel Antonio Caro, Jorge Isaacs, Rafael Pombo, José Triana, Julio Garavito, José Asunción Silva, José María Córdova y una buena centuria más de eupátridas la crearon, confundiendo en un solo hogar las lumbres de su mente y el tesón de su voluntad estoica.

Me haría interminable si pretendiese hacer un análisis o siquiera una enunciación adecuada de cuanto obra en el concepto de patria considerado por su aspecto sentimental, el cuarto en el orden de mi estudio, más no en la fuerza y eficacia de sus actuaciones espirituales.

Comenzando por la lengua, he de decir sin vacilación alguna que la coloco en un término medio entre lo sentimental y lo cultural, porque nunca dejé de apreciar un sentido de facultad intelectual en ella, creadora y no solo instrumento, pues si cumple la función suya primordial de ser un vehículo de la mente, tiene, por otro cariz, una virtud catalítica, una acción de fermento ideológico, que nos permite ahondar en la interpretación de los problemas tanto como en su expresión: un vehículo

que sugiere las mismas rutas ideales que es capaz de describir. Esto se vio con estupenda diafanidad en la discusión de los dogmas del cristianismo que emprendieron los padres griegos y latinos durante los primeros siglos de la Iglesia, en la cual la lengua más rica y sutil de los primeros hizo triunfar muchas tesis que la lapidaria precisión de la romana no captó adecuadamente. Véase asimismo en la evolución de la filosofía indostánica, rica en voces de casi impenetrable significación para nosotros, y aún se aprecia en la especulación alemana, en que se da el caso de una lengua que se va formando a medida que se le exigen mayor profundidad y más íntimas distinciones conceptuales.

La nuestra goza de la precisión de la francesa y de la flexibilidad de la alemana a la vez, cuando bien se la conoce y se la maneja artísticamente, cuando se rehuyen sus frecuentes aliteraciones y asonancias y se expulsa de su prosa el ritmo traidor del verso alejandrino, sin padecer, como la primera, de una ordenación de cláusula casi estereotipada, ni tener de la segunda aquel acompasado golpe de atambor que la hace fonéticamente tan dura en la oratoria; mucho alcanza del vigor marcial de la latina, tan grandilocuente y sonora en los períodos ciceronianos que imitaron nuestros abuelos, y aún puede hacerse intensamente musical como la italiana, pero con musicalidad de órgano, polifónica y grave, no almibarada en suaves acentos de violín. Hay que oír cómo canta en labios femeninos madrileños, cómo ruge en la tribuna demagógica, cuán sintética resulta en sus refranes, y es de verla ondulando en el espacioso período de los clásicos o agresiva y escueta en la frase tajante de los libelistas. Rica en voces, multiplica sus haberes por la liberalidad con que las ordena en su cláusula flexible, que puede ir desde una palabra síntesis hasta llenar una página en ondulante juego de frases incidentales y expletivas, todas bien articuladas con preposiciones y conjunciones de indeficiente certidumbre y por la gracia de múltiples adverbios; estupenda ductilidad que le permite la sencillez y el énfasis o serpentinas vaguedad y sutileza, a pesar de que tiene, como cualquiera otra lengua, palabras acaparadoras, que se apoderan de varios significados, como el posesivo *su*, *suyo*, que nos causa una buena cantidad de anfibologías. ¿No ocurre acaso lo mismo en inglés con *to get*, en francés con *même*, etc.?

Rica en voces que casi retratan cuando expresan un significado: *alma* tiene la preciosa diafanidad de sus vocales; *madre* pone vigoroso sentimiento en la primera sílaba acentuada y una entrañable dulzura en la *d* y la *e*, enlazadas apenas por la *r* para la mejor articulación y frecuente

prolongación de los sonidos; *sabroso* sigue el movimiento palatino lingual de la gustación; *libélula* evoca la levedad temblorosa de las alas (...)

Caudalosa aparece en desinencias diminutivas, aumentativas y despectivas, con vislumbres de restricción mental o de caricia, de suave reproche o de velada aquiescencia. En el estilo familiar, por ejemplo, nos ofrece raras combinaciones, como el aumentativo despectivo, cual ocurre en *conversión* por indiscreto; el aumentativo diminutivo, al modo de *mentirosón* por levemente mentiroso; el aumentativo y diminutivo combinados en otra variante, pues decimos *chatoncito* por imperceptiblemente chato, y ese aumentativo contradictorio idiomático *pelón*, que tanto preocupa a los gramáticos: maneras sutiles por las cuales nos evadimos de criticar lo que normalmente es desfavorable, o damos, en fin, a entender que en la imperfección se conserva todavía alguna gracia y donosura.

Asumiendo modulaciones que recuerdan y aún suplen las características de las lenguas tónicas, expresa todos los variados afectos del alma en sutiles flexiones de la voz: *pudiera yo* es una forma optativa negativa elíptica que equivale a *con cuánto gusto vería yo el poder esto que no puedo*; la misma construcción *pudiera usted*, pronunciada de cierto modo, significa *si usted pudiera lo haría para bien mío o para mi mal*; *pudiera ser* denota una vaga esperanza a que se opone recóndita convicción de lo contrario; *que si pudiera* es lo opuesto a saber: *estoy seguro de que lo podré* (...) Y así hasta agotar los matices del pensamiento y del sentimiento.

A ello se añade que sus verbos cumplen funciones más recónditas que las de modo y tiempo, y así los vemos sugerir cortesanía en un *quisiera yo*, duda en *pudiérase ello*, restricción moral en *yo lo haría*, etc. Algunos lamentan que hayan desaparecido ciertos modos y funciones verbales que caracterizan a las lenguas madres del grupo indoeuropeo, mas ello es que por natural e implacable ley los idiomas tienden a la simplificación y a la abstracción, y así vemos que el sánscrito y el griego son más complicados que el alemán, el mismo latín que sus hijas romances, sin necesidad de aducir el típico ejemplo del muy simplificado inglés. Es que a medida que avanza la cultura espiritual, la complejidad fonética y estructural se resuelve en la multiplicidad de las acepciones, porque, siguiendo las normas gramaticales de los idiomas primitivos, se llegaría a una abundancia inextricable, imposible casi de ordenar en la memoria correctamente; basta contemplar un momento el intrincado laberinto del verbo huitoto para formarse justa idea de su imposible adaptación a la rapidez necesaria y múltiples relaciones de una avanzada civilización.

Lástima que la tendencia popular a economizar esfuerzos esté minorando nuestro idioma en su fonética, en el empleo acordado de sus tiempos verbales, en la aplicación oportuna de miles de voces precisas que reemplazamos con el abuso inelegante de las interjecciones, con gestos de la mano o frases de cliché estereotipadas e ineptas. La literatura contemporánea no la defiende, pues optó por copiar la nuda tosquedad del lenguaje suburbano, cuando todos debiéramos tratarla como a la más aquilatada joya de la cultura nacional.

Más frecuentemente entran las emociones infantiles del hogar en este núcleo sentimental de patria, como lo han reconocido cuantos tratan de esta materia, anotando lógicamente la estrecha relación que existe entre los sentimientos de patriotismo y de familia. Desde luego la misma etimología de patria nos conduce a pensar en lo íntimo de aquella conexión, y el hecho ineludible y prodigiosamente fecundo de presentárenos la vida en sus primeras y más perdurables impresiones a través de un ambiente familiar con un temperamento, unos sentimientos y una ideología propios que por muchos años, si no definitivamente, informan toda la sique sujeta a ellos. De aquel grupo de impresiones infantiles se destaca con sello imborrable la influencia de ser que nos dio el cuerpo con su sangre y el corazón con su inefable ternura, al cual todos los hombres colocan en su aislamiento de suprema categoría. Es este un hecho majestuoso que debiéramos entender cumplidamente: ¿por qué una mujer, una pobre y defectuosa mujer a veces, tanto se encumbra ante el hijo y tan enaltecida se conserva en el rudo trajín de la existencia humana? ¿Es acaso el candoroso espejismo de una magnificación sentimental? ¡Nunca tal juzguemos! Ante el hijo la madre piensa y quiere conforme a las normas supremas de su espíritu, es diáfana de intenciones, leal y justiciera. Movida por un recóndito instinto de responsabilidad genitora, depura su pensamiento en las más altas cumbres de la idealidad a ella asequibles, y sobre el corazón del hijo vierte esa idealidad humanitaria en lampos de ternura. Así se aparta ella del conglomerado social ambiente, y empinada sobre valores indefectibles se hace cumbre. He ahí por qué el hombre la verá después solitaria y luminosa. Y cuando a ese don genérico de la maternidad se aunaron personales virtudes que enorgullecen bravamente el afecto de su hijo ¡cuán dulce es quererla entonces ante la faz del mundo!

No exalta mi voz ningún romanticismo literario al evocar esta posición privilegiada de madre. Suelo conservar una actitud dubitativa ante ciertas exageraciones del pueblo en lo que ha dado en llamarse el misterio femenino. La mujer es como nosotros, sino que su centro de actividad

espiritual reside en el amor, por lo que da en préstamo su pensamiento a los intereses del amado, hasta hacer creer al mundo que no sabe razonar sino adjetivamente, que siempre opina por los labios que la besan. Esto nada tiene de misterioso. Confirma que los intereses primordiales, los intereses afectivos, sobre todo, rigen la lógica del pensamiento. Pasada la embriaguez, la mujer recobra la autonomía de sus juicios, y aún cobra caramente, si fue defraudada en sus afectos, la transitoria sumisión. No me atrevería a negar la existencia de cierta facultad intuitiva en la mujer, mas la creo excesivamente rara al menos. En ellas ocurre que es tenaz la meditación de cuanto se refiere al problema de sus afectos, que es tenaz la observación de cuanto con ellos se relaciona, y que por tenaz ahonda en días y semanas, y en años, y es preciso, el análisis de los elementos fundamentales del juicio. De ahí su llamada intuición, que mucho se me parece a una previsión prolijamente razonada en el silencio de su espíritu. Era débil y se hizo cauta. Fue apartada y se tornó sutil. Bajo el mimetismo de la conformidad a las intenciones masculinas, entroniza la misión suprema de su sexo. Me atrevería a decir que no la profundidad ni la extensión del pensamiento, ni género alguno aparte constituye el *misterio femenino*: es su orientación sibilina lo que hace fuerte la feminidad. Pero en el hijo reposa su anhelo, en él rinden la escondida misión todas sus inquietudes, y por eso a él se da en la generosa plenitud de sus potencias.

Y llega uno a otros campos en que el alma amplía sus nupcias con la vida. No es posible que mienta en nosotros el recuerdo, si tan vivo está y ajustado al sentir. Ello es que aquellas emociones ocurrieron en mí con deleitosa naturalidad, casi como si me hubiesen sido anunciadas por los sentidos antes de haberse a ellos presentado, como si las aguardase y en mí tuviesen ya su sitio. El primer conocimiento de los seres, los muebles de la casa, la calle, los campos y la distancia azul del cielo; los parientes, los amigos del hogar, los mismos transeúntes, todos tuvieron un no sé qué de ya visto, de antigua intimidad en otro mundo. ¿Lo recuerdan ustedes también así? Fue una deleitosa maravilla aquella de ver un árbol, un río de rápida corriente rumorosa, que en nuestra pequeñez vimos de orilla a orilla grandiosamente dilatado, el bosque cargado de silencio y perfumado con húmedos aromas, la pradera de gramíneas olorosas a heno y matizada con diminutas florecitas que no escaparon al ojo alerta del niño; el huerto y sembradíos donde la vista holgó en la caricia de los verdes vegetales, el vigor jugoso de los retoños, la florecencia de las plácidas legumbres, la espiga airosa de los maizales, el trigal que ondula jugando entre rumores con la brisa (...) Y para los que nacimos en la tierra fría de la cordillera, aquel

primer viaje a la *vertiente*, aquel deslumbrado mirar con que miramos el platanar munífico, el sombreado cafeto, los naranjos agobiados de frutos generosos, y el cámbulo y la palma que con un solo ejemplar constituyen bello paisaje. Los sentidos todos en junta de chiquillos curiosos se asoman a la vida y hacen fiesta común con sus diversas facultades ante ese mundo vegetal y ese otro de los animales, que de especie en especie vamos mirando y queriendo para indeleble memoria: las aves, sobre todo, y los encantadores pequeñuelos de los mamíferos, finos, vivarachos y esbeltos. Es un ir creciendo nuestro yo con ese mundo exterior, que no parece que nos abarca sino que nos prolonga y diluye en su inmensidad. Ese mundo que alimenta nuestra personalidad, que se hace nuestra personalidad, y luego al sentirnos y sentirlos tan inextricablemente compenetrados, nos revela que somos hijos de la tierra, de una tierra que es nuestra tierra, parte de nuestro yo.

El alma se inclina reverente ante el recuerdo de aquellas horas en que de la mano del varón austero y gentil que guió nuestros primeros pasos en la ruta de la vida, fuimos al templo que simboliza y enaltece la religión de nuestros mayores. Con él, que nos enseñó a amar la lealtad y la justicia y tuvo siempre firme la voz para orientarnos hacia los altos problemas de la cultura, inclinamos la cabeza en la espaciosa nave, entre el cántico litúrgico y la deliciosa humareda del incienso. Inefable emoción de problemas eternos y de incógnitas bellezas se iniciaron entonces. Tal vez, que nadie me arroje la primera piedra, unos ojos suaves, color de Zulia tempranera, matizaban de azul el brillo de las lámparas y de humanidad la elación de lo divino.

No es, pues, solamente un concepto, ni menos todavía una imaginación, esto de la patria sentimental: carne es de nuestra carne, a más de espíritu informado en altísimos sentimientos. En el rumbo versátil de la vida naufragarán muchas cosas que atañen al entendimiento, más aquellas de que se nutrió nuestra emotividad infantil, inerradicables subsisten. Mejores vendrán tal vez, y las amaremos ciertamente, pero no serán de aquella índole primicial en que se arrobó nuestra inocencia al despertar al mundo. Conforme a la famosa ley de los reflejos condicionados que enorgullecen las investigaciones de la sicología contemporánea, el recuerdo, vagamente, y la ternura toda de esas horas iniciales de la vida regresarán al alma a la menor sensación de los objetos que entonces las acompañaron, siquiera sea un aroma fugaz o un leve sonido; de nuevo despertarán como el eco de una música lejana que ondula en el viento fugitivo de los campos (...)

Estas cuatro columnas del sentimiento de patria nos advierten que no hay por qué apresurarnos mucho en la aceptación de ciertas teorías, ya del pensamiento filosófico antiguo, ya de la época contemporánea. Sin duda se puede pensar que la especie constituye uno a modo de organismo con vida propia ante el universo que lo hospeda y lo amenaza, y que, por lo tanto, andan justamente encaminados los pensadores que invocan una ciudadanía universal. Mas yo quisiera indicar que ello en nada se contradice con el concepto parcial de la patria, si por esta entendemos un órgano de aquel organismo, diferenciado para mejor servir a ciertas funciones, administrativa y cultural, por ejemplo. En el estado en que se halla la civilización no puede la humanidad, como antes tampoco pudo, gobernar adecuadamente vastos imperios, de donde la existencia de una ley histórica de limitación de las nacionalidades, de fragmentación ineluctable al llegar a cierta magnitud, del mismo modo que ocurre en la constitución de los cuerpos siderales.

Otra consideración me viene asimismo a las mientes, de una importancia no menos notoria: la de que es un prejuicio el constante aspirar que mueve a los pueblos a constituir gigantescas nacionalidades, en otro tiempo explicable por la intensa necesidad de estas constantemente a la defensiva de enemigos externos y de violentas migraciones. Un estado debe garantizar la realización de las cuatro funciones que hemos analizado, en la seguridad de que mientras más uniforme sea y fácil de administrar, dará mejor rendimiento, obviaré rivalidades, inquietudes internas, disímiles aspiraciones. Tal vez choque este pensamiento con la arraigada convicción que hoy impera en el mundo de robustecer imperativamente las naciones y tenerlas en pie de fuerza defensiva y coercitiva. Más, si es convincente lo que me he atrevido a opinar ante ustedes, que la función suprema de los pueblos es la de aportar a la historia una interpretación espiritual del mundo y de la vida conforme a una sensibilidad propia, todo este desenfrenado tumulto de locas ambiciones que hoy aflige y desconcierta a la humanidad, dejará de ser muy pronto.

Definida así la patria como el instrumento de una misión ideal que se acompaña de los sentimientos básicos del hombre, que por ellos subsiste y se complace en ellos, aparece ante mi espíritu justificada, y mejor será decir enaltecida, la fervorosa devoción con que la amamos. Afortunadamente para nosotros, la nuestra, esta Colombia de las gentiles tradiciones y de promesas ya en floración fecunda, más grandes todavía, no requiere encomio alguno de mis labios para que ante su historia augusta

inclinemos la frente y la voluntad rindamos con la deleitosa embriaguez de un corazón agradecido. Por ella alimentó sus sentimientos en altísimo decoro el hombre a quien rindo en esta hora justiciera alabanza, yo, su hermano menor en las virtudes y en el tiempo.

11 de mayo de 1935

VIII

Semblanza y elogio del R. P. Félix Restrepo

Carlos E. Mesa C.M.F.

Quien acuda a solazar el ánimo y enriquecer la mente, leyendo, por ejemplo, *Astros y Rumbos*, *Diálogos en otros Mundos* del padre Félix quedará maravillado con la versatilidad de su ingenio, la opulencia de sus conocimientos, la multiplicidad de los temas y el señorío con que de todos discurre. Pocos hombres, como él, podrían apropiarse, dentro de lo decorosamente permisible a un sacerdote de esmeradas virtudes, el verso eterno del poeta Terencio:

Homo sum et nihil humanum a me alienum puto

Carlos E. Mesa

VIII

Semblanza y elogio el R. P. Félix Restrepo

Carlos E. Mesa

Señores académicos:

Desde el corredor alto de la casona campestre de San Claver, asentada en un rellano de los declives andinos, tierras abajo del Tequendama legendario, se divisa muy ancho, disparejo, luminoso panorama.

Es grato acodarse sobre la baranda, que exornan enredaderas profusas, pasear las miradas y echar de vuelo el alma por esas vastedades y honduras del horizonte inconmensurable. Al medio día veraniego, bajo un sol de gloria. La casona, entre un espeso batallón de árboles, se arropa en silencio, mientras a lado y lado vigila la crestería de los Andes, que se van abriendo un ángulo y en descenso hacia las hondonadas del patrio Magdalena.

El terreno es quebrado y su geográfica tapicería es multicolor, aunque dominada por los azules del cielo y de las lejanías y por la gama de los verdes vegetales.

A ratos, el joven de dieciocho años -idieciocho años, Dios mío! el alma enjambrada de inquietudes y de ensueños- apostado en el corredor, de frente a lontananzas neblinosas, percibe las tufaradas de los árboles frutales, los aromas errantes y súbitos de limonares y piñuelas o el revoloteo juguetón de los pájaros más lindos o de los colibríes enjogados y diminutos que vienen a libar en las flores de la enredadera doméstica, suspicaces de su belleza y de su libertad. La tarde y el anochecer bajan sobre la casona veraniega y montañesa con una majestad de abrumadora poesía.

En la cordillera esfumada y morenecida ve uno parpadear los collares de luz de los pueblecitos remotos, mientas allá, en el cielo hondo, empieza su desfile lentísimo la más limpia estrellería. En cambio, la noche se puebla del rumor intenso de la vegetación tropical y el muchacho oye aterORIZADO la orquesta polifónica que el viento levanta de los cafetos, de los guamales y de las anchas hojas de las sonantes bananeras.

Hacía ya años que el estudiante de negra sotana y sus compañeros de clerical milicia no habían dejado la primavera sempiterna de la

altiplanicie de Bogotá. Y ahora estábamos viviendo ahí, gozosamente, con el alma joven toda abierta, desplegada y vibradora, el reencuentro con el trópico y sus generosas dádivas de luz, de sonidos, de panoramas y de frutales.

Y sucedió que uno de aquellos días de San Claver, el muchacho de los dieciocho años, observó desde el balcón de sus visiones demoradas y paladeadas, que dos jóvenes sacerdotes aparecían ante la casa saliendo de la sombra de los follajes exuberantes. A poco, el grupo claretiano rodeaba a los dos visitantes jesuitas, dueños de la casona y autores de hospedaje tan jubilosamente aprovechado y siempre agradecido. Treinta muchachos, agrupados en el corredor alto de San Claver, puesto el atento oído, seguíamos sin respirar la exposición amena, sugestiva, iluminadora de este amable visitante, famoso ya en la hacienda y en los quehaceres de la cultura colombiana.

Era una delicia oír a este hombre que nos tenía cautivados con su amplia cultura, con el relato sabroso de sus observaciones y experiencias de viajero, con sus informaciones sobre las universidades alemanas, sobre los literatos españoles o los avances de la filología. Uno, al escucharlo, captaba en el posarse sus palabras una calidez penetrativa, un poder indefinible de persuasión. Uno sospechaba en este sacerdote una maravillosa capacidad para aplicar a la vida sus conocimientos y para capitanear equipos de jóvenes ambiciosos, inquietos e idealistas. Félix Restrepo se nos perfilaba como un profesor de energía y un conductor de varones eficaces.

Acosado de problemas, fatigado de lecturas, ese día de julio de 1934, había dejado su celda de San Bartolomé y había venido a saturarse de luz, de aires limpios, de campestre sosiego; a saludar con la antigua linajuda cortesanía ignaciana a los huéspedes claretianos de San Claver.

Félix Restrepo, entonces en la plenitud dorada de sus cuarenta y siete años, dejaba la impresión de una vida centrada en su misión, de un salubre optimismo cristiano, de una cálida simpatía que invitaba, sin decirlo, a las empresas altas y a los vuelos de cumbres.

Ahí estaba entre nosotros, docto, erudito, síquicamente equilibrado, antioqueñamente campechano, contagiosamente optimista, no infatuado por sus triunfos en la extranjería, soñador de altos destinos para la Colombia de sus antepasados y de sus amores e irradiante de afabilidad y de mesurada euforia.

El hombre grande —y este lo era y nos parecía— puede aliar alturas con benevolencia, seriedad de empeños con gracia de comunicación,

sabiduría con sencillez, inmóvil reciedumbre de ideología con aperturas de cristiana caridad.

A la hora del regreso, que él, por demandas de apetecida excursión, quiso hacer a pie hasta las cercanías del Tequendama, fuimos varios de los que poríamos en acompañarlo hasta el arranque mismo de un camino que desde esa hondonada de cafetos y cañamelares trepa serpenteando hasta empalmar con la carretera del Salto. No recuerdo bien si ese camino, rayado en la pendiente de la montaña, se llama *El Tirabuzón* o si lo bautizó así la hipérbole de alguno de mis compañeros.

De nuevo, en la charla del Padre, acuciada por la juvenil preguntadera, afloraron los recuerdos sabrosos: sus cartas con Marco Fidel, sus estudios por tierras de Castilla y de Alemania, su profesorado en Bucaramanga y hasta una noticia curiosa sobre el primer colombiano, discípulo suyo, que inauguró la malhadada costumbre de suicidarse aprovechando la cascada y la gloria del Salto del Tequendama.

Dicho el adiós y firmada así una amistad que perduró hasta la muerte nos despedimos de Félix Restrepo y retornamos a San Claver por nuestro camino sombreado y refrescado por frondosos ramajes y acribillado entonces por la irrefrenable garrulería de las incontables e invisibles chicharras del medio día tropical.

Ya de vuelta, comentando la visita del jesuita famoso, decía uno de los compañeros:

-Cuando seamos viejos podremos decir con orgullo y dándonos cierto postín.

-Yo, en mi lejana juventud conocí al Padre Félix Restrepo.

Estas palabras los profirió mi amigo en julio de 1934. No sabía él, no podía siquiera imaginarlo, que dos años más tarde, en ese mismo mes de julio, pero ya bajo los soles estivales de Castilla, en los campos famosos de la Mancha, él sucumbiría tronchado por las ráfagas de unas metralletas marxistas. El no llegó a viejo, pero, por designios del cielo, llegó a mártir, que es más apetecible. Y ahora es uno el que, tomando su palabra y cumpliendo su vaticinio, puede deciros, señores académicos:

-Hubo una mañana de mi vida en que yo alterné con un sabio y con un mártir.

De Jesús Aníbal Gómez, testigo de sangre, me perdura imborrable el recuerdo de su alegría casta, de su juventud prometedora, de su oblación a Dios, de su lealtad a Cristo rubricada con sangre en el supremo testimonio.

En cuanto a Félix Restrepo, yo no sabría declararos porque mi remembranza evocadora, en esta noche, lo liga con preferencia, no a su Javeriana soberanamente amplificada para magisterio de Colombia, ni a sus libros, ánforas bellas de pensamiento y de dicción, ni a sus magistrales actuaciones en congresos internacionales, sino a este encuentro primero en el rincón veraniego de San Claver, cuando uno llevaba alucinadamente un corazón nuevo, una inteligencia en surcos, una colmena de ilusiones bellas y el divino tesoro de solos dieciocho años impacientes por entregarse a las más arduas y nobles servidumbres.

No me preguntéis, señores académicos, el por qué de estas asociaciones síquicas difícilmente explicables pero dignas de respeto. Fue, quizás, que hubo entonces el interior y tal vez no formulado reconocimiento de una sinfonía de almas y de ideales: Dios, Colombia, la lengua castellana. O fue también que uno encontró –sigue encontrando hoy mismo– una deliciosa, llana, lograda asimilación entre la casa veraniega de San Claver y la vida entera del padre Félix Restrepo: porque en ambas hay exuberancia, claridad de sol y anchura de horizontes. Gozo de fructificar, gozo de iluminar, gozo de contemplar. Tropical cosecha de inteligencia, espiritual dádiva de luz, pedagógico abanico de caminos y de vuelos innumerables.

Así entendió y se trazó su vida, tempranamente y hasta sus postrimerías, el padre Félix Restrepo y así la consumó, con lujo de espirituales artesanías.

Quién le iba a decir a uno, en ese remoto julio de 1934, que a la vuelta de 32 años, el discípulo humilde, el admirador sin altibajos, el eventual compañero de andanzas madrileñas, había de venir, en este homenaje solemne que hoy le rinde la Academia Colombiana, a pincelar la peripecia de su héroe, a reseñar sus escrituras, a enaltecer sus merecimientos y lo que más abruma a ocupar su sillón, hoy vacante, que fue, por obra y gracia de los predecesores, cátedra de pulcritud, de virtudes y de sabiduría.

Aestesillón, que me ha señalado vuestra benevolencia, me preceden, para íntima confusión, para justificable complejo, para estimulante impulso, dos sombras de alto ejemplo, venerados e inmortales: dos príncipes de la lengua castellana y artífices de nuestra mejor historia: Marco Fidel Suárez y Félix Restrepo, de quienes por supremo encarecimiento pudiera decirse: Nomen elogium, porque, a la verdad, entre varones cultos de Colombia nombrarlos es alabarlos.

Podéis imaginar, señores académicos, el íntimo y casi acomplejante agobio con que hoy llego a sucederlo, la fruición transida de perplejidades y desconfianza con que me dispongo a cumplir vuestro mandato de glorificar con la levedad de mis palabras la heroica y multifacético figura del padre Félix Restrepo y el recelo que me sobrecoge al incorporarme a este cenáculo en que nuestra señora la lengua de Castilla recibe mimos y caricias, cinceladas y orfebrerías de los más egregios letrados de Colombia.

Hace semanas –desde que me sorprendió vuestra inesperada designación- vengo yo preguntándome en la intimidad del alma, el por qué de este nombramiento y la manera sencilla y elegante de daros las gracias.

En realidad, si uno atisba a la redonda por todo el horizonte de la cultura colombiana le es fácil tropezar en seguida con veteranos y aventajados cultivadores de las letras, merecedores de más alto galardón académico. Pero uno se da a cavilar y supone que vosotros al fijar los ojos en el escritor de provincia habéis pensado en la línea antioqueña del sillón P, solo ocupado hasta ahora por dos hijos –y ellos eminentísimos- del valle de Aburrá; habéis pensado en la gavilla de misioneros claretianos que a lo largo de más de media centuria han quemado sus vidas por Cristo y por Colombia; habéis pensado en la presencia de la iglesia en esta Academia de la que se han ausentado en los últimos años sacerdotes de tan holgados haberes y tan limpias ejecutorias culturales como Daniel Restrepo, Uldarico Urrutia, Eduardo Ospina y Álvaro Sánchez, cuya presencia nos hace falta y cuyas obras nos siguen tan presentes.

Si así lo habéis acordado, está bien, señores académicos.

Uno se doblega sumisamente a vuestra voluntad y quiere que el haz de lumbres que habéis proyectado sobre la minucia de mi nombre y la insignificancia de mis escritos se desparrame como cascada de luz sobre mis entrañables rincones solariegos del suroeste de Antioquia, sobre el Instituto Claretiano de Colombia al que puede decirle con el poeta Horacio a su inspirador Melpómene:

*Totum muneris hoc tui est,
Quod placeo si placeo, totum est (...)*

Y finalmente sobre el clero de Colombia que anduvo siempre madrugador y adelantado en las más exigentes faenas de la fe, de la cultura y del patriotismo.

Y para daros las gracias solo me queda recurrir a la fórmula tan acertada, introducida entre nosotros desde Francia y España por monseñor Rafael María Carrasquilla cuyo nombre –lumbrarada de gloria-, rafaguea todavía sobre esta Academia Colombiana. Lo que una vez fue bien dicho no admite ajenos retoques y el plagio no es recusable ni vituperable si honradamente se le pide permiso al dueño y se perpetra a la visa de todos. Por eso, mis amigos y colegas de la Academia: os agradezco que me hayáis hecho académico de Colombia y que me hayáis designado en reemplazo del padre Félix Restrepo. Dios os pague la benevolencia; Dios os perdone el yerro.

Hoja de vida y estudios

Para configurar a un hombre –y más si es grande- hay una misteriosa confluencia de factores lejanos y designios supremos. El padre Granada dijo lindamente que nuestras vidas son hiladas en el telar de los cielos, más arriba de las estrellas; pero los hilos –añade uno- son de esta tierra.

Félix Restrepo fue antioqueño de prosapia, medellinense de cuna, bogotano de adopción, jesuita por elección, español de casta y de estudios, humanista por aficiones e influjos, pedagogo por interiores apremios, cristiano y sacerdote por la gracia de Dios.

Nada sucede al acaso: todo se dispone desde arriba con designios de caridad y todo coopera para nuestro bien cuando se ama a Dios.

En la personalidad poderosa, en la obra vasta y perdurable de Félix Restrepo hay trazas y energías de su raigambre montañesa, de la cortesía bogotana, de la rectitud de Castilla, de la ignaciana *Rattio studiorum*, del impregnante aroma que deja el trasiego de los clásicos helénicos y latinos; de la espiritualidad vigorosa de la Compañía de Jesús y de la elevación que confieren la gracia del Bautismo y la unción del sacerdocio.

Todo ello fue siembra divina; pero todo ello, como la semilla del Evangelio, cayó sobre la tierra gruesa, sobre surcos esponjados, sobre un natural de las mejores calidades humanas y la más generosa colaboración personal.

Fue Restrepo y fue Mejía. Descendió de la tribu bíblica de Alonso López de Restrepo, padre de muchas gentes, autor de progenie innumerable como las estrellas del cielo o las arenas del mar. El es de los grandes de la gloriosa Restrepería, cordillera humana que levanta sus farallones altaneros con el historiador José Manuel, el Larra colombiano que se firmó Emiro Kastos, el mesurado presidente Carlos E., el cervantino hidalgo Antonio

J., el cuentista jericano José, los dos ignacianos Juan María, el latinista y horaciano Daniel, el obispo Manuel Canuto, el humanista oxoniense José María, don Gonzalo, el pensador de los círculos concéntricos y el lingüista don Roberto, que nos iluminó esta Academia. Entre ellos y otros numerosos de imposible reseña, no menor en la gloria, descollante por el saber, la austeridad y los servicios a la iglesia, se levanta, como el ciprés sobre los juncos, Juan Pablo Restrepo, progenitor del padre Félix y cuya semblanza fue troquelada con soberana acuñación de romanos perfiles por la pluma buida de Marco Fidel Suárez.

Por la línea de la madre fue Mejía, también de Mejías esclarecidos en el solar de Antioquia y en las crónicas del país. Baste evocar el nombre de Epifanio, el poeta de *Crepúsculos* y *Auroras*, el cantor bucólico de la tórtola y de la muerte del novillo, el que emuló con Gutiérrez González en interpretar el alma de su gente y el que en el canto del antioqueño rima, es verdad los anhelos de la libertad y el empuje de las revueltas lanzas contra los amagos de la tiranía, pero se detiene más en expresar el gozo del retorno a la vida apacible del hogar en los repliegues de la montaña.

Estudiando la obra literaria del padre Félix el psicólogo descubriría en ella más bien la preponderancia del genio de Juan Pablo que del poeta Epifanio; más la línea recta, sobria y austera de la paterna prosa, que la imaginativa, cordial y correntía del trovador antioqueño.

Del padre Félix nos quedan unas deliciosas páginas de autobiografía:

No fui estudioso en los años de mi niñez, la cual pasé correteando por los potreros de la sabana de Bogotá. Trece años contaba ya cuando entré interno en el Colegio de San Ignacio de Medellín donde estudié los tres primeros años de bachillerato y donde empezó a despertarse en mí el sentido de responsabilidad ante la vida. Todas las materias que estudié me fueron fáciles. El ejemplo de mis maestros influyó en mis resoluciones, mostrándome cómo puede emplearse la vida en una noble empresa apostólica, y a los dieciséis años entré en la Compañía de Jesús.

Vienen luego, para el padre Restrepo, los años de formación jesuítica y sacerdotal: Bogotá y su noviciado con la ascesis ignaciana de reconocida reciedumbre; Oña de Castilla y de Burgos con sus venas anchas, purísimas y hábilmente canalizadas de cristiano humanismo; con sus añejos griegos y latinos y el solariego castellano, nunca tan bien sonante como en las tierras nutricias del Mío Cid Campeador; Walkenburg de Holanda, con su filosofía

perenne, de milenario tronco tomista y vigorosos injertos suarecianos; y nuevamente Oña, para la consumación de los estudios teológicos y la dádiva suprema del sacerdocio en que uno le entrega a Cristo la vida con su carga de juveniles ilusiones, unas tronchadas para siempre y otras florecientes para el servicio de la iglesia; y Cristo a su vez, le entrega al sacerdote su Cáliz de Sangre Divina, su palabra que engendra milagros, sus poderes envidiados por el ángel y el campo dilatado de los viñedos y los trigales de mi Dios.

De 1912 a 1915, interrumpidos según madura tradición ignaciana los estudios eclesiásticos, Félix Restrepo ejercita el magisterio en el Colegio San Pedro Claver de Bucaramanga. Para 1923 ya ha obtenido los doctorados en filosofía y teología por la facultad de Oña y el de pedagogía en la Universidad de Munich; luego reside en Madrid como colaborador de *Razón y Fe* hasta 1926 y allí, en reconocimiento a sus artículos pedagógicos publicados en *El Debate* recibe el nombramiento de Consejero Real de Instrucción Pública hasta que en ese mismo de 1926 Colombia lo reclama y el Nuncio de Su Santidad monseñor Paolo Giobbe obtiene del General de la Compañía que el padre Félix permanezca en su patria, hecho ya –y esta vez para siempre– el bíblico candelabro de muchos brazos encendidos sobre la montaña para maestrazgo de sus connacionales. Después fue director de la Juventud Católica de Bogotá, Prefecto de estudios en los seminarios de la Compañía, cofundador y rector de la Universidad Javeriana, iniciador y director de su revista, presidente del Instituto Caro y Cuervo, director de la Academia Colombiana, miembro de incontables instituciones nacionales y extranjeras, hombre de pluma, de acción y de consejo. Su tarea fue magisterio; su vida, plenitud; su nombre, legión.

El humanista cristiano

En lo que va de siglo la Compañía de Jesús le ha dado a Colombia un equipo de humanistas de aquilatada alcornia.

Junto al padre Daniel Restrepo y al padre Eduardo Ospina, tal vez más bizarro que ellos, más caudaloso en las escrituras, más dinámico en las ejecuciones, más irradiante de juvenil euforia, surge este varón de deseos, caudillo de hombre y artífice de empresas que es Félix Restrepo en quien, al primer vistazo, sorprende uno ciertas notas que lo acreditan como singular humanista; la universal curiosidad de su inteligencia, su trajinar por el mundo de los antiguos clásicos, su atención a los fenómenos

de la cultura moderna, su inalterable actitud de espiritual equilibrio y de cristiano optimismo.

Quien acuda a solazar el ánimo y enriquecer la mente, leyendo, por ejemplo, *Astros y Rumbos*, *Diálogos en otros Mundos* del padre Félix quedará maravillado con la versatilidad de su ingenio, la opulencia de sus conocimientos, la multiplicidad de los temas y el señorío con que de todos discurre. Pocos hombres, como él, podrían apropiarse, dentro de lo decorosamente permisible a un sacerdote de esmeradas virtudes, el verso eterno del poeta Terencio:

Homo sum et nihil humanum a me alienum puto.

El padre Restrepo no achicó sus preferencias espirituales ni parcializó su espíritu. No perdió jamás de vista el último fin del hombre ni el ignaciano lema de la *Mayor gloria de Dios*; tomó la vida muy en serio por lo divino y por lo humano; pero no desdeñó el moderado uso de las demás criaturas que están sobre la faz de la tierra (...) le encantaban el deporte, el cine y la televisión y entendió que también con ellos y por ellos Dios podía y debía ser glorificado.

Yo fui –escribe– el primero que enseñó a jugar fútbol en Bucaramanga y tracé el primer campo para este deporte en el Llano de don Andrés. Pero me sobró tiempo para fundar, en compañía de los padres Joaquín Emilio Gómez y Enrique Torres, la revista *Horizontes*, y así salió a flote mi vocación de periodista que no me ha abandonado en toda mi vida.

Ojeando su bibliografía se verifica que escribió con igual dominio sobre las leyes mendelianas de la herencia, sobre la relatividad einsteniana, sobre los prodigios de la astronomía o los misterios de la subconciencia. Recuérdesse su sagaz estudio sobre la inicial inspiración del poema *La luna de Diego Fallón*. Dispersión intelectual que pudo serle impuesta por las exigencias del periodismo, pero que le venía dictada desde adentro porque tenía refinadamente vibrátiles y captadoras las antenas del alma.

Fue todo un hombre, fue humano, fue humanista. Zambullido en las coyunturas de su tiempo no por eso apartó los ojos del hombre eterno y del mundo antiguo. *El humanismo* –escribió en sus mocedades Ortega

y Gasset- es solo una función del clasicismo. A uno le parece discutible el acerto. Porque en la raíz está el hombre y de ella florece el clásico clasicismo –añadía- solo hay uno; el clasicismo griego. Y los renacimientos serán siempre, forzosamente, un volver a nacer de Grecia, un volver a abrevarse en la energía perenne de las ruinas helénicas.

El helenista

De Grecia nos llegaron y perviven las categorías del pensamiento y las normas inmutables de la belleza, aplicadas después por la cultura de todos los pueblos occidentales. Pero sea como fuere, el padre Restrepo, hombre tan de su siglo y tan de su tierra, sintió un atractivo irrefrenable por las creaciones helénicas, por su lengua que no es ruina ni muerte y por su cultura que vive transfundida y fermentadora en las hablas, en las costumbres y hasta en las formulaciones de nuestra santa religión. Hoy mismo, cualquiera de nosotros, sin percatarse de ello, esmalta con vocablos griegos la más grande de las conversaciones; juzga, según los cánones de la estética griega, las hechuras del más joven artista y bautiza con vocablos helénicos los misterios que introdujo en el mundo del Evangelio.

Es cosa sabida que en París, allá por los años de la Compañía naciente se recelaba del estudio del griego como vehículo fácil de las novedades reformistas. Ignacio de Loyola, advertido de que muchos por darse al estudio de las letras griegas sin estar nutrido de teología, declinaban a insidiosas novelorías doctrinales quiso precaver a los suyos contra posibles y solapadas influencias de la culta herejía.

-Qui graecizant, lutherizant, decían por entonces en París.

Los jesuitas sabiamente cautelados acabaron entendiendo que la lengua griega favorecía el acercamiento a la palabra de Dios y al mensaje del evangelio. El que heleniza cristianiza. Y el padre Restrepo pudo añadir: El que heleniza, castellaniza.

Eso es lo que, en el fondo de las cosas significan sus tres obras: *La llave del griego*, *Raíces griegas* y *la Cultura popular griega a través de la lengua castellana*. Fue este su inolvidable discurso de posesión en nuestra Academia y esta contempló embelesada cómo el padre Restrepo, argonauta de una ingente peripecia mental, usando con garbo su llave famosa, iba sacando de su cofre y mostrando con amenidad y gracia los tesoros viejos y nuevos que él había ido acopiando en sus andanzas y navegaciones por el mundo prodigioso de la cultura popular helénica.

La llave del griego fue obra de juventud. De ella, como de su tratado de semántica, no fácil de superar, podría decir lo que Luis de León del milagro inmarchito de sus poesías: *Entre las ocupaciones de mis estudios en mi mocedad y casi en mi niñez, se me cayeron de entre las manos estas obrecillas, a las cuales me apliqué más por inclinación de mi estrella que por juicio y voluntad.*

Recuerdo que en Madrid, hace diez años, el obispo Eijo y Garay, varón muy versado en diversas disciplinas, a la manera de tantos prelados del renacimiento, el día que invitó a su palacio al padre Restrepo, por el cual demostraba verdadera veneración, le señalaba en los anaqueles de su biblioteca un manoseado ejemplar de *La llave del griego* y le decía:

-Lo estudié mucho hace años y lo consulto con frecuencia.

-Monseñor, decía el padre modestamente, esa obra la hice de muchacho (...)

Estudie humanidades en Burgos y me inicié en el oficio de escritor traduciendo la pequeña Antología de Maunoury, texto francés que me pareció útil para la enseñanza del griego. Mas, al empezar en el célebre colegio de Oña mis estudios filosóficos, me encontré como condiscípulo a Eusebio Hernández, joven de talento poderoso, quien me inició en la lingüística indoeuropea y me propuso que, adoptando el texto griego de la Antología de Maunoury, desechásemos el resto de su obra como anticuada y compusiéramos una obra original. El se encargó de la segunda y mejor parte de ella, Etimología y Sintaxis; yo tomé por mi cuenta el Léxico y reuní en mi comentario, valiéndome sobre todo de los romanistas alemanes Diez, Walde y Karting, más de tres mil palabras castellanas derivadas del griego, cuyo sorprendente hallazgo cautiva a los alumnos y les facilita extraordinariamente el dominio de esta bella lengua.

Lo que esta obra entraña lo dijo aquí con su lenguaje de castellana vestidura y vuelo anchuroso, el doctor José Joaquín Casas, cuando recibió al padre Restrepo en esta Academia.

El lingüista

De Grecia y sus islas, desposadas con la luz, el padre Restrepo navegó hacia las costas de España, gratas a su corazón. De la lengua de

Homero y de Platón a la lengua de Cervantes, de Teresa y de Marco Fidel.

Retorno a mis recuerdos. Es la mañana del lunes 30 de abril de 1956. Del palacio de la Real Academia, basílica mayor de nuestro idioma, en la madrileña calle de Felipe IV, salimos un día de primavera hacia Salamanca, la ciudad que hechiza los ánimos con su historia y su sabiduría. Se está celebrando el segundo congreso de academias, fiesta solemnísimamente de primera clase para todos los fieles de la castellanía. En lujoso autocarro vamos atravesando la tierra de Castilla. Trasmontamos el espinazo roqueño de Gundarrampa, trepado por batallones de pinos y todavía blanqueado a trechos por parches de nieve tardía. Cruzamos la llanura decorada de trigales verdes, de encinares achaparrados, de aldeas grises y dormilonas. El padre Restrepo ya a mi lado. Observa, pregunta, comenta. España lo mantiene asediado de interrogantes. No es la España que él conociera en sus años juveniles, cuando la secular monarquía estaba atardeciendo. Era una España remozada que él reconocía con gozo y ¿me atreveré a decirlo? –Con cierta sorpresa, como de quien debe atestiguar algo que le ha costado admitir.

A la hora del almuerzo nacional él contribuyó como pocos a poner una gran parte de la opinión colombiana del lado de las fuerzas anticomunistas con sus dos libros *España Mártir*, *España Anárquica*.

Ahora, sencillamente y en forma impersonal, se limitaba a proferir:

–Se ha progresado ciertamente. Esta es una España nueva.

De paso por los pueblecitos castellanos, los mismos que uno encuentra en las acuarelas de Azorín, comentaba:

De estas villas fueron a nuestra América hombres de hierro que eran labriegos y resultaron héroes, hoy mismo de estos pueblecitos quietos y silenciosos tenemos allá misioneros infatigables. Esta tierra es de una maravillosa fecundidad humana y espiritual.

El lápiz en la mano y el cuadernillo a punto, copiaba los avisos y títulos de ventas o almacenes que incitaban su atención de lingüista, cuidando de anotar el nombre de la población y de la provincia. Era el lingüista, atento a los fenómenos del idioma vivo. Recordaba uno a don Marco Fidel que durante su excursión por Colombia, cuando se hizo presidente andarín o andariego, iba apuntando así mismo lo que en su conversación con los hombres del pueblo le parecía giro extraño, novedad

reprensible o arcaísmo sabroso. La lengua castellana fue para el padre Restrepo vocación de siempre. Fue desasosiego de sus primeras vigili- as estudiosas, preocupación de su juvenil pedagogía, lucimiento de sus doctas publicaciones, académica inquietud de unidad para vinculación del presente con el pasado, de los pueblos filiales con la estirpe materna. De niño la estudió con tedio; de joven se prendó de sus raíces remotas y del alma de las palabras; ya maduro se dedicó a la defensa de su imperial destino y tuvo la predestinación de morir –cuando Dios quiso- mientras velaba por sus tesoros millonarios.

La producción lingüística del padre Restrepo, dilatadora de su nombre y de su prestigio, lleva la nota de lo original y, para su tiempo, de lo nuevo y de lo revolucionario.

También de su *Diseño de Semántica* decía:

-Fue cosa de juventud.

Dios le otorgó la dicha de componer el mejor de sus libros cuando la vida no le había puesto nieves ni en la cabeza ni en el corazón.

De treinta años, Félix Restrepo estudia filosofía en Walkenburg de Holanda. Viajando, ambicioso de ideas, abiertas todas las puertas y las ventanas de su interior castillo a las luces de la cultura europea, capta con avidez los métodos científicos de la universidad alemana y piensa en el idioma nativo y en el misterio de las palabras.

La palabra tiene alma, tiene genealogía, cobertura, irradiaciones. Le circula la savia por dentro, nace, verdea, se matiza, se diversifica, llega e envejecer, a morir, a quedar archivada como antigualla inexpressiva. Un día los eruditos la catalogan con sambenitos de arcaica, anticuada, rara. El prosista, si la conoce, la rehuye; el pueblo no la entiende. Al padre Restrepo le atrae *el alma de las palabras*. Y compone su *Diseño de Semántica*. Pero él, tan sabio ya, sigue conservando la modestia. El saber, lejos de producirle vértigo y envanecimiento, le inspira desconfianza en lo propio y recurso a los entendidos. Acabado ya el *Diseño* en 1911, lo somete al criterio de Marco Fidel Suárez y de Antonio Gómez Restrepo. Suárez –tal vez mejor hablista que lingüista- ¿o me equivocaré?- le dice: *Es verdadera aplicación de los principios científicos; es libro de profesor, no por la sagacidad y fina observación de los fenómenos (...)* Aún así el *Diseño* permanece inédito hasta 1917. La prisa es mala consejera. Tal vez tendría en cuenta la admonición de Juan Luis Vives en su obra *Las Disciplinas: Concebido cualquier empeño quede advertida la prudencia para no echar al mundo*

alumbramientos prematuros (...) Pero sí es bueno observar que el *Diseño* fue concebido el mismo año que en París se extinguía la vida de Rufio J. Cuervo, lumbrera de la filología en Colombia y en la hispanidad. El joven jesuita colombiano de Walkenburg recogía la antorcha del cristiano viejo, del sabio modestísimo que se nos apagaba en París. Con cuánto garbo la haya portado, con cuánto lucimiento enaltecido lo está comprobando esta sesión y esta presencia vuestra que representa la gratitud y la admiración del pueblo colombiano.

En 1956, por los días inolvidables del segundo congreso de Academias, el padre Restrepo me pidió que lo relacionara con posibles editores españoles del *Diseño*, cuya cuarta edición se estaba agotando. Lo presenté entonces al director de una colección de libros de filología y literatura. Mas, por razones que se me ocultaron, se rechazó la oferta. Supe posteriormente que habían encargado a un joven catedrático la composición de un tratado de semántica más moderno, según decían (...)

Pero el catedrático desistió de la empresa.

A medida —explicaba— que recorro a la obra del padre Restrepo para orientarme, la encuentro tan sencilla, tan ordenada, tan diáfana y aún tan actual en los mismos ejemplos que me siento paralizado para crear obra nueva. Mi libro resultaría un arreglo contrahecho o un plagio vergonzoso. Sin embargo, este discreto y avisado lingüista coincidía con el filólogo francés Maillet cuando estimaba que el libro del padre Restrepo había logrado exponer en un manojo de páginas, de manera clara, matizada, justa, todas las ideas maestras sobre la materia, de tal manera que en ninguna parte se encontrará un instrumento tan bueno para iniciarse en la semántica.

Por los ejemplos españoles tan oportunamente citados, los extranjeros lo encontrarán precioso; y en los detalles él introduce observaciones nuevas, ya que sabe unir el sentido de la lengua literaria con un conocimiento extenso de los hechos lingüísticos.

Al paso de las hojas, ese tratadillo, prodigiosamente sustancioso y sintético, suscita ante el lector el milagro cotidiano del lenguaje viviente, influido y avasallado por la lógica, por la sicología y por lo social, por lejanos pueblos y por diversas culturas. Qué mensajes, qué asaltos, qué reflejos entraña, padece, recibe, emite una sola de esas palabras que nosotros vamos soltando con superficial ligereza! Y de qué manera tan misteriosa, una misma palabra, en diversas lenguas, unas veces se corresponde con estable fraterna fidelidad y otras se destiñe y diversifica.

El gramático

Esa mañana de 1925 un muchacho de nueve años se despierta –lo despiertan- en su casona del marco de la plaza de Jericó, el pueblo encaramado sobre un descanso de los altos farallones del suroeste antioqueño. Sobre la ciudad todavía oscurecida y adormilada llueve tediosamente. El muchacho de nueve años camina por las calles solitarias hacia el colegio de sus pesadillas. En los contornos hay nieblas; en el ambiente, frío; en el alma del escolar, hastío y aburrimiento. Ese día tiene que responder en clase sobre los modos del verbo. Y el niño de nueve años, hace poco arrancado a los naranjos de sus vacaciones campestres y a la cometas voladoras y cabeceantes, lleva en este momento oprimida el alma por decenas de áridas reglas y taladrada la memoria por extrañas denominaciones: ante-copretérito, ante-pospretérito, antefuturo-hipotético (...) Sobre Jericó sigue lloviendo implacablemente. El niño, en la clase, no entiende nada, nada. El niño, de pronto, siente las lágrimas en los ojos y piensa en huir corriendo. Libre como el viento de las selvas antioqueñas, a su casa aldeana de Tarso, donde no hay antefuturos hipotéticos. Pero en cambio hay cariño de madre, mangos, piñuelas aromáticas, naranjos cargados de doradas frutas, cometas para elevar en la tarde azul y caballos para bajar de paseo hasta Bolombolo.

Diez años después, el niño ya joven y desgarrado de sus lares domésticos por exigencias de divina vocación, recibe un día, desde Bogotá, un libro titulado *El castellano en los clásicos* por Félix Restrepo. Abre el primer volumen y lee:

Siempre he recordado con pesar las horas muertas en que en mi niñez aprendí gramática castellana. Siempre he compadecido de corazón a los niños que están estudiando castellano y también a los profesores que lo enseñan. Y más de una vez hice el propósito de componer un manual que hiciera gustoso el aprendizaje más necesario cual es el de la lengua patria.

Esa sinceridad me tornó simpático el libro. El famoso académico había sentido y adivinado los tedios infantiles del escolar de Jericó. Y ahora compasivo y docto, nos brindaba la manera de llegar a la gramática regulada a través de la gramática vivida, sentida y practicada por los magos de la inspiración y de la creación. Uno comparaba su gramática, atiborrada de reglas y conceptos filosóficos, comprobados muy de trecho en trecho

por una frasecilla de Cervantes o un desarticulado fragmento de un clásico desconocido, con esta antología deliciosa, tan hábilmente seleccionada y tan sobria en la regla, en la definición, en el encasillado gramatical.

El padre Restrepo, de acuerdo con los métodos de la moderna pedagogía, hace que a los ojos del niño las reglas broten del mismo idioma vivo y logra que el aprendiz verifique las categorías gramaticales sobre páginas de viviente y ejemplar hermosura. En mi libro viejo –la gramática de mis tedios, de mis odios y de mis antefuturos hipotéticos– el ejemplo era un arbolito o un minúsculo oasis en la planicie calcinada de los preceptos. Aquí el libro era pensil y la regla, como el aroma, se desprendía espontáneamente de los clásicos eternos.

En el prólogo de su libro el padre Restrepo se nos aparece tan dueño de los secretos gramaticales como de los adelantos de la pedagogía.

¿Qué decir ahora del *Castellano naciente*? El volumen es parvo. Uno lo hojea y le parece de sencilla factura; pero enseguida se convence de que ha sido madurado con la difícil facilidad de los sabios que dominan un tema.

Félix Restrepo sabe que el castellano es una lengua semejante al árbol añoso que simultáneamente sostiene el retoño nuevo y la rama seca, la hoja verde y la hoja amarillenta y caediza; el injerto que acaba por ser incorporado o por ser eliminado. Y he aquí que este observador minucioso, este herborizador cariñoso de la lengua se propone ofrecer un muestrario de voces nuevas o nacientes espigadas por él durante una sola semana, del 18 al 25 de junio de 1956, en los títulos o en las leyendas pictóricas de cuatro periódicos bogotanos. No recopila con intención correctiva; registra simplemente el fenómeno léxico; trata de explicarlo, aventura una predicción sobre la suerte que a ese neologismo le aguarda y se ciñe exclusivamente al aspecto lexicográfico, dejando intacta la parte fonética, la morfológica, la sintáctica. La conclusión pone a pensar al gramático, al sociólogo, al filósofo. De 210 neologismos registrados en una sola semana por Félix Restrepo, 61 pertenecen al deporte y 60 a la vida política y social (...) Incitadora sugerencia para devanear en ágil ensayo sobre el *homo ludicus* o el *homo politicus* o sobre la jerarquía de los valores subvertida frívolamente en nuestra época o quién sabe si en todos los días de la humanidad viandante.

Hasta la hora del ocaso el padre Restrepo le guardó fidelidad a la lengua de Castilla, señora de sus altos pensamientos. Y si en *El castellano naciente* recogió en una semana 210 neologismos no reconocidos por la Real Academia, en su trabajo de 1964 sobre *Evolución semántica del*

castellano de Gonzalo Jiménez de Quesada, mostró, a base de un espiguelo en el Antijovio del Mariscal letrado, cuántos términos de buen castellano, traídos a esta altiplanicie por los fundadores de nuestra nacionalidad, han caído en desuso, cuántos han cambiado totalmente de sentido y cómo algunos de nuestros pretendidos colombianismos esmaltan los escritos de nuestro padre y señor don Gonzalo.

En la introducción a su libro *La ortografía en América*, el padre Restrepo habla *tanquam auctoritatem habens*. Hombre con sentido jerárquico, a fuera de ignaciano, pero más atento a las leyes interiores y a los supremos imperativos que a las arbitrarias o anticuadas imposiciones, empieza diciendo llanamente:

La ortografía de la Academia Española no ha sido hecha para los americanos, sino para los españoles. Necesitamos los americanos tratados especiales de ortografía. Las reglas de ortografía que traen los manuales corrientes suelen ser arbitrarias y llenas de excepciones. Proviene esto de que consideran las palabras como bloques cerrados. Yo por el contrario he pensado que las palabras se deben considerar como artefactos y que pueden desarmarse. Al desarmar las palabras sacando por un lado su núcleo y por otro los diversos accesorios, se ve fácilmente que las reglas de la ortografía adquieren un nuevo valor y que no tienen excepciones.

Fue curiosa la peripecia intelectual del padre Félix con respecto a la ortografía. En *El Castellano en los clásicos* acató la doctrina de la Academia en contra de Andrés Bello. Pero ya en su tratado de ortografía se emancipó visiblemente de la Academia y legisló por su propio talante, según su leal saber y entender y finalmente acabó consiguiendo de la Corporación matritense acuerdos y concesiones ortográficas a favor de los castellanos de ultramar.

Bastarían estos merecimientos para granjear al padre Restrepo el título de *gramático* ponderado como altamente honroso por el humanista español Luis Vives, el cual hacía notar cómo Elio Antonio de Lebrija, varón aventajado en varios campos de la cultura humana, se contentó y anduvo siempre muy satisfecha de ser denominado *el gramático*. Y lo fue, por cierto, con lúcida conciencia de lo que la lengua, compañera de las armas, significaba en aquella hora feliz en que se alzaba el destino imperial de España.

El prosista y su claridad

Pero no se detuvo ahí ni se cifró en ello solamente el haber merecer y el justo elogio del padre Félix. Diríamos con la Escritura que en menesteres de idioma, él también fecit et docuit.

Antes que preceptista fue escritor; hizo de prosista antes de ser gramático. Señoreó la lengua y enalteció el castellano más con las páginas creadoras que con la ordenación de los preceptos aglomerados en las antiguas *instituciones* o regulados por la lingüística moderna.

En el prosista fecundo y tildado que fue el padre Félix cree uno que la virtud primera, por lo que atañe al pensamiento mismo, fue el perpetuo equilibrio, la sazónada y sapiente madurez; por lo que toca a la forma, fue sin duda alguna, la diafanidad, aquella *perspicuitas* que el preceptor Marco Fabio Quintiliano consideraba suprema cualidad de la oración. *Oratio cujus summa virtus est perspicuitas*.

Intencionalmente, para aminorar las letras francesas en su cotejo con las alemanas, dijo Ortega y Gasset que *la claridad es una gran virtud del intelecto; grande, pero solo una. No se vaya a creer que pensar claro es, sin más, pensar bien, pensar todo lo que hace falta pensar*.

Por eso, aposta, sobre caso pensado, se ha dicho arriba que en la prosa del padre Félix se dio el feliz maridaje entre la hondura del saber y la transparencia del decir.

No se ha intentado —que yo sepa— el estudio de su prosa, a la luz de los hallazgos de la moderna estilística y al corte y manera que en España se han empleado para discriminar los escritos de Gabriel Miró o de Valle Inclán o en Colombia el frasear magnífico y lujoso de monseñor Castro Silva. Tal vez la tarea resulte más hacedera, más fértil en conclusiones y sorpresas en quienes han trabajado su prosa con esmero de estilistas o de preciosistas. No creo que a este linaje perteneciera el padre Félix.

Pero los críticos de ocasión o de oficio, han dicho con Camacho Carreño que el padre, alumno de la severa escuela ignaciana, prácticamente de la ascética mortificación, tronchaba el halago de la metáfora naciente o acudía a sofocar el brote imaginativo. O han opinado con nuestro docto colega el doctor Sanín Echeverri, que en Restrepo la pasión fue la palabra, quizás un tanto en desmedro de la frase.

Uno, en ocasiones, se ha puesto a cavilar cuál sería el secreto de la diafanidad y tersura de sus escritos. Al hombre lo configuran la raza, los estudios, la función o el quehacer que desde arriba se le impone.

En la prosa del padre Félix hay algo de aquella austeridad nativa, de aquella línea recta y sobriamente adornada que se aprecia en las páginas de su progenitor don Juan Pablo y que Marco Fidel Suárez señalaba en la conocida obra *La Iglesia y el Estado de Colombia*.

Desde su juventud el padre Félix se formó en disciplinas medulares y según métodos de estricta ordenación intelectual. Gran parte de los estudiosos eclesiásticos, por circunspecto servicio a la verdad y al dogma, vigilan y exigen la sustancia del precepto, la precisa justeza de la expresión. Y ello se hace imperativo funcional cuando la vida se convierte en profesión de magisterio y la palabra y la frase con, deben ser instrumentos de la verdad, de la sabiduría, de la enseñanza. El pedagogo debe ser, por excelencia el hombre de la claridad, el dueño permanente del *lucidus ordo* que aconsejaba el preceptor Horacio.

Del padre Restrepo se podría afirmar lo que Eugenio D'Ors dijera en su *Nuevo Glosario* (I p. 607) del humanista español don Gregorio Marañón, que fue por cierto admirador y amigo del padre Félix: *Marañón es, por definición, una mente lúcida. Pertenece a la raza de los hijos de Febo, de los que ya han recibido por patrimonio la luz, sin necesidad de esforzarse trágicamente por ella. Así describe tan bien.*

Hay un estilo, hay una prosa que es la peculiar de los sabios: la que se admira en Jovellanos, en Ramón y Cajal o en Rufino J. Cuervo; aquella que procede de la simplicidad de la idea que más que de vestirse y ataviarse para lucirse en las plazas gusta de llegar hasta la mente en una virginal y paradisíaca desnudez.

Finalmente, el padre Restrepo, aunque hundió y asentó los fundamentos de su sabiduría en el subsuelo del pasado: las lenguas clásicas, los maestros del llamado siglo de oro, la filosofía y la teología perennes fue en todo perfectamente contemporáneo y se expresó a tono con el estilo de su hora.

No se imagina uno al padre Félix atesorando vocablos viejos o frases del siglo XVI como lo hicieron Miguel y Juan Mir y a ratos don Marco Fidel para engastarlos en sus escritos.

En castellano, particularmente desde el maestro Azorín, prácticamente la eliminación y amamos la brevedad, la concisión, la tersura.

Por eso, concluiré con el doctor Sanín Echeverri: *tiene el padre Restrepo una sencillez entre bíblica y litúrgica en la que se encarga la difícil facilidad lograda solo por los escogidos.*

Pero uno añadiría, que a través de la limpia cristalinidad de su prosa destellan otras preesas interiores del buen escritor: tales la amenidad, la gracia, un leve humor dosificado, alguna vez el sarcasmo nunca sangriento y con más frecuencia de la que uno pudiera sospechar, la emoción y el sentimiento. Rectificando a Camacho Carreño diría uno que no fue tan tronchador de metáforas como se dijo ni tan seco y desjugado de sensibilidad. Como tampoco lo fue aquel Ignacio de Loyola a quien una falsa leyenda nos desfigura como espíritu enjuto, ordenancista e insensible cuando en verdad fue hombre de tierno corazón, de cortesanas finuras y de frecuentes y copiosas lágrimas.

Es curiosa la reacción y la observación que una antología de escritos del padre Félix suscitó en el jesuita holandés L. Stinghameer, cuando hizo la reseña en *Les Etudes Classiques* (tomo VIII. 1939, p. 428):

Será necesario —dice— alabar el lenguaje, ese lenguaje castellano tan castizo o la elevación del pensamiento o más aún esa distinción refinada que yo no he captado siempre en España, pero que he tenido la sorpresa de descubrir inexplicablemente entre los suramericanos. ¿No será quizás ese refinamiento personal el que justifica la tesis del autor cuando asegura que en las resonancias de su noble lengua palpita la vida de Grecia?.

Puestos ahora en el apremio de revelar personales preferencias uno mostraría el *Diseño de Semántica* como ejemplo de prosa didáctica en que ciencia y expresión se consubstancian: las *Floreillas Franciscanas en el Nuevo Reino*, como dechado de sabrosa ingenuidad; el discurso académico sobre la *cultura popular griega* como didascalia erudita y amena; el *Diálogo de la Iglesia y el Estado*, primero de su libro de *Diálogos*, por lo sentido, transparente y pulcro de la frase; el discurso inaugural del Congreso de Academias de Méjico, por la cervantina y rozagante solemnidad de los períodos; el que lleva por título *El castellano imperial* sabroso por la evocación de don Marco, por su itinerario histórico de la lengua castellana y por sus ideas optimistas sobre la futura unidad del idioma; el dedicado al *Día onomástico del Libertador*, que recuerda los limpios cromos del maestro Azorín o finalmente el libro de sus postrimerías *Entre el tiempo y la eternidad* por lo denso del pensamiento, la lógica trabazón de las ideas, la madurez espiritual que revela, la suave y serena consolación que respira y que inspira, y la otoñal luminosidad que se difunde con casto brillo de todas sus cláusulas acendradas.

Orlado de prestigio, el padre Félix llegó a ser, en altas ocasiones, la voz grande la patria en tres congresos internacionales: en Méjico, en Madrid, en Bogotá.

En el congreso académico del Méjico el padre Félix, encargado de la oración inaugural, alcanzó con el soberano vuelo de sus palabras una estelar altura para su nombre y una inmarchitable corona para la patria.

En el congreso de Madrid uno pudo comprobar, con indecible complacencia, cómo se consultaba su dictamen, se acataban sus sentencias, se le otorgaban honores, se le citaba a par de Bello, de don Rufino o don Miguel Antonio. Indicio de la simpatía que inspiraba como sabio y como hombre fue la invitación que a él, personalmente, con siete académicos más, entre un centenar, le hiciera don Gregorio Marañón para pasar una tarde en su cigarral y en la ciudad de Toledo:

Aquella ilustre y clara pesadumbre
de antiguos edificios coronada.

Esa tarde –rememoraba el padre Félix- fue como un simposio; en él se hubiera inspirado Platón. Allí se encontraban unidos en el más cordial respeto y la más fina amistad, peregrinos de todos los ámbitos de América. ¡Que grata la conversación, llena de recuerdos vivos, de erudición velada, de gracia chispeante, de reminiscencias literarias (...)!

Ese fue el homenaje del cultísimo español al cultísimo colombiano.

Para unir una vez más –en esa desteñida semblanza y apresura evocación el nombre de mis venerados antecesores- no olvidaré decirlos que el inolvidable congreso madrileño rindió un homenaje al nombre y a la obra imperecedera de Marco Fidel Suárez y fue entonces cuando el padre Restrepo se levantó y con emocionadas palabras dio las gracias en nombre de Colombia por este homenaje *al gran escritor, humanista y mártir*.

En Bogotá, del 26 de julio al 6 de agosto de 1960, se reunió el tercer congreso de Academias de la Lengua. Presidente fue el padre Restrepo y sitio de reuniones este mismo elegante, decoroso, señorial edificio de la Academia, que fue sueño y realización de este varón de deseos y de obras.

Lingüista de afición y de frutos maduros, fue también promotor, defensor y campeón de la unidad de la lengua castellana. Entre la tesis pesimista del sabio don Rufino, mantenida en su declinación crepuscular,

sobre la posible y no lejana fragmentación del idioma, y la teoría de Menéndez Pidal de que *no actúan a ciegas en el lenguaje y que este hermoso idioma, modelado por nuestra voluntad, nuestra inteligencia, nuestra sensibilidad, nuestra fantasía tiene siempre su vida en nuestras manos*, el padre Restrepo se adhería al filólogo español y afirmaba su fe en el quehacer y en el destino unificado del castellano imperial.

En esta Academia viven, trabajan, enseñan los ilustres colegas don Luis Flórez y don Antonio León Rey, que estarán ahora mismo recordando los asertos, las predicciones y las teorías de nuestro llorado Presidente sobre la unidad del idioma, claramente expuestos en *El castellano y sus afluentes* y *El castellano imperial* con que, en gratas solemnidades, dio la bienvenida a quienes son ornamento de nuestra Academia y colegas muy estimados y reverenciados.

La unidad lingüística –pensaba el padre Restrepo– está reclamada por imperiosas razones políticas e históricas y se sentirá más asegurada, en contra de innegables fuerzas disolventes, por numerosos y poderosos factores que la defienden y la facilitan. Tales son la difusión de la escuela y de la prensa en el mundo hispanohablante; la facilidad y celeridad de comunicaciones que torna imposible aquel aislamiento que ocasionó la disgregación de la lengua latina; el invento de las ondas hertzianas que podrían unificar la fonética de todas las Academias para el manejo de esta maravillosa y utilísima herencia común. La causa es noble; la necesidad de unión entre nuestros pueblos, imperiosa; el porvenir de esta unión, brillante y seguro. El padre Restrepo seguía obrando como pedagogo social y creía que a los pueblos, como a los hombres, se les puede instruir, formar y capacitar para que estimen, respeten y defiendan sus más nobles tesoros espirituales.

En actitud de servicio

La vida sacerdotal del padre Félix queda encerrada entre dos libros suyos de directa finalidad apostólica, el uno de su juventud y el otro de su ancianidad. *San Agustín: sus métodos catequísticos, sus principales catequesis* (Madrid, 1925) y *Entre el tiempo y la eternidad* (Bogotá, 1960).

Con el libro agustiniano empezaba el padre la colección *Los grandes maestros de la doctrina cristiana*. En él ofrece una versión clara de los esmacritos catequísticos de San Agustín, enriquecida con erudita introducción, con atinados comentarios y anotaciones. La empresa de traducir a San Agustín no es tan fácil como pudiera imaginarse dado el latín

peculiar y los juguetes conceptuales y verbales de aquel gran retórico africano; pero el padre Restrepo consumó la proeza con su acostumbrada sencillez y diafanidad. Uno de los postulados de la introducción se refiere a la oportunidad de reanudar en las misiones de infieles la primitiva institución eclesiástica del catecumenado. Vivió el padre Restrepo hasta verla decretada por el documento conciliar sobre la actividad misionera de la Iglesia.

En la madurez del ocaso el padre Restrepo sorprendió a sus amigos con una obra cuajada y rezumante de enseñanza: *Entre el tiempo y la eternidad*. Fue su testamento espiritual. Libro de quintaesencias, todo un acervo de saberes y meditaciones cristaliza y fructifica en esta forma exquisita, que tiene la belleza de lo maduro y lo crepuscular.

Su prologista, el doctor López de Mesa, lo encasilla entre los discursos en la noble acepción que este título obtuvo en los siglos XVII y XVIII: *Una tesis preparada con nociones preliminares que la iluminen, enunciación exacta, razonamiento estricto y conclusiones genuinas, útiles al bien común; todo ello incorporado en ágil dicción profesoral, amena, sencilla, pulcra (...)*

Ved aquí algunas de las manifestaciones que nos hace el padre Restrepo:

Ya el sol se pone en occidente. Atrás queda la tierra. Adelante se abre el mar de la eternidad. Mi vida ha sido fecunda. Me encuentro rico en los momentos de emprender el viaje sin regreso. Las sombras de la tarde empiezan a cubrirme de melancolía, pero en el fondo del alma me siento feliz porque me fue dado conocer al Salvador y sé que en pos de El resucitaré en el último día.

Así, con esta majestad de ocaso, con esta serenidad de tarde en la llanura infinita, va llegando el padre Félix Restrepo a la hora del tránsito. Pero el presentimiento de la partida no lo inmovilizó para la acción. Y esta Academia, en particular, le mereció las últimas preocupaciones.

No creo que sea frivolidad acudir a un poema pagano para ennoblecer la muerte de este hombre de Cristo.

En las postrimerías del libro V de la *Eneida*, Virgilio relata la muerte repentina de Palinuro, el piloto de la escuadra y de la nave en que por mares procelosos viajaba Eneas, el predestinado, rumbo a las costas de Italia en donde asentaría los fundamentos de Roma con su ingente mole de imperiales designios.

Pero los dioses enemigos se confabulan y maquinan contra la nave y su piloto. Entonces el sueño leve, deslizado de los astros etéreos, moja un ramo en rocío leteo, soporificado en las aguas de la laguna Estigia y lo sacude invisiblemente sobre los párpados de Palinuro, insomne y velador. Se niega el piloto al sopor insinuante y sigue en su puesto de mando, las manos aferradas al gobernalle y los ojos en las fieles estrellas, amigas de los marineros. Prevalció por fin el sueño indócil e inopinado. Y súbito el dios colérico arranca de su puesto al piloto y lo precipita a la inquietud asidua del mar.

Félix Restrepo, como el piloto de los maravillosos exámetros virgilianos, se mantuvo en su puesto de servicio hasta el minuto postrero, las manos en la rueda del volante y los ojos en los altos luceros que le iluminaron la vida: Dios, la Iglesia, Colombia, la universal castellanía. Solo que en este caso no lo arrojaron las fuerzas coléricas de los dioses malignos. Simplemente, lo llamaban de la Casa del Padre, que tiene muchas mansiones.

Horas antes de morir, el padre Restrepo decía a una de sus hermanas:

-Aquí estoy, en el aeropuerto, esperando que me llamen por mi nombre para pasar a bordo.

Poco después lo llamó Dios, el mismo que le alegró la juventud y le confió un mensaje de valores eternos negociados con la industria del siervo bueno y fiel.

Y él emprendió sin dilaciones el viaje de que no se regresa.

Era el 16 de diciembre. Por los aires azules de la sabana flotaban ya los villancicos de navidad. Félix Restrepo nació para lo celeste y divino, cuando en la conmemoración de la liturgia del Verbo Eterno de Dios se aprestaba a nacer entre nosotros, caminantes del tiempo y de la tierra.

Murió en acto de servicio. Murió en olor de buena fama, en plenitud de hacienda y de gloria. Pasó a bordo y ahora mismo sigue volando, volando, para ocupar la altura que se granjeó con su vida y sus obras, en el cielo de Dios, en la memoria de los hombres, en los más bellos anales de la iglesia y de la Patria.

1960

IX

El castellano filosófico

Abel Naranjo Villegas

En España, más que en otra nación, parece que andan a la par el traje y el lenguaje, tan inconstante y mudable el uno como el otro.

Abel Naranjo Villegas

IX

El castellano filosófico

Abel Naranjo Villegas

Excelentísimo señor embajador de España.
Excelentísimo señor embajador del Perú.
Muy ilustre director de la Academia Colombiana.
Señoras y señores.

Desde hace un tiempo me ha preocupado el reproche a la ausencia de una filosofía española. Ese hueco en la cultura hispana, habiendo tantas obras de pensamiento en ella, aparece a primera vista como un reproche al idioma en que habla esa raza ciclópea que tantas cosas grandes ha hecho en la historia. En realidad, en ella no aparece muy clara esa ocupación íntima y radical que es el filosofar, aquel que no parte hacia una filosofía ya hecha sino que hace la suya, es una de las discriminaciones pendientes que tiene el castellano con otras lenguas. Ese sonar en falso de inautenticidad en lo que llamamos a veces sin mucha humildad y acaso con una cierta petulancia, el pensamiento filosófico español, me ha convocado muchas veces a pulsar la raza primero y luego el idioma para localizar en uno de los dos elementos del origen de esa oquedad.

Si bien la raza brinca de la pulsación sobre la tierra escarpada de Castilla como la vio alguno, *con alma elemental de gigante mozalbete, entre gótica y celtíbera, exenta de reflexión, compuesta de ímpetus sobrios, pícaros o nobles*, su idioma aparece como un instrumento con muchas zonas inexploradas, apto para las más refinadas maravillas del pensamiento, dócil, virginal y fecundo. Si no ha resonado en muchas notas no es porque no las posea sino porque acaso otros afanes más urgentes han lanzado las manos por allí por donde suena más aguda, y la cuerda adormecida guarda avara sus claves en espera de ser llamadas. La que da tan alta y diáfana nota en la poesía no puede ser inepta para la pulsación meditabunda porque filosofía y poesía libran desde hace mucho tiempo litigio de medianería.

El vocablo que he estudiado y cuya lectura ahorraré esta noche¹, me convence hasta la evidencia de que hay que distinguir en el reproche.

¹ Dicho vocabulario será publicado en próxima entrega de este boletín.

El idioma español tiene aptitud para expresar todas las vertientes de la filosofía. Pero la raza española tiene vocación por la filosofía valorativa y no por la metafísica. Cuando el español interviene por las fronteras de la teología, de la moral, del derecho, de la estética, puede partir el sol con los más egregios de otras razas. Pero otras le ganan en aptitud metafísica o lógica. ¿Por qué Suárez y Vitoria escriben en latín la respuesta más fecunda al jusnaturalismo y al internacionalismo de origen protestante? ¿Será acaso por la ineptitud del idioma? No. Yo creo que la universalidad en ese tiempo la tenía el latín y ellos no estaban escribiendo para España sino para el mundo, en una actitud ética esencial que es la que debemos recuperar quienes queremos ser auténticos pero no petulantes con nuestra vocación histórica.

No en vano podemos afirmar que la coyuntura del renacimiento puso a los otros pueblos europeos en plan antropocéntrico mientras España siguió siendo geocéntrica. El teologismo español late en toda su literatura desde que asoma en el siglo XII aquel balbuceo heroico del Mío Cid, con la tosca medida de su ritmo, hasta el *Dios a la vista* de Ortega y Gasset. Creer y pensar son los dos polos que separan a aquellos pueblos y definen para siempre su afán en la tierra. España vive en las ultimidades mientras los otros pueblos europeos saben que su reino es el de este mundo.

Heine decía que si se invitara al pueblo alemán al cielo o a una conferencia sobre el cielo asistiría a la conferencia sobre el cielo. Podría agregarse que el pueblo español en masa aceptaría inmediatamente la invitación para irse de una vez al cielo.

Esta actitud vital de la raza suscita el problema de la ciencia española, tema controvertido aún por egregias figuras de lado y lado. Asentada en las creencias la sicología de ese pueblo mira de soslayo el pensamiento, sin que esto provisionalmente signifique un reproche, sino una observación sociológica. No es, pues, una exageración afirmar que su sicología lo inclina más a la apologética que a la epistemología. Desde este último punto de vista, el intelectualismo científico, lo que pudiera llamarse filosofía española, ha sido, y mucho honor por ello, teología. ¿No es, al fin y al cabo, la más radical interrogación de todo conocimiento aquella que se subraya con una divina signatura? ¿Y no se dijo también que filosofía es un enorme apetito de transparencia y una resuelta voluntad de medio día?

Pero dejemos la controversia para otra ocasión y vislumbremos apenas lo que puede servirnos para las conclusiones de esta querella idiomática en la que defendemos la lengua contra los que hablamos. Porque de todo esto resultará que sentimos con ella pero no pensamos con ella, dejando intacta la potencia expresiva de sus palabras.

Es con azoramiento, asombro y admiración como asumo delante de una corporación tan docta y penetrada de semántica el examen de este problema. Solo esas tres capacidades, exigidas sucesivamente por Parmenides, Santo Tomás y Hegel pueden empujar la curiosidad recelosa y contener la audacia desmedida con que ha de levantarse la piel de muchas palabras para encontrar su carne palpitante y ver cómo a muchas de ellas destinadas a menesteres muy elevados las hemos puesto a desempeñar oficios serviles.

El déficit de vocabulario que muchos han acusado en el español se debe a insuficiencia de nuestra vocación y, como la filosofía ha entrado a ser también una especie de técnica del pensamiento, resulta afectada por la misma erosión. Sin embargo, en el hontanar griego siguen latiendo las raíces capaces de abastecer un inmenso vocabulario científico, de orden filosófico que es el que nos interesa. Las raíces de las palabras como las de los cereales, pueden permanecer mucho tiempo ocultas y renacer después.

Si antes valía contra el idioma el argumento de que ningún libro español podía traducirse adecuadamente a otra lengua. Hoy vale, al revés, el de que las lenguas más extrañas y las ideas más abstractas campean en español, con arreos tan exactos como los que vistieron en su lengua original. Nietzsche, Hegel, Kant, Shopenhauer, Kierkegaard, Zolovieff, Husserl, para citar los más conocidos, han pasado a un castellano traslúcido, con ventaja muchas veces sobre su propio idioma. Bastó que un grupo austero de pensadores y escritores se pusiera a la altura de aquel pensamiento para que el idioma rindiera sus inauditas posibilidades de expresión y belleza. Por lo menos debe hacernos reconsiderar la tesis sobre la ineptitud de nuestro idioma para la expresión del más exigente pensamiento filosófico, el hecho ya evidente de que la transfusión del de otras lenguas al castellano se haya logrado con tanto eficacia.

Sagaces filólogos han señalado el alarmante déficit del vocabulario científico castellano. El problema trasciende los límites puramente filólogos para desbordar hacia otras esferas de consideración histórica, sociológica y vocacional.

¿Es acaso el idioma de Castilla ajeno al espíritu de la ciencia moderna? ¿Tiene el subsuelo del idioma gérmenes y raíces para abastecer un vocabulario científico? ¿Como expresión de una raza heterogénea la vocación de esa raza está lanzada por fuera del área científica de nuestro tiempo?

Todos esos interrogantes deben ser respondidos con alguna precisión y enfrentados con objetividad, en un intento sistemático, quizás no promovido hasta ahora, que yo sepa, con el fin de removerlos con audacia y situarnos filológicamente a la orden del día.

Es esta una tarea que no solo podría competir al castellano sino obviamente, a los idiomas romances que se engendraron en los hornos del latín vulgar, para los que rigen las mismas leyes etimológicas. Ignoro si también desde esos otros idiomas, el francés, el italiano, el rumano, por ejemplo, se haya intentado la empresa de señalar iguales deficiencias y posibilidades. Ni mis conocimientos y capacidades alcanzan a tanto y solo par darle ámbito más valedero al problema voy a hacer la tentativa desde el español. Por eso, aún cuando ya en el uso corriente de las diversas ramas de la ciencia circulen palabras aceptadas por los especialistas, acogeré como dato legal de su existencia en el idioma oficial el que traiga u omita el diccionario de la Real Academia de la Lengua o el de Corominas. Como la empresa debe ser afrontada por hombres de muy diversas disciplinas, yo me limitaré solamente a lo que se refiere al vocabulario filosófico, ya que hoy ha ingresado, en cierta manera, a pertenecer a una técnica especial del pensamiento.

Los tres interrogantes que he puesto deben absolverse orgánicamente sin que sea posible aislar una respuesta de otra. En efecto, si oteamos más allá del latín encontramos en el hontanar griego las raíces, no exploradas todavía, de multitud de palabras que modificaron su significado al verse en el latín, que están todavía congeladas, sin que se hayan extraído al golpe de una necesidad.

Dogmatismo del sentimiento Criticismismo de la inteligencia

Así ocurre con la mayoría de los vocablos que me propongo estudiar al final y que han sido extraídos desde el griego, no por el genio español, sino por genios de otras lenguas, a veces mucho más distantes de ese hontanar. Esto nos sitúa, pues, en el plano histórico para advertir, cómo el desplazamiento de la meditación desde que se operó en el siglo XIV, hacia las ciencias naturales, con preferencia a las especulativas que dominaban la edad media, colocó el epicentro de esas investigaciones en otras razas como la sajona y la teutónica. Ciencias como la física, la biología, etc., han encontrado en esos pueblos sus principales descubridores y ejecutores, correspondiéndole a los idiomas latinos acomodar a su genio el vocabulario

que les llega de ellas para designar multitud de aparatos, funciones y procesos. No podría acusarse al genio latino la inadecuación para esas ciencias, ya que la misma asimilación y perfeccionamiento, muchas veces su descubrimiento inicial, le corresponde a sus pueblos. Pero el desarrollo y el perfeccionamiento que requiere tanta paciencia y tantas erogaciones económicas, le ha tocado al fin a los pueblos sajones y teutones, por un azar de la economía y por vocación esencial de su espíritu.

Ese fenómeno histórico plantea un problema de vocación. Y circunscribiéndonos al área española crece la sospecha de una insuficiencia vocacional de la raza por disciplinas de este orden. La pugnacidad latente entre la ceguedad del sentimiento y el criticismo de la inteligencia se manifiesta en el español en formas visibles y con relieves mucho más acusados que en otras razas. Sin embargo, el problema se complica cuando advertimos la riqueza instrumental del idioma como vehículo de la inteligencia, trasladando a la raza definitivamente esa insuficiencia vocacional para lo científico, mucho más claro cuando en las raíces generadoras del idioma se encuentran las etimologías de cualquier idea científica moderna. La ausencia española en la tarea creadora de la ciencia, si es que logra demostrarse, es, pues, el origen de ese empobrecimiento y no el idioma lleno de latencias para abastecer un caudal inextinguible de vocabulario.

Teología y filosofía: alma y espíritu

Todo esto nos hace pensar que, si España participa en las líneas esenciales de la cultura europea fundada en el pensamiento griego, no cabe en la totalidad de sus categorías. El modelo europeo se acopla en algunos puntos de su estructura; queda pequeño para otros y para ciertas superficies resulta desmesurado. Europa, en general se nos presenta como el continente en que el espíritu, el logos en el sentido griego de la palabra, ha venido cumpliendo una evolución realmente calculada y aprehensible, mientras España se nos aparece como alma, reacia a dejarse atrapar enteramente por ese espíritu. De ahí deduzco muchas consecuencias que explican por qué en aquellos otros pueblos, Francia, Inglaterra v. gr., puede hablarse de que existe un personalismo predominante sobre el individuo, lo que ha hecho posible la estructura del estado; en España es más adecuado hablar de individualismo predominando sobre el personalismo, en cuanto el individuo está mucho más cerca del alma y el personalismo del espíritu. Si adoptamos una general distribución que nos permita situar a Oriente como alma, el continente en que prevalece una ordenación de la vida

desde el punto de vista del alma, contra Europa que es aquel en el que la vida está organizada desde el punto de vista de la razón. España no puede enjuiciarse dentro de ninguna de esas dos exclusivas determinaciones porque participa igualmente de ambas. No podría excluirse de considerarla europea, como se ha pretendido, para disminuirla, pero tampoco podría excluirse de ser considerada como oriental, dándole permeabilidad para vivir en ambos mundos.

No se hasta dónde sea peligroso asentar esta tesis que me sirve al menos para entender favorablemente muchas cosas españolas. Pero su reacia actitud a adoptar el intelectualismo europeo, no puede ser considerada como barbarie sino tomando el tópico antiguo, esa otra forma de la barbarie. Según ese tópico se consideraba bárbaro al que vivía más allá del límite geográfico, allí donde no regían las vigencias intelectuales prevaletientes en ellas. Algo ocurre hoy entre los pueblos que están a la cabeza de la cultura europea en el orden científico, político, económico, con respecto a España. Su vida organizada sobre las categorías de la razón exclusiva, en la que se han desalojado tantas otras posibilidades del alma, rechaza una actitud vital que incorpora la inteligencia también pero no como exclusiva y predominante.

Cuando se nos habla, por ejemplo, del mantenimiento de los valores de la cultura occidental, por referencia a la de los pueblos que las mantienen en la línea puramente racional de su proceso, encontramos un vacío con respecto a España porque no juego aquello con el proceso de su historia y su cultura. Situada en la línea de escisión de Oriente y de Occidente, tal vez sea mejor tomar conciencia de ese fenómeno para encontrar salidas en esta crisis fundamental que está viviendo la cultura. Pero en esta toma de conciencia hay tantas obligaciones de parte de quienes están fuera del mundo de los valores europeos como por parte de quienes están dentro del mundo específico de lo hispánico.

Como no es esta la oportunidad para desarrollar esta tesis que ya he analizado en otra parte² y que solo sugiero ahora para sustentar las conclusiones de este trabajo, quiero decir que es la única posibilidad para enjuiciar la ausencia de un pensamiento exclusivamente español en la filosofía, lanzada como viene la europea desde sus orígenes griegos por la línea de la razón pura, en pueblos que han tenido como centro de gravedad de su historia el pensar, mientras España ha tenido que vivir constantemente preocupada del ser.

² A. N. V. *Cosmopatía y pedagogía*. Ilustración y valoración.

Muy difundida y más o menos exacta es la distribución que se ha hecho de los períodos de la civilización occidental, así:

1º. Predominio de la fe sobre la razón. Primitivo cristianismo. Credo quia absurdum est atribuido a Tertuliano.

2º. La razón al servicio de la fe. La creencia empieza a absorber la filosofía antigua de Aristóteles y surge la Escolástica, cuya cima es santo Tomás de Aquino: *Philosophia est ancilla Theologiae*. Edad geocéntrica.

3º. La razón se emancipa de la fe. Edad antropocéntrica. El renacimiento con su idea del *uomo singolare*³.

4º. La razón previa a la fe. Triunfo absoluto del racionalismo. Descartes y la duda metódica. Criticismo. Teoría del conocimiento.

5º. La razón contra la fe. La conclusión es Marx, que aparece con dogmatismo desconocido antes en toda la historia, iniciada siempre por una concepción de Dios.

Al examinar someramente si este esquema puede ser aplicado en su integridad a España, encontraremos que no es posible. A España la reconocemos en el segundo momento. Acantonada allí se debate siempre contra cualquier interferencia que la lance el mundo exterior desde uno de los momentos posteriores. Cualquier posición que se tome en la filosofía o en la ciencia, que no pregone ostensiblemente la fidelidad religiosa, cae en la sospecha y es repudiada oficialmente como herética.

Creencia y pensamiento

Es tan viva y popular esta actitud mental del pueblo español que allí sería insólita la admonición del cardenal Mercier cuando advertía a los científicos de Lovaina la necesidad de impulsar la investigación científica desde los círculos del catolicismo. El eminente cardenal sostuvo, entonces, este principio: *La fe es un instrumento negativo, no positivo para la ciencia*. Y explicaba que el católico que asumía el papel científico, partiendo de

³ J. Burchhardt. *La cultura del renacimiento en Italia*. Editorial Losada, Buenos Aires, 1941.

la fe, y sometiendo la ciencia a ajustarse a esa fe, fracasaba en uno y otro campo porque, por lo menos, suponía que la verdad científica iba a entrar en contradicción con la fe, lo que no es cierto. La certeza de que la ciencia confirmará la Biblia es la más prudente adhesión a la fe cristiana, cuando al final de todo se fundirán los dos orbes: Fe y Razón.

Si localizamos la situación histórica de la raza en el segundo momento del esquema, podemos entender mejor sus limitaciones y posibilidades. *Al fin cada raza es un grupo único y cada idioma es la forma en que actúa una sola conciencia vigilante, que reúne a muchos seres individuales. Nunca podremos llegar a los últimos conocimientos sobre la raza y el idioma, si no los estudiamos juntos y en continua comparación, dice Oswald Spengles*⁴.

Pues bien. Tal como veremos en otra parte de este estudio, la floración renacentista hispana que coincidió con las primeras bases de la gramática española, en la filosofía no se apartó de la referencia católica y su temática fue desarrollo a veces extraordinario e inexplorado todavía, de la temática medieval. De esos temas siguió viviendo España hasta muy recientemente, por lo que puede afirmarse que en su filosofía sigue siendo esencialmente teológica. No olvidemos que esta se ajusta exactamente al genio de la raza que ya hemos descrito, porque filosofía es logos mientras teología es, en cierto modo alma, si seguimos la filosofía contemporánea. A través de la teología España expresa su más íntimo ser, mantiene su nivel con la expresión literaria que le es propia, sin extraviarse por caminos que no dicen nada a su vacación. Después de irrumpir en el ámbito español, la generación que analizaremos más adelante, se observa que todo el material aportado por ello en temas, suscitaciones, estilo y hasta vocabulario vuelve otra vez a convertirse más en expresión de teologismo, más o menos novedoso y brillante, que en filosofismo. Es interesante seguir este proceso a través de la generación que tiene curso oficial hoy en la península y conversar con ellos para darse cuenta de que sigue gravitando el fenómeno de lo popular aún sobre estos temas. Ciertamente barroquismo en la expresión vuelve a denunciar el fenómeno de sometimiento a exigencia multitudinaria, en movimiento que no se sabe hasta dónde es auténtico y dónde empieza lo simulado.

La temática de esta teología filosófica no tiene mucha diferencia con la de su literatura porque, a través de todos los tiempos, ella sigue

⁴ Oswald Spengles. *Decadencia de Occidente*. Tomo III, pág. 161. ed. Espasa Calpe, Madrid, 1940

siendo la vida, la sangre y la muerte y alrededor de estos temas centrales las variaciones inmensas que van desde la épica más sonora hasta el misticismo transido de la visión beatífica, pasando por la sangrienta arena de los circos. Por eso, comparada con toda la temática del resto de Europa, demasiado elaborada, esta aparece virginal y violenta. Con razón en ciertos períodos ha servido para abastecer de materia prima la manufactura literaria francesa e italiana, como lo ha mostrado documentadamente Guillermo Díaz Plaja⁵.

De todos modos este teologismo popular ha mantenido en España dos puntos de vista que explican en mucho su historia y el aislamiento de Europa: 1º. Su además de totalidad que no juega con el sistema del equilibrio internacional europeo. 2º. Su sentido misional y dogmático que lo constituye en el pueblo evangelizador por antonomasia. Ambos puntos de vista desalojan la posibilidad de una actitud filosófica asordinada en los menesteres de lo singular y elaborado que supone toda filosofía. Su sed de trascendencia, por otra parte, colma su ser todo y no le interesa que se le tenga en cuenta en planos que considera inferiores a su vuelo. Como dice por allá uno de sus poetas: *Yo no digo mi secreto sino a quien conmigo va*. Sin embargo, vale la pena de considerar cómo, cuando se afronta la impopularidad, el idioma tiene flexibilidad para adaptarse a las más refinadas exigencias del pensamiento tal como ha ocurrido siempre con pensadores aislados, pero con más evidencia en la época contemporánea en toda una generación de pensadores.

La ciencia española

No puedo referirme en detalle a la vasta polémica inconclusa sobre el problema de la ciencia española. Solo anotaré de paso, y para conclusiones posteriores muy decisivas, que la actitud del español ante el mundo es singularmente una actitud vital. Esta actitud no descarta, como es obvio, la inteligencia sino que la supone. Lo que quiero decir es que, en todo caso, la actitud del español no es intelectual exclusivamente. Y esto cuenta no solo para la acción sino para la ciencia.

Cuando surgió la polémica sobre la ciencia española, 1876, Ascárate advirtió perentoriamente la esterilidad de la ciencia española,

⁵ G. Díaz Plaja. *Hacia un concepto de la literatura española*. Edic. Espasa Calpe, 2ª ed. 1945. son muy interesantes a este respecto los documentos de Alfonso X, Las partidas, El infante don Juan Manuel, Juan Beneyto en *España y el problema de Europa*. Espasa Calpe. 1950

adjudicándole causas políticas. La réplica la hizo nada menos que don Marcelino Menéndez y Pelayo con aquel su *generoso y derramado entusiasmo patrio que le era tan propio*⁶.

Don Marcelino adujo una documentación muy extensa para demostrar la contribución española en teología, filosofía, derecho, medicina, artes militares, etc. No se acostumbraba todavía en España una clasificación más especializada entre ciencias de la naturaleza y ciencias de la cultura. La respuesta, en todo caso, suscitó nuevos contendores como Manuel de Revilla, Salmerón, Pidal y José del Perojo, etc. Para los efectos del presente trabajo, solo cabe destacar el acontecimiento de esta polémica realizada en la propia España por contendores españoles y que además, se circunscribió a los siglos XVI, XVII y XVIII.

Los negadores de la ciencia española, Ascárate, Revilla, Salmerón, del Perojo, etc., dijeron, en todo caso, que aquella contribución tenía solo un volumen nacional pero no trascendía los límites de tiempo y espacio españoles. Nadie intentaría ir a buscar ciencia a España cuando la encontraba en Francia, Alemania, Inglaterra, con posibilidades de consumo en todo el mundo. Los afirmadores de la ciencia española, Menéndez y Pelayo, Pidal y Mon encontraban superior aquella contribución española en todos los órdenes porque había mantenido una línea tradicional e histórica que a España le interesaba mantener.

Desde el ángulo más o menos especializado que estoy intentando, el de la filosofía, el repaso de esta polémica me suscita una primera observación que explicará al final muchas reflexiones. Es la de que en el terreno filosófico del español de aquellas centurias se movió exclusivamente dentro de los límites de la filosofía escolástica y sus temas no salieron de ella. Posiblemente en ningún otro pueblo de Europa aquella temática se ajustó tan exactamente a los requerimientos intelectuales de sus expositores. Tanto es así que en la interesante polémica se acantonó al final en distingos sobre cual de los filósofos enumerados era más o menos católico, llevándose de paso, a los contrincantes. Aparece así el renacimiento español, dotado de una riqueza de nombres extraordinarios en el ámbito de la filosofía, sin salirse una línea de la ortodoxia religiosa más exigente, pero también participando del anhelo de renovación que con Luis Vives, permite hablar de cierto erasmismo español. En realidad el renacimiento puede salvarse filosóficamente en España con los nombres de Juan Luis Vives y el padre Francisco Suárez. Su obra, sin embargo, tuvo

⁶ Pedro Laín Entralgo. *España como problema*. Pág. 42. Ed. Ensayistas hispánicos. Aguilar. 1956.

influjo intelectual fuera de España porque, curiosamente, España escucha pero no obedece a sus pensadores.

En todo caso, si se escruta en las obras de todos los que en España escribieron filosofía en el renacimiento no se encontrará ninguno que hubiera movilizado temática distinta de la tradicional que venía de la edad media. En la erudita enumeración que hizo en la mencionada polémica don Marcelino Menéndez y Pelayo, así como en la no menos erudita y copiosa que publicó recientemente don Marcial Solana⁷ aparecen dioses mayores y menores, casi todos menores, entre los cuales no es posible hallar un tema distinto de los que ya había sido debatidos en la edad media. Ciertamente, como anota el mismo Menéndez y Pelayo⁸, amputándole a esos temas el ergotismo y los signos de decadencia y montándolos en una prosa más fina y garbosa, seguían así el impulso esencial del renacimiento que fue procurar la brillantez de la forma. Alonso de Herrera, Gómez Pereira, Miguel Sabuco, Juan Huarte, Francisco Sánchez (el brocense), Francisco Sánchez (el escéptico), Pedro de Valencia, León Hebreo, fray Luis de León, Foz Morcillo, Miguel Server, etc., son todos expositores brillantes de sus respectivas tendencias filosóficas y ninguno de ellos acostumbra salir de la temática que venía de la época medieval, mejorándola. La teología, previa a toda filosofía medieval es el secreto de esta adecuación al alma española y explica por qué en su afán de acción se la hace servir más bien a la apologética que a la epistemología.

Una vida urgente

Comparada con los otros pueblos de Europa la vida del español aparece urgida y urgente. Siendo el lenguaje la expresión social de la vida, debe afectarse por esta situación histórica de quien lo habla. Perspicaces observadores han señalado ya que el español es un idioma militar⁹, de carácter imperial, con entonación épica propensa a la declamación y al grito. Las virtudes castrenses que proliferan en él, ciertamente no le quitan otras aptas para la medicación, pero, como función que es el lenguaje del pensamiento, si este órgano no ejerce acaba por atrofiarse. En el poema de Almería de autor anónimo se decía ya que *la reciedumbre del acento*

⁷ Marcial Solana. *Historia de la filosofía española*. Ed. Real Academia de Ciencias Exactas, Física y Naturales. Madrid, 1941.

⁸ Menéndez y Pelayo. *La ciencia española*.

⁹ Juan de Valdez. *Dialogo de la lengua*. Edit. Espasa Calpe.

castellano resuena como trompeta en tambor¹⁰. Y José Francisco Pastor dice que es una lengua que impera, exclama y grita¹¹. Lope de Vega dice en su *Arte de hacer comedias* que se acomoda al gusto bárbaro de su pueblo, y cuando he de escribir una comedia, encierro los preceptos con seis llaves¹².

Cristóbal de Villalón pedía que la ensalzásemos, la guardásemos y la puliésemos y Cervantes en la *Galatea* dice que hay que abrir camino nuevo que es ese de levantar la lengua de su decaimiento ordinario para que se vea cómo la lengua castellana ofrece campo fértil y espacioso, para descubrir la diversidad de conceptos.

Francisco de Medina, a su turno, afirmaba que todos encendidos en sus amores la sacaremos, como hicieron los príncipes griegos a Elena, del poder de los bárbaros. Esto en cuanto se refiere a autores del Siglo de Oro, cuyo mérito esencial fue precisamente el haber convertido el español en una de las más cultas que se hablaban o escribían en Europa. Ya en nuestra misma época se insiste en estos requerimientos y Pedro Salinas escribe:

Nadie que conozca la historia de la expresión literaria, podrá dudar de que su afán, productor de obras de arte admirables, tuvo como segundo beneficio, el ir adiestrando el idioma, en todos los órdenes, haciéndolo, unos más numerosos, otros más conciso, estos más complicado y sutil, aquellos más limpio y traslúcido, para que hoy lo poseamos en alta riqueza de registros, instrumental comunicativo de nuestra intimidad muy superior en matices, en finura y en posibles variedades¹³.

La vigencia de la constelación literaria del Siglo de Oro, episodio singular en la cultura europea, se debió más que a la repercusión de la boyante economía imperial de aquel momento, como lo explican con simplicidad los marxistas, a un afán consciente por encontrar formas refinadas y estilísticas del idioma. Aquel esfuerzo de Cervantes, los Luises, Herrera, Tirso, Lope de Vega, Calderón ¿qué es, sino el afán de llevar a las más altas cimas de la expresión formal un idioma que venía sirviendo para los afanes políticos de dominación? Fernando de Herrera le atribuye al ejercicio castrense del lenguaje su desentendimiento de otros menesteres más decisivos en la dominación de la inteligencia. *Ocupados en las armas,*

¹⁰ José Francisco Pastor. *Las apologías de la lengua castellana. Clásicos olvidados*. Madrid, 1929.

¹¹ Idem op. cit. Pág. XIX.

¹² Lope de Vega. *Arte de hacer comedias*.

¹³ Pedro Salinas. *El defensor*. Edit. Universidad Nacional de Colombia, 1948. págs. 246, 247

*dice, con perpetua solicitud hasta acabar de restituir su reino a la religión cristiana, no pudiendo entre aquel tumulto y rigor de hierro acudir a la quietud y sosiego de estos estudios, quedaron por la mayor parte ajenos a su noticia*¹⁴.

Este continuo guerrear de ocho siglos contra los moros es una de las más decisivas causas para que se produjera en España una escasez con respecto a los otros pueblos europeos, particularmente en el grupo de la llamada Romania. Mientras en esos otros pueblos había prácticamente dos lenguas, la vulgar o popular y la literaria, con estratos bastantes definidos por las respectivas gramáticas, la primera directa y abigarrada para el entendimiento de todos, la otra destinada a cumplir las formas exigentes de la inteligencia, concisas, rigurosas y sobrias, en España hubo tres compartimientos que eran el del pueblo, el clásico y el artificioso. El clásico correspondía a todas aquellas virtudes intermedias del idioma culto en Italia o Francia, por ejemplo, lo suficientemente estilizado para ser pulcro y lo decididamente claro para ser entendido por todos. Pero estos compartimientos idiomáticos españoles, espejo de su contradicción íntima, eran impenetrables, explicando el problema de que, mientras sus legiones se esparcían por todas partes, imponiendo su lenguaje, no llegara hasta las tierras ocupadas el lenguaje acendrado sino el tumultuoso, impreciso y fantástico que explica por qué no ha avanzado como otros idiomas menos numerosos y más cautos.

Polaridad verbal

La victoria del Siglo de Oro consistió en que su idioma sirvió de cauce a todas las pasiones y sentimientos, a las ideas y potencias que germinaban en el alma refinada o popular. En cambio, el artificio idiomático no hizo sino poner en clave de sol la imprecisión y vaguedad popular, elevándola a la categoría de refinada y culta. Este culteranismo alcanza a veces formas irrevocablemente poéticas, tan finas y decisivas como las de Góngora. España, desde entonces, oscila entre un polo y otro, sin detenerse en el intermedio que representó el idioma del Siglo de Oro literario. Hablo naturalmente en el sentido colectivo y no en el de minorías literarias. Porque lo que el pueblo como tal acoge es una de las formas radicales del habla. Se produce así el fenómeno de la opacidad, el de la campana neumática,

¹⁴ Cit por Vossler. *Introducción a la literatura española del Siglo de Oro*. Espasa Calpe Argentina. Pág. 18

la oquedad de la resonancia que muchos sociólogos han considerado como esencial para que se produzca la obra del pensamiento. La filosofía, clara está, hecha de *audacia y rigor* no ha tenido un idioma que sea a la vez refinado y popular, es decir que tenga formas adecuadas al entendimiento culto y al pueblo que desee comprenderlo. El estilo clásico intermedio entre los dos idiomas del pueblo y los cultiparleros no alcanzó vigencia sino muy breve y de segunda categoría, anota sagazmente Carlos Vossler¹⁵. Y, sin embargo, también el pensamiento de este Siglo de Oro es confuso y contradictorio. No podía encontrar el siglo XVII español un pensamiento claro, lógico, luminoso y alegre, porque su conciencia transida de sombrías nostalgias, ansiaba evadirse en sueños de la razón, descansar en oscuros sentimientos, entregarse a la pirueta del neologismo y del concepto; y cuando ha de interpretar la realidad, se complace en hacerla más triste y plebeya, con esa delectación morbosa del hombre humillado que goza participando a los demás su propia desgracia y acentuando el perfil de su tristeza. El pensamiento, el arte, la cultura española no fueron –casi nunca– clásicos sino románticos; el medio geográfico, la sangre de su raza, los acontecimientos de su historia, moldearon su predilección por lo instintivo, sentimental y lírico, por la espontánea explosión de una sabiduría activa que afluía en los despiertos sentidos del pueblo con dramático patetismo. Para ser filósofo de refranes, pintor de piedades, escultor de sepulcros, arquitecto de catedrales o músico de cantar hondo, no hacía falta conocer la Lógica de Aristóteles ni traducir a Virgilio, sino encontrar en sí mismo, entre miserias y soledades, la oculta fibra del sentimiento¹⁶. Esta especie de metafísica del idioma que es la fantasía soplando detrás de él, es, pues, imputable al pueblo y no a sus órganos de expresión. Cada vez que el castellano se expresa con exactitud, es decir, que se habla o escribe ceñidamente es exacto y, en cambio, incorrectamente hablado o escrito, es tremendamente vago e impreciso.

Improvisación

El carácter ibero declamatorio y abundante tiene una prueba tácita, exigida para el que quiere dirigirse a la multitud, y es la improvisación. La seducción notoria en sus públicos por el que es capaz de hablar

¹⁵ C. Vossler. Introducción a la literatura española. Edit. Losada, pág. 20.

¹⁶ Antonio Igual Ubeda y Juan Subías Galter. El Siglo de Oro. Edit. Seix y Barral S.A. Barcelona, 1951, pág. 76.

desmesuradamente *sin papel*, es una consecuencia de que su palabra no apunta tanto a la razón como a la fantasía, porque esta es la que aman sus gentes. Puede decirse, sin peligro de equivocarse demasiado, que un público español no va a escuchar a alguien para convencerse sino para conmoverse. El acto reflejo previo de la conmoción es indispensable para el acto de la convicción. Y hasta tal punto se sobrevalora esta capacidad que Menéndez y Pelayo, para citar uno moderno y crítico, al hacer el paralelo entre Balmes y Donoso Cortés, reprocha en Balmes la sequedad de su frase, esa medida catalana vecina a la francesa; en cambio, exalta sobre él, como filósofo, a Donoso, por la impetuosidad y sonoridad de sus períodos. Hasta la imprecisión en el juicio aparece cuando, para exaltar su capacidad de conmoción, dice de Donoso *más que filósofo, es discutiador y polemista*.

El discurso metódico, encaminado a plantear problemas o a resolverlos carece de sentido ante el espíritu español si previamente no lleva los elementos de la conmoción. En los diálogos de Juan Pablo Corner¹⁷ se lee ese reproche tácito cuando dice pintorescamente: *En este sitio no se consienten supercherías ni absurdos que no procedan de la fuerza extraordinaria de un talento grande e inimitable hasta en sus errores*, dice un delgado de Apolo a alguien que presume de filósofo, y continúa: *Ni conozco al autor de este libro; y si lo conociera, hubiera remitido su censura a otro de mis compañeros. Su objeto fue unir la filosofía con la elocuencia, y la parte filosófica la empieza a desentrañar levantando un montón de testimonios a los oradores de Grecia y Roma, y la parte oratoria la desempeña corrompiendo casi a cada cláusula el idioma en que escribe. Sin embargo, no me atrevo a resolver que este libro vaya a acompañar a los que se han amontonado en el patio para que sirvan a la construcción de la pira. Tomadle, volvedlos a España con él, y que le depositen allá en sus magníficas bibliotecas los filósofos que necesitan ripio para completar el diccionario filosófico-hispano-galo ridículo*.

El bonitismo

Un idioma espontáneo, más o menos tardío para llegar hasta la gramática, expresión de un pueblo también espontáneo y fantasioso, está esencialmente predispuesto a ser vehículo de la improvisación. Nuestro

¹⁷ Juan Pablo Corner. *Exequias de la lengua castellana*, pág. 88. edit. Espasa Calpe.

*lenguaje español, hecho más por arrieros que por chambelanes*¹⁸ con un predominio de espíritu militar notorio en la península y, según la autoridad irrecusable de Corominas, particularmente de tipo castrense marítimo en América, sirve de instrumento de comunicación a un pueblo que mantiene esa tradición, sin que haya sido posible que penetren en él tipologías que han modificado a los otros pueblos europeos, como la industrial sobre la guerrera, rechazada siempre en España como una expresión de burguesismo satisfecho.

Este rechazo popular a lo egregio y elaborado, el plebeyismo ya señalado para el arte, es esencialmente hijo de la improvisación y de allí que el blanco estético al que apunte sea uno que pudiéramos llamar el *bonitismo*. Cierta ramplonería esencial al requerimiento popular que no deja como modelos aquellos matices estéticos que van desde lo gracioso hasta lo refinado sino que se consagra como *bonito*, le da más posibilidades a la estupidez y a la improvisación que a la elaboración.

Pero lo decisivo en esta disquisición es que le otorga predominio al raciocinio por imágenes sobre el raciocinio por conceptos. La ambición oratoria de conmover desaloja la posibilidad del raciocinio fundado en conceptos, ilustrado posteriormente por una imagen deslumbrante y luego deducir también en imágenes evanescentes las conclusiones más rudimentarias.

Pantomima y expresión

No sería ocasión esta de aludir extensamente al fenómeno pantomímico del hablar español, porque el gesto del español, quizás el más rico de todos, es una especie de raíz etimológica del idioma. El español es el hombre que habla no solamente con las palabras sino con los gestos. El rostro entero ofrece toda una rica orografía por la que intervienen todos los sentidos. Es, por eso, un hombre que no lleva al teatro la superdemostración de la vida sino que el teatro lo está haciendo en la plaza con una gesticulación contagiosa y expresiva que hace aparecer lo escrito como una acuarela sin colores. Naturalmente que la traducción a otro idioma, amputada de las imágenes y de los gestos, deja un mínimo de ideas desniveladas con el pensamiento y la sensibilidad de otras lenguas.

¹⁸ Ortega y Gasset. Ub comp. pág. 437, Tomo V.

Cervantes¹⁹, simbolizando en una mujer la comedia española, advierte paladinamente:

No soy mala, aunque desdigo
de aquellos preceptos graves
que me dieron y dejaron
en sus obras admirables
Séneca, y Terencio y Plauto.

El fallo crítico definitivo sobre la obra o el discurso no está referido a la minoría sino a la muchedumbre. De ahí el patetismo esencial, el énfasis, la agresividad, el cúmulo de interjecciones y hasta esa petición de principio que es a la lógica lo que el seugma a la gramática. Vossler ha señalado con agudeza la frecuencia del fenómeno del seugma imposible en idiomas como el francés o el italiano, que hace imprecisa la frase, tendenciosa y de doble sentido. Al verter a otro idioma es necesario disolver esos seugmas, repitiendo el concepto que el español da por sabido del público al que se dirige. Grillparzer²⁰ anota lo siguiente: *Un vocablo que sin mayor acentuación surge en la primera parte de la frase para designar un concepto accesorio, es convertido repentinamente en sujeto u objeto de la segunda parte, sin llamar la atención sobre él por la repetición de la palabra.* Trae como clásico ejemplo el relato del Quijote en que la hermosa Dorotea explica con frase de doble sentido la pérdida de su virginidad: *Fernando apretóme más entre sus brazos (...) y con esto, y con volverse a salir del aposento mi doncella, yo dejé de serlo o no me canso de mi gusto. Yo pienso que vos lo váis (cansado). Tantos desvelos por vos, yo lo estoy de tal manera (desvelado), la vuestra imagino yo por mi pasada tristeza, etc.* Vossler solicita ahincadamente en su obra que se haga un estudio, no estilístico sino sicológico, pidiendo una estadística del fenómeno, ya que él, dice, *nos ofrece la posibilidad tangible de percibir plásticamente la compenetración secreta y sentimental y el acuerdo tácito entre el autor y el público. Cuán largo ejercicio y qué dúctil adecuabilidad en oyentes y lectores no supone el entender inmediatamente y a medio camino y apenas pronunciada la voz del poeta, predicador o escritor, y el complementarla añadiendo a ello lo que aquellos dejaron sin expresar, bien por falta de gana*

¹⁹ Cervantes. Rufián dichoso.

²⁰ Franz Grillparzer, cit por Vossler. *Introducción a la literatura del Siglo de Oro*, pág. 38.

*o paciencia, bien por pudor, orgullo o capricho, bien por apresuramiento, descuido, comodidad, en fin por un exceso de entusiasmo o pasión*²¹.

La precipitación de los vocablos y el tumulto de los sentidos, por otro lado compartidos, destruyen en el orador la economía de palabras y de pasiones. No es el seugman un fenómeno de economía sino, precisamente, de soslayado y malicioso énfasis de la palabra.

En el uso popular del lenguaje español, dice Vossler, *se hallaba muy extendida la tendencia de las llamadas construcciones de sentido, es decir frases cuya significación no se desprende sin más de la estructura gramatical de las mismas, sino que tiene que ser deducida, adivinada y, por así decirlo, venteada por el contexto y por la entonación del discurso. Esta renuncia a la dilucidación no se debe tanto a descuido, incapacidad o falta de precisión y exactitud, como, más bien, a la familiaridad y compenetración existentes entre el que hablaba o escribía en sus oyentes*²². Se comprenderá, dice también Vossler, *que en una lengua tan rica en refranes la orientación deba corresponder al pueblo y no a los doctos*²³.

Pathos contra logos: elocuencia

Las esenciales condiciones de elocuencia que tiene el idioma, forjado en un pueblo con predominio del pathos sobre el logos, ha suscitado la vigencia de unas formas oratorias distantes del reposo discursivo de la filosofía.

Y esto se enlaza con el género de vida que ha llevado el español, y que podría sintetizarse, un poco peligrosamente, diciendo que no han sido estables en él las condiciones de la vida urbana que es espíritu y logos, y en cambio, han predominado las de la vida campesina, castrense y religiosa que son pathos, es decir, alma. El peligro continuo de África, la prolongada lucha contra los árabes y el Islam, su pugnacidad posterior con las potencias mundiales y un género de vida distante del proceso europeo, han alejado a aquel país de las incitaciones del espíritu europeo y han mantenido el alma virgen y ajena al formalismo de los demás pueblos.

La arquitectura española es una página de antología para ilustrar la ausencia de una cultura urbana, tal como la que prevalece hoy en Europa y América. El aluvión de las culturas bruñe las ciudades, superponiendo

²¹ Carlos Vossler. *Introducción a la literatura del Siglo de Oro*, pág., 41-42.

²² Ídem. *Algunos caracteres de la cultura española*. Edit. Espasa Calpe, pág. 61.

²³ Carlos Vossler. *Algunos caracteres de la cultura española*. pág. 63

estilos, añadiendo al burgo inicial su impronta arquitectónica. Hay ciudades europeas en las que se ve en monumentos la matriz primitiva y pre-romana. A un lado del castillo pétreo del feudalismo y la catedral opulenta que cela y vigila una comarca, se yerguen las construcciones castrenses que imperaban en la edad media. Hacia la campiña las fábricas y los arrabales que simbolizan la época del proletariado nacido con el mercantilismo, suscitan inmediatamente la impresión de que el llamado capitalismo va sustituyendo aquellos menesterosos asilos para construir una ciudad uniformada, confortable y sin belleza, donde se asilará un día aquella muchedumbre que hoy parece más bien acampada en espera de órdenes para el asalto a la ciudad envejecida y anacrónica.

En España aquellos cortes no son posibles. Sus ciudades, como dijo Eugenio D'Ors son obra de romanos del siglo XVIII. Comparadas con Londres, París, Roma, Ginebra, parecen recortadas y remansadas en el recuerdo. Un río de piedra detenido en el barroco. Conviven allí la nobleza y el pueblo, alternando los palacios medievales con las paupérrimas habitaciones del pueblo. La arquitectura burguesa no aparece por ninguna parte. *Una ciudad tan lograda como Sevilla vive en pleno casticismo localista durante todo el ochocientos; más allá de sus rondas, solo algún convento o las ventas de la canción popular sirven de cinto medianero entre la urbe y el cortijo. Para dolor de España, nuestro temperamento extremado nos ha traído la rebelión proletaria antes de haber recibido el provecho de la industria*, dice Laín Entralgo²⁴.

Vistas por ojos extraños estas ciudades parecen amputadas de lo moderno que ha arrimado a las otras la vida social. La piedra berroqueña que predomina en Castilla parece reacia a otra expresión arquitectónica distinta de la que culminó en el barroco contrarreformista.

Pues bien. Este inurbanismo arquitectónico refleja la forma de vida de aquel pueblo tan entrañablemente urgido en el idioma.

Las formas literarias barrocas son las que tienen más vigencia, hasta tal punto que Vossler se pregunta ¿de dónde proceden esas características típicamente aliterarias que hemos reconocido ser una cualidad fundamental de los españoles?²⁵ El proceso de elaboración que suponen las formas literarias puras es mucho más requerido que en ninguna otra en la prosa filosófica, ajena a toda fantasía, aferrada al plano ontológico, libre de todo

²⁴ P. Laín Entralgo. España como problema. Tomo I, pág. 29 y 30. Ensayistas hispánicos.

²⁵ Carlos Vossler. *Algunos caracteres de la cultura española*. pág. 62, 1954.

truco aún cuando no de la belleza de la forma que es casi esencial. Por eso el verbalismo en contrario al estilo filosófico y ese es uno de los caracteres que ya señalaban los romanos²⁶ en los españoles, cuando hablaban de *hispanismo* como sinónimo de verbalismo.

Nada puede haber más ajeno a la expresión de la filosofía que la elocuencia y el tono oratorio, no obstante que haya páginas de una belleza deslumbradora en los auténticos filósofos. Platón, San Agustín, Santo Tomás, Spinoza, Shopenhauer, Hegel, Federico Nitzsche, Bergson, tienen páginas que oscilan en aquella línea indiferenciada que parte las provincias de la metafísica y de la poesía. Pero su encanto y la miel de su sabiduría son para el silencio meditativo y no para el alboroto de la elocuencia. A través de ellas, insuficientes para alojarlo.

La propensión al discurso, por otra parte, es en los españoles una expresión de su dinamismo que se advierte hasta en ese gusto voluptuoso por la conversación.

Quizás no haya en la tierra un conversador tan vivaz y agradable como el español porque en la conversación ejercita todas las potencias anímicas y hasta corporales. Es ella el vehículo de aquel dinamismo desbordante dice Ortega²⁷, en cauce de su vitalidad excesiva. *Vida española, digámoslo lealmente; vida española, hasta ahora ha sido posible solo como dinamismo. Cuando nuestra nación deja de ser dinámica cae de golpe en un hondísimo letargo, y no ejerce más función que la del soñar que vive.* Su don de improvisación innato y ese contagio directo de la personalidad que hacen hablando les disminuye, más que a hombres de otras lenguas, el volumen de lo que escriben. La distancia entre la creación y la audición no existe allí y, la lengua misma parece exigir ser oída y no leída²⁸.

Intuición y concepto

Con el castellano debemos ya acometer la tarea que propone Bühler²⁹ cuando dice que al lenguaje no hay qué preguntarle ya *¿de dónde vienes?*, sino *¿qué eres?* Siendo el lenguaje un instrumento no podemos imputarle a él la insuficiencia de conceptos porque no es el lenguaje el que hace al pensamiento sino, por el contrario, el pensamiento el que

²⁶ Ídem. op. cit. Pág. 63

²⁷ Ortega y Gasset. *Meditaciones del Quijote*, Ob. com.

²⁸ Léase sobre esto Vossler. *Algunos caracteres de la cultura española*. Cit. pág. 53

²⁹ Kart Bühler. *Teoría del lenguaje*. Edic. Revista de Occidente, Madrid, 1950

utiliza, modifica y perfecciona el idioma hasta hacerlo servir sus fines de comunicación y expresión.

Bühler ha establecido con autoridad incontestable la igualdad esencial de estructura de todas las lenguas humanas y, siguiendo a Kant, ha mostrado cómo en la esfera del lenguaje *los conceptos sin intuiciones son vacíos, y las intuiciones sin conceptos con ciegas*³⁰. Esto nos pone en presencia del fenómeno oratorio de la lengua española ya que la clave en que ella está acordada parece que apuntará más a la elocuencia, a la conmoción que a la convicción. Los fonemas que la componen son de una rotundidad casi bélica, con una inclinación épica fundamental. Frente a otras lenguas, acordadas en una clave más armoniosa, la francesa, por ejemplo, en donde el acento grave le da también a la expresión una gravedad armoniosa, la española aparece con una rotundidad y énfasis que la convierte en instrumento de apologética con más facilidad que en duda metódica. Pero la función representativa que toda lengua tiene hay que situarla en el nivel prehumano para darse cuenta de que no es culpa del idioma sino de quienes lo utilizan el que su vocabulario represente objetos, sentimientos, ideas. La obra de conceptualización pertenece al hombre y no al lenguaje, ya que no es el sonido solo, ni siquiera la palabra sino la frase, es decir el juicio, lo que constituye la unidad fundamental del lenguaje. De donde podría concluirse que la patria natal del lenguaje es la sicología de quienes lo hablan. El ambiente sintáctico constituye la entrada de esa alma en el espíritu. La sucesión de vida en un pueblo, que es su historia, alma que es su genio y espíritu, que es la norma positiva por donde ese pueblo se expresa, podría ser el trípode sobre el cual nos es dado interpretar la totalidad de ese maravilloso instrumento del idioma, y por solo el examen discriminatorio podríamos deducir si es el idioma o somos nosotros los insuficientes para expresar con él los conceptos.

La falla de la escuela filológica que atribuyó como única función del lenguaje la representación, con prescindencia de otra función esencial que es la postración, es notoriamente, el influjo de la sicología sensualista en vigencia a principio de nuestro siglo. Al influjo de la sicología mucho más rica, la que da validez a los procesos de la intuición, se revitalizó la mostración y hasta la repercusión. Sin ellas toda teoría sintáctica, más o menos universal, estaría destruida y la gramática no podría explicar figuras tan esenciales como los demostrativos, por ejemplo. Tal vez sea el

³⁰ Kart Bühler. *Teoría del lenguaje*, pág. 3, edic. Revista de Occidente, Madrid, 1950.

español el idioma más expresivo para confirmar las funciones mostrativas del lenguaje. Obedece así a una sicología colectiva que apunta mucho más a la intuición que al raciocinio, a la fantasía que a la realidad. Existe un quijotismo no solo en la conducta sino en el pensamiento o fantasía española que puede servir perfectamente para definir con ese carácter del mismo genio del idioma. El influjo y mezcla de los árabes en la península se advierte no solo en el caudal inmenso de vocabulario que incorporan al torrente del romance primigenio, sino también en la brillante fantasía de los españoles. Acaso no sobre algún día hacer una investigación sobre las etimologías del señorío español para comprobar que muchas de esas formas caballerescas, tan típicamente españolas, provienen de la magnificencia de los orientales, de su sentido del honor, de la magnanimidad y grandeza con que se conducían en la próspera o la adversa fortuna. Porque lo importante es que ese señorío no es solamente una forma oficial del comportarse español sino que es, por sí mismo, algo objetivo. Pudiera decirse que no es espíritu, algo petrificado, solidificado como una costra en el comportamiento español, sino alma vívida que trasunta en el idioma y expresa abrumadoramente su vitalidad.

Pues bien, los valores de su literatura hay que encontrarlos en un meridiano que pasa por la línea en donde la fantasía desborda la realidad, la intuición el conocimiento, la abundancia sobrepuja la sobriedad, la magnificencia oscurece la elegancia. Para hacer ecuación con lo que el público solicita hay que penetrar al campo de la magnificencia porque la elegancia solo es problema de atildamiento, afectación o culteranismo, como le ocurrió a Góngora. En este requerimiento del público se explica en mucha parte la dialéctica de un idioma que va de lo exótico a lo popular, sin vigencia de lo selecto, por no buscar el nivel medio entre los dos. Juan de Valdés dice que *al español no le queda tiempo para gramatiquerías*, y que vale más para él el ímpetu de una acción que el labrado de una palabra³¹.

En las extremidades del atildamiento magnificante o de la popularidad tormentosa se movieron, pues, las vigencias idiomáticas, desbordando las vigencias transitorias del vocabulario selecto, suma y compendio de la elegancia, de la frugalidad y el acierto conceptual. Lo explica así fray Jerónimo de San José Ezguerra de Rozas:

³¹ Carlos Vossler. *Introducción a la literatura del Siglo de Oro*. pág. 18

Nuestra España, tenida un tiempo por grosera y bárbara en el lenguaje, viene hoy a exceder a toda la más florida cultura de los griegos y latinos. Y aún anda tan por los extremos, que casi excede ahora de lo que antes se anotaba por falta (...) Ha subido su hablar a tal punto el artificio, que no le alcanzan ya las comunes leyes del bien decir, y cada día se las inventa nuevas artes (...) y es cosa considerable que la extrañeza o extravagancia del estilo, que antes era achaque de los raros y estudiosos hoy no lo sea, no ya tanto de ellos, cuando de la multitud casi popular, y vulgo ignorantes que tal debe llamarse la muchedumbre de los que afectan de esta manera de hablar y escribir (...) La elegancia de Garcilazo, continúa diciendo, que ayer se tuvo por osadía poética, hoy es prosa vulgar: como también nuestra más subida poesía será mañana (si el uso así lo admite) prosa de vulgo (...)

En España, más que en otra nación, parece que andan a la par el traje y el lenguaje, tan inconstante y mudable el uno como el otro³².

Esta supervivencia racial subsiste en todas las superficies del idioma, un poco atenuada solo en algunos pueblos de América. Existe una especie de interdicción judicial del idioma para quienes utilicen la literatura en una temática distinta de la exigencia popular. Cada vez que algún pensador ha osado ceñir el idioma a las turgencias de un pensamiento moderno se promueve una literatura mucho más abundante para demostrar, primeramente, que el hombre en cuestión no sabe escribir y, muy posteriormente que no sabe pensar. Porque su pensamiento no se ajusta a lo vulgar y tradicional.

Lo intraducible

Estos caracteres predominantes han contribuido también a producir otro fenómeno que aísla el pensar español de la corriente del pensamiento universal. Es la dificultad para traducirlo a otras lenguas ya que, aparte del Siglo de Oro, no ha tenido vigencia dilatada un idioma selecto, acendrado, que permita ser entendido a un mismo tiempo por las minorías letradas y por el pueblo. *Lo español es un ejemplo de literatura espontánea, popular, legendaria, pintoresca*³³. Oscilando pendularmente

³² Carlos Vossler. Ídem. Op. cit. pág. 19.

³³ Guillermo Díaz Plaja. Hacia un concepto de la literatura española. Edic. Espasa Calpe, pág. 39

entre los dos extremos que hemos visto, el de lo popular, agobiado de refranero, y el amaneramiento rebuscado, el pensamiento aparece así coruscante, lleno de elipsis y sugerencias tácitas que entienden quienes lo hablan y viven bajo su imperio, pero que son imposibles de verterse a otra lengua o de ser entendidos en ellas. Prueba de ello es que cuando se ha producido prosa o poesía selecta, con conceptos precisos, han podido llegar a otras lenguas los poetas, filósofos y ensayistas hispanos, no solo por la originalidad de sus pensamientos sino porque han encontrado un idioma que no solo reaparece en otros con conceptos precisos sino con estilo capaz de ser gustado al trasvasarse.

La crítica tanto hispana como extranjera, ha analizado ya a espacio esos caracteres de la literatura española que son lo popular, el realismo y lo local. Ninguno de esos caracteres separados, que puedan existir en otras literaturas, es lo que le da el sabor a la española. Es la conjunción de esos tres caracteres lo que le dan su originalidad y la hace imitable a paladares no españoles. En otros pueblos es posible hacer cortes transversales en el idioma y hasta en el habla de las clases populares y las clases letradas, sin adherir por eso el sociologismo del lenguaje. En España, por el carácter histórico y vocacionalmente democrático de su pueblo, aquello no ha sido posible jamás porque desde el rey, siempre entrañablemente popular, hasta el último borracho de fonda, hablan más o menos el mismo lenguaje. Hasta en las artes ha influido tremendamente ese carácter y ya sabemos cómo la crítica de la pintura ha reconocido en Goya, por ejemplo, como la etapa más fecunda de su creación fue aquella que se denominó el *plebeyismo*.

Nobleza y anacronismo

Esto es muy explicable en un pueblo en el que aquella estilización de la sociedad que se llamó el feudalismo nunca pudo cuajar en la forma de los otros pueblos europeos. Desde ellos y sus categorías históricas no es posible entender ni su habla, ni su literatura, ni su proceso, ni siquiera su arte, siempre calificada de bárbara y extravagante. La fusión de aquel pueblo con sus monarcas en una lucha de ocho siglos para convivir sin absorberse y expulsar luego a los moros hizo de su monarquía algo tan profundamente popular que se separa totalmente de los otros pueblos europeos cuyo proceso de maduración y alineación contra la monarquía es absolutamente obvio y sencillo. De ahí también por qué el catolicismo allí no ha sido una supervivencia medieval sino una causa política tan

entrañada que el español ha llegado a ser una de las formas de ser católico, manteniendo esa dualidad que le permite sostener la unanimidad religiosa al mismo tiempo que las estadísticas demuestran que un alto porcentaje de la población no practica los ritos y preceptos de la religión.

No es un azar sino un producto de esta identificación entre dirigentes y dirigidos el carácter anónimo de muchas de sus producciones maestras. La Celestina, El lazarillo de Tormes, La epístola moral a Fabio, son obras maestras de autores anónimos o controvertidos, ya porque sintieron la vacuidad de destacarse ante la multitud que interpretaban o porque se les negó desde el principio esa celebridad, Menéndez Pidal afirma que la característica de todo el genio español es *la compenetración con el de su pueblo*³⁴. Y Vossler afirma que *el principio de apartar la poesía del pueblo y de la realidad cotidiana no tuvo nunca eco en España, ni alcanzó antes o después del renacimiento, verdadera vigencia*³⁵. Posiblemente por no haber tomado muy en serio en España la nobleza acreditada por títulos, sea el español, el pueblo europeo en el que más auténticamente se da en cada uno el doble por su conducta y la magnificencia de su porte. El sentimiento de la hidalguía acelera el pulso de todo lo hispano produciendo un desnivel visible con otros pueblos sórdidos que tiritan el resentimiento debajo de frondosos títulos otorgados por nombramiento. Y no existe en eso diferencia de clases sociales porque el sentido de lo hidalgo, de lo noble, de lo gallardo, circula de arriba abajo, lo mismo en el gran señor de cortijos y olivares que en el golfo de las posadas. Y esa misma generosidad, que es la expresión de aquellos dones de la sangre, desaloja la posibilidad de que quepa el distinguido. Así como son polares lo noble y colectivo, así también se oponen lo distinguido y lo vulgar, ya que lo distinguido es una flor de invernadero, un producto estilizado de aquella constelación humana incomparable y solitaria, segura de lo que exige a sí mismo, con prescindencia de que los demás lo estimen o lo menosprecien. Su personalidad discreta y remansada en sus propios valores sabe que no necesita exhibirse sino existir.

Esta fauna de hombres selectos, distinguidos porque son distintos, es alógena al pueblo español, en cuya psicología todo el ancho espacio lo ocupa la nobleza, con virtudes mucho más excesivas. En el alma así no cabe un producto tan elaborado y a veces sórdido porque aparece como símbolo de decadencia. El noble, tiene en cambio, una dimensión

³⁴ R. Menéndez Pidal. *Algunos caracteres de la literatura española*. Bulletin Hispanique, 1922.

³⁵ Carlos Vossler. *Introducción a la literatura del Siglo de Oro*. Pág. 37, Edic. Espasa Calpe.

de totalidad que limita con todas las almas y las interpreta e integra, al paso que el distinguido se singulariza y repliega en su propia existencia. El libro de Baltasar Gracián tiene mucho más de admonición que de retrato y parece oponer, entre líneas, la generosa violencia del héroe a la distinguida y acendrada conducta del discreto.

Pues bien. Este comportamiento colectivo se refleja en el habla tan próxima a su literatura, ya que en esta, como hemos visto, se aspira a que se mire el pueblo en un espejo, con una abundancia que va en perjuicio de la precisión. *La lengua española, dice Ganivet, es como el abrigo nacional, la capa castellana, sin forma determinada, la más individual de todas, la más amplia vestimenta, difícil de llevar bien, y cuya forma depende de los contornos del que se abriga en sus pliegues*³⁶.

Lo público y lo privado

El confinamiento en sus fronteras ha determinado también el que sus formas sociales tengan un predominio político que tradicionalmente ha represado en España cualquier otro tipo de manifestación pública. Lo que no se diga a través de una versión política carece de interés colectivo es decir, de vigencia, en un pueblo de la estructura del que hemos visto. El excesivo individualismo de la raza lo polariza hacia dos extremos que son el absolutismo y la anarquía, predominando en ambas posiciones la pasión sobre la reflexión. Mantiene esa actitud el hecho de que no haya podido trenzarse allí una sociedad de intereses, pugnaz contra la innata generosidad de la raza. El único lazo de la solidaridad ha sido siempre allí la religión y no ha habido esas estructuras vicarias y subalternas que en otros pueblos mantienen un equilibrio provisional cuando sobrevienen las crisis religiosas. De allí que, siendo España el pueblo que descubrió el estado moderno, el mismo exceso de su individualismo lo ha librado del poder absorbente de ese estado, de la extremada colectivización de la vida. Allí es posible el absolutismo pero no el totalitarismo, y por eso ha transmitido a los pueblos de su raza aquella indefinición a veces trágica en que se mantienen porque, cuando buscan ansiosamente el orden caen en el despotismo y cuando buscan la libertad desembocan en la anarquía.

Los reflejos de esa actitud saltan a su literatura y producen aquellos caracteres tan esenciales a la española que son la sátira y la picaresca.

³⁶ Ángel Ganivet. *Ideario español*.

Caracteres esencialmente personales y no sociales porque con ellos se procura apuntar siempre a personas pero no a estructuras. No empece que para velar un poco el ataque, se dirijan a un gremio, a una clase, a una comunidad. Siempre habrá por delante el sujeto personal a quien se alude y no una estructura general. De todas maneras lo social, como categoría, no entra en sus intenciones ni funciona dentro de la estructura de aquel pueblo, ausente de la complejidad que se da en otros donde esa literatura doctrinaria sí tiene una vigencia.

Individualismo trascendental

Esta posición ante la vida de la comunidad, individualizada, minimizada a veces, creo que ha contribuido poderosamente a producir el fenómeno de que la cultura no ha podido ser un compartimiento autónomo, con vida propia, sino que siempre ha sido subalterna de la política. *En virtud de poderosas razones históricas, relativas a la génesis de nuestra nacionalidad, la ciencia no se da fácilmente en España. Ha debido ser siempre suscitada por el estado o por una escasa minoría rectora*³⁷.

El padre fray Benito Jerónimo Feijoo escribía dolientemente: *Acá ni hombre ni mujeres quieren otra geometría que la que ha de menester el sastre para tomar bien la medida*³⁸. D. Santiago Ramón y Cajal decía: *España no es un pueblo degenerado sino ineducado, y la causa culminante de ese retardo nuestro no es otra que el enquistamiento espiritual de los españoles*³⁹. La España medieval fue más difusora que creadora de ciencia, dice Laín Entralgo⁴⁰ y agrega: *Trájolo consigo la empresa de la reconquista; la cual, a la vez que absorbió casi íntegra la energía de los españoles, impuso a estos una estrecha convivencia con los árabes, depositarios y cultivadores de la ciencia antigua. Y en otra parte asegura con espléndidos ejemplos (...) Solo celosamente cultivada prospera en España la planta del trabajo científico; así lo impone, mientras no cambien los hábitos de nuestro espíritu, todo un cúmulo de razones históricas y sociales. Ese animador estado de la ciencia española en la segunda mitad del siglo XVIII, sigue diciendo Laín, comenzó a decaer cuando, elevado al trono Carlos IV, faltó interés por sostenerlo*⁴¹. Todas estas transcripciones que podrían citarse

³⁷ P. Laín Entralgo. *España como problema*, Tomo II, Edic. cit., página 561.

³⁸ P. Feijoo. *Fray Gerundio*.

³⁹ Cit por Laín Entralgo, op. cit. pág. 553.

⁴⁰ P. Laín Entralgo, op. cit. pág. 557.

⁴¹ P. Laín Entralgo, op. cit. pág. 560.

hasta el extenuamiento demuestran la subordinación que ha habido entre las empresas culturales y la política, explicando radiantemente por qué la voz que no tiene un contenido concreto hacia algo tan circunstancial como la política carece de vigencia en el ámbito de aquella comunidad.

Se podrá decir que esa subordinación no tiene nada que ver con el fenómeno del individualismo y que este es contradictorio con su realismo, tenido por carácter muy capital de su literatura. Es que ese individualismo no es algo sórdido como el de otros pueblos europeos conjurado venturosamente por la armonía de sus estructuras sociales. Es un individualismo que pudiéramos llamar personalista por hallarse empotrado subconscientemente en un subsuelo teológico profundo. No es individualidad. Individualismo trascendental, pudiera decirse, que siempre apunta hacia un ideal transterreno, la expansión del reino cristiano, que ellos consideran como español. Las consecuencias de esta actitud están a la vista en los sistemas de colonización que han usado, constituyendo el episodio de transculturación más imponente de toda la historia universal. Superior a Roma, a los Vikingos, a sus herederos modernos, los ingleses, la independencia política no borró la sicología sino que, tal vez petulantemente, la mejoró, en las nuevas nacionalidades, sin perder el carácter español.

De ahí que pueda observarse que en este férreo individualismo no ha prosperado nunca la autobiografía. Porque es un individualismo que apunta a algo trascendental y súper-humano, a constituir un ideal dentro del cual el destino humano es bien poca cosa. La crueldad, la ironía, el desprecio, no son aquí temas humanos sino realidades vistas sobrenaturalmente. En todos los pueblos románticos, dice Vossler⁴² *tiene el temperamento más importancia que el carácter y la naturaleza que la conciencia, en lo que respecta a conseguir un efecto dramático absoluto, pues es siempre el Dios de la primitiva iglesia el que reprime el carácter de los hombres y calma la conciencia. El Dios del catolicismo reina por encima del destino humano, en un más allá; y, a pesar de todas las galas renacentistas el teatro de los pueblos románticos no llega a olvidar su existencia. Parece como si en Italia se desarrollara con mayor fuerza la poesía dramática cuando esta se acerca a una actitud lírica o melódica, y que en Francia se prefiera la posición dialéctica y en España la lucha y la vida activo como la ilusión o aventura*⁴³.

⁴² Carlos Vossler. *Formas literarias en los pueblos románticos*. pág. 24, edic. Espasa Calpe.

⁴³ Carlos Vossler. Obra citada.

Realismo utópico y ucrónico

Si el realismo en otras literaturas es una cosmovisión horizontal, visto el mundo desde un observatorio humanístico y acongojado, en España resulta ser algo utópico y ucrónico, fuera del lugar y tiempo, algo natural visto desde la altura de la teología y por tanto, sin ninguna importancia individual.

Pero ese individualismo es más bien un individualismo nacional, empeñado en no contaminarse en sus formas y en el espíritu de su cultura. Esta ley constante que gravita sobre toda la historia española ha mantenido un litigio pendiente, entre lo que llaman los extranjerizantes y los nacionales, y a su tiranía no se han escapado ni sus más grandes ingenios. En la época del renacimiento es contra los italianizantes, más tarde contra los afrancesados y en la época moderna contra los germanizantes. Ha sido el truco para aislar la influencia fecunda de los espíritus que han pretendido *uropeizar a España* y que ha caído como una lápida sobre los más agudos talentos españoles incluyendo hasta casas reales, como se ve frecuentemente contra los Borbones.

Convertida la península en camino de tránsito desde sus orígenes, sin que pudiera jamás estabilizarse alguna de las estructuras sociales que se consolidaron en otros pueblos europeos, el feudalismo, por ejemplo, las formas de su cultura recibieron el impacto de esa misma discontinuidad, pero acendrarón cada vez más su fiero individualismo. *Como Europa no esperó a que nuestra normal transformación (hacia el régimen feudal) nos colocara de nuevo a su nivel y prosiguió su marcha, al reanudar la nuestra empezamos a caminar con varias centurias de retraso*, dice uno de sus historiadores⁴⁴.

Por eso, Curtius, uno de las más sutiles y objetivos estudiosos de la cultura española, refiriéndose al bachiller de la Torre, afirma: *Lo que ofrece la España de los siglos XV y XVII es una ecléctica refundición de conocimientos que se remontan, en parte, a la tardía antigüedad y a los albores de la edad media (Marciano Capela y san Isidoro), en parte al renacimiento latino del siglo XII francés (Alain de Lille) y en parte al aristotelismo herético de los pensadores judíos y árabes del siglo XII español. En otras palabras, continúa diciendo Curtius, una obra escrita en 1440 e impresa en 1489 puede hallar lectores en España hasta entrado el siglo XVII, a pesar de que se desentienda casi por completo de cuanto produjo la literatura europea en el terreno*

⁴⁴ Claudio Sánchez albornoz. *Revista de Occidente*, 11, Madrid 1926, págs. 294 y ss.

de la ciencia y de la filosofía a partir de 1200; no solo del tomismo, sino también del humanismo y de los albores del renacimiento italiano⁴⁵.

Idioma y filosofía

Con los presupuestos anteriores es fácil ya acometer la tarea de demostrar que nuestro idioma sí es apto para una filosofía. La primera prueba que obviamente salta a la vista es la traducción de otros idiomas al español. Las obras más complejas de la filosofía han sido traducidas con éxito y el idioma, con más o menos dificultades, ha absorbido todas las modalidades de idiomas tan extraños como el alemán, el inglés, el ruso o el danés.

La extraordinaria labor cumplida por la *Revista de Occidente* puso al idioma a modular el más exigente pensamiento filosófico europeo del último siglo. Ortega, Zubiri, Marías, Aranguren, García Morente, Laín Entralgo, Marañón, Granell, Lecaz Lecambra, Recasens Fiches, en España y, Francisco Romero, Rizieri Frondisi, Piñeira Llera, Nieto Arteta, López de Mesa, Julio Enrique Blanco, Cayetano Betancur en América, han utilizado el idioma ventajosamente, en la exposición de temas filosóficos que han llevado ya a pensadores de lenguas extrañas, a su turno, a traducir al español. Incitado por la empresa intelectual de esa revista, surgió un ambiente de meditación que ha superado ya el conformismo, introducido por Cervantes cuando, más por afanes de condescendencia con la tipología humano del quinientos, que por auténtica convicción, asimiló el uso de las armas y de la letras que tantos estragos ha causado en el pensamiento español. *Quien llamó hermanas las letras y las armas, dice Quevedo, poco sabía de sus abalorios, pues no hay más diferentes linajes que hacer y decir*⁴⁶.

Ellos han sacado el idioma de un destino verbal que parecía inexorable para darle salida por preocupaciones abstractas de mucha más envergadura en el pensamiento. Ellos desplazaron el idioma del *cúmulos nimbus* consistente en creer que ya toda la filosofía estaba hecha, y lo lanzaron por la auténtica línea del pensar, lo pusieron en el ademán de que la filosofía es algo que hay que hacer todos los días, restableciendo la genuina actitud cristiana de la *philosophia perennis*.

Sobre todo, ellos nos han puesto en presencia de un hecho nuevo en la controversia finisecular. Se había afirmado ya con multitud de

⁴⁵ Ernest Robert Curtius. *Literatura europea y edad media latina*.

⁴⁶ Quevedo. *Obras completas*.

documentos que sí había capacidad para la vida filosófica en el español racial, y que, en otros ambientes distintos del idioma español, florecía la especulación filosófica de los cerebros como ocurrió con Vives, León Hebreo, Miguel Server, Fox Morcillo y Francisco Sánchez. Lo que venía a significar, en último término, que era el idioma el que no servía como instrumento de la expresión filosófica. Súbitamente aparece una generación que ya no dejó alumnos sino discípulos y que puso el idioma a modular en los más exigentes temas de la filosofía universal. No solo plantearon una problemática nueva sino que se restablecieron de la antigua todas aquellas provincias virginales aún, por falta de exploración y cultivo.

Pero ellos han cumplido, sin proponérselo, una faena mucho más alta y perdurable que es la de la incitación por la vena tan honda de la originalidad española. Porque han peraltado la meditación filosófica de aquella alma española a que aludía anteriormente sin extravasarla por el intelectualismo ajeno a su temperamento. En esa forma podemos hoy identificar con unos nombres la vocación filosófica española que no habíamos podido hacer antes. Porque sabemos que la filosofía medieval fue una e indivisa y que ella no identifica los pueblos como tales, ya que es un mismo pensamiento y hasta un mismo estilo el que fluye de italianos, franceses, ingleses, alemanes, españoles. La diversificación se inicia con el renacimiento cuando podemos reconocer un estilo francés de vida intelectual designado en un solo nombre como Descartes, la lógica; el empirismo racial inglés en un Locke; el idealismo alemán en un Leibnitz, un Kant, un Cusano; el objetivismo de Italia en Dante. Cada uno de ellos representa el signo más acusado de su pueblo; y el conjunto de sus voces, de sus incitaciones y sistemas ha enriquecido simultáneamente a todos dándoles esa variedad de perspectivas que posee hoy el pensamiento filosófico europeo. El vitalismo de alma espiritualizada es la expresión profunda del español y ese es el que aparece perfectamente circunscrito e incitante en el idioma que han hablado los postreros pensadores de la península. Ellos encontraron en el idioma no ya su patria natal ajena a su patria espiritual sino que la fundieron en una expresión apta y fina para medir las más sutiles reacciones del espíritu.

Derogan el ademán declamatorio sin renunciar al arrojo de los vocablos e inauguran un vocabulario repleto de alegría descubridora, rigurosa y concienzuda. Sustituyen el entusiasmo por el gozo; el artificio de la elocuencia por la autenticidad del coloquio; la fanfarronada pintoresca por la gravedad estremecida; la estolidez majestuosa y vacía por la intrepidez provocativa y cautelosa. Cuando penetró su prosa en la

literatura se llenó todo con su presencia vital. Si a veces no tienen tanta luz como los franceses o los italianos, por ejemplo, no hay quién les iguale con calor. Y estas calidades han servido ya para que el mundo vuelva sus miradas a ese idioma en busca de la voz filosófica que esta acuñando.

Han demostrado ellos, además poniéndose al lado de los grandes españoles de todos los tiempos, Soto, Vives, etc., que el idioma sí es apto para teorizar, es decir, para hacer ciencia, contra la costumbre habitual y tradicional de creerlo apto solo para erudición que es saber pero no es ciencia. La purgación que han logrado de las palabras excesivas le ha dado al idioma una dignidad que apenas alcanzó en las cimas de su más alta poesía. Lo amputó del énfasis y su expresión de ametralladora que es la interjección, para darle rigor y sustantividad.

¿Han inventado ellos un idioma nuevo? No. Es el mismo que combatió con el Cid? El que rezó con santa Teresa; el que aventuró con Cervantes; el que se enamoró con Garcilazo; el que cantó con san Juan de la Cruz; el que soñó con Calderón.

Adjetivación y valoración

Desembocamos aquí finalmente en una de las vocaciones del idioma, que es uno de los hallazgos de la postrera generación española. es su capacidad valorativa, expresión de esa alma que ya hemos analizado, de su actitud ante la vida y la historia. Quizás el más repentino despliegue que ellos hicieron de las palabras sorprendió, no porque ellas fueran nuevas sino porque aparecían como nonatas, con sentido más auténtico y virginal, como el que tuvieron en el momento de nacer. Y si, ya conscientes de este hecho, volvemos los ojos a los filósofos que en España han existido en todos los tiempos, advertimos igual fenómeno y el mismo secreto de su vocabulario.

No obstante que la filosofía alemana, particularmente, ande ahora en una revisión crítica de todo el movimiento axiológico que tanta amplitud de horizontes abrió al pensar filosófico, es conveniente advertir el inusitado esplendor que adquirió al verse en el idioma castellano. Da la impresión de que esa vocación represada del español por las disciplinas valorativas y la aptitud maravillosa del idioma castellano para servirle de instrumento se hubiera esterilizado antes en la adjetivación. El adjetivo sirvió, en efecto, para darle una falsa e infecunda salida a aquella vocación, excepto en aquellos que, como Vitoria, Balmes, Menéndez y Pelayo, tuvieron formación metafísica. Es que el elemento de sentido

que hay en el adjetivo, ni conceptual ni emotivo, sino intuitivo, frustraba insuficientemente aquella tendencia natural española por la valoración.

En cambio la enumeración interminable de palabras que expresan valores, no adjetivos, en el castellano, apuntas a algo sustancialmente valorativo que hay en el alma española y que le da su capacidad para filosofar, no ya en área metafísica o lógica sino en la ética y la estética. Piénsese, por lo pronto, que en la línea en que han brillado los filósofos españoles es en las que tienen que ver con este aspecto normativo, es decir, valorativo y no en lo metafísico. Solo ahora cuando se toma la metafísica desde su más radical actividad que es la de la vida, empieza a ser válido allí un pensamiento metafísico porque incluye elementos definitivos de la intuición. La moral, el derecho, la estética, son las preferencias más constantes de aquella vocación, empalmándose así con la gran tradición teológica de aquel pueblo. La frase de Unamuno, *que inventen los otros*, podrá trasladarse al imperio de la lógica y la metafísica, quedándose ellos con las jugosas regiones de la valoración que es su tipo de filosofar.

Ahora bien. Las palabras axiológicas, aún cuando sean adjetivos sustantivados, son portadoras de esencias objetivas. Algunos sicólogos⁴⁷ confundieron a los estudiosos del lenguaje con la teoría de que esas palabras tienen un carácter puramente emotivo, destituyéndolas así de todo su poder de objetivación y conceptualización. Pero, cuando la fenomenología supo distinguir capilarmente entre emoción e intuición, se aclaró el problema y ellas entraron legítimamente a una teoría del conocimiento. En el idioma español ocurre que la excesiva abundancia de tales palabras puede conducir a la ambigüedad cuando no existe una penetración muy fina de su sentido y de sus matices. Los otros, el alemán, el francés, el inglés, son más ceñidos en este aspecto pero no porque su idioma sea más expedito sino porque son más estrechos^{48 49}. La traducción de ellos al español se critica a veces por no ajustarse exactamente a lo que quisieron decir los originales pero se debe no a escasez sino a ambigüedad en la utilización de los vocablos.

Por otra parte, no debemos desviarnos por la seducción del pensamiento. La barbarie científica es la más peligrosa de todas las deformaciones de la vida. Ni todo lo que es pensamiento es cultura ni todo lo que es intuición y emoción es barbarie. Por primitiva que aparezca

⁴⁷ R. B. Braitwaite. *Verbal ambiguity and philosophical analysis*.

⁴⁸ Proceedings of Aristotelean Society, 1927.

⁴⁹ Albert Dauzat. *La genie de la langue francaise*. Edit. Pavot, París 1954.

ante las grandes construcciones del pensamiento la ingenuidad emotiva del niño, ella es uno de los valores integrantes de la cultura. Solo que ejercida en edad adulta aquella puerilidad puede resultar pintoresca o ridícula cuanto la misma cultura no le otorga instrumentos adecuados a su expresión. Seamos pues, primitivos pero no pueriles y seamos originales pero no bárbaros. Para comprender la niñez no se puede ser pueril.

Y talvez sea esta puerilidad una de las deformaciones que hemos padecido por la falta de conciencia de nuestra vocación. Porque tomando la perspectiva teológica esencial el pueblo español se resignó mucho tiempo a negar cuanto se discurría filosóficamente por fuera de tal perspectiva, pero no se asumió una actitud positiva para refutar. La grandeza de Suárez consistió en que al jansenismo protestante no opuso negaciones sino un sistema como el de *legibus* mucho más rico y vigoroso para la sociedad y el estado y hasta para la conducta moral, usando a veces el mismo vocabulario técnico de sus enemigos y tomando, en todo caso, los mismos temas. No se produjo, en cambio, algo semejante para responder al Discurso del Método, a la Crítica de la Razón Pura, a la Filosofía del Espíritu, para citar las obras que han llenado el pensamiento de las postreras centurias. García Morente dice muy atinadamente: *Por entonces la filosofía en España no existía. Epígonos mediocres de la escolástica, residuos informes del positivismo, místicas tinieblas del Krausismo habían desviado el pensamiento español de la trayectoria viva del pensamiento universal, recluyéndola en rincones excéntricos, inactuales, extemporáneos*⁵⁰. La respuesta con otro sistema es la actitud filosófica esencial que corresponde para establecer un equilibrio y una contraprestación. El enriquecimiento que hoy están haciendo al idioma español los militantes de esa actitud filosófica suscitada por Ortega, no es por lo que niegan sino por lo que afirman ante la nueva filosofía europea. Por eso se explica que sus discípulos estén respondiendo desde un campo católico alejándose a veces de su propio maestro, a las postulaciones filosóficas que no están acordes con el dogma. Pero ellos han aprendido a tomar el plano filosófico que confiere tanta dignidad y actualidad al idioma.

Recibo con devota gratitud las insignias que me otorga la Academia Colombiana. En ella encuentro no solo un ambiente de rigor por el que suspiran el idioma y el espíritu de la raza, sino exponentes humanos que honran los trabajos científicos de cualquier ateneo. La preservación de

⁵⁰ M. García Morente. Ensayos, Revista de Occidente. Madrid, 1945, pág. 201.

aquel legado que dejaron nuestros filólogos es quizás uno de los yacimientos más ricos de nuestra historia. Siguiendo su huella difícil se aumenta ese patrimonio moral con nombres como los de Félix Restrepo, Luis López de Mesa, Fernando Antonio Martínez, Luis Flórez, Rivas Sacconi, Bernardo J. Caycedo, Álvaro Sánchez, para no citar a todos los miembros activos de la Academia actual. Ella está, pues, capacitada para encabezar, como dicen los cirujanos, la vena de nuestra vocación espiritual.

Puede decirse que es ella la primogénita del espíritu nacional y que las imágenes tutelares de los antecesores no están en los cuerpos sino en el poder anímico que, con los hijos, enlaza el espíritu a lo terreno para magnificarlo. El hueco en el espacio que esas figuras han dejado al evaporarse, se llena con una sustancia llamada recuerdo; pero el impulso de sus almas para insertarse al acaecer terrenal, sin quedarse en él, se llama espíritu. Si en el orden de antigüedad que rige para la materia, se ha visto que auténticos señores pudieron convertirse en auténticos esclavos en una sola generación, cuando supeditaron todo al goce fugitivo del bienestar, en el orden del espíritu, hecho de abstenciones y sacrificios, flota siempre un aire festival y de juventud renovada.

Y si es un azar que un modesto explicador de filosofía ocupe la silla que honró aquel patriarca de nuestra poesía que se llamo José Joaquín Casas, signo estelar de la poesía y la patria, no lo será que el símbolo de la diosa Minerva con su pupila vigilante custodie las esencias que él arranco a la frente de Apolo. Y como el signo esencial de esta Academia coincide geométricamente con toda la aventura del espíritu en Colombia, porque es lo único que da permanencia a los hombre y a las patrias, pido a Dios que me otorgue el honor de merecer esta silla, no por la modestia de lo que he escrito hasta ahora, sino por la dignidad de lo que haga en adelante, al servicio impersonal del espíritu.

Séame permitido finalmente rendir tributo público de agradecimiento a los distinguidos colegas que propusieron mi nombre para este inmerecido honor. A todos los académicos que lo acogieron con tanta generosidad, y en especial a nuestro ilustre director R. P. Félix Restrepo S. J., por su constante estímulo y el influjo de su poderosa autoridad intelectual y moral para empujarme a trabajar en el campo académico.

Marzo 29 de 1957

X

La cultura popular griega a través de la lengua castellana

Félix Restrepo, S. J.

Cuando en noches serenas, de la húmeda superficie del mar se levanta en el confín del horizonte Sirio, la estrella más rutilante, vemos por un momento vacilar su lumbre entre la bruma y eclipsarse tal vez tras alguna nube envidiosa; pero a pesar de las brumas y a pesar de las nubes, la estrella sigue subiendo con esta imponente majestad con que recorren los astros su camino, y a las pocas horas la bruma sigue a ras del horizonte, la nube no se ha desprendido del mar, y la hermosa estrella brilla en todo su esplendor en las alturas.

Al desaparecer Suárez de la tierra empezó a elevarse en el horizonte de la patria. Las amargas brumas de la pasión o de la incomprensión humana velaban aún y oscurecían su lumbre, pero no pudieron impedir su ascenso. Hoy, seis años apenas después de su paso a la eternidad, la incomprensión y las pasiones humanas siguen a ras de la tierra, y la estrella de Suárez brilla fulgurante y limpia en el puro cielo de la gloria.

Félix Restrepo, S. J.

X

La cultura popular griega a través de la lengua castellana

Félix Restrepo, S. J.

Señores académicos, señoras y señores:

Al recibir Marco Fidel Suárez en 1881, en fiesta solemnísimas, el premio que para el mejor trabajo gramatical sobre Bello había propuesto la Academia Colombiana, o sea, el diploma de miembro correspondiente de la misma, con sencillez y modestia dijo estas solas palabras: *Lo recibo, no como un premio, sino como un estímulo para merecerlo.*

Más en su punto están hoy esas palabras en mis labios, al aceptar el altísimo honor que me dispensáis, señores académicos, llamándome a ocupar un puesto en vuestra docta corporación, la más gloriosa de Colombia, y precisamente el puesto del insigne Suárez.

Acepto, pues, con timidez pero con sincero reconocimiento esta designación, que será para mí un estímulo para volver a mis juveniles trabajos filológicos, largos años abandonados por otros estudios, tal vez más apremiantes, nunca más gratos.

Quando en noches serenas, de la húmeda superficie del mar se levanta en el confín del horizonte Sirio, la estrella más rutilante, vemos por un momento vacilar su lumbré entre la bruma y eclipsarse tal vez tras alguna nube envidiosa; pero a pesar de las brumas y a pesar de las nubes, la estrella sigue subiendo con esta imponente majestad con que recorren los astros su camino, y a las pocas horas la bruma sigue a ras del horizonte, la nube no se ha desprendido del mar, y la hermosa estrella brilla en todo su esplendor en las alturas.

Al desaparecer Suárez de la tierra empezó a elevarse en el horizonte de la patria. Las amargas brumas de la pasión o de la incomprensión humana velaban aún y oscurecían su lumbré, pero no pudieron impedir su ascenso. Hoy, seis años apenas después

de su paso a la eternidad, la incomprensión y las pasiones humanas siguen a ras de la tierra, y la estrella de Suárez brilla fulgurante y limpia en el puro cielo de la gloria.

Félix Restrepo, S.J.

¡Quién pudiera, como con fino prisma, descomponer esa vivísima luz y mostraros toda la gama de sus diversos rayos!

Como hombre, fue Suárez modelo de austeridad y de llaneza; honrado a carta cabal; idealista, inmaculado, y no le faltó la aureola del dolor que aquilata la vida y depura las virtudes.

Como hijo, hermano, esposo y padre, tenía en su corazón un panal de dulzura inagotable.

Como amigo, llevó la fidelidad hasta el heroísmo y la generosidad hasta el exceso.

Como maestro, era la ciencia que ilumina y la simpatía que arrastra por el buen camino las almas juveniles.

Como político, fue siempre con el adversario caballeroso y noble, y con el compañero noble y leal; estuvo siempre libre de ambición; se movió por altos ideales y solo tuvo en mira el decoro, el bienestar y el progreso de la patria.

Como polemista, defendió tenazmente su castilla interior y las murallas de sus convicciones, y solo acosado por los enemigos en el hervor de la pelea, puso alguna vez sutil veneno en sus certeros dardos.

Como gobernante. En la balanza de la justicia donde no se pesan los éxitos sino los méritos: la imparcialidad, la rectitud, la firmeza, el desinterés, el respeto a la ley, la laboriosidad infatigable, en la balanza de la justicia, repito, a aún prescindiendo de las muchas obras de progreso que en su administración se llevaron a cabo, ha sido ya su gobierno pesado y aprobado.

¿Y cuál es el mortal que puede disputarle el mérito de haberse olvidado de sí mismo completamente por servir a la patria, hasta el punto de bajar voluntariamente del solio de Bolívar para acallar las voces de los que, en difíciles momentos, pensaban más en hostilidades entre hermanos que en las angustias de la madre común?

Como internacionalista su fama brilla en todo el continente y es de primera magnitud en aquella pléyade de hombres ilustres que señalaron a nuestra patria sus fronteras. Y por encima de ellas abrió anchas rutas de buena inteligencia entre las naciones que creó la espada de Bolívar.

Como filósofo, fue con Carrasquilla el restaurador de la filosofía cristina en las escuelas, largo tiempo infestadas por el utilitarismo.

Como literato, su prosa es digna del siglo de oro de Castilla.

Como filólogo, recogió con dignidad la herencia de Caro y Cuervo, y dejó su nombre vinculado al de Andrés Bello, el primer humanista americano.

Como católico, fue el caballero de Cristo sin tacha y sin miedo; y nos dejó en su oración del congreso eucarístico la más bella manifestación del alma que no vive para lo temporal sino para lo eterno.

Una deuda doble de gratitud tiene mi corazón para con el maestro y amigo, bajo cuyo signo benéfico me toca el honor de trabajar entre vosotros.

Fue él especial amigo y colega de mi padre, aquel otro varón noble y justo que se llamó Juan Pablo Restrepo; lo acompañó muchos años en su labor docente, y esculpió de mano maestra su retrato en la galería de grandes colombianos que consagró con su pluma para la inmortalidad.

Pluguiera a Dios que alguna vez tuviera yo tiempo y ocasión para trazar al menos un boceto del artista a quien debemos el mejor retrato de mi padre.

Asimismo fue Suárez constante y fiel amigo de la Compañía de Jesús, y a su cariño se debe el que este hermoso edificio haya venido a sustituir al viejo caserón de San Bartolomé, poblado es verdad de tradiciones y recuerdos, pero completamente inadecuado para las nuevas exigencias de la obra educativa.

Muy justo es que al renovarse la Academia Colombiana, una de sus primeras sesiones se tenga en este salón, presidida por el espíritu gigante del que llena esta casa con su apacible recuerdo.

El cariño con que Marco Fidel Suárez estudiaba en detalle los elementos todos del idioma, justificará ante vosotros el análisis que me propongo hacer en este discurso de los elementos populares griegos que a través de los siglos se han perpetuado y perduran en la lengua castellana.

Más antes de entrar en materia, es preciso que reflexionemos un instante sobre la manera como corre un idioma a través de los siglos, enriqueciéndose con los tesoros de las civilizaciones que encuentra a su paso.

Si hay algo que los estudios históricos más recientes pongan de manifiesto, es la continuidad de la cultura. Así como en el mundo físico no hay energía perdida, por pequeña que sea, así tampoco en la vida de los pueblos hay esfuerzo perdido por pequeño que parezca. Cada generación entrega a la siguiente el caudal que a su vez recibiera de la anterior, aumentado con nuevas adquisiciones.

Verdad es que hay épocas de profundas sacudidas en que parecen hundirse las civilizaciones anteriores; tal la invasión de los bárbaros, que dejó el imperio romano cubierto de ruinas. La majestuosa corriente de la cultura humana puede encontrar en la historia de los pueblos soluciones de continuidad, profundas grietas donde sus aguas se hunden y desaparecen; pero esas aguas volverán más tarde a flor de tierra, como las del Eurotas en Lacedemonia, que hundiéndose de repente esconden parte de su curso a las miradas de los hombres, pero aparecen otras vez adelante sin disminución ninguna.

Las conquistas de la humanidad en la esfera del derecho, de las ciencias, de las artes, de todo aquello que constituye la cultura, son indestructibles. Y el idioma es el gran recipiente donde la cultura va acumulando sus progresos. El idioma hablado puede desaparecer con los hombres que lo hablan; el idioma escrito permanece y sobrevive a los mismos pueblos que le dieron ser. Por eso con la invención de la escritura empieza la historia de la humanidad y empieza la continuidad de la cultura.

Y aún el idioma hablado, cuando se trata de un pueblo culto, numeroso y fuerte aunque vencido, no puede perecer. Sufrirá más o menos la influencia del pueblo vencedor, se enturbiará su corriente, se mezclará con elementos extraños, pero a lo largo de los siglos se irá perpetuando con una unidad muy semejante a la de un río en el que no hay solución de continuidad, aunque sí un continuo crecer, que hace su corriente cada vez más turbia pero también más profunda y majestuosa.

Imposible separar en las caudalosas aguas del Magdalena los elementos que debe a sus diversos afluentes. En cambio la ciencia del lenguaje, la fonética, la semántica, la gramática comparada, nos han dado medios para separar en una lengua los diversos aportes con que se ha enriquecido al correr de los tiempos. Y vemos entonces que cada una de las civilizaciones con las cuales ha estado en contacto, le deja su tributo; y vemos así mismo que cuanto más vigorosa y más brillante es la civilización, mayor es el aporte que da a las lenguas que con ellas se tocan. No es imposible reconstruir una civilización dada por solo los elementos que se encuentran en las lenguas que con ella se rozaron.

Siempre que dos pueblos de diversa lengua se ponen en contacto, hay entre una y otra mutuo influjo, el cual está en razón directa, no de la fuerza o de la riqueza de los pueblos, sino de su cultura.

Vencieron los macedonios a los griegos, pero como su cultura, comparada con la de los vencidos, era nula, no quedó casi rastro de su

lengua o dialecto en el imperio de Alejandro. Vencieron más tarde los romanos a los griegos. Aquí el caso fue diverso. Aunque la cultura griega era más refinada, la romana era más práctica y mucho más extensa porque dominaba ya todo el Mediterráneo. El resultado fue que ninguna de las dos lenguas suplantó a la otra, aunque sí fue mayor el influjo del griego sobre el latín.

Más tarde, en cambio, superaron los bárbaros a Roma en fuerza y en riqueza, pero Roma, que les llevaba enorme ventaja en la cultura, les impuso, aunque vencida, su sabio lenguaje, mezclado eso sí con las turbias aguas de los idiomas bárbaros, que dieron al latín distinto aspecto en las diversas provincias del antiguo imperio.

Antes de la conquista de Grecia por los romanos se habían puesto ya en contacto los dos pueblos, sobre todo en el sur de Italia, tierra a la cual las prósperas colonias griegas habían merecido el nombre de Magna Grecia. De aquel remoto tiempo datan muchos de los elementos griegos que por intermedio del latín son hoy patrimonio común de todas las lenguas romances.

Pero no hay que olvidar que el griego y el latín son lenguas de cercano parentesco, como que ambas vienen del indo-europeo; el griego directamente, el latín mediante otras dos lenguas: el italo y el italo-celta. La sola semejanza de vocablos no prueba, pues influjo de una a otra lengua; otros medios hay, rigurosamente científicos y muy alejados de aquellas infantiles etimologías de nuestros abuelos que solo se guiaban por el sonsonete, para establecer qué palabras tiene el latín por herencia de su lengua madre, y cuáles por generoso aporte de su vecina y parienta.

Más todavía: no solo ha llegado la ciencia del lenguaje a discernir los elementos extraños, y entre ellos los griegos, que en el latín se hallan, sino a determinar en la mayor parte de los casos el tiempo en que cada uno de esos elementos entró en la corriente latina: tiempos de la Magna Grecia, conquista romana, primeros siglos cristianos, época de las invasiones. De este factor del tiempo, cuando no es claro por sí mismo, prescindiré en este discurso por no hacerme interminable.

Otra diferencia no menor hay entre el curso de un río y la corriente de una lengua. En aquel todas las aguas van por un mismo cauce, y a poco de correr juntas se mezclan completamente. No así en la lengua, al menos en la lengua de un país de próspera cultura. Esta trae consigo una diferenciación en las ocupaciones de los hombres y en su posición social. Si en los pueblos primitivos todos son nómadas, todos son pastores o cazadores, o cultivadores del campo, en los pueblos avanzados existen

muchedumbres de grupos sociales de mayor o menor influjo en la vida de la comunidad. Y al lado del fondo común del lenguaje, cada uno de esos grupos sociales tienen su lenguaje propio y técnico, ignorado generalmente, o mal comprendido por los que a él no pertenecen.

Entre estos grupos sociales podemos desde luego hacer una gran división en grupos eruditos y grupos populares. La erudición se propaga por las escuelas y los libros y por el trato de la gente sabia. El lenguaje popular se propaga libremente por calles y plazas, por montes y valles, por las humildes chozas de los campesinos y los rumorosos talleres de los menestrales; acompaña a los pueblos en sus peregrinaciones, va de mercado en mercado con los traficantes, sigue a los ejércitos en su marcha por tierras enemigas, y entra a los barcos con los navegantes para desembarcar muchas veces y dejar honda huella y luenga prole en tierras extranjeras.

El influjo erudito de una lengua sobre otra es fácil de seguir, porque las palabras eruditas conservan su forma intacta a través de los siglos, y por lo mismo son casi iguales en las distintas lenguas donde han penetrado. Por el contrario, las palabras del cauce popular se desgastan rápidamente y llegan a hacerse inconocibles, y por lo mismo toman en diversas lenguas apariencias muy distintas.

Fijándose por vía de ejemplo en algunos de los términos artísticos que debe al griego nuestra lengua, veremos que algunos de ellos como *drama*, *escena*, *tragedia*, *oda*, *melodía*, *plectro*, *sinfonía*, *poema*, *sátira*, *arquitecto*, *peristilo*, *ánfora*, *rapsodia*, son como incrustaciones que no han sufrido desgaste alguno: es la tradición erudita. En cambio tenemos *títere*, *pandero* y *pandereta*, *bandola* y *bandurria*, *caramillo*, *zampoña* y *chirimía*, voces que dejando el corte clásico se han vestido de campesinas castellanas.

A veces una misma palabra se trasmite por el cauce erudito y por el popular y viene a quedar duplicada en nuestra lengua con distinta forma y aún con distinta significación. Junto al erudito *címbalo* tenemos el popular *cimbel*; junto a *tímpano* y *témpano*, eruditos, *timbal* y *timbre*, populares, formas todas de la voz griega *τυμπανον*, especie de pandero. *Cítara* reproduce el griego *χίθαρα*, pero *cedra*, usada por Berceo (Duelo 176), está perfectamente pulida por la fonética, al paso que *guitarra* es una forma intermedia de la misma voz, que nos vino por el canal del italiano.

El erudito *coro* nos recuerda tragedias como la del rey Edipo, y el popular *corro* tiene aún el sabor de las fiestas populares en que las doncellas bailaban en rueda cogidas de la mano.

De *corro* vienen *corrillo*, *corral*, *corraleja*, *acorralar*, *encorralar*, etc. Es que el pueblo, libre de trabas y reparos puristas, maneja su lengua con mucha más libertad y donosura que los eruditos.

Una buena parte del influjo del griego en el latín y el castellano, única generalmente conocida, es el influjo del erudito de las escuelas y los libros. Las escuelas de Atenas y Alejandría abrieron hondo surco en la cultura europea, hasta tal punto que hay ciencias en las cuales no ha hecho el espíritu humano progreso apreciable desde entonces. La *lógica* de Aristóteles es un edificio perfecto, y la *geometría* euclidiana, aunque ha visto nacer frente a ella otras geometrías, no necesita en sí misma corrección ni complemento.

La *gramática*, la *retórica*, la *poesía*, la *geometría*, la *filosofía*, son ciencias casi totalmente griegas, y todo su tecnicismo fue inventado en las escuelas helénicas.

La medicina perdió su nombre griego, pero muestra clara la huella poderosa de Hipócrates y de Galeno. Ninguna ciencia hay que conserve más términos técnicos de griega prosapia que la medicina.

La *música*, la *arquitectura*, la *astronomía*, la *física*, la *botánica* y la *zoología*, la *geografía* y la *historia*, nacieron en Grecia, como su mismo nombre nos lo está diciendo, y en Grecia florecieron; y si después se han desarrollado poderosamente, no han podido olvidar su patria de origen. Tan arraigadas están, lo mismo que la medicina, en campos de la Hélade, que hasta sus continuos progresos los presentan al público con el clásico ropaje de palabras griegas.

Al estudiar el influjo de la cultura griega en nuestra lengua, he prescindido, como natural, de todas esas palabras modernas, denominaciones sabias de objetos que los griegos no conocieron, como *teléfono*, *microscopio*, etc. He prescindido también de los nombres propios, que darían tema para un estudio de por sí, y así mismo de toda la mitología, que tan honda huella ha dejado en las literaturas, como que todas tienen su *Olimpo* y su *Parnaso*, sus *pegasos*, *centauros*, *náyades*, *musas*, *sátiros* y *ninfas*. He dejado a untado, finalmente, toda la tradición erudita, aún aquellas palabras que no pertenecen a una ciencia particular, como *idioma*, *escuela*, *biblioteca*, *tomo*, *catálogo*, *enciclopedia*, *método*, *sistema*, *tesis*, *prólogo*, *programa*, y aquellas otras que han pasado ya al lenguaje común y corriente, como son, entre otras muchas, *centro*, *clima*, *ironía*, *energía*, *poro*, *cubo*, *zona*, *esfera*, *almanaque*, *fantasía*, *práctico* y *periódico*.

Me basta que una palabra haya visto la luz en las escuelas para prescindir de ella aunque se haya hecho vulgar, pues mi intento es únicamente estudiar el influjo de la corriente popular de la cultura griega en la lengua castellana.

Dejo, pues, por hoy, las aulas y las academias, y me traslado al campo, a la palestra, al taller, al ágora, a las inquietas naves, a los mercados y a los campamentos, para sorprender al pueblo griego en su vida íntima y rastrear las huellas que de esa vida guarde nuestra lengua.

Empecé este estudio con el ánimo del coleccionista que busca algunas flores raras con qué enriquecer sus colección, y os confieso que, a medida que iba acopiando materiales, se me iba ensanchando el horizonte y que a la postre a mí mismo me ha sorprendido el resultado.

Es que he sentido palpar bajo los amplios pliegues de nuestra noble lengua, todo el espíritu, toda la vida, toda la múltiple inquietud de aquel pueblo prodigioso que se llamó la Grecia; he sorprendido su amor a la naturaleza; su vida cotidiana activa e industriosa; su noble culto de la propia personalidad, que hizo un príncipe de cada uno de los griegos; su amplitud de miras, que saliendo del estrecho egoísmo se difundió en la sociedad, en la *polis*, para dar a la cultura humana toda la grandeza, todo el esplendor de que es capaz; he oído, aunque de lejos esta vez, el rumor de sus escuelas semejante al de las abejas del Himeto, y he visto los fulgores de ese arte que en tierras de Grecia adquirió toda su perfección insuperada e insuperable; he sentido finalmente cómo en las ánforas esplendorosas de la cultura griega se vertió a torrentes aquella agua que salta hasta la vida eterna, que purifica a la humanidad de todas sus escorias, que brinda a los pueblos gastados nueva fuerza y nueva vida, y que transforma en fin la cultura clásica en cultura cristiana.

No creáis que exagero. Si tenéis paciencia para seguirme a través de un estrecho sendero, veréis al fin de él ese amplio y bello panorama.

El pueblo griego se distinguió por su amor a la naturaleza. La Grecia actual, con sus bosques talados, no es más que el esqueleto de la Grecia antigua, y ai aún hoy el viajero se extasía ante las bellezas que por todas partes ofrece aquella tierra a sus ojos, ¿qué harían los griegos que la gozaron en todo su esplendor? Tal vez no hay, tal vez no ha habido en el mundo región más encantadora. Un cielo limpio y puro, un clima sano y suave, hospitalarias costas, variadas islas, verdes praderas, espesos bosques, amplias llanuras, altos montes, ríos que ya se desprenden torrentosos de las altas cumbres, ya se desperezan lánguidos en múltiples meandros por los valles, y como marco de toda esa belleza el mar azul, el tibio mar, que

abrazo cariñoso todo el mundo griego formando por todas partes golfos, estrechos y canales, brindando su inquieta espalda para que sobre ella pasen los hombres y transporten sus productos y establezcan, a pesar de la independencia absoluta de sus ciudades, la gran unión cultural del pueblo griego.

No en vano poblaron los griegos de divinidades toda aquella esplendorosa naturaleza; el mar, los bosques, las fuentes y los ríos. No en vano creyeron que en tan bellos parajes habitaban los dioses junto a los hombres. Y no en vano una de las guerras más largas y sangrientas y la más desastrosa de la historia griega, no tuvo más origen que el haber talado los focenses un bosque sagrado de la ciudad de Delfos.

Y ahora veamos cómo nuestra lengua castellana muestra claras las huellas de ese culto, de ese amor que sintieron los griegos por la naturaleza.

El océano, los *astros*, los *bosques*, el *horizonte*, el *iris*; con estas palabras expresaron los griegos su estupor ante los grandes fenómenos de la naturaleza, y con las mismas lo expresamos nosotros.

Con minucioso espíritu de observación iban dando nombre a cada rasgo del relieve de la tierra. Véase cuántos de ellos conservamos en castellano: *cima* y *sima*, *risco*, *escollera*, *istmo*, *barranco*, *antro* y *gruta*, *yerma* con sus derivados latinos *eremita* y *ermita* y su contrapuesto *oasis*.

Aura, *céfiro*, *tromba*, denotan modificaciones atmosféricas.

¿Queréis ver ejemplos de palabras pertenecientes al demonio de los cinco sentidos? *Relámpago*, *eco*, *aroma*, *agrio* y *liso*, este último con sus derivados *alisar*, *desliz* y *deslizar*.

¿Cuántos minerales tendrían los griegos conocidos y apreciados, cuando hasta nosotros han llegado nombres como *arcilla* y *greda*, *yeso*, *cobre*, *amoníaco*, *cinabrio*, *magnesio*, *nitro*, *calamina* y el nombre genérico *metal*, que ya en la antigüedad formó el compuesto *metalurgia*, y a cuyo lado cae tan propio el moderno *metaloide*, y los derivados *metalizado* y *metálico*?

Pero ¿qué mucho si la humilde palabra *piedra* pasó al latín del griego en tiempos de la Magna Grecia, y arraigó tan perfectamente que dio derivados latinos como *petrosus* y *Petrus*? Larga es la familia castellana de esta raíz griega en buena hora trasplantada al Lacio: *apedrear*, *empedrar*, *pedernal*, *empedernido*; *Pedro*, *Pero*, *Pérez*, *Perico*; *pedral*, *pedrera*, *pedregoso* y *pedregal*; *pedrisco*, *pedrusco*, *pedrería* y tanto otros.

Con la palabra *crystal* ha tenido lugar un curioso fenómeno que se suele llamar falsa metáfora. Todos creemos que hacemos una traslación

retórica cuando decimos de un estanque helado: sus aguas se convirtieron en cristal. Y este sin embargo es el sentido propio y primitivo que mucho antes de la invención de los vidrios planos dieron los griegos a la capa de hielo que forma el río en la superficie de las aguas, χρυσταλλος, agua congelada, que viene de χρυος, frío. Por metáfora se llamaron *cristales* las primeras placas de vidrio, y esta misma denominación ha dado la ciencia moderna a los cuerpos que en sus últimos elementos físicos se presentan bajo formas poliédricas regulares. Uno y otro sentido ha dado sus derivados: *cristalería, cristalino, cristalizar*.

Las minas de plata más famosas de la antigüedad estaban en el Ática, y en su laboreo se empleaban 20.000 esclavos. No es raro pues que el nombre latino *argentum*, de donde viene nuestro erudito *argentino*, provenga del griego; pero sí es raro que este nombre popular, que se conservó en francés y en italiano, haya desaparecido del castellano y del portugués, sustituido por el bajo latín *plata*, que significa placa de metal y viene también del griego: πλατυς, extendido.

El sentimiento estético que mezclaban los griegos a su contemplación de la naturaleza, fulgura aún en las puras *linfas* de los bosques, en las cataratas de los grandes ríos, en las *estalactitas* de las silenciosas grutas.

Pero hay más aún. ¿Habéis caído en la cuenta de que las piedras preciosas, esas chispas de diversos fulgores que extrae la industria humana de las entrañas de la tierra para lucirlas en vistosas joyas, esos pequeños tesoros donde la utilidad cede por completo el campo a la belleza, han llegado a todos los pueblos románicos ostentando los brillantes nombres con que las acariciaron los artífices griegos? *Ágata, amatista, berilo, calcedonia, coral, crisolito, diamante, esmeralda, jacinto, jaspe, ónice, ópalo, sardio y sardónice, topacio y zafiro*. ¡Qué colección de espléndidos regalos nos hizo el gusto refinado de los griegos! ¿No veis cómo a través de la lengua castellana aflora la cultura griega con toda la rutilante variedad de las piedras preciosas?

Pero el castellano os tiene guardada otra revelación no menos interesante. ¿Quién de vosotros al visitar los humildes campos de nuestros labriegos se ha imaginado jamás que también en ellos se encuentren las huellas del pueblo helénico?

La agricultura es la base de los pueblos. Imposible que una nación que no cultive la tierra se eleve a las altas regiones del arte y de la ciencia. El pueblo agrícola es la mayor reserva de humanidad y de progreso, porque en contacto con la naturaleza se conserva sano y fuerte. No sin razón atribuyeron los griegos a una diosa el haber regalado a la humanidad el trigo.

La agricultura tiene también su estética cuando no se limita a producir lo necesario para el alimento y el vestido, sino que hermosea los campos con árboles y flores, y adorna la mesa del hogar con bellos frutos y yerbas aromáticas.

¿Queréis ver cuántas flores, cuántos frutos y árboles y hortalizas y yerbas aromáticas nos legaron los griegos?

Yo os convido, señores, a visitar una granja que he arreglado cuidadosamente en mi imaginación, no dejando en ella sino lo que tenemos como herencia de los griegos. Ved la entrada: una alameda de acacias, por entre las cuales se divisan grupos de alisos, de cipreses, de plátanos, no ciertamente de los comestibles que han llamado los eruditos *musa paradisiaca* y *musa sapientum*, sino de aquellos otros plátanos tan propios de los ríos de Grecia, y que aún hoy son frecuente adorno de las carreteras de Europa. Hay también maderas preciosas como el ébano. Las cañas abundan en todas sus especies, menos la dulce del trópico, desconocida en Grecia.

Contemplad mis jardines: en cuadros orlados de boj y amaranto hallaréis el nardo y el jazmín, el pelitre o piretro, la dragontea, de hojas manchadas como una serpiente o dragón, peonías, miosotis, que en castellano diríamos orejitas de ratón, geranios, es decir, grullitas, la crisantema o flor de oro, el cinamomo y el lampazo, más conocido con el nombre de amor de hortelano. No faltan la artemisa o altamisa, el mirto y el acanto, ufano este porque en sus hojas se inspiró el artista que hizo florecer el templo griego en el estilo corintio.

No conocieron los griegos las lindas parásitas de nuestros bosques, pero su nombre, muy bien puesto, recuerda una costumbre que fue en Grecia una verdadera institución, o mejor dicho, una verdadera plaga social.

El que no sabía comer sino en casa ajena, era llamado *παρασιτοζ*, que viene de *παα*, pegado a, y *σιτοζ*, alimento. Lo que hacen nuestros parásitos y nuestras parásitas, que no pueden vivir sino a expensas ajenas.

Entre los árboles frutales tenemos sicomoros, castaños, nísperos, almendros y membrillos, y la esbelta palma que produce los sabrosos dátiles. La mora os regala su fruto campesino, y os cuenta al mismo tiempo que aunque es la más humilde de las frutas, tiene en el lenguaje especial categoría, porque ha dado origen a un grupo de palabras: *moral*, con bellos compuestos, como Valmoral; color *morado* y *amorado*; *morera*, la que es grata al gusano de seda; *moreno* y *morena*, epíteto exagerado porque los que con él se glorían están muy lejos de ser tan brillantemente negros como

la mora. Aunque no falta quien, con mayor razón por ventura, saca a los morenos de los *moros*, voz que en griego significa *los oscuros*, *μαυροι*.

En punto a fecundidad lingüística, pocas yerbas podrán competir con la caña. Más de setenta palabras cuenta nuestra lengua derivadas de la frágil y esbelta planta que llamaron *χαννα* los griegos. Imposible enumerar más que las principales: *cañada*, *cañizo*, *encañar*; *caño* y *cañería*; *cañón*, *cañonazo* y *cañonera*; *canal*, *canalete*, *acanalar*; *canela*, *acanelado*; *canilla* y *canuto*; *gañón*, *gañito*, *desgañitarse*; *cañauzal*, *cañafístola*, *cañaveral*, etc.

Pero no nos distraigamos de nuestra visita: entremos a ver los cultivos. Son los principales la *viña* y el *olivo*. *Aceite* y *vino* y *amigo*, *antiguo*, nos dice el refrán. El *aceite* y el *vino* que os ofrezco son anteriores a la civilización latina, y se remontan hasta el Ática y el Peloponeso, donde aprendieron los latinos la industria del *vino* y el cultivo de los *olivares*.

Productos importantes de mi granja son el *fríjol* y el *arroz*, y además abundan en sus huertas *espárragos* y *rábanos*, *endibias* y *yaros*, *achicoria*, *acelgas* y *altramuces*.

No quedará por falta de condimentos, pues tenemos *culantro* y *perejil*, tan orgulloso este último, tal vez por los viajes que hizo de Grecia a tierras de los árabes de donde pasó a Castilla, que cuando una persona va muy compuesta decimos que está *emperejillada*. Tenemos asimismo *canela*, *menta*, *comino*, *pebre*, castellano antiguo que reproduce el *pipe* del Lacio y el *πεπερι* del Ática, o sea, la pimienta; y si sois muy refinados, os brindaré jengibre, anís y *ajenjo*.

Sigamos al surco de las plantas medicinales. El *ruibarbo* nos está diciendo con su nombre que vino de lejos, *ραβαραρον*. Junto a él hallamos, con la misteriosa *mandrágora*, *eneldo*, *regaliz*, *malvavisco* y *mejorana*. *Malvavisco*, planta híbrida, porque tiene un elemento latino, *malva*, y otro griego, *εβισχοζ*. *Mejorana*, de enredada etimología, y llamada por Linneo *origanum mejorana*, que probablemente viene de *αμαραχοζ*, *amaracana*. Nuestro pueblo echa por los rumbos de la etimología popular, y cuenta que buscando san Joaquín y santa Ana una Yebra aromática para la pequeña María, Ana cogió una y dijo: esta es Yebra buena, Joaquín. Y él cogiendo otra respondió: esta es mejor, Ana.

Los campos que nos rodean –aunque a trechos no falta la *cizaña*– están llenos de excelentes pastos: *tomillo*, *hisopo*, *bromo*, *serpillo* y *códeso*, del que habla Virgilio cuando dice por boca de Melibea:

Florentem citisum et salices carpetas amaras;

Y finalmente *orégano*, que se ha hecho entre nosotros tan famoso, que para decir que no todo puede ser de lo mejor, decir: *no todo el monte es orégano*.

Hongos hay en abundancia, pero hay que escoger los que no son venenosos.

-¿Y aquella planta que muestra entre las piedras sus florecillas de vivos colores?- Es el *acónito*, nombre derivado de *αχονη*, piedra, del que cantó Ovidio, atribuyendo al vulgo una sabía etimología que aquel seguramente ignoraba:

*Quae, quia nascuntur dura vivacia caute,
Agrestes aconita vocant.*

Dizque lo llaman los campesinos *acónito*, porque crece vigoroso entre las duras piedras.

¿Os admira el ruido de las máquinas y el movimiento de la gente? Es la industria del *lino*, del *cañamo* y del *esparto*, que como netamente griegas no podían faltar en mi granja modelo.

Fuera de los trajes fabricaron los antiguos con el lino cuerdas, y a la cuerda la llamaron por eso los latinos *línea*, de donde en el lenguaje de los constructores vino *alinear* y en el lenguaje científico *línea*, *delinear*, etc. La forma más castiza de *alinear* es *aliñar*, y la tenemos con significación algo desviada en las palabras *aliño* y *desaliño*.

Σπαρτοζ era cierta cuerda de tejido espiral y la materia de que se hace: *esparto*; pariente o afín de *σπυριζ*, *espuerta*, que se quedó en la clase humilde, con sus vecinos *espartal* y *esparteña*, y de *σπερα*, *espira*, *espiral*, que subió al lenguaje de los sabios. *Cañamo* no ha dado más productos que *cañamón*, *cañamazo* y *cañamar*.

Tantas huellas griegas tiene el arte de la agricultura, que con palabras de aquella lengua podemos describir la historia de las plantas desde la cuna al sepulcro: *embrión*, *bulbo*, *tallo*, *vástago*, *baya*, *resina*, *zumo*, *raja*, *brugo*, *liquen* y *carcoma*.

Los silos, que muchos tienen por reciente invento, son tan antiguos como el nombre griego *σιποζ*.

Antes de dejar los campos, permitidme que os cuente la historia de la palabra *fríjol*, que es muy instructiva.

Había en Grecia una isla llamada φασηλιζ, cuyo sello, que aún se ve en algunas monedas, era un navío. Tal vez los habitantes de aquella isla se habían especializado en la construcción de esa clase de embarcaciones; es lo cierto que ellas se conocían en el imperio romano con el nombre de la isla, *phaselum*, y por corrupción *baselum*. *Phaselum*, dice en sus *Etimologías* san Isidro, *est nāfigium, quod nos corrupte baselum dicimus* (L. XIX, C. I, Nº 17). De aquí viene el castellano antiguo *baxel*, actualmente *bajel*.

Pero he aquí que por otro lado la industriosa isla de φασηλιζ cultivaba con tanto éxito cierta sana y exquisita legumbre muy conocida en nuestra patria y especialmente en Antioquia, que griegos y romanos no la conocían sino con el mismo nombre de la isla, *phaselus*, y en diminutivo *phaseolus*, y así Linneo la clasificó más tarde con el nombre de *phaseolus vulgaris*. Los que deseáis ver cómo esta palabreja entró en todas las lenguas romances y las múltiples formas que ha revestido en ellas, halaréis vuestra curiosidad satisfecha en las *Apuntaciones* de nuestro ilustre Cuervo (nº 113). A nosotros nos basta sacar en conclusión que nuestras voces *frisol*, *fríjol* y *fréjol* son etimológicamente idénticas con la voz *bajel*, y una y otras retazos de la civilización de una de tantas islas habitadas por los helenos.

Vive en nuestra sabana, cerca de la capital, un patricio que todos conocéis y que tiene una de las más bellas quintas de la altiplanicie, en la cual ha reunido gran número de animales raros y curiosos. Yo también, siguiendo su ejemplo, tengo mis animales. Pero lo curioso de mi parque zoológico es que en él no hay más que aquellos que recibieron su nombre de los griegos, y no lo han perdido hasta ahora a través de 25 y más siglos. Echémosles una rápida ojeada, pues no quiero abusar de vuestra paciencia.

Entre los cuadrúpedos veréis *potros*, *borricos*, *onagros*, *podencos*, *dromedarios* y *camellos*, y animales de la selva, tales como el *antílope*, de elegante cornamenta, el *búfalo*, el *lince*, de ojos proverbiales, la *hiena* y la *pantera*. Los más raros son el *rinoceronte* con el *elefante* y otros *paquidermos*.

En el pabellón de las aves hallaréis el vistoso *faisán*, la armoniosa *calandria*, *cisnes*, *chorlitos*, *perdices* y *pelícanos*; el *alción*, de majestuoso vuelo, y el *avestruz*, de rápida carrera.

De la vida de los animales tenemos en castellano verbos tan bonitos como *bramar*, *husmear* y *crotorar*; y no quiero omitir el curiosísimo desarrollo semántico de la voz *perdiz*, etimología grata a los cazadores académicos.

Perdigón, a pesar de su forma aumentativa, es diminutivo de perdiz, como ratón de rata, y significa el pollo de la perdiz. *Desperdigarse* es lo que hacen los polluelos de las perdices al ser sorprendidos. De ellos pasó este verbo a cualquiera otra clase de objetos que se desperdigan, y principalmente lo aplicaron los cazadores a los balines de plomo con que se tira a la caza menor. Los balines o granos de plomo se desperdigan. De aquí a llamar *perdigones* a los mismos balines, no hay más que un paso, y lo dieron audazmente los cazadores, realizando el fenómeno extraño de que tengan el mismo nombre el ave inocente y la munición que la mata.

Pero sigamos a otras secciones de nuestro jardín zoológico, para que veáis diversas *crisálidas*, y animalitos tan pequeños como el *cínife* y la *cochinilla*; tan peligrosos como el *áspid*, el *dragón* y el *escorpión*; tan humildes como el *escarabajo* y el *limaco*; tan curiosos como el *camaleón* y la *salamandra*.

En aguas de río os mostraré *truchas*, *hidras*, *castores*, *cocodrilos* e *hipopótamos*; y en el mar y sus orillas (porque a orillas del mar tiene que estar mi granja imaginaria) veréis *conchas*, *lapas*, *esponjas*, *pulpos* y *corales*, *camarones* y *almejas*; y dejando otros peces menos conocidos, ahí tenéis el *delfín*, el *atún* y la reina de los mares, la *ballena*.

¿No es verdad que puede colocarse mi jardín zoológico junto a los más curiosos del mundo? ¿No es verdad que en mi granja modelo aparece de nuevo, a través de la lengua castellana, lo más recóndito, lo más simpático de la cultura griega, que es su amor a las aves y a las flores, su atención a las hortalizas y a los árboles, su vida campestre, en fin, a la que debió aquella raza sus vigorosas condiciones físicas y sus cualidades morales, que aún hoy forman el ideal de una buena educación: *mens sana in corpore sano*?

Si de la observación de los animales pasamos a la consideración del hombre y de la vida humana, hallamos que muchas de las palabras populares, tomadas de la entraña misma del castellano más vulgar y más castizo, son palabras griegas, gastadas por la fonética y desfiguradas en el torrente de los siglos.

Demostrado está el origen griego de voces como *chato*, *mostacho* y *chisme*; *bledo*, *enteco*, *zambo* y *pedante*; *murria*, *roncar*, *piropo*, *garganta*, *cosquillas*, *carcajada*; *enano*, *gigante* y *pigmeo*; *enclenque* y *titán*.

Huérfano, *austero*, *lacónico*, *nostalgia*, son bellas voces que nos muestran en su serena gravedad al hijo de la Grecia, así como *díscolo*, *acidia* y *cólera*, *hipocresía*, *misántropo* y *melancolía* nos descubren el lado flaco que por doquier se encuentra en el hombre.

Erótico no tenía mal sentido entre los griegos, y podía aplicarse al amor puro. *Celo*, allá como aquí, lo había del bueno y del malo.

La *melancolía* ha tenido un desarrollo fonético notable; viene de *μελας*, negro, y *χολος*, bilis; literalmente quiere decir *atra bilis*, y se confunde con nuestro *atrabiliario*. Pero la pronunciación popular al correr del tiempo fue labrando la palabra y haciendo de ella *melancolía*, primero *melenconía* después, forma que se halla en castellano antiguo y persevera en italiano. Entonces creyó el vulgo que se trataba de una palabra compuesta, por el estilo de *malherido*, *amfetría*, y serparó sin más el segundo componente *enconía*, con la significación de grima, enojo, formando además el verbo *enconarse* y el sustantivo *encono*, que de achaques del espíritu han pasado a ser también achaques del cuerpo.

Pocos amigos eran los griegos de la *melancolía*. Más bien cultivaban la alegría de vivir con la música y con los deportes.

La educación del griego era algo que difícilmente entendemos nosotros tan mal acostumbrados a henchir de conocimientos superficiales la memoria de los jóvenes, descuidando muchas veces sus más bellas cualidades, su *carácter*, su sentimiento *estético* y su destreza corporal. No así los griegos. De los 6 a los 18 años no tenían ellos más materia de estudio que la *gramática*, la *música* y la *gimnasia*. Se trataba no tanto de adquirir conocimientos cuanto de desarrollar la iniciativa y las facultades artísticas y literarias.

En Atenas no hay *escuelas* del estado. El niño está a cargo de un esclavo que lo lleva donde sus maestros y se llama *παδαγωγος*, voz ennoblecida en nuestros modernos *pedagogos*. El *γραμματιστής* o maestro de gramática, enseña a leer, escribir y contar y los más sencillos cálculos. La escritura se hace en tablillas enceradas con un *estilete* de marfil o de metal, o bien más tarde en *papiros*, con tinta y con plumas de caña.

Cuando el niño sabe leer, empieza a aprender de memoria los grandes *poemas* nacionales. Jóvenes privilegiados sabían íntegramente la *Ilíada* y la *Odisea*, no poco de Hesíodo y mucho de los *líricos*.

Terminada la lección de gramática, el pedagogo llevaba al niño a la casa del *citarista*, *χαθαριστής*, para la clase de *música*. Platón enseña que la música es el ejercicio más provechoso para inclinar a la virtud las tiernas almas de los niños; no la música apasionada, ni la *antipática* combinación de ruidos del jazz moderno, sino la música *melodiosa*, serena y tranquila de la flauta y de la *cítara*, tan propia para *calmar* el ánimo y para elevarlo al *ideal*. Acompañándose él mismo aprendía el joven también a cantar y ejecutaba las obras de los grandes *líricos*.

A los 14 años, sin perjuicio de la *gramática* y la *música*, interviene otro maestro, el *παιδοτριβηζ*, y desde este instante la *gimnasia* es la parte principal de la educación. Casi todo el día se pasa en la *palestra*. Hay que dar al cuerpo resistencia y solidez, agilidad y soltura y *armoniosas* proporciones, y al ánimo iniciativa, estímulo, constancia, condescendencia, serenidad y valor. Los ejercicios principales son cinco, que forman el *πενταθλον*: lucha, carrera, salto, *disco* y jabalina. Usábanse también la pelota, el pugilato, la equitación y la esgrima.

Así se educaron hasta los 18 años Arístides y Temístocles, Platón y Aristóteles, Demóstenes y Esquilo, Píndaro y Sófocles, Fidias y Praxíteles. Si un sistema de educación ha de juzgarse por sus resultados, ninguno mejor que el que acabamos de recordar, aunque para nuestro gusto no sea capaz de formar sino robustos *atletas* condenados al más ruidoso fracaso en los exámenes de cultura general.

Solo algunos jóvenes ricos estudiaban después de los 18 años, por vía de recreación, sin descuidar por eso los ejercicios corporales, *geometría* y *dibujo*, *astronomía* e *historia*, *retórica* y *filosofía*. Aún hoy vemos, en pueblos más prácticos y más poderosos que el maestro, que el día del universitario se divide en tres partes: la mañana para el estudio, la tarde para el deporte, y la noche para la vida social y el descanso. Y es grato ver en Oxford, después de la ligera refección del medio día, cómo los centenares de alumnos de sus múltiples colegios, cambiando el riguroso traje ciudadano por el ligero deportivo, salen en bicicleta como enjambres a los campos que rodean la ciudad, donde pasan en ejercicio corporales la mitad de su vida universitaria.

Cada cuatro años se celebraban en la ciudad de Olimpo, en honor de Júpiter, los juegos llamados por eso *olímpicos*, acontecimiento mucho más importante en la historia de los griegos, de lo que ordinariamente se cree.

Las ciudades griegas eran independientes, no había un gobierno central, y solo se hizo un conato de liga *anfictionica*, que no dio mucho resultado. La unidad del pueblo griego se grababa en la conciencia de todos y se conservaba gracias a los juegos olímpicos, tan importantes en la vida nacional, que fueron la base para el cómputo del tiempo por períodos de cuatro años llamados *olimpiadas*. Al lado de ellos otros juegos *panhelénicos*, como los *píticos*, en Delfos, los *ísmicos*, en Corinto, y los *nemeos*, en Nemea, tienen importancia secundaria.

Cuando se acerca el tiempo, parten los heraldos por todos los ámbitos de Grecia anunciando la gran fiesta religiosa y nacional, y en

caso de guerra, promulgando la tregua que por un mes se concedían las ciudades beligerantes. De todas partes acuden muchedumbres, dispuestos unos a competir en los juegos, deseosos otros de admirar la destreza de los campeones, curiosos los más, y negociantes que acuden siempre donde mucha gente se reúne. Los artistas aprovechaban la ocasión para mostrar sus obras; los *retóricos* para desplegar las *galas* de su oratoria; los *sofistas* para promover disputas, y los *filósofos* para ensanchar su escuela.

Los juegos, a los que no pueden asistir las mujeres, se inauguran en el *estadio*, rectángulo de 142 metros de largo rodeado de rampas donde se apiñan los espectadores. Animados por sus aclamaciones corren los cursores en carreras sencillas, dobles, de antorchas y de resistencia. Siguen la lucha, el pugilato y otro juego mezcla de ambos que se denomina *pancracio*.

La segunda parte de los juegos se desarrolla en el *hipódromo*, cuya pista mide 770 metros, y termina en la anhelada meta.

Hay carreras de caballos parecidas a las nuestras, pero más apasionantes son las carreras de carros. El carro es de dos ruedas, muy ligero, y va tirado por cuatro caballos. El conductor va de pie y tiene que dar ocho y hasta doce vueltas a la pista.

Al día siguiente continúan los juegos en el *estadio* con la competencia en el *pentatlo*. Para el salto el número de los concurrentes no era fijo, y los que franqueaban el espacio reglamentario entraban enliza para la jabalina. Los cuatro competidores más hábiles en esa prueba presentábanse para la carrera que eliminaba un concurrente, quedando por lo tanto tres para el *disco* y los dos últimos para la lucha cuerpo a cuerpo. Saltan y corren los *gimnastas*, arrancan aplausos los *discóbolos* y los *atletas*, campeones y *antagonistas* tienen en tensión por varias horas a la enorme multitud. Mil voces aclaman por fin con *frenético entusiasmo* al vencedor que ha de dar su nombre a la *olimpiada* señalada con su *triumfo*.

Por fin, otro día, ante el templo de Zeus, y en medio de la más delirante ovación de un pueblo que había estado por espacio de cuatro años pendiente del resultado de los juegos, se reparten los premios, tan sencillos como honrosos: la corona de *olivo* y la palma.

A los juegos siguen los sacrificios y las procesiones, y a veces festines públicos servidos a todos los espectadores.

Os he relatado uno de los capítulos más característicos de la cultura griega en lenguaje para vosotros corriente y conocido. Y sin embargo, si miráis despacio mis palabras, veréis que muchas de ellas son las mismas que usaban los griegos en aquellos momentos de entusiasmo; es decir, que

también aquí hay un caudal griego que corre por los cauces de nuestro castellano, dándonos testimonio directo y elocuente del cultivo de la propia personalidad que los griegos profesaron.

Y no será por demás advertir que, si uno de los síntomas más claros de una cultura refinada es la generalización del uso de los baños, fue en Grecia donde ellos se hicieron populares y donde primero se organizaron baños públicos al alcance de todos. De Grecia pasó a Roma, con la práctica, el nombre erudito *termas* y el popular *balneum*, *baño*, que aún hoy conserva nuestra lengua.

Debiéramos ahora seguir a los griegos en su vida social, y hallaríamos el castellano cuajado de términos en que se siente todo el calor de la vida doméstica, tales como *cofre*, *cama*, *sábana*, *tapete*, *pantuflas* y *sandalias*, *saco*, *cesta*, *cántaro*, *estufa*, *marmita*, *artesa*, *cuchara* y *mermelada*.

¿Queréis ver en una curva formada por unas cuantas palabras la historia social de muchos griegos y de muchos colombianos? *Himeneo*, *arras*, *epitalamio*; *baile*, *crápula*, *broma*, *embromar*, *circo*. *Propina*, *galán*, *regalo* y *engalanarse*; *paje*, *pompa*, *boato*, *apoteosis*; *féretro*, *pira*, *tumba* y *epitafio*.

En honor de la verdad hemos de decir que este tipo de hombre que no sirve sino para la holganza y los placeres es más frecuente en Grecia que en las modernas sociedades. El ciudadano de Atenas pasa el día en la ociosidad porque sabe que por él trabajan los metecos y los esclavos; pero sin embargo, cogiendo al pueblo griego en su conjunto, lo encontramos en febril actividad. Apliquemos el oído a nuestra lengua y sintamos a través de ella y a través de los siglos el ruido de las máquinas, el rumor de los puertos, el vocerío de los mercados y el fragor de los combates.

Trueco, *trocar*, *retruécano* son el eco castellano de τροχός, rueda. El *torno*, tan usado por los artífices de las bellas obras de cerámica que tanto abundan en nuestros museos, vive aún en múltiples formas y tiene larga familia en nuestro idioma: *tornar*, *retorno*, *contornear*, *entornar*, *contorno* y otros muchos derivados. *Maña* es la forma popular y eufonizada de *máquina*, y se prolonga en *amañarse*, *desmañado*, etc. *Poleas*, *ganchos*, *sifones*, *alambiques*, remontan su historia hasta los griegos.

Amalgama, *apelmazar*, *aplastar*, *encolar*, *enlosar*, *entapizar*, *esmerilar*, *esquilar*, oficios son que no disimulan su ascendencia helénica.

Y si a los productos vamos, tienen marca de fábrica de aquel bello país los *conoideos*, literalmente *mosquiteros*, *toldos*, *fanales*, *medallas*, *emblemas*, que literalmente son incrustaciones, *púrpura*, *cuerdas*, *estopas* y *estofas*, *pabilos* y *madejas*, que tienen en nuestra lengua dos derivados

de contraria significación: *despabilado* y *desmadejado*; *frascos*, *bisagras*, *gonces*, *cremalleras*; y entrando en industrias familiares, *azúcar*, *pastas*, *almidón* y *grageas*.

La industria del papel es de origen egipcio, pero los griegos la explotaron desde los tiempos de Alejandro Magno y nos la transmiten, *Παπυρος* es la planta egipcia que finamente elaborada formaba los *papiros*, ascendientes en línea recta de nuestros *papeles*.

Muchas son las voces de los marinos griegos que viven aún en castellano con sentido idéntico unas, notablemente ampliado algunas otras. *Pielago*, *archipielago*, *golfo*, *barca*, que ha dado tantos derivados: *barquero*, *barquillo*, *abarquillado*, *embarcar*, *embarcación*, *desembarcar*, etc.; *equipar*, *equipaje*, *esquife*, *galera*, *caraba* y *carabela*; *proa*, *comba* y *jarcia*; *piloto* y *pirata*; *chusma*, que primitivamente significó el conjunto de remeros; *rumbo*, *calma*, *borrasca*; *náusea*, de ναύς, nave, nombre que dieron los griegos al mareo; *zarpar*, *remolcar*, *arrimar*, *arrumar* y *calar*, que propiamente significa echar el ancla.

En la bahía de Alejandría se halla la isla de Φαρος, en la cual hizo levantar Tolomeo Filadelfo un monumento que fue tenido por una de las siete maravillas del mundo. En él brillaban por la noche luminarias que servían de orientación a los navegantes. El nombre de la pequeña isla se ha generalizado. Los *faros* son hoy en todo el mundo el consuelo y la protección de los marinos, que no saben que con su luz benéfica llega hasta nosotros un puro destello de la cultura griega.

Con los navegantes vienen los mercaderes, y si acechamos su conversación, oiremos en sus labios palabras que son para nosotros familiares: *emporio*, *tesoro*, *bolsa*, *embolsar*, *desembolsar*, *monopolio*, *bodega* y *botica*, que originariamente son una misma palabra, απο-θηχη. Próxima pariente de esta es υπο-θηχη, que pesa aún en nuestra lengua al fin y al cabo como una *hipoteca*. Los banqueros en Grecia se llamaban *τραπεζίται*, de *τραπέζα*, mesa; las trapacerías de hoy nos están diciendo que no siempre gozaban de muy buena fama.

Baratar significó primitivamente *traficar*, *negociar*; de donde vino *barata*, trueque o cambio; *baratería*, engaño o fraude, y *barato*, de poco precio. *Baratar* vino así a significar dar o recibir a manos precio, y de aquí, con adición de un prefijo, se formó *desbaratar*.

Las pesas y medidas griegas han dejado también su huella en castellano: *talento*, *dracma*, *adarme*, *gramo*, *quilate*. *Ensayo* es el griego *εξάγιον*, *pesada*, *tanteo*.

La pacífica vida de los griegos se vio con frecuencia perturbada por el estrépito de las armas y el fragor de los combates. A juzgar por los pocos términos militares que nos dejó la Grecia, no fue ella la que nos enseñó a pelear sin descanso; pero, con todo, el mismo nombre de la guerra πολέμος, lo tenemos en el erudito *polémica*. *Pelea* es también de origen griego y formación popular frente a los eruditos *estratagema* y *táctica*. Arreos militares legados por la Grecia son *ballesta*, *carcaj*, *cimera*, *espada*, *panoplia* y *catapulta*. Y lo curioso es que algunos elementos más modernos ostentan nombres importados de la Grecia: *bala*, *bomba*, la que atruena en los *bombardeos*, y *carabina*. El antiguo *ángaro* y el de aspecto moderno *parapeto*, son invención de los griegos.

Brío, *heroísmo*, *bravura*, fueron características del soldado que supo vencer en Maratón y Salamina o morir en las Termópilas. *Ginete* nos recuerda a aquellos luchadores que vencieron a las Amazonas, tan admirablemente figurados en el friso del templo de Artemis.

Fuerza singular se necesita para cortar a cercén la cabeza a un enemigo con quien se combate cuerpo a cuerpo. Esta locución adverbial tan gráfica, a *cercén*, viene de χιρχινοζ, circular, de χιρνζ, circo.

Falange: he aquí una voz tristemente célebre en los anales militares de la Grecia. Φαλαγγ, αγγος, significa rodillo. Este nombre dio Filipo a su famoso cuerpo de ejército, la *falange macedónica*, con el cual pensaba arrollar a los héroes de Atenas y de Esparta. Y lo consiguió plenamente, no tanto porque el soldado macedónico, aún en falange, fuera más fuerte que el griego, sino porque la política de Filipo era incomparablemente más hábil y audaz que la de aquella democracia que no pudo ser encauzada ni aún por la elocuencia más poderosa y enérgica que ha resonado en la tierra, la elocuencia de Demóstenes. La falange no solo vive entre nosotros en su aspecto militar, sino también degradada por el vulgo en la voz *palanca* con sus derivados, entre los cuales, aunque parezca extraño, se halla la voz *apalancar*, separar violentamente, modificado en *esparrancar*, que la etimología popular ha convertido en *espernancar*. Tan triste fin tienen a veces en manos del vulgo las palabras de más clara historia y más puro abolengo.

Grecia vencida impuso su lenguaje al vencedor. Había impuesto también a los romanos, aún antes de medir sus armas con ellos, las palabras más gloriosas: *triunfo*, *triunfante*, *triunfador* y *trofeo*.

La vida social del pueblo griego culmina en la πολις, la ciudad, la unión de los ciudadanos que se prestan mutuo apoyo, que ponen sus buenas cualidades al servicio de todos, para que del enjambre humano

resulte una vida activa y ordenada, el bienestar de las familiar, el progreso de las ciencias, el florecimiento en la artes, y cuando es menester, la defensa contra los enemigos.

Ζῶον πολιτικόν definió Aristóteles al hombre, mostrando que entre todos los vivientes es el único capaz de vivir progresando en sociedad.

Bellos ejemplos de civismo en paz y en guerra nos legaron los griegos. Ya es Arístides, que, siendo desterrado injustamente, pidió a los dioses al salir de Atenas que no sucediera en su patria desgracia ninguna que pudiera hacer sentir su destierro. Ya son aquellos bravos que dirigiéndose a atajar a los persas en el estrecho paso de las Termópilas, y advirtiéndoles algunos que los enemigos eran tantos que oscurecían el sol con sus flechas, respondieron impávidos: Mejor; así peharemos a la sombra.

Bello es el epitafio que a estos héroes puso el poeta Simónides:

Viajero, dile a Esparta que aquí nos hallaste muertos por obedecer las santas leyes de la patria.

La obediencia a las leyes en el pueblo, la santidad, la justicia de las leyes en el legislador, porque sin ella no hay obediencia digna de ser humano, he aquí el resumen de la vida cívica del pueblo más culto del mundo. Y esa vida cívica palpita aún en una palabra castellana, aunque malandrines y follones, que diría don Quijote, se empeñan en envilecerla: la *política*.

Si, señores: volvamos por los fueros de la cultura griega que tan felizmente brilla a través de los siglos en esa noble palabra con que Aristóteles nombró el más denso de sus libros.

La *política*. Arte de gobernar haciendo felices con leyes justas a los pueblos. Ciencia de obedecer las santas leyes de la patria. Y no digamos que hace política el ambicioso explotador de los humildes, ni el demagogo que azuza las pasiones del vulgo, ni el maestro en prestidigitación electoral, ni menos el que mancha con sangre de hermanos el suelo sagrado que nos vio nacer.

Demos otro título a las aberraciones de los hombres; y dejemos el limpio nombre de política para las nobles intenciones, los propósitos desinteresados y las realizaciones fecundas de los que se han desvelado en el estudio de los problemas nacionales; de los que, aún discrepando en muchos puntos, se unen en un piadoso culto y un puro amor a la patria común.

No sería este cuadro fiel reflejo de la realidad, si en él no hubiera sombras.

El pueblo griego tenía una misión providencial que cumplir. En él se debía ver cuánto es lo que puede, pero también cuánto es lo que no puede la naturaleza humana dejada a sus propias fuerzas. A pesar de haber sido el pueblo mejor dotado para la civilización, no pudo levantarse a las más altas esferas del espíritu; no conoció al verdadero Dios; no supo el fin de la sociedad ni el fin de la misma existencia humana; no entendió la dignidad de la mujer ni respetó los derechos del niño; no sospechó siquiera que todos somos hermanos.

Si en lo meramente humano llegó la Grecia al más perfecto grado de cultura, en lo que se relaciona con las más puras aspiraciones del espíritu, la verdad y el bien, quedó como los demás pueblos paganos sumergido en las tinieblas y sombras de la muerte.

El hombre, que había sido hecho por Dios responsable; con la obligación de hacer el bien y de evitar el mal; con la noble independencia del ser superior que no puede convertirse en instrumento para la felicidad de otros, y con el sublime fin de participar de la misma felicidad infinita del Creador, quedó en la ciudad pagana convertido en un mero instrumento al servicio del estado.

El estado prometía en cambio a sus miembros la felicidad, no la que consiste en la posesión plena de la verdad y el bien, que es la felicidad del espíritu, sino una felicidad estrecha y caduca que puede encerrarse en dos palabras: bienestar, ociosidad. Y no para todos: el descanso y el placer presuponen trabajo. Para que los menos pudieran gozarlos, tenían que trabajar los más.

De 307.000 habitantes que llegó a tener el Ática, eran esclavos 200.000; 40.000 metecos y solo 67.000 ciudadanos. La esclavitud era la fatal consecuencia de una sociedad que veía en el trabajo una deshonra y en el placer el fin supremo de la vida.

Esto fue, dice un ilustre historiador, la sociedad antigua, sala de festín en que algunos hombres privilegiados se regalaban sin tasa servicios por un pueblo de esclavos, pero que era, para los unos como para los otros, el vestíbulo de la nada. (Godofredo Kurth. Los orígenes de la civilización moderna).

Un día entró en Atenas un pobre peregrino, pequeño de cuerpo, débil de apariencia, pero de mirada penetrante y viva que dejaba escapar la luz misteriosa de un fuego divino que en su interior ardía. Recorre el ágora y la acrópolis; se fija en las estatuas y en los templos; se mezcla con los grupos de ociosos que en busca de novedades pululan por todas

partes, y les habla palabras de extraño sentido, palabras de igualdad, de responsabilidad, de resurrección y vida.

-Todo esto tienes que exponerlo en el areópago, le dicen, y lo conducen sin demora a la ilustre colina, sede del más respetable senado de la tierra.

Y estando Pablo de pie en medio del areópago, les dice: Atenienses, por todo lo que he podido observar en vuestra ciudad, veo lo mucho que os preocupan los problemas religiosos. He admirado vuestros templos y vuestras estatuas, y he hallado entre otros un altar con esta inscripción: *Al Dios no conocido*. Pues bien, yo os traigo nuevas de ese que adoráis sin conocerlo (...) (Hechos de los apóstoles, XVII, 22).

Pocas veces, señores, la palabra humana ha llegado a más sublime altura que en ese discurso de Pablo ante los areopagitas y el pueblo de Atenas. El escenario de toda Grecia, que se ve en Atenas la corona de la sabiduría. Los oyentes son los hijos mimados de la civilización antigua. La cátedra, el tribunal más respetado de la clásica antigüedad.

Ha terminado en Grecia el reinado de los falsos dioses, que si pueden halagar a los poetas no pueden hacer felices a los pueblos. Va a romperse la nube que ha ocultado por tantos siglos el sol de la verdad. Jamás se ha leído en Atenas mensaje más trascendental que el que está transmitiendo ese hombre de pequeña estatura y mirada de fuego. Europa entera debió de sentir en ese instante un estremecimiento. Había llegado la hora final del paganismo. Cristo, hijo de Dios, por boca de Pablo de Tarso, anunciaba desde Grecia que venía a tomar posesión de los pueblos de occidente y a mostrarles el sendero de la verdadera civilización.

No fue el latín, fue el griego el vaso en que se vertió para ser derramada por Europa la buena nueva, la palabra divina. En griego está escrito el nuevo testamento. Vedlo, sin entrar en más detalles, en estas pocas que forman la constelación más brillante en nuestro cielo castellano: *Cristo y cristiano; iglesia, evangelio, católico; bautismo, eucaristía; apóstol, anacoreta, mártir; ángel, misterio, paraíso*.

Y así han quedado resonando a través de los siglos en todos los pueblos cristianos, esas palabras de redención y de esperanza, ese mensaje de vida y libertad, esa revelación de la verdad y de la moral de Cristo, que hizo de Europa la maestra de todos los pueblos, el brillante faro de la humanidad, la fecunda madre de la civilización moderna.

17 de octubre de 1933

XI

La elocuencia

Gonzalo Restrepo Jaramillo

Noble, bella, peligrosa y efímera la oratoria y su manifestación privilegiada la elocuencia: peculiar su posición entre las bellas artes y vinculada su historia a crisis decisivas de la humanidad.

Gonzalo Restrepo Jaramillo

XI

La elocuencia

Gonzalo Restrepo Jaramillo

Hace tres lustros esta corporación doctísima me envió el diploma de académico correspondiente, enaltecido con las firmas de dos de sus miembros caros a mi corazón por el afecto y a mi inteligencia por sus brillantes méritos literarios: José Joaquín Casas y Antonio Gómez Restrepo. ¡Dios los tenga en su gloria!

Deseos tuve siempre de presentarme ante vosotros para testimoniar mi gratitud, pero el recogimiento provinciano cuando en Antioquia residía y el ajetreo de las funciones públicas cuando fui huésped de esta ciudad de próceres y letrados, unido a aquel *mejor será mañana* que suele frustrar nuestros propósitos, aplazaron mis intenciones. Viajero ya en la noche según el itinerario inmortal de Rafael Pombo, no quiero renunciar al honor de que mi voz, opacada por azares de la vida, ocupe vuestra atención durante pocos minutos fugitivos, antes de acogerse a la misericordia del último silencio.

Buscando tema que no resultase muy superior a mis fuerzas, recordé que quizás la única capacidad literaria que justifica aunque en grado mínimo el honor que me hicisteis, es mi ya disminuida de orador, que en algunas horas, de esas que Dios otorga para compensación y estímulo de esfuerzos bien intencionados, me llenó de alegría al recibir de mis conciudadanos las palmas de triunfo, bajo el cóndor de piedra que simboliza la gloria de la patria sobre el recinto del Senado.

Decidí, por eso, como homenaje a la Academia, hablaros de la antigua artesanía literaria a que estuve afiliado.

Noble, bella, peligrosa y efímera la oratoria y su manifestación privilegiada la elocuencia: peculiar su posición entre las bellas artes y vinculada su historia a crisis decisivas de la humanidad.

Radica su nobleza en los fines que busca: ganar la convicción de las gentes y mover sus voluntades a la realización de hazañosas tareas,

ora anime al pueblo para la defensa de su libertad como lo hizo el sumo pontífice del género, Demóstenes, o ya mueva las almas a seguir los caminos de la virtud, como Crisóstomo. Cuando otros buscadores de séquito apelan al señuelo de bienes materiales, prerrogativas o ventajas, el orador se dirige a las altas zonas del corazón y del espíritu y si logra éxitos es porque sabe conmover, persuadir y arrastrar. Misterio de la palabra que sujeta a los duros romanos con Marco Tulio o lleva a las aguas del bautismo a los oyentes de Francisco Javier. Prodigio del verbo que al acompañar a la tumba los despojos del gran Condé adquiere en labios de Bossuet inmortalidad más duradera que la que obtuvo en sangrientas batallas el vencedor de Rocroi; milagro de las sonoras cláusulas y altos pensamientos con que el doctor Choquehuanca, en remota aldea de los Andes, se sienta para siempre en la asamblea de la gloria al lado de Bolívar.

Peculiar su posición en el reino de las bellas artes porque es la elocuencia compuesto indisoluble de literatura, representación escénica y psicología.

Es, ante todo, palabra que para conmover y arrebatarse ha de ser bella, cálida, armoniosa y rotunda. Niágara turbulento que seduzca con el prodigio de sus formas, ilumine con la policromía de su iris, subyugue con el caudal de sus aguas y encante con la música acompasada de sus cataratas. No tolera la pesadez prosaica, ni la sequedad didáctica, ni la relumbrante pedantería, ni el alambicado preciosismo. Ha de ser a un mismo tiempo natural y majestuoso como león rugiente y apasionada y precavida como la mujer de Ulises. Pone a galopar los corceles salvajes de las pasiones, pero sabe sofrenarlos con sus manos de auriga. Mantiene al auditorio en trance de entusiasmo o de angustia y toca variadísimos resortes, desde el elogio hasta el sarcasmo, de la suplica sollozante al colérico insulto. ¿Hasta cuándo Catalina?, amenaza con el Cónsul que esconde el gladio justiciero bajo los pliegues de la toga. *Solo Dios es grande, hermanos míos*, exclama desde el púlpito al entregar a la corrupción del sepulcro el cadáver de un hombre grande, y al escuchar esa frase comprenden los oyentes la vanidad de vanidades que opaca los esplendores de la gloria y el humillarse de las cumbres ante la acción niveladora de la muerte.

Participa del arte escénico. El orador no puede contenerse con hablar, aunque tenga su garganta el secreto de múltiples modulaciones. Necesita actuar. El gesto, la mirada, la actitud, el atropello de los períodos, los estudiados silencios constituyen su arsenal de combate. En ocasiones, una pausa dice más que un párrafo y el índice acusador reemplaza una filípica. Por eso, leer un orador no es conocerlo sino apenas sospecharlo.

Los hijos del trueno solo realizan la plenitud de su misión en la tribuna y frente al público. En las cámaras aisladas de la televisión y de la radio el orador se enfría. Los hay espléndidos, amos de multitudes enloquecidas, señores de la plaza pública que leídos pierden su grandeza como pájaros embalsamados. A Demóstenes lo conocieron realmente los ciudadanos que escucharon de sus labios el rugido clamoroso de las libertades atenienses, mientras la angustia taladraba sus almas y Filipo adiestraba la falange en las llanuras de Macedonia. Sin embargo, aunque incompleto, nos dejó un legado de tan gloriosa magnitud, que cuando hace ya miles de años los corceles del monarca se convirtieron en polvo y el estruendo de sus cargas se perdió en el olvido, las cláusulas del tribuno siguen resonando como épicos clarines en la memoria de los hombres. Pero su grandeza real estuvo en el ambiente caldeado del ágora, porque los momentos culminantes de la elocuencia son la simbiosis estremecida del que habla y los que escuchan. Qué tal que hubierais oído los rugidos del monstruo, dijo Esquines, su enemigo pero también su admirador.

La elocuencia requiere sicología. Sicología espontánea que percibe la reacción del auditorio, sus temores o sus odios, sus afectos, sus aspiraciones y sus repugnancias. Frases que enloquecieron multitudes, hicieron surgir las fuerzas de la revolución, desastillaron tronos y soltaron el hacha y la guillotina sobre el cuello de los monarcas, nada nos dicen hoy porque no tenemos, al leerlas, el fervor misterioso que llenaba su momento en la historia. Como elocuencia genuina vale más la improvisación tumultuosa que la cuidada preparación académica. El orador escrito pule, mide, calcula y trata de adivinar los sentimientos del auditorio que habrá de escucharlo; el tribuno se encuentra cara a cara con ellos, los sacude y es sacudido por su impacto. Hay un instante en que la improvisación es casi inconsciente, raptó verdadero, delirio incontinente, huracán que arranca al hombre de los campos de su libre albedrío y lo precipita al torbellino de fuerzas elementales. El orador académico es el grave caballero mesurado, contenido y cortés, que lleva el encanto de las buenas maneras a los dominios del arte y apresta las palabras con el mismo cuidado minucioso que aplica a sus vestidos. El tribuno es el gladiador desmelenado, sudoroso, violento, que lanza palabras flamígeras y desmesurados apóstrofes como jabalinas mortales. Cicerón corrigió y repulió sus discursos para legarlos a la posteridad. Felices quienes lo oyeron con errores, repeticiones y pensamientos inconclusos, cuando eran hacha flamígera de la república, en vez de leerlos convertidos en admirables joyas de retórica. La modelo de Venus es más conmovedora que la estatua, aunque esta sea más perfecta.

Allá en la niñez y la primera juventud, oímos dos oradores sagrados, colombiano el uno, guatemalteco el otro, que llenaron con su alma los primeros años posteriores a la guerra de los mil días: monseñor Carlos Cortés Lee y el padre jesuita Luis Javier Muñoz, más tarde arzobispo. Cortés Lee fue heredero espiritual de Bossuet. Sus sermones subsisten como modelos de belleza y profundidad. Tenía noble figura, voz armoniosa, bellos ademanes. Era conjuntamente orador y letrado, predicador y teólogo. Muñoz, no dejó, en cambio, un sermón que lo sobreviviera. Pero, qué orador, señores académicos. Su voz poseyó el tesoro de múltiples tonos, desde la dulce armonía de Francisco de Asís hasta las imprecaciones tremebundas de Savonarola. Bella la varonil figura, tuvo como centro de atracción unos ojos que sujetaban al auditorio con magnetismo irresistible y en los momentos culminantes del discurso parecían las pupilas fosforescentes de un felino soberbio. Dios lo creó para tribuno de su Iglesia, pero solo para tribuno. Su grandeza duraba lo que duraba su sermón.

La elocuencia es efímera y pasajera como la verdura de las eras. El calor de las exaltaciones arrebató conjuntamente al orador y a su auditorio, pero se pierde con el último aplauso y se disipa con el retorno de los ciudadanos a sus hogares. Nada más tocado con el sello disolvente de lo temporal que la noble Caliope. Hija errátil del fugitivo momento muere con su padre. No puede esperar como el poeta que su obra se convierta en legado popular, en canción de gestas o de cuna. *Flérida para mí dulce y sabrosa*, repitan generaciones sucesivas y seguirán repitiéndolo mientras sea el castellano lengua viva. Ocurre lo mismo con las coplas de don Jorge Manrique, las estrofas del romancero, sustento de sesudos hombres y los deliquios espirituales de San Juan de la Cruz y de León. Novelistas, poetas, dramaturgos, místicos y filósofos como Santo Tomás saben que sus obras maestras tendrán la vida milenaria de los monumentos de piedra; Hamlet y Segismundo invaden aún los escenarios de modernos teatros; y los tercetos de Dante no serán pasto de polillas en olvidadas bibliotecas. En cambio, las grandes piezas de la oratoria ocupan apenas la atención de los eruditos, o sirven, en escogidos fragmentos, para adiestrar estudiantes en ejercicios de traducción. Nadie comprende mejor que los oradores aquellos de que *quitando el hombre de la vista presto se va también de la memoria*. ¿Pero no agregará su condición misma de efímera belleza especial a la oratoria? Quizás pertenece la suya a la hermosura pasajera de las auroras boreales y los arrebolados crepúsculos.

En cambio, la influencia de los oradores domina muchas veces la historia. Desplomáronse los muros de Cartago, arrastrando en su ruina

todo un tipo de civilización, porque cierto orador fanático, dueño de una sola frase demoledora, lanzó con ella y contra ellos las máquinas de sitio de las legiones romanas; ardió Francia en las hogueras de la revolución y cayeron cabezas reales, mientras amanecía entre horrores y crímenes la libertad moderna, porque Mirabeau, Danton y Robespierre desataron con el poder de su elocuencia las fuerzas encadenadas; eclipsaron los soldados de Bonaparte al pie de las pirámides la gloria de Ramsés, porque la proclama del corso los hizo combatir bajo las miradas de cuarenta siglos; engendada en los períodos de O'Connell la libertad de Irlanda nació como hija póstuma del tribuno; al hechizar a Alemania, las arengas frenéticas de Hitler prepararon el drama pavoroso de la segunda guerra; y fue la magnífica arrogancia verbal de Winston Churchill estructura de acero de la resistencia británica. Aquí, entre nosotros, las banderas de Colombia flamean al viento glorioso de las naciones soberanas porque sopla todavía sobre sus pliegues el hálito enardecido del Tribuno del pueblo.

En los dominios majestuosos de la literatura, la elocuencia es la consagración de la palabra (...) y en el principio era el Verbo.

23 de julio de 1963

XII

La Palabra

Martín Restrepo Mejía

Rara vez puede la madre coronar sola su obra. Pero hay un hombre que en largas jornadas ha encendido su cerebro con la luz de las cosas y llenado su cántaro con agua de las fuentes más puras de la montaña. Es el maestro, el educador, el continuador del milagro materno, reflector inteligente que sabe los caminos por donde la luz penetra en los espíritus y el agua fecunda la tierra; y él vacía su cántaro generosamente y concentra toda su luz sobre la planta humana. No importa que el reflector se consuma, no importa que el cántaro se rompa, no importa que el favorecido guarde o no con gratitud la memoria del benefactor ni que otras gentes alaben o censuren sus obras: la ambición del maestro es colaborar en el plan divino, y su estímulo no está abajo sino arriba. Lo que persigue es que el discípulo empiece a su vez a subir por la montaña, acumulando en su cerebro la luz y llenando su cántaro en las fuentes más puras; que quede engendrado en su espíritu, que se convierta en su hijo y sucesor.

Martín Restrepo Mejía

XII

La Palabra

Martín Restrepo Mejía

Señores académicos:

Don Enrique Álvarez Bonilla, cuya lamentada muerte fue ocasión de que me honraseis llamándome a sucederle en la Academia, fue verdadero literato, distinguido poeta; jurista y pedagogo.

La sólida ciencia que poseía encontraba cauce amplio y hermoso en la abundancia de su lenguaje y en su dominio de variados idiomas. Es cierto que la verdad claramente percibida encuentra siempre sin mayor trabajo formas precisas para manifestarse y difundirse como la luz en los espacios; pero este hallazgo es tanto más rápido y acertado, cuanto mejor se conozca esa semejanza del poder divino, que es la palabra.

Y esta virtud intelectual brilló en mi ilustre predecesor merced a largas, perseverantes y bien dirigidas labores, como lo prueban no solo sus obras de retórica y gramática castellanas, sino también los sabios estudios con que enriqueció nuestra literatura jurídica, sus poemas originales, sus traducciones del inglés y del italiano, y numerosos escritos sobre diversas materias; todo lo cual da testimonio del alto valor del ilustre muerto, bien así como las hojas que cubren el suelo donde fue un árbol nos prueban su robustez y abundancia.

Tan lejos como me hallo de esas envidiables excelencias, grande fue la sorpresa que me causó la elección con que me honrasteis. Tras del temor de venir a sentarme en el seno de una corporación que, por su naturaleza y por los miembros que la componen actualmente es la primera entre todas las que representa la cultura colombiana, y por sus precedentes lleva a pensar en Caro, Cuervo, Carrasquilla, Pérez, Núñez, Marroquín y cuantos fueron las más altas cumbres en esta tierra de pensadores y artistas; tras del hondo sentimiento de gratitud y confusión mezcladas que todas estas consideraciones despertaron en mi ánimo, es natural, señores, que yo me preguntase ingenuamente qué vínculo encontraría la docta Academia entre aquel nombre ilustre y el de un maestro de escuela que nunca ha presumido de literato, si no fue cuando soñaba en su juventud con toda clase de ambiciones.

Y esforzándome por encontrar esa conjunción, -ya que no falta nunca ni entre las frases, ni entre las ideas, ni entre las cosas, cuando se suceden unas a otras como elementos de un todo, y ya que la sabiduría de la Academia no podía perder de vista la unidad y grandezas de sus labores- he creído encontrarla en ese pedazo de cielo en la tierra a que, tanto el señor Álvarez Bonilla como yo, prestamos siempre la más intensa y amorosa atención: el niño.

El, como yo, se entregó desde su juventud a la tarea bien desconocida de educar a los niños y a los jóvenes; buscó en ella la miel más dulce que labios humanos pueden saborear en el orden de la naturaleza; puso en su desempeño toda la luz del entendimiento y todo el fuego del corazón; por lo cual presumo que llegó no solo al hábito, que todo lo facilita, sino al encuentro del escondido deleite que guarda esa tarea en el fondo para quienes la desempeñan con amor y constancia; deleite incomprensible para los que están dominados por otras ocupaciones, inasible para los faltos de perseverancia, no hecho para todos los paladares, y tan intenso y durable que no tiene comparación con otro alguno de la tierra.

Solo esta semejanza existe entre los dos: solo ella nos hace elementos análogos, ideas enlazadas, laboradores que se suceden, sillares contiguos de una misma fábrica. Lo cual me lleva a agradeceros lo que con respecto a mí habéis hecho, no ya solo en mi nombre, sino también en el de esa labor que habéis enaltecido considerándola causa suficiente para honrar con vuestro llamamiento a uno de sus más decididos obreros, ya que no de los más competentes.

Y en enaltecer la educación habéis dado altísima señal de vuestra sabiduría, señores académicos. De ¿qué sirve la palabra que cultiváis, el verbo humano, si no es para que, a semejanza del Verbo Eterno, saque de la nada de la ignorancia la realidad de la intelección?

Porque a los hombres hizo Dios el altísimo honor de confiarles la tarea de completar unos en otros, sucesivamente, lo que la creación en cada uno de ellos realiza cuando los llama a la existencia. Quiso que fuesen colaboradores suyos, inteligentes y libres, en el pináculo de sus obras sublimes.

Débiles en todo sentido nos hizo al nacer; pero, a diferencia de otras criaturas, que reciben de especies extrañas el auxilio necesario para su desarrollo, quiso que nosotros nos lo diésemos mutuamente, que fuésemos causas inteligentes y libres de nuestro propio perfeccionamiento. Lo cual revela dos cosas: nuestra inmensa superioridad sobre las otras especies y la necesidad que tenemos de vivir en la sociedad.

Siendo sociables, es preciso que nuestras ideas y propósitos encuentren un signo con que puedan pasar de una mente a otra, ya para perfeccionarla, ya en busca de la cooperación necesaria para la obra común. Ese signo es la palabra, concreción de lo abstracto, materialización de lo inmaterial, conversión de los seres en música a través del diapasón de la mente humana, pensamiento con alas que se entra por todos los resquicios del hombre y deleite los oídos, mueve la imaginación, domina la inteligencia y aletea sobre la voluntad, diciéndole: *¡Hermano, soy yo! Ven (...) He de morir primero que tú, es preciso que te prepares para continuar la labor en que me he ocupado algunos días: te adiestraré, te ayudaré, te daré cuanto soy para que seas más que yo (...) ¡Hermano, ven! (...)*

Y el hermano va entonces, y despliega sus fuerzas, y crece con la lucha y llega a encenderse en la luz de los vencedores.

Esta es la misión de la palabra, viajera portadora de los mundos, las órdenes y las finalidades recogidas en la idea. Ella es la alegría del espíritu humano y la fuente natural de su energía. Cierro los ojos, señores, y, si la imaginación me ayuda a cerrar también las cuatro puertas restantes de los sentidos, mi alma queda sumida en las tinieblas y el silencio; los abro, pero imagino que ningún semejante mío existe en la naturaleza, y por toda la hermosura de la creación veo dilatarse una sombra de tristeza desanimadora, el horror de la tristeza incommunicable; pero, si encuentro entonces a mi lado un rostro humano, mi ser entero se estremecerá de alegría hasta lo más hondo y mis facultades se aprestarán como soldados que oyen el alerta: todo ese mundo que está al frente y que con cuantas bellezas y misterios encierra forma un círculo que parte de Dios y vuelve a Dios; todo ese mundo concentrado en el pensamiento, en donde provocaba una marcha, sentida como imposible, hacia lo infinito, pasa ahora de una mente a otra mente por medio de la palabra, en cada una inspira confianza y despierta energías, hasta que la una dice a la otra: ¡En marcha!

Y se inicia entonces el progreso, que ha de ligar al hombre con Dios. Bastará la idea, el reflejo de Dios en nuestra mente por medio de las cosas, si todos viniésemos a la tierra en plenitud intelectual y de aliento; pero nos sucedemos en generación y somos en el principio de la vida capullos cerrados, fuerzas en germen, misteriosas crisálidas de que no surgirá la mariposa del ideal humano sino al conjuro de la palabra de quienes hayan libado ya en las flores del mundo intelectual.

Pues bien: la mente que envía a otra mente la idea provocadora de la marcha, esa es la mente educadora. Educar es desarrollar, casi crear las

dormidas energías del hombre, mostrarle su destino, darles la mano en los primeros esfuerzos, habituarlas a seguir el carril que ha de llevarlas a Dios, y soltarlas luego para que tengan la gloria de continuar libremente y de dar la mano a su vez a quienes vengan atrás.

Por consiguiente, la palabra, más que como preciosa caja en que se guardan los tesoros literarios de los pueblos, más que por la hermosura y armonía que haya alcanzado en cada lengua, y más que por el deleite que su pureza y corrección producen, merece ser guardada, limpiada y esclarecida como instrumento primario e irreemplazable de la educación humana, como fuente de alegría, como despertadora de fuerzas.

Todo lo demás a que sirve la palabra es accesorio. Su razón de ser consiste en que es necesaria para que los hombre podamos ayudarnos en el ascenso hacia Dios; o, lo que es igual, en que el hombre que nace necesita del hombre desarrollado para moverse y entrar con ánimo y alegría en la labor humana. Ya lo dijo Aristóteles: *Todo lo que se mueve es movido por otro*.

La literatura es una de las formas que toma la palabra para llenar su misión educadora. No es que la literatura haya de ser docente; sino que considero que su fin propio, la realización de la bellaza ideal, ya porque recoge y perfecciona los elementos objetivos, ya porque despierta los subjetivos, no tiene otra razón de ser sino poner al hombre en condición favorable a su progreso. Homero y Virgilio, Dante, Shakespeare, Cervantes y todos los príncipes de las mejores literaturas han deleitado a generaciones enteras; pero mezquinas consideran ellos mismos sus obras si solo por el deleite hubiesen perdurado entre los hombres; si no hubiesen contribuido a pulir y robustecer los espíritus; si, además de perfumar el ambiente del camino, no hubiesen servido también para dar salud, alegría y aliento a los viandantes.

Así lo consideráis vosotros, sin duda, señores académicos, puesto que en mí solo habéis podido encontrar un agente de la palabra educadora. Ni idolatráis en la palabra, ni la reducís al mero oficio de deleitar la imaginación y el pensamiento: sobre la belleza y el solaz que, como todo lo bueno, produce, vosotros la reconocéis como participación limitada pero espléndida del poder creador en el hombre.

¿Qué son las cosas sino ideas divinas puestas fuera de la mente divina? ¿Y qué es la palabra humana sino ideas humanas puestas fuera del pensamiento humano? La enorme diferencia de ser aquellas subsistencias muestra cómo es de inllevable la distancia que va de la causa infinita a la finita, pero deja en pie la semejanza de los dos fenómenos.

Cierta filosofía bien conocida de vosotros afirma que la idea precede a la existencia y la crea. Pero ella, como imagen que de suyo es, presupone el ser. Y este Ser primero lo llamamos Dios, el cual, por ser sencillamente la *existencia*, solo excluye el no ser, la nada y los defectos, y es por lo mismo infinito y perfecto. Por lo tanto, es inteligente y copia todo su ser en una intelección perfectísima; y entonces, como idea, es imitable y crea otras existencias. De modo que las cosas son ideas-seres mientras que Dios es el Ser-Idea.

La idea divina, tan grande como el ser que refleja y como él subsisten, porque no cabe en el Ser Increado el efecto de lo accidental, es el Verbo Eterno, que, hecho hombre, se llama Jesucristo.

Idea única pero infinita, que comprende tantas como son las combinaciones y modalidades que admite los infinitos aspectos del Ser Increado. Entre ellas, la más alta, sin duda, es la de criaturas semejantes a Dios en la capacidad de conocerlo; imágenes limitadas del Ser Infinito, destinadas a concebir y reflejar sus grandezas como soles a su redor; dioses creados que, como Él, tengan sobre la solidez de la existencia el cielo esplendoroso de la idea. Darles el ser es pronunciar el verbo Eterno la palabra expresiva de la idea con que están en su mente; y, como esas limitadas inteligencias no podían recibir en el orden de su naturaleza la imagen directa de Dios, era preciso que Él se les revelase, parcial y sucesivamente, en otras palabras subsistentes: las cosas.

Y el mundo fue. Aparecieron los espacios, semejadores de la inmensidad divina; los astros nos dijeron del poder y la grandeza de su Creador; la luz se difundió por los senos de los abismos, hablándonos de la inteligencia infinita; las aguas se revolvieron procelosas bajo el peso del Espíritu, y nos dieron la lección de la vida en el maravilloso deletereo que va desde los hongos hasta nosotros mismos; los minerales, entregados a portentosa actividad, nos enseñaron la unidad de la fuerza creadora en la unidad de las fuerzas creadas; y por sobre la armonía y correlación de todos los seres se nos hizo patente la bondad inagotable con que ese magisterio de la palabra preparó nuestra felicidad.

Magisterio divino que todos estamos obligados a imitar, como colaboradores por gracia y naturaleza. Las cosas son palabras con que Dios se manifiesta a los hombres. Todas las maravillas del mundo son frases del Verbo Eterno que nos dicen lo que es el Ser de donde procedemos. Son los medios de que Él se vale, en el orden natural, para educarnos, o sea para que su conocimiento nos lleve a su amor, y éste a nuestra felicidad esencial. Son camino esplendoroso, hecho de grandezas que hablan y perfumado

de bondades que alientan, puesto por Dios entre Él y la criatura racional. Por allí pasamos de asombro en asombro y de alegría en alegría.

De aquí que el estudio sea la más digna ocupación de los hombres. Estudiar no es prepararnos para ganar la vida, en el sentido vulgar de la frase, sino ganar la vida subiendo a la cumbre. Es realizar la perfección de nuestro destino natural. Es el estudio una oración humilde y gradual, por cuyo medio nos vamos entrando en Dios y Dios se va entrando en nosotros, mediante la palabra de las cosas. Pero, como son infinitas las perfecciones divinas que las cosas nos revelan, vamos haciendo la traducción por partes y formando así las diversas ciencias humanas; las cuales alcanzarán su perfección cuando podamos reunir las todas en una sola unidad, expresiva del objeto final del pensamiento humano: Dios.

En esa labor vuelven las cosas, pero ya en nosotros, a ser ideas o verbos mentales; y luego a semejanza de Dios las sacamos del pensamiento y les damos nueva existencia, en nuestros actos para perfeccionarnos, ora en la palabra articulada para colaborar en el plan divino de encender la idea en todas las mentes.

Y empieza el verbo humano su odisea creadora. Empieza despertando el amor, porque el amor es el espíritu santo de toda creación, el espíritu fecundo, el espíritu que se da, olvidado de sí mismo. El amor es el lazo que liga dos seres para que constituyan una frase; es la vida iluminada por la esperanza, fortificada por la fe, coronada por la alegría, encaminada a su perfeccionamiento por el bien ajeno.

Crúzanse dos palabras entre Adán y Eva, y, metida cada una en el pecho a que es enviada, dice allí mucho más de lo que fue su encargo. Mensajera locuaz, no se contenta con reflejar la idea que se le confió, sino que abre ventanas por donde se ven mundos de belleza a deseo. Y al mirarse de nuevo Adán y Eva, comprenden, sorprendidos, que han tenido una misma visión, y que de ella se son mutuamente deudores. Y se oyen coloquios incomprensibles para quien no ha recibido esa palabra creadora; la abnegación embarga los ánimos; ya no es ninguno de los dos un individuo, sino elemento, materia o forma del otro; el placer, la felicidad, la razón misma de la vida está fuera de cada uno; Adán es Eva y Eva es Adán y esta misteriosa transformación llamase Abel, el hijo, la descendencia, el género humano.

Ahora la madre al lado de una cuna. Su pecho, encendido ya por el amor, se desborda ante ese cielo que entrevió en horas de alegría y que ha transportado a la tierra. Cuantas cosas entraron en su mente, vuelven a salir en palabras, sin más unidad que el fuego del amor, para ir a golpear en

la mente del hijo; y allí aletean, y buscan entrada y triunfan al fin pintando, reproduciendo, volviendo a crear esas cosas en el espíritu amado, el cual va lentamente dándose cuenta del mundo que se refleja en su interior y de lo que ese mundo representa, y llega a su perfección cuando se dice asombrado: *¡Es Dios, el Señor Dios!*

Rara vez puede la madre coronar sola su obra. Pero hay un hombre que en largas jornadas ha encendido su cerebro con la luz de las cosas y llenado su cántaro con agua de las fuentes más puras de la montaña. Es el maestro, el educador, el continuador del milagro materno, reflector inteligente que sabe los caminos por donde la luz penetra en los espíritus y el agua fecunda la tierra; y él vacía su cántaro generosamente y concentra toda su luz sobre la planta humana. No importa que el reflector se consuma, no importa que el cántaro se rompa, no importa que el favorecido guarde o no con gratitud la memoria del benefactor ni que otras gentes alaben o censuren sus obras: la ambición del maestro es colaborar en el plan divino, y su estímulo no está abajo sino arriba. Lo que persigue es que el discípulo empiece a su vez a subir por la montaña, acumulando en su cerebro la luz y llenando su cántaro en las fuentes más puras; que quede engendrado en su espíritu, que se convierta en su hijo y sucesor.

Encendidos los pechos en fuego de amor hasta el punto de llevarlos a la creación física, intelectual y moral de nuevos seres, no reposa la palabra en su tarea de realizar la felicidad de los hombres. Ahora les dice la armonía de sus fines, la igualdad de su naturaleza y necesidad de su mutuo apoyo; con lo cual surge entre ellos el suavísimo vínculo de la amistad, ambiente que a todos reanima, que a todos completa y que hace al débil poderoso con el fuerte y al grande bueno con el humilde; nueva forma de amor, que si se eleva hasta hacer caridad, no solo une las gentes entre sí sino con Dios, en Dios y por Dios.

La palabra es también el alma del trabajo, brazo con que el hombre acopia las cosas y las transforma en elementos de su personalidad. Ella traza el camino, dirige la marcha y da valor humano a los frutos. Por ella puede el hombre extender sobre las cosas ese manto de amor que es la propiedad y hacerlas obrar como si fuesen inteligentes. Honremos el

trabajo, señores, no como anhelo angustioso de placeres y poderío, sino en cuanto es la aplicación de nuestro dominio sobre la tierra para que ella, en nosotros y por nosotros, contribuya también a reflejar la grandeza y la bondad divinas.

No agotada con crear por el amor a los hombres, educarlos, unirlos y enriquecerlos, la palabra los agrupa en sociedad y los pone bajo la luz de la justicia, que es la conservadora de la libertad y del derecho. La justicia enlaza las acciones humanas de modo que el bien privado produzca la felicidad común. Así se hace amable la vida en sociedad y se forma la patria.

¡La patria! ¡La era en que se sucedieron nuestros padres, el campo de nuestras labores, el huerto donde han de florecer nuestros hijos y nietos! ¡La patria! ¡La gente que lleva nuestra sangre, que sabe de nuestra raza, que guarda con cariño y gratitud los nombres de nuestros antepasados, que nos alienta y ayuda en nuestras luchas, que defiende nuestra personalidad y nuestro hogar y nuestros bienes! Cuando la palabra expresiva de esta cosa, grande como pocas sobre la tierra, alcanza su comprensión completa en el pensamiento humano, se siente el hombre vigorizado por vínculos poderosos y ennoblecido por elevados sentimientos. Comprender y amar a la patria es empezar a sentir y realizar los más altos destinos del hombre; porque equivale a extender la personalidad a un grupo del género humano de tal modo que la propia vida sea menos que la de ese grupo y que por él se encuentre el individuo dispuesto al sacrificio; y es en esta disposición del ánimo donde el egoísmo muere y donde radica la fuerza capaz de llevarnos a buscar en el bien ajeno, en el bien de todos los hombres y la gloria de Dios, la felicidad que nunca podríamos encontrar solo en el nuestro.

Y más aún. La palabra nos dice mejor que la realidad creada lo que son las cosas, porque la significa sin los defectos que causas secundarias casi siempre producen en ellas. El pensamiento humano que así oye la palabra concibe las cosas, no como son, sino como debieran ser; las mira en la palabra tales como están en el Verbo Divino, esplendorosas con el colmo de su perfección; y a la luz de este bello ideal se esfuerza por crearlas de nuevo, y así nacen las artes, que embellecen y alegran la vida y nos ponen al frente ejemplares de perfección.

La inteligencia del artista, más que las cosas mismas, alcanza a ver su eterna realidad ideal; a través del universo descubre las normas creadoras; en ella no tanto hablan las cosas como las mismas ideas divinas; y entonces, el éxtasis sublime, se esfuerza por traerlas en toda su

perfección a la palabra humana, a la cuerda sonora, al mármol o a la tela, es un vidente, es un ser que se ha acercado a Dios, es un adelantado de la jornada humana.

De todo lo cual resulta que la palabra es el gran medio de la educación humana, irremplazable, poderoso y nobilísimo. Es el pensamiento mismo, revestido de la forma que nuestra naturaleza requiere para poderlo recibir cuando viene de otra mente a elevarnos, por la convicción y en la libertad, a la visión y al amor de nuestros destinos.

¡Ah! Pero, por desgracia, el pensamiento humano no acierta siempre a reflejar en sí con exactitud la urdimbre de las cosas en que la Verdad Eterna le dice lo que es, lo que existe, el objeto de su amor y el término señalado a su actividad. Y entonces la palabra humana, lejos de ser palabra de vida, es palabra de muerte; no luz sino oscuridad; no aquella fuerza creadora cuyas obras me he complacido en contemplar un momento, sino debilidad destructora, que hace plegar las alas del alma, enfría los corazones y desmorona las sociedades. Es el error, a cuya falsa luz va el hombre entre tinieblas, creyéndose, orgulloso, el portaestandarte del progreso; el error, que no solo ciega a su víctima y la lleva de abismo en abismo, apartándola cada vez más de ser reflector gozoso de la luz increada, sino que siembra en su corazón la soberbia, el egoísmo y la sensualidad, los tres aisladores que no dejan pasar por el individuo la corriente unificadora de la humanidad con Dios.

La palabra errónea, en vez de despertar el amor en el pecho humano fomenta la soberbia, que es desprecio, el egoísmo, que es aislamiento, la sensualidad, que es extravío. Bajo su influjo no se dirige el hombre al fin para que fue creado, sino que se contenta con los pasajeros y engañosos deleites del camino; ni contribuye a la armonía y perfección del mundo como elemento de un todo, sino que se separa como nota disonante o socio inútil y rebelde; ni ama y se guía por la justicia, templada por la caridad, sino que solo se mira a sí mismo, como si él fuese el centro del mundo. Corrómpense las costumbres y pierden así las sociedades la hermosura del orden y los hombres la capacidad de brillar como soles; sepáranse los individuos para mirarse como adversarios y el progreso se paraliza; el odio se extiende sobre la tierra al soplo de intereses soberbios y la guerra descorre su pabellón sombrío. Vuelve el mundo al caos, se apagan las lumbreras, se extingue la vida y todo se esfuma en sombras de muerte.

Y es que la idea no solo es para que salga de nosotros en la admirable forma de la palabra articulada, sino también para decirla en

actos. No es solamente para que Dios se refleje en nosotros como el sol en las aguas tranquilas; pues además de inteligentes somos necesitados de bienes, y libres para buscarlos o no según el orden de finalidad que al conocerlos descubre la inteligencia. No es la idea perfección última del hombre sino que está encaminada a ilustrarlo para que ame lo que debe amar según su naturaleza y diga esa amor cuando hable en sus obras; porque él, como criatura, es también una palabra divina, pero palabra que expresará libremente su sentido final.

La voluntad, que es la transformación de las ideas en actos, es por lo tanto la reina a cuyo servicio se encamina el maravilloso reflejo del mundo en la inteligencia humana. Entendemos para amar, y amamos para buscar nuestro perfeccionamiento. Yerran, pues, quienes ponen el objetivo final de la educación en la ciencia, esfuerzo vano si no sirve para formar hombres que, por conocer las relaciones esenciales de su naturaleza, se acomodan a ellas libremente. Démosle a la voluntad por compañera y directora una inteligencia capaz de decirle lo que somos y lo que debemos ser, y así la humanidad presentará el bellísimo espectáculo de seres libres, que conocen su fin y vuelan a él con amor y libertad.

Han fracasado, y con razón, todos los sistemas educativos que otros fines asignaron a la educación: el fisiológico de Esparta y del moderno evolucionismo, el artístico de Atenas y de Schiller, el intelectualismo de los últimos tiempos. La espantosa catástrofe que cubre hoy de ruinas y sangre a los países de Europa, y que por una y otra parte da muestras espantosas de cómo están olvidados los principios del amor y la justicia, nos dice con voces de trueno que la ciencia por sí sola es incapaz de fundar la felicidad de los hombres. Cuando la voluntad no está encendida en el amor de lo que nos perfecciona realmente, de nada sirve que brille el entendimiento con toda la luz de la ciencia: radicales errores lo viciarán de seguro. La falta de aquel amor tiene que provenir de que la inteligencia no alcanza a ver, por error o soberbia, las relaciones supremas; y entonces, aspirando tan solo a los bienes de las inferiores, la codicia inspirará el odio y el odio traerá la guerra. Una voz en los cielos y en la tierra viene resonando sin que los hombres queramos entenderla. ¡El amor es la paz! *La paz os doy, la paz os dejo*, dijo Jesús después de enseñarnos el verdadero significado de la palabra amor. Y es lección en que la humanidad pondrá los ojos anegados en lágrimas después de los horrores en que hoy se consume; y, si así no lo hace, en vano seguirá buscando la felicidad en otros términos, porque ella es un bien, y, como tal, objeto de la voluntad y no de otras facultades.

Siempre lo ha enseñado así la iglesia de Cristo, por lo cual espíritus ligeros fueron osados a tacharla de oscurantismo y de hostilidad a las ciencias, como si pudiera ser enemiga de la luz la depositaria de la verdad. No lo harán en lo sucesivo los que saquen provecho de la tremenda lección de esta guerra apocalíptica, pues reconocerán que la luz de la idea solo produce la felicidad humana en cuanto sirve para que los actos humanos se acomoden a la palabra divina que la produjo.

Esto no sucede cuando la acción humana es fruto de una voluntad que cierra los ojos a la luz para que no la guíe la verdad sino la pasión ciega, o es dirigida por la falsa luz del error. Error en uno y otro caso que ha llevado siempre a la humanidad de catástrofe en catástrofe.

Pero no era posible que Dios dejase al hombre irremediamente sujeto a los peligros y consecuencias del error. En su misericordia elevó al hombre a un estado sobrenatural, en que pudiese recibir y amar la verdad, no ya por intermedio de las cosas, sino directamente, y tomó la naturaleza humana para sanarla, vigorizarla y completarla, de modo que pudiese unirse con Dios en comunión inefable. ¡Y fue Jesús! Aún le podemos ver con la imaginación sobre los collados de Judea, y aún le oímos decir su palabra fecunda. Ella es piedra de toque para que el hombre reconozca el error y se aparte libremente de su influjo. Ella es luz colocada sobre las gentes para remediar la ingénita debilidad del pensamiento humano. Ella es la educadora soberana de la humanidad, no ya para que conozca y ame a Dios en sus obras, sino para que brille eternamente como firmamento de soles bajo los directos resplandores del sol eterno.

¡Jesucristo! ¡Que palabra más luminosa ni en los cielos ni en la tierra! Cuando el espíritu humano quiere oír, y oye, silencioso y humilde, a Jesús, Él se va entrando dulcemente, pero como soberano, y hace del hombre esos prodigios que han quedado en la historia con los nombres de Pablo, Agustín o Tomás. Crea allá adentro un palacio indestructible, a donde no entran los cientos del dolor ni los rugidos de las pasiones desencadenadas. Enciende una vida que no teme a la muerte porque su destino es embellecerse y alegrarse con los fulgores de un amor eterno. Y difunde una luz que descubre ante los ojos del alma los infinitos horizontes de la verdad increada en todo el esplendor de su inagotable realidad.

Sin Jesucristo, señores, la educación humana habría sido siempre ineficaz, siempre incompleta, no solo por el peligro del error, sino porque ella puede llevarnos a ver y amar a Dios en las cosas, pero no a verlo y amarlo en sí mismo. Sobre las alas de la palabra humana solo va el hombre a términos finitos, porque ella también es finita y por lo mismo

de potencialidad relativa. Pero sobre las alas de Jesús el vuelo llega a la realidad misma de donde todos los seres proceden, al abismo insondable del ser y la felicidad.

Cuidar de la palabra es cuidar de la verdad, o sea de la exacta comprensión de las cosas en que Dios no dice su idea; y la idea divina es Dios mismo. De donde resulta que la palabra es cosa santa, ya por se esencia, su origen y su fin, ya por los servicios que presta; y si ella se desarrolla y florece en los labios humanos como planta llena de vida, ha de hacerlo según su naturaleza, a fin de que no pierda con su agilidad y hermosura la virtud educadora que la caracteriza. Por eso os habéis congregado, señores académicos, para coadyuvar las tareas de la ilustre Academia española, que limpia, fija y da esplendor a la palabra castellana; y por eso entro gozoso en vuestro seno, sintiendo solamente no traer las aptitudes y conocimientos que labor tan hermosa y trascendental requiere.

1957

XIII

Leyendo a Cervantes

Emilio Robledo

Los Entremeses se escribieron juntamente con las comedias para ser representados a título de sainete y piezas jocosas. Sus personajes son todos de carne y hueso pertenecientes a las clases populares: campesinos, aldeanos, artesanos, todos ellos pintados por sí mismo con trazos vigorosos e inconfundibles.

Emilio Robledo

XIII

Leyendo a Cervantes

Emilio Robledo

Señor Presidente de la Academia y señores académicos:

En 1947, cuando se acercaba la conmemoración del IV centenario del nacimiento de Cervantes, hallándose el distinguido socio de esta Academia don Julio César García al frente del Instituto de Filología de la Universidad de Antioquia, se forjó la ilusión de que era llegado el tiempo de fundar, con carácter de permanente, una cátedra cervantina. En esa ocasión tuve el honor de ser invitado a colaborar en las conferencias que se dictaron; y como quiera que he sido lector perseverante del alcalaíno inmortal y amigo de tomar notas, había acopiado ya numerosas acotaciones lexicográficas en todos los escritos que pasan por ser auténticos de Cervantes y también en los que se le atribuyen.

En la conferencia que entonces dicté solo hice algunas consideraciones sobre el humanismo de Cervantes, porque el tiempo de que disponía era muy breve; y como las fichas que había preparado han quedado inéditas, siguiendo el consejo horaciano, y he seguido acrecentándolas, al hacerme vosotros la dignación de ofrecerme una de las sillas numerarias de esta docta corporación, he pensado que quizá pueda servir mi modesto ensayo, a manera de salvo-conduto para sentarme en medio de vosotros, sin el reato de no haber satisfecho una de las normas de vuestro instituto.

En esta vez tampoco voy a molestaros con la lectura del mamotreto que veis sobre la mesa: tranquilizáos; pues, si él contiene, cierto, el estudio a que voy a referirme, habrá de quedar en poder del señor secretario de la Academia, para que esta disponga de él a su talante. Ahora voy a hablaros perfunctoriamente de las obras de Cervantes y de lo que me he propuesto dilucidar acerca de ellas.

Por de contado que al hablaros de dichas obras no me referiré al *Quijote*, pues esta fábula ha sido estudiada en sus más nimios detalles por escoliadores del mayor prestigio tales como Cortejón, Clemencín, Hartzenbusch, Rodríguez Marín, Enrique de Cárcer, etc. El libro de este

último titulado *Las frases del Quijote* estudia cerca de tres mil lecciones. Mis apuntes se refieren pues, a las obras restantes, conviene a saber: *Trato de Argel*, *Cerco de Numancia*, *La Galatea*, *El gallardo español*, *La casa de los celos y selvas de Ardenia*, *Los baños de Argel*, *El rufián dichoso*, *La gran sultana doña Catalina de Oviedo*, *Laberinto de amor*, *La entretenida*, *Pedro de Urdemalas*, *El juez de los divorcios*, *El rufián viudo llamado Trampagos*, *Elección de los alcaldes de Daganzo*, *La guarda cuidadosa*, *El vizcaíno fingido*, *El retablo de las maravillas*, *La cueva de Salamanca*. *El viejo celoso*, *Viaje del Parnaso*, *La gitanilla*, *Rinconete y Cortadillo*, *El licenciado Vidriera*, *El celoso extremeño*, *La ilustre fregona*, *El casamiento engañoso*, *Coloquio de Cipión y Berganza*, *El amante liberal*, *La española inglesa*, *La fuerza de la sangre*, *Las dos doncellas*, *La señora Cornelio*, *La tía fingida*, *Los habladores*, *La cárcel de Sevilla*, *El hospital de los podridos*, *Los trabajos de Persiles y Segismundo*. Es entendido que *La tía fingida*, *Los habladores*, *La cárcel de Sevilla*, *El hospital de los podridos* y *La soberana Virgen de Guadalupe*, solo se le atribuyen a Cervantes.

Mi estudio se refiere principalmente a la paremiología en cuanto se relaciona con modismos, frases adverbiales, aforismos, proverbios, refranes. No os fatigaré con la relación circunstanciada del origen y desarrollo de los refranes. Ya en otra ocasión tuve el honor de que el *Anuario de la Academia* publicara una disertación mía sobre dicho tema tan apasionante en relación con el refranero antioqueño; me contentaré con recordaros que los latinos los llamaron *proverbios* (*probatum verbum*) por ir en auxilio del verbo y dar mayor fuerza al asunto tratado; en opinión de otros se ha dicho que hacen las veces de otras palabras (*pro*), a los cual los griegos habían dado el nombre de *paremia*, de donde la denominación de *paremiología* al estudio del conjunto de sentencias, epigramas, aforismos, máximas, adagios, modismos, dichos, frases adverbiales, refranes, etc., propios de una nación.

Al hacer el cotejo de la fraseología del *Quijote* con la restante obra cervantesca, se cae en la cuenta que de las miles de frases empleadas en aquella fábula, no se repiten sino muy pocas relativamente, lo cual prueba la extraordinaria riqueza lexicográfica del autor y la manera como se adapta a la idiosincrasia de sus numerosos personajes.

En mi estudio he analizado más de ochocientas cédulas, pero del que os presento he procurado excluir naturalmente las del *Quijote*, aunque no todas, por razones especiales que ha expuesto a su hora. Tal es la contribución que me permito presentaros para agradeceros la distinción que me habéis otorgado. Contribución de aficionado a una labor que a

pesar de haber sido adelantada por los más hábiles escoliadores, se halla aún incompleta, a juzgar por lo que dice Astrana Marín en su novísimo ensayo sobre el *Quijote*: *Nos falta –dice– todavía, además de la edición crítica de varias de sus novelas, un lexicón o tesoro de sus voces y frases y un estudio integral sobre su estilo.*

Permitidme ahora que haga un examen brevísimo de las obras del *Príncipe de los ingenios*, tratando de ajustarme a la cronología de su aparición más probable, según el sentir de los críticos y excluyendo, además del *Quijote*, las poesías que publicó el maestro Juan López de Hoyos.

Empezaré pues, con *El trato de Argel*, la más antigua de las obras de juventud que ha llegado hasta nosotros (1580). Sobre un fondo novelesco, el autor borda una serie de recuerdos personales del tiempo en que fue prisionero de Azán Bajá y en

¡Triste y miserable estado;
triste esclavitud amarga!
¡Donde es la pena tan larga
cuan corto el bien y abreviado!

Es sin duda una reminiscencia de las historias de corsario que se habían transmitido a lo largo del medievo y se actualizaron con ocasión de las incursiones de los berberiscos. El soldado Cervantes que figura allí, no es otro que el autor mismo; y aunque en general el estilo aparece un poco desmayado, los personajes se desempeñan dignamente. Más tarde, cuando la práctica de la vida haya dejado en el autor dolorosas y profundas enseñanzas, volverá a explotar el mismo tema y, naturalmente, con más brillo en *Los baños de Argel*.

Obra de juventud es también *La Galatea*. Vio la luz pública en Alcalá en 1585, pero se cree que fue escrita algunos años antes, si advertimos en lo que dice el autor a los curiosos lectores para justificar sus versos, a saber: *Puedo alegar de mi parte la inclinación que a la poesía siempre he tenido, y la edad, que, habiendo apenas salido de los límites de la juventud, parece que da licencia a semejantes ocupaciones (...)* En ella se narra una serie de duelos, desafíos, fugas, encuentros y diálogos de amor que ocurren en la riberas del Tajo, sitios predilectos de los poetas españoles para los ensueños de sus pastorelas.

Cervantes por boca de los pastores expone sus ideas estéticas, filosóficas y literarias en numerosos diálogos, pues sabemos por confesión suya que muchos de los disfrazados pastores della lo eran solo en el hábito,

y las investigaciones de los críticos nos han hecho caer en la cuenta que *Lenio*, es Pedro de Liñan; *Tirse*, Francisco de Figueroa; *Melio*, Diego Hurtado de Mendoza; *Lauso*, Luis Barahona de Soto; *Artidoro* el Capitán Rey de Artieda; *Siralvo*, Luis González de Montalvo; *Damón*, Pedro Laynes, y *Elísio* el propio Cervantes.

En el libro IV es donde se dilucidan las cuestiones de estética y se reproducen casi a la letra las opiniones de León Hebreo en punto de belleza y se alude a la de Platón sobre el origen de las ideas: *En este punto –dice el amigo de Darinto- acabo de conocer cómo la potencia y sabiduría de amor por todas partes de la tierra se extiende, y que donde más se afina y apura es en los pastorales pechos, como nos lo ha mostrado lo que hemos oído al desamorado Lenio y al discreto Tirso, cuyas razones y argumentos más parecen de ingenios entre libros y las aulas criados que no de aquellos que entre pajizas cabañas son crecidos. Pero no me maravillaría yo tanto desto si fuese de aquella opinión del que dijo que el saber de nuestras almas era acordarse de lo que ya sabían, presuponiendo que todas se crían enseñadas; mas cuando veo que debo seguir el otro mejor parecer del que afirmó que nuestra alma era como una tabla rasa, la cual no tenía ninguna cosa pintada, no puedo dejar de admirarme de ver cómo haya posible que en la compañía de las ovejas, en la soledad de los campos se pueden aprender las ciencias que apenas saben disputarse en las nombradas universidades, si ya no quiero persuadirme a lo que primero dije: que el amor por todo se extiende, y a todo se comunica, al caído levanta, al simple avisa y al avisado perfecciona (Libro IV, 712).*

Por donde bien a las claras se ve que en esta lección se cotejan las teorías sobre el origen de las ideas, a saber: la de Platón o de las ideas innatas según la cual el alma humana antes de su reunión con el cuerpo fue partícipe en la contemplación de ideas eternas, pero habiéndose alejado de la justicia, fue encerrada en el cuerpo para expiar su falta y ahí se halla como en una cárcel. Nuestro entendimiento, a juicio del mismo filósofo, olvidó aquellas ideas de cuya visión gozaba; y habiendo sido creadas las cosas a imagen de los arquetipos eternos, ellas traen a nuestra mente el recuerdo de la visión primera y en consecuencia, la ciencia no es sino una reminiscencia. La teoría contrapuesta por Cervantes y a la cual se afilia, a lo mejor pensando quizá en lo que pudiera decir la Inquisición, es la tomista, según la cual el origen de las ideas tiene su principio en las cosas externas por la percepción de los sentidos y se perfecciona por obra del entendimiento, prestándose mutuo auxilio y armónicamente la razón y el sentido. Fue el aquinatense el que dijo que al principio *el entendimiento*

humano, que es el ínfimo entre las inteligencias, y el más distante de la perfección del entendimiento divino (...) es como una tabla rasa, donde no hay nada escrito.

En orden cronológico parece que a *La Galatea* siguió *El cerco de Numancia*, si bien algunos la colocan como anterior. Es esta una tragedia verdadera, llena de majestad, escrita en su mayor parte en sonoras octavas reales, y con razón Cervantes se hace lenguas de ella. Federico Schlegel la califica de *divina*; fue del agrado de Goethe; la exaltaron los románticos alemanes; conmovió a Shelley; y Philante Charles –al decir de Paolo Salvy-López– la reputa por la tragedia más grandiosa concebida entre las obras dramáticas españolas. En esta pieza Cervantes ha concentrado todo su encendido ideal de patriota, de valor y de hidalguía. Cuatro mil españoles defienden a Numancia durante dieciséis años contra ochenta mil legionarios romanos al mando de nadie menos que de Escipión africano. Si la resistencia física se agota más y más cada día, el ánimo combativo y la resistencia moral se acrecientan a impulsos del patriotismo. Más cuando ya no queda esperanza alguna de triunfo y el engreído sitiador desdeña las valerosas propuestas que dictan el honor y la desesperación, entonces, haciendo votos a los dioses prenden inmensa hoguera que va consumiendo todo cuando les queda a los numantinos, quienes perecen totalmente. Empero, como Escipión necesita que a lo menos quede vivo uno de ellos a quien él puede uncir a su carro de triunfador al volver a Roma, cree hallarlo en un mozo que trepado en alta torre ha servido de atalaya. Con halagadoras promesas trata de sobornarle; pero el heroico numantino le contesta.

Tened, romanos, sosegado el brío,
y no os canséis en escalar el muro;
con que fuera mayor el poderío
vuestro, de no vencerme estad seguro.
Pero muéstrese ya el intento mío
y si ha sido el amor perfecto y puro
que yo tuve a mi patria tan querida,
asegúrelo luego esta caída.

Se arroja de la torre y cae exánime.

El gallardo español es considerada por algunos críticos como la mejor de las novelas de Cervantes, concepto que es a todas luces erróneo. Dicha pieza tiene mucho de fábula pero a la vez mucho de autobiográfico.

Don Fernando de Saavedra, el protagonista, tiene rasgos de Cervantes y hay en la narración hechos que le ocurrieron al autor. Ya en ella parece el recurso escénico de la mujer que hace el papel de hombre, introducido por Lope y Montemayor y muy socorrido de Tirso y otros.

La casa de los celos y Selvas de Ardenia es del género caballeresco y aparece como una refundición en que el autor durmió como Horacio, pues colocó varios versos en lugar que no les correspondía y, después de anunciar el final, continúa la acción. Es comedia sin interés actual.

Los baños de Argel, como ya se dijo, recuerda los años desgraciados en que Cervantes estuvo en poder de los moros sufriendo *carcere duro* y es hermana legítima del *Trato de Argel*; pero también recuerda el episodio de Cautivo que figura en la primera parte del *Quijote*.

En *El rufián dichoso*, Cervantes calza el alto coturno de la dramática y nos regala con una de las piezas escogidas del drama religioso español. Cristóbal de Lugo, el personaje central, después de haber pasado por todos los grados de la picaresca y vivido una existencia de espadachín y nocheriego, hace su cuarto de conversión y se mete fraile. En su ascetismo es tan riguroso bajo el nombre de Fray Cristóbal de la Cruz, como fue redomado calavera. Sus hermanos en religión, los dominicos, lo reputan por santo. El personaje es histórico como lo fue Fran José de Jesús María, el famoso virrey Solís, que tan felizmente inspiró a nuestro distinguido consocio Álvarez Lleras. Tan histórico como fray Cristóbal lo es doña Ana de Treviño, quien tocada del pecado de desesperación tras una vida pecadora, ve llegar la muerte sin esperar remisión alguna de sus culpas y se mantiene reacia a toda intervención religiosa hasta que escucha de labios de fray Cristóbal la siguiente oración impetratoria:

Cielos, oíd:

Yo fray Cristóbal de la Cruz, indigno
religioso y profeso en la sagrada
orden del patriarca felicísimo
Domingo santo, en esta forma digo:
que el alma de doña Ana de Treviño,
que está presente, doy de buena gana
todas las buenas obras que yo he hecho
en caridad y en gracia desde el punto
que dejé la carrera de la muerte
y entré en la de la vida; doyle todos
mis ayunos, mis lágrimas y azotes,
y el mérito santísimo de cuantas

misas he dicho y asimismo doyle
mis oraciones todas y deseos
que han tenido a mi Dios siempre por blanco;
y en contracambio tomo sus pecados,
por enormes que sean, y me obligo
de dar la cuenta de ellos en el alto
y eterno Tribunal de Dios eterno,
y pagar los alcances y las penas
que merecieron sus pecados todos.
Mas es la condición de este concierto
que ella primero de su parte ponga
la confesión y el arrepentimiento.

La de Treviño acepta el trato y muere arrepentida, y al punto el santo dominico es atacado de una terrible afección cutánea.

En *La gran sultana doña Catalina de Oviedo*, bella mujer española que otros han considerado italiana, Cervantes versifica de manera armoniosa y suelta y proclama su hondo españolismo a la faz de todo el mundo. Con afecto, cuando Madrigal responde a Andrea que le pregunta si es español, le dice:

(...) ¿Por qué? ¿Por esto?
Pues por las once mil de mala juro
y por el alto, dulce, omnipotente
deseo que se encierra bajo el hopo
de cuatro acomodados porcionistas,
que he de romper por montes de diamantes,
y por dificultades indecibles,
y he de llevar mi libertad en peso
sobre los propios hombros de mi gusto,
y entrar triunfando en Nápoles la bella
con dos o tres galeras levantadas
por mi industria y valor, y Dios delante,
y dando a la anunciada los dos bucos,
quedaré con el uno rico y próspero,
y no ponerme ahora a andar por trena,
cargado de temor y de miseria.

Y cuando Andrea le afirma: *Español sois, sin duda*, Madrigal le responde

(...) y soylo, y soylo,
lo he sido y lo seré mientras que viva
y aún después de muerto ochenta siglos.

Laberinto de amor, que lo es en verdad de tal manera que ni con el hilo de Ariadna de la atención sostenida logra uno salir del embrollo, bien puede ser la comedia que Cervantes llamó *La confusa* en *La adjunta al Parnaso*, donde dice que de cuantas comedias de capa y espada hasta hoy se han representado, bien puede tener lugar señalado por buena entre las mejores. Así lo han sugerido Schevil y Bonilla. Por dicha comedia recibió Cervantes de Gaspar de Torres, empresario de comedias, la suma de *idoscientos veinte reales!*, según escritura pública que halló el apasionado cervantista don Cristóbal Pérez Pastor.

En *La entretenida*, la trama es también de las de capa y espada. Todos los personajes son amadores y celosos y al fin y a la postre nadie se casa. Hay en esta pieza una situación ambigua en que el lector cree hallar en las manifestaciones de don Antonio y Marcela, su hermana, humillos de ilicitud; aunque parece claro que el hecho de tener su amada el mismo nombre de su hermana y de ser ambas muy semejantes, contribuye a que la confusión sea mayor, lo que posiblemente sea uno de los efectos buscados por su autor. Como lo nota Valbuena y Prat, de esta comedia se recuerda: una frase, un soneto y una cancioncilla. La frase es: *La mujer ha de ser buena, y parecerlo, que es más*. El soneto va dirigido a la esperanza, si bien algunos lo han considerado del culto marial: Hélo aquí:

Por tí, virgen hermosa, esparce ufano
contra el rigor con que amenaza el cielo
entre los surcos del labrado suelo
el pobre labrador el rico grano.
Por ti surca las aguas del mar cano
el mercader en débil leño a vuelo;
y, en el rigor del sol como del hielo,
pisa alegre el soldado el risco y llano.
Por ti infinitas veces, ya perdida
la fuerza del que busca y del que ruega
se cobra y se promete la victoria.
por ti, báculo fuerte de la vida,
tal vez se aspira a lo imposible, y llega
el deseo a las puertas de la gloria.
¡Oh esperanza notoria,

amiga de alentar los desmayados
aunque estén en miseria sepultados.

Y la cancioncilla es la siguiente:

¡Triste de las mozas
a quien trajo el cielo
por casas ajenas
a servir a dueñas (...)!

Pedro de Urdemalas tiene para nosotros el embeleso de los nombres que van unidos a los años de la infancia y que, como *Esos recuerdos con olor de helecho* de que nos habla Gregorio,

Son el idilio de la edad primera,
son la planta parásita del hombre,
que, aún seco el árbol, su verdor conserva.

En nuestro folklore se convirtió en *Pedro Rimales*, el personaje que llenó de consejas la fantasía de las generaciones infantiles, el que sale ileso de todas las aventuras, pues como nuevo Proteo, asume todas las formas imaginables, sediento de lo imprevisto.

Los Entremeses se escribieron juntamente con las comedias para ser representados a título de sainete y piezas jocosas. Sus personajes son todos de carne y hueso pertenecientes a las clases populares: campesinos, aldeanos, artesanos, todos ellos pintados por sí mismo con trazos vigorosos e inconfundibles.

En *El juez de los divorcios*, desfilan ante el procurador, el escribano y el juez una serie de matrimonios mal avenidos, que solicitan a voz en cuello la sentencia de separación. De nada valen las voces de cordura del juez; hasta que al fin, sin resolverse aún los conflictos, el sainete se termina al entrar los músicos cantando el estribillo:

Tiene esta opinión amor
que es el sabio más experto:

que vale el peor concierto
más que el divorcio mejor.

El rufián viudo llamado Trampagos es un entremés en verso sin alto vuelo en que Trampagos, que acaba de enviudar de la *Periconá*, a poco andar se prende de la *Pizpita* y en seguida celebran los esponsales a la llegada de Escarramán, para asombro de la gura, que entre gitanos es la justicia, y *para bien de su mal*.

Más del estilo cervantesco es *La elección de los alcaldes de Daganzo* por la graciosa ironía que se gasta en el entremés y por las enseñanzas que deja. Cuando Estornudo quiere apoyar al Bachiller que acaba de hablar, dice en tono doctoral:

El señor Bachiller Pezuña tiene
demasiada razón. Véngase al punto,
y mírese qué alcaldes nombraremos
para el año que viene, que sean tales
que no les pueda calumniar Toledo
sino que los confirme y dé por buenos,
pues para esto ha sido nuestra junta.

Cada uno de los candidatos exhibe sus habilidades y méritos: uno de ellos es muy buen catador de vinos, otro, arquero, un tercero, zapatero excelente. A Humillos se le pregunta si sabe leer y responde:

(...) No por cierto,
ni tal se probará que en mi linaje
haya persona de tan poco asiento,
que se ponga a aprender esas quimeras
que llevan a los hombres al brasero
y a las mujeres a la casa llana.
Leer no sé, mas sé otras cosas tales
que llevan al leer ventajas muchas.

Y cuando se le pregunta ¿cuáles son?

(...) sé de memoria –contesta–
todas cuatro oraciones, y las rezo
cada semana cuatro y cinco veces.

Y al interpelarlo de nuevo si con eso pensaba ser alcalde, él lleno de honrada persuasión responde:

Con esto y con ser yo cristiano viejo,
me atrevo a ser un senador romano.

En *La guarda cuidadosa* riñen un soldado y un sacristán (¿las letras y las armas?) por los bellos ojos de una fregona. El soldado ronda celosamente por calles y ventanas a fin de impedir la entrada de todo rival posible en casa de la beldad, rechaza hasta a un mendigo que quiere ir a implorar ayuda. Pretende entusiasmar a la bella diciéndole que está destinado al servicio en Nápoles como gobernador de un castillo. El sacristán, descrito con ironía, se lleva la palma y la gala sin duda por el bien decir. Este entremés ha sido representado con aplauso general en el presente siglo.

En *el vizcaíno fingido* Cervantes estiliza el tema tan folklórico en su tiempo, de la cadena legítima de oro y la de bajos quilates. En esta ocasión el falso vizcaíno, *Quiñones*, secunda a *Solórzano*, pícaro redomado, y con ellos entran en la trama *Brígida*, que va descubriendo las máculas secretas de su amiga *Cristina*, y el malicioso platero. El cuadrito resulta lleno de movimiento y el autor aprovecha el estribillo del romance final para recordar a don Quijote al decir:

La mujer que más presume
de cortar como navaja
los vocablos repulgados;
la que sabe de memoria
a Lofraso y a Diana,
y al Caballero del Febo
con Olivante de Laura;
la que seis veces al mes
al gran don Quijote pasa,
aunque más sepa de aquesto,
o sabe poco, o nada.

El retablo de las maravillas saca verdadero su título por la comicidad del asunto, la crítica de las consejas populares y la picardía de los charlatanes, que las explotan y que pueden dar quince y raya a *Buscón*.

Para tratar de *La cueva de Salamanca* debo recordar lo que acerca de este modismo enseña el maestro Gonzalo Correas. Dice así: *La cueva*

de Salamanca; estuvo en la cueva, o ha estado, o salió de la cueva de Salamanca. Esta cueva es la universidad y estudio general que aquí hay, y sobre esta verdad han fingido patrañas. Para hacer maravillar a los que viven de nuevo, mostraban una que era sacristía de la parroquia de San Serván, debajo de la capilla y altar, y decían que allí se leía en secreto nigromancia, y que allí estudió el Marqués de Villena, mas todo es fábula, como las antiguas que refieren de Palafeto o Palefato, y Fortunato.

Tratándose de Salamanca, por de contado que el protagonista, como *La tía fingida*, por fuerza tenía que ser un estudiante.

Calderón imitó este sainete pero sin buen éxito en *El dragoncillo*. La trama le resultó muy ingenua, en tanto que en la cervantina está salpimentada con gracia y buen gusto.

El viejo celoso repite el manoseado tema que convertirá en una de las *Novelas ejemplares*, del viejo que toma mujer joven exponiéndose a todas las consecuencias bien conocidas. Como era de esperarse, este entremés tiene frases de un desenfado que rayan en lo excesivo. Los personajes, a saber: Cansares, doña Lorenza, Cristina y Hortegosa, son muy parecidos hasta en los nombres a Carrizales y demás del *Celoso extremeño*, de que hablaremos luego. Algunos han considerado esta pieza como la más desvergonzada de las de su género.

Antes que las *Novelas ejemplares*, de las cuales hablaré en seguida, Cervantes escribió *El viaje del Parnaso* y Adjunta al Parnaso según lo afirma él mismo en *El prólogo al lector*. Con todo, he creído más razonable lo que supone el distinguido hispanista inglés Fitzmaurice Nelly en su libro *Miguel de Cervantes Saavedra*.

Según su propia confesión (la de Cervantes) —dice— parece que había terminado *El viaje del Parnaso* antes de escribir el prólogo destinado a las *Novelas ejemplares*. Esta aserción es correcta, sin duda, pero no puede referirse sino a los versos, porque la carta de Apolo, que va en prosa, se despachó del Parnaso, según nos lo advierte, el 22 de julio de 1614, cuando el dios se calzaba las espuelas y se preparaba a subir sobre la *Canícula*. *El viaje del Parnaso* fue aceptado por la censura el 16 de septiembre y salió a la luz a fines de noviembre o principios de diciembre. El hecho de que el libro estuviese dedicado a Rodrigo de Tapia —niño de quince años pero hijo de un ministro de estado— puede sugerir la idea de que el autor buscaba un protector más cercano de él que el residente en Nápoles. Lo probable, sin embargo, es que la dedicatoria del *Viaje* al joven Tapia hubiera sido ofrecida y aceptada antes que las *Novelas ejemplares* estuvieran terminadas o antes que Lemos hubiera acudido en auxilio de

Cervantes y hubiera recibido en retribución la dedicatoria de las *Novelas ejemplares*. Era ya demasiado tarde para volver atrás de la promesa hecha a los Tapias. Lo más que pudo hacer fue tenerlos aguardando hasta que terminó un trabajo de más importancia que dedicó a Lemos (...).

Sea de ello lo que fuere, lo cierto es que Cervantes, según su propio testimonio, se propuso escribir dicho poema a imitación del *Viaggio in Parnaso* que escribió

Un quidam caporal italiano
de patria perusino, a lo que entiendo
de ingenio griego, y de valor romano
(...)

Y reconociendo ingenuamente que la musa de la poesía no le había sido propicia agrega:

Yo que siempre trabajo y me desvelo
POR PARECER QUE TENGO DE POETA
La gracia que no quiso darme el cielo
(...)
En fin, sobre las ancas del destino
llevando a la elección puesta en la silla,
hace el gran viaje determinado.

Además de la abundante cosecha paremiológica hallada en el *Viaje* y la *Adjunta*, hay en este poemita, que no se recomienda cierto por la inspiración poética, numerosas alusiones críticas y satíricas a los autores coevos, los cuales convencen que no todo el monte es orégano. Quiero decir que el *Príncipe de los ingenios* no se andaba por las ramas en dar y parar golpes cuando quiera que lo zaherían, sin que fuera parte a detenerlo la posición empingorotada de los contrincantes ni la fama que alcanzaran en la república de las letras. Así, en la *Adjunta al Parnaso* tiene la siguiente alusión a Lope que ha debido restallar en los oídos de este como un latigazo. Al recibir de Roncesvalles la carta en cuyo sobre-escrito se leía: *A Miguel de Cervantes Saavedra (...) Al porte medio real, digo, diecisiete maravedís*. El, todo lleno de confusión y escandalizado, le devolvió la carta sin abrirla, dándole esta explicación: *Estando yo en Valladolid, llevaron una carta para mí con un real de porte; recibíola y pagó el porte una sobrina mía que nunca ella le pagará; pero díome por disculpa que muchas veces*

me había oído decir que en tres cosas era bien gastado el dinero: en dar limosna, en pagar al buen médico, y en el porte de las cartas, ora sean de amigos o de enemigos; que las de amigos avisan, y las de enemigos se puede tomar algún indicio de sus pensamientos. Diéronmela, y venía en ella un soneto malo, desmayado, sin garbo ni agudeza alguna, diciendo mal de don quijote; y de lo que me pesó fue del real, y propuse desde entonces de no tomar carta con porte. Así que sí vuesa merced lo quiere llevar desta, bien se la puede volver, que sé que no me puede importar tanto como el medio real que se me pide (...)

La alusión se refiere al soneto en versos truncos que escribió Lope creyendo que era de Cervantes el que dice así:

Hermano Lope, bórrame el soné-
de versos de Ariosto y Garcilá-
y la Biblia no tomes en la ma-
Pues nunca de la Biblia dices lé-
también borrarás la Dragonté-,
y un librito que llama de la Arcá-,
con todo el comediaje y Epitá-,
y por ser mora, quemarás a Angé-

Sabe Dios mi intención con San Isí-;
más puesto que se va por lo devó-,
bórrame en su lugar el Peregrí-,
y en cuatro lenguas no me escribas Co-;
que supuesto que escribes boberí-,
do vendrán a entender cuatro nació-;
ni acabes de escribir la Jerusá-;
bástale a la cuitada su trabá-

Este soneto con su estrambote no es de Cervantes, sino de Góngora; pero Lope dirigió la respuesta a aquel, en la siguiente forma:

Pues nunca de la Biblia digo lé-,
NI Se si eres, Cervantes, co ni cú-,
Solo digo que es Lope Apolo y tú
FRISón de su carroza y puerco en pié.
Para que no escribieses orden fue
del cielo que mancases en Corfú;
hablaste, buey, pero dijiste mú,
¡Oh, mala quixotada que te dé!

Honra a Lope, potrillo o iguay de til
que es sol y si se enoja, lloverá:
y ese *Don Quijote* baladí
de culo en culo por el mundo va
vendiendo especias y azafrán romí,
y, al fin, en muladares parará.

En vista de la manera como se zaherían aquellos hombrones, juzgamos que tiene mucha razón doña Blanca de los Ríos cuando afirma que en el *Quijote* y en varias de las *Novelas ejemplares*, Cervantes quiso satirizar a Lope y principalmente a Tirso de Molina, como lo veremos en seguida.

Las *Ejemplares* se escribieron en 1612 y 1613, en el intervalo que medió entre la primera y la segunda parte del *Quijote*. Nombrólas *Ejemplares* porque *si las miras* –dice Cervantes al lector– *no hay ninguna de quien no se pueda sacar algún ejemplo provechoso* (...).

En verdad que ese no es el parecer de Avellaneda, el supuesto autor del falso *Quijote*, quien se expresa así en el prólogo: (...) *Y así sale al principio de esta segunda parte de sus hazañas este, menos cacareado y agresor de sus lectores que el que a su primera parte puso Miguel de Cervantes Saavedra y más humilde que el que segundó en sus novelas, más satíricas que ejemplares, si bien no poco ingeniosas*. No contento con esta agresión, Avellaneda (¿Tirso?) cargó sobre la vejez y la manquedad de la mano izquierda de que con tanta razón se ufanaba Cervantes por haberla adquirido *en la más alta ocasión que vieron los siglos pasados, los presentes, ni esperan ver los venideros*.

En la *Gitanilla*, preciosa con su donosidad a pesar de su vida gitanesca, es el triunfo y la voz de la sangre. Cuando Cristina, una de las compañeras, le dice, en son de reproche, que entrara si quería donde había unos jóvenes que se divertían, porque ella no pensaba entrar donde había tantos hombres, Preciosa le contesta:

–Mira, Cristina: de lo que te has de guardar es de un hombre solo y a solas, y no de tantos juntos; porque antes el ser muchos quita el miedo y el recelo de ser ofendidas. Advierte, Cristina, y está cierta de una cosa: que la mujer que se determina a ser honrada, entre un ejército de soldados lo puede ser. Verdad es que es bueno huir de las ocasiones: pero han de ser de las secretas y no de las públicas.

Rinconete y Cortadillo es la obra maestra en punto de realismo y colorido. Dos galopines hijos del arroyo ambos de buena gracia pero muy descosidos, rotos y maltratados, que se juntan para hacer sus primeras ramas en la vida picaresca, a sestear en un portal o cobertizo que delante de la venta se hace, y sentándose frontero el uno del otro, el que parecía de más edad dijo al más pequeño: ¿De qué tierra es vuesa merced, señor gentilhomme, y para dónde bueno camina?

-Mi tierra, señor caballero, respondió el preguntado, no la sé, ni para donde camino tampoco.

-pues, en verdad -dijo el mayor- que no parece vuesa merced del cielo, y que este no es lugar para hacer su asiento en él: que por fuerza se ha de pasar adelante.

-¿es vuesa merced por ventura ladrón? Pregunta más adelante Rinconete a un guía encargado de conseguir clientela para Monipodio, el as de la truhanería.

-Sí, respondió él; para servir a Dios y a las buenas gentes, aunque no de los muy cursados; que todavía estoy en el año del noviciado. A lo cual respondió Cortado:

-Cosa nueva es para mí que haya ladrones en el mundo para servir a Dios y a la buena gente. A los cual respondió el mozo:

-Señor, yo no metro en tologías; lo que sé es que cada uno en su oficio puede alabar a Dios, y más con la orden que tiene dada Monipodio a todos sus ahijados.

Las páginas de esta novela son bien ricas en temas folklóricos y se comprende que en ellas se encierra la experiencia adquirida por Cervantes ruando por mesones y ventas de Andalucía. Es la pintura fidelísima de la vida del hampa en una ciudad como Sevilla, que durante la conquista y colonización de estas tierras cismarinas, recibió los galeones cargados hasta el tope del oro que servía, entre otras cosas, para mantener la febril disipación y la trapaza en una sociedad en estado de delincuencia.

En *La ilustre fregona* se encuentra un perfumado hálito de sinceridad humana y artística. Tomás de Avendaño, burgalés como Carriazo, pícaro virtuoso y redomado calavera de buen tono, es seducido al oír a este hacer la apología de las almadrabas de Zahara.

Los dos amigos, dispuestos a correrla en busca de aventuras, topan en una hostería cercana de Toledo con la fregona Constanza, célebre por su belleza y discreción. El Avendaño, perdidamente enamorado de ella, resuelve hacer mozo de cuadra, y su amigo don Diego, por no abandonarlo

se hace aguador. Alrededor de Constanza se mueve todo el bullicio de una famosa posada española de aquel siglo, pintada con los colores más vivos.

Al llegar a *El Licenciado Vidriera*, bueno es dar una mirada retrospectiva para considerar de nuevo las alusiones personales que Cervantes consignó contra la escuela de Lope, y en especial contra Tirso de Molina. Durante mucho tiempo fue creencia general entre los escoliastas de Cervantes, que *El licenciado Vidriera* no tenía una tesis literaria sino que se consideraba como un *pretexto del autor para publicar sus apotegmas* según Icaza; y Menéndez y Pelayo al hacer el estudio de los Apotegmas en los *Orígenes de la Novela*, dice que a este género puede reducirse *El licenciado Vidriera* donde la sencillísima fábula sirve de *pretexto para intercalar las sentencias de aquel cuerdo loco*. Hoy, de las pacientes investigaciones de doña Blanca de los Ríos ya citada, se ha modificado aquel concepto y se tiene como opinión muy verosímil que aquella fábula es y significa mucho más de lo que se creía: es la transmutación habilísima del autor de Tirso *No le arriendo la ganancia* en aquella célebre novela cervantina, y es, no solo esa transmutación y parodia; es en la persona de Tomás Rodaja la intencionadísima contrafigura del propio Téllez y de sus *bastardos autobiográficos*, resueltos a *no deber nada a la herencia, sino todo a sí mismos, obstinados como Rodaja* en ocultar su nombre hasta haberlo hecho famoso por el ingenio y por el estudio. Tal como lo dice Tirso en *El melancólico*:

Ambicioso de fama y de grandeza
no heredada, adquirida
con noble ingenio y estudiosa vida
que ilustra más la personal nobleza.

Cuando a Rodaja le preguntan por su patria los caballeros que lo hallaron en las riberas del Tormes, les responde: *que el nombre de su tierra se le había olvidado* y al preguntarle por el de sus padres responde: *-Sea por lo que fuere (...) que ni el de ella ni el de mis padres sabrá ninguno hasta que yo pueda honrarlos a ellos y a ella.*

-Pues ¿de qué suerte los piensas honrar? – preguntó el otro caballero.

-Con mis estudios –respondió el muchacho- *siendo famoso por ellos.*

Recientemente apareció publicado un breve comentario del profesor de la Universidad de Florida, G. B. Palacín, sobre el tema de la enemistad entre Cervantes y Lope, que el autor considera inexistente. Para justificar dicha tesis, de que no hubo tales pugnas entre aquellos dos genios literarios, sería necesario borrar los documentos que se hallan en las obras de las dos escuelas. Verdad es que fue Cervantes quien provocó el conflicto, haciendo la crítica de las innovaciones de la escena hechas por el *Fénix*, en el prólogo de la primera parte del *Quijote*, en donde hay no menos de siete alusiones a Lope. En las décimas de Uganda las hay también y vuelve a la carga en el capítulo XLVIII de la primera parte donde el Canónigo, al tratar del libro que llevaba en mientes pero del cual se había arrepentido, agrega:

Pero lo que más me le quitó de las manos, y aun del pensamiento de acabarle, fue un argumento que hice conmigo mismo, sacado de las comedias que ahora se representan, diciendo: Si estas que ahora se usan, así las imaginadas como las de historia, todas o las más son conocidos disparates y cosas que no llevan pies ni cabeza, y , con todo eso, el vulgo las oye con gusto, y las tiene y las aprueba pro buenas, estando tan lejos de serlo, y los autores que las componen, y los actores que las representan dicen que así han de ser, porque así las quiere el vulgo, y no de otra manera y que las que llevan traza y siguen la fábula como el arte pide no sirven sino para cuatro discretos que las entienden, y todos los demás se quedan ayunos de entender su artificio (...).

Es muy notorio el hecho de que los dardos enherbolados salidos de la aljaba de Cervantes van dirigidos de preferencia, no contra Lope, sino contra su discípulo Tirso, siendo aquel quien revolucionó el teatro clásico griego y latino. Pero se explica porque sucede muy frecuentemente que los discípulos suelen poner más ardentía en la defensa de los maestros, y esto sucedió en el caso de Tirso, quien al constituirse defensor de las nuevas tendencias literarias, no se dio punto de reposo en sus comedias, zahiriendo a Cervantes. A él se le ha atribuido la paternidad del *Quijote* espurio que nació en Tarragona y se engendró en Tordesillas. Por de contado que Cervantes no se queda corto en sus alusiones al *Fénix* pues a pesar de prometer que en su pecho no habrán de mover a cólera los agravios inferidos por Avellaneda, no puede menos de decir:

(...) He sentido también que me llame envidioso, y que, como a ignorante, me describa qué cosa sea la envidia; que, en realidad de verdad, de dos

que hay, yo no conozco sino a la santa, a la noble y bien intencionada; y siendo esto así, como lo es, no tengo yo de perseguir a *ningún sacerdote* y más si tiene por añadidura ser familiar del *Santo Oficio*; y, si él (el autor del falso Quijote) lo dijo por quien parece que lo dijo (por Lope), engañóse de todo en todo; que del tal adoro el ingenio, admiro las obras, y la ocupación continua y virtuosa (...), alusión que va al ojo derecho de Lope por su vida desarreglada.

Sería tarea larga y que no ha entrado en el plan de este discurso el continuar analizando por menudo las incidencias de resquemores entre aquellos ingenios de las letras. Así que, dándolas de mano, continúo con la enumeración cervantina.

En *El celoso extremeño* Cervantes vuelve sobre el tema de *El viejo celoso*, pero en esta vez no en broma sino en forma solemne, viva y luminosa. Filipo de Cañizares, que tal es el nombre del protagonista de la novela, tras de correr varias fortunas por España, Italia y Flandes sin lograr allegar riqueza alguna, antes bien, habiendo consumido la poca que poseía, pasó a Cartagena de Indias y luego, al codiciado Perú, donde halló ocasión de granjear abundante hacienda, conseguida la cual regresó a España, donde, ya viejo, quiso tomar estado y logró que una joven accediera a sus instancias.

A pesar de las mil precauciones de que se rodeó Cañizares para evitar que la esposa se percatara que la vida era muy distinta de la que llevaba, un tal Loaiza, que al decir de Rodríguez Marín fue un personaje contemporáneo de carne y hueso llamado Alonso Álvarez de Soria, logró cohechar con los halagos de la música a un esclavo negro y él y la complicidad de las criadas se da al traste con la aparente seguridad del viejo. En esta novela tan real y en que la pintura del corazón humano es de una fidelidad asombrosa, se halla una de las frases más desenfadadas de toda la obra de Cervantes, al decir de Rodríguez Marín.

El casamiento engañoso y *Coloquio de Cipión y Berganza* fueron escritos, según el parecer de Amezá, antes de 1605, que es decir antes de la aparición del *Quijote*. Ambas piezas son igualmente de un sentido realista y de un colorido fascinador. *El casamiento engañoso* se repite en las grandes ciudades del mundo moderno como en los días en que el alférez Campuzano seduce con su atuendo y gallardía a la que dijo llamarse doña Estefanía de Caicedo, la misma que lo puso en estado de acudir al hospital de la Misericordia donde –decía Campuzano– *No sabré decir si fue por amores, aunque sabré afirmar que fue por dolores, pues de mi casamiento,*

o cansamiento, saqué tantos en el cuerpo y en el alma, que los del cuerpo, para entretenerlos, me cuestan cuarenta sudores (...).

El coloquio, llamado más comúnmente *El coloquio de los perros*, esta entrelazado con la pieza anterior. Ello es que dos perros guardianes del hospital de Valladolid nombrado, adquieren de relance, durante una noche, el don de la palabra. Berganza, el más ladino, refiere primero y en forma impresionante la historia de su vida. Cipión, grave, enemigo de la maledicencia y de la vacua palabrería, escucha; y solo de vez en cuando interrumpe la narración de su amigo para hacerle breves reflexiones y comentarios de moralista y llamarlo al orden. Así en una de estas interrupciones y tras una larga tirada de Berganza, Cipión dice lo siguiente que ya se os habrá ocurrido decírmelo a mí, según va estando desmayado y largo este discurso:

Si en contar las condiciones de los amos que has tenido y las faltas de sus oficios te has de estar, amigo Berganza, tanto como esta vez, menester será pedir al cielo nos conceda la habla siquiera por un año, y aún temo que al paso que llevas, no llegarás a la mitad de tu historia. Y quírote advertir de una cosa, de la cual verás la experiencia cuando te cuente los sucesos de mi vida; y es que los cuentos unos encierran y tienen la gracia en ellos mismos; otros en el modo de contarlos; quiero decir que algunos hay que aunque se cuenten sin preámbulos y ornamentos de palabras, dan contento; hay otros que es menester vestirlos de palabras, y con demostraciones del rostro y de las manos y con mudar la voz, se hacen algo de nonada, y de flojos y desmayados se vuelven agudos y gustosos; y no se te olvide este advertimiento, para aprovecharte del en lo que te queda por decir.

En cada una de las etapas de la vida vagabunda de Berganza, desde que se instaló con un jifero, y pasando después por los ayunos de estudiantes y las hechicerías de la Camacha, sigue la vida de los gitanos, la avara de la morería y termina en una compañía de cómicos (...) Cervantes traza con los rasgos más finos escenas reales y pintorescas de un atractivo encantador. Tengo que confesar que, si va a decir verdad, he sentido mayores y más hondas fruiciones leyendo este *Coloquio*, que las experimentadas leyendo el *Quijote* mismo.

En *El amante liberal* y *La española inglesa* se reanudan las escenas de moros y corsarios inspiradas en los griegos. La pintura de caracteres y costumbres es reemplazada aquí con las peripecias exteriores.

Comparando la manera de empezar *La fuerza de la sangre* con la de *La española inglesa*, se advierte el progreso alcanzado por Cervantes en la narración y el estilo. Además, hay verdadero interés dramático en ella y en *La Señora Cornelio*, como lo advierte el maestro Menéndez y Pelayo.

En *Las dos doncellas* se vuelve a seguir el ejemplo de Montemayor y de Lope, que fueron los primeros en introducir en la escena el bandolerismo femenino con *La Arcadia* y *La serrana*. En las del alcalaíno, después de andar disfrazadas de caballeros, en prosecución del galán que les ha hecho a ambas juramentos de amor, acaban por encontrar un final dichoso.

Tales son las obras cuya paternidad no se le discute a Cervantes. Veamos brevemente las que se le atribuyen.

Entres las novelas, *La tía fingida* tiene todas las características, según lo comprobó con lujo de erudición crítica el P. Julián Apráiz, en cuyas conclusiones participo de todo en todo. Después de leerla y vuelto a leer varias veces, se convence uno que no pudo ser otra que la pluma del *manco famoso* todo la que trazó aquellos rasgos desenfadados. Algunos opinan que a ella quiso referirse Cervantes cuando en el prólogo a las *Ejemplares* dice que preferiría cortarse la mano con que escribía, a inducir a alguno de sus lectores a un mal deseo o pensamiento. Y conste que adhiero a la opinión de Apráiz, a pesar del aprecio reverencial que tengo al concepto de Menéndez y Pelayo, quien al tratar de la influencia de *La Celestina* en la obra de Cervantes, afirma enfáticamente: *No me refiero a La tía fingida, pues cada vez me persuado más de que esta excelente novela no salió de su pluma, a pesar, de los eruditos alegatos que hemos leído en estos últimos años (...)*. Para el polígrafo santanderino doña Claudia Astudillo y Quiñones es una *copia fiel de la Madre Celestina*, y Cervantes imitaba pero no copiaba.

Las restantes obras atribuidas a Cervantes son: los entremeses llamados *Los habladores*, *La cárcel de Sevilla* y *El hospital de los podridos*; y un auto, *La soberana Virgen de Guadalupe*.

De los entremeses *Los habladores* y *La cárcel de Sevilla*, la movilidad, la gracia y la escena no desdichan de la pluma del Príncipe de los ingenios. El buen humor de Sarmiento que busca la curación de su locuaz esposa por el sistema homeopático de los semejantes (*similia*, etc.), y la gracia de Roldán, son cervantinos. Igual cosa puede afirmarse de *La cárcel de Sevilla*. A despecho y pesar de la crudeza de algunas frases, Cervantes describe allí lo que vieron sus ojos en una cárcel *donde toda incomodidad tiene su asiento* y lo describe con pulso firme, como escribió para la inmortalidad en el mismo sitio, su obra imperecedera.

El hospital de los podridos no es de Cervantes, a mi juicio.

Pero aún me falta recordaros la obra que Cervantes rubricó

Puesto ya el pie en el estribo
con las ansias de la muerte,

pero cuya composición le había embargado un buen por qué de años: *Los trabajos de Persiles y Sigismunda*, *Historia septentrional*, más comúnmente conocida con el nombre de *el Persiles*.

En el prólogo de las *Novelas ejemplares* Cervantes anuncia dicha obra sin escatimarle elogios. También en la segunda parte del *Quijote* la califica de *Libro que ha de ser el más malo o el mejor que en nuestra lengua se haya compuesto, quiero decir de los de entretenimiento; y digo que me arrepiento de haber dicho el más malo, porque, según la opinión de mis amigos ha de llegar al extremo de bondad posible*.

La alusión que hace a *Heliodoro* es a todas luces una advertencia de que el tema no era original. Con afecto, el modelo en que se inspiró parece haber sido principalmente *Los amores de Teágenes y Cariclea*, según lo advierte el maestro Menéndez y Pelayo. Pero la factura general de la novela es de una perfección extraordinaria y todavía hoy la leen con gran encanto los que gustan de la pureza del idioma y de las enseñanzas morales. Es ella un trasunto fiel del alma de aquel genio en la plenitud de su poder creador, vertida con aquella magia insuperable del estilo que lo constituyó uno de los creadores de la lengua.

Los críticos modernos quieren ver en esta obra la experiencia completa y madura de la historia del hombre según la actitud del barroco. Joaquín Casaldueiro, en su libro titulado: *Sentido y forma de Los trabajos de Persiles y Sigismunda*, estudia esta nueva interpretación. Según él, en *Persiles* encontramos la forma del nuevo barroco tal como la vivió Cervantes en España, y, al penetrar en ese mundo, el lector siente acrecentarse su espíritu con la experiencia única de una época reveladora por su genio.

En toda obra barroca aparecen las dos zonas de luz y de oscuridad: la zona luminosa de la imaginación y de la oscura de la rectitud; la unidad y el orden, contrapuestos a la variedad y el desorden.

El argumento de la es la historia de un segundón, *Periandro*, que es decir *Persiles*, que con la ayuda materna llega a suplantar el mayorazgo Maximino; el tema es la historia de la humanidad y del hombre, vivida en

el presente; y el *sentido* de la novela es que para conseguir el triunfo de la paz y alcanzar el puerto seguro en medio de las penas y tentaciones del mundo –la victoria de la paz- debemos depurar nuestra fe. En síntesis: el claroscuro de los cuatro libros de *Persiles* contiene la estructura moral del hombre, la historia del mundo en su actualidad vida.

Pero es justo y razonable que se le dé fin y remate a esta cansada lucubración, y descanso a vuestra atención benévola.

En la obra del inmortal *Príncipe de los ingenios*, distinta del *Quijote*, he espigado las apostillas contenidos en este legajo que tengo el honor de presentar a la Academia Colombiana de la Lengua como fruto agostado de mi corto ingenio, pero como noble tributo de admiración a los sagrados manes de aquel artífice de la lengua; y de reconocimiento por la generosa y espontánea acogida con que me habéis recibido en el seno de este glorioso instituto.

20 de noviembre de 1952

XIV

El curso de las ideas y de las formas literarias en la época moderna

Baldomero Sanín Cano

El romanticismo forma ya una parte del espíritu humano. Si se pudiera estudiar el cerebro del hombre, como se analizan las diversas capas de un corte geológico, el observador distinguiría tres marcadas estratificaciones en la masa encefálica del hombre moderno: la región del hombre de la naturaleza, del pagano que vive y se agita en nosotros, al través de los siglos; el estrato cristiano permanente, sacudido en partes, como los terrenos volcánicos, y como ellos resistente y feraz, y por encima de estas capas sólidas y milenarias, el aluvión romántico, de formación reciente, entrecortado, desigual, susceptible de cambios, de hundimientos, de grandes soluciones de continuidad, pero nuevo siempre y lleno de los gérmenes del futuro.

Baldomero Sanín Cano

XIV

El curso de las ideas y de las formas literarias en la época moderna

Baldomero Sanín Cano

Al recibirse Fernando Brunetière en la Academia Francesa, tuvo por cosa original decir que hacía exclusión de toda manifestación de modestia, pues afirmar o sugerir nomás que carecía de méritos para ocupar un puesto entre los inmortales era, en otras formas, poner en tela de juicio el sano criterio de quienes lo habían elegido. Olvidaba entonces el nuevo académico las visitas hechas a los demás colegas en solicitud de su voto para ingresar al augusto cuerpo. Acaso esta visita de súplica fuera uno de los méritos en que se fundaba el voto favorable de sus colegas, y en tal caso un rasgo de modestia no habría sentado mal en labios del favorecido. Me atrevo a decir esto, porque antes y después de Brunetière hubo y hay muchos franceses superiores a él por la inteligencia, por el saber, y no inferiores sin duda en la manera de expresarse, que no han vestido la casaca adornada con palmas verdes.

El socio de número a quien la bondad y la bella tolerancia de esta sabia institución colombiana le han abierto sus puertas en esta rara ocasión, no ha menester, para agradecer el honor de que se le hace objeto, poner en actividad la hermosa virtud de la modestia. Esta inseparable y segura compañera del mérito, supone en quien la posee cualidades manifiestas, cuyo dueño se esfuerza por tener ocultas, como el perfume y color de las violetas, el valor del soldado, la facilidad verbal del orador o del poeta. No teniendo méritos francos ni reservados, ni capacidad alguna que esconder, mi apelación a la modestia en este supremo trance de mi poco accidentada vida literaria, sería una manera falta de elegancia en el ejercicio de un defecto específicamente contrario a la modestia, que es la vanidad. Pero me queda una virtud, para ejercitar la cual no ha menester el favorecido poseer méritos de ninguna clase, una virtud que sienta lo mismo en los poderosos que en los humildes, en los ricos que en los desposeídos, en los sabios que en los ignorantes, en los felices que en los mal aventurados. A tal virtud me acojo en esta tremenda alternativa, y expreso ante vosotros, señor director y señores académicos, con sinceridad y no sin el más vivo deseo de corresponder a vuestra benevolencia, mi acrecentada gratitud.

La modestia, por otra parte, quedaría mal colocada en esta descomunal ocasión, porque si he de hablar con franqueza, mi entrada a la Academia Colombiana de la Lengua es debida casi exclusivamente a la bondad, y si pudiera decirlo, a la ingenuidad (quitándole a esta palabra hasta la sombra de significado ingrato) del ilustre académico, historiador probado, aplaudido y experto diplomático, narrador de altas dotes, don Laureano García Ortiz, honra de nuestra ciudad natal y espejo de los buenos colombianos. Una estrecha y antiquísima y probada amistad nos une, nos ha unido siempre, desde que tuve la inmerecida buena fortuna de conocerle. Le conocí mucho antes de que él me conociera, y le profeso admiración antes también de que el gran público se enterase, como se ha enterado más tarde, de que posee una grande y bien equipada inteligencia, una pluma llena de gracia finísima y un caudal de conocimientos que parece no pueden caber en su cuerpo de hada. El doctor García Ortiz, señoras y señores, es el responsable directo y primordial de la prueba cruelísima a que os veis sometidos esta noche, la terrible contingencia de tener que escuchar por un largo espacio de tiempo a un orador de muy escasas dotes, en un salón de tan pocas salidas.

Una tarde, si no marra mi ya decadente memoria, del mes de julio de 1933, don Laureano salía conmigo de la carrera sexta para caer sobre la calle décima. Así empezaban las novelas de grande espectáculo en los tiempos de Paul Féval y de Federico Soulié, que, entre paréntesis, nada tuvieron de académicos. Pasábamos frente a una agencia de servicios fúnebres, como dicen en Madrid y en Buenos Aires. El sitio parecía escogido con meditada anterioridad. En ese lugar y ese momento de una tarde excepcionalmente clara, de cielo abierto hacia el poniente, García Ortiz, con un aire de austeridad extraño a sus habituales apariencias, un aire de serenidad que hubiera puesto un saludable temor de las contingencias en quien le conociera menos que su amigo de la juventud, me dijo en voz grave y auspiciosa: *Vengo a comunicarle que me he comprometido por usted y a rogarle que no me deje plantado*. Confieso que experimenté por unos momentos lo que hace cuarenta años se denominaba con el nombre de calofrío nuevo. A Laureano García Ortiz yo no podía dejarlo abandonado en un estrecho predicamento, y juzgaba que de una cosa grave había de tratarse cuando se escogía la vecindad, para comunicármela, de las agencias fúnebres. Me puso en cuenta de seguida, usando pocos rodeos, de cómo había empeñado su palabra de que yo aceptaría el nombramiento de académico, que a propuesta suya había hecho en mí la honorable sociedad de que él forma justamente parte conspícua. Confieso

que recibí con cierta sensación de alivio la estupenda noticia. El lugar, la hora, la serenidad inacostumbrada, me habían hecho esperar algo de menos trascendencia, pero de terribles consecuencias personales. Debo darles las gracias públicamente a tan benévolo amigo y notable ingenio americano y a la corporación que, atendiendo a su generosa aunque temeraria iniciativa, ha querido llamarme a su seno.

Refiere Georges Renard, profesor del Colegio de Francia, miembro del Instituto, y autor de trabajos muy serios de filosofía y de ciencias sociales, refiere, digo, en uno de esos libros suyos de crítica literaria, fugaces como un meteoro y luminosos también como los bólidos, que hay un país del antiguo continente, sin duda vosotros, señoras y señores, habréis oído mencionarlo, si no lo habéis visitado, donde se había constituido una sociedad cuyos estatutos imponían a los componentes de ella las más extrañas, incómodas y aún bárbaras obligaciones.

Los socios de aquella extravagante compañía aceptaban, al entrar a formar parte de ella, la obligación singular de entregarse, después de muertos, a la sociedad dicha, para ser disecados minuciosamente y sin misericordia, en presencia de todos los compañeros, por uno de estos, que a su turno se ofrecía para ser desollado vivo y analizado con crueldad sonreída y a veces con marcada ironía por un tercero, que en esa vez solía salir indemne. La nación donde tiene su domicilio legal esta sociedad aberrante, a que se refiere el profesor Renard, es el dulce país de Francia, y la sociedad se llama la Academia Francesa.

La mayor parte de las sociedades de este género siguen las huellas de la francesa con más o menos rigor, y esta ilustre Academia, dando ejemplo de cristiana conmiseración y de libertad de elección deja a la voluntad del recipiendario hacer la autopsia de su antecesor o callarse; pero entiendo que la vivisección del primer cirujano se cumple de rigor ante un público numeroso y selecto para mayor tormento.

A pesar de la severidad y de la sangre fría con que se cumplen los ritos ya apuntados, estas sociedades caen bajo la censura del público con el título ya muy popularizado de asambleas de alabanzas mutuas. Bastaría detenerse con mirada espiritual desprevenida en la sicología de estas y semejantes instituciones, para comprender la injusticia del vituperio contenido en aquella designación. En las academias, en las juntas literarias hay clima y ambiente de cenáculos. Las personas que se reúnen a trabajar esta clase de instituciones, o simplemente a comunicarse mutuamente las ideas y pensamientos sorprendidos en la contemplación filosófica o en la observación de la vida corriente, buscan, a su pesar, como el líquido

en los vasos comunicantes, el mismo nivel. Si acaso no tienen ideas comunes, tienen todos una preocupación dominante, que es la de llenar cumplidamente los fines de la sociedad. Las reuniones frecuentes liman las anfractuosidades del carácter, de la inteligencia, del gusto. Los socios hablan de unos mismos temas, leen por lo general las mismas obras, cambian ideas sobre el mérito de novelistas, poetas y críticos de su conocimiento. Es natural que haya muchas semejanzas en el gusto literario y que se forme una escala de valores para juzgar las obras y los hombres del momento. Los miembros de estas asociaciones no vienen aquí por su propia y sola voluntad. Quienes son acogidos cuentan con el beneplácito unánime de la asamblea o de la mayor parte de sus socios. Es natural, si se tienen presentes tales contingencias, que los socios se aprecien los unos a los otros, y que al respecto de sus trabajos las opiniones del grupo sean siempre favorables y en la ocasión elogiosas, porque es justamente basándose en el mérito de esas obras como se formó el criterio de quienes hallaron aceptable la presencia de un socio en las reuniones de la asamblea. No es necesario penetrar más hondo en el análisis del espíritu y las tendencias de esas sociedades, para deshacer el amargo reproche envuelto en el apodo de sociedad de elogios mutuos con que suele designárseles.

Tócame ocupar en esta benemérita institución el sillón en que hubo de sentarse en vida don Carlos Calderón Reyes, de clara memoria para sus colegas y recordado con varia intención en los anales de la política y de la prensa colombiana. Vino Calderón a la capital como adolescente a buscar en la universidad de hace setenta años la suma de conocimientos que le habilitaran para seguir una carrera profesional. Eran aquellos otros días, vivían otros hombres, se juzgaban las obras con distinto criterio. En provincias, la aspiración más nombre de la estudiosa adolescencia era venir a ese centro de la sabiduría y del talento, a recibir la doctrina, la ciencia, el ejemplo de los profesores. Un ambiente de respeto a la tradición honorable de la sede primordial de los estudios profesionales llenaba el aire de los liceos preparatorios en los estados soberanos. Y se miraba el estudio como una vocación más bien que como un medio de llegar a mejores destinos o a conquistarse una posición en la sociedad. Ambiente admirable, clima benéfico de la inteligencia el que vivimos los jóvenes que en 1870 hasta 1880 dábamos toda nuestra actividad a la adquisición del conocimiento. Para nosotros el estudio era un fin en sí mismo, no un medio para fines ulteriores, como ha venido a ser más tarde. Reconozco que había un error de apreciación en nuestra manera de considerar el problema del estudio frente a las indeclinables exigencias de la vida moderna; pero era un noble

error desinteresado, cuyas ingratas consecuencias podían lastimar el futuro del estudiante, sin dañar a los demás asociados. El estudio era una vocación, un nombre empeño de enriquecer la inteligencia y amueblarla en forma adecuada para que reciñera con holgura y decoro el mayor número posible de ideas. La modesta y desinteresada vida de los profesores completaba aquel ambiente idílico de la enseñanza, al finalizar el tercer cuarto del siglo XIX en la capital colombiana.

En esa época le tocó llegarse a Calderón a las aulas universitarias. Me dijeron amigos ya fenecidos que se distinguió como estudiante por la consagración al estudio, su facilidad de expresión en las clases, su memoria rápida y obediente al pensamiento. Procedía del entonces soberano estado de Boyacá, región favorecida por el destino de los pueblos con una serie no interrumpida de grandes talentos y habilidades políticas. Le favorecía además la naturaleza que había colocado a la capital del estado y a algunas de sus regiones más pobladas cerca de la capital de Colombia. Al paso que de Pasto, de Popayán, de Cali, de Medellín, de Cúcuta, solo podían acercarse a la universidad los hijos de familias ricas o medianamente acomodadas, de Boyacá los adolescentes y los jóvenes amantes del estudio o de las letras podían hacer el camino hasta la meca del saber con escasos recursos y sin poner entre ellos y sus familias esas vallas casi insalvables que eran las enhiestas, tras de las cuales colocó el conquistador a Bogotá, para defenderla de piratas y filibusteros en los días inseguros de su primera y remota existencia. Fue además Boyacá teatro de batallas heroicas en la guerra de emancipación, y en su territorio se decidió con hechos épicos la libertad de Colombia, que hizo posible la libertad definitiva de otros muchos pueblos del continente. El nombre de ese estado era como un título de gloria, y sus hijos tuvieron siempre por ello y por reales prendas de carácter la simpatía de Colombia y de la capital.

Calderón trajo de Santa Rosa de Viterbo, solar de su familia, una vocación indomable al estudio, con una cierta amargura en el modo de interpretar la existencia, debida, según me lo confesaba él mismo, a la severidad de la educación religiosa recibida en sus primeros años, dominada y cubierta como un toldo tenebroso, si se permite la comparación, con la idea de la muerte. De esa contemplación perpetua de la hora final nacían, de un lado, la más severa austeridad de costumbres, y de otro, una lobreguez insondable en la manera de interpretar la vida y de vivirla. La idea de la muerte y la noción del pecado señoreaban en la casa paterna del futuro legislador y ministro de estado todos los aspectos del vivir, y teñían de colores sombríos las avenidas de la existencia. Estoy casi repitiendo las

mismas palabras de Calderón en sus interesantes confidencias. El sentía de adolescente la religión con una intensa vivacidad de emoción, cultivada con esmero por su familia y exaltada hasta el paroxismo por el ambiente. Hago memoria de que, comparando los recuerdos infantiles suyos con los míos propios, no podía menos de señalarles vivos contrastes. Para don Carlos adolescente, la aproximación de la semana santa era el anticipo fatídico de la meditación en la necesidad de hacer penitencia, de macerar el cuerpo, de ocupar las potencias del alma en el pensamiento de lo transitorio y penoso de los humanos destinos. La aproximación de la santa semana para los chicos de mi pueblo, educados en familias eminentemente piadosas, era una anticipación gratísima de días interesantes por la contemplación de imágenes endomingadas, de templos adornados con distinción severa y profusamente iluminados; nos fascinaba la expectativa de enriquecer nuestros conocimientos, dejando endulzar el oído con la palabra sabia, la frase numerosa, el pensamiento digno, sagas y oportunamente decorado de oradores traídos de lejos, para hacer más propio de las históricas recordaciones el recogimiento del pueblo. Es cierto que los simulacros sagrados, en sus excursiones al través de las calles soleadas, hormigueantes de unidades piadosas, traían a la memoria escenas de dolor y palabras de amargura; pero en la imaginación de los niños toda esa tristeza se desvanecía ante el secreto que todos nos comunicábamos alegremente de una pronta y segura resurrección. Con toda nuestra fe en las enseñanzas de la escuela, a pesar de las ideas del catecismo sobre el valle de lágrimas y las terribles consecuencias del pecado, nuestra actitud ante la naturaleza era inocentemente pagana. El ambiente de un valle risueño, florido casi todo el año, bañado en todas direcciones por aguas puras y diáfanas como el aire, la llanura siempre verde, que se abrazaba inocentemente con las colinas próximas y los montes lejanos, a la hora vespertina, bajo el oro luminoso del sol poniente y la complacencia de nubes opalinas, hacía nacer en nosotros la emoción del hombre primitivo, del pagano irreflexivo ante el espectáculo de la vida poderosa, regida por hados benignos.

El doctor Carlos Calderón era profundamente cristiano por temperamento. Sin duda admiraba el espectáculo de la belleza circundante, pero no podía eliminar de su conciencia a cada instante la noción del pecado. La tristeza de las enseñanzas primitivas quedó predominando en su espíritu. Fue siempre hombre de porte severo, de conversación grave, y en las luchas y empresas de su vida parecía como si la alegría estuviese descartada filosóficamente de su contextura mental. Le vi por primera vez en 1886, probablemente. Vestía traje negro, levita correctísima, adherida

estrechamente al cuerpo, sombrero de copa alta. Andaba pausadamente y miraba hacia el suelo. Los caballeros usaban en Bogotá la misma indumentaria que don Carlos en aquellos tiempos; pero era indudable que el color, el corte, la longitud de esas prendas de vestir armonizaban en él de manera curiosa con su aspecto y sus ademanes. Uno podía representarse en la imaginación a muchos de sus contemporáneos, de chaqué, sombrero hongo y pantalones de fantasía; pero aunque don Carlos usara de estas prendas y de otras menos severas, quienes lo conocían de cerca o de lejos, siempre evocaban su imagen con el traje negro, correcto y colgante.

Fue un talento claro, rectilíneo y sin matices. En política, habiendo concebido y madurado un plan, se entregaba a su realización con fe de neófito y esperanzas de explorador. Empezó su vida pública en los momentos en que el prestigio de un gran político iniciaba en la república una transformación sustancial de ideas y de principios en la moral política y en los procedimientos administrativos. Calderón tomó esa corriente. Con él entró por ese rumbo parte florida de la juventud perteneciente a cierto partido político que en su mayoría desconfiaba de la predicación nueva y de los hombres que la encabezaban. En la vida pública de Calderón parecía prolongarse aquel concepto de melancolía expectativa que dominó su espíritu de adolescente, y acaso por eso fue hombre de grandes pasiones (...) en política. Sus adhesiones momentáneas o duraderas a ciertos hombres y a ciertas ideas tuvieron caracteres de culto esotérico. Sorprendía oírle hablar con fervor intransigente de las virtudes y el saber de hombres que a su espalda hacían mal recuerdo de sus hechos y de sus principios. Sus repugnancias desembocaban fácilmente en el odio. Sus aversiones personales hacen parte de la historia política de Colombia, entre 1886 y 1918. De joven aceptó como evangélicas las promesas del doctor Núñez, y tuvo por seguros los pronósticos de tan hábil político en los destinos de Colombia. Se entregó en cuerpo y alma al autor filosófico de la *Reforma política*. Creyó en él y en sus palabras con una firme convicción, y parece haberle sido leal hasta la muerte, que para Calderón y para otros jóvenes desprendidos del viejo tronco ideológico a que pertenecieron, fue causa de una sacudida emocional violenta y de una desorientación que duró algunos años. De otro lado, cultivó repugnancias que parecían orgánicas. A menudo se medía en la prensa y en la tribuna parlamentaria con Antonio José Restrepo, y el choque entre los dos entusiastas de otro tiempo por las mismas ideas tenía en la república repercusiones sísmicas. Eran oradores de diversas predilecciones. Calderón era ardiente, incisivo. Usaba de frases afiladas en un estilo vibrante y recio. Su adversario temperamental

se difundía en frases onduladas, de tendencia y formas que recordaban la novela picaresca, y tenía la sonrisa en el rostro, al paso que su contradictor no abandonaba el gesto de la más poderosa austeridad.

Cabe aquí tal vez hacer algunas observaciones sobre su estilo de prosista, porque, a más de hábil orador parlamentario, fue don Carlos periodista, en el sentido de que usó de la hoja periódica para sostener sus ideas y tratar de poner malsanas las de sus oponentes. Tuvo la frase válida y acerada de los grandes polemistas. Su estilo tenía reflejos de arma tajante cuando lo aplicaba a la lucha de principios; pero en su misma vehemencia iba su inherente flaqueza. Tener convicciones muy arraigadas no es siempre una garantía de fuerza en el razonamiento, ni de belleza en el estilo cuando se las defiende. Las convicciones impulsan, sostienen, fortalecen, pero también y a menudo abandonan a sus defensores en la hora más cargada de consecuencias. Las convicciones son un grande apoyo del polemista cuando su dueño las profesa desinteresadamente; en cuanto median consideraciones extrañas a su valor moral, o simplemente a su fuerza dialéctica, cesa su cooperación como elemento de lucha. Acaso en el parlamento o en las estradas de la justicia, en la plaza pública y aún en la cátedra universitaria, la emoción comunicada con el gesto pueda auxiliar a una convicción y actuar con la fuerza de un razonamiento; para el lector desprevenido, juzgador en frío de los méritos de la palabra escrita, la convicción ardiente infunde sospecha y contra ella se pone en guardia. Hay muchos géneros de interés en la convicción, y el ser interesada no impide siempre que sea sincera. Ni es el interés material e inmediato el único de que debemos desconfiar cuando se presenta aliado a la convicción. Los altos y nobles intereses morales también pueden, por su excesiva influencia sobre las facultades intelectivas, torcer el discurso y lastimar las formas de expresión. No niego que fascina todavía un Veuillot, con la casi milagrosa armonía entre el fervor de su pensamiento y la incomparable vehemencia de su estilo; pero fascinan más Montaigne, Renán, France, Addison, Bernard Shaw, Aldous Husley, en cuya contextura de frase y de pensamiento parece advertir el lector esta reserva mental: *Lo que usted está leyendo es tan cierto, que la opinión contraria es perfectamente sostenible.*

Más lució la inteligencia del señor Calderón en la tribuna parlamentaria que en la prensa, no obstante las cualidades de fuerza y de elasticidad que, como se ha dicho, tuvo su frase escrita. En la tribuna lucieron mejor sus dotes de polemista. Tuvo la palabra fácil, el sentido de la armonía en la frase hablada y una gran prontitud cerebral para sorprender

el lado vulnerable en el discurso de su adversario. Usaba del sarcasmo con eficacia, sin llegar a los matices más sutiles de la ironía.

Su labor política le creó grandes enemistades, que parecía cultivar con arrojo antes que desviar con prácticas especiosas. Parecía hecho para las grandes luchas, pero su contextura nerviosa fue inferior a su voluntad de ataque. Al volver a su hogar, después de los tormentosos encuentros en el parlamento, su organismo parecía agotarse súbitamente, y a veces sobrevenían crisis inquietantes.

Sirvió altos cargos en la República. Fue Ministro de Estado en varias ocasiones, y dirigió alguna misión diplomática; era Ministro de Hacienda en tiempos del señor Marroquín, cuando se negoció la prórroga con la compañía francesa para la construcción del canal de Panamá. El destino le hizo figurar en épocas demasiado agitadas, en años de prueba para las grandes inteligencias y las voluntades adamantinas. La historia de esos años está llena de tumbas donde se encierran grandes virtudes, claros talentos, cuyo ejercicio destruyó las armaduras corpóreas de hombres insignes.

Calderón fue una de esas víctimas. Perteneció a una familia cuyos miembros se distinguían por una apariencia de salud y fortaleza; pero era solo apariencia. Don Carlos sobrevivió a la mayor parte de sus hermanos, entre los cuales hubo inteligencias dedicadas con brillantez a la política, al estudio de ciencias económicas, disciplinas en que también hizo don Carlos figura distinguida, a la milicia, a la medicina y a los negocios. Fueron segados casi todos por la hoz inclemente cuando apenas entraban en la edad madura. De don Carlos puede afirmarse que la política, obrando sobre un organismo demasiado excitable, agotó sus resortes prematuramente.

Terminando el recuerdo que había de consagrar reglamentariamente a mi distinguido antecesor, voy a ocupar, señor director, por breves instantes la atención de la Academia y del auditorio que nos honra esta noche, con algunas consideraciones sobre el curso de las ideas y de las formas literarias en la época de la vida intelectual moderna en que está incrustada nuestra vida del espíritu. Voy a referirme a la fecunda y trascendental renovación de las ideas y las formas literarias que tuvo su origen en el último tercio del siglo XVIII y finalizó, según lo enseñan las historias de la literatura, a mediados del siglo XIX, pero que en rigor prolongó su existencia hasta mucho más tarde, no sin haber operado un cambio sustancial en el espíritu de las gentes. Ese movimiento fue desde sus comienzos una tentativa de emancipación, un acto de rebeldía inconsciente en algunos espíritus, premeditado y consciente en otros, una protesta contra la ideas y principios de que habían vivido hasta entonces las generaciones literarias.

Como se van a hacer en esta disertación consideraciones históricas acaso no esté fuera de lugar señalar antes el límite de la historia en este género de estudios. La biografía señorea en estos momentos una extensa comarca del mundo literario; los literatos de vastas ambiciones ponen sus ojos en las grandes figuras humanas o inhumanas del pasado, por un sentimiento de pudor. Disecar el alma de Fouché, de Metternich o de Casanova, es como estudiar anatomía en el esqueleto de gentes fallecidas hace mucho tiempo, o en las preparaciones en yeso ofrecidas por los especialistas mediante los progresos de la geometría descriptiva. Pero colocar en la mesa de disección a los Fouché, los Metternich y los aspirantes a Casanova de la hora presente, ocasionaría tales protestas del público decoroso. Para estudiar al género humano, dijo Pope, se debe tomar al hombre como objeto de tal estudio. En efecto, en tiempos de Livio y de Tácito se podía emprender ese estudio sobre los antepasados para rematarlo con los contemporáneos. En nuestros días, la común decencia obliga a los aficionados a esa clase de estudios a detenerse en las horas finales del siglo pasado. Al tratar de fechas más recientes se corre el peligro de lastimar el pudor de las gentes. En nuestros días, Pope hubiera dicho: *Para estudiar el género humano importa conformarnos con observar a nuestros antepasados.*

Entre los resultados plausibles del progreso señalados últimamente en los estudios psicológicos, debe contarse el anhelo que se ha desarrollado en el público lector por conocer minuciosamente las intimidades en la vida material de los grandes hombres y aún de los que no lo fueron en grado excepcional. Pero, como habrán visto quienes hayan recorrido con doble vista (la superficial y la trascendente) las biografías de más éxito en los últimos tiempos, no están entre las favorecidas por el público aquellas que se espacian con molesta prolijidad en el detalle mínimo y quieren decirnos lo que hizo su personaje en las horas útiles de cada día de su vida, sino las que reúnen una cierta cantidad de hechos externos para edificar sobre ellos la figura espiritual del héroe. Se esfuerzan también por señalar los nexos de su personaje con la vida promedial del momento y con el curso general de los sucesos, no sin observar si se acomodaron a ellos o si fue la su vida una reacción continua o intermitente contra el medio en que actuaron. El arte de la biografía, según se practica en estos momentos, sin descuidar los hechos de donde arranca naturalmente todo trabajo de este género, se esfuerza principalmente por vitalizar su personaje, representando en viva actuación las ideas de que fuera promovedor e intérprete.

La historia, la buena historia digna de atención y de fe, ha de ser, para provecho del lector y de los estudios históricos, la que sin descuidar los hechos pone a los hombres en el escenario de los hechos, o impulsándolos o creándolos (papel del genio y de los grandes conductores de hombres), o dejándose llevar por ellos con voluntad previsor. El hombre no obra como la máquina en cuya perfección se dice que trabajara Alberto Magno. Es su actividad material y espiritual el resultado de influencias externas, seguramente, pero también de su concepto general sobre la vida, de sus ideas y sentimientos, o de sus meros apetitos que, si predominan, hacen de él una criatura semejante a la bestia. Estimo que para el historiador debe tener más importancia el curso de las ideas que la sucesión de los hechos, sin descuidar desde luego actividades que influyen primordialmente sobre la vida espiritual del individuo. La revolución francesa, privada de su significado moral, quiero decir, de las ideas que le dieron vida y la sobrevivieron, no pasaría de ser un estallido de barbarie, una orgía de crímenes desprovistos de sentido, un eclipse total de la razón humana, y no han faltado moralistas e historiadores empeñados en representar con estos colores la transformación de 1789. Repito que los hechos tienen influencia fundamental en la vida real, y el historiador no debe ignorarlos, ni por afectada superioridad ni por negligencia; pero la historia que solo narra los hechos deforma la vida general de la humanidad, que no es regida por los acontecimientos sino por las ideas. Todavía es preciso no olvidar que los hechos primordiales de la historia son obra del hombre, y que para llevarlos a efecto el hombre obedeció a una idea o fue movida por ella. Si no es tal la relación entre los hombres, los hechos, la vida y la historia, el hombre es un autómatas; los hechos, coincidencias o casos fortuitos; la vida una comedia sin principio ni fin, y la historia el recuento de sucesos, sin el hilo conductor de una conciencia. La historia ilumina los hechos con la antorcha de las ideas; se desentiende de los que no tienen significado frente a los principios, a las ideas dominantes, a los sentimientos y aspiraciones generales, para presentar en construcciones firmes, de una noble belleza espiritual, el espectáculo de la vida completa y simultánea, de las relaciones entre el hombre y los acontecimientos decisivos de significado permanente.

En este orden de razonamiento llego a la conclusión de que, no obstante la preocupación y el ejemplo de muchos espíritus avanzados y prominentes del siglo pasado, la historia no es una obra científica sino una obra de arte. La investigación de los hechos, la fijación de datas, el escudriñamiento de incidentes dudosos, es trabajo de ciencia, sin duda,

en que la confrontación y análisis de los documentos ha de obedecer a principios rigurosos, como en las ciencias de observación; pero la narración escueta de los sucesos y su fijación precisa en el tiempo y en el espacio no es la historia toda. A más del espacio y del tiempo hay una dimensión suplementaria, que es la esfera de las ideas, y la proyección de los hombres y los sucesos sobre su límpida y serena superficie es lo que constituye la historia. Desde el acceso al trono de Federico II hasta la muerte, digo la abdicación, de su remoto heredero Guillermo del mismo número, giraron alrededor de Prusia y de Austria multitud de reinos, principados y ducados más o menos independientes, conocidos en el plano de las generalizaciones con el nombre vago y cómodo de Alemania. Los acontecimientos triviales o de trascendencia en la historia de esos pueblos no cabían sino en la memoria de cronistas especiales o de aficionados a las genealogías de soberanos, o en los recuerdos vagos de gentes dadas a la importante ciencia de la heráldica. Los historiadores de esa época acaso relataban sucesos relacionados con la vida de aquellos soberanos a medias. Pero así como van pasando los días, nombres y hechos de aquellas comarcas van desapareciendo de los anales históricos. El gran Federico, con todas sus miserias y pequeñeces, vive en la historia, porque representa las ideas de su tiempo, la preocupación por las cosas del espíritu; su postrer sucesor es conocido de sus contemporáneos por la guerra en que tomó parte conspicua, y de esta guerra habrá testimonio en la historia porque plantó un hito de trascendental importancia en la transformación de las ideas por que ha de regirse el mundo.

En el lapso limitado en la historia por estos hombres, los sucesos históricos de que Alemania fue teatro son de menos importancia que las ideas de que fuera cuna. El hombre que no se dedique especialmente a los estudios históricos puede ignorar aquellos sucesos. Sin embargo, no le es dado ignorar a nadie lo que pasaba en esas comarcas, en aquel tiempo, en los reinos del espíritu. Allí cambiaba de aspecto el mundo intelectual y se transformaba el criterio de las gentes. Se puede ignorar quiénes eran los soberanos de las diversas comarcas semiindependientes en que estaba dividida la Alemania de mediados del siglo XVIII, hasta el año 70 del pasado; pero a nadie que tenga interés en el conocimiento de las vicisitudes del espíritu humano, le está permitido ignorar o desconocer el significado universal de nombres como Herder, Hamann, Lessing, Kant, Goethe, Schiller, Jean Paul, Heine, los Schelegel, Mörike, Lasalle, Wagner, Mommsen, Nietzsche. Cuando se evocan estos nombres, o tan solo dos o tres de ellos, Alemania deja de ser una fórmula mnémónica, y su historia

se ilumina con el esplendor de las ideas y de la vida espiritual más intensa. Se puede, repito, ignorar en absoluto la historia de los pequeños estados en que estaba dividida Alemania desde Federico hasta Bismarck, y desde la unidad alemana hasta hoy; pero si se conoce la obra de los poetas, dramaturgos, críticos, novelistas y filósofos mencionados, se conoce la historia de Alemania como en una revelación portentosa, hecha por espíritus selectos, sobre los más variados y recónditos aspectos de la vida espiritual del hombre.

La historia es obra representativa y por lo tanto es y debe ser obra de arte. No niego los méritos de la investigación científica en el campo de la historia; sobre esa investigación se han edificado los más bellos monumentos del arte en este género tres veces difícil entre los géneros literarios. Entre la obra de arte histórica y la investigación que le sirve de base, corre la misma diferencia que entre la anatomía y la escultura estatuaría. El escultor ha de conocer a fondo, científicamente, la anatomía del cuerpo humano, más no por eso su obra se ha de considerar como trabajo netamente científico. En las formas humanas representadas en el mármol ha de transparentarse un espíritu, ha de haber símbolos de emoción y de sentimientos expresados en las actitudes y gestos de la estatua. Además, con su voluntad o involuntariamente, el artista deja en su obra.

Vers, marbre, onyx, émail,

Una parte, la más efusiva y encantadora de su espíritu. También la historia ha de trasladar a sus páginas el alma de los tiempos descritos, reflejada en las ideas dominantes, en los principios universalmente seguidos, en las preocupaciones aceptadas o puestas en tela de juicio o abiertamente vilipendiadas por los contemporáneos. Y no obstante los vivos esfuerzos del historiador artista por desempeñar su obra con grande y meditada imparcialidad, entre líneas quedará reflejada su sensibilidad, y en las alternativas del estilo la marea de sus emociones.

En el cuadro histórico de las ideas apenas hay época, por la riqueza de sugerencias y de enseñanzas, comparable a aquella de que nos hablan las crónicas del pensamiento como iniciada en los mediados del siglo XVIII y terminada en el año de 1848.

Para el común de las gentes no iniciadas en la vida de las ideas literarias, el movimiento a que estoy refiriéndome culmina en Víctor Hugo

y está como si dijéramos simbolizado en su persona y formulado en cierta parte de su producción como novelista y poeta. Sin embargo, a pesar de su capacidad creadora extraordinaria, de su fantasía deslumbradora sin dejar de ser humana, de su potencia verbal avasalladora y rutilante, de su ilimitada habilidad en la acuñación de metáforas originales y a veces desconcertantes, en materia de ideas puede afirmarse que Hugo no aportó nada nuevo a la literatura de su tiempo. Se puede escribir la historia de ese movimiento inigualado en la evolución de las letras humanas y conocido con el nombre de romanticismo, sin dedicarle capítulo especial y análisis minucioso a la obra de Víctor Hugo. Esto no se dice con el objeto de disminuir en lo más mínimo los méritos de la obra del poeta. Se le parecen Swinburne y Carducci, que desempeñaron gran papel en las letras de Inglaterra y de Italia; y se puede escribir la historia del romanticismo en estos dos países sin mencionar a Swinburne, que fue un romántico tardío y una personalidad literaria insigne y tumultuosa, y sin mencionar a Carducci, que siendo un romántico sin saberlo, y usando de todos los procedimientos románticos para denunciar y proscribir ese ciclo de la literatura universal, llenó con su nombre, con sus sabrosas controversias, con su poesía multánime, llena de vida, de armonías, de estrépito de cataratas y de suaves notas emocionales, medio siglo de la vida intelectual italiana.

En verdad se puede escribir la historia del romanticismo sin mencionar el nombre de Víctor Hugo, sin hacer la historia de su vida o el análisis de su obra poética; pero no podría llevarse a cabo la empresa de señalar las corrientes literarias que confluyeron en el movimiento no poco estrepitoso de 1830, conocido con el nombre de romanticismo francés, sin exponer menudamente las ideas y las formas que la civilización toda de occidente le debe a Rousseau, por una parte, y a Goethe por la otra. El curioso y despreocupado lector de ambos autores, extraño a las sutilezas del análisis literario, se entretiene con la variedad de los aspectos que surgen de la lectura superficial de libros como la *Eloísa*, las *Confesiones*, el *Werther*, la *Ifigenia en Tauris*, y se pregunta si no hay en eso una abundancia casi desconcertante de contradicciones en la moral y en la filosofía, en la conducta y en la doctrina, aún en las formas y en las ideas. Un hombre que lleva a sus hijos a la inclusa, escribe tratados sobre la educación de los hijos, habla acerca de las excelencias de la amistad y del amor desinteresados, se liga de amistad con su benefactora, cambia esa relación por otra más íntima, aunque menos ideal, con la misma persona, y más tarde se olvida lánguidamente de su amiga, protectora y compañera, sin la

más leve sombra de remordimiento. Pero ese hombre contradictorio, débil, enfermo de la manía de las persecuciones, llena tres siglos con su nombre, al par que sus obras, como un dulce filtro, penetran las regiones más sensibles del cerebro humano y modifican el rumbo del espíritu en partes fundamentales de su curso. De contradicciones también está llena la vida de Goethe, larga y fructuosa, complaciente consigo misma y abundante en enseñanzas para la posteridad. Goethe es apolíneo y dionisiaco, en lo cual realiza la suprema aspiración de la vida como obra de arte. Sintió y comunicó la dulce emoción del equilibrio de todas las potencias del alma, pero llegó por momentos a sentir la embriaguez de los entusiasmos sublimes; es burócrata hasta el servilismo, y a un mismo tiempo se da aires de dominador en las altas regiones del espíritu; tiene proclividades de aristócrata a pesar de su origen humilde, y se casa con el ama de llaves, después de haber recorrido la gama de las altas familias en sus relaciones más o menos equívocas; escribe el *Werther*, que es el catecismo de la pasión irrefrenable, y sirve de modelo en Europa a toda una rama de la cepa romántica, y luego crea la *Ifigenia* para afianzar sus nociones acerca de las formas clásicas; es patriota de acción y sentimientos, y cosmopolita de ideas, y anhela el entendimiento de todas las naciones europeas, cuyas diversas maneras de sentir y de expresarse abarca su hospitalaria inteligencia.

Las mismas contradicciones pueden apreciarse en la vida de Víctor Hugo, que moró (sin abarcarlos) dentro de varios horizontes, y cambió complacientemente de constelaciones políticas; fue monarquista y republicano, liberal y bonapartista, republicano moderado y socialista a su manera. Fue clásico y se le puede llamar romántico. Definió estos conceptos, diciendo que lo clásico era Versalles y lo románico la floresta virgen. Cantaban las excelencias de la vida doméstica, y habitaba un hogar silvestre, desde donde miraba rechinando los dientes lo que pasaba en el que había sido suyo. La diferencia de estas contradicciones del genio (Víctor Hugo lo era) consigo mismo es que en Rousseau y en Goethe las antítesis eran vitales, extrañas a las circunstancias personales y como impuestas en el curso alterno de la existencia, al paso que en Víctor Hugo la inestabilidad parece cosa, aunque sincera, netamente individual.

Con Rousseau y con Goethe nace la literatura moderna. De ellos arranca el movimiento impropio y vagamente denominado romántico. A la muerte de Víctor Hugo esa nueva forma de expresión del espíritu humano había soportado varias reacciones, pero no había desaparecido, acaso no pueda desaparecer, porque tuvo su origen en necesidades del espíritu

humano, en anhelos de expresión hasta entonces insatisfechos, y en otras características que explicaré más adelante. Los enemigos del romanticismo en los últimos años tienen todos un rasgo común: son enemigos confesos de los regímenes de la libertad: Lasserre, Daudet, Maurras, Reynaud.

En opinión de algunos de estos contradictores, el romanticismo desvió de su curso natural al espíritu humano. Explican el fenómeno literario como una perversión de la inteligencia. Otros usan la palabra inversión dando a entender que la naturaleza humana sigue, por causa de la enseñanza romántica y de la infección de esas doctrinas en el curso de más de un siglo, vías enteramente contrarias a los postulados de la inteligencia. Todos están de acuerdo en que verdaderamente la especie humana, la inteligencia, la sensibilidad, la manera de entender la vida y de apreciar al hombre, sufrieron una transformación esencial que, por ser de esencia, no desaparecerá jamás. El mundo continuará siendo romántico, así como seguirá siendo cristiano, como tiene todavía en variadas formas la credulidad agüeros y ritos de conformación y origen incontestablemente paganos.

Es curioso recordar algunas definiciones del romanticismo y algunos de los agravios con que sus detractores han querido anonadarlo. Thiers dijo que *el romanticismo es la comuna*. Maurras le llama *una enfermedad de la mente francesa*, y, por desgracia, se podría añadir incurable y terriblemente contagiosa. Lasserre es más franco y poco medido en el lenguaje: *corrupción integral de las partes elevadas de la naturaleza* llama sin atenuaciones al romanticismo. Lemaitre cayó en la cuenta, unos años antes que los nacionalistas franceses, de que *el romanticismo lo había alimentado de mentiras*. Sería permitido apuntarle que la dieta parece indicada para llegar a escribir un francés adorable. Es casi prohibido citar a León Daudet; pero su propio caso de romanticismo tardío les presta autoridad a sus palabras, que son estas, entre otras muchas: *Del cerebro de los escritores románticos, la anarquía baja a la calle*. Opinión que carece de originalidad, porque igual cosa se dijo de los modernistas, de los simbolistas, del impresionismo y sus adeptos, de los futuristas y partidarios del verso libre. Un señor Seillière ha dado con los orígenes históricos, científicos y patológicos del imperialismo en sus navegaciones a lo largo de las corrientes literarias. Este es su famoso descubrimiento en tres palabras: *Egoísmo patológico, misticismo conquistador de formas variadas, veleidades y, sobre todo terminologías racionales, tal nos parece ser la triple raíz de la moral romántica que es la del imperialismo instintivo e irracional*.

He tratado de conservar el estilo, que no es seguramente el de los románticos mejores, como Rousseau, Chateaubriand, Michelet, Girardin. Llegar a los orígenes del imperialismo, siguiendo hacia arriba las aguas de la corriente romántica, es algo más que una inspiración, es el principio de una intrincada epopeya. Un abate moderno, de nombre Lecigne, la emprende con más calor que los laicos contra la abominable escuela romántica, y dice: *Ha corrompido hasta las medulas la generación de ayer, está en vía (¡1910!) de gangrenar los espíritus y los corazones, que son la reserva del porvenir.* Debe de haber reservas para el pasado en una mente que se le concede tan sorprendente y maligna actividad al romanticismo en 1910. De seguro, la literatura de principios del siglo no había devastado las energías del pueblo, que soportó con resignación y coraje insuperable las pruebas a que lo sometiera una política de fuerzas elementales en 1914. Conforme con las ideas populares, ese autor abomina de Víctor Hugo, a quien tiene por jefe y símbolo del romanticismo. Otro historiador de la literatura, el padre Longhayé, llama *charlatán solemne e ingenuo* al autor de los *Cuatro vientos del espíritu* y descubre que *ha carecido siempre del sentido de lo ridículo.* Por último, Cocteau, en una graciosa paradoja, dice su admiración de poeta moderno ante la personalidad formidable y por su tamaño incoercible de Víctor Hugo. *Víctor Hugo, insinúa Cocteau, era un loco que se imaginaba que era Víctor Hugo.*

He tomado al azar, de un curioso libro de Maurice Sourian, algunas de las anteriores opiniones sobre el significado literario, filosófico y moral del romanticismo, pero no las he agotado.

Voy a señalar el concepto vago, multiforme y descocido que la masa popular de los iletrados alimenta acerca del romanticismo. Diciendo iletrados no me refiero solamente a las gentes desprovistas de conocimientos elementales: quiero señalar con este término a una multitud de individuos aparentemente bien educados, cuyo caudal de ideas generales y de nociones acerca de la vida y la historia de la lectura de diarios y novelas, de las conversaciones oídas en el club y de las noticias suministradas por el radio.

Las nociones populares acerca del romanticismo no son menos variadas que las de los hombres de letras, pero un tanto contradictorias. La joven lánguida de mirada desierta, mejillas sin color, cabellera suelta y descuidada, era la joven romántica de hace setenta años. Mesonero Romanos dio en una viñeta superficial, no exenta de gracia madrileña, la gracia madrileña usual del año 30, un boceto en escorzo violento de lo que en España tomaban por romanticismo los literatos reducidos a un

común denominador. El romántico era un sujeto vestido de negro, pálido, ojeroso, que no usaban guantes, ni reloj, ni palabras corrientes; comía poco, leía mucho, hacía versos tétricos y, como don Quijote, tomaba a las criadas gallegas por princesas encantadas.

En otras regiones de la inteligencia popular es romántico el hombre aficionado a la exageración, de discurso abundante en superlativos, de cuerpo musculoso, voz estentórea y convicciones de torero; imagen falsa que se contrapone a otra también romántica, del tipo que habla en voz baja, mide sus palabras, en busca de las menos inteligibles, y lee filósofos de nombres inverosímiles. Es romántico el hombre que sueña con proyectos financieros complicados o fabulosos, para hacer ricos a los representantes de toda una generación, y lo es también, por anticuado y meticuloso y enemigo del progreso, el que guarda su dinero bajo llaves y no cree en la Bolsa, ni en los bancos, ni en el presidente Roosevelt.

En Europa se valieron del trópico para definir los aspectos más superficiales y ruidosos del romanticismo. No faltaban razones. La novela de Saint-Pierre, uno de los modelos o diagramas de ese género literario en las nuevas tendencias, pasaba en el trópico. Chateaubriand no llegó al trópico, pero, necesitando de un paisaje exótico, buscó el escenario de sus novelas en la inverosimilitud de la joven América. Hizo viaje a oriente para recibir la influencia más cercana del trópico, y allá fue Lamartine con los mismos anhelos literarios; Lamartine, que escogió para su novela más sentimental el sur de Italia, paisaje de zona tórrida, como ningún otro, en los días y en las noches que caen bajo la influencia del Can Mayor. Byron es el trópico, aunque no lo conociera en su plenitud opresiva y adormecedora del valle del Magdalena o de las bocas del Orinoco. En Byron aprendieron nuestros poetas americanos de mediados del siglo a descubrir el trópico. Y en Wordsworth, ¿quién lo creyera? La descripción de la floresta sobrepasa en las cualidades de expresión, abundancia y retórica pomposa, a cuanto se ha convenido en hacer figurar como cualidades esenciales de la sensibilidad tropical. Gregorio Gutiérrez González fue romántico, traductor de Víctor Hugo y hombre del trópico. Su *Memoria sobre el cultivo del maíz* es de color y sabor virgilianos, en comparación con las exhalaciones de alma de tantos poetas románticos nacidos en la zona templada.

Las inteligencias del trópico, los escritores de estas latitudes, se empeñan y se han empeñado siempre en propagar la falsa opinión prevaleciente sobre las cualidades de la literatura tropical. Hemos querido ignorar en la zona del sol, que poetas excesivos, prosadores pomposos,

escritores incapaces de circunscribirse dentro de los límites de la realidad, los hay en todas las latitudes del planeta, para contento de imaginaciones inquietas. Y los escritores del trópico, lejos de rectificar tales conceptos, se empeñan en usar la palabra con el significado ingrato, desdeñoso, de que la han cargado los habitantes de otras comarcas que apenas nos conocen de nombre. Ya en el sur de América la palabra *tropical* es usada en sentido burlesco, amargo o de señalado vituperio, y en términos de estética el vocablo representa la escala más baja de los valores literarios. No importa que Byron, Chateaubriand, Lamartine, Wordsworth, Musset, Gautier, Víctor Hugo, el mismo Baudelaire, hayan sido tropicales en sus formas literarias: se puede admirarlos sin reserva y sin perder el derecho de vituperar las mismas formas, cuando aparecen en hombres del trópico. Sin contar con que la reacción contra las formas excesivas en la expresión del sentimiento es tan americana como europea: Gutiérrez Nájera y Silva, en su calidad de precursores de un movimiento, se caracterizan por su aversión a los excesos de forma y por la atención desvelada con que se observan a sí mismos en el uso de los vocablos y en la composición de las metáforas.

Hemos visto lo que no es la revolución de los espíritus originada en la Europa prerrevolucionaria del siglo XVIII; veamos si es posible circunscribir el significado de esa renovación literaria, señalando algunos de sus caracteres específicos. Pero antes de fijarlo en su carácter psicológico, importa fijarle su puesto en el tiempo y en el espacio. Ya se ha hecho alusión al error consistente en tomar las estrepitosas manifestaciones de 1830 en Francia por el nacimiento de la renovación romántica. Esta corriente surgió como copioso manantial en los días en que Rousseau, Diderot, Voltaire, D'Alembert, Herder, Lessing y otros invertían con sus obras el significado de los valores morales y estéticos de que se alimentaba la Europa clásica y absolutista; pero de todos esos hombres, el que traía en su espíritu los gérmenes más virulentos de renovación fue Juan Jacobo, no tanto por sus ideas, sino por la forma de su sensibilidad. Estaba constituido de tal modo, que la naturaleza, principalmente, y los hombres en menor grado, le impresionaban de manera enfermiza. Era, en efecto, una naturaleza de carácter morbozo, un hombre enfermo de sensibilidad. Los especialistas de nuestros días han estudiado las obras y la biografía del pastor saboyano para fundar sobre ellas la teoría de que el desventurado autor de las *Confesiones* era víctima de un delirio marcado de las persecuciones. El sentimiento moderno de la naturaleza, la aptitud del espíritu humano para difundirse en el paisaje y comunicarle vida emocional, aparece con caracteres

definidos e inteligibles para el mayor número en los libros de Rousseau, marcadamente en sus *Confesiones* y en las *Fantasías de un solitario paseante*. Es preciso insistir en esta singularidad del grande hombre, porque ninguna de sus actitudes y aptitudes espirituales ejerció tan señalado influjo en el arte de la posteridad como ese rasgo de su inteligencia. No solamente la literatura vio abrirse nuevos horizontes en los dominios de la fantasía y de las sensaciones, sino que, a un mismo tiempo, la pintura y la música, la estatuaría misma, se enriquecieron en grande escala. El árbol, las nubes, el torrente, la montaña, parece que hubiera recibido vitalidad propia, valor estético desconocido hasta entonces.

De iguales sentimientos, aunque expresados en estilo de más enfrenada sensibilidad, están compuestas las obras de Goethe, escritas en la misma época y publicadas antes que aparecieran las *Confesiones* y las *Fantasías*.

El *Werther* parece hoy una cosa natural y tal vez demasiado ingenua. Importa no olvidar, para juzgarlo, que hasta entonces no se escribían novelas en esa forma. El *Werther* representa una innovación abrupta en el arte de la narración. En este libro Goethe y en sus viajes a Suiza, asoma en la literatura alemana el sentimiento moderno de la naturaleza. Hay en la novela la tendencia a armonizar los aspectos del mundo de las formas con el estado de espíritu de los personajes, y en el libro de viajes la naturaleza ofrece el caudal de sus formas para que el peregrino abstraiga de ellas las vicisitudes de su alma.

El descubrimiento de la personalidad humana y su análisis en la novela, en la poesía, en el drama, es otro, y seguramente no el menor de los aportes de la renovación que estudiamos. Dicho así, en forma tan sencilla, suscita este concepto la duda o la sonrisa de los no iniciados. ¡Descubrir al individuo los románticos, después de haber sido escritas las comedias de Molière, los dramas de Corneille, toda la obra de los dramaturgos españoles, las tragedias y comedias de Shakespeare! Los románticos se volvieron hacia Shakespeare y Calderón, en donde hallaron algo de la manera en que ellos querían representar la personalidad humana; pero la diferencia sustancial entre los clásicos y los románticos, según la ha cifrado un crítico inglés de nuestros días, es que los unos delineaban tipos y los otros describían caracteres. La antigüedad conocía hombres. La literatura y el arte del renacimiento descubrieron al hombre; los novelistas y poetas de la edad moderna descubrieron el yo, una entidad odiosa para los literatos y pensadores del siglo XVII. Los románticos, ya se ha visto cómo y con qué objeto, descubrieron la naturaleza. La reacción contra el movimiento

romántico, dirigida por los impasibles parnasianos y por los impersonales naturalistas en época posterior, trae en su seno el virus romántico que hacía posible sentir la naturaleza con nervios de hombre moderno. El parnasiano pretende suprimir la emoción y no logra siquiera esconderla; por fortuna, pues la literatura privada de emociones es como el álgebra privada de sus signos.

Los románticos, luchando por las prerrogativas de la personalidad y por el derecho del yo a presentarse en las obras de imaginación, crearon un movimiento de reacción contra los cánones literarios en boga hasta esos momentos. De aquí nació la actitud de rebeldía contra el principio de autoridad en todas sus formas, rebeldía que hizo parte de las iniciativas románticas en Alemania, en Francia, en Inglaterra, en España, en los países escandinavos, en Rusia y en América. El suceso político de mayor trascendencia en la historia humana de tres siglos, la independencia de las colonias españolas de América, fue uno de los lejanos contragolpes de la sacudida romántica en Europa.

Un renacimiento del sentido de lo maravilloso es otra de las características del romanticismo. El hombre de ideas y de aspiraciones extrañas a las llanezas de la vida diaria pretendió sondear espacios de su propia naturaleza en que residía el sentido de lo maravilloso, y volver al mismo tiempo la mirada hacia regiones inexploradas hasta entonces por la literatura.

Para sorprender los variados aspectos de la naturaleza y para describir la intensa vida interior propia, o de sus personajes, los hombres de la renovación literaria del 700 habían menester rebelarse contra la retórica de su siglo, según la cual era prohibido servirse de los términos demasiado concretos. Lo clásico venía siendo lo impreciso.

Del desconocimiento de las reglas y de los principios sustentados por la retórica del pasado, emana la voluntad de modelar nuevas formas. No solamente el romanticismo rompió con las ideas antiguas y quiso reemplazarlas con nuevas maneras de entender el arte y la vida, sino también con las formas. Se enriqueció la métrica. Mudose el aspecto de la prosa. Los poetas descubrieron armonías nuevas, descoyuntaron los antiguos modelos y trataron de acordar las medidas del verso con las emociones por él expresadas.

El hombre anterior a los románticos franceses de la primera época, y los literatos alemanes del período denominado de la *Ilustración*, confiaban en la razón exclusivamente para afrontar la solución de todos los problemas vitales. El hombre era un ente de razón, y a la facultad predominante de

la mente humana se había de apelar para explicar la propia vida, para crear la obra de arte, para enfrentar o suprimir las tendencias a explicar en símbolos algo de lo suprasensible. El romanticismo creó la nueva tendencia a reemplazar en parte la razón y a dar en las artes a la sensibilidad y a la imaginación preponderancia sobre las facultades razonadoras. De Rousseau a Jorge Sand, *persona sensible* era el mejor elogio que pudiera hacer del ente social.

De este fervoroso tumulto de las mentes en la provincia de la poesía y del arte nacieron nuevas ideas políticas sobre ciencia constitucional, se hizo más noble el patriotismo, surgió con nueva luz el principio de las nacionalidades. En la historia se crearon nuevos métodos, y la vida del pueblo, de las clases medias, empezó a ganar importancia como factor de las transformaciones en la vida del estado. La vida de los reyes y las intrigas de las cortes dejaron de ser el centro de la historia. Un precioso libro acerca de la historia de Inglaterra, por Green, sorprendió a las gentes con el título atrevido, todavía en 1874, de *Historia del pueblo inglés*. Investigando las literaturas antiguas, tratando de buscar en la edad media, en las crónicas del mundo gótico, en el simbolismo cristiano, en Shakespeare, en los dramaturgos españoles, en los poemas y leyendas de la más remota antigüedad, temas para sus narraciones, imágenes olvidadas y rasgos ingenuos de poesía verdaderamente popular, los románticos crearon el interés por el estudio de las lenguas y literaturas extranjeras. De sus anhelos de conocimiento y de expansión del espíritu brotó, como una ciencia nueva llena de encantos, de sorpresas y de esperanzas, la filología comparada, a quien deben servicios y datos valiosísimos la sicología de los pueblos, la historia y la antropología.

Esta curiosidad insaciable y desvelada de los románticos no dejó de atraerles enemigos y suscitar pedregosas resistencias. La introducción de la ideología cristiana y de los símbolos y dogmas de la religión en el acervo de la poesía y la elocuencia, suscitó rebeldías de paganos impenitentes y de libres pensadores que con tal actitud empezaban a dejar de serlo. Manzini, en Italia, fue de los primeros en dar el ejemplo de introducir en la poesía los símbolos de la fe cristiana, y aunque tuvo tantos impugnadores como secuaces, sus grandes talentos, como su sinceridad de artista, el celo del escritor descontento de sí mismo, sobreviven en algunas de sus obras poéticas y en una de las novelas más apasionantes y más humanas de la moderna literatura.

También fue materia grave y un tanto superfluas controversias la introducción del lenguaje popular en la alta poesía y en la prosa de nobles

pretensiones. La disputa no llegó a su término entre los doctos; pero, mientras ellos debatían el en apariencia complicado tema, el lenguaje popular, rico, fecundo, ya maduro, subió a las dignidades de la retórica, y hoy no se hace diferencia entre el lenguaje popular y el otro, sino entre el uso apropiado de los vocablos para la claridad del pensamiento y la pedantería de los que buscan en los diccionarios palabras sin valor ninguno en la mente de los lectores.

Sería interminable si pretendiera describir todas las ramificaciones de la escuela romántica, todas sus virtudes y vicios. Este incomparable movimiento de los espíritus asumió formas distintas en las varias naciones, de acuerdo con los caracteres del tipo dominante y según el momento histórico en que empezó a desenvolverse. En Alemania fue principalmente de reacción contra el espíritu de *Ilustración*, contra Herder, Lessing, Hamann; contra Schiller, cuya obra de juventud fue de un vivo y despreocupado carácter romántico; contra Goethe, en cuya larga vida hubo espacio para darle impulso fundamental al romanticismo, dirigir más tarde la reacción neoclásica y crear el estado de espíritu que los filósofos del día han bautizado con el nombre de fáustico. Herder fue el Rousseau de los alemanes, alma absorbida por una curiosidad insaciable y servida por una de las inteligencias más perspicaces. Su curiosidad y su talento de investigador les ofrecieron a los nuevos poetas de Alemania un inagotable caudal de inspiración en las colecciones de cantos populares, recogidas en los pueblos de Europa. Fue un talento de vasta capacidad generalizadora, y como se había apoderado de todo el saber de su siglo, diseñó una historia de las ideas del género humano, para compendiar los sentimientos humanitarios y cosmopolitas de que estaba imbuido y que hallaron eco en sus contemporáneos. Goethe y Schiller siguieron sus consejos. Las nuevas generaciones de poetas buscaban en sus libros inspiración y rumbos. Fue, como Rousseau, un atormentado por las vicisitudes de la vida, y era en el fondo un espíritu bondadoso, a quien las contrariedades y peripecias personales y la malignidad de los tiempos le habían amargado el carácter. Rompía con sus amigos súbitamente y sin causa plausible, variaba de residencia muy a menudo y sin motivos; careció de fortaleza contra los embates de la fortuna y, como Rousseau, se creyó un perseguido. En algo fundamental no se pareció a su contemporáneo de Ginebra. Fue grande escritor en prosa, pero su claro, sabio y mesurado estilo careció de las virtudes comunicativas, del prestigio diabólico y la dulzura penetrante de Juan Jacobo. Si Rousseau fue el poeta en prosa de una nueva sensibilidad, Herder fue su filósofo. Es suyo este consejo: *Menos adjetivos; cultivemos el verbo.*

En un breve discurso no hay espacio para citar obras y hacer la sicología de los autores que caracterizaron una época tan rica de ideas, tan llena de sucesos en los dominios del espíritu, tan asombrosa por las creaciones de la fantasía. Antes de terminar, quiero repetir cómo el movimiento francés de 1830, a pesar de su valor pintoresco y de las obras maestras a que dio origen en la novela, el drama, la poesía, la crítica, no puede considerarse como el momento característico de aquella transformación histórica en la perspectiva de las letras humanas. El primer impulso consciente de esa tendencia provino de Alemania. Importa insistir en la palabra consciente, porque los hombres que en Francia preparaban la renovación de las ideas en todas las actividades de la vida, acaso no pensaron en la dilatada influencia que su acción iba a tener en la literatura. Rousseau seguramente no tuvo ni sospecha de lo que iba a significar su obra en la evolución de los géneros literarios.

A principios del siglo pasado, cuando en Alemania estaba en su apogeo la agitación romántica, empezaba a determinarse en Francia el movimiento, mediante la predicación de la señora Staël, su mensajera por su propia iniciativa de los literatos alemanes. En ese momento, sea influidos por la predicación de la hija de Necker, sea porque hubiese llegado la plenitud de los tiempos, se inició en Francia una renovación literaria y surgieron talentos de primer orden. De entonces datan las primeras obras de Chateaubriand. A esa época pertenece la formación intelectual de Stendhal, de Benjamín Constant, de Senancour.

La epopeya napoleónica y la restauración de los Borbones obraron como un freno para la agitación romántica, sospechosa por sus amagos de liberación, aunque no fuera sino en las esferas de las formas literarias. Dos hombres que en la historia del pensamiento humano pueden compararse a Voltaire y a Rousseau, como se comparan en matemáticas las cantidades con sus inversas, provocaron la reacción, la dirigieron con grande inteligencia y acaso hubieran ahogado el movimiento, si en materia de renovación ideológica eso fuera posible. José de Maestre y el vizconde de Bonald, polemistas valerosos, razonadores que pretendieron hacer plausible el absurdo, no pudieron, con todo su talento, ahogar los anhelos de libertad que apuntaban en todas las formas de vida y muy señaladamente en política y en literatura; pero lograron, ayudados de los gobiernos, disminuir la velocidad del movimiento, que en 1830 volvió a recobrar la velocidad inicial. Este es el significado preciso de aquellas jornadas inolvidables.

Por ser Francia en aquellos días el centro de la vida espiritual del mundo y la maestra reconocida de las gentes, la presentación de *Hernani* sirvió de vehículo a las ideas de la nueva escuela, que se difundieron a los cuatro vientos. El mundo recibió de Francia el nuevo mensaje; pero, en efecto, cuando estalló el movimiento de 1830 ya había fallecido Byron, había muerto Lermontov, se había publicado la famosa novela de Manzini, con el título de *Los novios*, y eran ya historia antigua el *Werther* y la estupenda superchería de Macpherson, que le hizo creer a Europa en los poemas de Ossian.

Desde entonces, el romanticismo vive como una manera recóndita de ser en el espíritu humano. Ha sido violentamente combatido, vilipendiado por historiadores superficiales, desconocido, enterrado vivo, objeto de reacciones apasionadas, de estudios minuciosos y profundos, sin que el ataque, la alabanza, la burla o el aparente desdén hayan logrado desvirtuar su naturaleza. Sobrevive a las catástrofes materiales y asiste a las luchas tremendas de la inteligencia, sin cambiar su rumbo ni menoscabar sus precedentes. Todavía tiene impugnadores temerarios al lado de tímidos defensores. Quiénes lo tachan de haber pervertido no solamente la razón, sino los sentimientos humanos; para otros no es una perversión sino una reversión del instinto hacia períodos tenebrosos de la civilización; en rigor, se le podría definir diciendo que es una conversión, como se dice en habla de soldados, un giro hacia regiones menos conocidas del espíritu y de la sensibilidad.

Una prueba indestructible de su carácter profundamente humano y de que tiene hondas raíces en la organización intelectual del hombre, es que sus conquistas permanecen, y que, al través de los años, su visión del mundo todavía forma parte de nuestras adquisiciones mentales. La innovación parnasiana, el materialismo zolaico, el sicologismo de Bourget y de sus lánguidos secuaces, el verismo italiano, el expresionismo, el futurismo, llegan, alzan polémicas, crean cenáculos, educan comparsas, provocan censuras y pasan como las flores, o duran como las estatuas, pero no modifican la conciencia humana. Es más todavía: los jefes de las nuevas escuelas no pueden desprenderse de la herencia romántica. Zola pretende hacer obra de ciencia en sus trabajos de imaginación, y por debajo de la estructura aparentemente realista de sus novelas, en el estilo jadeante y trémulo, se perciben las deficiencias de la escuela romántica. Barrès parodia el romanticismo alemán en su *Cultura del yo*; Carducci quiere ser pagano en su obra, volver al concepto sereno de la vida, que se atribuye a los autores clásicos, y en las partes más bellas de su obra surge el

apasionado romántico en himnos a la libertad de la conciencia humana, y en frescos idilios campesinos en que la naturaleza se personifica, como en las obras de los grandes próceres de 1830. *La gigante* y *El caballo muerto* de Baudelaire, reaccionario tenaz y convencido contra el espíritu de sus antecesores, no se habrían escrito a no haber existido antes la temeraria innovación de los románticos. Solamente **que** Baudelaire es romántico invertido.

Durante la guerra de 1914, los soldados, en su vida de cavernícolas, los estados mayores, la prensa de cien ojos y de muchas lenguas, inventaron eufemismos para consolarse a sí mismos y para consolar a las gentes de su penosa y lamentable situación, no sin ocultar a medias la malignidad de los tiempos. Un general atacado en sus posiciones de, improvviso, por fuerzas mayores y obligado a abandonarlas con alguna precipitación después de recio combate, se consolaba de su desventura informando al estado mayor que, como resultado del combate, había perdido contacto con el enemigo. Me viene a la memoria el útil eufemismo de una época luctuosa, para prevenir a las nuevas generaciones literarias contra la creencia errónea y aparentemente muy arraigada en ellas, de que han perdido contacto con el romanticismo.

El romanticismo forma ya una parte del espíritu humano. Si se pudiera estudiar el cerebro del hombre, como se analizan las diversas capas de un corte geológico, el observador distinguiría tres marcadas estratificaciones en la masa encefálica del hombre moderno: la región del hombre de la naturaleza, del pagano que vive y se agita en nosotros, al través de los siglos; el estrato cristiano permanente, sacudido en partes, como los terrenos volcánicos, y como ellos resistente y feraz, y por encima de estas capas sólidas y milenarias, el aluvión romántico, de formación reciente, entrecortado, desigual, susceptible de cambios, de hundimientos, de grandes soluciones de continuidad, pero nuevo siempre y lleno de los gérmenes del futuro.

18 de octubre de 1935

XV

Recuerdo de Juan Lozano y Lozano

Jaime Sanín Echeverri

Pero sigue siendo hermosa la idea platónica de la inmortalidad entendida como supervivencia en el recuerdo de los amigos y perennidad de la obra de arte frente a la breve duración de la vida del artista. Ningún reto queda del cuerpo de Fidias mientras los cuerpos que el esculpió en mármol perduran indemnes. Y la palabra es materia prima aún más duradera que la piedra. Las obras maestras de los antiguos se conservan íntegras aún cuando se duda de la existencia de sus autores. Dípticos y sentencias milenarias no están solo en los textos sino en la memoria viva del vulgo. Sin que podamos resistirlo tenemos la ilusión de que en torno nuestro flotan los espíritus triunfales.

Jaime Sanín Echeverri

XV

Recuerdo de Juan Lozano y Lozano

Jaime Sanín Echeverri

Don Eduardo Guzmán Esponda, Director, y
Don Horacio Bejarano Díaz, Secretario de la Academia Colombiana;
Don Rafael Torres Quintero, Director del Instituto Caro y Cuervo;
Académico don Abel Naranjo Villegas, mi profesor de filosofía;
Señores académicos, señoras y señores.

Por insinuación del señor director de la Academia Colombiana, siguiendo esta vez la costumbre de la Francesa, debo decir unas palabras en recuerdo de don Juan Lozano y Lozano, a cuya silla, marcada con la de O y ocupada por vez primera hace más de un siglo por don Rafael Núñez, he sido llamado ahora, compensando así cuando en mérito me falta con la largueza fraterna de nuestro Instituto.

Siguiendo pues, la expresión francesa, que corresponde a la de otros días, Juan Lozano y Lozano permanece en el número de los inmortales. Es la reminiscencia, en esta sesión sencilla, de la majestuosa ceremonia griega, la apoteosis, en que se dedicaba a los mortales. ¡Cuán será la dulce sonrisa burlona de Juan Lozano en el empíreo al escuchar este exordio grandilocuente de alusión clásica! Desde su juventud, pero más y más con el correr de los años, fue dueño de un humor escéptico, que impregnó sus versos y su prosa y llegó a honda en cuanto atañía a su persona y a su obra. Es casi un contrasentido que hablemos de inmortalidad –como no sea la del alma que nos enseña la fe- en estos recintos académicos, donde la muerte nos visita con mayor frecuencia debido a la edad avanzada en que ingresamos quienes a ellos por fin tenemos acceso.

Pero sigue siendo hermosa la idea platónica de la inmortalidad entendida como supervivencia en el recuerdo de los amigos y perennidad de la obra de arte frente a la breve duración de la vida del artista. Ningún reto queda del cuerpo de Fidias mientras los cuerpos que el esculpió en mármol perduran indemnes. Y la palabra es materia prima aún más duradera que la piedra. Las obras maestras de los

antiguos se conservan íntegras aún cuando se duda de la existencia de sus autores. Dípticos y sentencias milenarias no están solo en los textos sino en la memoria viva del vulgo. Sin que podamos resistirlo tenemos la ilusión de que en torno nuestro flotan los espíritus triunfales.

En su juventud Juan Lozano y Lozano estuvo convencido, como tantos otros, de que, sin culpa suya, estaba dotado de los atributos del genio. Son los años alborales del colegio del Rosario:

*Allí mi corazón confuso
de erudición se confortó
al escandir el ritmo abstruso
del verso jónico menor.
Aquel rincón guarda el secreto
de lo primero que escribí
era un lunático soneto
hecho en la pasta del latín.¹*

Los lectores de Juan Lozano, que nos contamos por millones en Colombia, no acabamos de perdonarle que haya dejado de escribir en verso. No parece que la crítica pueda responder por este mal. Más que de estricta puede tildársela de excesiva con Lozano. Repitamos este resumen de loas traído por su compilador y editor, don Federico Ospina Arias: *Acerca del poema Lírica Niña*, aparecido en 1923 en el primer libro de versos del autor, dijo Guillermo Valencia:

Es perfecto. No se le puede quitar una palabra, ni en telegrama (...). Al aparecer en 1927 el libro de sonetos Joyería escribió José Santos Chocano: Estos versos de Lozano son antológicos, definitivos admirables (...). Son dignos de calzar la firma de cualquier poeta (...) Si se me permitiera escoger una docena para firmarlos yo, sin vacilar diera los títulos (...). Y Gabriela Mistral, sobre ese mismo volumen: Son versos perfectos, absolutamente perfectos, de los que se escriben raras veces. Análogas y contemporáneas apreciaciones pueden leerse de Baldomero Sanín Cano, de Antonio Gómez Restrepo, de Luis Eduardo Nieto Caballero, de Max Grillo, de Manuel Ugarte, de Eduardo Castillo (...).

¹ Claustro Antiguo, Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, de Bogotá. Lozano y Lozano, Juan. *Obra selecta*, Poesía-Prosa, Editorial Horizonte, Medellín, Colombia, 1956. Pág. 20.

Hemos afirmado que Juan sabía ser superdotado para las letras en sus años mozos de rosarista o de alférez o cuando ganaba en Cambridge el premio de composición inglesa entre sus condiscípulos concursantes anglosajones. No tenía él la culpa de que a su cerebro y a su sensibilidad llegaran los conceptos y las imágenes que evidentemente no alcanzaban quienes le rodeaban. Se empeñó de veras en corresponder al don natural de su talento, y escogió la gloria literaria como su objetivo. Leyó y reflexionó cuanto le fue dado. Escribió mucho en prosa y en verso. Al comentar Luis Trigueros los primeros ensayos de Lozano en achaque de crítica literaria en 1932 dijo: *Yo saludo en Juan Lozano y Lozano a un futuro maestro de la pluma, que será honra y prez de la literatura castellana*. Y Antonio José Restrepo, nuestro celebrado Nito, escribió en 1925: *La prosa de Lozano tiene pocos rivales en la haz castellana*.

Sin la bondad de su prosa ha sido universalmente apreciada, no parecía estar seguro de sus versos cuando en 1927 dio a la luz pública el mencionado libro *Joyería*, cuatro años después de haberse presentado en Lima con su primer poemario *Horario primaveral*. El primero de sus sonetos, *Preludio* empieza con una confesión dolorosa: *Yo no soy poeta*, y concluye con esta modesta aspiración a la inmortalidad:

*Y aspiro a eternizarla en el escrito,
como en Roma hay pilares de granito
que sostienen jarrones de alabastro.*

Para la sensibilidad de hoy muchos de aquellos sonetos resultan poco convincentes. En su último libro *Esbozos y atisbos*, el fino escritor Alfonso López Michelsen observa: *Juan Lozano y Lozano tenía un lado snob que lo hacía tener en cuenta a personajes que no le llegaban al tobillo, simplemente porque vestían elegantemente trajes ingleses, pertenecían a determinados círculos o estaban casados con las luminarias sociales de la época. Nada tan revelador, a este aspecto, como la selección de sonetos, de excelente factura por cierto, que escribió en honor de algunas de ellas y que corren publicadas en las antologías de sus versos (...)*. Con más sarcasmo aún comenta el concepto de López Michelsen el buen novelista y algo libelista don Álvaro Salom Becerra: *Hubo unos especímenes –dice en su artículo Apología de una clase– que ejercieron sobre Juan Lozano y Lozano una fascinación irresistible, que lo deslumbraron siempre, a quienes rindió un permanente y apasionado culto intelectual: los socios del Jockey*

Club y las señoras de la alta sociedad bogotana; a los primeros les dedicó encendidos panegíricos y a las segundas centenares de sonetos. Nunca, que yo recuerde, escribió una página en alabanza de un hombre de la clase media ni un poema en honor de una costurera.

No estoy de acuerdo esta vez con don Alfonso López Michelsen. La palabra *snob* que aplica a Lozano me parece injusta. Debería estar en nuestro diccionario con mejores títulos que en los ingleses por su clara raigambre latina. *Snob* no es otra cosa sino abreviatura de *sine nobilitate*, la nota puesta en los censos parroquiales a aquellos vecinos que no tenían título siquiera de hidalguía. Si a la nobleza vamos, don Juan tenía una de las pocas probadas en nuestra tierra como descendiente en línea directa del primer señor marqués de San Jorge de Bogotá, tan olvidadizo él que no pagó los derechos de su título real. Pero, por encima de la sangre, Juan Lozano y Lozano fue desde su juventud la nobleza misma. Nobleza, por ejemplo, es exaltar a los amigos aunque no le lleguen al tobillo y no estar comparándolos con la propia estatura. Para entender a Juan Lozano, aunque no se tengan en alta estima los *poemas dispersos* en los álbumes de las grandes señoras bogotanas de los años veinte, hay que saber que ante todo era un amigo, mejor amigo que poeta si se quiere. Tal vez no era capaz, como en el verso de Valencia, de *sacrificar un mundo para pulir un verso*. Más bien sacrificó su poesía por dar gusto a sus amigas. No eran ellas costureras, ciertamente, ni sus maridos vestían siempre frac inglés, antes realizaban obras menos frívolas: una doña Paulina Mallarino de Gómez Restrepo, en su muerte, poema escrito sin duda para consuelo y regalo de don Antonio, o bien doña Mercedes Borrero de Obregón, doña Gabriela Vieira de Arciniegas, doña Gloria Rodríguez de Echeverri, doña Lorenza Villegas de Santos, doña María Calderón de Nieto Caballero, doña Eloisa Caballero de Herrera, doña Luisa Provenzano de Lozano, doña María Vega de Arango Vélez, doña Paulina Cuervo de Casablanca, doña Margarita Holguín de Uribe, doña Clemencia Umaña de Holguín, doña María Brigard de Pizano o doña Emilia Holguín de Zuleta. ¿podrá llamarse *snob* a quien, amigo de joyas, labró estos medallones llenos de altura y de decoro para las más esclarecidas señoras de la república? Aunque estos sonetos de oportunidad, bien tallados por cierto, no agreguen mucho a la gloria del poeta, bien están como homenaje a las cónyuges de sus amigos y son monumentos en recuerdo de quienes reinaron en nuestras ejemplares familias de antaño.

No es cierto tampoco que jamás haya escrito una página en alabanza de un hombre de la clase media. Si alguien lo fue se llama Luis Tejada, en cuya muerte escribió Lozano el soneto con esta cuartilla inicial:

*Quién supiera decir si al fin reposas
de tu loca inquietud, oh vagabundo
hermano, que pesaste sobre el mundo
lo que pesan las alas y las rosas.*

Y en cuanto a las costureras, que echa de menos Salóm Becerra, quiero solamente recordar este trazo de su autobiografía, que toca uno de los más íntimos temas con un delicado sabor confidencial:

Una vez estaba yo de paso por Nueva York, angustiosamente ocupado en una pieza de hotel, cuando se me dijo que una dama me esperaba afuera. Me excusé, pero ante la insistencia de los mensajes que me enviaba, bajé al hall. Allí apareció ante mí una de las visiones grandes de mi lejana adolescencia. Era una bella novia que yo había tenido, pero ahora más formada, más plena, más mujer, aún cuando con un toque doloroso en la fisonomía. Me invitó a que saliéramos, y fuimos en su espléndido automóvil hasta la banca de un parque, ya en la noche creciente. Digo que había sido mi novia, pero es una exageración, yo la había amado locamente y ella nunca había hecho de mí caso ninguno. Era hija de la modista de mi casa, y se había educado en un buen colegio en la Bogotá de entonces, y a más de su fina belleza tenía una peculiar distinción de maneras que contrastaba con el ambiente de su casa, y una elegancia un tanto exótica; y las lecturas le había conferido un halo, para mi apasionante, de espiritualidad. Yo iba a visitarla, y le enviaba flores, y le hacía versos, a gran contentamiento de los suyos y con vigilante preocupación de los míos, pero ella nunca accedió a tratarme sino como amigo, con una cortés e intraspasable deferencia.

Ahora está delante de mí, radiante en su plenitud de mujer de treinta años, ese desesperado sueño imposible de la adolescencia. Y ella me contaba su historia, y me decía que se había casado con un americano rico, y que vivía con comodidad en Nueva York, y que tenía hijos, que su marido era bueno y generoso con ella. Pero que solo a mi había amado en la vida, y que mi recuerdo era el tormento de sus horas, a la vez que el solo sostén de su vida de tedio. Su condición social inferior, y una rebelión instintiva de su altanería contra las preocupaciones de mi casa, la habían llevado a decirme invariablemente que no me quería nunca. Yo la escuchaba conturbado hasta lo íntimo del alma. La veía allí junto a mi en aquella banca, en la tarde avanzada, bella, trémula y anhelante, su entera vida sentimental pendiente de una respuesta mía. Vete, le dije, que ya es tarde. Yo tengo que arreglar unos papeles porque parto mañana. Créé que serás más feliz en una vida de deber que en una hora de extravío. No he vuelto a verla nunca. Me escribió más tarde para decirme que se había tranquilizado y que era casi venturosa.

Me pregunto si el relato que acabo de leer, dejado caer por Lozano al vuelo rauda de su pluma, no tiene, además de la virtud de responder al cargo de Salom Becerra, toda la fuerza de un poema, pero además la trama, el interés, la brevedad y el desenlace de un buen cuento. Yo, como tal lo publicaría de agrado.

Es que con el cuento le ocurrió a don Juan Lozano algo semejante a lo acaecido con la poesía, que siendo apto para su cultivo como pocos escritores colombianos, un episodio lo determinó desgraciadamente a no ser cuentista, como enseguida citaré. Pero antes de cerrar este lamento porque Juan Lozano y Lozano dejó de escribir, o al menos de publicar, estrofas, parece justo que nos situemos en su lugar. Este hombre generoso era incapaz de negar un soneto a las señoras de sus amigos. Llegó el momento en que era tanta la demanda y la presión cordial de cada álbum en mano que hubo de escoger entre ser amigo o poeta. Abandonó la lira y conservó la amistad, así fuera con personas que no le daban a los tobillos, pues si hubiera exigido que fueran más altos espíritus que el suyo se hubiera quedado solo. La disculpa que dio varias veces fue que llegó a la conclusión de que no era poeta. Tenía sí toda la formación retórica para fabricar poemas perfectos. Expresaba en ellos los sentimientos y las ideas de persona tan culta como era. Entregado a las mejores lecturas y aún a la traducción de un inmenso poeta como D'Anunzio, su implacable capacidad crítica lo convenció de que no alcanzaba las mayores alturas y consideró que no valía la pena eternizarse como pilar granítico de vasos de alabastro. Lo ensombreció el conocimiento íntimo de los genios. En torno suyo estaban los nuevos. No era del caso parearse con León de Greiff o con Rafael Maya. Así y todo aún tiene derecho para figurar en las antologías con alguna docena de poemas, todos escritos antes de los veinticinco años. Si hubiera sido un poco más vanidoso y no hubiera dejado conocer su obra de oportunidad sino a los homenajeados, tendría título para figurar entre los poetas perfectos. Llegado prematuramente a la madurez decidió que más que la gloria poética valía el servicio a sus conciudadanos. Y la herramienta de su prosa resultaba mejor amolada que templadas las cuerdas de su lira. *Todos cantamos en la edad primera* sentenció el primero en antigüedad de los cuatro grandes poetas de mi tierra, Gregorio Gutiérrez González. Los otros son Barba-Jacob, de Greiff y otro que aún vive. No me atrevo a aconsejarlo a los jóvenes como regla de cumplimiento universal, pero creo que eso de sentirse genios, casi dioses, es un sentimiento respetable, útil generalmente para escribir poemas o al menos para publicarlos.

Juan Lozano y Lozano nunca se arrepintió de haber escrito sus estrofas. En la última sesión de esta Academia a que asistió, cercana ya su hora última, declamó con gusto, con garbo y alegría, algunos de ellos. A su editor de 1956 le comunicó que prefería, de su producción poética, aquellos versos que fijan un momento fugaz de la emoción o de la visión, que son más característicos de su manera, y que, según frase de Dante Gabriel Rossetti, que él ha citado, *hacen del soneto un monumento levantado a la memoria de un instante*. No es un soneto aquel *En el Mónico, en Londres*, pero con un trozo de él quiero despedirme por fin de la poesía de Juan Lozano y Lozano que desde mi niñez me engolosina:

Doris lo siente y dice (...) (Doris es una leve,
rubia y casual amiga) ¡Noche más aburrida!
¿Quiere usted que bailemos? Ya son las doce. En breve
no estaremos ya juntos el resto de la vida.
¿Qué baile yo, erudito y filósofo, que acabo
de licenciarme en letras? Pero miro los pechos
ya rítmicos de Doris, y me levanto. Al cabo
yo soy otra tragedia que tiene sus derechos.
En el Mónico, en Londres. Ya son las cinco. Empieza
la gente a desbandarse por la ciudad dormida.
No te vayas. Sweet Doris, una última pieza.
El dolor es tan largo y es tan corta la vida.

Para entonces no había escrito Pablo Neruda aquello de

es tan corto el amor y es tan largo el olvido.

Ni Neruda seguramente había leído a Lozano al escribir en verso.

¡Cuántas coincidencias de los poetas son llamados plagios por los críticos!

No quiso seguir siendo poeta, aunque lo fue toda la vida, como antes no quiso ser cuentista, teniendo para ello atributos de excepción, y como no quiso volver a ser orador de plaza, y lo veremos luego. Oigamos de boca de Lozano por que no fue cuentista:

(...) En mí vivían con una vitalidad preocupante, personajes, escenas, de muchos libros no recomendados por su estilo. Tenía más o menos formada esa sensación cuando llevé a la clase de castellano superior,

que entonces regentaba ese gran gramático que fue don Diego Rafael de Guzmán, un cuento por mí escrito, para que le leyese y me dijese su concepto. Don Diego, además de un afamado lingüista, era un hombre agudo y de hondo espíritu crítico. Pasaban los días y el maestro no me hablaba de mi cuento. Un día lo aboqué con gran resolución, a la salida de la clase, y concreté al viejo matrero: *¿Como le pareció mi cuento?*, le dije. *No está mal*, respondió. Urgido por mis interrogaciones, fue diciéndome, con cuenta-gota, su concepto. La ortografía era satisfactoria; no tenía errores de gramática; la trama marchaba con cierta coherencia del planteamiento al desenlace. Todo ello era muy poco satisfactorio, y aún un tanto humillante para mí, que había pasado de la edad mental en que pueda ser un lauro la buena ortografía. Hice un supremo esfuerzo, y me atreví a decirle: *Y ¿cómo le pareció la psicología?* El viejo profesor, con esa voz golpeada y cortante que le era característica, me repuso: *No tiene psicología*. Y siguió su camino.

Gran cuentista hubiera sido Juan, pero estas palabras, justas y bondadosas sin duda, taladraron al aprendiz. Y no fue por ellas cuentista, bueno ni malo.

Hemos visto por qué no siguió oficiando como poeta y por que no fue cuentista. Oigamos algo de por qué no fue orador de plaza pública.

Yo no soy orador según la opinión de mis conciudadanos. Pero para mí sí tengo que soy un gran orador cuando comparo la imposibilidad psíquica y física que en un tiempo sentí para hablar en público, y el hecho de que hoy hablo.

Más adelante nos relata su historia con la gracia que echamos de menos quienes lo hubiéramos querido novelista:

No, a aquel público no podía hablársele de abnegación y sacrificio y concordia; había vivido una vida de abnegación y sacrificio, por naturaleza, por definición, por consagración del hábito; y estaba harto de ella, y no quería concordia con nadie que él apreciara que juzgase justo ese estado de cosas; no quería concordia con los conservadores, que habían gobernado largos años sin que el pueblo se hubiese enriquecido; no quería concordia con los ricos, a quienes sindicaba de estar usufructuando lo que a él pertenecía de derecho. A esa gente había que hacerle promesas; altos salarios, médicos, casa, trajes, alimentos, diversiones gratuitas. Eran casi todos negros y lo que más les interesaba era mujeres blancas. Con excepción de educación, que no les llama la atención, a esa gente había

que prometerle todo, porque lo deseaba todo y merecía de todo; y sobre todo, porque como atrás decía, no había ido allí para que le dijeran cosas fastidiosas, sino para que le presentaran perspectivas agradables.

Una salva de aplausos saludó mi presencia; era la tercera y última dosis de ilusión, de opio verbal, de aquella tarde; y acaso pensaban los concurrentes que en el programa se había dejado el plato fuerte para lo último. Yo acabé de convencerme, ya en el centro del escenario, y después de decir: Señores liberales, que mi discurso era impracticable; y prácticamente enfrentado al linchamiento, resolví lanzarme al azar de la improvisación. Hablé del pueblo, carne de la carne y sangre de la sangre de la democracia; recordé las luchas guerreras con el enemigo tradicional, y principalmente las acciones de Peralonso y Aguadulce; y luego entré en el capítulo de las reivindicaciones. Como yo personalmente he buscado al través de la vida alguien que me reivindique, tengo pensadas las listas de mis necesidades; y eché mi lista: reposo, viajes, buenos sueldos y poco trabajo, buena ropa, buena casa, una gallina en cada olla, según la oferta postergada de Enrique IV; lechuga y espinaca y pera y melón para acompañarla, según la oferta, creo que también postergada, de Alfonso López. Todo ello vendría con el gobierno de Eduardo Santos.

Pocas veces he visto un éxito oratorio más clamoroso. Viva el defensor del pueblo, viva el apóstol del proletariado, viva el futuro ministro de trabajo, me gritaban. Del teatro de este suntuoso anfitriónzago salieron los obreros entusiasmados hacia sus tugurios, hacia sus piezas ciegas, hacia sus pasajes opresores. Y yo los veía dispersarse en diversas direcciones, y me avergonzaba terriblemente de mí mismo; pero comprendía que no había remedio. Si se quería hablar al pueblo, y si ulteriormente se quería solicitar el servicio de que fuera a votar por determinado candidato, había que no decirle cosas que fueran a fastidiarlo. Después de todo el pueblo es el que dispensa los votos y naturalmente prefiere dispensarlos al que lo halaga y no al que lo fastidia. Después de todo, los gobiernos están estatuidos para hacer la felicidad de los ciudadanos. En todo caso yo, personalmente, había hecho un confortante descubrimiento. Hablar es menos difícil de lo que parece, cuando se ha renunciado a toda responsabilidad. No hay orador como el demagogo. El irresponsable es un orador nato.

El recuerdo de aquel acto indigno, que afortunadamente no he vuelto a practicar en mi vida, me ha llevado a consagrar hondo pensamiento al problema de la vida pública. O el dirigente democrático obedece a la voluntad del pueblo y toma los bienes sociales y los reparte entre todos, y desbarata el capitolio y da un ladrillo a cada ciudadano, hasta donde alcancen; o procede por propia reflexión de la conveniencia social y entonces contraría los términos expresados del mandato, y se hace

impopular, y se cae. En un país sin hacer, como el nuestro, en donde las gentes no tienen casas, ni muebles, ni frazadas, ni zapatos, ni sementeras, los ciudadanos deberían trabajar por lo menos setenta horas semanales para construirlo y procurarse así el pueblo lo que necesita. Esto piensa el hombre de estado. Pero vaya a proponerlo al pueblo, que quiere semana de cuarenta horas y tiene ya conquistada en calidad de reivindicación, la de cuarenta y cuatro. Lo que sucede es que no lo propone, si quiere ser hombre de estado; es decir, si quiere emplearse en el gobierno o asistir a los cuerpos de representación popular.

Ni poeta, ni narrador creativo, ni orador de plaza, este hombre se declara, entre broma y veras, gran orador. Y lo era sin duda. Son memorables sus discursos compilados bajo el nombre de uno de ellos, *Introducción a la vida heroica*. Gustaba dirigirse a la juventud en claustros como la Javeriana o la Universidad del Cauca, el Externado Nacional de bachillerato o el Colegio de Nuestra Señora, de Manizales. Era la tradicional oración de estudios, desacreditada en mala hora porque se creyó al alcance de cualquiera. En Juan Lozano y Lozano era algo que hacía vibrar místicamente a nuestra muchachada, que despertaba por ensalmo las potencialidades de la juventud. Les hablaba del deber, de su misión vital, con tal lirismo y altura que nuestros jóvenes se sentían arrebatados y, como en su soneto *La Catedral de Colonia*, sentían *el ansia de emprender otra cruzada*. Contra mi costumbre está largo, en verdad, mi discurso, pero tenéis que abonarme que lo bien escrito de él es obra de Juan Lozano, y quiero dar una muestra de su oratoria, la conclusión de su oración de Manizales:

De tiempo inmemorial se ha dicho que la fe traslada las montañas y así las trasladaron vuestros padres en este territorio del Quindío al volcarlas sobre los abismos, para que sobre la planicie así formada se alzasen los muros de la ciudad futura. La victoria espera a los fuertes al final del camino; pero si la victoria no hubiere de coronar el esfuerzo de alguno o de algunos de vosotros, y si como el soldado de Jules Romains habéis de caer a la puerta de la muralla, caed como él, con un ramo de laurel en la mano. Ya os he dicho que el ideal lleva en sí su propia plenitud. Vencer o ser vencido no es sino un incidente de la lucha. Lo que importa, es luchar, llenar la vida, ser digno delante de sí mismo, sentir la emoción dionisiaca de la batalla, rendir culto a la virtud severa y a la inmortal belleza, conocer la emoción de no vivir en vano. Nada vale la vida por sí misma, sino por la emoción que cabe en ella.

Según Juan Lozano y Lozano, ese que no quiso ser poeta, ni cuentista, ni orador de plaza pública, siendo capaz de serlo en forma eximia, su verdadera vocación no fue la milicia, a la que se unió en academia y en batalla, sino la política. Llegó en ella a ser ministro de estado, miembro del congreso, director del liberalismo, primera voz en la candidatura presidencial de Arango Vélez, pero fue siempre y en todo lugar un pésimo político. No se había acuñado entonces el voquible de politólogo, en que hubiera descollado sin duda. Sentía Lozano tal asco por las triquiñuelas, los embustes, las trampas, que puede calificársele en justicia el primero de nuestros antipolíticos como se habla en física de los anticuerpos.

Su vocación verdadera, la que ejerció, en la que es arquetipo y paladín, fue el periodismo. Una profesión en que obviamente hablaba de política, pontificaba sobre ella cotidianamente, pero donde nunca hizo política en el sentido personalista y grupista sobrentendiendo aquí alta política, si sin descanso, como el esfuerzo máximo de un escritor para engrandecer su patria, mejorar los apetitos sórdidos de sus conciudadanos, amar a sus contrarios y tenderles siempre puentes de convivencia, sacrificar sus intereses heroicamente por sacar a flote los del pueblo.

Quedan para la posteridad sus reportajes, publicados casi todos en la revista *Sábado* de Plinio Apuleyo Mendoza Neira. El periodista es ante todo un testigo de su tiempo. Lubricados con el nombre de *Mis contemporáneos* no existe un auxilio para el historiador de la primera mitad de nuestro siglo, comparable con estos documentos. Unos son biografías. Otros son disecciones. Algunos más parecen autopsias. Juan Lozano, pese a la sentencia del profesor de Guzmán, era psicólogo. En lo incisivo de la pregunta y en el comentario al margen penetra las reconditeces de esas almas con sus alturas y sus abismos. De entre ellas el perfil más lírico es el de Carlos Arango Vélez: *Si yo fuera mujer* –llega a decir- *me habría largado con él a alguna parte*. Pero lo mejor de Juan en su obra es Juan mismo. *La Patria* y yo. Ella y él tan confundidos que se identifican, y no se sabe cuándo es Juan y cuando Colombia compenetrados como dos cuerpos gloriosos. Nada que le haya dolido a la patria dejó de dolerle. Cuanto la exaltó lo hizo jubiloso.

Y la fe. Porque cuando don Juan Lozano y Lozano dejó de creerse genio, aunque siguiera siéndolo en un holocausto de sí mismo y de su gloria en aras del servicio a Colombia, conoció toda la vanidad del librepensador que había en su juventud de teniente pisaverde, y sin respeto humano, liberal hasta donde pisa como era y siguió siendo, obró y escribió como fiel católico.

Quiero por fin terminar este hilván de citas con una que me parece brotada de lo más hondo de su grande espíritu: En todo caso recomendaría a mis amigos, aún a los no religiosos, un ejercicio espiritual de honda y conmovedora significación, que yo practico. En aquellos momentos más duros y angustiados de la lucha, cuando el cúmulo de pequeñas y grandes contrariedades parece aprisionarnos en sus redes, yo entro a los templos en horas en que no haya ceremonias del culto, y recorro recogidamente las naves. Hay allí un ambiente de calma, un pacificador aroma de flores y de incienso, un colmenar de murmullos apagados. Aquí y allá hay mujeres que rezan de hinojos, y ello no es impresionante. Lo que me impresiona profundamente es ver hombres jóvenes de rodillas, con los brazos en cruz, frente a los altares, detrás de las pilastras. Pensar que en esta edad disolvente y disuelta, en esta edad sin fe y sin ideales, hay hombres no vencidos por la vida que se sustraen al ambiente para ponerse en contacto con lo invisible, sacude las fibras de mi ser entrañable. La plegaria es liberación de lo precario, ímpetu al misterio de lo eterno, desasimiento de lo vulgar y lo circunstancial y lo pequeño, lazo que nos une con los que hemos amado y no hemos de volver a ver.

En suma Juan Lozano y Lozano fue ante todo periodista, y sin duda uno de los grandes periodistas de nuestra historia. Serlo es renunciar a la inmortalidad por la frecuencia. Se ha dicho que el tiempo no respeta sino lo que se realiza con su concurso. El periodismo es un reto contra el tiempo. Porfirio Barba-Jacob, que fue también gran periodista, a quien nadie recuerda hoy como tal y nadie olvida como poeta, dijo que el periodismo es el arte de mentir todos los días de distinta manera. Juan Lozano no mintió nunca; jamás simuló cultura sino más bien disimuló la que tenía, pero sí se entregó al servicio del diarismo con todas las fuerzas de su ser. Se embriagó todos los días en la ilusión de estar orientando a sus conciudadanos, de estarles comunicando como una fuente inagotable los raudales de verdad y de bien en que se anegaba. Pero supo siempre como es de transeúnte la prosa de prisa. Al seleccionar sus obras no quiso reimprimir una página sola de su diarismo ininterrumpido. Siguiendo su ejemplo tampoco repetimos aquí sus editoriales y sus columnas, a sabiendas de que son modelos acabados, muchos de ellos, para quienes profesamos este oficio noble, de fatiga y de esperanza.

La fundación y el mantenimiento de su diario *La Razón* fueron una lucha continuada contra los molinos, sino que sus aspas no lograban abatirlo. Ahí estuvo Juan, aún deshecho su periódico, arremetiendo, gran capitán, contra los imposibles con una pluma más filuda que todas las lanzas.

Y al fin lo encontramos en ese mismo claustro secular y amado del Colegio de Nuestra Señora del Rosario, donde lo sorprendimos escribiendo su primer soneto sobre la pasta del latín. Ahora es el director de la revista universitaria más antigua y más noble del país, fundada a principios del siglo por el rector monseñor Rafael María Carrasquilla. Se pasea a ratos por el patio mayor buscando el calor del sol para sus huesos ateridos, o en veces la frescura de la sombra del fundador, cuya estatua está erigida en el centro de la clausurada de severas columnatas. Relee ahí los originales de sus ilustres colaboradores o maquina en su magia las cláusulas de su próxima nota de fondo.

En el diálogo ya, difícil porque su oído no es el mismo que escuchó en su juventud todas las armonías del mundo, algunas veces lo sorprenden las estrellas, esas viejas amigas, a cada una de las cuales le sabe su nombre desde los días de sus navegaciones marítimas y fluviales. Juan Lozano nunca en su juventud se consideró hermoso. Y posiblemente para las damas refinadas y para los pintores fáciles no lo fue. Les parecían grandes sus orejas y pronunciado el mentón. En las angustias de su adolescencia de poeta pudo haberlo deprimido esta noción en forma de no ser ajena a sus confesadas tentaciones de suicidio. Al acercarse a los ochenta Juan era un longevo hermoso. En lugar de los bien acompasados pasos militares de su juventud tenía una marcha lenta, guiada sin duda por armonías anteriores. Accionaba con sus manos musicales en forma muy diversa de cómo mueven los brazos en las revistas y paradas y aún en los bailes de hogao, sino con una suavidad graciosa que se ajustaba a su dulce parla profunda y la paz hallada en que parecía embargado siempre. Clavaba los ojillos negros y profundos en su interlocutor, y uno veía en ellos todos los paisajes, todos los museos, todos los placeres de la vista sin pestañar de los autores amados, los más viejos y los de hoy, los cuadros, las estatuas, las juveniles cartas de amor que iluminan toda la vida. Ese hombrecito, bajo de cuerpo, de anchas narices llenas de reminiscencias, de todos los perfumes, el que tanto amaba las joyas que son recreo del tacto, parecía en sus últimos años una esclarecida figura de leyenda. Había enterrado a sus padres, pero en él vivía la aristocracia silenciosa de su madre y el perfil procerco de don Fabio Lozano Torrijos, diplomático como él, con su nombre intocable como el de los tratados públicos. Había llevado al último recinto a su hermano don Carlos Lozano, que un día estuvo revestido de la primera magistratura, y dejó luz en el foro y en el congreso. Se había despedido de sus hermanas a quienes cantó como poeta y de quienes conservó el mejor recuerdo. Era viudo, y la sombra de la mujer amada y ejemplar se perennizaba en su

hijo. Su último dolor familiar fue la separación de don Fabio Lozano, ese dechado de virtud y de sapiencia, historiador y educador, su compañero en la hazaña de la empresa *La Razón*, el colombiano en quien encarnó la cordura.

No tenemos aún la serenidad para juzgar su obra. Somos capaces de decir reverentemente ante su ausencia que ella fue inferior estéticamente a su talento. Pero fue el máximo de utilidad para su patria. Por servirla quedó en deuda con las letras. Pero cuando se toma la página de fondo del periódico en que escribía no podemos los lectores colmar aún el vacío. ¿Quién en Colombia está intentando siquiera llenar su papel?

Puede ocurrir, Juan, que no hayas llegado a la fementida inmortalidad de que se ufanan los necios, pero tu grande obra fue tu carácter. Mejor recordarte como un hombre bueno que como un artista frívolo, indiferente a los dolores de su pueblo. Estás vivo, en una gloria que no perece.

20 de agosto de 1982

XVI

Sobre la gramática castellana de don Andrés Bello

Marco Fidel Suárez

Bien que fue durante los reinados de Carlos I y de los Felipes cuando la lengua alcanzó mayor esplendor, pues adquirió entonces la elegancia, riqueza y majestad con que aventajó a sus hermanas, no siendo por lo mismo aquel un período de crítica; no por eso decayeron, antes se aumentaron, los estudios gramaticales, trabajando en ellos con más o menos perfección y éxito después del Brocense, López de Velasco, Aldrete, Covarrubias y otros.

Marco Fidel Suárez

XVI

Sobre la gramática castellana de don Andrés Bello

Marco Fidel Suárez

Introducción

I

Cuando los modernos idiomas de Europa entraron en su período de cultura, después de haber atravesado el de su formación dialéctica, adoptaron para sí la gramática de las lenguas sabias que a varios de ellos habían dado origen; de donde resultó que Dionisio Tracio, Donato y especialmente Prisciano constituyeron durante largos siglos autoridad absoluta en lo tocante al arte del lenguaje. Arte decimos, porque en el tiempo que prevalecieron los principios de las gramáticas griega y latina fue el empirismo el método impuesto a las inteligencias: los nuevos idiomas al ser reducidos a la enseñanza, se amoldaron al sistema gramatical inventado en Atenas, Romas y Alejandría. Natural era que así sucediese en una época que para no ser bárbara tenía que vivir vida prestada, asimilándose en cuanto podía la cultura de los antiguos, y en que el espíritu predominante era, en cuanto a la ciencia, más especulativo que experimental.

Así como la necesidad de enseñar un idioma extraño fue la causa probable del primer análisis del lenguaje, o sea de la primera gramática, del propio modo el estudio más o menos general de las lenguas ha sido parte en reciente época para que éstas se clasifiquen; clasificación que, permitiendo observar junto con las semejanzas las profundas diferencias que separan los innumerables ramos del habla, ha dejado en el aire y sin fundamento alguno el sistema de aplicar a un idioma la gramática propia de otro. Débese, pues, en gran parte a la moderna filología, tan cultivada hoy, tan ilustrada, el haber sustituido en los estudios gramaticales un método científico al antiguo de secular dominación. Esta reforma, empero, no se ha verificado de un modo tan completo, que pueda decirse universalmente olvidado el sistema de la rutina en lo que ha tenido de tiránico.

Por aquel camino hubo de andar la lengua castellana que, después de lenta elaboración entró en su edad dorada al tiempo que la nación a quien había tocado en dote, se hallaba también en época de gloria. Pero

aún antes de llegar a este período juvenil ya la lengua de Castilla tenía cultivadores: sin hablar de antiguas colecciones de refranes, encontramos en tiempo de los reyes católicos bastante cultivada la afición a este linaje de estudios, siendo su digno representante el restaurador Antonio de Lebrija, autor del *Arte de Gramática* para la enseñanza en la corte de Fernando e Isabel.

Bien que fue durante los reinados de Carlos I y de los Felipes cuando la lengua alcanzó mayor esplendor, pues adquirió entonces la elegancia, riqueza y majestad con que aventajó a sus hermanas, no siendo por lo mismo aquel un período de crítica; no por eso decayeron, antes se aumentaron, los estudios gramaticales, trabajando en ellos con más o menos perfección y éxito después del Brocense, López de Velasco, Aldrete, Covarrubias y otros.

En la edad post-clásica, con la decadencia de las letras y la consiguiente de la lengua, hízose sentir la necesidad de los estudios gramaticales como remedio a tamaño mal. La fundación de la Real Academia Española a principios del siglo pasado fue feliz ocasión para que los hombres ilustrados se diesen a la noble y útil tarea de estudiar el admirable idioma castellano y limpiarlo, fijarlo y devolverle el esplendor que había perdido. Fiel a sus fines aquel cuerpo emprendió desde luego la formación del *Diccionario* y la *Gramática*, y al cabo de algún tiempo publicó sus primeras ediciones, que seguidas de otras y otras de un modo u otro, ha sido fuente abundante y sana de las doctrinas que sobre la materia se han publicado en las obras posteriores. A aquellas obras, tanto más meritorias cuanto tenían pocos modelos propios, han dirigido su vista y las han imitado cual más, cual menos, los gramáticos españoles del presente siglo, entre los cuales bástenos citar el eximio Salvá, cuyo texto ha gozado de grande merecida aceptación en los países que hablan castellano.

Pero en las obras que hasta aquí van brevemente enumeradas, el sistema tradicional, si así es lícito decir, ha sido el religiosamente seguido. Exactitud y abundancia en la exposición del arte de hablar, claridad en los conceptos y hasta erudición en la doctrina, todo esto, que basta para enaltecerlos, se puede hallar en dichos tratados; pero no se vaya a buscar en ellos el análisis científico del idioma. Al consignar hechos estamos distante de lanzar cargos insensatos: con respecto a los primeros tratadistas, puede afirmarse que bastante se hacía en una época en que así los métodos como

los modernos inventos eran desconocidos; harto se hacía con preparar la materia prima que andando el tiempo había de tomar magnífica forma, bajo manos más adiestradas por haberse educado en época más culta. Ni las humanidades ni la misma filología fueron jamás extrañas a aquella nación que parece haber heredado, más que otros pueblos hermanos suyos, en las letras y en hechos gloriosos, el espíritu que hizo inmortales las razas de Cécrope y de Eneas; ella puede, en efecto, mostrar nombres que, en sus varias épocas, se han ilustrado en estos nobles estudios: allí está Valdés, que al comenzar la cultura de la lengua escribía sencilla y elegantemente cosas exquisitas acerca de ella; allí están Mayans y Capmany, eruditos restauradores del idioma; allí el ilustre Hervás, de esclarecida fama, digno continuador de Leibniz, autor del pasmoso Catálogo a que tanto debe la ciencia, Hervás el encomiado por Humbolt, un Max Müller, un Pott.

En lo que se refiere a la Real Academia Española, como ella lo advierte en el prólogo de su Gramática, la misma naturaleza de su instituto no puede compadecerse con un indiscreto espíritu de reforma, ni le permite aceptar a la ligera innovaciones por buenas que éstas parezcan o sean; siendo cuerpo conservador del idioma, sobre ella pesa grave responsabilidad que la obliga a examinar mucho y a aguardar largo tiempo para admitir modificaciones gramaticales; conducta tanto más prudente cuanto la ciencia que ilustra con sus enseñanzas a la gramática particular, si no puede ni podrá nunca verse despojada de su carácter, es nueva todavía, y de aquí nace que sus fallos no tengan aún toda la fuerza y prestigio que de la experiencia hija de una larga vida.

Los autores particulares, en quienes no se descubre tal circunstancia, tienen mucho más franca la vía de la investigación y del invento; empero, respecto de los que han escrito gramáticas, buenas en muchos aspectos, aunque siempre conforme al primitivo sistema, hay también razones que nos explican por qué han sido remisos en introducir en la gramática teorías nuevas, aún las sugeridas por la ciencia del lenguaje. Entre los obstáculos con que tropiezan las reformas no es el menos grave el embarazo que produce en los estudios la admisión de nomenclaturas, clasificaciones y definiciones recientes que, por buenas que sean, aíslan, cuando son exclusivas de un idioma, su sistema gramatical del de los otros idiomas. Fuera de esto, una circunstancia influyó seguramente para que la gramática castellana, aún en manos de doctos autores, anduviese abrazada al método latino: la de haberse exhibido la entonces naciente ciencia del lenguaje en poder de una escuela superficial que adoptaba acerca de trascendentales cuestiones teorías arbitrarias, de que se siguió cierto grado

de aversión, muy natural por cierto, a novedades que llegaban por tan desacreditado conducto. Si a esto se agrega que la audaz insuficiencia se creyó con derecho para reformar a su sabor el lenguaje y para sustituir el criterio del uso autorizado con el de una ideología que no tenía de tal más que el nombre, comprenderemos por qué el acreditado Salvá juzgó que debía rechazar, y rechazó en efecto, ciertas innovaciones, algunas de ellas fundadas, que se proponían en su tiempo.

II

En tal caso se hallaban estos estudios cuando apareció en 1847 la Gramática castellana destinada al uso de los americanos por don Andrés Bello, coronada luego con tan completo éxito, que sus doctrinas fueron pronto corrientes en los pueblos de la América española. Con profundos estudios de la lengua propia y de varias extrañas, así antiguas como modernas, perfecto conocedor de la historia del castellano, castizo escritor y gran poeta, dotado de una vasta ilustración literaria y científica, de sólido juicio, de talento superior, y más que de talento de genio, pues que tuvo el excelso don de crear, Bello acometió y llevó a término la alta empresa de reformar, de reconstruir por completo, el edificio de la Gramática castellana.

Sin embargo, para que su obra no careciese ni aún de aquel atractivo que la modestia sabe dar, él la destinó al uso de los americanos.

No tengo – dice en el prólogo de su obra- la presunción de escribir para los castellanos; mis lecciones se dirigen a mis hermanos los habitantes de Hispanoamérica.

No espíritu exagerado de nacionalidad ni menos la pretensión de fraccionar el idioma fraccionando su estudio, como en breve tendremos ocasión de hacerlo notar, sino la modestia que casi siempre acompaña al verdadero mérito, fue lo que dictó las líneas que hemos copiado. Pero los estrechos fines que el autor se propuso los sobrepujo el alcance del resultado, pues la Gramática del gran filólogo fue luego encomiada y más tarde reimpressa en la península y valió a su autor el insigne puesto de miembro honorario de la Real Academia de la Lengua, testimonio patente de la admiración que aquel docto cuerpo tributó a la obra de nuestro sabio.

Tres criterios guiaron a Bello en la composición de su Gramática: el estudio del castellano en sí mismo, para formarle a su medida una Gramática propia, desechando todo lo que, más o menos bueno para la

lengua madre, no podía convenir a nuestro romance; el de estudiar el lenguaje con un método bastante experimental, prescindiendo en lo posible para la clasificación y el análisis gramatical, del significado ideológico de las palabras, -esto en cuanto a la parte filológica de su obra-; cuanto a la crítica o corrección del lenguaje, el uso erudito fue el guía que se propuso seguir y la piedra de toque con que analizó el habla castellana.

III

No debemos aplicar a un idioma los principios, los términos, las analogías en que se resumen bien o mal las prácticas de otro (...) Una cosa es la gramática general y otra la gramática de un idioma dado; una cosa es comparar sí dos idiomas, y otra considerar un idioma tal como es en sí mismo (...) ¿se trata, por ejemplo, de la conjugación castellana? Es preciso enumerar las formas que tiene y los significados de cada forma como si no hubiera en el mundo otra lengua que la castellana. Este es el punto en que me he colocado y en el que ruego a las personas inteligentes, a cuyo juicio someto mi obra, que procuren también colocarse, descartando sobre todo las reminiscencias del idioma latino (...) Obedecen sin duda los signos del pensamiento a ciertas leyes que derivadas de aquellas a que está sujeto el pensamiento mismo dominan a todas las lenguas y constituyen una gramática universal (...) Pero si se exceptúa esta armazón fundamental de las lenguas, no veo nada que estemos obligados a reconocer como ley universal de que a ninguno sea dado eximirse¹.

Vemos por estas palabras que Bello se propuso aislar la lengua para el efecto de estudiar sus accidentes y fijar sus cánones, partiendo del supuesto de que la gramática general no existe sino en campo sumamente reducido; en lo cual sus doctrinas han venido más tarde, debido a los adelantos que cada día alcanza la ciencia, a ser más confirmadas, pues hoy se sostiene en vista de hechos irrecusables, que no existe una verdadera gramática general. Hay, en efecto, lenguas desposeídas de todo accidente y formas gramaticales y separadas por completo del sistema de las demás; tales son las que constituyen la rama monosílaba en la gran clasificación lingüística moderna, careciendo estos idiomas de aglutinación y flexiones, las palabras no tienen carácter fijo, y una misma puede desempeñar todos los oficios en la proposición, según el lugar que ocupe y las partículas que la acompañen: de que resulta que tales lenguas carecen de gramática. De

¹ Bello, *Gramática Castellana*, Prólogo.

este modo la doctrina de Bello, basada en un supuesto muy próximo a la verdad, ha recibido una corroboración completa.

Aunque no son idénticas las conclusiones por no serlo los casos a que se refieren, es muy para notarse en honor del sabio americano la semejanza que hay entre su doctrina respecto del desarrollo del lenguaje, que hemos copiado, y lo que casi al propósito enseña Max Müller. Reléanse las palabras de Bello y compárense con las siguientes del ilustre filólogo alemán:

Este desarrollo (del lenguaje) no depende del capricho del hombre, y es dirigido por leyes que una observación atenta puede descubrir y hacer remontar a leyes de un orden superior que dirigen los órganos del pensamiento y de la voz humana².

Pero si Bello asentó como fundamento de su método el estudio aislado del idioma, no hay que violentar la mente con que escribió las palabras citadas para darles una interpretación tan lata, que hayamos de entenderlas como repudio formal de la filología en los estudios sobre una lengua dada, ni como un desconocimiento de los servicios que a las gramáticas particulares presta frecuentemente la gramática comparativa. Que no fue ese el propósito del insigne gramático ni que su doctrina puede velar un exclusivismo tan exagerado nos lo prueba, primeramente, la época en que escribió su obra monumental. Privaban entonces, según ya hemos notado, las teorías de lenguas extrañas artificiosamente impuestas a la nuestra, y era natural que quien atacaba esa práctica se expresase en términos generales y aún se inclinase al otro extremo, fenómeno muy común en la obras del hombre, cuya huella por el camino de la perfección fue siempre huella sinuosa. Pero lo que más victoriosamente prueba que Bello no pretendió separa el estudio de la gramática de las enseñanzas de la ciencia general del lenguaje, son sus mismas prácticas, pues muchos de los puntos que trata en su obra, los relativos al artículo, al género, al pronombre, y otros, los ilustra con doctrinas deducidas de un estudio enteramente comparativo.

No podía ser de otro modo, dados el ingenio y la ilustración del autor; porque mal podría avenirse con ellos el sistema de estudiar las cosas por un solo lado, que siempre da resultados falsos. Ciertamente que los adelantos de la filología permiten agrandar y aún modificar, como lo

² Max Müller, *Lectures on the science of language*, III.

han hecho ya sabios continuadores de Bello, muchas teorías del primer filólogo de Hispanoamérica; pero de aquí ninguna conclusión puede sacarse en contra del mérito de éste: los talentos escogidos hacen grandes descubrimientos y señalar rumbos nuevos, tal es su destino; pero nunca les es dado dejar obras perfectas; ¿cuál hay perfecta? Newton descompuso la luz y creía que era emanación sidereal, Colón halló un mundo nuevo y pensó que era la extremidad del Asia.

Como el lenguaje es un fenómeno que, sea cual fuere la opinión que se abrace de su origen, da suficiente materia a las observaciones, clasificaciones y teorías de una verdadera ciencia natural, no es posible que el estudio particular de una lengua deje de sacar gran provecho del estudio de los otros ramos de ese árbol inmenso. Las obras de Dios, unas en la variedad, guardan siempre, por apartadas que se hallen, íntimas y vivas relaciones; y si el análisis de individuos y hechos aislados sirven a la síntesis, ésta a su vez sirve a aquélla y le presta eficaz ayuda.

Tiene además el idioma una parte histórica, de que nadie puede prescindir sin exponerse a errar; no debe dejarse de la mano esa clave para descifrar arcanos que solo pueden explicarse a la luz de lo pasado. Hoy en día la consigna de la gramática no es, no puede ser, la mera tarea de mostrar y distinguir las buenas y las malas locuciones; destino más alto le ha tocado: el de sujetar al análisis científico el más admirable de los fenómenos después del pensamiento, el de estudiar ese sagrado suelo con la misma atención, con el propio cuidado con que estudian el naturalista y el filósofo la tierra que nos sustenta, los astros que nos dan luz.

Desde este punto de vista considerada la gramática particular, deja de ser empírica para convertirse en teoría; al transitorio interés de simple arte del bien hablar agrega un carácter excelso, el carácter de ciencia, y redobra así su alcance, porque va servida de algo más que la aislada observación que discrimina lo correcto de lo incorrecto.

IV

Otra de las exageraciones que Bello hubo de desechar como fecunda en malos resultados en los estudios gramaticales, es la de considerar el lenguaje no solo como un signo del pensamiento sino como su copia exactísima, tal que deban aplicarse a las palabras las mismas leyes de las ideas.

Se ha errado —dice— no poco en la filosofía suponiendo a la lengua un trasunto fiel del pensamiento; y esta misma exagerada suposición ha

extraviado a la gramática en dirección contraria; unos argüían de la copia original y otros del original a la copia. En el lenguaje lo convencional y lo arbitrario abraza más de lo que comúnmente se piensa³.

Esta idea, que Balmes defiende ingeniosamente con argumentos tomados en especial de las oraciones negativas, y que parece insinuar también Pott⁴, envuelve la reprobación de aquel prurito que hubo en la escuela de trasladar intactas, de la dialéctica al lenguaje, las categorías y denominaciones, de donde resultaban absurdas teorías, tales como la del verbo único, que convertía la gramática en una oscura ideología.

En verdad que la palabra, por ser signo de la idea, tiene con ella estrechísima relación; pero de aquí no es dado inferir que todo lo que se dice de la una sea siempre aplicable a la otra, y de esto nos convenceremos si ponemos atención en un hecho evidente, a saber: que hallándose el pensamiento en los hombres sujeto a una admirable comunidad de principios y leyes, pruebe de existencia de una verdad sustancial, la expresión del mismo pensamiento, o sea el lenguaje, es asombrosamente variado. No es posible que el medio material del habla, reducido a las condiciones del espacio y del tiempo, pueda ser una imagen completa, pero ni siguiera una sombra simétrica del pensamiento; no es posible que una sucesión de sonidos materiales, por admirable que sea, pueda reflejar siempre con toda exactitud aquella actividad viviente, aquel verbo inefable que, libre de límites de lo extenso y lo durable, brilla en la mente humana como destello de la Divina Esencia⁵. Sobrada razón tuvo, pues, nuestro autor al impugnar un principio que la filosofía desecha, y para establecer en gramática un método propiamente baconiano, no libre en verdad de defectos si se pretende aplicarlo en todo y para todo, pero muy racional y generalmente provechoso.

Generalmente, decimos, porque no es posible en tratándose del signo prescindir por completo de la idea significada; y así Bello, si da y desarrolla varias de sus definiciones y teorías fundándose exclusivamente en la observación de los oficios que las palabras desempeñan, no llega hasta exagerar este método aplicándolo a todos los casos. En efecto, si da a conocer las partes de la oración más por las funciones que desempeñan en el discurso que por las ideas que significan, cuando se trata de la proposición y de sus dos elementos recurre al método ideológico para dar una definición en que descansan las demás.

³ Prólogo ya citado.

⁴ En a carta al señor don Rufino J. Cuervo, que corre al principio de las *Apuntaciones Críticas*.

⁵ V. Balmes, *Filosofía fundamental*, IV, 38 y 39

Este último método es tan antiguo como la gramática misma, pues es sabido que los términos y divisiones introducidos por los antiguos fueron un traslado de los términos y divisiones de su dialéctica; y aunque es muy cierto que no hay razón para aplicarlo indistintamente al examen de todo accidente gramatical, ni ello es posible, los sabios han reconocido también que *el sistema frecuentemente criticado de la gramática clásica parece reposar sobre algo real y tener sus raíces en la naturaleza misma de nuestra inteligencia*.

Parece, pues, lícito concluir de aquí, que a este respecto no puede aplicarse en la gramática un proceder exclusivo; y de las doctrinas de Bello confrontadas con su propia práctica, creemos también racional inferir que no profesó un sistema único, sino que supo colocarse en un punto muy conveniente, practicando aquel principio hasta donde es practicable y abandonándolo en lo que no puede seguirse; prueba de la prudencia, que es uno de los caracteres de nuestro insigne filólogo.

Como quiera que sea, es de Bello la gloria de haber sentado, al tratar esta materia, grandes principios sostenidos posteriormente por sabios de fama universal; bástenos citar el que pone en la nota II del Apéndice, confutando la teoría del verbo único, a saber, que en el lenguaje lo concreto ha precedido a lo abstracto, doctrina que casi con idénticas palabras ha sido sostenida por uno de los primeros filólogos contemporáneos⁶. Dice mucho en pro del genio de Bello el haber consignado principios capitales que más tarde los sabios han deducido de profundas y extensas investigaciones.

V

Vamos finalmente a estudiar el criterio que siguió Bello en la parte crítica de su gramática, o sea en la exposición del lenguaje correcto, a aquel uso que el poeta llama *árbitro y juez y norma del lenguaje*.

Mientras que otros autores se contentan con definir la gramática *el arte de hablar correctamente*, Bello aclara la definición, diciendo en qué consiste dicha corrección, con estas palabras:

La gramática de una lengua es el arte de hablarle correctamente, esto es, conforme al buen uso, que es el de la gente bien educada.

En esta definición van embebidos dos principios: primero, que la tarea del gramático o del filólogo no es forjar teorías o reglas a priori y

⁶ Todo lo que hoy es abstracto en el lenguaje fue concreto en su origen. Max Müller, Loc. Cit. VI.

ajustar a ellas el lenguaje, sino que debe estudiar y clasificar los hechos y de aquí deducir la teoría; y segundo, que el uso que la gramática ha de exponer no es un uso cualquiera, sino uno determinado, el cual no es, según ya veremos, otro que el de los doctos.

La misma naturaleza del lenguaje está indicando que su guía no puede ser en absoluto el mismo que dirige el arte y la ciencia: no el primero, porque el lenguaje carece de los caracteres de los inventos humanos, que son progresar y tender así a la unidad; no el segundo, porque está muy distante de regirse por la lógica, que es el distintivo de la ciencia. Síguese de aquí que a la gramática no es dado inspirarse en criterios puramente racionales al tratar de fijar cuál es la buen lenguaje; aserción que se confirma con el testimonio de respetabilísimas autoridades que aseguran ser inútiles las tentativas para perfeccionar el lenguaje en su parte sustancial⁷.

Pensar, pues, que un individuo o una corporación puedan modificar o alterar sustancialmente un idioma, es pensar un imposible, porque el lenguaje es de aquellos fenómenos (y esto prueba que no es una invención del hombre) que son guiados en su marcha por superior impulso, por misteriosa corriente. En su desarrollo constante, es tendencia del lenguaje el separarse y fraccionarse en diversos usos; ¿y cuál será la tarea de la gramática en presencia de este fenómeno? En cuanto ciencia debe estudiar y comparar las leyes de ese desarrollo, que no por ser cultas dejan de existir; y ya que otra cosa no puede, debe en cuanto arte exaltar y aprobar aquel de entre los usos que, por reunir ciertos caracteres, merezca preferirse. Cierto es que el hombre no podrá jamás evitar la creciente corrupción de los idiomas, pues la experiencia nos muestra realizadas en todos los tiempos y lugares la maldición del Señor; pero sí puede diferir tal cataclismo, y para ello no hay otro medio que conceder autoridad a cierto y determinado uso.

No se ha librado el lenguaje de sufrir las influencias de la demente Libertad moderna, divinidad destructora como el Siva de los indostaníes; pero la idea que confunde la independencia con la libertad es tan absurda en lo tocante al lenguaje, que aún muchos de los que la defienden en otros aspectos, reconocen aquí necesario el racional imperio de la autoridad; porque suprimido este único principio de unidad, el idioma se divide y necesariamente se arruina.

⁷ Probablemente ya no volveremos a oír hablar de tentativas para enmendar el lenguaje y despojarlo de sus irregularidades, *Id.*, *ib.* II.

Pero no cualquier uso es el que debe constituirse en árbitro del idioma, que a ser así ninguna locución podría calificarse de incorrecta; pues la más informe jerga, el dialecto más bárbaro tienen siempre en su apoyo el uso más o menos dilatado de la tribu, el pueblo o la provincia; el uso que debe reinar en materia de lenguaje es, según Bello, el que reúna las condiciones de uniformidad, elegancia y perfección. *Se prefiere –dice– el uso de las personas bien educadas, porque es el más uniforme en las varias provincias que hablan una misma lengua, y por tanto el que hace que más fácil y generalmente se entienda lo que se dice; al paso que las palabras y frases de la gente ignorante varían de unos pueblos y provincias a otros y no son fácilmente entendidas fuera de aquel estrecho recinto en que las usa el vulgo.* Considerada de este modo, la gramática viene a ser el medio que asegura en bien de los pueblos, las ventajas de una misma lengua, y no menos que literaria es social la tarea de defender en lo posible esa unidad que afianza las mutuas relaciones de las naciones y las liga, por apartadas que se encuentren, con poderoso lazo de hermandad, que es a la vez vehículo de civilización. De tanta importancia juzgó Bello esta influencia de la comunidad de lenguaje, que afirma haber sido uno de los fines que tuvo al escribir su gramática el colaborar en la obra de mantener en la unidad el idioma de los pueblos latino-hispanos.

Fuera de estas razones de conveniencia y utilidad, hay otras que persuaden a erigir el uso erudito en árbitro de la lengua. Esta es instrumento de la literatura, de la ciencia y de la religión, la forma en que encarna la verdad, el bien y la belleza, alimento del alma; y es por lo mismo en alto grado susceptible de elegancia y hermosura. ¿Cómo comparar el idioma pobre, versátil y mal sonante de una tribu, con la lengua armoniosa, fijada y rica de un pueblo civilizado? ¿Cómo no ver la inferioridad del habla de los salvajes comparada con la majestuosa lengua del Lacio, con la hermosísima del Ática, con las cultas lenguas de la Europa moderna? Es cierto y así lo ha observado Cantú, que en la parte lógica, es decir, en aquel fondo que poseen los idiomas independiente del esfuerzo humano, suelen los salvajes guardar primores que exceden a cualquiera perfecciones que pudiera idear el ingenio; pero en lo que es de reformas y accidentes, los idiomas son capaces de adquirir y perder su cultura; es sabido que esas mismas lenguas de los salvajes son tan propensas a mudanzas, que quien ha aprendido una puede estar seguro de que a vuelta de pocos años sabrá apenas una lengua muerta; porque expuestas a los vaivenes de la fantasía y del capricho individual, ninguna resistencia contiene el indómito flujo que late en ellas.

Solo colocándola bajo la salvaguardia del buen uso puede librarse una lengua de esas fatales variaciones. Corrobórase este aserto por el hecho de que la separación de los idiomas es más realizable en días de decadencia literaria; las épocas más funestas a la civilización son las más propias a la continuación de la obra de Babel; cuando la lira no se deja oír, y calle la voz de los sabios y enmudece la elocuencia, entonces nada se eleva sobre la común medianía, y no habiendo modelos que concentren los esfuerzos esparcidos, ocurre naturalmente la anarquía de la lengua, como surge el feudalismo en las épocas de desorganización política.

¿Pero qué es lo que Bello entiende por el uso de la gente bien educada? Como el término es general y ocasionado por lo mismo a diversas interpretaciones, hemos de buscar la respuesta en las autoridades que cita nuestro sabio en apoyo de sus enseñanzas. Tales autoridades las saca preferentemente de los escritores que más se distinguieron en la clásica edad de la lengua y de los que, en la restauración de ésta, han seguido con más fidelidad las huellas de aquellos otros; son sus preferidos autores Cervantes y Granada, Mariana, Rivadeneyra y Santa Teresa, Jovellanos, Moratín y Martínez de la Rosa⁸. Admite un uso elevado y erudito en el cual pueden y aún deben campea locuciones y giros que si no se usan en el idioma vulgar, no por eso deben ser descuidados del poeta ni aún del prosista; reconocimiento de aquella majestad que recibe la lengua del discreto uso de ciertos arcaísmos.

Cuando los idiomas entran en su período de perfección, es decir, en la edad que se llama clásica, los escritores que los pulen y enriquecen tienen bastante libertad para escoger entre los varios usos y hacer prevalecer el que creen preferible; más fuera de estos tiempos tal libertad ha de mermar, especialmente si se empieza a mostrar la decadencia; entonces la tarea del gramático es más conservadora que progresiva. Quizá por esto el príncipe de los líricos latinos, que escribía en el siglo de Augusto, que era contemporáneo, testigo y en mucha parte autor de la perfección de su propia lengua, erigió el uso actual en juez inapelable en materia de lenguaje⁹, y con grande empeño defendió para los buenos hablitas de su tiempo la misma libertad que Cecilio y Plauto habían usado en el suyo; mientras que Quintiliano, escritor de época menos feliz, encaminaba

⁸ Si no nos hemos equivocado, cita fuera de otros autores, 218 veces a Cervantes; 43 a Granada; 31 a Martínez de la Rosa; 23 a Jovellanos; 15 a Mariana; 13 a Coloma, Moratín y Santa Teresa; 12 a Hurtado de Mendoza y a Rivadeneyra.

⁹ V. Caro. *Del uso en sus relaciones con el lenguaje*.

sus esfuerzos a restaurar la pureza y elegancia perdidas. Así también refiriéndonos al castellano, el autor del *Diálogo de la Lengua*, que escribía al empezar la perfección de nuestro idioma, parece defender para los escritores una libertad excesiva con tal que lleven en mira la mejora de su lengua¹⁰, al paso que los eruditos Mayans y Capmany pusieron, siglos más tarde, todo su conato en devolver a la lengua sus antiguas dotes.

Con todo, Bello no concede al uso una autoridad tan absoluta y despótica; en varios lugares censura a los más respetables autores, en varios propone útiles reformas, en varios aconseja la admisión de nuevos giros y locuciones. *Una lengua viva es un cuerpo que crece siempre sin tasa y sin medida*, y que naturalmente ha de cambiar, no siendo posible ni conveniente que se mantenga en un mismo ser, dadas las modificaciones que exigen el progreso de los conocimientos, la difusión de las luces, las nuevas invenciones, los cambios mismos de la política y hasta las circunstancias geográficas de los pueblos. Así es que la gramática, si por punto general se subordina al uso, sírvele en muchos casos de mentor y maestro, atea que para ser dignamente desempeñada exige mucho más que el conocimiento del uso actual; necesitan aquí los auxilios de la historia del idioma, de la crítica ilustrada y de la gramática comparativa. Por tanto, quien cultiva en este país con más lucimiento y gloria la filología, no ha vacilado en decir que el uso y esta ciencia *son dos bases en que funda sus decisiones* acerca de nuestro lenguaje¹¹.

Al verificarse este desarrollo necesario, la lengua se encuentra colocada entre lo pasado y lo porvenir; y aquí como en las demás fases del progreso la obra difícil, la que más juicio y sabiduría requiere es la de armonizar el movimiento con el orden, sin abrazarse al sistema de la enervante estabilidad, pero tampoco al de la loca innovación. Supo Bello situarse lejos de los extremos, pues aunque eminentemente conservador del idioma, no por eso repudia todo neologismo ni niega que la lengua sea susceptible de mejorar.

Juzgo importante –dice– la conservación de la lengua de nuestros padres en su posible pureza, como un medio providencial de comunicación y un vínculo de fraternidad entre las naciones de origen español derramadas sobre los continentes. Pero no es un purismo supersticioso el que me atrevo a recomendarles.

¹⁰ Habla Valdés: *Así es la verdad, y aún por eso no os digo yo lo que otros hacen sino lo que yo procuro guardar, deseando ilustrar y adornar mi lengua.*

¹¹ Cuervo, *Apuntaciones críticas*. Prólogo.

Bello practica la ingeniosa regla de Quintiliano, de escoger entre las palabras nuevas las más antiguas y entre las antiguas las más nuevas, y de este modo guarda una prudente distancia, así del innecesario neologismo como del arcaísmo caduco.

Pero lo que especialmente reprueba, lo que ataca en todo el curso de su obra es el neologismo de construcción que entraña violación de la índole del idioma y corrompe su esencia. A este propósito asienta Bello un gran principio cuando dice que *la vitalidad de una lengua no consiste en la identidad de elementos, sino en la uniformidad de las funciones que éstos ejercen y de que proceden la índole y forma que distinguen el todo*; palabras en las cuales se contiene la misma doctrina establecida hoy por los filólogos que aseguran ser imposible una lengua mixta, pues una cosa son las voces y otra los accidentes y las formas gramaticales, que es lo que da a los idiomas su carácter especial¹². El árbol del idioma exige que sus hojas se renueven, pero su forma no la puede cambiar sin perecer; puede enriquecerse con extraños elementos, pero cuando éstos penetran a su circulación sin habersele asimilado, atacan la vida de su admirable organismo. El neologismo de construcción que Bello impugna es ese elemento extraño no asimilado al idioma, que en vez de enriquecerlo lo destruye.

A nuestra lengua, la más elegante y sonora, la más armoniosa de las modernas¹³, le ha tocado su época de infortunio bajo la influencia de la irrupción neológica; y es el galicismo la plaga que, desfigurando el moderno castellano, ha marcado la peor de sus decadencias. Este mal no puede decirse que haya logrado conjurarse, porque sus causas son hoy las mismas que, hace un siglo, reducía a estos dos un apreciable autor; la primera es la que Longino señala en la incuria de la juventud, que debiendo heredar y conservar el tesoro de las ciencias, da lugar en su pecho a la desidia y no lleva más mira en sus estudios que procurarse en vil ocio el interés o el honor que va vinculado a los empleos; la otra es predominio de una literatura extraña que traída por mano de ineptos traductores, afea y echa a perder el idioma. No obstante, entre los autores de la feliz reacción, que ya se hace sentir en esta materia, ocupa distinguido puesto, y por eso es acreedor a gratitud nuestro célebre autor americano.

Marco Fidel Suárez

¹² Max Müller, *Loc. cit.*, II.

¹³ *Une langue qui aurait comme l'espagnole un hereux mélange de voyelles et de consonnes douces et sonores peut-etre la pluz hermonieuse de toutes les langues vivès et modernes.* D'Alembert.

Ensayo

Sobre la gramática castellana de don Andrés Bello

Primera parte

Filología

I

Principios ortológicos y ortográficos

Antes de entrar en la clasificación de las partes de la oración establece Bello algunos principios de ortografía y ortología, comprendidos bajo la denominación de *estructura material de las palabras*.

Estas se componen de dos clases de elementos: los sonidos simples, que se llaman letras, y las sílabas. Las primeras son vocales y consonantes, y entre éstas se enumeran separadamente la *r* y *rr*, que son tan diferentes como la *b* y la *p*. el alfabeto es la reunión de las letras, entre las cuales hay dos extranjeras, la *k* y la *w*; una doble, la *x*, y dos mudas, la *h* y accidentalmente la *u*.

Las sílabas son los miembros de cada palabra separables e indivisibles. Esta definición ha sido objetada por no comprender las palabras monosílabas, que carecen de elementos separables, y porque hay sílabas que pueden separarse materialmente, cuales son los diptongos. Pudiera quizá responderse a esta segunda objeción diciendo que cuando el diptongo se disuelve, la palabra se altera tanto como en el caso en que se separan consonantes que debieran ir unidas; tan distinto es Di-ós de Díos como at-las de a-tlas¹⁴.

Para la separación de las sílabas se consideran tres casos, según que haya una, dos, o tres y cuatro consonantes en medio de vocales; y el principio de que se deducen las reglas relativas a cada caso es la aptitud de la consonante o del grupo de consonantes para principiar palabras. Por consiguiente, una consonante entre dos vocales se debe juntas a la vocal que sigue, excepto la *r* y la *x*, que nos e hallan al comienzo de ninguna voz castellana; deberá, pues, silabarse *Par-ís*, *ex-amen*, *hi-lo*, *o-so*. Por idéntica

¹⁴ V. Cuervo, Apuntaciones críticas, & 2, y la nota 2ª del mismo a la Gramática de Bello.

razón habrán de separarse así los elementos de estas palabras: *pal-ma*, *cons-ta*, *as-tro*, *cons-truir*.

El principio citado tiene su analogía con el método de los latinos, que dividían *in-sto*, *co-gnomen*, *re.spuo*, y se funda acaso en la misma naturaleza de la voz humana. Pero las dos excepciones propuestas por Bello acerca de la *r* y la *x*, no han sido confirmadas por el uso, por racionales que puedan ser, y aunque ya Salvá las había señalado en cuanto a la *r*, y Murria, en inglés, para la *x*.

Regla muy clara y aplicable es la que sirve para conocer cuándo dos vocales concurrentes forman diptongo, a saber: interponer una consonante entre las vocales y deducir del isocronismo la existencia de aquél; así, *rehusar* tiene tres sílabas, porque se pronuncia en el mismo tiempo que *reputar*; *día* es disílabo, porque se pronuncia lo mismo que *dicha*; mientras que *Dios*, *soy*, isócronos de *sol*, son monosílabos. Si puede haber casos en que el oído se engañe o no perciba bien claramente la igualdad o la diferencia de extensión, como sucede con *fiamos*, que parece tener dos sílabas, cuando prosódicamente tiene tres, eso proviene de defecto de pronunciación.

La materia nos conduce naturalmente a considerar las doctrinas de Bello acerca de las reformas ortográficas que creyó útil y lógico introducir, cuales son las relativas a la *g* y la *j*, la *i* y la *y*, la *c* y la *z*, aunque en su Gramática no toca sino accidentalmente estos puntos.

Ante todo, débese reconocer que Bello, al proponer y autorizar con su propia práctica tales innovaciones, iba guiado por la intención de mejorar la ortografía del castellano, y, atendida la época, procedió con toda prudencia y con espíritu diverso del que en este punto ha dirigido a otros autores. Las reformas ortográficas emprendidas desde mucho antes por fray Luis de León y otros, fueron continuadas por la Academia Española, pero con bastante lentitud, de manera que por el tiempo en que escribía nuestro autor, la ortografía no podía decirse aún enteramente fijada, pues él mismo observa que poco antes se había suprimido el uso de la *x* en lugar de la *j* y restableciéndose en ciertas palabras como *extraño*, *experimentar*: la época de las reformas no estaba, pues, cerrada. Otros autores, entre ellos Salvá, censores más explícitos que Bello, habían notado las vacilaciones de la Academia en algunos puntos de ortografía¹⁵; y esas vacilaciones autorizaban, o a lo menos servían de disculpa a los escritores particulares para proponer y practicar las reformas que más convenientes

¹⁵ Salvá, *Gramática, Ortografía*, J-G.

les parecían. No era Bello el único que las proponía: Salvá, cuya Gramática es encomiada y juzgada por Ticknor como superior a la de la Academia¹⁶, quiso que se estableciesen algunas variaciones, casi las mismas apuntadas después por el filólogo americano; pues propuso que se usase la *i* como conjunción, y al final de voces como *lei*, *mui*, que se refiriese la *r* a la vocal anterior y no se partiese la *rr* al fin del renglón, y que no se pusiese tilde a los monosílabos sino como señal para distinguirlos. Tampoco eran dichos cambios exclusivos de aquella época: algunos habían sido seguidos por notables autores como Nebrija, Abril y Mayans.

Dada esta situación, Bello pudo, sin atacar ninguna conveniencia literaria, afiliarse en el partido que creía mejorar la ortografía, y cuyas reformas podían ser sancionadas por el uso y por el Cuerpo encargado de autorizarlo, dado que otras eran en esos tiempos admitidas y autorizadas.

La ortografía reformada, si bien ha logrado privar algún tiempo en varias partes de América, no podía ni puede prevalecer indefinidamente; porque aunque introducida con sanas intenciones y patrocinada por tan alta autoridad como la de Bello, no ha obtenido el fallo del uso general y constante; y no lo ha obtenido, entre otras razones, por haber servido de ocasión para que se levantase un funesto sistema de innovación que amenazaba eliminar de todo en todo la ortografía castellana, proponiendo, bajo las apariencias de la lógica, reformas absurdas pro ser opuestas a la práctica universal no solo de nuestra lengua sino también de los demás idiomas cultos. Innegable es que a la ortografía como a todas las artes humanas, le toca su progreso racional; pero por eso mismo no es posible que se reduzca a representar precisa y únicamente los sonidos, pues llegando a tal estado se diversifica extraordinariamente perdiendo por completo su fisonomía propia.

Decimos que la lógica de que se ha armado el prurito neo-gráfico, infinitamente apartado de la mente del ilustre Bello, es una lógica aparente, porque muchas de las irregularidades de la ortografía solo pueden serlo para quien desconozca principios incontrovertibles en materia de lenguaje. Las palabras no solo en sus remotas derivaciones al través de una lengua a otra, sino en las más próximas que se verifican en el recinto de un mismo idioma, experimentan constantes alteraciones fonéticas, y en esa corriente de variación le toca al arte de escribir algo muy útil, el conservar las huellas, tan interesantes para la ciencia, de esa derivación.

¹⁶ *Historia de la literatura española*, volumen IV, página 15.

Es más: la ortografía mantiene viva la afinidad de las palabras, que no por pronunciarse de modos diversos, dejan de tener un mismo origen; si fuese la escritura copia fiel, y nada más que copia, de los sonidos, perecería uno de los medios, el más seguro acaso, para establecer las relaciones de las palabras; y la etimología, así como la filología, casi serían imposibles: al oír a un inglés pronunciar *uol*, ninguna semejanza hallaremos en esta palabra con el *bayado* de ciertos pueblos de origen español; ni una radical hay común en las dos voces; pero restitúyase a éstas su natural ortografía, escribiendo *wall* y *vallado*, y la semejanza y afinidad, enantes veladas, brillarán con toda claridad¹⁷. Otro de los detrimentos que ocasionaría al idioma el establecer un mero signo para cada sonido sería la confusión de palabras idénticas en pronunciación y diversas en sentido; ningún medio quedaría para distinguir *ha*, verbo de *a*, preposición, *huso*, instrumento, de *uso*, costumbre, y multitud de voces homófonas que tenemos.

En honor de Bello bástenos decir que casi todas las innovaciones que probó a establecer no pertenecen al número de esas que en vez de simplificar el idioma lo complican y oscurecen, y que el espíritu con que las dictó fue el mismo de autores que honran las letras castellanas.

II

Clasificación de las palabras

Son las clasificaciones excelente medio para comprender los objetos, e influyen mucho en el método y claridad de los tratados científicos: hacen, en efecto, las veces de puntos distintos de observación en que la mente se coloca para poder estudiar completamente y entender bien los objetos complicados de la ciencia o del arte. Cuando las clasificaciones se conforman con la naturaleza de las cosas, separando lo que realmente está separado, son utilísimas a la inteligencia; en el caso contrario, cuando no tienen otro fundamento que el capricho, en vez de ser convenientes perjudican al orden y la claridad y embarazan los estudios.

En gramática las clasificaciones han variado desde la distribución introducida por Platón para los nombres y los verbos hasta la división del discurso en diez clases de palabras, establecida en época posterior. Bello

¹⁷ La ortografía es el signo de las palabras oriundas de otro idioma, y al mismo tiempo un medio fácil de comunicación entre los pueblos que hablan idiomas derivados de una misma lengua madre, puesto que conservando en general unas mismas letras radicales, es mucho más sencillo el conocimiento de la significación de las palabras, cualquiera que sea su pronunciación. Charles Nodier.

no admite más que siete partes de la oración¹⁸, pues comprende el artículo en la clase del adjetivo y reduce el pronombre y el participio unas veces a la del sustantivo y otras a la del adjetivo.

Aunque para comprender el fundamento de esta clasificación sería menester haber expuesto ya los caracteres de las partes del discurso, para de ese modo ver que las otras clasificaciones separan palabras que en realidad son de una misma especie, únicamente diremos que ésta tiene la ventaja de ser más sencilla y de hallarse corroborada por los principios de la etimología, que nos dice que el artículo no es en su origen más que un pronombre. Si hubiese de ser razón bastante para establecer nuevas especies de palabras cualquiera diferencia entre éstas, su número se multiplicaría extremadamente: si el participio se coloca en un género separado, no hay por qué negar el propio honor al gerundio y al infinitivo.

La clave de la clasificación que venimos exponiendo, el punto común de referencia de todas las palabras, es la proposición. Esta es la reunión del sujeto y el atributo, definición que es quizá mejor que aquella otras tan usada, *el juicio expresado con palabras*; en efecto, hablando en rigor, esta última no comprende todas las proposiciones, pues cuando decimos *el sol sale* expresamos una verdadera afirmación, un juicio perfecto; pero al decir *Pedro hable*, en proposición optativa, o no expresamos un verdadero juicio, o tenemos que admitir acerca de ésta una noción bastante oscura.

Los elementos de la proposición son el sujeto, o sea aquello de que pensamos algo, y el atributo, o sea lo que pensamos del sujeto. La distinción del sujeto, cópula y atributo, admitida en ideología, no debe correr en gramática porque no tiene fundamento ni aplicación alguna. Es verdad que la idea de ser, según opiniones muy respetables¹⁹, es como el fundamento, si no como la fuente de las demás ideas, pues se halla latente en todos los actos del pensamiento; cierto también que deben distinguirse dos significados en el verbo *ser*, el uno que denota la existencia, verbigracia *Troya fue*, *Dios es*; el otro que hace las veces de signo de igualdad entre las ideas, verbigracia *el círculo es redondo*²⁰. Todo esto confirma la distinción ideológica, pero no debe conducir a establecer una distinción gramatical,

¹⁸ Sustantivo, adjetivo, verbo, adverbio. Preposición, conjunción e interjección.

¹⁹ V. Rosmini, *Filosofía*, en los *Documentos de la Historia Universal* de Cantú.

²⁰ Hallamos estos significados de ser en los siguientes admirables pasajes de Fray Luis de Granada: Ni vuestro ser comenzó en el tiempo ni se acaba en el mundo; *sois* ante todo tiempo y mandais en el mundo y fuera del mundo, porque llamais las cosas que no *son* como las que *son*. Porque es cierto que así como en el cielo vos *sereis* espejo en que veamos las criaturas, así en este destierro ellas nos *son* espejo para que conozcamos a Vos.

opuesta a la historia del lenguaje y capaz de producir confusión sin ningún resultado útil.

Aún los verbos de significado más abstracto tuvieron al principio uno muy concreto; el mismo verbo *ser*, que se arroga hoy el carácter de verbo único y esencial, significó en su origen *respirar* (de la raíz *as*), y *estar*, también muy abstracto, pues sirve para denotar la existencia de un modo transitorio, quiso decir lo mismo que *estar en pie* (de la raíz *sta*)²¹. No han faltado autores que sostengan que cuando decimos *Pedro ama*, el atributo *ama* lleva guardados el verbo y el predicado, es *amante*, y que por lo mismo todo verbo debe resolverse en dichos elementos.

Tal teoría se funda en una distinción ideal, pero de ningún modo en un hecho del lenguaje; porque aunque es cierto que algunas flexiones verbales se forman por el verbo *ser* pospuesto, como el pretérito y el futuro imperfectos del latín (*canta-bam*, *canta-bo*), otros verbos pueden también desempeñar esa misma función, como podemos verlo en el futuro y el pospretérito castellano (*amar-he*, *amar-hía*).

Demás de esto, la teoría del verbo único es desechable porque explica hechos simples de un modo complejo, y, lo que aún es peor, porque oscurece importantes distinciones gramaticales; si se admite el verbo *ser* como parte esencial de toda proposición, es necesario admitir también como tal el predicado, cuando esta denominación debe reservarse para ciertas y determinadas funciones del nombre cuya distinción sí es útil y necesaria.

El verbo castellano es la palabra que designa el atributo de la proposición, indicando juntamente el número y persona del sujeto, el tiempo del atributo y el modo de la proposición.

Esta definición es del número de aquellas que alcanzan su fin principal, cual es el presentar con claridad el objeto, pues da una señal inequívoca para distinguir la palabra a que se refiere. Pero hay que reconocer que tiene una extensión tal vez innecesaria, porque asigna al verbo cuatro diferencias especiales, de las cuales las dos primeras, que son denotar número y persona, le son comunes con el nombre y el pronombre; lo que parece distinguir verdaderamente al verbo en la definición aludida es el denotar tiempo, pues la inflexión modal tal vez no la consideró el autor tan

²¹ Max Müller. Bopp observa que el sánscrito da a veces a la raíz *stha* (estar en pie) el sentido abstracto de *ser*; en lo cual en cierto modo se adelantó a las lenguas romances, que han compuesto con la ayuda de las tres raíces *sta*, *es* y *fu* la conjugación del verbo sustantivo.

esencial, una vez que no aparece en la primera definición deducida del análisis hecho ex profeso para definir el verbo²².

Resta ver si en efecto el señalar tiempo es tan esencial del verbo que pueda presentarse como su distintivo, de tal modo que sea corriente la definición dada por Balmes, y que algunos refieren a Aristóteles: *verbo es la palabra que expresa una idea bajo la modificación variable de tiempo*. Si se busca una definición del verbo en general, la citada es insostenible, pues cuando más es aplicable a cierto período lingüístico: el verbo hubo de existir primero que la conjugación, porque desde que ha sido posible separar la raíz de las flexiones, se ha visto cómo éstas no son más que desinencias agregadas a aquella o sus modificaciones internas²³; lo que hoy está formando un solo todo, fue en un tiempo distintas palabras; en *amábamos*, *verbigracia*, existe un sufijo que denota el número (s), otro la persona (m), otro el tiempo (ba), y la raíz, significativa de la acción, que tuvo que existir independiente y que es el verdadero verbo; así cada forma verbal es como un cuerpo compuesto de partes perfectamente soldadas²⁴.

Debe tenerse presente, sin embargo, que Bello, según claramente lo advierte él mismo y según puede colegirse del criterio que lo guió, no presenta una definición del verbo en general, sino del verbo castellano. ¿Será cierto, en este limitado aspecto, que el verbo es la parte de la oración que denota número, persona, tiempo y modo, o que puede conjugarse? Apenas podrá hallarse un verbo que, aunque defectivo, carezca enteramente de conjugación; los que hoy aparecen en suma pobreza de formas tuvieron varias no ha mucho; así hallamos estas dos de *atañer*: Este proverbio me *atañe* a mí²⁵. Estas alabanzas os *atañen* y tocan a vos²⁶. Parece, pues, lícito sostener que la definición de Bello es por lo menos aplicable a nuestro verbo y distintivo seguro para conocerlo.

Reprueba nuestro autor aquella definición que dice ser verbos las palabras que significan, o en otro tiempo significaron, movimiento o acción, porque ella comprende las mismas palabras *movimiento* y *acción*, como parece claro. Esta definición, despojada después de lo defectuoso que

²² Bello da dos veces la definición del verbo; la que se ha transcrito es la segunda, que difiere de la primera en que en ésta no se menciona el modo.

²³ Cuervo, nota 57 a la Gramática de Bello.

²⁴ Cuervo, *Estudios filológicos*, III. *El infinitivo*, anuario de la Academia Colombiana.

²⁵ D. Juan Manuel, epístola LXXIX, en Capmany, *Teatro de la elocuencia*, I.

²⁶ En Garcés, *Fundamento del vigor y de la elegancia de la lengua castellana*.

tenía²⁷, indudablemente se funda en la historia del lenguaje; aún aquellos verbos que parecen no denotar acción alguna, la significaron antes; así, *yacer* significó *arrojar* (*jacere*), y quizá el mismo *morir* envolvería alguna idea de actividad, pues se cree que *Morta* fue nombre griego de una de las Parcas. El movimiento continuo que Bello observa²⁸, por el cual los verbos pasan de activos a neutros y de neutros a activos, existe también de lo activo a lo pasivo. Hállase, pues, en todo verbo, a lo menos de una manera latente, la expresión de una actividad en ejercicio. Pero es claro que la definición que consideramos más conveniente en general, ha menester explicación por ser más profunda.

Como el verbo es la palabra que por su esencia designa el atributo, el sustantivo es, según Bello, la palabra que puede servir de sujeto. Ante todo, esta definición parece tener en su favor el que siempre que una palabra sirve de sujeto, siquiera sea accidentalmente, se sustantiva, como *el justo honra a Dios, el malo será castigado*. Tal vez tiene relación con esto un hecho deducido por los sabios del estudio etimológico de las palabras, y es que los sustantivos no han significado por sí mismos las cosas y personas, sino que fueron, por lo menos muchos de ellos, verdaderas palabras de significado atributivo, que merced a emplearse como sujetos o a desempeñar otras funciones del adjetivo, han perdido su carácter originario y convirtiéndose en verdaderos nombres de los objetos y no de sus cualidades.

Sin salir de nuestra lengua, hallamos muchos sustantivos que evidentemente fueron antes adjetivos, como *director*, y que a poder sustantivarse por ir tácito el sustantivo a que se refieren, asumieron para sí este carácter. Y si fijamos la atención en más apartados orígenes hallados por los sabios, el número de tales sustantivos se multiplicará a nuestra vista; hecho, por otra parte, muy natural, pues los primeros hombres hubieron de fijarse, para denominar los objetos, en las cualidades de éstos y no en su esencia, que solo raras veces, y esto tras profundos estudios, es dado al hombre concebir en abstracto. Así la luna se llamó en unas parte la *brillante* (*lucina*), y en otras la *que mide* (*moon*), por haber sido, en efecto, el primer instrumento que sirvió a los hombres para medir el tiempo; así también el hombre recibió en unas partes el nombre de *el terreno* (*homo*, *humus*), y en otras el de *pensador* (*man*).

²⁷ Caro y Cuervo, *Gramática latina*.

²⁸ *Gramática castellana*, capítulo XXIX.

Un prolongado uso hace que las formas se vayan modificando, y que al mismo tiempo la palabra que antes sirvió para designar una cualidad común sirva después de nombre a un solo objeto que posea en grado eminente dicha cualidad, y no hay duda que esto sucede cuando el adjetivo se pone de sujeto de la proposición, como cuando se dice, por ejemplo, *la brillante crece, el pensador vive*.

Con todo, quizá no es temeridad pensar que Bello no quiso dar del sustantivo una definición propiamente didáctica, y así lo persuade el hallarse su definición aislada en medio de un aparte, sin ocupar la categoría que suele dar a aquellas definiciones que, como fórmulas deducidas de profundo análisis, establece a veces. Aunque es verdad que el sustantivo por su esencia puede servir de sujeto, los niños cuando de antemano no saben distinguirlo, deducen de la definición que se va exponiendo, consecuencias como éstas: *justo, bueno, blanco, pero*, son sustantivos, porque pueden servir de sujetos: *el justo se salva, el bueno merece, el blanco es activo, el pero contradice*.

Entre las palabras que modifican al sustantivo hay una que sin los accidentes del verbo siempre va agregada a aquél; se llama adjetivo y ejerce dos funciones: la de *especificar*, o expresar cualidades no necesarias, verbigracia, *animales mansos*, y la de *explicar*, o enunciar cualidades naturales, verbigracia, *mansas ovejas*.

Hay cuatro palabras que, aunque relacionadas por alguna analogía de significado, entrañan sin embargo profundas diferencias: el atributo, el adjetivo, el epíteto y el predicado. *Atributo*, correlativo de *sujeto*, es una parte de la proposición, que no puede existir sin éste, y puede constar de varias palabras; *adjetivo*, correlativo de sustantivo, es por necesidad una sola palabra, y parte del discurso que no sugiere ninguna idea de juicio ni proposición; *epíteto*, cuyo significado no es el mismo en retórica que en gramática, es un adjetivo que explica el objeto enunciado de él una cualidad necesaria, y no puede hallarse solo; con éste identifica Bello el predicado, aunque acerca de tal punto su doctrina no quedó perfectamente clara, según puede verse comparando lo que dice en el capítulo II de su obra con lo que trae en la nota respectiva del fin. En el primero de estos lugares es predicado el epíteto, como *manso cordero*; en la nota lo es todo adjetivo que en cualquier lugar de la frase se refiere al sustantivo sin limitar su sentido, sin especificarlo, verbigracia, *el triste invierno, el día amaneció triste*. No presumimos haber penetrado la mente de nuestro autor en esta materia; pero parece que para él cualquier adjetivo, esté o no esté en proposición, con tal que no especifique al sustantivo, debe llamarse

predicado; y en efecto, en las frases *el triste invierno*, *el día amaneció triste*, el adjetivo no especifica, pues no establece una clase de invierno o de días. No puede negarse, empero, que si los dos adjetivos tienen esa vaga semejanza, ella no basta para que se confundan en un mismo nombre dos funciones tan distintas como las que dichos adjetivos ejercen; por lo cual hoy se reserva el nombre de epíteto para aquellos adjetivos que explican al sustantivo inmediatamente, como *triste invierno*, y el de predicado a aquellos que por medio del verbo se refieren al sustantivo, como en el segundo ejemplo.

Incluye Bello el tratado del género en el del adjetivo. Cuando éste tiene dos terminaciones, como *bueno*, *buena*, hay ciertos sustantivos que se juntan con la primera terminación, y otros con la segunda, de donde resultan dos grupos de sustantivos, los unos del género masculino y los otros del femenino. Género es, pues, la clase a que pertenece el sustantivo según la terminación del adjetivo con que se construye cuando éste tiene dos en cada número. Síguese de aquí que el género neutro no existe en nuestra lengua en cuanto a la concordancia, porque para que existiese sería menester que hubiese adjetivos con tres terminaciones; por lo mismo el admitirlo es uno de tantos artificios en que se aplica al castellano desacertadamente la gramática del latín.

Nuestro autor impugna la definición que dice ser género la distinción del sexo real o ficticio de los seres, y apoya su doctrina en las diferencias que hay en el género de una misma palabra al pasar de un idioma a otro. Observa que en esta materia se toma la causa por el efecto, pues el sexo ficticio no es el que hace que ciertos nombres sean masculinos ni femeninos, sino, al contrario, el usarlos en uno u otro género es la causa de que se finja en ellos cierta imagen de sexo. En este punto nuestro autor es enteramente lógico, pues dicha doctrina es consecuencia necesaria de su método y sistema, que es estudiar la lengua aisladamente, tal como hemos advertido atrás. Si se ha de considerar la materia de un modo más general, es preciso reconocer que la razón primitiva que dio al género existencia fue la distinción de los sexos, aunque luego, en la dilatada corriente de la derivación, se haya manifestado esa mutua influencia del uno sobre el otro, como lo expone Bello²⁹.

²⁹ Tratándose del latín, por ejemplo, algunos filólogos distinguen de la raíz el tema nominal, que no es más que la misma raíz más una letra que primitivamente designó el género (e, u, i, y después a, o, e) y que pudo ser tomado de las palabras que designaban el sexo. Véase La Salde, *De la lengua latina y su enseñanza*, III.

III

Pronombre y artículo – declinación

Ya hemos visto que del pronombre habían formado los gramáticos una parte distinta de la oración, y que Bello la refundió en la clase del nombre, pues unas veces es sustantivo y otras adjetivo; participa en efecto de los mismos accidentes y tiene los mismos caracteres que los nombres, y si el ponerse en lugar de éstos fuera razón suficiente para constituir con el pronombre una especie separada de palabras, había de incluirse en dicho número una multitud de sustantivos que se usan en vez de otros para evitar su repetición, como cuando después de hablar de Napoleón, se le llama el *Emperador*.

Llámanse clase los nombres que significan primera, segunda o tercera persona, sea que expresen esta sola idea o que la asocien a otra.

La primera clase de pronombres es la de los personales, que significan la idea de persona por sí sola, y son: *yo* y *tú*, con sus plurales *nosotros*, *vosotros*. Los demás gramáticos consideran a *él* como pronombre personal de tercera persona; pero Bello lo tiene por un simple adjetivo demostrativo sustantivado, según se verá más adelante. Las diferencias esenciales de *él* respecto de los pronombres *yo* y *tú* hacen que esta exclusión sea a lo menos muy plausible: en efecto, mientras que los dos últimos designan por sí solos la persona o tienen un significado de cualquiera entiende, *él* no la tiene hasta que sabemos a quién se refiere; *yo* y *tú* no envuelven elipsis alguna, *él* lleva supuesto y tácito el nombre a que se refiere. Fuera de esto, ocasiones hay en que otras palabras hacen las veces del pronombre *él*, sin que por ello se llamen pronombres personales: tales son *éste*, *ése*, *aquél*; y su origen (*ille*), enteramente adjetivo, lo distingue quizá esencialmente de *yo* y *tú*, que siempre se aplican a designar la persona.

Distintivo de los pronombres *yo*, *tú*, *él* es la declinación por casos, materia en que Bello sentó doctrinas verdaderamente filosóficas y acordes con la ciencia del lenguaje, reformando así la gramática castellana, que en esta parte andaba servilmente por la senda de gramáticas extrañas.

Así como las determinaciones de la conjugación, que hoy aparecen enteramente confundidas con la raíz, fueron en otro tiempo palabras separables y aún apartadas de aquélla, así los complementos, o frases compuestas de preposición y término, forman a veces una sola palabra en las lenguas que poseen mucha fuerza de flexión; el aparente genitivo *domi*, que se traduce en *casa*, según los filólogos es una contracción de *domu in*, y el ablativo terminado en muchos nombres en *i* admite una

explicación semejante. Los casos, según esta doctrina, son inflexiones formadas, a los menos varias veces, por una partícula pospuesta al término, aunque el uso haya venido a confundirlos de tal manera, que en ocasiones no sea posible señalar la línea fija de la primera aglutinación. Conforme a esto, la declinación es el nombre lo que la conjugación al verbo, y por consiguiente el número de los casos necesariamente varía de una lengua a otra; se halla en algunas sumamente reducido, como en la nuestra, al paso que en otras, ricas en flexiones, constituye uno de los accidentes más variados: así el griego tiene cinco, el latín, seis, y Max Müller observa que el finlandés posee quince.

La declinación corresponde a un período sintético, y en este sentido las lenguas antiguas eran más gramaticales que las modernas³⁰; con todo, aún en la más adelantada época del latín hállanse ejemplos que muestran cierta tendencia, destructiva de la declinación, a sustituir el caso con el complemento; de manera que en esta materia ha habido con el transcurso del tiempo, primero una ascensión y después un descenso; así el arroyo deshace hoy el aluvión que sus mismas aguas habían estado formando desde época remota. El castellano apenas posee una pequeña reliquia de declinación; se vale casi siempre de la proposición y el término para expresar las relaciones; verbigracia, para traducir el ablativo *terra* (Horat. Epod. II, X, Sat. I, 1), dice *con tierra, por tierra, en tierra*³¹.

De acuerdo con estos principios establece Bello la declinación castellana; y lo notable es que una doctrina que los filólogos han deducido de largos estudios y de la comparación de muchísimas lenguas, la expresó perfectamente y la redujo nuestro sabio con solo decir: *no deben confundirse los casos con los complementos*. Del genio es reducir vasta doctrina a una proposición.

Los casos son cuatro: nominativo, que designa siempre el sujeto de la proposición; es el caso recto de los latinos: verbigracia, *yo leo, tú cantas; complementario acusativo*, que equivale a un complemento cuyo término es el objeto gramatical de la acción del verbo: por ejemplo, *me odian, te honran; complemento dativo*, que equivale también a un complemento cuyo término recibe indirectamente la acción del verbo, verbigracia, *me dan la lección, te dictan el escrito; y terminal*, que es una inflexión que va

³⁰ En resumen, ¿qué es la gramática sino la conjugación y la declinación? Max Müller, *Lectures on science of language*, IV.

³¹ He aquí ejemplos referentes al latín: *Fercula de cena* (Horacio); *genera de ulmo* (Plinio); *homo de schola* (Cicerón); *de credere et non credere* (Fedro). V. Cantú, H. U. lib. VIII, c. XIX.

siempre después de una preposición, por ejemplo, *por ti*, *de mí*. El cuadro de la declinación es, pues, el siguiente:

YO	TU
Singular	Singular
Nominativo, <i>yo</i> .	Nominativo, <i>tú</i> .
Complementario acusativo, <i>me</i> .	Complementario acusativo, <i>te</i> .
Complementario dativo, <i>me</i> .	Complementario dativo, <i>te</i> .
Terminal, <i>mi</i> .	Terminal, <i>ti</i> .
Plural	Plural
Nominativo, <i>nosotros</i> .	Nominativo, <i>vosotros</i> .
Complementario acusativo, <i>nos</i> .	Complementario acusativo, <i>os</i> .
Complementario dativo, <i>nos</i> .	Complementario dativo, <i>os</i> .
Terminal, <i>nosotros</i> .	Terminal, <i>vosotros</i> .

Aunque Salvá tiene el mérito de haber conocido el inconveniente de aplicar al castellano la declinación latina, no se puede comparar el sistema que él propone con el desarrollado por Bello. No pudo Salvá librarse del todo de las influencias latinas, y por eso los tres casos que inventó expresan tres géneros de relaciones y no tres desinencias distintas. Llama caso *recto* al nominativo; *objetivo*, al acusativo, y *oblicuos*, al dativo y al terminal, de donde resulta que casos tan diferentes como los que se ven en estos ejemplos: *Me dan la lección*, *vienen por Mí*, se llaman de un mismo modo³². También Murria había ya presentado la declinación inglesa según un método con el cual concuerda la de Bello³³.

Pronombres posesivos son los que a la idea de persona agregan la de pertenencia. Tales son *mío*, *tuyo*, *suyo*, *nuestro*, *vuestro*, con sus respectivas terminaciones femeninas y plurales.

Demostrativos son los que señalan la situación de los objetos respecto de determinada persona, y son *este*, *ese*, *aquel*, con sus demás terminaciones. *Esto*, *eso*, *aquello*, tenidos por terceras terminaciones de los primeros, son verdaderos sustantivos porque no van agregados a otra palabra modificándola, porque sirven de sujeto y de término, y porque pueden llevar modificaciones adjetivas.

³² Salvá, *Gramática castellana*, Analogía, c. IV.

³³ *English Grammar*, part. II, Chap. 3, sect. 4.

El, la, los, las, es un demostrativo que sirve, no para señalar lugar, como los que van enumerados, sino para determinar la idea del objeto. Entre las expresiones: *aquella casa que vimos*, *esta casa que vemos*, y la expresión *la casa*, no hay más diferencia que la que proviene de faltar en la última la indicación de lugar. Este demostrativo, llamado artículo definido, es el mismo *ille* latino, cuya forma íntegra sustantivada es *él, ella*. El último es juntamente con el sustantivo *ello* la otra palabra que tiene declinación por casos en castellano: nominativo, *él, ella*; complementario acusativo, *le o lo, la*; complementario dativo, *le, lo o la*; terminal, *él, ella*; etc. Tal identidad del artículo *el* y el pronombre *él* la confirma Bello observando que Destutt de Tracy había reconocido como idénticos el artículo *le* y el pronombre *il* en francés. Esta doctrina no puede ya revocarse a duda, siendo obvia a la luz de la etimología³⁴.

Así como de los demostrativos de lugar salen los sustantivos *esto, eso, aquello*, de las formas íntegra y sincopada de *él* salen los sustantivos *ello* y *lo*, que aparecen en frases como *ello es cierto, lo justo es meritorio*. Esta doctrina es una generalización de la anteriormente expuesta, y ha sido respecto del *lo* contradicha por algún filólogo de grande autoridad³⁵; no es por consiguiente temerario el seguir un parecer distinto de la doctrina expuesta: y ya que tal parecer escogemos, debemos consignar las razones que parecen demostrar que *lo* no tiene, en frases como *lo bueno, lo justo*, carácter sustantivo sino adjetivo.

Lo que según Bello caracteriza al sustantivo es el poder ir sin modificaciones adjetivas y servir al sujeto, siendo ésta la razón por que *esto, eso, aquello* tienen tal carácter. Pero parece que no tiene el de sustantivo una palabra que como *lo* no se aparta nunca de otra a la cual va adherida; adjetivo es una palabra que va siempre agregada a otra modificándola o determinándola; *lo* se halla siempre agregado a otra palabra sirviéndole de determinación, luego es adjetivo. Y no se diga que *bueno* y *justo* en las frases referidas no pueden ser sustantivos, pues es sabido que pueden hallarse sustantivados.

Se verá esto más claro todavía comprando el castellano con el latín en este punto: mientras que *esto, eso, aquello, ello* se traducen en esta última lengua por *hoc, istud, illud, ide*, el *lo* que analizamos carece, lo mismo que los demás artículos, de equivalente latino; así es que al

³⁴ V. Ticknor, *Historia de la literatura española*, Apéndice A. Es notable la analogía universal del artículo con el pronombre demostrativo. En alemán *der, die, das-dieser, diese, dieses*; en francés *le, la, il*; en inglés *the, this, that*. Cantú, H. U., 1, XI, c. XXVIII.

³⁵ Cuervo. Nota 43 a la Gramática de Bello.

verter frases como *lo bueno*, *lo infinito*, no veremos aparecer más que el segundo elemento, *bonum*, *infinitum*, prueba evidente de que es éste y no el elemento *lo* el que tiene la fuerza sustantiva; es decir, que sucede exactamente lo mismo que en frases como *el hombre* (*homo*), *la mesa* (*mensa*)³⁶.

Imitándose una explicación de la gramática latina, se dice que en las frases *lo grande*, *lo bueno*, lo equivale a *las cosas*, y que por consiguiente *bueno* y *grande* son modificativos de esta frase sustantiva que va envuelta. Empero, semejante sustitución no es posible en varios casos; si se dice *lo alto de la torre*, *lo ancho del puente*, no se podrá decir *las cosas* en lugar de *lo*, sin que el sentido quede evidentemente repugnante.

En frases como *lo capitán*, *lo rey*, *lo mujer*, reconoce Bello el *lo* como demostrativo o artículo (& 362); y a la verdad, dichas frases no se diferencian esencialmente de las que analizamos, porque la segunda palabra, aunque ordinariamente es sustantivo, pudiera considerarse adjetivada si el *lo* tuviera el carácter que el autor le asigna en los demás casos.

El horror de la lengua por la *m* final tuvo parte tal vez en que el adjetivo castellano quedase con solas dos terminaciones, pues las tres de varios adjetivos latinos (*us*, *a*, *um*) quedaron reducidas a *o*, *a*, según las leyes de la derivación; pero permaneció un solitario adjetivo que permitió la triple versión; tal fue *ille*, *illa*, *illud*, que se tradujo *eli*, *ela*, *elo* (*el*, *la*, *lo*), único representante del género neutro en castellano. Hubo quizá en los primeros tiempos de la lengua alguna tendencia a dar al artículo masculino la forma *lo*:

Alejandro con gozo de tal premio ganar
Contendió cuanto pudo por *lo* lazo soltar
Entro pe *lo* Egipto como rey irado.³⁷

De sus principios sobre los demostrativos deduce Bello los relativos al género neutro, materia que ilustra admirablemente una distinción real y profunda, y es que el género de los sustantivos se puede conocer de dos manera: o en cuanto a la concordancia con el adjetivo, o en cuanto a la reproducción de ideas precedentes. Si examinamos estos dos ejemplos: *El niño es aplicado* e *inteligente*; por eso pueden fundarse esperanzas en *él*

³⁶ Algo semejante acontece en inglés: *picturesqueness* (lo pintoresco), *genuineness* (lo genuino).

³⁷ Poema de Alejandro, 789, 1117.

y *El estudiar es provechoso*; por eso me dedico a Ello, notamos que *niño* y *estudiar* son masculinos, pues se juntan con *estudioso* y *provechoso*, y también que mientras el primero es reproducido por medio del pronombre masculino *él*, el segundo lo es por medio de Ello, nombre que no es ninguna de las terminaciones adjetivas. Las palabras que se reproducen por *ello*, *esto*, *eso*, *aquello* se dice que tienen género neutro.

Esta doctrina, muy clara y muy fundada, puede tener una excepción, según el dictamen que se adopte acerca del *lo*; pues si se reconoce en éste una tercera terminación del artículo, acaso pueda inferirse que hay palabras en castellano que se juntan con una terminación neutra. En este caso accidental tendrían tal género los adjetivos sustantivados y los nombres que por un uso raro lo admiten, como *lo mujer*, *lo rey*.

IV Relativo

El pronombre relativo no se diferencia del demostrativo sino en que a la idea de demostración agrega la de relación. Si en esta frase: las estrellas son otros tantos soles; éstos brillan con luz propia, se pone *que* en lugar de éstos, en vez de dos miembros desunidos se tendrá una oración perfectamente enlazada, debido a la presencia del relativo.

El de más frecuente uso es *que*, adjetivo de todo género, número y persona. En el navío que viene de Londres es de género masculino, número singular, tercera persona; en vosotras que me oís es de género femenino, número plural, segunda persona. Puede servir de sujeto, como en los ejemplos anteriores; de complemento acusativo, como en la casa que vemos, y de término, como en las plantas de que está alfombrada la ribera.

La proposición de que forma parte el relativo es *especificativa* unas veces, y otras *explicativa*. Especificativa, como los muebles que compró Juan son buenos, explicativa, como ella, que deseaba descansar, se retiró.

El relativo puede ser sustantivo neutro, que sirve de sujeto, complemento, término o predicado. Sujeto, como *eso que pasó*; complemento, como en *esto que te digo*; término, como *servir a Dios, de que depende la felicidad, es el primer deber*; predicado, como *ese país, de estéril que era, se ha vuelto un jardín continuado*.

El neutro *que*, en vez de hacer relación a una idea precedente, puede referirse a una que venga después, y en este caso se llama *anunciativo*. En esta frase: Que la tierra se mueve es cosa averiguada,

puede sustituirse el *que* con el demostrativo *esto* sin otro resultado que la flojedad con que aparece la sentencia. El anunciativo puede servir de sujeto, como en la frase anterior; de término, como en *dudo de que venga*; de complemento, como en *prometió que vendría*. De aquí se deduce que la palabra analizada es un verdadero nombre, y no, como pretenden los demás gramáticos, una conjunción.

Esta doctrina de Bello acerca del *que* anunciativo concuerda con la que sostuvo Sánchez acerca de la conjunción latina *quod*³⁸, y con la de Horme-Tookey sobre *ut*. El anunciativo *que* entró al castellano, según todas las apariencias, como una traducción literal del segundo elemento de las locuciones bárbaras *dico quod*, *credo quod*, giros *que*, aunque propios de la baja latinidad, aparecen alguna vez en el mismo período ciceroniano³⁹. De este modo la proposición infinitivo latina quedó casi sin representación alguna en nuestra lengua; y lo notable es que así como en latín *quod* correspondió a *ut*, nuestro anunciativo *que* se sustituye a veces por *como*, especialmente después de ciertos verbos, cuales son acontecer, decir, conocer, etc.⁴⁰

Pudiera acaso inferirse de lo que precede que el carácter del *que* llamado anunciativo está bastante indeterminado, y que si la historia de su origen hace reconocer en él un verdadero relativo neutro, varios de sus usos actuales confirman la opinión que sostiene el erudito anotador de Bello⁴¹.

Los pronombres relativos se hacen interrogativos acentuándose, y como adjetivos y sustantivos sirven de sujeto, verbigracia: *¿Qué hora es?*; es predicado, *¿Qué es filosofía?*; de término, *¿A qué punto te diriges?*, y de complemento; *¿Qué quieres hacer?*

Las expresiones *el que*, *lo que* unas veces son dos palabras y otras equivalen a una sola. En el primer caso el artículo está sustantivado, y sirve de antecedente al relativo: *Los que no moderan sus pasiones son arrastrados a lamentables extravíos*. Aquí no puede suprimirse *los*, y por lo mismo es una palabra distinta. Pero en este otro ejemplo: *La relación de las aventuras de D. Quijote de la Mancha*, escrita por Miguel de Cervantes Saavedra, en *la que* los lectores vulgares solo ven un asunto de

³⁸ V. Salvá, *Gramática castellana*, prólogo.

³⁹ Cato mirari se dicebat quod non rideret aruspex aruspice quum vidisset. Tulio.

⁴⁰ Y acontecía como topabamos algunas cosas que no habíamos visto usar. (Valdés). Me dijo como no podía pagarme. (Academia). Salvá censura a pesar de esto, la siguiente construcción: Se ve como todos los tiempos compuestos son pretéritos.

⁴¹ Cuervo, nota 47.

entretenimiento, es un libro moral de los más notables que ha producido el ingenio humano, aquí, decimos, puede hacerse desaparecer el *la* sin que por ello sufra detrimento alguno el sentido⁴².

Quien es un relativo equivalente a *el que*, *la que* cuando se refieren a personas. Lleva a veces envuelto su antecedente y pertenece entonces en parte a una proposición, en parte a otra. *Quien te adula te agravia*, es lo mismo que *Aquel te agravia que te adula*⁴².

Por el sucinto extracto que precede es fácil ver cuán acertado fue generalmente nuestro filólogo en el estudio del relativo, que seguramente es uno de los más intrincados y difíciles asuntos de la gramática castellana, así como su uso es escollo temible para quien desea hablar con propiedad y elegancia. Nadie antes que Bello había expuesto una doctrina tan exacta y completa sobre los usos de la palabra *que*, verdadero enigma gramatical cuando los gramáticos se limitaban a llamarla simplemente adjetivo o conjunción, sin más análisis que pudiera guiar en la clasificación de tan interesante palabra.

V

Derivados verbales

Llámanse *derivados verbales* varias especies de nombres y de adverbios que se derivan del verbo y lo imitan en sus construcciones. Tales son el infinitivo, el participio y el gerundio.

El infinitivo es un derivado verbal sustantivo que termina siempre en *ar*, *er*, *ir*. Tiene un significado semejante al de los sustantivos abstractos; así, *temer* y *temor* expresan casi una misma idea. Conserva el significado del verbo, sin indicar número ni persona. Ejerce todos los oficios de sustantivo, sirviendo de sujeto: Casa muy dura parece a los malos *comprar* bienes futuros con daños presente; ya de predicado, como en el reino de Dios no es *comer* ni *beber*; ya de complemento, verbigracia, Quiero *imitar* al pueblo en el vestido; ya, en fin, de término, como tomaron las armas para *echar* a los buenos de la villa.

Imita en sus demás construcciones al verbo de que se deriva, llevando sujeto y complemento acusativo, por ejemplo: Informado el general de *estar* ya cerca los enemigos, mando *reforzar* las avanzadas; en donde *estar* tiene por sujeto *los enemigos*, y *reforzar* por complemento

⁴² Sobre esta explicación cf. Cuervo, nota citada.

las avanzadas. Construyése igualmente con adverbios y afijos o enclíticos: *Para administrar bien* la sociedad es necesario *conocerla perfectamente*. Participa, pues, de la naturaleza del verbo, bien que no denota tiempo con relación al momento de la palabra.

Tal es lo que enseña Bello acerca del infinitivo, dictamen que había enunciado ya Prisciano y que Salvá había profesado en parte. No es el infinitivo la raíz del verbo, por más que le sirva de nombre, sino que es uno de sus derivados, como lo demuestra la etimología. Tan completamente se reviste a veces el infinitivo del carácter sustantivo, que llega a tener plural formado según las reglas generales del nombre.

Mísero yo, perdidos mis quereres.

(Cienfuegos)

Accidente muy común en el antiguo castellano, como puede observarse en los poemas anteriores al siglo XV.

Pero también es innegable que participa de la naturaleza del verbo, y en un grado tal que pierde en ocasiones su carácter sustantivo: en efecto, sabe reemplazar al modo llamado finito, especialmente en proposiciones subordinadas a algunos verbos, como *pensar*, *decir*⁴³, y en este caso es tal vez un resto de la proposición infinitivo de la lengua madre. Así, en estas oraciones: Cuando pensaba que había llegado al término de sus deseos, la muerte le sorprendió, y Dicen que se ha hallado el método tan largo tiempo buscado, puede sustituirse perfectamente el infinitivo, diciendo *haber llegado*, *haberse hallado*, en lugar de las formas verbales. Sustitución semejante puede verse en este verso de Berceo, en donde hoy pondríamos *hacer* en vez de *ficiessen*:

Non sabian quel ficiessen amigos e parientes.⁴⁴

El participio es un derivado verbal adjetivo que tiene variedad de terminaciones, las cuales son siempre en *o*, *a* y comúnmente en *ado*, *ada*.

Del participio resulta la diferencia de las construcciones activa y pasiva. Yo edifico una casa es una construcción en que el verbo significa la acción de edificar; la casa es edificada por mí, expresa de la casa una cualidad producida por mi acción, un estado que el acto que yo ejecuto

⁴³ Bello, *Gramática*, c. XLIV.

⁴⁴ Sobre el carácter del infinitivo, cf. Cuervo, *Estudios filológicos*, III y nota 57 a la *Gramática* de Bello

deja en el objeto. La primera de estas construcciones se llama activa, y pasiva la segunda.

Sustantívase el participio cuando se construye con *haber*, como *he leído*, *he escrito*. En este caso participa en un grado más eminente de la naturaleza del verbo, porque así se acomoda más que cuando es adjetivo a las construcciones del verbo de que nace⁴⁵.

Según Bello, el gerundio es un derivado verbal terminado en *ando*, *endo*, que hace siempre el oficio de adverbio. Modifica al verbo, expresando la causa, ocasión u otra idea semejante: *andando* los caballeros por florestas y despoblados, su más ordinaria comida sería de viandas rústicas. Aquí el gerundio expresa la causa de lo que se dice en la proposición principal. Participa de la naturaleza del verbo, pues le imita en sus construcciones y significa coexistencia o inmediata anterioridad.

En ocasiones el gerundio parece construirse con el sujeto de la proposición, modificándolo, y pudiera dudarse si conserva o no el carácter del adverbio: El ama, *imaginando* que de aquella consulta había de resultar la resolución de la tercera salida, se fue a buscar al bachiller Sansón Carrasco. Pero no hay tal, según nuestro autor; el gerundio es aquí una frase adverbial que modifica al sujeto, como lo haría un complemento de causa: El ama, por imaginar (...) o una proposición introducida por el adverbio relativo: El ama, como imaginaba.

Forzada es a la verdad esta explicación, pero por lo menos, si no alcanza a quitar al gerundio el carácter modificativo que tiene en la frase referida, consigna un hecho notable, y es que del mismo modo que en el latín la proposición subjuntiva acarreada por *quum* (*quum crederet*) es a veces convertible en un participio (*credens*), en castellano las encabezadas por *como* tienen también una conversión muy semejante. Los tres ejemplos siguientes nos va a mostrar esa triple correspondencia:

Respondió Sancho todo encendido en cólera: pues, señor doctor Pedro Recio de Malagüelo, natural de Tirteafuera, lugar que está a mano derecha *como vamos* de Caraquel a Almodóvar del Campo (...) voto al sol que tome un garrote y a garrotazos comenzando por él, no ha de quedar médico en toda la ínsula⁴⁶.

La segunda batalla que dio Aníbal fue *pasante* los montes Pirineos⁴⁷. De aquí ya no hay más que un paso al gerundio:

⁴⁵ Participio *sustantivo* llamó Bello en casi todas las ediciones de su Gramática al que se construye con *Haber*; pero en la última, con bastante fundamento, le mudó el nombre por el de participio *sustantivo*.

⁴⁶ Cervantes, Quijote, II, 47.

⁴⁷ Academia, Gramática.

Saliendo del colmenar
Dijo al cuclillo la abeja⁴⁸.

Consignó, pues, nuestro autor un hecho; pero, pegado a una idea preconcebida, no dedujo la conclusión natural, antes la rechazó. Salvá había ya reconocido que hay casos en que el gerundio es un verdadero adjetivo que puede reemplazarse con otro de forma participial, verbigracia: Tenía su vida *colgando* de un cabello, gerundio que puede ser sustituido por *colgante*⁴⁹. Pero quien ha agotado materia tan difícil e importante es el señor don Miguel A. Caro en su *Tratado del Participio*, en que prueba que el carácter principal del gerundio no es el de adverbio, sino el de adjetivo equivalente al participio presente latino.

VI Conjugación

Entre las materias tratadas por Bello, ninguna lo fue de una manera tan nueva y perfecta, ninguna revela más ahincados estudios ni talentos más privilegiados que su teoría sobre el verbo castellano. Este es su argumento preferido, el que con más elegancia desarrolla y el que por sí solo basta para colocar a su autor en el puesto de gran filólogo y gran filósofo. Sus tratados de los verbos irregulares y del significado de los tiempos, el segundo de los cuales publicó por separado en una obra titulada *Análisis ideológica de los tiempos de la conjugación castellana*, son verdaderos monumentos de genio y atención, y, sin necesidad de que el mismo autor dijera, se comprende que hubieron de ser fruto de profundos estudios.

Ningún otro autor había conseguido dominar por completo la materia más complicada de nuestro idioma, como él lo consiguió; los más afortunados habían hecho observaciones aisladas; solo Bello comprendió el filosófico plan y redujo a verdadero sistema ese cúmulo de formas verbales que parecían rebeldes a toda clasificación, esa variedad de significados, al parecer caprichosos, pero guiados por procederes intelectuales y regidos por verdaderas leyes.

Ante la invención de éstas, Bello no vaciló en cambiar la vieja nomenclatura y en sustituir la antigua clasificación, universalmente admitidas, por otras que creyó más exactas y adecuadas a exponer sus

⁴⁸ Iriarte, *Fábula*.

⁴⁹ Salvá, *Gramática*, Sintaxis, cap. V., p. 166.

principios; de que resulta el inconveniente, por no decir defecto, de aislar el sistema gramatical del castellano. Dudamos, empero, que tal inconveniente haga menguar la importancia de la obra de Bello; porque supuesto su mérito intrínseco, las diferencias respecto de los otros métodos, si embarazosas, muestran que su autor ha aventajado a los otros filólogos y que su teoría supera a las demás.

También era natural que al tratar los puntos más abstrusos del lenguaje, situados en los confines de la ideología y de la gramática, no resultasen las enseñanzas con la claridad que es exigible en obras elementales; pero eso no depende del autor, cuyo método y estilo son siempre luminosos, sino de la profundidad del asunto.

Vamos a hacer un breve extracto de los tratados de la conjugación, de los verbos irregulares y del significado de los tiempos, aunque ya sabemos que su cortedad e imperfección oscurecerán sin duda el mérito de la obra de Bello a los ojos de las personas que no hayan leído su *Gramática*.

Se llaman *modos* las inflexiones del verbo en cuanto provienen de la influencia o régimen de una palabra o frase a que éste puede estar subordinado.

Modo indicativo es el conjunto de formas que pueden regirse por los verbos *saber, afirmar*, no precedidos de negación.

Modo subjuntivo común es el conjunto de formas que se subordinan o pueden subordinarse a los verbos *dudas, desear*.

Este modo se llama *optativo* cuando expresa en proposición independiente el deseo de un hecho positivo o negativo, verbigracia: Nada te *aparte* de tu propósito.

El modo *imperativo* lo constituyen aquellas formas verbales que expresan un mandato afirmativo que puede ejecutarse por la segunda persona, a quien el mandato va dirigido.

El *hipotético* comprende las formas que se usan para expresar hipótesis o condición.

Puede decirse que los modos principales son el indicativo, que expresa operaciones del entendimiento, y el subjuntivo, que designa ordinariamente afecciones del ánimo, y que se subdivide en subjuntivo común, optativo, hipotético e imperativo.

Cada uno de los modos se distribuye en tiempos, que son las formas del verbo para denotar la época en que la acción se verifica. Los tiempos son simples cuando constan de una sola inflexión verbal, y compuestos cuando se forman de un verbo auxiliar y un derivado verbal, como *he cantado, he de leer*.

El modo indicativo tiene cinco tiempos: presente, pretérito, futuro, copretérito (*cantaba*) y pospretérito (*cantaría*), los cuales recibían de los demás autores varias denominaciones siendo común la práctica de dividirlos en perfectos e imperfectos, conforme a la conjugación latina. El subjuntivo tiene solo tres formas para expresar los cinco tiempos del indicativo: presente y futuro (*cante*), pretérito, copretérito y pospretérito (*cantase* o *cantara*) y la forma *cantare*, propia del hipotético.

El método seguido por Bello en la conjugación es el mismo que le guía al establecer los principios de la declinación: estudiar las formas tales como existen en nuestro idioma sin mezclar las simples con las compuestas, sin incluir en un modo formas que evidentemente son de otros, sin amoldar forzosamente la conjugación castellana a la latina. Con arreglo a su método, examina las formas diferentes que tiene el verbo, las clasifica por modos según la idea que de éstos da y les aplica un nombre que, como luego veremos, es generalmente una fórmula del significado del tiempo; estudia por separado las formas compuestas y no las confunde como los latinizantes que agrupaban en un mismo tiempo y llamaban con idéntico nombre formas tan diversas como *amé*, *he amado* y *hube amado*, o como *cantaría* y *cantara* o *cantase*, solo porque en latín les corresponde una sola inflexión verbal.

En las variaciones del verbo se puede distinguir la raíz, o parte invariable, de la terminación o flexión que se muda. En el verbo hay dos raíces: una general, que se obtiene quitando del infinitivo las terminaciones *ar*, *er*, *ir*; otra especial, que es todo el infinitivo. De la primera raíz salen todos los tiempos, excepto el futuro y el pospretérito, que salen de la segunda. Funda Bello esta división en un hecho reconocido antes y después de él por grandes filólogos, a saber: que el futuro y el pospretérito fueron formados en castellano y otros idiomas neolatinos por la agregación de ciertas formas del verbo haber al infinitivo (*amaré* = *amar-he*; *amaría* = *amar-hia*)⁵⁰; de la cual no se puede dudar, aunque algunos quieran explicar dichas inflexiones como formas mútilas del futuro perfecto latino (*amaré* = *ama-ve-re*).

Las diversas inflexiones del verbo puestas en orden forman la *conjugación*, de la cual hay tres modelos, según que el verbo termine en *ar*, en *er* o en *ir*. Si un verbo se acomoda en su conjugación a tales modelos, es *regular*, e *irregular* si se aparta de ellos.

⁵⁰ No ha faltado quien haga remontar el futuro *darás* al año 527 de nuestra era, época en que ocupaba Justiniano I el trono de Constantino. V. el prólogo de Hartzenbusch a las obras de Mayans y Siscar.

Para la clasificación de los verbos irregulares se observa que cuando una forma sufre una anomalía, la padecen igualmente otras formas que constituyen con aquélla un grupo de inflexiones afines. Estos grupos son seis:

El primero comprende la primera persona del singular del presente de indicativo y todo el presente de subjuntivo. Así, verbos como *lucir*, *oír*, *traducir*, *salir*, *decir*, *hacer* y *venir*, forman *luzco*, *oigo*, *traduzco*, *salgo*, *digo*, *hago*, *vengo*, reteniendo generalmente la raíz nueva en las formas apuntadas.

El segundo comprenden las tres personas del singular y la tercera del plural de los presentes de indicativo y subjuntivo y el singular del imperativo, como puede verse en *acierto*, *muelo*, *advierto*, *puedo*, *vienes*.

El tercer grupo comprende las tres personas del singular y la tercera del plural del presente de indicativo, las terceras personas del pretérito de dicho modo, todo el subjuntivo, el singular del imperativo y el gerundio, como en *elegir* (eligiendo), *advertir* (advirtiendo)⁵¹.

Fórmase el cuarto de las tres personas del singular y la tercera del plural del presente de indicativo, de todo el presente de subjuntivo y del singular del imperativo, como *argüir* (arguyes), *oír* (oyes).

El quinto comprende los pretéritos de indicativo y subjuntivo y el futuro de subjuntivo, como *andar* (anduve), *traducir* (traduje), *hacer* (hice), *poder* (pude), *venir* (vine), *decir* (dije).

El sexto comprende el futuro y el pospretérito de indicativo, como *salir* (saldré), *hacer* (haré), *poder* (podré), *venir* (vendré), *decir* (diré).

Esta primera clasificación, en que descansa la secundaria que luego expondremos, no se funda, como es claro, en las semejanzas de los sonidos alterados, sino en la identidad de las formas a que se extienden las irregularidades: así es, verbigracia, que *anduve*, *hice*, *traduje* se consideran afines aunque son diversas las alteraciones que sufren: a primera vista la clasificación tiene más de matemáticas que de filológica. No obstante, pueden observarse en casi todas las formas de un mismo grupo analogías más o menos claras: así, las irregularidades del primer grupo consisten en la intercalación de las guturales g, c. En el segundo se diptongan la e y la o acentuadas, lo cual es muy común en nuestro idioma: *pedra* (petra), *cuerpo* (corpus), antiguo *cuemo* (como), etc. En el tercero se observa la

⁵¹ Parece que el tercer grupo no ha sido perfectamente formulado en la Gramática, pues allí (parágrafo 247) se dice: El tercero comprende aquellas formas en que no se sigue a la raíz una *i* acentuada. Según esto, debía ser forma irregular *concebiré*, porque la *i* que sigue a la raíz no es acentuada.

reaparición de la *i* original en varios verbos, *eligió* (eligiere), *diciendo* (dice) siendo para consultar la eufonía por lo que se dice *elegimos*, *decimos*; de manera que en este grupo la irregularidad es más que real, aparente. En el cuarto aparece la *y* entre vocales, cosa igual a lo que sucede en *tuyo* (tuo), antiguo *trayo* (tra-ho). Pueden observarse en el quinto algunas influencias de origen: *dije* (dixi) *hice* (feci), *traduje* (traduxi); respecto de *anduve*, la Academia y Salvá la explican como forma compuesta de *haber* (andar-hube), Bello, como procedente de *andido* o *andudo*, y Cuervo ha puesto en el gallego y el portugués la clave para explicarla⁵². Hallamos, finalmente, en el grupo sexto la síncope de varias inflexiones, que íntegras producirían mal sonido, verbigracia, *querrá* (quererá), *podré* (poderé).

Como hay verbos irregulares en varios grupos, esta primera clasificación es insuficiente, y hay que establecer una segunda, que comprende trece clases de verbos irregulares.

Las cinco primeras clases son formadas por aquellos verbos que tienen solamente las anomalías de los cinco primeros grupos respectivos; tales son, por ejemplo, *lucir*, *acertar*, *elegir*, *argüir* y *andar*.

Hay verbos que reúnen las irregularidades de dos grupos a la vez, y éstos forman cuatro clases, del modo siguiente: en la sexta se incluyen los que reúnen las irregularidades de los grupos primero y cuarto, como *oír*; en la séptima, los de los grupos primero y quinto, como *traducir*; en la octava, los del primero y sexto, como *salir*; y en la novena, los del segundo y tercero, como *advertir*.

Otros hay que reúnen tres irregularidades; éstos constituyen dos clases: la décima, los que son irregulares en los grupos primero, quinto y sexto, como *hacer*; y la undécima, los que son irregulares en los grupos segundo, quinto y sexto, como *poder*.

Hay, por último, verbos que reúnen cuatro irregularidades, y forman las dos últimas clases: en la duodécima entran los que son irregulares en las familias primera, segunda, quinta y sexta de formas afines, como *venir*; y en la decimotercia los que reúnen las irregularidades de las familias primera, tercera, quinta y sexta, como *decir*.

Esta ingeniosísima clasificación, que hace que uno se acuerde de los desarrollos que preceden a ciertas fórmulas algébricas⁵³, tiene, si se ha de considerar el libro como texto de enseñanza, el inconveniente de

⁵² Apuntaciones críticas, parágrafo 252.

⁵³ Ya escrito lo que precede hemos sabido que hay fórmulas para expresar las irregularidades de estos mismos grupos.

ser muy crecido el número de las clases, por lo cual y por ser bastante complicadas las diferencias, particularmente en las últimas, con mucha dificultad puede fijarse en la memoria. Hay, por otra parte, clases como la quinta, la octava y la undécima, que no comprenden más que dos verbos cada una⁵⁴; bien es cierto que aún las más admitidas clasificaciones científicas, la zoológica, por ejemplo, contienen géneros y especies que abarcan muy pocos individuos: una buena clasificación debe ser una buena copia de la naturaleza, y ésta es desigual en sus obras.

Pero al lado de estos inconvenientes, la clasificación tiene una ventaja esencial, cual es haber comprendido casi todos los verbos irregulares, excepto sólo seis: dar, estar haber⁵⁵, ir, ser ver; mientras que en las otras gramáticas el número de los verbos anómalos es tal, que puede decirse que no existe en ellas una verdadera clasificación.

VII

Significado de los tiempos

Si el verbo castellano es complicado en sus formas, hasta el punto de aventajar, merced a sus auxiliares, a la riqueza del verbo latino, es aún mayor la variedad de los significados de esas mismas formas. Lo que a este respecto ha conseguido Bello es una verdadera invención de leyes fijas y admirables que rigen el habla, y que se ostentan aquí con mayor magnificencia que en ningún otro punto de los pertenecientes al lenguaje.

Tres significados ha descubierto Bello en las formas verbales: el fundamental, el secundario y el metafórico; he aquí un resumen de ellos:

I – Significado fundamental

A. Tiempos simples del indicativo

Son cinco: presente, pretérito, futuro, copretérito y pospretérito. El presente indica coexistencia con el momento de la palabra: *el correo llega, el sol alumbrá*. El pretérito indica anterioridad respecto del momento

⁵⁴ La quinta comprende a *andar* y *desandar*; la octava, a *salir* y *valer*; la undécima, a *querer* y *poder*.

⁵⁵ Respecto de *haber*, hoy puede considerarse que su conjugación es distinta; pues según lo demuestran el profesor Díez y el señor Cuervo, la forma *he* de frases como *he aquí, he allí*, no es sino inflexión de *ver*. Quizá pudieran venir a este mismo propósito las siguientes palabras de Valdés en su *Diálogo*: Muchos dicen *he aquí* por *veis aquí*; yo no lo digo.

en que se habla: *Troya fue, César conquisto las Galias*. El futuro significa que la acción es posterior a ese momento: *el correo vendrá*. El copretérito significa que la acción coexistió con un hecho pasado: *cuando llegaste llovía*. El pospretérito expresa una acción posterior a un hecho pasado: *los profetas anunciaron que el Salvador nacería de una virgen*.

B. Tiempos simples del subjuntivo común

Tiene dos formas: *cante* para el presente y el futuro, *cantase* y *cantara* para el pretérito, el copretérito y el pospretérito. Presente: *No percibo que hable nadie en el cuarto vecino*. Futuro: *Es dudoso que ni mi hermano llegue mañana*. Pretérito: *Hoy se duda que Rómulo fundara a Roma*. Copretérito: *No percibí que hablara nadie en el cuarto vecino*. Pospretérito: *Dudé que al día siguiente llegara el correo*.

C. Tiempos simples del hipotético

Tiene una sola forma, *cantare*, que significa presente y futuro. Presente: *Si el tesoro estuviere aquí, lo hallarás*. Futuro: *Si el cielo me diere fuerzas, terminaré hoy*. Cuando la hipótesis va expresada por *si*, se puede emplear además de *cantare* la forma *canto* del indicativo. *Si el tesoro está aquí, si el cielo me da fuerzas*. Cuando la hipótesis es expresada por otra palabra, entonces además de *cantare* se puede emplear *cante*, presente de subjuntivo: *Caso de que el tesoro esté, suponiendo que el cielo me dé fuerzas*.

El hipotético recibe prestadas del indicativo y del subjuntivo común las formas para expresar el copretérito y el pospretérito. Copretérito: *Dijo que si el correo llegaba, llegara o llegase, recibiría carta*; el *llegar*, supuesta su realización, coexiste un *dijo*, que es pretérito. Pospretérito: *Dijo que si al día siguiente llegaba, llegara o llegase el correo, recibiría carta*.

No menciona Bello en el subjuntivo hipotético el simple pretérito. Aunque son bastante raras las condiciones que se refieren a dicho tiempo, ellas existen: *Si ya llegó el correo, tráeme la carta*. Parece que en este caso se usa casi exclusivamente la forma indicativa *llegó*, y no *llegara* o *llegase*.

También parece conveniente que tratándose del subjuntivo simplemente hipotético, se le distinga del metafórico, que, según se verá luego, incluye negación implícita. En este ejemplo: *dijo que si era capaza alzaría la piedra*, no puede tal vez, sin variarse el sentido, sustituirse *fuera* o *fuese* a *era*. De aquel primer modo, la frase puede ponerse en boca de

un hombre que va a tantear la piedra para alzarla; del otro modo (*fuera o fuese*), el sentido puede ser negativo: Dijo que si *fuera* capaz alzaría la piedra significa que no es capaz, y que por lo mismo no la alza. Lo mismo en las formas compuestas: Dijéronle que si *hubiese* llegado el correo recibiría cartas, puede significar que el correo no llegó; pero diciendo *había*, desaparece el riesgo de negación.

Hay, sin embargo, circunstancias que remueven toda ambigüedad: El mandó a quien hubiese de ser rey de Israel que tuviese a par de sí este libro escrito de su mano, si *quisiese* reinar prósperamente. El mandato del señor incluye el sentido negativo en la oración hipotética.

D. Tiempos compuestos del indicativo

El antepresente expresa inmediata anterioridad al presente, a un hecho pasado que conserva de algún modo la relación de coexistencia: Hoy *ha habido* un terremoto. En este año *han sucedido* desgracias.

El antepretérito significa anterioridad inmediata a un hecho pasado: Cuando *hubo amanecido* salí.

Respecto de este tiempo es de notarse que en lo antiguo se usaba en lugar del simple pretérito⁵⁶.

De aquí pudiera inferirse que su significado actual no le es propio sino que lo debe a los adverbios o frases *cuando, apenas, luego que, etc.*, que ordinariamente lo acompañan. Pero Bello, como para prevenir la objeción, cita un pasaje en que el antecopretérito tiene por sí solo, pues no lo precede ninguna de aquellas palabras, el significado que él le asigna.

El antifuturo significa anterioridad respecto de un hecho por venir: El día primero del mes entrante *habrá llegado* su amigo.

El antecopreterito significa anterioridad indefinida respecto de un hecho pasado: Los israelitas desobedecieron al Señor, que los *había sacado* de Egipto. La explicación de este significado es muy ingeniosa: el *haber sacado* es un estado que empieza al punto que se verifica la acción de *sacar*; dicho estado coexiste con la desobediencia de Israel en un momento cualquiera, y pudo por lo mismo empezar mucho tiempo antes.

⁵⁶ El señor Cuervo, en la nota 75, cita un ejemplo del Marqués de Santillana, en comprobación de este uso. Al mismo propósito vienen estos pasajes: Ruega por la Iglesia que Dios ovo *comprada* (Berceo, Sacrif.); y este otro de la Gesta del Mío Cid: Al rey Jucep tres golpes le ovo *dados*.

El antepospretérito significa anterioridad a un hecho que es posterior a otro pasado; la acción se halla colocada, pues, entre dos sucesos, el uno anterior y el otro posterior: Díjome que viniera al mes completo, que era probable que para entonces me *habría* buscado acomodo. La acción de *buscar* es anterior a venir, que es después de *decir*.

Se ve por aquí que la nomenclatura de Bello es, como él mismo lo hace notar, un verdadero formulario del significado de los tiempos, hallándose generalmente expresados en los nombres de estos, por medio de las partículas *ante*, *co* y *pos*, todas las relaciones que las formas verbales pueden significar.

E. Tiempos compuestos del subjuntivo común

Antepresente. Dudo que el corre *haya* llegado hoy.

Antefuturo. No creo que mañana *haya* terminado la obra.

Antecopretérito. Juan me negó que él *hubiera* ejecutado aquella falta.

Antepospretérito. Yo dudaba que al mes siguiente *hubiera* cesado mi mal.

No teniendo forma especial, como la tiene el indicativo, el subjuntivo común carece de antepretérito.

F. Tiempos compuestos del hipotético

Antepresente. Si *hubiere* acaecido el desastre, pronto lo sabremos.

Antefuturo. Irás a la ciudad, y si *hubieren* terminado la obra, tráela.

Antecopretérito. (Dijo que si *había*, o *hubiese* o *hubiera* llegado el correo, tendríamos carta⁵⁷).

Antepospretérito. Le previno queso al día siguiente no *había* o *hubiese* o *hubiera* vuelto, estuviese seguro de su muerte.

II – Significado secundario

Es propio de las formas que envuelven relación de coexistencia, que son presente, copretérito, antepresente y antecopretérito.

⁵⁷ Sobre este tiempo puede hacer quizá la misma observación que se hizo respecto del simple copretérito.

En este significado el presente se convierte en futuro: Cuando percibas que mi pluma se *envejece*, cuando notes que se *baja* mi estilo, no dejes de advertírmelo.

El copretérito se convierte en pospretérito: Díjome que cuando percibiese que su pluma *envejecía*, cuando notase que se *bajaba* su estilo, etc.

El antepresente se convierte en antefuturo: Cuando veas que en una batalla me *han partido* por medio del cuerpo.

El antecopretérito se vuelve antepospretérito: Díjome que cuando viese que en alguna batalla le *habían partido* por medio del cuerpo.

III – Significado metafórico

Uno de sus principales usos es sustituir al pretérito en las formas que expresan relación de coexistencia. Consíguese así el hacer más vivas las narraciones, y entonces el presente toma el nombre de presente histórico.

El presente y el copretérito se expresan entonces por medio del presente: *Quítase* Robinson la máscara que *trae* puesta y *mira* al salvaje con semblante afable y humano.

El pospretérito se expresa por el futuro: Poseído del espíritu del Señor anúnciales que su reino *será* dividido y entregado a los persas y a los medos.

El antepretérito y el antecopretérito, por el antepresente: Cuando echa de ver que su fementido amante se *ha hecho* a la vela y le *ha dejado* sola y desamparada en una playa desierta, no puede la infeliz moderar su dolor.

El antepospretérito, por el antefuturo: Todo lo predice, hasta el año del suceso, y que cuando el Enviado llegue no *habrá* ya reyes salidos de Israel.

Empléase también la forma de presente en lugar de futuro para denotar la necesidad de un hecho, la seguridad de un suceso o la fijeza de una determinación: *Mañana sale* el sol, esta noche *hay* teatro, dentro de dos días voy a la ciudad.

Al contrario, las formas que envuelven significado de pretérito se suelen sustituir a las que envuelven relación de presente para dar a la sentencia el significado de probabilidad o conjetura.

Entonces el presente se expresa por medio del futuro: Tiene su manía de predicar y el pueblo le oye con gusto; *habrá* en esto su poco de vanidad.

El pretérito pasa a expresarse por el pospretérito: Se ignora su paradero; tal vez se *precipitaría* a la corriente.

Finalmente, es propiedad del pretérito sugerir una idea de negación respecto del presente; cuando decimos que una cosa *fue*, damos a entender que ya no es. De aquí el sentido de negación implícita que toman las oraciones condicionales y optativas cuando se expresan por el pretérito. Al decir: Si él *trabaja* con tesón logrará por fin instruirse, enuncio la hipótesis como posible; al decir: si *trabajase* lograría instruirse, enuncio que no trabaja y que por lo mismo la instrucción no se realiza⁵⁸.

VIII

Clasificación de las proposiciones

La proposición es de dos clases: *regular* y *anómala*. *Regular* es la que consta de sujeto y atributo expresos o que fácilmente pueden suplirse, como Pedro estudia, Existo; *irregular* es la que carece de sujeto no solo por no llevarlo expreso, sino porque según el uso de la lengua no puede tenerlo o regularmente no lo tiene, verbigracia: Hubo fiestas, llueve a cántaros.

La proposición regular puede ser *transitiva* e *intransitiva*. La *transitiva* es la que está modificada por un acusativo: El viento agita las olas.

Para distinguir el complemento acusativo, cosa fácil a primera vista pero expuesta a confusión, da Bello varias reglas que lo hacen conocer perfectamente. Se dice comúnmente que el complemento acusativo se diferencia del dativo en que aquél expresa el objeto en que recae directamente la acción del verbo; pero tal regla es inexacta y confirma la razón que tuvo nuestro autor al sentar como principio general que en el análisis de las palabras deben estudiarse éstas de preferencia a las ideas que representan. Según la regla dicha, debería pensarse que en una proposición tal como le dieron un golpe, *le* es acusativo una vez que expresa el objeto en que directamente recae la acción de *golpear*; pero uno es el objeto gramatical y otro el real; el verbo dar tiene por complemento acusativo a *golpe*, que es lo dado, y no a *le*, que no puede experimentar la inversión pasiva ni sustituirse por *lo*, reglas con que Bello distingue el acusativo.

La proposición es *intransitiva* cuando carece de acusativo, verbigracia: yo existo.

La regular transitiva se subdivide en *oblicua*, *refleja* y *recíproca*. Oblicua es aquella en que el término del complemento es distinto del sujeto,

⁵⁸ En la parte segunda se volverá a tratar de esta clase de oraciones.

como Yo escribo una carta; refleja, cuando el término del complemento se identifica con el sujeto, como Yo me visto, tú te miras; y recíproca, cuando siendo el sujeto dos o más personas o cosas, cada una ejerce la acción sobre las otras y la recibe de éstas: Pedro y Juan se reciben mutuamente, ellos se miraban unos a otros.

Hay proposiciones en que la reflexibilidad no pasa de lo material de las palabras ni ofrece al espíritu más que una sombra débil y oscura; se llaman *cuasi-reflejas*. Las principales entre ellas son las cuasi-reflejas de toda persona, que equivalen a una oblicua, verbigracia: Nos espantamos de la muerte, os acobardáis a la vista del peligro, que equivalen a la muerte nos espanta, la vista del peligro os acobarda. Las cuasi-reflejas de tercera persona son de sentido pasivo: se admira la elocuencia, se apetecen las distinciones.

La proposición irregular se divide en intransitiva, transitiva y cuasi-refleja: intransitiva, como es tarde, amanece temprano; transitiva, como hubo fiestas, hace calor; y cuasi-refleja, como se canta, se imita.

La clasificación que precede, original de Bello, pues antes de él este importante punto se hallaba en gran confusión, es materia en que se ha mostrado claramente el talento filosófico de su autor. La división de la proposición en subordinante y subordinada, principal e incidental, era la única que tenía puesto perfectamente conquistado en la gramática; tal escasez de divisiones necesarias, tan perjudicial a la claridad y a la exactitud como la superflua abundancia, había hecho imposible dar reglas fijas para evitar los errores, bastante comunes por cierto, en este interesante capítulo de la Gramática. Ni fijeza había en las voces concernientes, pues aunque las palabras *reflejo*, *recíproco*, *pronominal* tienen significado determinado y claro, lo perdían desde que se aplicaban a las proposiciones o a sus términos.

Hemos dicho que aquí luce el genio filosófico de Bello, y salvo que la admiración nos extravié, creemos que al denominar y deslindar la proposición cuasi-refleja, logró, si no fijar completamente, entrever a lo menos una profunda teoría que han desarrollado otros filósofos. Recordemos lo que dice acerca de la construcción *cuasi-refleja*, que ella no ofrece al espíritu más que una sombra débil y oscura de reflexibilidad; por donde vemos que aunque la reconoce débil y oscura, sí admite una especie de reflexibilidad, aunque no sea más que sombra, en las referidas proposiciones. Este hecho del lenguaje ha servido al doctor Reid para demostrar el libre albedrío del hombre: cuando decimos nos *espantamos* del peligro, consignamos, según el pensamiento del sabio escocés, por

medio de la forma cuasi-refleja, un hecho tan importante como nuestra libertad interna; como si dejásemos: el peligro obra externamente, pero esa su acción no influye sobre nosotros sino en tanto que la acogemos, y recibimos en cierto modo la influencia del peligro transmitida por nuestra propia voluntad⁵⁹. Ciertamente es que esto no puede suceder siempre, pues en tratándose de seres irracionales y de actos materiales, esta explicación no cabe; empero, si se tienen en cuenta consideraciones de otro orden, ésta que parece ficción se hace más y más probable: en efecto, la afinidad de la forma pasiva y de la refleja está reconocida por los filólogos; algunos creen que la *r* de la pasiva latina es la *s* del pronombre reflejo, y se citan ejemplos de lenguas que usan la construcción cuasi-refleja de sentido pasivo en todas las personas⁶⁰.

Como la proposición cuasi-refleja es refleja en la forma, cree Bello que el pronombre *se* que la caracteriza es un verdadero acusativo. Como tal explica también, en contra de otros gramáticos y siguiendo a Salvá, el aparente sujeto de la proposición irregular formada por el verbo *haber* cuando significa existencia; decíase que en hubo fiestas, habrá toros, eran fiestas y toros sujetos de haber. Tal análisis es opuesto a la lógica y aún a la gramática comparativa, con cuya ayuda ha probado Bello que las mencionadas palabras son complementos acusativos de *Haber*, cuyo sujeto no existe en el castellano actual, pero sí en el antiguo y en el francés. El verbo en cuestión significa allí, *tener*, de modo que es tanto como si dijese: *La ciudad, el pueblo tiene fiestas, tendrá toros*.

En construcciones como éstas: se admira a los grandes hombres, se colocó a las damas, los complementos que siguen al verbo son dativos y no acusativos.

Parte segunda

Crítica

El autor que va a escribir sobre gramática se halla expuesto a caer en uno de dos extremos: porque o da mayor extensión de la que conviene a la parte científica, a la que es propiamente filosofía de la lengua, lo cual sobre inútil es inconducente, pues no cumple al fin de la gramática; o se

⁵⁹ V. Caro y Cuervo, *Gramática latina*, ilustración IV.

⁶⁰ Recordamos haber leído en Cantú esta noticia relativa al válaco; en esta lengua, en lugar de decirse *se me alaba* o *soy alabado*, se dice *me alabo*.

concreta demasiado a exponer exclusivamente las reglas desnudas de toda razón y autoridad, lo cual ni recrea el gusto ni satisface la inteligencia.

Como lo han hecho notar los señores Amunáteguis en su *Biografía de D. Andrés Bello*, este sabio logró, merced a su ilustración y talento, evitar aquellos extremos: si puso especialísimo cuidado en establecer un sistema que por lo exacto y científico deja muy atrás a los que sobre el mismo argumento se había escrito en castellano, no por eso descuida la corrección del lenguaje, que fue, según notamos en la *Introducción* a este escrito, uno de los principales fines con que emprendió su obra. Hállanse, pues, hermanadas en ésta la filosofía y la crítica, aquélla representada por un análisis verdaderamente filológico, ésta dirigida a enmendar los vicios comunes del lenguaje americano y aún varios del de la Península.

Esto en cuanto lo permite el carácter de su Gramática; porque no puede ser el mismo el alcance que debe darse a la crítica en una obra destinada a crear un sistema gramatical y destinada a varias naciones, que el que ha de tener una obra cuyo principal objeto es corregir el habla de un país. La primera debe comprender la corrección de aquellos yerros que, más o menos frecuentes, son comunes a todos los pueblos que hablan el idioma, las incorrecciones en que suelen caer aún escritores de nota; tienen lugar forzoso en la segunda no solo los errores mencionados, sino los provincialismos del país a que va dirigida. De aquí la diferencia que, en cuanto a la abundancia de la crítica, se nota comparando la obra de Bello con otras obras, por ejemplo con las *Apuntaciones críticas* de D. Rufino J. Cuervo, libro que, si bien es verdad excede a su título, pues es verdadero monumento de filología no solo castellana sino romance, y puede por tanto leerse con provecho así por propios como por extraños, fue destinado por su autor a la crítica del lenguaje bogotano exclusivamente.

La crítica de Bello es, pues, general, y por lo mismo no muy abundante, pero sana y utilísima, como que se funda en la autoridad de los mejores escritores. Fue guiado Bello en varios puntos por otros gramáticos, y sin embargo está muy distante de repetir a ciegas las doctrinas ajenas. Salvá, a quien tanto estima y venera, pues dice de su obra que es tratado importantísimo y el más copioso depósito de los modos de decir castellanos; Garcés, cuyo repertorio merece, según su sentir, más atención de la que ordinariamente se le dispensa; las obras de la Academia Española y los *Opúsculos* de Puigblanch, le sirvieron, en ocasiones, de fuente; pero aún cuando expone puntos ya criticados, nuestro autor deja siempre en ellos impreso el sello de su saber y de su ingenio, ora corrigiendo modestamente las ajenas opiniones, ora ilustrando y arreglando mejor los argumentos ya

tratados, ora reduciendo a reglas precisas y claras las prácticas que los otros habían expuesto.

Para dar una idea de la Gramática de Bello en este aspecto, vamos a exponer brevemente algunos pormenores de su crítica o de la que puede deducirse de sus principios; y lo haremos en un orden distinto del que se observa en la obra, y que se avenga mejor con una noticia general.

I Nombre

Habían observado algunos gramáticos que en latín tienen género neutro las palabras o expresiones que se toman materialmente, es decir, sin atender a su significado. Bello traslada esta misma observación al castellano, cuando apunta entre los casos de los nombres masculinos por su significado todas las palabras que se hallen en esa circunstancia; pero expresa esto de una manera tan elegante como profunda: tiene género masculino –dice- toda palabra o expresión que sirve de nombre a sí misma; así, analizando esta frase: las leyes de la naturaleza, diremos que *naturaleza* está empleada como término de la preposición *de*. Lo que se había expresado de un modo más claro pero menos filosófico, lo explicó Bello fijándose en que toda palabra que no sirve de nombre a aquello que significa, sirve de nombre a sí misma.

El sustantivo *dueño*, desafortunadamente usado por aquellos que dicen *la dueño* de la casa es una mujer, es epiceno; de modo que sin variar de terminación ni de género, se aplica a los dos sexos: una mujer es *el dueño* de la casa. Pero se advierte también que va extendiéndose la práctica de darle dos terminaciones, como lo hizo Tirso en estos versos:

¿Quereisme vos declarar
Quien sois? No os ha de importar.
Una dueña de esta casa.
Dueña, porque la señora
Sois de la casa? –Eso no!

Los nombres epicenos suelen presentar alguna dificultad cuando van seguidos de uno de los sustantivos *macho* o *hembra*; no se sabe entonces a cuál de los dos, si a uno de estos últimos o al sustantivo principal, deben referirse los predicados siguientes. Bello ha precisado el uso de los buenos hablistas diciendo que el nombre en este caso pasa a la clase de

ambiguo, de modo que puede decirse: la rana macho es más *corpulento* o *corpulenta* que la hembra, el gusano hembra es más *venenosa* o *venenoso* que el macho.

Los apellidos son nombres que se acomodan a las reglas generales para la formación del plural; es por tanto disparatada la práctica de aquellos que creyendo hablar con mucha propiedad, los usan invariablemente en singular. Aunque Bello no dice expresamente esto, se puede colegir de las excepciones que establece respecto de algunos apellidos que no varían en el plural, cuales son los terminados en *z* cuando no llevan acentuada la última vocal, y los extranjeros no castellanizados; pues las excepciones naturalmente suponen la existencia de la regla.

Hay nombres nacionales que tienen dos y aún más formas, como *godo*, *gótico*; *persa*, *pérsico*, *persiano*. El usar rectamente estos nombres, así como algunos propios griegos y latinos, es más difícil hoy que lo era en lo antiguo, porque no se traducen directamente las lenguas originales, sino de otras versiones en francés, lengua que en este punto difiere de aquéllas mucho más que la nuestra⁶¹. De aquí el que éste sea campo muy abundante de galicismos y que haya muchos que dicen *las Gaulas*, *los tirianos* y *macedonianos*; ¡qué mucho si hay quien traduzca *Tucidio*, de lo cual nada hay que andar para llegar a *Aristidio*! Observa Bello que el castellano respeta mucho más que el francés la forma original, y que el latín da la norma en la generalidad de los casos. Cuando hay dos formas, la una es generalmente sustantivo y la otra adjetivo, debiendo aplicarse la primera a personas y al idioma: los árabes, los chinos, los escitas, los indios y los persas son pueblos cuyo origen se pierde en la antigüedad; el árabe, el chino, el escita, el indio y el persa son lenguas asiáticas; goma arábica, sombra chinesca, barbarie escítica, cabaña indiana, tela persiana. Hay a veces formas destinadas a objetos especiales, como anglicano, arabesco, galicano, hispalense, índico, pérsico⁶².

La apócope de los nombres ha sido expuesta por Bello en reglas claras y precisas, con las cuales se corrigen los frecuentes dislates que

⁶¹ Sin embargo, lo que a este respecto se diga apenas alcanza a ser regla muy general, pues no faltan ejemplos en los clásicos del uso que hoy se tiene por incorrecto: ¿Qué se hicieron los medos y persianos, (Mtro. Vanegas, en Capmany). Pero si sería muy útil que la lengua abandonase tales vacilaciones, hoy muy comunes, y que la regla de Bello se siguiese siempre. Este es uno de los puntos en que, en obsequio de la precisión y la fijeza, debiera subordinarse el uso a la gramática.

⁶² Puede observarse que cuando hay dos formas, el sustantivo tiene ordinariamente el mismo número de sílabas que el nombre del país: árabe (Arabia), chino (China), egipcio (Egipto), escita (Escitia), hispano (Hispania); lo que tal vez proviene de que dicho nombre es a veces el primitivo.

en esta materia ocurren. Los adjetivos *bueno, malo, grande, santo*, para apocoparse deben preceder inmediatamente al sustantivo; así es que no puede decirse: *Mi buen y querido amigo, mal inexcusable proceder*. Grande debiera apocoparse delante de consonante y permanecer íntegro delante de vocal: *gran templo, grande edificio*; esto para consultar la eufonía, aunque no faltan ejemplos en contrario. *Ciento* no debe apocoparse cuando va seguido de un complemento, ni cuando se halla solo, y por lo mismo no es lícita decir: *Cien de los enemigos perecieron y se escaparon otros cien*.

Y erran los que creen que *sendos* ha significado jamás *grandes o fuertes o descomunales*. No puede decirse, por ejemplo, que *un hombre dio a otro sendas bofetadas*; y se *dieron sendas bofetadas* quiere decir simplemente que cada cual dio una bofetada al otro; *sendas* no envuelve ninguna idea de cualidad o magnitud, sino de unidad distributiva. Pueden alegarse, cierto, en apoyo de esta corruptela bastantes testimonios de autores modernos; pero he aquí un caso en que el uso debe someterse a la lógica y a la utilidad de la lengua; la que, desde el momento que tal práctica se autorizase, se vería despojada del único numeral distributivo que posee.

Los numerales ordinales se aplican como distintivo a los nombres de monarcas y de Papas. Con éstos y con los de reyes de España se prefieren ordinariamente los ordinales hasta *duodécimo*: *Fernando Sétimo, Pío Nono*; y de ahí en adelante pueden usarse promiscuamente unos y otros: *Benedicto trece o décimotercio*. Con los nombres de otros monarcas extranjeros se suele juntar los ordinales hasta *diez* u *once*, y en adelante los cardinales: *Federico Segundo, Luis Catorce*.

II

Artículo y pronombre

Es incorrección el usar el artículo con aquellos nombres propios de países o naciones que lo admiten, cuando no se alude a su extensión o grandeza o a otra idea relevante. Podrá decirse: *El embajador se quejó de no haber sido tratado con las distinciones que merece un representante de la Francia*; pero no: *el ministro de la Francia presentó sus credenciales al emperador*.

Deben no confundirse, como suelen confundir algunos imitadores del francés, dos locuciones que se han distinguido siempre en castellano, *el mismo, uno mismo*. Supone la primera un término de comparación

expreso o tácito, y en esto se diferencia de la segunda, *Esta casa es del mismo* dueño que la vecina, Maritornes despertó a *las mismas* voces (que habían hecho salir al ventero, según la narración); Eran mozas de *una misma* edad y *unas mismas* costumbres. Tampoco deben confundirse *él mismo*, *ella misma*, y *el mismo*, *la misma*. Cuando el artículo va sincopado, significa mera identidad o semejanza; cuando va íntegro es enfático; salió *él mismo* acompañándonos hasta la puerta.

En la tercera persona masculina de singular el complemento acusativo tiene dos formas, *le* o *lo*. La anarquía que en cuanto al uso de estas formas ha reinado, desaparecería por completo, si es que ya casi no está olvidada, si se siguiese la práctica aconsejada por Bello, y que es la misma de Salvá, a saber: que *le* represente las personas y las cosas personificadas, y *lo* las otras cosas. Diremos, pues: de un campo, que *lo cultivan*, de un ladrón que *le* han prendido, de un mar embravecido, que los marineros *le* temen. El verbo que designa una acción ordinariamente material, toma *lo* cuando se aplica a las personas; así diremos que un hombre, que *lo* partieron por medio del cuerpo.

En el plural hay también dos formas, *los* y *les*, y aunque no es tan frecuente como en el singular el uso de la segunda, ocurre no obstante en buenos escritores, particularmente en Cervantes. Según Bello, *les* sigue la misma regla que *le*, de modo que expresa personalidad o personificación.

En el dativo la terminación femenina hace *le* o *la*, forma esta última que debe destinarse exclusivamente a evitar ambigüedad: La señora determinó asistir con su marido al baile que *la* habían preparado.

Esta indecisión en el uso de las formas complementarias es un grave defecto, pues ocasiona anfibología, o por lo menos disminuye la precisión del lenguaje. Es reprobable el uso que se hace por algunos de *lo* y *los* para el dativo. Bello concluye aconsejando el sistema de la Academia, que en la cuarta edición de su Gramática prescriba el uso de *le*⁶³ y *les* como dativo masculino y femenino, el de *le* y *los* como acusativo masculino, y el de *la* y *las* como acusativo femenino.

En el habla actual ocurren algunas incorrecciones al usar los pronombres posesivos. Una de ellas es la que se comete usando la tercera persona ficticia en lugar del nombre propio cuando se dice, por ejemplo: Su Majestad el Rey, Su Santidad el Papa; práctica hoy muy seguida, pero a

⁶³ Si se dijera *lo*, quedaría más sencillo, más congruente y acomodado a las leyes de la derivación y aún más conforme quizás al uso primitivo, el uso del complementario acusativo.

la cual debiera preferirse la más lógica usada por los mejores escritores de la lengua: La majestad del emperador Carlos V.

Es de traductores novicios el verter literalmente el posesivo francés cuando puede, con más elegancia y más de acuerdo con la índole del lenguaje castellano, verterse por medio de un complementario dativo: Se le llenaron los ojos de lágrimas, mejor que se llenaron sus ojos.

El relativo posesivo *cuyo* no puede usarse fuera del caso en que indique relación y posesión a la vez; es impropio convertirlo en mero relativo, equivalente de *que* o *el cual*, diciendo, por ejemplo: Se dictaron inmediatamente las providencias que circunstancias tan graves y tan imprevistas exigían; *cuyas* providencias, sin embargo, por no haberse efectuado con la celeridad y la prudencia convenientes, no surtieron efecto. Bello considera tal práctica como una corruptela, porque confunde muy diversas ideas sin la menor necesidad ni conveniencia, y porque es rara en escritores elegantes y cuidadosos del lenguaje, como Jovellanos y Moratín.

El empleo del posesivo *suyo* es de lo más expuesto a inexactitud y anfibología, debido indudablemente a que las diversas relaciones que pueden acompañar a la idea de posesión se expresan en castellano con una sola palabra en la tercera persona; así, mientras que los franceses dicen *son, sa, leurs*; los ingleses *his, her, their, it*; los latinos *ejus, illius, suus*, nosotros decimos *su, sus*, sin diferencia, muchas veces, para el género y el número de los poseedores, y por lo mismo sin determinar bien claramente la palabra a que *su* se refiere. Según Bello, *suyo* debe siempre referirse al sujeto de la frase: Concedióle aquel permiso bajo condición y palabra de que había de llevar consigo algunos de *sus* escuderos. ¿Escuderos de quién? Naturalmente del que recibe el permiso, por ser el sujeto del verbo *llevar*. Sin embargo, cuando en una serie de oraciones hay una persona o una figura principal, refiérese a ella el posesivo *suyo* más bien que al sujeto de la frase: El alzó la faz quizá para buscar los resplandores del sol, esperando moderar con un rayo de luz las tinieblas de su vista; pero en vano: aunque mil soles derramaran *su* luz, *sus* ojos permanecerían ciegos para siempre. El último *sus* se refiere no al sujeto de la frase anterior (soles), sino al personaje que se describe, que es la figura principal.

A seis reduce Bello las clases de combinaciones que pueden hacerse con los afijos o enclíticos:

1ª. Combinaciones binarias de dativo y acusativo distintos, en que concurre la primera persona con la segunda: Me acerco a

ti, me recomendaron a ti. Evítase por regla general la combinación de casos complementarios; es mejor que *te me recomendaron*, decir me recomendaron a ti. Pero en caso de usar aquéllos, debe colocarse la segunda persona antes de la primera. Os me entrego, te me ofrezco.

2ª. Combinaciones binarias de dativo y acusativo distintos, en que concurre la primera o segunda persona con la tercera. Hay como setenta y dos combinaciones, según sean ambos casos oblicuos o alguno reflejo: *Nos los presentaron, me lo ha referido, se me ofrecieron, se me avisa*, etc.

3ª. Combinaciones binarias de acusativo y dativo distintos, ambos de tercera persona: *Se le agregó una traducción al texto, se les dio una errada interpretación a sus palabras*.

En esta clase ocurre la combinación de dativo y acusativo oblicuos, expresado el primero con la forma invariable *se*: *Yo se la enseñé* (a él o a ellos, la lección); *él se lo repitió* (lo que había dicho); *él se los vendió* (los muebles); *yo se las ofrecí* (las flores). Es muy común el dislate de dar al segundo caso la forma plural cuando se refiere a un solo objeto: *Cristo bendijo el pan y se los repartió a los Apóstoles*, debiendo decirse lo, por referirse a un solo pan.

4ª. Combinaciones binarias de acusativo y dativo idénticos: No debemos abandonarnos a nosotros mismos. Cuando el sujeto, el dativo y el acusativo son idénticos es necesario expresar el dativo por medio de la forma refleja: ¿Cuándo será que pueda uno restituirse a *sí mismo*? Pero si el sujeto es distinto, la forma del dativo puede dar oblicua o refleja; *Felices los pueblos cuando la libertad los restituye a sí mismos, o a ellos mismos*.

5ª. Combinaciones de dativos: *Me le pondrán un colchón bien mullido; me le dieron una buena felpa*. El primero de tales dativos indica el interés que se tiene en la acción significada por el verbo; *Bello da a este dativo el nombre de superfluo*, denominación que no parece muy exacta, pues el caso en referencia está muy distante de ser redundante, dado que expresa una verdadera idea, como puede verse notando el sentido diferente que reviste la frase si aquél desaparece.

6ª. Combinaciones binarias que constan de un acusativo reflejo, un dativo superfluo y uno propio: *Castíguese meles*.

III

Verbo y derivados verbales

El gerundio castellano significa coexistencia o anterioridad inmediata: *Llegándose a mí, me dijo; Tendiendo las pieles, aderezaron su*

rústica cena. Es, pues, incorrecto el uso que de él se hace para expresar posterioridad, como en este ejemplo: Las tropas se hicieron fuertes en un convento, *teniendo* pronto que rendirse; porque el *rendirse* es posterior al *hacerse fuertes*.

Pero lo más disparatado en el empleo del gerundio es tomarlo como simple adjetivo, como cuando se dice: Envío a usted cuatro fardos *conteniendo* veinte piezas de paño.

Este yerro, hay que confesarlo, ha sido atacado por Bello de una manera bastante vaga. Partiendo de la idea que identifica el gerundio con el adverbio, dice únicamente que no es lícito el uso del gerundio como adjetivo, porque, según hemos visto atrás, prueba a explicar como adverbiales todos los usos rectos de este derivado verbal. Bien que nuestro autor es consecuente con su doctrina, ha de reconocerse que por no ser completa su teoría sobre el gerundio, no quedaron en su obra perfectamente claros y determinados el uso recto y el abuso de ese elemento del discurso. El señor Caro, en su *Tratado del Participio*, ha observado que así Salvá como Bello distinguían perfectamente, como maestros en el habla castellana, el bueno del mal uso; pero no expusieron con la extensión y claridad que se merece esta materia, en verdad vasta y difícil⁶⁴.

En las cláusulas absolutas suele usarse el participio sustantivado con acusativos y dativos: *Oído* a los reos y *recibídoles* declaración, mandó el juez llevarlos a la cárcel. Este uso es incorrecto y debe sustituirse por el participio adjetivo (oídos, recibida), o bien debe expresarse el auxiliar *habiendo*. A propósito de esto, cita Bello aquel pasaje de Cervantes: Limpias, pues sus armas, *hecho* del morrión celada, puesto nombre a su rocín, y *confirmándose* a sí mismo, se dio a entender; el cual ha sido estudiado por hábiles críticos como Salvá, Clemencín, Pellicer y Caro. Juzga Bello que la construcción es y ha sido siempre errada y que hubo de emplearse otro giro. No obstante, se ha reconocido que tal empleo del participio, aunque

⁶⁴ En cuatro situaciones puede hallarse el participio amando, llamado gerundio:

1ª. En frase subjetiva: *El ama, imaginando* que de aquella aventura, etc.;

2ª. En frase verbal: *Estoy estudiando, anduve leyendo*;

3ª. En frase objetiva: Vi a una muchacha *cogiendo manzanas*, y a esta clase pertenece la frase de mostrador censurada por Bello y Salvá: Envío cuatro fardos *conteniendo* mil fusiles. Hay entre esta segunda frase y la primera la diferencia de que en ésta el *coger las manzanas* es complemento acusativo de *ver*, mientras que en la segunda el *contener* no puede ser complemento acusativo de *enviar*.

4ª. En la cláusula absoluta: Se dio la ley, *resistiéndolo* Apio Claudio.

5ª. Adverbializado: Cómo se pasa la vida, cómo se viene la muerte, tan callando. V. Caro, *Tratado del Participio*.

inusitado hoy día, no lo fue siempre, pues tiene en su apoyo más de una autoridad entre los antiguos⁶⁵.

En las oraciones condicionales de negación implícita ha determinado nuestro sabio de un modo perfectamente claro y preciso las formas verbales que han de usarse en la hipótesis y en la apódosis. En la primera el presente toma las formas *cantara*, *cantase*, y el pretérito las compuestas *hubiera*, *hubiese cantado*; en la segunda se dice en presente *cantara*, *cantaría* y alguna vez *cantaba*, y el pretérito toma las respectivas compuestas con el verbo *haber*: Si *tuviera* o *tuviese* tiempo, *escribiera*, *escribiría* o *escribía* la carta. Los clásicos han usado algunas veces las formas simples en lugar de las compuestas, cuando el sentido reclamaba éstas: Si no *fuera* socorrido en aquella cuita de un sabio, grande amigo suyo, lo *pasara* muy mal el pobre caballero.

Infiérese de aquí que es muy impropio emplear en la apódosis de las oraciones condicionales de negación implícita la forma en *se*, privativa de la hipótesis, diciendo por ejemplo: Yo te *hubiese* escrito si hubiera tenido ocasión. Corre parejas con esta impropiedad la de despojar la misma forma de su sentido negativo, identificándola a la forma en *re* en el simple modo hipotético: Si *hubiese* comedia esta noche, *iré* a verla. Hay en esta frase una verdadera contradicción, porque la mitad de la oración niega la comedia, y la otra mitad la da por posible.

La forma en *ra* del pretérito de subjuntivo fue en el siglo XVII muy usada como equivalente del antecopretérito indicativo (*había cantado*). Tal acepción, muy común en los monumentos más antiguos de la lengua, se adapta perfectamente al origen de dicha forma, que no es otro que el pluscuamperfecto de indicativo latino (*ama-ve-ram* = *amara*)⁶⁶. Con el valor del pluscuamperfecto, o antecopretérito, se halla en este pasaje de Mariana: Las tropas que quedaran allí de guarnición fueron presas. Bello es de opinión, empero, que este uso debe proscribirse por cuanto tiende a producir confusión: y así, una vez que la inflexión referida forma parte del subjuntivo, a este modo debiera exclusivamente pertenecer. Tocante a los otros significados que se le suelen dar, haciéndola, como acostumbra Meléndez, equivalente del pretérito, del antepresente o del copretérito de indicativo, dicho uso es reprochable en absoluto, pues no lo amparan ni el origen ni el uso antiguo. Por tanto, es error inexcusable el siguiente:

⁶⁵ La Academia en su *Gramática*, parte II, capítulo VI, dice que esta construcción es lícita y comprensible en el siglo XVI, pero que ha caído después en desuso: *Sabido* por cierto que la gente que el duque tenía (*Amadis*), *Habido* todos tres su consejo (íd); Visto Lautaro serle conveniente. (Ercilla).

⁶⁶ La refiere Salvá al imperfecto del subjuntivo *amarem*, pero su opinión es patentemente errónea.

¿Qué se hiciera de tus timbres?
De la sangre derramada
De tus valerosos hijos,
¿Cuál fruto, dime, sacarás?

Cuando el copretérito, puesto en relación con un pretérito, expresa un hecho de indefinida duración, pudiera dudarse si es recto el empleo de dicha forma. ¿Cómo habrá de decirse: Copérnico probó que la Tierra se *movía*, o se *mueve* alrededor del sol? Bello cree que, significando el copretérito coincidencia de un suceso con otro hecho pasado en un punto, esto no excluye una duración anterior o posterior. El movimiento de la tierra coexiste en un momento con el descubrimiento de Copérnico, pero su duración se puede extender a un tiempo indefinido.

El uso del verbo en las proposiciones cuasi-reflejas merece especial atención. Debe evitarse la ambigüedad que puede resultar en frases como éstas: Se *miraban* los reyes como superiores a la ley, porque el sentido puede ser reflejo, los reyes se miraban a sí mismos, o cuasi-reflejo, de sentido pasivo, los reyes eran mirados. En el primer caso debe aclararse la reflexibilidad diciendo, verbigracia, los reyes se miraban a sí mismos; en el segundo debe preferirse la construcción cuasi-refleja irregular: Se miraba a los reyes.

Queda dicho en la *primera parte* que Bello tiene por dativo el complemento que sigue a la construcción cuasi-refleja en oraciones como ésta: Se admira a los grandes hombres. De aquello infiere que el complementario que ha de usarse en este caso es *les* y no *los*, de modo que la construcción propia es se *les* admira y no se *los* admira⁶⁷.

No es digna de imitarse la práctica afrancesada de poner predicados, adjetivos o sustantivos, en proposición cuasi-refleja irregular, no existiendo sujeto al cual se refieran dichos predicados. Por tanto, son galicadas frases como se vive tranquilo, se está acorde. Hay que emplear adverbios o complementos que no exigen la concordancia: Se vive tranquilamente, se está de acuerdo. Analizando Bello aquel verso de Cervantes: Asno se es de la cuna a la mortaja, defiende contra los que tienen por verbo la palabra se que allí figura, ser dicho se el acusativo reflejo que a veces acompaña al verbo ser en expresiones como yo me soy, érase. Pudiérase quizá inferir de tal interpretación algo en contra del precepto que exponemos,

⁶⁷ El señor D. Emiliano Isaza observa en su *Gramática práctica* (capítulo LIV) que en este punto el parecer de la Academia y el de Bello están en desacuerdo entre sí y con el uso de muchos escritores.

pues aparentemente las expresiones *se es asno* y *se vive tranquilo* son gramaticalmente idénticas; pero se verá que esa identidad no es real, reconociendo que en *se es asno* hay una proposición regular cuyo sujeto es *él*, mientras que en *se vive tranquilo* hay una irregular que carece de sujeto⁶⁸.

El poner el verbo en singular en la construcción regular cuasi-refleja es error inexcusable, que solo por ser de Coloma prueba Garcés a defender: No se *ejercitaba* ya otras armas sino pistoletas y puñales. (*Guerras de Flandes*).

IV

Concordancia – construcciones anómalas del verbo *ser*

La concordancia comprende en castellano solamente dos casos: de sujeto y verbo, y de sustantivo y adjetivo. La de relativo y antecedente, trasladada por algunos del latín al castellano, es una de tantas invasiones de la gramática extraña en campo que no le pertenece, pues el relativo castellano, que es sustantivo y adjetivo, no necesita reglas especiales para su recto uso en punto a la concordancia con el nombre a que se refiere.

El verbo concuerda con el sujeto en número y persona; el adjetivo con el sustantivo en género y número.

Es notable en la concordancia la figura retórica llamada *silepsis*, en virtud de la cual aquélla se hace, no según las reglas generales, sino obedeciendo al sentido, o a la idea, y no a lo material de las frases. Así, con los nombres que son títulos de dignidad, como *majestad*, *señoría*, etc., conciertan los adjetivos en la terminación propia del sexo: Su alteza ha sido *presentado*, Su majestad está *deseoso* de verle. Así también los colectivos de número singular pueden concertar con un adjetivo o verbo en plural, cuando el colectivo es de especie indeterminada, y el verbo o adjetivo no forma una sola proposición con el colectivo: Habiendo llegado el regimiento a deshora, no se les pudo proporcionar alojamiento.

Colocado el verbo *ser* entre dos nombres, sujeto eludo y predicado el otro, concierta en general con el sujeto: Los desertores *eran* gente desalmada; aunque a veces el predicado que viene después del verbo ejerce sobre éste una especie de atracción: La litera *eran* andas.

⁶⁸ El sujeto que hoy ha desaparecido por completo en castellano era representado en otra época por la palabra *hombre* (*ome*), equivalente al *on* francés: Tiene por compañera y guiadora a la temeridad por la cual *hombre* confía de sí más de lo que conviene para hacer y obras lo que quiere. (López de Palacios).

Cuando una misma frase contiene dos sustantivos, cada uno de los cuales puede considerarse como sujeto, la elección de éste, y por consiguiente la concordancia, se determina por el sentido: Se *piensa* abrir caminos carreteros para las principales ciudades, porque los caminos no piensan ser abiertos. Se *deben* promulgar las leyes, el plural presenta las leyes como cosas que deben, que tienen que ser promulgadas. Probando a aplicar dicha regla se ve que no tiene toda la precisión necesaria para con su ayuda salir de cualquiera duda prontamente, pues hay ocasiones en que ambos aspectos satisfacen perfectamente a la lógica; en se vieron arder las piedras puede ser sujeto cualquiera de los dos sustantivos.

Cuando el verbo se refiere a varios sujetos, o el adjetivo a varios sustantivos, dominan estas reglas:

1ª. Dos o más sujetos equivalen a un sujeto en plural.

2ª. Dos o más sustantivos de diferente género equivalen a un sustantivo plural masculino.

3ª. En concurrencia de varias personas se prefiere la segunda a la tercera, y la primera a todas.

A estas reglas generales de concordancia pone Bello veinticinco excepciones en que van expuestas las principales anomalías en una materia que es de las más difíciles para el que se proponga reducir a reglas fijas la irregularidades a veces caprichosas del uso. Los mismos escritores clásicos fueron a veces descuidados en este punto, y de aquí que la concordancia carezca en castellano de la lógica y precisión que a otras lenguas distingue. Si en alguna parte debe la gramática sobreponerse al uso es en ésta, eliminando en cuanto pueda aquellas anomalías y probando reducir la práctica a reglas determinadas en obsequio de la precisión del lenguaje.

Consecuente con este dictamen analiza Bello las frases en que un relativo de tercera persona como *quien*, *el que*, se refiere por medio del verbo *ser* el pronombre de primera o segunda persona, verbigracia yo soy quien lo afirma, tú eres quien lo dice, y se pregunta si es lícito usar el verbo de la proposición subordinada en primera persona: Yo soy quien lo *afirmo*. La primera construcción es evidentemente más lógica, pues *el que* o *quien* es lo mismo que la persona que, y hecha la sustitución de esta última frase había de hacerse la construcción en tercera persona.

Observa que el uso es muy vario a este respecto, pero que él decididamente preferiría la construcción que tiene a la lógica a su favor. El consejo de Bello debiera seguirse sin ningún inconveniente, antes con

ventaja para el idioma, siempre que la construcción de primera persona no tuviera otro apoyo que el uso respetable; pero otra razón la sustenta, y es la atracción, natural y observada en otras lenguas, que ejerce el pronombre *yo* o *tú* sobre el verbo de la segunda proposición en los casos en que la expresión es enérgica o vehemente.

El señor Merino Ballesteros y el señor Cuervo citan en comprobación de esta opinión que sostienen, y que reputan necesaria en ciertos casos la construcción menos lógica, algunos pasajes en que la variación de la primera persona echaría a perder la elegancia y vigor de la oración. Tales son aquellos de la escritura: Yo soy el que soy, yo soy el pan vivo que *descendí* del cielo. Tratándose de cosas que han de representarse muy a lo vivo, la construcción de tercera persona desfiguraría pasajes como los que acaban de citarse y como el siguiente:

Tú eres la que dijiste
En el balcón lastra tarde:
Tuya soy, tuya seré,
Y tuyo es mi vida, Zaide.⁶⁹

Por más que Cervantes haya dicho: Sancho Panza es de los más graciosos escuderos que jamás *sirvió* a caballero andante, hoy es inexcusable el uso que se hace del verbo en singular cuando como allí, evidentemente tiene sujeto plural; hubo de decirse, pues, que jamás *sirvieron*, porque de lo contrario la construcción es absurda. Del propio modo, aunque Solís lo haya dicho: La obligación de reargüir a los primeros y el deseo de reconciliar a los segundos nos *ha detenido* a buscar papeles, no es lícito imitar su construcción, concertando el verbo en singular con el último de varios sujetos que le preceden unidos por una conjunción copulativa expresa.

Utilísima ha sido la crítica de Bello respecto de una materia que aunque apuntada ya por algún otro autor, no lo había sido con exactitud y precisión suficientes para esclarecerla perfectamente y fijar las reglas del buen uso. Nos referimos a lo que nuestro autor llama construcciones anómalas del verbo *ser*, campo por excelencia del *que* galicado, como lo ha llamado el primero de nuestros filólogos, que merced a los trabajos de Bello y de este último, se halla hoy muy demarcado, de tal manera que

⁶⁹ Clemencín avanza el fallo de que la construcción de primera persona es absolutamente inexcusable. V. Salvá, *Gram., Sint.*, cap. I.

se ha logrado establecer reglas fijas en una materia de suyo complicada y especialmente interesante para nosotros, por lo común que es en América el imitar en este punto la construcción francesa. Aunque en lo hablado reina aún con el dominio de antes el yerro apuntado, se nota generalmente en los escritores gran cuidado para evitarlo, llegando algunos hasta la exageración.

Toca a Bello el acierto de haber condensado en pocos principios la doctrina que ha dado suficiente materia a la erudición y a la ciencia para llenar muchas páginas, tócale también el haberlo hecho sin incidir en la falta de Baralt, quien extiende la censura a casos que no pueden comprenderse en el galicismo, por ser geniales de nuestra lengua y usados en todo tiempo.

El verbo *ser* puede hallarse en la proposición en seis relaciones⁷⁰:

1º. Entre dos frases sustantivas: Días de duda *son* los que vivimos.

2º. Entre una frase sustantiva y un adverbio: La Zona tórrida es donde ostenta la naturaleza su mayor pompa y lozanía.

3º. Entre una expresión sustantiva y un complemento: Eso es a lo que aspira.

4º. Entre dos complementos: Aquello es a lo que me dirijo.

5º. Entre dos adverbios: allí *fue* donde murió Antonio.

6º. Entre un complemento y un adverbio: con hacha *fue* como lo mató.

Estas son las que Bello llama construcciones anómalas del verbo *ser*, porque a la verdad constituyen un género de construcción extraña a los accidentes generales de la proposición.

El yerro que ordinariamente se comete en ellas es contraponer en los casos 4º, 5º y 6º, un *que* desnudo al otro miembro de la relación, diciendo: A aquello es *que* me dirijo, allí *fue que* murió, con hacha *fue que* lo mató. Los otros tres casos puede decirse que están libres de ser galicados.

Las seis construcciones rectas y usuales, no lo han sido siempre: presentan una gradación constante, comenzando desde la primera, que tal vez no puede considerarse anómala, hasta la inelegante contraposición de dos complementos, propia de hoy; no se encuentra quizá en los escritores

⁷⁰ Bello las enumera en cuatro número, porque condensa en el 4º tres relaciones.

del siglo de oro construcciones como *a eso es a lo que aspira, por eso es por lo que lo digo*. Se usaba ordinariamente la construcción sencilla, que es la propia del latín⁷¹.

Si algunas construcciones anómalas –bien usadas, se entiende, no el *que* galicado– son poco elegantes, no por eso deben quizá tenerse por superfluas. Si decimos Aquí encontré un animal raro, enunciaremos un hecho de que no habíamos hablado a nuestro interlocutor; pero si se varía así: Aquí fue donde encontré el animal, se enuncia naturalmente que ya se había hablado del hallazgo. En las interrogaciones y exclamaciones que empiezan por adverbio relativo, y en que puede contraponerse el *que* por excepción, puede observarse, a los menos algunas veces, aquello mismo. ¿Dónde vive Pedro? Es pregunta que haremos a cualquiera que pueda respondernos; ¿Dónde es que vive? Naturalmente decimos a quien puede tener idea de nuestro interés en saberlo, o que ya nos lo había dicho otra vez.

Ocurre en ocasiones en los clásicos algún ejemplo que puede hacer vacilar, como éste de Santa Teresa, que trae Garcés: *Es así que considero algunas veces cómo todos aprovechan, sino yo para ninguna cosa valgo, y este otro del Diálogo de la lengua*: Esta como veis es grande inadvertencia, pues es *así que* no todas las lenguas tienen unas mismas propiedades. No es difícil advertir que en el primer ejemplo la frase es deductiva, igual al *así que* (*ita ut*), que vino después a ser *así es que*, y que se halla invertido en el pasaje referido; respecto del segundo ejemplo, equivale a *el hecho es que, ello es que*, frase comparable a aquella otra ilativa usada para unir las premisas de los silogismos: Es así que Juan es hombre, luego es racional.

V

Preposición y adverbio

Ya Salvá había expuesto algunos de los casos en que la preposición *a* se usa o no se usa en el acusativo; pero Bello lo redujo a reglas. Con dicha preposición se significa *personalidad y determinación*. Con el primer nombre designa Bello que el objeto es persona, como en *Admiro a César, a Napoleón, a Bolívar, no he visto a nadie*. Con el segundo indica que sea nombre propio de un individuo determinado, como *Conozco a Londres*.

Si el nombre es de cosas, basta el artículo para determinarlo; así es que se omite la preposición en *Pizarro conquistó el Perú*. Si es de persona,

⁷¹ En un fragmento de Tito Livio nos parece haber visto la frase *inde est quod*, que a primera vista pudiera servir de ejemplo de construcción anómala; pero en realidad tiene el mismo sentido de las frases deductivas castellanas *así es que, de aquí es que*.

requiere la preposición, aunque lleve artículo: Conozco al gobernador de Gibraltar; y esto mismo sucede cuando la determinación existe solo respecto del que habla: Busco a un criado significa que se busca un criado conocido del que está hablando; busco un criado quiere decir uno cualquiera.

Estas reglas tienen excepciones por personalidad ficticia, por despersonalización y para evitar ambigüedad. Las cosas que se personifican toman la preposición *a* en el acusativo; por esto se dice llamar a la muerte. Los verbos cuyo acusativo es ordinariamente de persona llevan la preposición cuando tienen acusativo de cosa, y así se dice: calumniar a la virtud. Y al revés sucede con los que se hallan en opuesta circunstancia, por ejemplo: La escuela de la guerra es la que forma los grandes capitanes.

Las palabras *quien* y *que* forman excepciones notables a estas observaciones, pues aquélla nunca abandona la preposición y ésta jamás la admite: el hombre *a quien* vi, la persona *que* saludé. Cuando hay necesidad de distinguir el acusativo de otro complemento, hay que omitir la preposición delante del primero para evitar la ambigüedad: Prefiero el discreto al valiente.

También había hablado ya Salvá de los difíciles usos de la preposición cuando va seguida de un caso terminal, y censurado expresiones como a tu padre y a mí, por el presidente y ti; pero por una parte había sido muy conciso y por otra no muy exacto, pues admite la locución entre *tú* y yo trabajaremos la obra⁷².

Regla general: la preposición debe preceder inmediatamente al terminal, de modo que aunque vayan dos de éstos no puede usarse la elipsis; son por tanto incorrectas estas locuciones: A mí y ti nos buscan, a su hermano y sí mismo. Para evitarlas hay dos remedios: repetir la preposición, o alterar el orden de los términos para que la preposición quede inmediata al terminal: a sí mismo y su hermano, a mí y a ti nos buscan.

El primer remedio, repetir la preposición, es aplicable generalmente, menos a la preposición *entre*, cuyo sentido varía al repetirse: Los secretos que hay entre ti y mí, no es lo mismo que los secretos que hay entre mí y entre ti⁷³. El remedio de la inversión solo puede aplicarse cuando el otro término que acompaña a la preposición no es terminal, pues igualmente

⁷² Salvá, Gramática, Sintaxis, capítulo IX.

⁷³ La preposición *entre* designa una relación especial que la distingue de las otras preposiciones, y es la de la *reciprocidad*; pero puede también significar mera interioridad respecto de un objeto. Hay papeles entre los sombreros, puede significar que están en el espacio que hay de uno a otro sombrero; hay papeles entre tu sombrero y entre el mío, indica tal vez que cada uno los contiene. Algo semejante a la diferencia que tienen *between* y *among* en inglés. La raíz *entre* parece ser la de *tránsito*, *trance*, etc.

errado es decir a mí y ti que a ti y mí. Cuando ningún remedio se puede aplicar es lícito usar el terminal no precedido de preposición inmediata (entre ti y mí). Y si acaso el otro término es nominativo⁷⁴ puede usarse el pronombre también en nominativo (entre mi padre y yo).

El verbo *deber* tiene distintos significados, según que vaya o no acompañado de preposición, pues en el primer caso significa conjetura o probabilidad: hoy *debe de* venir Pedro, y en el segundo, deber o necesidad: *Debes* honrar a tus padres, el sol *debe* salir. No valen contra esto algunos ejemplos que suministran los clásicos, pues son por una parte bastante raros, y por otra pertenecen a la época en que se prodigaba la preposición *de* después de muchos verbos determinantes⁷⁵.

Cuando *mayor, menor, mejor, peor* y otros comparativos semejantes son modificados por *tanto, cuanto* u otros adverbios, éstos deben ser invariables: *tanto* mayor razón, *cuanto* menores obstáculos, *mucho* mejores días, *poco* peores circunstancias. Si van expresos los adjetivos *más* o *menos*, las palabras *tanto, cuanto, mucho*, etc., son variables: *mucho más* razón, *tantos* menos trabajos, *cuantas* más diligencias, etc.

Se ha criticado el siguiente pasaje de Cervantes: Encerráronse los dos en su aposento, donde tuvieron un coloquio, que no le hace ventaja el pasado. Según nuestro autor, no hay aquí sino una elipsis usual y elegante.

La acumulación de relativos *tanto más* o *menos cuanto que*, usada por los modernos, carece de propiedad y elegancia: Eso es *tanto más extraño, cuanto que* era su amigo. Debe decirse *tanto más cuanto, o tanto más que*, como se práctica por los mejores escritores de la lengua.

⁷⁴ Sobre la propiedad de esta denominación, v. Isaza, Gramática práctica, cap. L, donde esta materia está expuesta con gran método y lucidez.

⁷⁵ Debe el hombre *de* entrar en juicio consigo mismo y sacar a plaza todos sus malos efectos y siniestros. (Granada). Debe *de* temer mucho *de* caer y perder nuestra santa fe el que se deja llevar de sus apetitos. (Rivadeneyra). Lo propio acontece con el verbo *quedar*, que hoy, como se sabe, rige en cuando significa *convenir* o *comprometerse*, aunque Cervantes dijera: Todos se abrazaron y quedaron *de* darse noticia de sus sucesos, y el ya citado Rivadeneyra: Habían quedado *de* acuerdo *de* partir de París en su demanda.

Conclusión

Si raros son los talentos superiores, mucho más lo son los talentos universales. Bello pertenece a estos últimos, pues fue a la vez poeta, filósofo, publicista, matemático, jurisconsulto y filólogo. No nos toca, ni se aviene con nuestras fuerzas juzgarlo en aquellos aspectos: bástenos el haberlo exhibido como gramático. Después de la exposición de algunas de sus doctrinas, poco resta por decir, pues por imperfecto que sea nuestro trabajo, si creemos que tiene la fidelidad suficiente para no haber desfigurado demasiado dichas doctrinas, cuyo mérito es tal que aún expuestas por los inexpertos, son siempre admirables; son como licor precioso que conserva su fragancia aunque se ponga en vaso tosco y humilde. Como conclusión agregaremos solamente algunas de las cualidades, accidentales pudiéramos decir, que reúne la obra de filología más profunda y más original de las que se han escrito en las repúblicas hispanoamericanas.

Es la primera el método que siguió el autor para tratar los puntos aislados, método que puede observarse así en lo grande como en lo pequeño: si se muestra hábil lógico al tratar las cuestiones más recónditas de la gramática, si generalmente estudia las materias en sus varios aspectos, si va siempre guiado por alguna razón de autoridad o de ciencia, su obra se halla igualmente a prueba de la crítica escrupulosa aún en aquello que por menudo y accesorio suelen reputar despreciable algunos autores. Es sí de notarse que la *Gramática* carezca de plan preciso y que no aparezca en ella separadas las dos grandes divisiones de *Analogía* y *Sintaxis*, universalmente aceptadas, y que apenas se mientan en el primer capítulo. ¿Qué razón tendría Bello, tan concienzudo cuanto laborioso autor, para no hacer la separación referida? Fue tal vez, por lo menos alguno de sus motivos, el estado en que se halla la sintaxis castellana, pues casi puede decirse que no existe, faltando, como falta, el tratado del régimen.

Es otra de las cualidades de la obra la perfección literaria, en que entran una esmerada corrección tal que apenas habrá punto en que Bello contradiga a sus propios principios; la concisión y precisión que, sin detrimento de la claridad relativa, hacen del libro un tratado manual, y hasta la elegancia y belleza que lo adornan, por serio que sea. No se extrañe esto: va muy errado quien crea lo bello inseparable de lo ameno; la belleza no puede reducirse al estrecho campo de la impresión sensible; la irradia la verdad, luz del cielo. La obra de Bello, por lo mismo que es la obra de ciencia y de pensamiento, deja en el alma el sentimiento de admiración que la percepción de las leyes naturales produce.

Se dice ordinariamente que esta obra es demasiado oscura, y por eso se la mira con una especie de miedo. Esto puede provenir en muchos casos de que no se estudia con detenimiento, consultándose apenas en puntos aislados, que por estar íntimamente enlazados con los precedentes, no pueden entenderse. La cosa más trivial puede ser oscura cuando va mal expresada; las verdades muy elevadas pueden tener apenas claridad relativa, que si no se percibe siempre, eso no proviene de falta de poder en el escritor sino de falta de poder en el asunto mismo, como a propósito de un tema infinitamente superior dijo el ángel de las escuelas. Hay quienes llaman profunda la jerigonza ininteligible de los autores que, como los oráculos antiguos, quieren alucinar a fuerza de enigmas, y esos mismos llaman oscuras las obras profundas que aunque expresadas con claridad, exigen atención y cuidado. De este último número es la *Gramática* de Bello.

Y como tratado serio y sistemático es comparable a la geometría en cuanto a la influencia que tiene en el desarrollo intelectual del estudiante. La atención que exige por lo relacionadas que se hallan sus doctrinas y por ser un tratado verdaderamente filosófico, hace que esta obra sea no solo instructiva sino educadora de la inteligencia.

Bello encontró la gramática castellana servilmente adherida a la rutina, y le creó un sistema propio, completo y científico; estableció un método nuevo de declinación; inventó la admirable teoría del verbo; dio nuevas nociones sobre cada una de las partes de la oración; fijó puntos que antes de él se hallaban en problema; expuso fielmente el uso clásico y corrigió los más notables yerros del habla castellana. Si en sus otras obras fue generalmente imitador, en ésta fue original; por esto la creemos el mejor timbre de su inmortalidad, y el título más valioso a la admiración con que los siglos lo saludan.

XVII

La autoridad y el lenguaje*

Julio Tobón Betancourt

Siempre hemos creído que, mientras la humanidad sea humanidad y mientras el hombre goce de ese don divino de la libertad, en todo habrá diversidad de pareceres, aún entre las gentes de orden. Con acierto feliz ha escrito Carlos Martínez Vigil que la total coincidencia de opiniones entre los hombres será constantemente una bella utopía. Esa coincidencia absoluta no se advierte sino entre los poderosos y sus aduladores. A nadie por ende sorprenda que disintamos de grandes escritores en la apreciación de nuestros autores, de la misma manera que no nos sorprende ver que muchas veces disienten de nosotros personas ilustradas y hasta iliteratas. Pero sí debemos estar todos de acuerdo en la necesidad de autoridad en lingüística.

Julio Tobón Betancourt

* Nota del Editor: Este artículo, por el perfil literario, es considerado por la Academia Colombiana de la Lengua como el discurso de recepción de este autor.

XVII

La autoridad y el lenguaje

Julio Tobón Betancourt

Toda lengua tiende a su perfeccionamiento, vive en un *hervir vivo*, en un constante movimiento de transformación, por lo que la lingüística, sobre todo en su gramática, hace esfuerzos sorprendentes por mantener siquiera en cada época un lenguaje más o menos uniforme. Al parecer, esto le da una inmutabilidad a las lenguas que jamás es definitiva en el tiempo, como dice Cuervo, ni completa en el espacio.

Más adelante será explicada esta verdad, que por si sola sería suficiente a introducirnos en el tema de la autoridad; mas hemos de señalar antes la importancia y alcance del uso de la gente educada, pues él viene a ser, digámoslo de una vez, la autoridad suprema en materia del lenguaje. Se prefiere el uso de la gente educada por ser el más uniforme, correcto y elegante, uso que lo vienen a representar en primer lugar los clásicos y los buenos escritores de todos los tiempos, como más adelante también explicaremos.

Sobre el uso escribe Jespersen:

Pocas palabras han sido tan frecuentemente citadas con aprobación general como éstas del viejo Horacio: *si volet usus-quem penes arbitrium est et ius et norma loquendi*: si así lo quiere el uso, a quien pertenece el gobierno, la ley y la norma de las lenguas. Se podría reunir un bonito ramillete de frases de grandes filólogos que más o menos claramente, con más o menos reservas, aprueban la sentencia de Horacio. Por ejemplo, la de Madvig: El uso lingüístico una vez establecido y aceptado nunca yerra. La de SAYCE: El único criterio de corrección es la costumbre y el uso común de la comunidad. Gramaticalmente correcto es lo que está aceptado por el gran cuerpo de los que hablan el mismo idioma. La de Sweet: Todo lo que está en uso general en la lengua es, por esta razón, gramaticalmente correcto. Cita después a Tegner, cuando dice: El mayor absurdo en el mundo se hace correcto en cuanto tiene plenamente el uso a su favor, del mismo modo que el peor usurpador legitima su poder en cuanto queda plenamente establecido en el trono.

Como ninguno estudia este tema Miguel Antonio Caro en su célebre discurso sobre el uso, y es de lamentar que hoy en día apenas sea leído.

Y, finalmente, acerca del uso erudito nos dice Marco Fidel Suárez que es éste el llamado a ser erigido en árbitro de la lengua, y continúa:

Esta es el pensamiento de la literatura, de la ciencia y de la religión, la forma en que se encarnan la verdad, el bien y la belleza, alimento del alma, y es por lo mismo en alto grado susceptible de elegancia y hermosura (...) ¿Cómo comparar el idioma pobre, versátil y mal sonante de una tribu, con la lengua armoniosa, fijada y rica de un pueblo civilizado? (...) Las épocas más funestas a la civilización son las más propicias a la continuación de la obra de Babel; cuando la lira no se deja oír y calla la voz de los sabios y enmudece la elocuencia, entonces nada se eleva sobre la común medianía, y no habiendo modelos que concentren los esfuerzos esparcidos, ocurre naturalmente la anarquía de la lengua, como surge el feudalismo en las épocas de desorganización política (Escritos).

Debemos llegar ya hasta los comienzos del idioma, y para ello recordemos a Rufino J. Cuervo cuando habla de la pronunciación en sus inmortales *Apuntaciones*. Anota entonces cómo un personaje español cuando estaba enojado decía: *Yo me llamo Bargas*, pronunciando la *b* de una manera explosiva; pero cuando estaba calmado pronunciaba naturalmente su apellido. Suárez también se daba a pensar que el primer paso del lenguaje es el sonido que producen los labios al separarse con esfuerzo, cuando se siente enfado; en otro lugar de sus *Sueños* había narrado que un honorable caballero le había contestado, en cierta ocasión, *con uno de aquellos sonidos guturales que sirven a ciertos cavilosos para explicar el origen del lenguaje, porque en efecto, aunque sean inarticulados, expresan arrobos de improbación y quintales de burla*.

Quizás no nos equivoquemos al decir que también forma parte de este primer paso el lenguaje, de este su primer asomo, no ya para hablar cuanto para comprender el habla de los demás, la transmutación de las percepciones del sonido en percepciones de articulación, según la doctrina de Stricker, glosada por Jespersen, de suerte que el oyente enerva ligeramente, sin darse cuenta, los mismos movimientos musculares que serán llamados a producirse en el caso de que se dijera en alta voz lo que está oyendo. Cuando oímos una canción lo acompañamos y nos unimos a ella, aunque inaudiblemente. Ahora bien, lo que se ha hecho de concierto

con otra persona puede después hacerlo uno solo y a menudo lo hará otra vez sin darse cuenta que no es original (Jespersen, *Humanidad, nación, individuo, desde el punto de vista lingüístico*).

Esto de la imitación es una cosa que ha sido explotada por escritores, literatos y filósofos, pero mucho más por los pedagogos. Sin esa propensión natural tal vez muchos hombres no se hubieran educado y no se aprenderían tantas cosas. Por esto, el filólogo y el lingüista no pueden olvidar que el lenguaje tiene en la imitación uno de sus elementos vitales.

En el mundo todo se mueve y gira al impulso de la imitación. Unos imitan las modas, razonables o ridículas; otros las artes bellas o serviles, tales las costumbres de sus antepasados y cuales las de los innovadores. En particular los niños, ensayan imitar a marineros, aviadores, militares, chóferes, artistas, locutores, en suma, todo cuanto les ha entrado por los sentidos de la vista y el oído, sin exceptuar el lenguaje de los adultos, de sus vecinos, de sus preceptores. Aún más, los adultos, por lo general sin notarlo, imitamos el lenguaje de aquellos que gozan de autoridad o de fama, como también el de los parientes, amigos y representantes de una más selecta sociedad.

Involuntariamente, dice, entre otras cosas, Jespersen, estamos predispuestos a hacer un movimiento que vemos en otra persona; es muy conocido el hecho de que a veces comenzamos a hacer guiños tan solo porque hemos visto hacerlos a otros o vemos a alguien mover arriba y abajo su pulgar e índice en ademán de abrir algo. Podemos llamar a esto un sentimiento instintivo de simpatía con otros, que a menudo no se manifiesta visiblemente, sino que trabaja en secreto, en ligeras enervaciones de los músculos. Los pianistas nos dirán que a veces sienten cansancio en los brazos simplemente por oír tocar a otros con los músculos de los brazos y del pecho demasiado tensos. A esa involuntaria imitación se han de atribuir los movimientos de manos, pies, cabeza, etc., que se advierten en los espectadores de partidas, corridas de toros, carreras de caballo y otros juegos o diversiones. Hacemos esfuerzos también para entender a un extranjero que ignora nuestro idioma, y no es raro que en veces nos valgamos de la mímica para hacernos entender de un sordomudo.

De todos modos, la imitación se extiende más a lo que nos parece superior. No quiere esto que los primeros que usaron un modo de hablar, ciertos sonidos, palabras, locuciones, hubieran sido originales; pudieron serlo, más con frecuencia las tomaron de otra parte. Es lo que sucede con las modas: muy pocas –sobre todo por estas tierras de Dios– son originales; casi siempre nos vienen, si ya no tanto de Francia, en todo

caso del extranjero. Schurtz cuenta cómo en una población alemana se introdujo la pronunciación de la *k* como *g*, por pronunciarla de ese modo una señora del gran mundo social que había venido de Leipzig, caso que no es único en la historia de la lingüística.

De suerte que para la recta pronunciación, para el recto uso de las palabras y modos de hablar, para el buen decir y el bello hablar en general se requiere una ruta, una norma que solo la puede dar el prestigio, cuya acción, como escribe Bally, sobre todo en material de lenguaje, tiene un carácter casi hipnótico, o para expresarnos mejor, se requiere aquello que llamamos *autoridad*.

Y aquí los filólogos se preguntan quiénes son los que en verdad y sin disputa deben considerarse como llamados a servir de modelos o indicar y precisar la autoridad, si son los hijos de los millonarios o los que pertenecen a la flor y nata de la sociedad; los pedantes o los sabios; el hombre de la calle o el preceptor o todos aquellos que se han asimilado el lenguaje de la edad de oro. La pregunta sugiere si en el idioma existe cierta aristocracia, si cualquiera puede implantar determinada escuela o introducir a su amaño variaciones, en la seguridad que será seguido por el común de las gentes.

Un autor nos responde diciendo que la respuesta es fácil para cualquiera que haya observado la conducta de los niños cuando se reúnen a jugar, puesto que habrá observado que hay siempre uno o varios que descuellan entre los compañeros, influyen sobre ellos y deciden qué juego debe ser jugado y cómo. Pero esto no tiene nada que ver con la posición de sus padres, sino que descansa en el carácter de los niños. Siempre hay entre ellos algunos más capaces por naturaleza de ser maestros, aún en pequeñeces, a los que imitan los demás conscientes o inconscientemente.

Hay en estas materias un detalle que desconcierta por lo raro, y es el que con frecuencia son consultados y tenidos como autoridades indiscutibles hablistas o escritores que jamás soñaron tales honores y aún rechazaron tales títulos. Se podría afirmar que Andrés Bello, al escribir su *Gramática*, en todo pensó menos en que fuera a ser consultada y comentada por académicos españoles. En Colombia, Marco Fidel Suárez protesta continuamente que no quiere hacer los oficios de maestro, que no quiere pasar de aficionado y simple observador de los fenómenos del idioma, y sin embargo en sus escritos hallarán aficionados y doctos a uno de los más grandes maestros del habla española.

Estos ejemplos se podrían multiplicar; pero bástenos decir que el mismo *Diccionario* de la Academia Francesa dice expresamente que no se considera dueño y señor del idioma francés, sino que se propone únicamente encontrar y fijar lo que es el uso en la actualidad. El de la Academia Española, por su parte, en cada nueva edición aumenta neologismos y provincialismos, de manera que los lectores ven cómo cumple su lema de limpiar, fijar y dar esplendor, dejando campo abierto a la investigación.

Nada más conforme a la idiosincrasia de los pueblos que el deseo constante y sincero de sujetarse a la autoridad externa. Alguien ha dicho que se llega a tolerar a los tiranos, pero nunca la falta de gobierno. Esto se cumple también en lingüística, y de tal manera que por un baturro que reniegue de la gramática y quiera hablar a su modo, hay noventa y nueve sensatos que desean hablar con más o menos perfección. De las personas en general, dice un escritor, que del mismo modo que se adaptan sin crítica a casi todo cuanto les dicen sus sastres o sus periódicos sobre el corte del traje que la gente lleva en el momento, así también desean alguna corrección definida sobre la pronunciación, la ortografía y uso de las palabras. Si no tienen a la mano un maestro que pueda suministrarles una regla infalible para resolver sus dudas, confían ciegamente en la gramática o el diccionario que por casualidad poseen. Es obvio que no es negocio de todos penetrar profundamente en la cuestión de por qué este o aquel uso es el preferido (Jespersen).

Es apenas consecuencia lógica que haya en los diversos países cultos del mundo direcciones que son consideradas como supremas, según la diversa indole de los pueblos. En algunas partes el mismo gobierno afronta los problemas del idioma y los resuelve ya por sí propio, ya por medio de ministerios o de juntas; en otras partes se crean academias, y en algunas otras no existe ni lo uno ni lo otro; por el contrario, el uso general deberá buscarse y encontrarse en los gramáticos. Nótese que de las academias la primera que se fundó con el fin peculiar de dirigir el buen uso del lenguaje fue la francesa; a ésta siguió e imitó la española.

Pero como todo lo humano, ni los diccionarios, ni la gramática, ni los ministerios lograrán dogmatizar el lenguaje. No han faltado ni faltarán quienes obren, con razón o sin ella, contra las decisiones oficiales o semioficiales. Hacer esto sin razón y con fines anárquicos es cosa digna de lástima y de reprobación; más hacerlo con razón y con fines científicos, es contribuir al perfeccionamiento de la lengua, y creemos ser éste el móvil

que ha guiado a quienes se apartan de la doctrina académica, apoyados en los principios lingüísticos o en los escritores recomendables.

No se requiere haber estudiado a fondo el idioma para darse cuenta uno de la mutabilidad a que está sujeto, pudiéndose decir que el símil de Horacio, del árbol y las hojas puede entender un poco más y dejar de aplicársele solamente el léxico.

Se observan divergencias de pensamiento y de léxico y hasta de estilo en las distintas épocas, no ya de una literatura, más bien de un escritor cualquiera. La que se advierte entre los escritores de una misma época apenas es natural; y dentro de las riquezas de una misma escuela se encuentran a veces sorprendentes caracterizaciones, pues como dice Cuervo –hablando de algo semejante– se descubre en los autores clásicos en ocasiones una personalidad sorprendente: después de leer unas páginas de Cervantes, por ejemplo, es preciso recogerse y hacer un esfuerzo para penetrar bien los escritos de Santa Teresa. Si esto sucede, comentamos, entre los autores de una misma época, con mayor razón tendrá que haber divergencias en el pensamiento y concepto de las cosas, y más en el lenguaje de distintas edades. Es así como en los siglos de oro de todas las lenguas del mundo se encuentran modos de expresión que jamás volvieron a usarse, a no ser por algunos pedantes o seudo-imitadores de los clásicos, y es así también como nos explicamos el consejo de Quintiliano de escoger entre las palabras nuevas las más antiguas y entre las antiguas las más nuevas.

Rufino J. Cuervo nos recuerda que las lenguas vivas están en perpetuo movimiento de transformación, de tal manera que en cualquier época de su vida que las estudiemos, las hallaremos caracterizadas por diferencias más o menos notables, aunque no abruptas sino suaves y graduales con respecto al período anterior y al siguiente. Y es sentir común que toda lengua viva es un cuerpo que está sujeto a cambios continuos y progresivos, y se llega a tal punto que la estabilidad de un solo ser, la formación de reglas que fuesen axiomas sería tenida como perjudicial e inconveniente para el mismo idioma. Suárez escribe bellamente cuando, luego de dar un ligero resumen de la historia de nuestro romance, continúa: *Este hervir vividor de nuestra lengua por el espacio de siglos y siglos, y no solo en la nación de origen, sino bajo un cielo nuevo y en una tierra nueva, da importancia al estudio del castellano y aún convierte tal estudio en fuente de conocimientos diversos; y quizás con menos belleza pero con mayor claridad expresa en otra parte que una lengua naturalmente ha de cambiar y no puede mantenerse en un mismo ser, dadas las modificaciones que exigen el progreso de los conocimientos,*

la difusión de las luces, las nuevas invenciones, los cambios mismos de la política, y hasta las circunstancias geográficas de los pueblos. Filólogos y lingüistas, gramáticos y literatos, para no citar los historiadores, coinciden en el reconocimiento de la mutabilidad, con frecuencia progresiva y a veces decadente, de las lenguas vivas.

Por otra parte, vemos autores considerados como los más grandes de algunas naciones, que para poder ser leídos y entendidos necesitan notas explicativas, sin que por ello se consideren demeritados. En Inglaterra, apenas a los nueve años de la primera edición de las obras de Shakespeare, el más grande de los escritores de la lengua inglesa, apareció el *Second Folio*, que tenía por fin *mitigar las irregularidades de su lenguaje y eliminar bastantes cosas que gente de la época no aprobaba como buen inglés*. De Cervantes, el sol de la lengua española, se podría decir otro tanto. Para comprender bien sus obras fue necesario, desde pocos años después de su muerte, leer las notas explicativas y hasta diccionarios escritos con este objeto, y, pese a todos estos esfuerzos porque le entendamos hoy en día, quedan varias expresiones oscuras o ininteligibles. En autores de menor categoría se llega hasta distinguir por su lenguaje o léxico, que no por su estilo, las distintas épocas de su vida y las influencias que recibieron en determinados momentos de su existencia.

Lo dicho no es para sugerir que estos autores dejen de ser los modelos del bien hablar, sino para corroborar lo que estamos probando, la mutabilidad de las lenguas.

Los cambios a que están sujetas las lenguas, el movimiento transformador de que hemos hablado, es mucho más lento en los pueblos cultos. Bien que también podríamos decir que la lengua se muda y nosotros nos mudamos con ella, no hay duda que gracias a los centros de cultura, a los medios rapidísimos de comunicación de que se goza en nuestros días, a la acción benéfica de la imprenta y de la radio y algo al cine, pero sobre todo a una estabilidad en los principios gubernamentales de los pueblos, se torna tan lento este movimiento que apenas se percibe.

A la larga, con todo, se notan alteraciones, sobre todo en el léxico. Esa ley inflexible de la mutabilidad llegará a lo inimaginable. Entonces, como en épocas pasadas, los cambios de fonética, morfología, sintaxis y lexicografía tendrán por el momento una valla que parecerá infranqueable; vacilarán los escritores y los preceptistas; pero al fin se impondrá el uso, quiéralo o no la parte renuente. Basta saber la historia de la lingüística y de la filología; basta recordar los idiomas, incluso el griego y el latín;

es suficiente no olvidar la gramática histórica del castellano. Cada época, escribe Cuervo, es, por fuerza, neológica con respecto a las precedentes.

Así se comprende la poca intransigencia de los verdaderos críticos y filólogos. Así resalta mucho más la necesidad de la historia del lenguaje, de la gramática histórica y comparativa, de la hermenéutica, la investigación, en una palabra, de la autoridad. Una autoridad que nos pueda indicar lo desusado, lo anticuado, lo incorrecto —si se quiere— de los mismos clásicos, y con mayor razón de otros escritores y hablistas, y que al mismo tiempo nos muestre las bellezas y riquezas así de los autores de la edad dorada como de los modernos. Insistimos, pues, en la urgencia de la autoridad.

Siempre hemos creído que, mientras la humanidad sea humanidad y mientras el hombre goce de ese don divino de la libertad, en todo habrá diversidad de pareceres, aún entre las gentes de orden. Con acierto feliz ha escrito Carlos Martínez Vigil que la total coincidencia de opiniones entre los hombres será constantemente una bella utopía. Esa coincidencia absoluta no se advierte sino entre los poderosos y sus aduladores. A nadie por ende sorprenda que disintamos de grandes escritores en la apreciación de nuestros autores, de la misma manera que no nos sorprende ver que muchas veces disienten de nosotros personas ilustradas y hasta iliteratas. Pero sí debemos estar todos de acuerdo en la necesidad de autoridad en lingüística.

Es cosa admitida por el común de los hombres aceptar como modelos del bien decir a los escritores y hablistas de la edad clásica, y se suele aconsejar a quien poco le plázan aquellos autores guardarlo muy en secreto, no sea que a tiro de ballesta muestren su incapacidad para percibir la belleza. En el idioma de España y de América, Cervantes, fray Juan de los Ángeles, los Luises, entre otros, son modelos eternos, y así en la península como en el nuevo mundo, al lado de ellos fulguran los nombres de Miguel Antonio Caro, Rufino J. Cuervo, Marco Fidel Suárez, Rodó, Montalvo y otros.

Más cuidado con pensar que excluimos a otros autores y algunos contemporáneos que por su agilidad, precisión y donosura y corrección del lenguaje, podríamos llamar clásicos modernos. Si en estos temas es un adefesio imperdonable prescindir del habla popular, de los llamados

regionalismos, mayor disparate sería desconocer la autoridad de los que sin duda alguna pasarán a la historia como modelos del bien decir.

Por lo que se refiere a nuestros tratadistas, ellos han sido juzgados de opuestas maneras por sus contemporáneos y críticos posteriores. Para muchos es insoportable el estilo y el método de algunos de ellos; quiénes quisieran que fuesen más benignos, más complacientes en materias doctrinales; quiénes exageran sus cualidades y no admiten se pueda apartar persona de su sentir, aunque le sobren razones.

En ambos continentes hubo tratadistas cuya exagerada severidad acarreó males funestos al idioma. Valbuena, el de los *Ripios*, casi sostiene que todo lo que se habla es incorrecto; para Mir y Baralt todo es galicismo, especialmente lo que no está en los clásicos. Que ellos obraron con buena intención no cabe la menor duda; pero que en estos casos es lícito con buenas razones apartarse de su doctrina, nadie lo dude, y nos atreveríamos a decir que en aquellos casos en que hay duda es lícito también disentir. No quiere decir esto, hemos de repetirlo, que estemos de parte de aquellos que claman contra el rigorismo de nuestros tratadistas y recomiendan el rompimiento de sus coyundas gramaticales.

La doctrina de Bello, de Cuervo y de Suárez necesitan en muchos casos comentarios y explicaciones de acuerdo con los métodos modernos de enseñanza; pero sería injusto enseñar a desaprobirla, máxime cuando esta doctrina se ha explotado. Que en algunos casos no se les diga es lógico, pues ya se sabe que el criterio de autoridad no se recuece a reconocer el mérito de uno u otro preceptista; tenemos los clásicos, los tratadistas todos, la Academia, su *Diccionario*, los autores modernos y, sobre todo, el uso, que, cuando es general, es inútil combatirlo.

Cuanto a los clásicos, una palabra o expresión que se encuentre en ellos, si no está desusada o anticuada, puede usarse sin ningún temor. Pero el que una palabra no se encuentre en los clásicos no quiere decir que se haya de condenar a carga cerrada, como dice el clásico moderno P. Raimundo Morales. Por el contrario, del *Diccionario* se ha dicho que no están todas las que son, ni son todas las que están, refiriéndose a las voces castizas, lo que no puede ir en merma de tan monumental obra. El ordinario de la gente debe atenerse al *Diccionario* de la Academia Española; otrosí, el mismo *Diccionario* ha de ser, para los que dudan, la última palabra. Mas para los doctos el criterio cambia: fácilmente ellos llegan al conocimiento de muchas voces y locuciones enteramente castizas que no figuran en el léxico oficial; por la ciencia del lenguaje saben cuándo se ha de esperar el fallo de las academias; pero al mismo tiempo no ignoran que hay términos

que no figuran en dicho libro y con todo son tan recomendables como otros que apenas se han aceptado oficialmente. Cuervo concluye que las voces han de ser puestas en el *Diccionario* porque son castellanas, y no admite la conclusión: las palabras son o no son castellanas porque están o no están en el *Diccionario*.

Del uso es necesario recordar brevemente que él puede llegar a imponerse aunque sea considerado ilógico o vulgar. Por mucho tiempo podrá prevalecer entre los eruditos la consigna de no aceptar sino el uso uniforme, correcto y elegante; pero las anomalías más absurdas podrán llegar a tener fuerza de ley, por lo menos como excepción, si así lo quiere el uso.

En conclusión: no imitemos a aquellos escritores ingratos que después de haber bebido la ciencia lingüística en nuestros autores, sin lograr igualarlos, ni siquiera ilustrar originalmente sus opiniones, abogan por la liberación de sus coyundas. Muy por el contrario, sigamos la norma de conducta de tantos maestros y doctos que aceptan sus enseñanzas de manera racional, y que enriquecen de este modo el idioma con investigaciones valiosas y con apuntes que les darán fama imperecedera.

1951

XVIII

De la exageración y otros recursos literarios que alteran el sentido de las palabras

Rocío Vélez de Piedrahita

La Biblia, considerada como uno de los libros básicos de la humanidad, es una expresión poética que desafía toda medida, no solamente en lo relacionado con eventos magnos, como la creación (en seis días!), sino en la letra menuda: Matusalén vivió 969 años, Sansón murió con todos los filisteos.

Rocío Vélez de Piedrahita

XVIII

De la exageración y otros recursos literarios que alteran el sentido de las palabras

Rocío Vélez de Piedrahita

Como diría Lope de Vega: (...) *en mi vida me he visto en tal aprieto*.

Y copiando su idea para ir haciendo un soneto mediante la enumeración de los pasos necesarios para hacerlo, me concentré en lo que ustedes me habían pedido: un ensayo para presentarme en una Academia que estudia la lengua castellana desde diversas posibilidades -gramática, ortografía, neologismos, elaboración de diccionario, vocabulario técnico, etc.- Mi compromiso consiste pues en hacer una disertación breve, sobre un tema relacionado con el empleo de las palabras en castellano. Entonces me pregunté ¿cuál es el castellano que conozco?

Por la presión conjunta del ancestro y el medio que me rodea, yo manejo el idioma como se utiliza en Colombia, con el matiz característico del antioqueño. Y ¿cómo es ello?

Miré un poco a mi alrededor, o mejor dicho agudicé el oído y ¡que enormidad de lenguaje el que encontré! ¡Que revoltura de palabras arcaicas venidas de ultramar, con vocablos indígenas, adaptaciones locales, neologismos juveniles o periodísticos, en plena lucha contra las reglas de buen decir! *No me rinde el trabajo* dice cualquier persona sencilla y otro me relata que en *plena noche oscura, se lo topó*. La importancia española aparece en el trato de *sumercé* con su encantador diminutivo femenino su *mercecita*; y la del indio en las palabras que repiten vocal: guacamaya, múcura, guacharaca, chéchere, la macana y el merecumbé, el todo inmerso en yees con sabor a yuca, papaya, pitahaya, mamey, auyama, guayaba (...).

Pero por sobre toda otra característica tuve que aceptar que no es innmerecida la fama que tenemos en Antioquia de exagerar.

En ese sentido, entre los contemporáneos, Fernando Botero es quizás quien mejor nos representa. La nota principal y arrolladora de su pintura es la exageración y ello no solamente por el abultamiento de las imágenes, sino por la manera de recargar ciertos detalles para mejor transmitir la idea. Es excesivo el azul de su autorretrato el día de la primera

comuni3n, hay demasiadas moscas en la casa de Marfa Duque. Y ello no significa en absoluto que no sea veraz: presenta un retrato de su gente y su tierra a la vez enternecedor y c1ustico, m1s exacto que ning1n otro artista.

Las consideraciones anteriores me llevaron *burla burlando* a la escogencia de mi tema: *De la exageraci3n y otros recursos literarios que alteran el sentido de las palabras*.

Sin tratar de desconocer la enormidad de la exageraci3n de mi patria chica, pretendo demostrar que la exageraci3n rotunda, la de calidad y verdaderamente grande, no solamente no es enga1o o retorcimiento de la verdad sino que es un recurso idiom1tico insustituible, que ha dado a los genios una herramienta para sus obras maestras y, al com1n de los hombres, la posibilidad de expresar m1s all1 de lo que permiten las palabras.

Empecemos por sondear en el por qu1 de la exageraci3n para luego rastrear qui1n, cu1ndo y para qu1 se exagera; y finalmente agregar algo sobre los recursos m1s efectivos para lograr una buena exageraci3n.

Para empezar por el principio, Dios, cuyos atributos -misericordia, justicia, amor- son infinitos, es tambi1n excesivo y es desmedida su creaci3n. Para los no creyentes la inmensidad del infinito es igualmente desproporcionada, solamente que inexplicada. En la medida que se profundiza en el estudio del universo, este crece, se expande, sus l1mites son cada vez m1s inasibles. La vida, los seres todos, los elementos y sus comportamientos analizados, no hacen sino crecer en complejidad. Las distancias siderales se miden en a1os luz, la velocidad de la misma desconcierta; un virus invisible mata.

¿Qui1n exagera? M1s bien debe preguntarse ¿qui1n no?

La Biblia, considerada como uno de los libros b1sicos de la humanidad, es una expresi3n po1tica que desaffa toda medida, no solamente en lo relacionado con eventos magnos, como la creaci3n ien seis dfa, sino en la letra menuda: Matusal1n vivi3 969 a1os, Sans3n muri3 con todos los filisteos.

El Apocalipsis es, todo, salido de madre y el simbolismo es tal que su interpretaci3n exige especialistas. Desde el primer capitulo se oye una voz *como de trompeta*, al volverse el evangelista vio *siete candeleros de oro* y al que parecia Hijo del hombre *su cabeza y sus cabellos eran*

blancos, como la lana blanca, como la nieve; sus ojos como llama de fuego; sus pies parecían de metal precioso acrisolado en el horno, su voz como ruido de grandes aguas. Tenía en su mano derecha siete estrellas y de su boca salía una espada aguda de dos filos; su rostro como el sol cuando brilla con todas su fuerza (...). Las visiones proféticas que se inician en el capítulo cuarto, describen a cuatro seres llenos de ojos por delante y por detrás; y sigue en un crescendo sostenuto hasta que en el capítulo 13 (...) vi surgir del mar una bestia que tenía diez cuernos y siete cabezas y en sus cuernos diez diademas. (Con todo respeto, estas listas en tono apocalíptico le hacen venir a uno el recurso en humilde tono folclórico de pasajes de *La extraordinaria vida de Sebastián de las gracias* en la versión de Euclides Jaramillo Arango, como aquel en el cual Sebastián apronta los preparativos del viaje que se dispone a realizar a lomo del Águila Real: *un cóndor del tamaño de una montaña y dice que (...) con la ayuda de los tigres y los leones mató y amontonó sesenta elefantes, cien novillos gordos, quinientos venados y como mil guaguas rayadas. Al caer la tarde del tercer día apareció el Águila Real (...) etc.*

Las gestas medievales, el Quijote, la picaresca, todos son frescos descomunales que encandilan.

Y exageraron los místicos quienes, como los poetas, van en busca del término que exprese la zozobra más íntima del corazón.

Fueron exagerados los cronistas de Indias; deslumbrados por la enormidad de lo que veían, creyeron además, cuanto les dijeron. La conquista de América fue desproporcionada e imponderable, como siempre ha sido toda búsqueda científica, todo progreso, como es ahora la exploración del cosmos.

Cuando las palabras escuetas o su correcta organización dentro de la frase no alcanzan a expresar cabalmente lo que queremos decir, mucho menos lo que sentimos, se acude a uno de dos recursos: la música o la magnificación verbal. Decía san Agustín que la A del aleluya que era *la voz del corazón deshaciéndose en la dicha, tratando lo más que pudiera de expresar los sentimientos*¹; esa suave ondulación es como un deliquio del que quiere hablar con Dios y la limitación de sus palabras lo reduce a una pobreza de expresión que no le sirve.

Y en el terreno pasional ¿qué otra cosa es la A del cante jondo, que se retuerce, se ahoga y grita, marea de pasión que a veces sin cambiar

¹ La cita está en *Historia de la música* de J. Combarieu.

siguiera la altura de la nota -apenas de intensidad y timbre-, nos hace entender lo que el cantaor quiere decir?

Los salmos ya estaban escritos, el negro esclavo podía recitarlos. Pero no creyó que así alcanzaba a expresar la desolación de su dolor. La enormidad de su pena produjo una de las más bellas obras musicales de la humanidad: el conjunto de los *negro spirituals*.

Durante mucho tiempo en las óperas, en zarzuelas, operetas, no pocos musicales, se utiliza el lenguaje habiado -recitado- para las frases triviales que sirven apenas de unión; en cuanto hay que manifestar un sentimiento más hondo o suscitar una reacción del público, así sea de risa, se acude a la música. *Quiero que vuelvas* es un enunciado para pedirle a la amada que regrese; pero no significa lo mismo cuando Victoria de los Ángeles entona el poema de Gautier con música de Berilos *vuelve, vuelve llamada mía*: ya no solamente quiero que regreses, sino que te ruego que vuelvas, necesito que vuelvas, apresúrate a volver, no puedo vivir sin ti!

Después de lo anterior, sobra señalar que la poesía, que pretende expresar lo inefable, inasible, inexpressable, se vale necesaria y constantemente de la exageración. Para decir lo corriente usual, basta con construir correctamente las frases engrosa; pero el poeta para cantar su amor, la nostalgia, la soledad, su ambivalencia entre el miedo a morir y la urgencia de ir más allá del más acá, todos ellos desafíos a la capacidad verbal, tiene que acudir a la magnificación de sus ideas. Lo que llamamos expresión poética, en el fondo no es otra cosa que una exageración.

*Cuando llegaba la noche,
noche que noche nochera,
los gitanos en sus fraguas
forjaban soles y flechas.
Un caballo mal herido
llamaba a todas las puertas.
Gallos de vidrio cantaban
por Jerez de la Frontera.*

Los versos anteriores constituyen una bella exageración dramática, cuyo suspenso se origina en la sonoridad, la brillantez de las imágenes y en gran medida en que no entendemos cabalmente lo que dice.

Pero los poetas también exageran para reír:

*Érase un hombre a una nariz pegado,
érase una nariz superlativa*

.....
Érase un elefante boca arriba

.....
*Érase un espolón de una galera,
érase una pirámide de Egipto,*

Es la manera de describir una gran nariz, de Quevedo. Rafael Pombo les exagera a los niños al decirles que el caimán es *veloz como trineo*, y, el que se tiene por pausado, el señor Andrés Bello, en *El cóndor* y el poeta dice:

*No, señor, vasto incendio, llamas, llamas,
que unas sobre las otras se encaramen
y levantando rojas crestas bramen
y les sirva de fuelle un huracán.*

Pero sobre todo el poeta exagera cuando quiere expresar su amor. Doña Inés del alma mía, era un alma de Dios; cuando don Juan le dice que ella es *luz de donde el sol la toma*, ella no sucumbe a la pasión sino a la exageración.

Y si ello es válido para la pasión amorosa humana, iqué decir cuando de lo que se trata es del amor a Dios! Estamos entonces frente a un desbordamiento que no parece tener barreras en comparaciones imposibles, símiles alucinantes, magnificación de todas las ideas. Sor Francisca Josefa del Castillo y Guevara, llegó a ponerle doce calificativos a un solo sustantivo.

El Cantar de los Cantares, todo símbolos y metáforas, es una inmensa exageración:

*Que bella eres, amada mía,
que bella eres!
¡Palomas son tus ojos!*

.....
*Tu melena, cual rebaño de cabras,
que ondulan por el monte Galaad.
Tus dientes, un rebaño de ovejas esquiladas
que salen a bañarse;*
.....

Tus mejillas, como cortes de granada

.....
Tu cuello, la torre de David.

Eso dice el esposo; ¿y la esposa?

Mi amado es fúlgido y rubio,
distinguido entre diez mil.
Su cabeza es oro, oro puro;
sus guedejas, racimos de palmera,
negras como el cuervo.
Sus ojos como palomas

.....
sus mejillas, eras de balsameras,
macizos perfumes.
Sus labios son lirios

.....
sus marios, aros de oro,
engastados en piedras de Tarsis.

Pero además de ser recurso para significar lo que de otra manera no puede decirse, la exageración añade el ingrediente del efecto que produce lo descrito en quién lo ve: en el autor. Si yo leo sobre un *mísero can, hermano de los parias* comprendo que el poeta se encuentra frente a un perro miserable, tanto como los parias, como ellos desgraciado. Pero si a eso se agrega -algo que por supuesto Guillermo Valencia no iba a hacer- que el perro era ñurido, un guñapo, una sarna perrosa, una nada, el perro es el mismo pero otro el efecto que su mísera presencia produce en quién lo ve. El perro no cambia; es mi horror el que crece. La frase deja de describir una imagen para transcribir una emoción.

Y ¿cuáles son los recursos de que se valen poetas y escritores para producir el efecto de exageración que agregue a sus palabras otro sentido más allá del literal, una dimensión psicológico abstracta, vagarosa?

La desmesura se produce de muchas maneras. Una de ellas, la que usó con dominio absoluto, inigualado, Tomás Carrasquilla, es el empleo oportuno de palabras que en sí mismas son una exageración: macilento, hilachento, guñapo, ñutido; frenética, catastrófico, estrambótico, cataclismo. La sola manera como Carrasquilla inserta estas palabras en las frases, produce risa o compasión.

La sensación de lo excesivo se obtiene también mediante la descripción minuciosa, o por repetición y enumeración.

En ese terrible cuento que es *El rifle* de Carrasquilla, hacia el final, la madrina llama al niño a quién le regalaron el rifle por navidad, entra con él a la alcoba, cierra con llave y: *Le arrebató frenética el rifle, contra un banco, contra una piedra, con los pies, con las rodillas, con los dientes, lo abolla, lo tuerce, lo quiebra, logra partirlo. Sale al patinejo, contra el vallado termina la obra y lanza, falda abajo, pedazo por pedazo. Vuela adentro, hace añicos la muñeca, avienta los confites, salta, pisotea, pulveriza, epiléptica, posesa.*

Otro gran maestro de la exageración por enumeración, es León de Greiff.

En el *Relato de Sergio Stepanisky*, el poeta dice que cambia o juega su vida por una sonrisa y cuatro besos, por lámparas viejas, unos dados, una túnica, *por lo más anodino, por lo más obvio, por una baraja, por una faca, por una pipa, por un sambuca*. La idea del poema es que el poeta no aprecia la vida, que esta carece de valor: nada más. Pero esta síntesis exacta no nos daría jamás, la medida de la profundidad del desprecio por su vida, por sí mismo, la burla con que nivela cuanto sabe y lo rodea, como nos la da esa larga enumeración que conforma el poema.

Otra deformación, no ya de la frase, sino de la palabra misma, que altera su sentido literal, es algo que podríamos llamar declinación, y que le va añadiendo características al sentido. Sirva de ejemplo la palabra flaco, que no es lo mismo que delgado. El delgado es más distinguido y menos flaco que el flaco. El flaco está en plenitud de la vida; de los viejos y los niños se dice que están flaquitos. La exageración de la palabra, flacuchentito, significa que nos referimos a un niño y que además de delgado está pálido, demacrado y por alguna razón inspira lástima. Al flacuchentito lo imaginamos pobre o huérfano o triste².

La repetición produce infinidad de variantes en el sentido de la oración. Por ejemplo en la *Canción de la vida profunda* de Barba Jacob, una persona lánguida atraviesa un estado emocional desagradable, entre melancólico, mustio y pensativo; pero no está tan deprimida ni padece la profundidad del mal que agobia a Barba Jacob cuando repite como un eco que no está lánguido sino, tan lánguido, tan lánguido, pero tan sórdido,

² Flacucho aparece en el diccionario de María Moliner; no así flacuchentito, una palabra que por sí sola equivale a una larga descripción.

tan sórdido. Su poema contagia de un estado depresivo que nunca podría expresarse sin la repetición.

En este poema hay otra repetición, no tan explícita, pero que también produce un efecto; la repetición de esdrújulas. El hombre está lánguido, sórdido, lúgubre, y hay días en que somos tan móviles, fértiles, plácidos, lúbricos.

Porfirio Barba Jacob, como tantos otros, para transmitir algo más que el mero sentido de las palabras, se vale a veces de repetición de estribillos: las cuatro estrofas de *Futuro* terminan en *era una llama al viento (...)*; y el final de *Momento* es:

Y la eternidad adelante (...)

adelante (...)

adelante (...)

La repetición hace que la eternidad no esté simplemente adelante, sino muy lejos, inalcanzable. Al final de cada una de las cinco estrofas de *Canción de la noche diamantina* dice: *ino! ino! ino! ino! Alguien diga en mi nombre, un día, vanamente ino! ino! ino! ino!*

Todo lo anterior tuvo como fin destacar las posibilidades poéticas, simbólicas, jocosas, que la exageración bien manejada aporta al idioma. Y dar cumplimiento al requisito de esta Academia para recibirme como miembro correspondiente, nombramiento que me honra y me obliga.

Contad si son catorce y está hecho.

20 de febrero de 1989

Los autores

Betancur Belisario

Nació en Amagá – Antioquia –

Abogado, periodista, político, parlamentario, educador, ministro, diplomático, poeta, ensayista, novelista, cuentista, dramaturgo, profesor universitario. Presidente de la República de Colombia 1982 – 1986.

Director de los periódicos *La Defensa* y *El Siglo* y de las revistas *Prometeo*, *Semana*, *Jerarquía* y *Universidad*.

Miembro de la Academia Antioqueña de Historia.

Betancur Campuzano Cayetano

Nació en Copacabana – Antioquia –

Abogado, filósofo, pensador, educador, ensayista y profesor universitario.

Hombre de sólida cultura, tanto científica como filosófica. Prosista ágil y culto, autor de ensayos de mucha altura intelectual, como *La Filosofía como Paideia* y *Nietzsche y el Hombre Cultura*.

Carrasquilla Tomás

Nació en Santo Domingo - Antioquia –

Periodista, académico, poeta, crítico literario y novelista. Cuentista por excelencia, maestro de la narrativa e indudablemente el más grande dentro de su género en Colombia. Su obra tiene mucho de humor, de ironía y de teatro; su riqueza fraseológica es única; por todas partes muestra vida, sencillez y trama.

García Julio César

Nació en Fredonia – Antioquia –

Periodista, educador, académico, historiador y escritor.

Colaborador de los periódicos *El Colombiano*, *La República*, *El Universitario*, *Gaceta Republicana*, *Colombia*, *Alma Nacional*, *Horizontes*, *La Voz*, *El Avance*, *El Orden*, *La Defensa* y *Revista del Colegio del Rosario*.

Prosista de estilo elevado, castizo, elegante y claro; casi clásico.

Miembro de la Academia Antioqueña de Historia.

Gómez Martínez Fernando

Nació en Santafé de Antioquia – Antioquia –

Abogado, periodista, político, parlamentario, ministro, diplomático, académico, profesor universitario y escritor.

Prosista castizo, ameno y sencillo; buen cronista y ágil periodista.

Miembro de la Academia Antioqueña de Historia.

Jaramillo Esteban

Nació en Abejorral – Antioquia –

Abogado, economista y ensayista; prosista profundo y castizo.

Entre sus obras están *La Gramática y la Economía*, *La Cuestión Social a la Luz de la Encíclica*, *La Reforma Tributaria en Colombia un Problema Fiscal y Social*, *Actos y Declaraciones de la Voluntad*.

López de Mesa Luis

Nació en Don Matías – Antioquia –

Médico, educador, parlamentario, ministro, historiador, académico, sociólogo, novelista, ensayista, apologista, lingüista y humanista.

Entre sus obras están *El libro de los Apólogos*, *De cómo se ha formado la Nación Colombiana*, *Rudimentos de Onomatología*, *Antioquia ante el Destino*.

Miembro de la Academia Antioqueña de Historia.

Mesa Carlos E. C. M. F.

Nació en Pueblo Rico – Antioquia –

Sacerdote, académico, poeta, novelista, dramaturgo, periodista, ensayista e historiador. Sus géneros favoritos fueron la Heliografía y el ensayo.

Dirigió las revistas *Vida Religiosa* y *Palestra Latina* y fue colaborador del periódico *El Colombiano* y la *Revista de la Academia Colombiana de Historia Eclesiástica*.

Miembro de la Academia Antioqueña de Historia.

Naranjo Villegas Abel

Nació en Abejorral – Antioquia –

Abogado, educador, periodista y ensayista. Prosista original y vigoroso.

Colaborador de los periódicos *El Colombiano* y *El Tiempo*, *Revista de las Indias* y *Repertorio de Honduras*. Entre sus publicaciones están *Sociología General*, *Filosofía del Derecho*, *Ortega y Gasset en Colombia*, *Ilustración y Valoración*.

Restrepo Félix S. J.

Nació en Medellín – Antioquia –

Sacerdote, educador, periodista, académico, orador elocuente y clásico, filólogo, sociólogo, humanista, crítico, historiador y literato sin par.

Redactor de las revistas *Razón y Fe* y *El Debate* en Madrid, España, y *Horizontes*, *El Nuevo Tiempo*, *Juventud Católica* y *Revista Javeriana* en Bogotá.

Uno de los más positivos valores de nuestra cultura.

Restrepo Jaramillo Gonzalo

Nació en Medellín – Antioquia –

Abogado, político, parlamentario, ministro, diplomático, educador, ensayista, traductor y poeta. Vate de la naturaleza y el recuerdo.

Fue colaborador de los periódicos *La Montaña*, *El Conservador*, *La Idea*, *Los Estudios*, *Sábado*, *La Defensa* y *Estudios de Derecho*.

Miembro de la Academia Antioqueña de Historia.

Restrepo Mejía Martín

Nació en Medellín – Antioquia –

Educador, periodista, académico, novelista y autor didáctico. Prosista sencillo, claro y agradable.

Fundó los periódicos *La Niñez*, *Los Principios* y *El Consecuente*.

Robledo Emilio

Nació en Salamina. Considerado antioqueño por haber nacido en 1875 en el Estado de Antioquia, después departamento de Antioquia.

Médico, educador, parlamentario, ministro, académico, científico, historiador, ensayista y poeta. Prosista castizo, elegante y claro; escritor científico y literario; investigador profundo.

Miembro de la Academia Antioqueña de Historia.

Sanín Cano Baldomero

Nació en Rionegro – Antioquia –

Educador, periodista, ministro, parlamentario, diplomático, académico, cuentista, ensayista, crítico y humanista. Fue colaborador de periódicos colombianos, argentinos e ingleses. Editorialista del periódico *El Tiempo*. Fundó la *Revista Contemporánea* y con Santiago Pérez Triana fundó en Londres la revista *Hispania*.

Sanín Echeverri Jaime

Nació en Rionegro – Antioquia –

Abogado, educador, diplomático, académico, cuentista y novelista. Amigo de colombianismos y americanismos. Publicó varios cuentos, novelas. Su cuento *Se cayeron del Cielo las Estrellas* recibió el premio Rafael Pombo de literatura infantil.

Suárez Marco Fidel

Nació en Bello – Antioquia –

Educador, académico, polígrafo, filólogo, lingüista y ensayista; parlamentario, ministro, Presidente de Colombia 1918-1921.

Escritor de sólida cultura, castizo; prosista extraordinario, buen crítico y hombre de mucho ingenio.

Obra muy conocida suya de doce tomos es los *Sueños de Luciano Pulgar*.

Tobón Betancourt Julio, Fray

Nació en El Carmen de Viboral – Antioquia –

Sacerdote, educador, académico y escritor.

Entre sus obras están *Colombianismos*, *Minucias Gramaticales*, *Notas lingüísticas*, *Fray José Mojica*, *Consideraciones Profundas* y *Marco Fidel Suárez*.

Miembro de la Academia Antioqueña de Historia.

Vélez de Piedrahita Rocío

Novelista y cuentista antioqueña.

Columnista del periódico *El Colombiano*.

Prosista auténtica, típica, clara, sencilla y espontánea; dominadora del diálogo.

Publicó las noveleas *La Tercera Generación*, *El Hombre*, *la Mujer* y *la Vaca*, y *La Cisterna*. El libro de cuentos *El Pacto de las Dos Rosas*, *Otro Cuento Desagradable*.

Fuente: Sánchez López, Luis María. *Diccionario de escritores colombianos*. Plaza & Janés Editores Colombia Ltda., Demetrio Quintero Quintero, José María Bravo Betancur.